

BAJA CALIFORNIA:
MEMORIA, HERENCIA
E IDENTIDAD PATRIMONIAL

MIGUEL ÁNGEL SORROCHE CUERVA
(Editor)

BAJA CALIFORNIA:
MEMORIA, HERENCIA
E IDENTIDAD PATRIMONIAL

GRANADA
2014

Proyecto I+D+i Las misiones de Baja California (México)
entre los siglos XVII y XIX (HAR2009-11737)
Financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación

© LOS AUTORES
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
BAJA CALIFORNIA: MEMORIA, HERENCIA E IDENTIDAD PATRIMONIAL
ISBN: 978-84-338-5686-9 (Editorial Universidad de Granada)
ISBN: 978-84-15275-25-1 (Editorial Atrio)
Depósito Legal: Gr.-1.592/2014
Imagen de la Portada: Miguel Ángel Sorroche Cuerva
Preimpresión: Editorial Atrio, S.L.

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

INTRODUCCIÓN

En un mundo de ritmos acelerados, donde la rapidez con la que transcurren los acontecimientos apenas si deja percibir los detalles, la necesidad de reflexionar sobre el valor de los elementos de identidad que nos acercan pero a la vez nos diferencian, se ha convertido en un ejercicio fundamental para entender una realidad que es empujada hacia la globalización. En dicha vorágine de homogenización, el legado cultural que atesoran las sociedades se alza como pieza indiscutible de los procesos de reconocimiento colectivo frente al “otro”. Y es ahí donde encaja nuestra propuesta, en la idea de valorar la importancia de la herencia y la memoria vinculada a ella, como claves para reivindicar la identidad de las sociedades.

Las actuales apuestas impulsadas desde las administraciones públicas, con políticas de desarrollo en las que el patrimonio es el protagonista, justifican en parte este libro que con el título de *Baja California: Memoria, Herencia e Identidad patrimonial*, quiere ser una reflexión y a la vez excusa para pensar y presentar la realidad compleja de lo heredado en un espacio muy concreto de México.

Por otro lado nos mueve el ansia de conocimiento, impulsado por la curiosidad que con la investigación se respalda desde las universidades. Desde 2006, venidos desarrollando en distintas etapas, un estudio sobre la realidad patrimonial de la península de Baja California que está permitiendo no sólo profundizar en el entendimiento de una interesante y a la vez sugerente región mexicana, sino afianzar la relación entre los distintos grupos de trabajo que lo están llevando a cabo y que desde las universidades mexicanas de Baja

California Sur y Baja California, y las españolas de Granada y Almería, han conseguido establecer un vínculo estable de colaboración.

Fue entre 2009 y 2012 cuando gracias al apoyo del entonces Ministerio de Ciencia e Innovación se pudo desarrollar un estudio financiado a través de un proyecto I+D+i sobre las misiones de la península de Baja California y la huella dejada por ellas en el paisaje. Dicho legado y su puesta en valor, fueron el centro de atención de esta inicial propuesta, parte de cuyos resultados salieron a la luz en 2011 editados con el título de *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la cuestión y perspectivas de futuro*. Se exponían en el mismo las reflexiones surgidas en una serie de encuentros que con el apoyo del mismo Ministerio y a través de una Acción Complementaria, tuvieron lugar en Granada y La Paz (México). Los investigadores integrantes de dicho proyecto, representaban de alguna forma la idea multidisciplinar con la que se quería abordar el objeto de estudio. Planteada como una aproximación con distintos intereses académicos, la finalización de aquel proyecto, lejos de ser un punto y a parte que dejara aparcado el trabajo, dio lugar a una decidida colaboración que se mantiene activa.

Esta situación se ha visto en parte también favorecida por el creciente interés que lo patrimonial ha ido adquiriendo en los últimos años, no sólo como tema autónomo, sino como objeto de distintas estrategias de gestión en políticas de desarrollo que buscan explorar recursos endógenos de carácter cultural e histórico-artístico, que compensen las carencias de contextos desequilibrados. Esta importancia, reflejada en el diseño de políticas de dinamización, ha hecho que lo cultural y lo natural adquieran un papel destacado siguiendo las directrices recomendadas y avaladas por la UNESCO, protagonizando iniciativas en zonas y ámbitos desfavorecidos, donde las inversiones son difíciles y en ocasiones de dudosa rentabilidad. Un atractivo que está repercutiendo en la cada vez mayor demanda de propuestas de formación en materia cultural que en gran medida se están canalizando a través de las universidades.

No cabe la menor duda que el mayor protagonismo que lo cultural está teniendo es un hecho constatable. Ese interés encuentra eco en una sociedad que castigada en lo más profundo de su esencia, apuesta por el disfrute de un tiempo de ocio cada vez más cuestionado, y que está lejos de su mejor época, dentro de los parámetros establecidos a lo largo del siglo pasado por las sociedades terciarias del bienestar. Éstas, caracterizadas actualmente por una diversidad social interna que exige un replanteamiento respecto a quién

van dirigidas estas iniciativas, hacen de la aproximación a lo cultural, piedra angular de programas de gestión integral de desarrollo local. La firme convicción de las posibilidades que tiene el patrimonio como revulsivo, lo convierte en elemento central para fomentar el impulso de lo social, lo educativo y lo económico en un difícil equilibrio que busca elevar la calidad de vida de las personas.

Estas son las premisas que están detrás de la estructura de contenidos de este libro. La idea de aproximarnos a un objeto de estudio desde distintas valoraciones, reconociendo su riqueza y a la vez complejidad, se hace al amparo de la creencia de que desde lo multidisciplinar se consigue un mejor examen de la realidad analizada.

Lejos de propuestas tradicionales que prevalecieron hasta la primera mitad del siglo XX y que potenciaban el estudio del patrimonio desde sus ejemplos más singulares, hemos querido atender a las más recientes nociones de lo cultural con una visión integradora. Nos ajustamos de esta manera a lo que creemos que son las más actuales líneas de conceptualización de este tema, no solo por la incorporación de investigadores de diversas disciplinas, sino por la visión que se da del patrimonio a escala territorial. Es cierto que a ello contribuye la misma realidad del laboratorio de trabajo que se ha elegido, la Península de Baja California, y es precisamente el reconocimiento a ese contexto, tanto físico como histórico, lo que explica por qué se han planteado los temas con una clara transversalidad que busca no obviar incluso la proyección de sus consecuencias a períodos posteriores y territorios contiguos.

Junto a ello, la misma naturaleza del bien cultural debe tenerse en cuenta. Su materialidad o intangibilidad habla de una distinta realidad que debe ser identificada. Unas características que le hacen responder de mejor o peor forma a las situaciones de presión que vienen determinadas por una errónea concepción de la rentabilidad. En ese sentido, su exclusiva valoración como recurso económico puede ser la aparente y única justificación de su protección. No obstante, el beneficio de su conservación, más allá del valor monetario es social y eso lo hace pieza indispensable en las mencionadas propuestas de dinamización. Posiblemente el mejor y más claro exponente de todo ello es la relación dispar que vincula a patrimonio y turismo. Las potencialidades que encierra el legado cultural de un territorio dependen de la gestión que se haga de su uso y en ello juega un papel fundamental su conservación. La anhelada rentabilidad de un bien cultural no es asumida de la misma forma por los dis-

tintos tipos de patrimonio que existen, lo que los convierte en las piezas más vulnerables de una maquinaria que desde la difusión arma todo un programa que debería propiciar que su valoración fuera lo más acertada posible.

La situación actual es controvertida. Frente a la dinámica generalizada durante el siglo XX en la que la concienciación social proyectó sobre el patrimonio recursos suficientes para su reconocimiento y conservación, en la actualidad se le pide al mismo una reversión de esa inversión, con una implicación clara en dinámicas de desarrollo social en las que deben aparecer en primera línea. Ese compromiso además adquiere dimensiones territoriales con las actuales propuestas de gestión, que contemplan el espacio como un escenario en el que la huella patrimonial de los procesos históricos ha dejado su testimonio. Las mismas revisiones de los textos legales en las que se han incorporado conceptos como Paisaje Cultural o Zona Patrimonial, hacen del territorio el ámbito indispensable para un reconocimiento integral de nuestro objeto de estudio, bajo la necesaria ampliación de las visiones que sobre el tema se tienen.

En el caso de Baja California ha sido la base desde la que hemos partido, constituyendo la guía para aproximarnos a su realidad patrimonial, en un intento por reconocer la riqueza que atesora por lo que de herencia e identidad reúnen, fundamentadas en la memoria. Lejos de las valoraciones cualitativas hemos trazado una visión transversal, de ahí que las visiones de su riqueza prehispanica, como de la más contemporánea cinematográfica, sean representativas de dos extremos entre los que caben opciones de interpretación complementarias dentro de un amplio abanico.

Por ello los contenidos de este trabajo están estructurados conceptualmente en varios bloques que abarcan distintos períodos históricos desde la Prehistoria a la Contemporaneidad. Los mismos se presentan internamente de una forma continua en 14 estudios sobre diversos aspectos de la realidad patrimonial bajacaliforniana. Se ha querido de esta forma abordar el análisis de un único concepto desde la aproximación resultante de una percepción completa que muestre su complejidad.

Con esa idea se plantea el primero de los estudios que analiza los conceptos de memoria, herencia e identidad desde la perspectiva de la Historia del Arte y dentro del marco patrimonial que hoy en día otorga sentido a estos trabajos. El valor del patrimonio como legado heredado traspasa los ámbitos particulares para alzarse en un concepto colectivo que ha ido madurando a lo largo del siglo XX, perfectamente reflejado en los distintos documentos inter-

nacionales al efecto redactados, y cuyos frutos se vienen recogiendo en estas primeras décadas del siglo XXI. Es desde esa perspectiva evolutiva desde la que reflexiona Miguel Ángel Sorroche Cuerva, profesor de la Universidad de Granada, tomando como base la riqueza que atesora el conjunto de la península de Baja California, entendido como una unidad conformada dentro de un largo proceso histórico acumulativo.

Partiendo de esa idea de valor acumulado debemos entender los primeros capítulos, indispensables para comprender los períodos iniciales de conformación de lo que posteriormente se considerará una de las expresiones más representativas de las sociedades prehispánicas peninsulares. Son varias las señas de identidad bajacalifornianas declaradas Patrimonio de la Humanidad y entre ellas, por su componente social destacan las pinturas murales. Ese reconocimiento, derivado de una propuesta igualitaria de acceso al patrimonio en cuanto a su apreciación, es la que se aborda en el trabajo de Albert Rubio, investigador del Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques de la Universidad de Barcelona. Los grandes murales bajacalifornianos, representan sin duda una de las aportaciones más destacadas del ser humano a partir de la interiorización de la realidad que percibe. Ejemplo de expresión plástica con una fuerte carga simbólica, estas pinturas encierran interrogantes que hacen de las mismas uno de los apartados más apasionantes, aunque no los únicos de esta etapa, ya que se deben valorar territorialmente en su conformación junto a otras manifestaciones como los petrograbados.

Complementario con éste es el trabajo de la profesora Rosa Elba Rodríguez Tomp de la Universidad Autónoma de Baja California Sur. En él, el modo de vida de las poblaciones autóctonas de la península, profundamente alterado hasta su desaparición a partir del siglo XVIII, se valora desde una perspectiva antropológica sin perder de vista que es ese vínculo entre los miembros de los grupos que habitaron estas tierras y sus relaciones entre sí, los que de alguna forma tienen proyección en los murales bajacalifornianos. En ese sentido, la apreciación de estas pinturas como resultante de un momento concreto de la evolución de estos grupos, se aborda desde la perspectiva dada por esta autora a su análisis, en el que se valora el espacio como marco de referencia para entender las relaciones sociales definidas, además de las actividades económicas y políticas que proyectan la misma estructuración social que regula los grupos.

Sin duda alguna, la llegada europea de un modo efectivo a partir del siglo XVIII marca una ruptura con estas fases previas. De ahí que los cambios acon-

tecidos a partir del Setecientos deban ser considerados en toda su magnitud. Éstos encuentran eco y se analizan en el trabajo conjunto de los profesores de la Universidad Autónoma de Baja California, Jorge Martínez Zepeda, Lucila del Carmen León Velazco y Norma del Carmen Cruz González. La dinámica surgida a partir de la ocupación del territorio peninsular desde 1697, determinó una alteración de lo existente que acabaría derivando en la modificación, con unas consecuencias drásticas, de los patrones y hábitats indígenas. En dicho trabajo se toman como ejemplo un grupo específico y un espacio concreto. Respecto al primero, el de los soldados, es un contingente que no sólo sirve como referente de los cambios comentados, sino como un grupo que además protagonizó a partir del siglo XIX, un proceso que derivaría en los rancheros agrícolas y ganaderos que recuperarían en parte el hábitat disperso característico anterior a la llegada europea y unos modos de vida que no pudieron desligarse de la herencia dejada por los misioneros que protagonizaron dicha ocupación. En cuanto al segundo, el de Ensenada es el escenario perfecto para entender el calado y las dimensiones de los cambios llevados a cabo a partir de esas fechas.

Este capítulo nos sirve de transición para adentrarnos en el siguiente bloque constituido por una serie de trabajos en torno a la huella patrimonial que esta evolución ha dejado a partir del proceso iniciado a finales del siglo XVII. La clara intención de redimensionar la perspectiva que sobre estos temas se tiene, queriendo ir más allá de las tradicionales aproximaciones histórico artísticas ortodoxas, animaron a proponer los dos primeros análisis. El de Salvador Bernabéu Albert, investigador del CSIC y director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y el del investigador también del CSIC, José María García Redondo. Se trata de dos propuestas desde la historia pero que abordan el valor del patrimonio generado y heredado desde la idea de una creación documental en una doble dimensión, epistolar y cartográfica. El trabajo del profesor Bernabéu Albert, con la clara intención de ahondar en el conocimiento de los protagonistas, como referentes necesarios para comprender el proceso desarrollado en este territorio, tiene la firme intención de valorar aspectos de las misiones que permitan entender su configuración, pero que apenas si han sido tratados desde lo patrimonial. La necesidad de recuperar una imagen del proceso que vaya más allá de su resultado final, reflejado en los edificios misionales, aporta una visión enriquecedora, donde las cartas enviadas entre los religiosos toman protagonismo como fuente de información.

En el caso del estudio de García Redondo, el valor de las representaciones que de esta porción de América se hicieron, envuelta tanto en lo enigmático de su conformación, como por pertenecer a una *terra ignota* que todavía en el siglo XVIII estaba a expensas del reconocimiento de una realidad más amplia, hacen de estas representaciones un elemento insustituible para entender su percepción. Más aún cuando el noroccidente americano como otros territorios, se vio desde el conocimiento ilustrado como una realidad que debía acabar con tantas aproximaciones especulativas que habían generado equívocos geográficos.

Sin duda el período definido por la presencia de los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos es el más constatable hoy en día. Su presencia, perceptible en los restos que en distinto grado de conservación se pueden apreciar hoy en día de las misiones por ellos edificadas, refleja la forma que tuvieron de ocupar el territorio salpicándolo a manera de rosario de sur a norte, con un sistema de control que debe entenderse dentro de una política global y en la que se incluiría el programa constructivo franciscano a partir de 1769 en la llamada entonces Alta California.

Sin poder entrar a analizar pormenorizadamente el proceso, un ejemplo de la resultante del mismo son los trabajos de los profesores Ana Ruiz Gutiérrez y Francisco Montes González de la Universidad de Granada. El primero de ellos aborda la importancia de la imagen en el proceso de adoctrinamiento de las poblaciones indígenas a partir de los restos de los programas que decoraban los interiores de las iglesias. Pintura y escultura centran esta producción entre la que resaltan complementos inestimables en la implementación de los ajuares de las misiones como fueron las piezas que provenientes de Oriente llegaban a estas tierras a través de los galeones que atravesaban el Pacífico desde Manila. Más allá de su valor material y de su papel en la función litúrgica, el análisis debe entenderse desde la inserción internacional del territorio californiano, al posicionarse como pieza clave en el punto final del derrotero que seguían las naos desde Filipinas y que se testimonia arqueológicamente por los restos que se han ido registrando en las distintas campañas que se han ejecutado desde el puerto de Monterrey hasta San José del Cabo.

En el caso del trabajo del profesor Montes González se atiende a un caso específico que resalta la perfecta definición de estos programas. A partir del estudio de la imagen de San José en las misiones californianas se valora el proceso de evangelización sobre las poblaciones indígenas. El papel de la ima-

gen como elemento vehicular de adoctrinamiento, tiene en este episodio un caso que puede hacerse extensible, con puntualizaciones a otras advocaciones y otros territorios.

Sin duda, la proyección contemporánea de este legado es posiblemente el valor añadido con el que hay que contar para lograr una recuperación y concienciación adecuada que permita su correcta interpretación. En ese sentido, la dimensión que empieza a adquirir este territorio, así como la huella de su legado, es registrable a varios niveles. Se han elegido el arquitectónico, el pictórico y el cinematográfico, como exponentes de la diversidad de opciones existentes y la riqueza de los resultados que se pueden obtener. En el caso del primero de ellos, el trabajo del profesor Gutiérrez Viñuales de la Universidad de Granada, se aproxima a las raíces hispanas de la arquitectura californiana en el tránsito del siglo XIX al XX, alcanzando la década de los cuarenta de éste. El valor en sí de esta recuperación estuvo en las posibilidades de contacto que se generaron entre Europa y Norteamérica a través de las exposiciones universales que se realizaron, amparadas en un modernismo que llevó a conjugar lo contemporáneo con lo tradicional, no exento de una reflexión sobre las identidades nacionales e impulsada por las conmemoraciones independentistas iberoamericanas. A ese discurso se incorporó Estados Unidos a inicios del siglo XX, teniendo un referente ejemplar en la ciudad de San Diego con la construcción de Balboa Park en 1915 y la exposición internacional de San Francisco de ese mismo año. Su transcendencia hizo que pocos países iberoamericanos se vieran fuera de esa influencia.

Otra visión de lo contemporáneo lo encontramos en lo pictórico. El trabajo de la profesora Yolanda Guasch Marí, de la Universidad de Granada aborda la figura del artista Lozano Vistuer como representativa del papel atrayente que tuvo Baja California para una escuela que de una forma clara aún está dando sus frutos en la actualidad. Lejos de ser un aspecto puntual, es consecuencia de una dinámica iniciada el siglo pasado y resultado de una importante política de inversiones en este territorio que supuso el reclamo para una población que emigró a estas tierras buscando nuevas expectativas. Una apuesta que llevó consigo la definición de una cultura propia que se potenció a partir de la estructuración territorial en dos estados y la dotación de los mismos con los elementos necesarios que potenciaran su reivindicación identitaria. En este contexto debemos entender la obra de este autor, exponente de los exiliados españoles llegados a México y que optaron por estas tierras como residencia.

El tercer y último pilar sobre el que se fundamenta esta visión contemporánea es la cinematográfica. Para ello, Manuel Jesús González Manrique, profesor de la Universidad Autónoma de Hidalgo, aborda esta cuestión desde la visión que el director Carlos Bolado tiene de lo peninsular. Con un enfoque claramente territorial, sirve de este modo como paradigma de la exaltación de unos de los valores más sobresalientes de Baja California, su geografía.

El último bloque se dedica a la visión del patrimonio bajacaliforniano desde las perspectivas más actuales, con visiones que interesan por el enriquecimiento que suponen desde la percepción de los actores que participan en ello. La propuesta de Manel Miró, gestor cultural con una larga trayectoria en proyectos culturales, se hace desde la interpretación comprometida del patrimonio que aboga por contrarrestar la visión estándar dada por el uso turístico de nuestro legado cultural a partir de la teorización de David L. Uzzell. Propuesta pensada para aquellos sitios patrimoniales que tienen una fuerte personalidad, aborda aspectos emocionales que van más allá de lo meramente racional. Un cambio de perspectiva que sin duda enriquece los planteamientos existentes.

Dicha propuesta abre la opción por reconocer el papel social del patrimonio que se aborda en los dos últimos trabajos. El de Mary Julita Bendímez, delegada del Centro INAH en Baja California, y el de Jordi Tresserras Juan y Juan Carlos Matamala Mellín, director y codirector respectivamente del LABPATC-Laboratorio de Patrimonio, Creatividad y Turismo Cultural y la Red IBERTUR de la Facultat de Geografia e Historia de la Universidad de Barcelona. En el caso del trabajo de Julita Bendímez, la cuestión se aborda desde el máximo rigor que da la experiencia profesional y gestora de la autora, proponiendo una reflexión desde los retos que se plantea a la gestión de los recursos patrimoniales, en este caso de naturaleza arqueológica, en contextos expuestos a un fuerte desarrollo y que han obligado a diseñar propuestas de protección que los contrarresten. Éstas, más allá de la simple conservación proponen una apuesta decidida por la investigación que permita una recopilación rigurosa de la información que el pasado transmite, además de afianzar su difusión.

Para finalizar, el trabajo de Jordi Tresserras y Juan Carlos Matamala cierra esta reflexión abordando una de las quimeras patrimoniales más estimulantes, la del Camino Real de las Californias. Un proyecto impulsado en no pocas ocasiones, que refleja muy bien los problemas para su ejecución, pero a la vez los intereses puestos en una idea que tiene no sólo una dimensión patrimo-

nial material sino territorial, planteando la cuestión bajo los auspicios más contemporáneos contemplados por la UNESCO y con una mirada clara a la proyección binacional desde la historicidad del territorio en el que se asienta. Desde una exhaustiva revisión de las iniciativas llevadas a cabo en relación a la conservación patrimonial bajacaliforniana, sirve este trabajo para valorar de un modo más claro el papel del patrimonio cultural de la península de Baja California a partir del reconocimiento de su riqueza. La percepción que del mismo se pueda tener depende de la sensibilización que la sociedad pueda adquirir sobre la necesidad de su conservación.

No queremos dejar de homenajear la memoria de dos personas que sintieron Baja California en toda su intensidad. Las recientes pérdidas de Michael Mathes (1936-2012) e Ignacio del Río (1937-2014), no pueden más que hacernos reflexionar sobre sus figuras y lo trascendental que fue para sus vidas esta región de México. Exponentes claves de la historiografía bajacaliforniana, su labor contribuyó a entender esta realidad geo-histórica.

Este trabajo, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación a través del proyecto I+D+i, Las misiones de Baja California (México) entre los siglos XVII y XIX (HAR2009-11737), se inserta dentro de la tendencia que reconoce al patrimonio cultural como elemento indispensable de reafirmación identitaria. Ésta, sustentada en la memoria que se activa a partir del legado heredado, tiene una dimensión territorial que reconoce al medio su capacidad de condicionar y ser condicionado. Pero sobre todo es fruto del trabajo enriquecedor de un grupo de investigadores que aportan de la forma más honesta, un grano de arena que permita profundizar en el conocimiento de una tierra mítica.

HERENCIA E IDENTIDAD. EL PATRIMONIO CULTURAL EN BAJA CALIFORNIA

Miguel Ángel SORROCHE CUERVA
Departamento de Historia del Arte
Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN

En la actualidad, uno de los ámbitos que más desarrollo está conociendo desde el punto de vista de su maduración conceptual es el del patrimonio. Su evolución a lo largo del siglo XX marca una etapa central que llevaría hasta el siglo XVIII para entender sus orígenes, y se proyectaría en el siglo XXI con la revisión que le está haciendo adquirir una nueva dimensión.

Tal y como se percibe desde las humanidades y las ciencias sociales, el término no aparece aislado, sino que se complementa con sustantivos y adjetivos como gestión o cultural que lo matizan y concretan. Con una procedencia ajena al ámbito al que en la actualidad se aplica, su ascendencia económica y legal avisa de la complejidad de su realidad, incluso a la hora de vislumbrar la naturaleza de su proyección como herencia cultural que se nos transmite, sea esta individual o colectiva.

Entendido como legado, el patrimonio cultural tiene la fuerza evocadora de permitirnos enlazar nuestro presente con un pasado al que nos asimos como vehículo indispensable de reafirmación de identidad. A la vez, nos permite entender el futuro como un ámbito ambiguo, al que solo se puede acceder desde la firme convicción que puede dar la seguridad de haber conformado una realidad social con rasgos perfectamente definidos y que el paso del tiempo debe dejar reconocibles.

El ser humano, como animal social, ha creado una serie de conceptos que le permiten entender su realidad. Precisamente el patrimonio proyectado a la colectividad ha ido evolucionando con las sociedades que lo han engendrado, en tal grado que para entenderlo debemos aproximarnos al grupo y el momento histórico que lo ha creado. Una contextualización que redimensiona su significado y lo eleva más allá de los valores ornamentales que lo han hecho partícipe de discursos retóricos partidistas, universalizándolo.

Es precisamente por medio de la evocación que a través de objetos podemos hacer del pasado, como se convierte la memoria en herramienta ineludible para reforzar nuestra identidad. En ese sentido, señalaban con acierto Josep Ballart y Jordi Treserras, que es a través de la herencia recibida en forma de objetos patrimoniales, como esa memoria puede armar un sistema que nos permita rememorar dicho pasado (Ballart y Treserras, 2001).

La península de Baja California es a día de hoy un perfecto laboratorio de trabajo que permite reflexionar sobre los procesos de conformación del patrimonio como elemento indispensable de reconocimiento identitario. Inserta en una dinámica de desarrollo heterogénea, sus potencialidades pasan por un reconocimiento al papel del legado cultural que su historia ha dejado y la observancia de las posibilidades de desarrollo social y económico que se pueden generar a partir de su valoración, saltando de este modo propuestas estancas que se sustentan en visiones unifocales poco diversificadas y condenadas al colapso.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IDENTIDAD CULTURAL

La aceleración de los acontecimientos de la que somos testigos en la actualidad tiene como base el desarrollo de ciertos campos del saber. Consecuencia de la entrada en una fase del capitalismo caracterizada por la libre circulación de bienes económicos y de flujos financieros que trascienden la nacional y

exponen las relaciones a dinámicas complejas transnacionales, la tendencia a la homogenización es una de sus principales consecuencias.

Entre ellos, destaca el avance imparable de las tecnologías de la información, que se han sumado al progreso iniciado en otros sectores como el de las infraestructuras y el transporte y que han redundado en el incremento e intensidad de los intercambios de personas, ideas y objetos entre regiones. Su impacto, integral, afecta a la propia idea de una globalización que aunque sin reconocer la multiplicidad de valores que dan sentido a cada territorio, da lugar a un efecto contrario al provocar la búsqueda de respuestas que reafirmen la identidad de contextos que se ven engullidos por esa imparable homogenización (Díaz Cabeza, 2009: 8-11).

Los proyectos de carácter identitario que buscan reafirmar esa similitud, que no igualdad entre sociedades, parten del necesario reconocimiento de los valores que reafirman ese sentimiento común. Esa idea se debe basar en una serie de mecanismos entre los que destacan la aceptación a compartir experiencias, como es el hecho de contemplar la ligazón con un pasado que viene definido en el mismo concepto de patrimonio. Es decir, aquello que se hereda de los antepasados y cuya diversidad es testimonio de los distintos ángulos con los que se puede percibir.

A nivel individual, la idea de recibir algo para ser conservado y posteriormente garantizar que los descendientes puedan disfrutarlo no ofrece ningún problema para su comprensión. No obstante ésta cambia al otorgarle una dimensión social. La misma interpretación de la palabra patrimonio tiene diferentes acepciones en cada lengua, siendo la nota común el reconocimiento a un pasado que quiere y debe ser conservado desde el recuerdo y la memoria, y que como tales deben encontrar un soporte en el que afincarse. Es precisamente esa circunstancia la que hace que se valoren como herencia, como elementos que deben protegerse, cuestión ésta que ya se reconoció en los monumentos y posteriormente se aplicó al término de Bien Cultural a partir de la segunda mitad del siglo XX. Un proceso que como se verá, marcará la misma evolución del concepto de patrimonio a la que se ha llegado en la actualidad.

La búsqueda de símbolos que identifiquen a un grupo se alzó en una determinación que hunde sus orígenes en un siglo XVIII, durante el cual diversos procesos revolucionarios fueron poniendo las bases de lo que serían las posteriores visiones nacionalistas. Sin duda, la Revolución Francesa fue la más importante al convertirse en revulsivo de la necesidad de encontrar determina-

dos iconos que funcionaran como referentes comunitarios, puestos al servicio de los nuevos ideales y que se proyectarían de un modo claro en los inmediatos procesos de independencia de las naciones iberoamericanas que se desarrollaron desde inicios del siglo XIX. Se buscó con ello lograr definir elementos mensurables en su materialidad que fueran soporte de una mentalidad sobre la que se sustentara el sentimiento de pertenencia. La cultura material de una sociedad, sea del tipo que sea, se convertía con ello en referente indispensable a partir del cual poder empezar a trabajar. En ese sentido, identificar la misma, pasa por inventariar y catalogar su conjunto, permitiendo registrar en algunos casos una larga evolución que ha permanecido modificándose a lo largo del tiempo, incorporando y desestimando aquellos elementos con los que en su propio desarrollo se ha ido cruzando.

Este proceso debe entenderse como progresivo y acumulativo, dando lugar a realidades que son el resultado de un devenir que conformó los signos que lo identifican en la actualidad como comunitario. Resultantes que no siempre vistas claramente y a las que sólo procesos de reflexión intensos devuelven sus valores originarios y de autenticidad, en ocasiones se han ocultado en la generalidad de unos referentes e iconos que como estereotipos se han proyectado hacia el exterior, no pocas veces tergiversados y manipulados intencionadamente por las ideologías de poder (Llull, 2005: 181-182).

Es precisamente la huida de esos estereotipos y la necesidad de resarcir aquellos componentes auténticos, lo que está llevando a una valoración de lo propio, y a ello ha contribuido indudablemente la tendencia a la globalización que hemos señalado. Proceso de introspección que está suponiendo la recuperación de capítulos olvidados de la historia local, se posicionan dentro de una oficialidad que ha ido vertebrando lo propio, aunque en muchos casos vacío de contenido, no representando la realidad a la que sirve de imagen.

Una memoria de lo regional que se sustenta en la recuperación de aquella materialidad cultural que funciona como marco del reconocimiento a lo histórico sobre la que descansa la identidad de un grupo. Identidad que no se mantiene, actualiza y renueva sin la memoria, respecto a un pasado y a unas costumbres que cíclicas o lineales funcionan como amalgama de la singularidad social. Es en el legado cultural, ya sea material e inmaterial, donde se fundamenta la base del reconocimiento a unos orígenes sin los que no hay identidad, debiendo contemplarse como portadores de significados inherentes y sin historicidad que son base de una reflexión acerca de los valores propios

de un grupo, que lo identifican como tal pero a la vez potencian desde el reconocimiento a la existencia de una pluralidad enriquecedora.

Es por ello que la identidad cultural de una sociedad se debe definir a partir de la memoria histórica que conserva, inevitablemente determinada por la percepción que de la realidad tiene. Ello hace potencialmente tendenciosa su manipulación por los estamentos de poder que emplearán estos símbolos como herramienta básica a partir de la que sustentan su posición, lo que hace que se deba valorar la accesibilidad al entendimiento de ese legado, no siempre igualitario, a partir del grado de iniciación de quién lo percibe y siempre bajo parámetros objetivos equilibrados.

Tal aseveración hace que no podamos entender la función de un determinado tipo de patrimonio simplemente a partir de sus características formales. Por ejemplo, el patrimonio documental tendrá un distinto grado de accesibilidad que el patrimonio artístico, que aunque basado también en la existencia de unos códigos no siempre descifrables para la mayoría, se sustenta en el menos selectivo de los sentidos, la vista¹. La imagen como tal, siempre ha funcionado como elemento de aculturación, con más éxito que el de la lectura, que requiere de un tiempo de formación del que en ocasiones a lo largo de la historia no se ha dispuesto, lo que exigió de soluciones más seguras y rápidas como ocurrió en América a partir del siglo XVI (Báez, 2005). La discusión en torno al papel que los modelos identitarios pueden jugar respecto a la construcción de diferencias tiene ejemplos destacados en los que la visión unitaria de los mismos es contraria a la diversidad que quieren aglutinar. En ese sentido no podemos perder de vista que el reconocimiento a esa riqueza está en la base de las construcciones identitarias, lo que a la postre sustenta la necesidad de encontrar elementos en los que se asienten dichas individualidades. Ello genera un juego interesante entre conceptos que se postulan como universales pero sobre los que se fundamentan las especificidades de cada sociedad.

1. «En el contexto de la accesibilidad, los patrimonios materiales e inmateriales adquieren una fuerza simbólica extrema. Seleccionados por determinados grupos sociales, estos patrimonios se tornan representaciones de tiempos, espacios y acontecimientos específicos» (Carvalho; Funari, 2012: 106).



Figura 1.—Exterior de la Misión de Loreto. Baja California Sur. México.

La propia UNESCO avala estas ideas a partir de la Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural definiéndola como: «...conjunto de los rasgos distintivos espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o a un grupo social y que abarca, además de las artes y las letras, los modos de vida, las maneras de vivir juntos, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias» (UNESCO: 2001). Y es precisamente el patrimonio cultural el que la organización internacional coloca como elemento básico para reafirmar la valoración de dicha diversidad².

Dentro de este discurso toma una posición destacada el patrimonio cultural inmaterial y su papel como configurador de señas de identidad. Es en este caso donde los hábitos que se señalaban con anterioridad, empiezan a posicionarse como básicos para reafirmar su papel en este proceso. Si atendemos a los últimos años, esta tipología patrimonial está siendo reivindicada con más fuerza desde inicios de la década del 2000, cuando la UNESCO lo definió en la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial de 2003 (UNESCO, 2003)³. Básicamente por lo que afecta a elementos como la oralidad, las festividades y la memoria que de algún modo son reconocidos como los elementos más vulnerables del patrimonio. Son ámbitos que se erigen en fundamentales por la complejidad de factores que afectan a su conservación y que tienen en la misma existencia humana su soporte. En el caso de la oralidad, que como vehículo de transmisión en el que se sustenta lo inmaterial

2. «Toda creación tiene sus orígenes en las tradiciones culturales, pero se desarrolla plenamente en contacto con otras culturas. Ésta es la razón por la cual el patrimonio, en todas sus formas, debe ser preservado, realizado y transmitido a las generaciones futuras como testimonio de la experiencia y de las aspiraciones humanas, a fin de nutrir la creatividad en toda su diversidad e inspirar un verdadero diálogo entre las culturas» (Declaración Universal de la Diversidad Cultural, art. 7, UNESCO, 2001).

3. «El patrimonio cultural inmaterial está definido por las prácticas, las representaciones, las expresiones, los conocimientos, las habilidades, así como los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales asociados con ellos, que las comunidades, los grupos y, en algunos casos, los individuos reconocen como parte del patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, transmitido de generación en generación, se ve constantemente recreado por la comunidad y grupos en respuesta a un entorno, en interacción con la naturaleza y su historia y les proporciona su sentido de identidad».



Figura 2.—Huerta en San José de Comondú. Baja California Sur. México.

a partir de expresiones y tradiciones orales, su codificación es una vía necesaria para su perdurabilidad, fundamentada en la memoria para poder transmitir dichos principios básicos de una cultura consuetudinaria (Repetto, 2006: 2).

DEL OBJETO AL TERRITORIO. LA EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE PATRIMONIO

La situación actual en la que nos encontramos y a la que ha llegado la comprensión de lo patrimonial, es el punto último de una evolución que se inició en el siglo XVIII y que aún no se ha detenido, al grado de ser el arranque de un largo camino de reflexión y enriquecimiento respecto a la herencia colectiva que no ha hecho más que comenzar. Dicho proceso ha llevado a la desmaterialización del objeto entendido desde su excelencia material e ideológica, que fue la predominante durante la segunda mitad del Setecientos y el Ochocientos hasta mediados del siglo XX, cuando se inició el reconocimiento

de la diversidad de las manifestaciones y expresiones culturales de los pueblos a un nivel global y democrático (Castillo Ruiz, 2009: 27-48).

En cualquier caso, entender en la actualidad el valor de lo patrimonial obliga a revisar cual ha sido su evolución conceptual. Proceso clave para comprender el punto en el que nos encontramos, es posiblemente a lo largo del siglo XIX cuando se ponen las bases de dicho desarrollo. Es el momento en el que recibidas las ideas ilustradas derivadas de planteamientos como los de Winckelmann en torno a un pasado digno de copiar como el de la antigua Grecia, los valores simplemente históricos se empezaban a plantear como no exclusivos a la hora de apreciar el legado cultural de un período histórico.

La visión que propondría Riegl al apreciar además de su valor histórico la misma contemporaneidad del monumento, abría las posibilidades a contemplar las opciones funcionales de éstos, como elementos indispensables para justificar su conservación. Una utilidad que más allá de la práctica, conllevaba unos aspectos sociales que son los que hoy se reivindicaban como necesarios para garantizar su conservación (Riegl, 1987).

Sobre esta base, la maduración conceptual se ha llevado a cabo a lo largo del siglo XX. Así, la mayor sensibilización que sobre el tema se tiene en la actualidad, parte de las ideas expuestas en la Convención de la Haya de 1954, en la que se apostaba por una concepción amplia del patrimonio, entendido como Bien Cultural; y una revisión y ampliación de los ámbitos a proteger como es el caso de la incorporación de los edificios en los que se contienen los bienes muebles, como bibliotecas, museos o archivos (La Haya, 1954)⁴.

Sin duda el paso estaba dado y evidencia de ello son los posteriores documentos internacionales redactados, que abogaban por un reconocimiento claro de la relación del patrimonio cultural y del natural, poniendo la base de

4. «Los bienes, muebles o inmuebles, que tengan una gran importancia para el patrimonio cultural de los pueblos, tales como los monumentos de arquitectura, de arte o de historia, religiosos o seculares, los campos arqueológicos, los grupos de construcciones que por su conjunto ofrezcan un gran interés histórico o artístico, las obras de arte, manuscritos, libros y otros objetos de interés histórico, artístico o arqueológico, así como las colecciones científicas y las colecciones importantes de libros, de archivos o de reproducciones de los bienes antes definidos...».

textos postreros que se definirán de un modo específico en las legislaciones nacionales que irán apareciendo y que los incorporarán. En ese sentido, la Recomendación relativa a la Protección de la Belleza y el Carácter de los Lugares y Paisajes de la UNESCO, realizada en París en 1962, ejemplifica una tipología de textos que abogará por el reconocimiento del Determinismo para una necesaria valoración de lo patrimonial. La misma, más allá de ser una cuestión meramente superficial y de apariencia, contiene cuestiones interesantes al diferenciar entre lugar, paisaje natural o humanizado (UNESCO, 1962)⁵.

Esta tendencia se confirma en 1972 con la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural (UNESCO, 1972). Dicho texto abogó por el reconocimiento no solo material de la singularidad de un espacio, sino además por los valores etnológicos o antropológicos del mismo. La distinción que se hace en torno a monumentos, conjuntos y lugares, muestra la misma tendencia que años después adoptarán algunos de los textos legales que se desarrollarán a nivel nacional⁶.

En la actualidad el reconocimiento a esa diversidad cultural viene avalada por la valoración de una dimensión patrimonial de características inmateriales que aparece no solo como tal, sino contemplada a partir de los escenarios en

5. «A los efectos de la presente Recomendación, se entiende por protección de la belleza y del carácter de los lugares y paisajes, la preservación y —cuando sea posible— la restitución del aspecto de los lugares y paisajes naturales, rurales o urbanos debidos a la naturaleza o a la mano del hombre, que ofrecen un interés cultural o estético o que constituyen medios naturales característicos».

6. El artículo 1 señala: «A los efectos de la presente Convención se considerarán «patrimonio cultural»: Los monumentos: obras arquitectónicas, de escultura o de pintura monumentales, elementos o estructuras de carácter arqueológico, inscripciones, cavernas y grupos de elementos que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia;

Los conjuntos: grupos de construcciones, aisladas o reunidas, cuya arquitectura, unidad e integración en el paisaje les dé un valor universal excepcional desde el punto de vista de la historia, del arte o de la ciencia;

Los lugares: obras del hombre u obras conjuntas del hombre y la naturaleza así como las zonas incluidos los lugares arqueológicos que tengan un valor universal excepcional desde el punto de vista histórico, estético, etnológico o antropológico...».

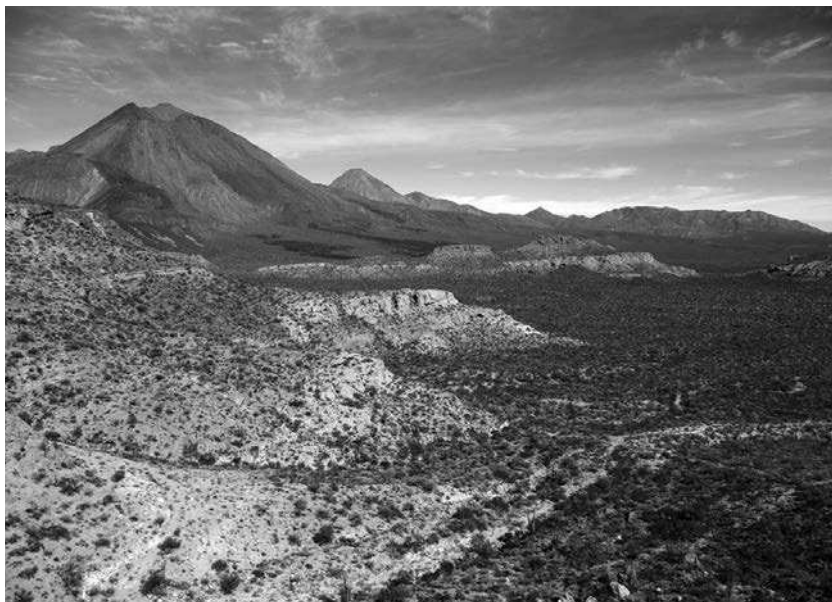


Figura 3.—Vista de paisaje sudcaliforniano. Proximidades del volcán de las Tres Vírgenes. Baja California Sur. México.

los que se manifiesta. Una acentuación respecto a la existencia de unos hábitos que son en muchos casos los mejores auspiciadores de unas prácticas que a la postre conciencian respecto a esa identidad.

La situación actual, que aboga dentro de las propuestas de conservación y difusión por planteamientos dentro de conceptos como los de Paisaje Cultural o Itinerario Cultural, han conocido algunos intentos dentro de la geografía bajacaliforniana por impulsar la vertebración territorial como es el caso de la Ruta del Vino en el Valle de Guadalupe en Baja California o el añorado Camino Real de las Misiones, este último pieza clave para contextualizar el ámbito histórico de las Californias como territorio patrimonializable.

En cualquier caso, la situación en la que nos encontramos es consecuencia de la evolución que el concepto de patrimonio ha conocido a lo largo del tiempo. Resultado de la proyección que sobre él hace la misma sociedad que lo ha generado, es entendido por algunos autores como un concepto difícil de definir tal y como señala Lluís Peñalba respecto a la clasificación conformada

por Olaia Fontal (Llull Peñalba, 2005: 179)⁷. Como hemos visto, desde los planteamientos reduccionistas y excluyentes de la Ilustración, la desmaterialización a la que hoy asistimos de lo patrimonial, ha hecho que las tipologías de bienes que se puedan incorporar dentro de él refleje una muestra de ese proceso y de la diversidad de aspectos que deben incluirse. Eso hace que su variedad vaya desde los elementos tangibles, a los más disolubles en el espacio-tiempo como los actos de sociabilidad.

Tal y como se defiende por diversos autores (Díaz Cabeza, 2009: 1-2), es necesario buscar un equilibrio en esa conceptualización, tomando para ello como referente las distintas escalas sociales que conforman la memoria histórica en una dimensión tal, que incluya las apreciaciones más recientes del contexto territorial, como primordial en tanto que escenario en el que se contienen los referentes culturales que atesoran la memoria y donde el objeto en sí sigue teniendo el valor de fuente documental (Martín-Bueno, 2001-2002). Sobre todo al tratarse de un concepto relativo que se ha construido mediante la atribución de valores dependientes de los momentos históricos, las modas o el mismo dinamismo de las sociedades que en definitiva son quienes lo han construido (Llull Peñalba: 2005, 179-180).

Testimonio ineludible de un proceso acumulativo en ningún caso lineal, cuyas implicaciones territoriales son evidentes, el legado cultural que en la actualidad atesoran los territorios, debe enfocarse desde la historicidad de los mismos y no desde planteamientos de división administrativa que tergiversan su realidad. Incluso en un espacio como el bajacaliforniano, en el que la misma realidad de territorios como los de Sonora o Sinaloa se vinculan a él, su percepción adquiere sentido al hablar de la integridad de las Californias.

7. «Olaia Fontal ha analizado las distintas acepciones de patrimonio: como propiedad en herencia, como selección histórica, como sedimento de la parcela cultural y como conformador de la identidad social, a las que podríamos añadir también su modelo de referencia» (Llull Peñalba, 2005: 179).

LA TERRITORIALIZACIÓN DEL PATRIMONIO

Llegados a este punto, de los elementos más destacados actualmente en lo relativo al patrimonio, es el de su inserción en el territorio el más llamativo. Uno de los componentes con los que más identificada está una sociedad es con el paisaje que percibe diariamente. La situación actual respecto a éste es de reconocimiento a estar sometido a una amenaza constante a su alteración, sobre todo en los ámbitos de menor presión urbana, en algunas ocasiones con visiones catastrofistas de dimensión planetaria (Álvarez Muñárriz, 2007). En el otro extremo, la falta de propuestas de desarrollo, si bien han motivado la aparición de situaciones preocupantes desde el punto de vista social, han traído consigo una valoración de su realidad a partir de la calidad de su percepción por haber mantenido intactos e inalterables sus características, cuestión esta paradójica que hasta hace poco se consideraba como signo de ausencia de desarrollo económico y por lo tanto de retraso cara a un limitado concepto de evolución.

En cualquier caso, la territorialización que el patrimonio está conociendo en la actualidad parte del reconocimiento a la existencia de un patrimonio natural, generado a partir del propio proceso de formación de la Naturaleza y que tiene su matización a la hora de incorporar la acción humana en su modulación, convirtiéndose en el mejor exponente de la relación histórica de ambos que tiene como resultado la dimensión cultural del territorio entendido como paisaje. En conjunto dos categorías que podemos contemplar unidas constituyendo una construcción cultural, y sujetas a cambios en función de los escenarios históricos que vive la sociedad en este mundo posmoderno (Díaz Cabeza: 2009, 3).

El binomio territorio-paisaje ha sido analizado desde hace tiempo como una relación que implica aspectos que sin duda reflejan la herencia presente que la historia ha podido dejar plasmada en el espacio y por ende en la memoria de quienes lo habitan (Ortega Varcácel, 1998). Es precisamente este aspecto uno de los más potenciados desde instituciones internacionales que han visto en el territorio un escalón más en la evolución de la percepción que del patrimonio se tiene, al insertarlo contextualizándolo en el lugar que le da sentido. Esta propuesta tiene dos claras intenciones. Reconocer la especialidad del patrimonio, en tanto que vinculado con un espacio que ha sido alterado por la mano humana explica cual ha sido la relación de ambos a lo largo del tiempo; y por otro reconocer las potencialidades de desarrollo que puede con-

llevar para un contexto específico, dotándolo de un fin mercantilista que lleva a la banalización en su valoración y que hemos venido apuntando.

No cabe la menor duda que Baja California está unida a propuestas en las que el territorio ha sido el objeto central de reflexión. Como hemos señalado con anterioridad, algunas de ellas como el proyecto del Camino Real de las Misiones que desde el siglo XVIII se convirtió en una anhelada fórmula de articulación del territorio, refleja sin duda la necesidad de devolver su verdadero sentido a un espacio que nunca fue bien visto por quién lo intentó ocupar. Esta apuesta es posiblemente la más identificativa del proceso de estructuración territorial que el propio Michael Mathes impulsó. Un itinerario cultural que reconocería no solo la dimensión de las relaciones que el ser humano ha tenido dentro de este ámbito, sino además insertar en el mismo un conjunto de paisajes culturales que desde las fases prehispánicas se han ido conformando como escenario que vio período tras período, como se fue dotando de significado y sentido, generando marcos naturales de referencia que con el paso del tiempo se han mantenido, intensificando o modificando su papel articulador.

En cualquier caso estamos de acuerdo con Gómez-Mendoza (Gómez-Mendoza, 2013: 7), al diferenciar entre dos tipos de paisaje que entendemos encuentran un claro referente en Baja California. Dos conceptos vinculados con el origen y proceso conformador del territorio a partir de la intervención humana, los de paisaje político y paisaje vernáculo, diferenciación ya hecha desde el ámbito anglosajón y francés, pero que se puede aplicar perfectamente a la valoración del territorio mexicano (Jackson: 1986; Besse 2009)⁸. De ahí que la resemantización del territorio a partir de la imposición de las estructuras

8. «Este último (el paisaje vernacular) es el paisaje vivido por una comunidad o por un grupo. Jackson llamaba «paisaje político» al de los espacios y las estructuras concebidos para imponer o preservar una unidad y un orden territoriales, relacionado con una planificación que quiere ser duradera y normalmente a gran escala. El paisaje político se caracteriza, pues, por el acto fundador de despliegue del poder, la creación de un territorio que encarna a ese poder ordenando un número considerable de lugares capaces de manifestarlo.

[...] Frente al momento fundador de los paisajes políticos, el paisaje vernacular se caracteriza por la adaptación a los lugares y a las circunstancias: es el paisaje de vida de los vecinos y de las comunidades, cuya construcción se va haciendo de modo secuencial, por ello está sometido a una temporalidad enteramente diferente» (Gómez-Mendoza, 2013).



Figura 4.—Misión de San Fco. Javier Biaundó. Baja California Sur. México.

eclesiásticas construidas por los religiosos en las misiones, rompiendo la escala hasta ese momento del espacio percibido, se deba valorar en toda su dimensión, como elemento impuesto en un paisaje que hasta ese momento se había construido a partir de la percepción que del territorio tenían las poblaciones indígenas (Sorroche Cuerva, 2011b).

Dentro de esa línea se podría valorar cual es la definición que se le debería dar al resultado de aquel proceso rupturista que llevó a los humedales a convertirse en esos oasis en los que se fraguó lo que hoy podemos considerar como uno de los valores plásticos más reconocidos de Baja California, el de los contextos de huerta. Definidos en torno a las misiones a partir de la construcción de estructuras hidráulicas y de muros de piedra de separación y contención, articularon los espacios de cultivo y generaron una dinámica de explotación agro-ganadera desde una relación armónica con el territorio. Un modelo que en el caso que nos ocupa partiría de un momento específico, el siglo XVIII y que se mantuvo en todas sus características hasta el siglo XIX, cuando se produce el inicio de una decadencia que ha llegado hasta la actualidad. Con

esta perspectiva, sus cualidades responderían a las condiciones impuestas por la UNESCO cuando establece los criterios para la inscripción en la lista del patrimonio de la humanidad como representantes de las acciones combinadas del ser humano y la naturaleza y dotados, como señala la propia organización internacional, de una fuerte dimensión histórica, ilustrando la evolución de los establecimientos humanos a lo largo del tiempo, sometidos a las constricciones físicas y a las oportunidades presentadas por el ambiente natural y las fuerzas sociales, económicas y culturales, tanto internas, como externas (Gómez-Mendoza, 2013: 15).

Este planteamiento nos debe llevar a otros como el de su potencialidad dinamizadora. No cabe la menor duda que uno de los reconocimientos más claros que se otorga al patrimonio es el de su capacidad para activar soluciones de dinamización social y económica. Este planteamiento, más sensible en cuanto a su reconocimiento en ámbitos desfavorecidos, tiene en el caso de Baja California, una serie de apuestas que merecen nuestra atención, desde el mismo momento en el que se otorga una dimensión territorial a las mismas⁹.

Es por ello que la relación entre patrimonio y territorio sea una de las piezas claves a la hora de intervenir en el proceso de reconocimiento de los valores culturales bajacalifornianos. Señala Mata Olmo (2008: 155), que la territorialización del paisaje es el reconocimiento de que cada territorio se manifiesta a través de una fisonomía singular y en plurales imágenes sociales, haciendo de aquel un aspecto importante de la calidad de vida de la población. En esta idea subyacen dos conceptos claros, la materialidad de la realidad que se percibe y la subjetividad de cómo se hace esa aprehensión. La misma definición que del paisaje hace la Unión Europea, recogiendo las tendencias internacionales más actuales sobre el mismo, expresa esa complejidad (Sorroche Cuerva, 2011a).

9. El reconocimiento a dicho papel ha llevado a la ejecución de apuestas que están recuperando y revalorizando algunos elementos tradicionales de la historia bajacaliforniana como es el caso de los paisajes de vid del norte. Esa misma idea es la que se quiere aplicar a otros ámbitos y a distinta escala, con lo que ello supone de reconocimiento a los distintos niveles sobre los que se debe actuar, como son las potencialidades que se han identificado en el oasis de los Comondú. El cualquier caso, se trata de escalas y apreciaciones distintas que hacen de lo cultural la piedra angular de unas iniciativas que deben competir con la oferta turística de sol y playa que ha sido la tradicional en la península.

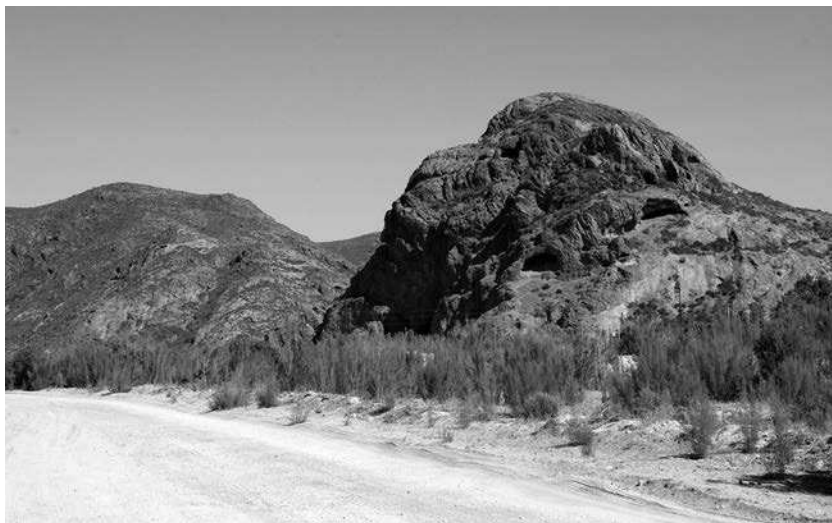


Figura 5.—Imagen del primitivo enclave de la misión de Santo Domingo.
Baja California. México

El hecho de que se señale que es cualquier parte del territorio tal y como es percibida por las poblaciones y cuyas características son el resultado de las acciones naturales y humanas y de sus interrelaciones, así lo manifiesta (Mata Olmo: 156). Ello hace de la percepción del mismo un componente añadido a su misma valoración. Una dimensión sensorial que convierte al paisaje en territorio percibido con toda la complejidad psicológica y social que ello implica, abarcando desde lo meramente sensorial a las apreciaciones estéticas (Mata Olmo, 2008: 157; Corraliza, 1993).

Esa dimensión social del paisaje hace que la participación ciudadana sea esencial desde las propuestas de consulta sobre su caracterización, uso y valoración, hasta la toma de decisiones, aspecto que se ha puesto de manifiesto como esenciales en iniciativas como los proyectos desarrollados en San José de Comondú o de recuperación de los Oasis sudcalifornianos. Esta circunstancia no hace más que reconocer que el paisaje es, desde el punto de vista de su configuración formal, la huella de la sociedad sobre la naturaleza y sobre paisajes anteriores, imprimiéndole unas señas de identidad propias que son



Figura 6.—Valle de Guadalupe. Baja California. México.

las que le aproximan a su conceptualización como patrimonio (Mata Olmo, 2008: 158).

Esta idea es la que en ocasiones prima sobre la noción de desarrollo, y se ve como una amenaza hacia la conservación de los aspectos patrimoniales de un contexto específico, a pesar de que éstos representen una ventaja que dependerá del prisma con el que se mire, y donde se hace necesaria la opinión de la población autóctona, frente a la percepción que de esa realidad tiene el foráneo.

Otro aspecto interesante es el de su comportamiento dinámico. Una evolución interna que se complementa con las valoraciones de las relaciones entre lo natural y lo humano, que evidentemente hacen referencia a su contenido histórico, entendido como la expresión de los cambios sociales, los modos de producción, las formas urbanas, modos de vida, etc. (Mata Olmo, 2008: 158). Un reconocimiento de su diversidad que es básico para establecer su caracterización y a la postre disponer de los índices necesarios para tomar las decisiones oportunas que garanticen la conservación de ese carácter del paisaje. De esta forma se pueden establecer criterios de intervención en función de las características de cada área identificada.

Algunos ejemplos representan perfectamente este proceso. Como hemos señalado, en el caso del Valle de Guadalupe, las más actuales tendencias patrimoniales se están dejando sentir en los proyectos que tienen un claro objetivo de rentabilidad en el patrimonio desde su contexto territorial. La Ruta del Vino del Valle de Guadalupe, en Baja California, puede ser representativa de la dimensión espacial que se quiere dar a las nuevas apuestas por recuperar parte de ese legado. Opción decidida e impulsada por el reconocimiento de las instituciones internacionales a otorgar al territorio su papel en la percepción del patrimonio, de ahí que los itinerarios culturales por un lado y los paisajes culturales por otro respondan a una sistemática a la que se pueden incorporar los contextos bajacalifornianos.

Por otro lado, las apuestas por recuperar los elementos más destacados tiene en el Proyecto Estratégico de Desarrollo Sustentable de los Oasis Sudcalifornianos un reflejo de esa tendencia que persigue una distribución equilibrada de la riqueza de un territorio a partir de los recursos naturales y culturales del mismo. Unas fuentes de desarrollo que hoy se pueden explotar gracias al equilibrio que campesinos y rancheros han tenido en su cuidado, manteniendo una explotación consuetudinaria alejada de los centros de desarrollo turístico masivo¹⁰.

Las figuras de paisaje Cultural y de itinerario Cultural, no son más que el último escalón de un proceso de desintegración de la materialidad del patrimonio, y una apuesta decidida por la dimensión territorial del mismo, contextualizándolo en un marco supranacional que vaya más allá de las divisorias fronterizas, jugando con los territorios históricos como elemento básico de comprensión. Las apuestas de la UNESCO por potenciar las relaciones entre estados mediante la recuperación de los antiguos lazos que los unían a través de vías de intercambio, hacen de esta cuestión un elemento interesante del que encontraremos algunos elementos en el contexto de la costa pacífica que comparten México y Estados Unidos.

10. El Proyecto Estratégico de Desarrollo Sustentable: Oasis Sudcalifornianos, tiene un período de desarrollo entre los años 2011-2015 y depende su ejecución de la Coordinación General de Desarrollo Sustentable, bajo la supervisión de la Secretaría de promoción y Desarrollo Económico del Gobierno del Estado de Baja California Sur.

EL BINOMIO, DESARROLLO-CULTURA

Los índices de desarrollo de un territorio no pueden estar sometidos a la unilateralidad de lo económico (Sosnovski, 1999). La presencia cada vez más frecuente del componente cultural dentro de las propuestas políticas de desarrollo, muestra la evidencia de esta visión, testimonio claro de que el avance no sólo se puede medir en términos económicos, haciendo necesarias dinámicas transversales que enriquezcan las opciones de solución¹¹. Esta cuestión, señalada por Alfons Martinell supone que: «las concepciones economicistas del desarrollo no entraron a considerar la cultura como un factor con impacto en los procesos de desarrollo, más preocupados por los sectores clásicos del crecimiento económico, el desconocimiento profundo de la realidad cultural contemporánea y debido a la falta de datos concretos sobre el aporte de la cultura a las economías nacionales» (Martinell, 2007: 33). En cualquier caso una confluencia feliz de intereses que ha llevado a una aceptación de la necesidad de la cultura en dichas propuestas económicas¹².

Como señala Miguel Ángel Troitiño, la complejidad a la que ha llegado la gestión del patrimonio, hace que debamos incorporar además de los aspectos relativos a la conservación de su materialidad, los efectos que el turismo puede tener en las propuestas de desarrollo encaminadas a proporcionar el despegue económico de determinados territorios. Sobre todo cuando el patrimonio como recurso-producto puede servir para reequilibrar y cualificar los sistemas

11. «La idea de que la cultura es un componente fundamental e insoslayable dentro de cualquier proyecto, programa o teoría del desarrollo, ha tenido que ser repetida una y mil veces desde hace por lo menos cinco décadas, hasta que su aceptación y reconocimiento se ha convertido en algo cada vez más común ya no sólo en espacios académicos o intergubernamentales sino en las políticas públicas de muchos gobiernos y países» (Hernández, 2007: 59).

12. «Durante mucho tiempo, la preocupación por la relación entre cultura y desarrollo fue básicamente un tema casi exclusivo de los profesionales e instituciones específicamente dedicados a la investigación o a la gestión cultural, pero en las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del XXI se ha producido una confluencia feliz entre, de una parte, los aportes de las ciencias sociales y las teorías de la cultura y, de la otra, las preocupaciones de las grandes organizaciones intergubernamentales, los grandes centros financieros y las teorías del desarrollo» (Hernández, 2007: 60).

turísticos, que han centrado su atención en demasía en el sol y playa y ve dificultades para diversificar una oferta que debe ajustarse a las nuevas dinámicas orientadas a los grandes flujos de público (Troitiño; Troitiño, 2009:91).

Las rentabilidad de la cultura, aspecto este ambiguo que ha hecho que se haya tomado como medida solo en términos económicos, deja fuera de la misma apreciaciones de desarrollo social que indudablemente deben ser tenidas en cuenta¹³. Si bien es cierto, como hemos dicho, que su percepción comunitaria hace que términos como patrimonio adquieran una dimensión a veces compleja para hacer entender su posición respecto a las tradicionales de individualidad, hace de aquella una percepción que se debe considerar en tanto que sostiene, por ejemplo a través de redes culturales, el sentido y la práctica comunitaria como base para toda gestión participativa. Es precisamente esta visión pública la que convierte en importante el reconocimiento de quien es similar, imponiendo la tolerancia y el derecho de los otros a ser diferentes, cuestión que se proyecta al exterior desde que el mismo proceso de globalización hace que se produzca un mayor énfasis en las entidades nacionales que en ocasiones, llevado al extremo, tiene su correlato en enfrentamientos bélicos entre etnias y naciones¹⁴.

La mayor relación entre cultura y desarrollo es proporcionalmente directa a los grados de evolución democrática de las sociedades que valoran la apuesta por la primera de ellas, como estímulo complementario a lo bási-

13. «Un acontecimiento, que deberíamos calificar mejor como un proceso, el cuestionamiento a la hegemonía de los enfoques economicistas en las teorías del desarrollo obligó a autores e instituciones a replantearse el sustento conceptual de dichas teorías y, por tanto, a buscar alternativas al fracaso de innumerables programas destinados a promover el desarrollo, incorporando otras dimensiones de lo social tradicionalmente soslayadas o incorporadas de modo secundario, entre ellas las dimensiones subjetivas, simbólicas y culturales» (Hernández, 2007: 60).

14. «En el análisis de lo que podríamos denominar «plusvalías de la cultura al desarrollo» se observan e identifican varios niveles a formas de actuar de la vida cultural de un contexto determinado. Desagregando sus diferentes elementos, que tienen su propia concepción y dinámica, nos podremos aproximar a la valoración de los impactos reales de la acción de los diferentes ámbitos culturales cuando se persigue el fin del desarrollo y la creación de condiciones para mejorar la calidad de vida y el bienestar» (Martinell, 2007: 34).

camente económico. La gestión del patrimonio cultural y su conversión en recurso turístico parte de su conservación y de la preservación del espíritu del mismo a partir de la aplicación de conocimientos específicos que los inserte dentro de dinámicas de valoración. En cualquier caso se debe partir de una apreciación por parte de los miembros de la sociedad en el que está inserto dicho legado, cuestión ésta que requiere de una sensibilización que debe sustentarse en una política educativa estable y decidida por estos temas (Velasco, 2009: 239-241).

Eso conlleva que la cada vez mayor confianza hacia el papel que desempeña la cultura en el desarrollo económico, venga refrendada por contextos de estabilidad social que son a la postre los que garantizan su éxito. La apuesta, cada vez mayor por entidades de diverso tipo al apoyo de este tipo de iniciativas, se ven además incentivadas con propuestas de sostenibilidad que hacen que la cooperación para la recuperación del patrimonio histórico y la preservación de la naturaleza sean propuestas claras que responden a iniciativas con un perfil material tangible de inmediata repercusión en el mercado laboral y con una alta capacidad para ser integradas a las iniciativas de turismo cultural, siendo la fórmula más adecuada y demandada por una sociedad que busca altos índices de satisfacción.

Estas opciones demuestran que la cultura no es sólo parte del desarrollo sino que éste depende de la visión cultural dominante, y que en definitiva son los valores culturales de una sociedad los que determinan su estilo de desarrollo económico, político, social y personal y no a la inversa tal y como es señalado por Bernardo Kliksberg y Luciano Tomassini (Hernández, 2007: 60); además se acepta la necesidad de valorar y reconocer la diversidad cultural no como una escala piramidal en la que unas culturas se hallan en el ápice civilizatorio y otras ascendiendo hacia él, sino como maneras diversas de estar en el mundo (Hernández, 2007: 60).

Las inversiones en patrimonio histórico presentan una interesante paradoja. Solo aceptadas a partir de su rentabilidad económica, son por otro lado reconocidas por su papel en la fundamentación de las ideologías sobre las que se han sustentado los estados nacionales, que además están viendo como la diversidad cultural se convierte en un factor decisivo a la hora de conformar proyectos socio-económicos. Es por ello que hay que olvidar el concepto unifocal de desarrollo y entenderlo como el necesario conjunto de acciones encaminadas a proporcionar el desarrollo social de una sociedad. Una forma de

descentralización desde la perspectiva de los objetivos que obliga a una mayor diversificación de las propuestas.

Los dos conceptos, el de cultural y desarrollo se hayan por tanto insertos dentro de procesos históricos que hacen que evolucionen con las sociedades que los crearon, lo que los convierte en tremendamente dinámicos. Esa sociabilidad hace que su éxito dependa de la articulación de políticas culturales que llevan a la formación de hábitos, cuestión de larga tradición histórica y sobre la que se han sustentado muchas políticas de adoctrinamiento. Es decir, la utilización como herramienta de lo cultural, conlleva conformar un entramado simbólico que resulta de una serie de intervenciones por parte del estado que actualmente cuenta con otros protagonistas como las instituciones privadas y los grupos de acción cultural, con el fin de promover esa simbología y su éxito. Eso nos lleva a valorar la cultura como un componente no de minorías sino como un instrumento de formación social que implica el aprendizaje de hábitos sociales y que incluye valores de participación y solidaridad, siempre con la clara identificación de las necesidades de la población a la que van destinadas estas intervenciones.

Desde esa perspectiva, Alfons Martinell señala cuatro puntos que consideramos esenciales para comprender el valor de la cultura: su componente simbólico, lo que conlleva a no perder de vista que: «... todos los procesos que generen la recuperación y mantenimiento de las identidades culturales y el contacto e intercambio con otras, a partir del respeto a la libertad cultural son factores fundamentales para la creación de condiciones de desarrollo aunque difíciles de apreciar y objetivar pero que existen como sustrato para la creación de dinámicas sociales positivas» (Martinell, 2007: 35); el impacto de los valores intangibles de la cultura en todas las dimensiones de la vida social, siendo interesante desde esta perspectiva las aportaciones de la cultura a la construcción de la ciudadanía; el reconocimiento del peso de la cultura en el sector económico y social, aspecto este que hay que no perder de vista por su repercusión en situaciones de crisis al aportar una diversidad que puede permitir salir de ellas¹⁵; y finalmente la incidencia indirecta de la vida cultural en otros sectores

15. «Es evidente que el mantenimiento y fomento de este sector cultural alrededor de la creación, producción y difusión de bienes culturales tiene una gran incidencia, por su valor simbólico, pero también como factor de crecimiento económico» (Martinell, 2007: 36).

o actividades siendo la relación con el turismo la que más claramente puede mostrar este vínculo y la recuperación de espacios urbanos degradados la que en las últimas décadas ha generado ejemplos contradictorios a lo largo y ancho de la geografía bajacaliforniana. Una relación entre cultura y desarrollo que necesitaría de una mayor implicación de los distintos actores que participan en la elaboración de programas y proyectos, dentro de propuestas globales donde lo cultural se proponga desde una perspectiva transversal.

EL LEGADO CULTURAL BAJACALIFORNIANO Y SU RIQUEZA

El reconocimiento del papel que ha jugado el patrimonio en el desarrollo de un país como México, parte de la aceptación por el Estado y pueblo mexicanos de la existencia de un pasado rico que hoy en día es base de su seña de identidad. La existencia de una política cultural mexicana que tiene en el patrimonio la herramienta a partir de la cual se puede buscar y recuperar un pasado en el que ámbitos como el nacionalismo contemporáneo se reflejen, viene siendo analizado en numerosos trabajos desde finales del siglo pasado (Nivón; Ramírez, 1999). Una sensibilización que es vista a partir de la necesidad que la sociedad mexicana tiene de relacionarse con su pasado y construir una memoria que la reafirme como tal.

Ese mismo reconocimiento a la complejidad que afecta a lo patrimonial ha estado presente en la legislación mexicana (Cottom, 2008). Lo estuvo en el proceso de revisión y renovación legal que llevó en 1972 a promulgar una ley, la Ley General de Patrimonio Cultural de la Nación, que sustituyera a la para entonces vigente de 1934 y que en cualquier caso fue una clara reafirmación de la importancia que este legado histórico tiene para el país, retomando la línea de procesos y declaraciones anteriores como fue el reconocimiento del patrimonio arqueológico en 1818, cuando se empleó para conformar una contundente simbología de identidad bajo los auspicios del proceso de independencia (González de Mota, 2008).

Del mismo modo es necesario partir del conocimiento de las características de la ley patrimonial mexicana en cuanto a su carácter federal, que deja en acciones secundarias las que pueden llevar a cabo cada estado, pero que en cualquier caso contempla sensiblemente todos los problemas que afectan al patrimonio, su identificación, reconocimiento y acrecentamiento. La aceptación del papel de la sociedad en la preservación de este legado, hace que

la perspectiva con la que se valora esta cuestión lleve a percibirla como una verdadera política nacional patrimonial, aspecto este contemplado desde el año 1972 y que tuvo su epílogo en la Conferencia Mundial de la UNESCO de 1982 celebrada en México (Nivón; Ramírez, 1999: 151). Fue entonces cuando la cultura, entendida como reflejo de una realidad social en toda su dimensión, se incorporaba a la definición elaborada recogiendo su esencia, como testimonio claro de las dimensiones que la misma idea de patrimonio había adquirido para esas fechas¹⁶.

La riqueza que atesora el territorio histórico de las Californias, debe ser analizada desde esa perspectiva. Aunque en este caso nos centremos en el ámbito peninsular, no podemos perder de vista dicho enfoque. En ese sentido, la huella patrimonial existente, residuo ineludible de un rico pasado que se hace presente en muchos aspectos y que dotan en particular de una extrema singularidad a la península de Baja California, constituye hoy un variado legado que exige de su identificación, registro e interpretación como fase indispensable para su conservación, protección y posterior difusión.

Lejos están los tiempos en los que Baja California en su integridad se identificaba con los estereotipos mexicanos y buscó elementos propios. Su singularidad, marcada por su geografía y su posición respecto al resto del país, algo que históricamente ha sido así, ha hecho que lo bajacaliforniano se mate incluso en dos aspectos que vienen determinados por su configuración administrativa. Dos contextos con un recorrido histórico común, pero cuya búsqueda de signos identificativos ha hecho que se diferencien en parte. El medioambiente puede ejemplificar ese capricho al localizar la casi totalidad de los oasis en la mitad sur de la península, del mismo modo que el período misional estableció una diferencia entre la zona jesuita y la dominica, distribuidas cada una de ellas en ambos estados y dejando el capítulo franciscano

16. «El patrimonio cultural de un pueblo comprende las obras de sus artistas, arquitectos, músicos, escritores y sabios, así como las creaciones anónimas, surgidas del alma popular, y el conjunto de valores que dan sentido a la vida, es decir, las obras materiales y no materiales que expresan la creatividad de ese pueblo; la lengua, los ritos, las creencias, los lugares y los monumentos históricos, la literatura, las obras de arte y los archivos y bibliotecas».

para el territorio californiano estadounidense que se conformaría a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

En todo ello juega un papel destacado la misma dinámica turística de la región que ha focalizado su desarrollo en algunos puntos, destacando entre ellos el sur. Ello ha dejado lagunas olvidadas en el interior que potencialmente cuentan con un conjunto de recursos que les permitiría posicionarse dentro de un mercado local y nacional que dinamizaría la región si se complementara con la oferta ya existente y dentro de unas iniciativas claramente sustentables desde el punto de vista social, ambiental y cultural (López, 2002)¹⁷. Una valoración estratégica global ya entendida y que exigiría una actualización y adaptación a las nuevas dinámicas existentes (Ivanova: Ángeles, 2003).

Repensar la península de Baja California desde el punto de vista de su historia, implica identificar aquellos aspectos a través de los cuales ésta se ha mantenido perceptible. Cada uno de los períodos históricos en los que se podría organizar la evolución de este territorio extremo del continente americano, inserto dentro de las dinámicas que llevaron a los grupos humanos desde la Prehistoria a transitar por él, testimonia la huella dejada por el ser humano en grados diversos conformando un rico legado, de la más diversa índole y que ha perdurado hasta la actualidad.

En ese sentido, tal y como hemos señalado, el momento en el que nos encontramos es uno de los más amplios en cuanto a la consideración de los elementos que lo integran, como propios de un legado cultural que debe ser protegido y ampliado. Así, la selección a la que debemos someter toda la producción cultural de una sociedad no ha sido siempre igual desde la perspectiva de los criterios a considerar para la misma, reflejando en cualquier caso el relativismo de la interacción con el conjunto de bienes culturales y que favorece en unos casos la protección de unos y el descuido o desestimación de otros, en parámetros de apreciación como de imposibilidad económica para hacer frente a su preservación (Llull Peñalba: 2005, 180).

17. La región de Los Cabos es sin duda la de mayor proyección internacional de la península, lo que ha generado un desequilibrio en la distribución de recursos y población, que ha provocado que proyectos en otros contextos como Loreto, no hayan acabado de desarrollarse por falta de una planificación integral del territorio.



Figura 7.—Museo de las Misiones. Loreto. Baja California Sur. México.

Esta característica de lo patrimonial hace que en el caso de Baja California, los elementos a contemplar basculen en cada uno de los apartados diferenciados a nivel nacional como internacional, mostrando el reconocimiento a dicha riqueza. Hoy en día ese legado se puede percibir de diversa forma a través de un rico repertorio. Desde las manifestaciones de los primeros grupos humanos reflejadas en las pinturas rupestres de las sierras de Guadalupe, San Francisco y San Borja, a la conformación de un hábitat disperso originado en el siglo XIX en torno a las rancharías que se diseminan por el territorio, reflejo de la desintegración del sistema misional de la centuria anterior, o las huellas de un pasado dependiente de la industria del cine como la arquitectura *mission style* con la que se construyeron edificio en Tijuana, Rosarito o Ensenada, sin dejar de mencionar las huellas de las explotaciones mineras, reflejo de la política mexicana desarrollada en períodos como el Porfiriato y que implicaron la puesta en explotación de los recursos del país por empresas extranjeras.

Ya se ha analizado en otros trabajos la calidad de esta diversidad patrimonial que atesora Baja California (Sorroche, 2011a). Tal riqueza conforma uno

de los conjuntos más integrales de México en donde la mano del ser humano y la dimensión natural del mismo hace que se postule como uno de los mejores ejemplos de los dictámenes de la UNESCO al respecto. Reconocido por diversos autores, su valor hay que entenderlo dentro de la dinámica histórica americana.

El Patrimonio prehistórico

Los restos que nos han llegado de la expresión cultural de los grupos humanos que habitaron Baja California antes del siglo XVI son de diversa índole, y ponen de manifiesto la complejidad que adquirió la relación entre ellos y de éstos con la Naturaleza. Su valor es doble. Por un lado como vehículo indispensable de apreciación del grado de desarrollo que se adquirió y que se plasmó en una suerte de producción plástica pictórica y escultórica que alteró la ordenación natural de un medio, sobre el que se proyectaron ideas y creencias que se reflejaron en un conjunto de imágenes que tuvieron en la expresión verbal una dimensión inmaterial de profundo calado. Por otro, son elemento indispensable sobre el que se construyó el período misional, tanto territorial como espiritualmente, conformando la base de la distribución de la población en la península desde el siglo XVIII y que solo se vio complementada con las nuevas fundaciones del siglo XIX.

En cualquier caso, la trascendencia de las huellas de los grupos que se desplazaron por esta lengua de tierra desde fechas tan tempranas como el 9000 a.C., demuestra que la historia bajacaliforniana se debe inscribir de un modo decidido dentro de la más genérica americana, dándose en ella algunas de las cronologías más antiguas de la región, y en cualquier caso, singularidades que la diferencia del resto del territorio prehispánico mesoamericano (Laylander; Moore; Bendímez, 2010).

Las huellas y manifestaciones culturales de estos grupos se reparten por todo el territorio peninsular y tienen en los conjuntos de pintura mural su mejor representante, aunque no podemos perder de vista los petroglifos y puntos de encuentro estacional como los concheros que arman un tejido de enclaves claramente imbricados. Cada uno de ellos refleja la sensibilidad y capacidad de interiorización del medio para dotarlo de funciones y ordenarlo, como piezas claves que facilitarían los desplazamientos cotidianos y temporales de unos grupos que como en otros contextos, estaban tremendamente determinados

por las condiciones ambientales para encontrar alimento y la dependencia de los puntos de agua, tanto interiores, los aguajes, como litorales, zonas de pesca, que dotaban a éstos de una componente esencial, cuasi sagrada¹⁸.

Cada uno de ellos habla de una estructuración social, más o menos compleja. En el caso de los conjuntos murales, su complejidad interpretativa va más allá de la materialidad de los mismos, siendo una importante fuente de información respecto a datos referidos a la fauna y flora de la región en estas etapas pretéritas, perspectiva analizada y empleada por numerosos investigadores para demostrar la naturaleza de los mismos. Su interpretación nos lleva a entenderlos como componentes de una fuerte simbología que los convierte en exteriorización de concepciones abstractas y que permiten entender la relación de estos grupos con los medios en el que se desenvolvían (Braniff, 2001; Gutiérrez; Hyland, 2005; Rubio; Castillo, 2005; Viñas; Hambleton, 2005; Viñas-Rossell, 2009).

Complementarios a ellos tenemos el testimonio de una sociabilidad temporal plasmada en los concheros que proyectan esa ocupación temporal del territorio más allá de los ejes establecidos por la presencia de los aguajes. Vínculo ineludible entre el litoral y el interior, se trata sin duda de los testimonios más fehacientes del aprovechamiento diverso de los recursos que ofrecía la península. Cazadores, recolectores, pescadores, definieron unas pautas de comportamiento que afectaron al número de sus agrupamientos, para permitir con ello unos desplazamientos interiores que garantizaran la subsistencia de grupos pequeños que veían condicionada su cantidad por la falta de disponibilidad de recursos abundantes, lo que obligaba a una enorme maniobrabilidad en desplazamientos constantes de un lugar a otro, por itinerarios perfectamente establecidos. Por ello, la existencia de los capítulos reseñados, pinturas, petroglifos y concheros se articulaban por medio de itinerarios o caminos de agua que los interconectaban entre sí y con otros ámbitos interiores peninsulares.

Son en conjunto el testimonio de un período que no ha pasado desapercibido, dando lugar a campañas y programas que han buscado su conservación

18. Estas primeras etapas demuestran la capacidad que ha tenido el ser humano para adaptarse a un medio hostil e interpretarlo.

y puesta en valor prácticamente desde la década de los años noventa del siglo XX (Stanley, 2005).

El patrimonio misional

Desde finales del siglo XVII y hasta el primer cuarto del siglo XIX el proceso de ocupación territorial llevado a cabo por jesuitas, dominicos y franciscanos, articuló el territorio de tal forma que es la base para entender parte de la distribución actual de la población en Baja California. Este período ha dejado un importante conjunto de elementos patrimoniales tanto en el espacio, como en los acervos documentales y en la memoria de la gente, conformando uno de los capítulos más trascendentales.

Sin duda, y teniendo en cuenta que las primeras expediciones para establecer un asentamiento estable se produjeron en la década de los ochenta del siglo XVII y la primera fundación misional data de 1697, el siglo XVIII es la centuria central para entender esta etapa. Los iniciales intentos por establecer un punto estable de poblamiento en la región en el siglo XVI, hay que enmarcarlos dentro de la dinámica provocada por el descubrimiento del Mar del Sur en 1513 y la constatación de que las tierras a las que se había llegado no eran la Especiería. En este primer momento, la falta de una evidencia clara de la existencia de riquezas y la rigurosidad del ambiente marcaron todo el devenir del Quinientos. Ni siquiera el siglo XVII, con las expediciones de Vizcaíno como las más representativas, logró sobrepasar la línea de costa y adentrarse con decisión en el interior del territorio, con lo que no sería hasta la apuesta jesuita, cuando hablemos de una verdadera ocupación del espacio (Portillo, 1947).

No será por tanto hasta el siglo XVIII, cuando impulsados por la insistencia jesuita, entre 1697 y 1768 se establezcan los asentamientos misionales de la Compañía. Bajo la iniciativa de misioneros como Salvatierra o Kino, se buscó satisfacer las necesidades espirituales de las poblaciones indígenas, además de asegurar definitivamente el control de un territorio que había empezado a ser codiciado por otras potencias europeas desde la segunda mitad del siglo XVI. Son dos caras de una misma realidad que se reflejó perfectamente en la estructuración misional que aparecería y que afectó a cuestiones territoriales, arquitectónicas y plásticas, desde una visión sistemática de la ocupación del espacio y la relación con las poblaciones indígenas (Río, 2003).



Figura 8.—Misión de San Vicente Ferrer. Baja California. México.

Esta primera fase, supuso la rearticulación del territorio prehispánico con las nuevas imposiciones de adoctrinamiento traídas por los religiosos. Se eligieron lugares que insertos en el subconsciente indígena, estaban marcados por su potencial atracción religiosa y funcional, como puntos de abastecimiento de agua. El resultado fue una atomización de la estructura existente que perpetuó en el siglo XVIII las metodologías de ocupación territorial practicadas con anterioridad en la Nueva España. Al tratarse de una zona especialmente sensible a la presencia de contingentes de otras naciones europeas, el papel de los religiosos no fue solo el de la evangelización, sino que se consolidó la labor político-militar de la misión, al dotarse de unas funciones que iban más allá de las religiosas. Esta realidad, reflejada en el epistolario existente de la época, se plasmó también en la mismas características de las construcciones, al localizarse en el litoral y la costa, en puntos bien resguardados y conectados entre sí, definiendo una plástica edilicia donde se creó una apariencia externa en la que se incluyeron referencias militares, como las gárgolas en forma de cañón que aparecen en algunas de ellas.

La expulsión jesuita y la posterior incorporación franciscana y dominica al programa de ocupación territorial, hará que cambien los mecanismos de articulación interna de las misiones, aunque se mantenga en esencia las lógicas pautas de localización en el espacio. En el caso dominico, desde 1772 a 1821, la responsabilidad de cerrar el proyecto del Camino Real impulsado por Portolá y Galvéz, que buscaba unir la última de las misiones jesuitas, la de Nuestra Señora de los Ángeles, con la primera de las franciscanas en la Alta California, la de San Diego de Alcalá, llevará al grueso de las misiones de la Orden de Predicadores a volcarse hacia el Pacífico. Las nuevas circunstancias, como la necesidad de complementar una economía de subsistencia diversificando los ingresos, llevará a éstos por ejemplo, a comerciar con la piel de nutria con las avanzadas rusas que desde el norte venían recorriendo el litoral localizando potenciales enclaves de explotación. Ello explica que algunas de ellas se dotaran con ciertas infraestructuras básicas para el tratamiento de la piel del animal, como las balsas para curtir localizadas en la misión de Santo Domingo. Por otro lado, la mayor exposición a las amenazas extranjeras, hizo que las misiones dominicas sí contaran de una forma más explícita con elementos de defensa como torres, documentadas como fuertes y que se incorporaban a su organigrama constructivo.

Solo las franciscanas del norte, cambiarían a partir de 1769 dicho esquema, incorporando como elemento ya perfectamente establecido el presidio, edificio que apareció puntualmente en el sur en la primera de las misiones, la de Loreto y que se integraría a una visión del territorio más global, a tal grado que su misma naturaleza se consideraba como un valor añadido que garantizaba la defensa de las costas pacíficas. Si bien se trata de un ámbito que se sale del que centra este análisis, no puede pasar desapercibido para el desarrollo peninsular, con el que se vincula en muchos de los episodios que se desarrollaron a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

De ese período nos han llegado los núcleos misionales, algunos de ellos con unas magníficas construcciones religiosas y en el mejor de los casos las huellas de las mismas que por el paso del tiempo y la acción del ser humano a penas si son restos de muros de adobe que delatan el emplazamiento de la edificación principal. Si bien es verdad que responderían a un programa constructivo mas o menos homogéneo, la diferencia entre las edificaciones realizadas por cada una de las órdenes religiosas implicadas, habla al menos de tres modelos tanto desde el punto de vista del diseño, como de los materiales y por

ende de los sistemas constructivos empleados. Se trata de esquemas que se deben valorar desde la programática desarrollada por cada una de ellas y con una clara dependencia respecto a los logros alcanzados en otras regiones, lo que hace pensar que esas metas, se aplicarían por igual en aquellos otros espacios de reciente expedición y por lo tanto expuestos a ser controlados por la Corona española. Una unidad que obliga a apreciar el proceso desde su integridad, lo que permite comprender el *modus operandi* de la ocupación del territorio.

Junto a ellas, no pueden pasar desapercibidos otros elementos de interés como las infraestructuras hidráulicas que permitieron poner en explotación el territorio y la conformación de un paisaje de huerta con paratas y muros de separación de las tierras de labor que reflejan el enorme esfuerzo que se hizo para proporcionar tierra útil que cultivar. Ese proceso llevó a los humedales naturales a convertirse en oasis, el mejor exponente de la intervención del ser humano en el medioambiente que se puede contemplar en Baja California¹⁹. Desde un punto de vista patrimonial se trata de unos sistemas agrícolas que tienen reflejo en otros contextos, y que pueden servir como modelos de actuación desde el punto de vista de su gestión y explotación turística lo que les permitiría integrarse dentro de una oferta de calidad que se debería valorar. Sin duda ámbitos donde el equilibrio entre la conservación y su puesta en valor, invitan a reflexionar sobre los límites de cada uno de ellos y su repercusión en las comunidades locales (Larrosa, 2012)²⁰.

19. Unas huertas que se convierten en el mejor modelo de simbiosis de los occidental y lo oriental al adaptarse muchos productos que provenientes de oriente se aclimataron en la Península Ibérica antes de saltar a América, conviviendo con otros propios del Nuevo Mundo. Una técnica como la del trapiche, uno de los mejores exponentes a la que se puede añadir la producción de vino de algunas de estas localidades, no es más que reflejo de esa huella cultural que se puede extender de forma clara a otros productos. Un esquema productivo que se suele olvidar del complementario del ejido, espacio eminentemente de seco y que proporciona equilibradamente una serie de componentes que son fundamentales en la huerta, como es el caso del ganado y su abono.

20. El Palmeral de Elche puede ser uno de los referentes más próximos que encontramos en Europa y del que se podrían extraer conclusiones inicialmente aplicables al contexto bajacaliforniano, sobre todo por el concepto familiar que tuvo su explotación.



Figura 9.—Acequia de la misión de San José de Comondú. Baja California Sur. México.

Los procesos de adoctrinamiento además han dejado un rico patrimonio material. Retablos, cuadros y esculturas además de piezas de ajuar litúrgico formaron parte de las herramientas empleadas para la evangelización de las poblaciones indígenas que se redujeron en torno a los nuevos núcleos. De este proceso aún quedan resquicios, perceptibles en el legado que atesoran estos núcleos de Baja California (Meyer, 2008). En el caso del patrimonio inmaterial, reconocido en los últimos años por el interés mostrado por instituciones como la UNESCO por su exposición a una desaparición más acentuada que otras tipologías puede ser un ejemplo. Las celebraciones que anualmente reúnen a multitud de fieles en torno a las fiestas de los santos patronos y que reactivan no solo la piedad popular tan contrarreformista, sino el espacio ceremonial, adquiere así todos los elementos necesarios del proceso de interacción entre lo prehispánico y lo europeo. A estas fiestas debemos sumar la transmisión consuetudinaria del empleo del agua, que solo recientemente se ha codificado y que tiene en la misión de San Francisco Javier de Biaundó y en la Comunidad de Regantes de la Purísima, dos ámbitos destacados.



Figura 10.—Interior de la iglesia de la Misión de san Ignacio Kadakaamán. Baja California Sur. México.

Su huella es por tanto innegable desde el punto de vista de la creación de un nuevo paisaje a partir de la presencia de elementos, que insertos en el territorio, inflexionaron la evolución hasta ese momento alcanzada. No sería hasta la centuria siguiente cuando los cambios derivados de los acontecimientos históricos que se produjeron afectaron a este legado, y cuya herencia nos ha llegado sesgada, aunque con los elementos suficientes como para permitir su valoración e interpretación.

Los siglos XIX y XX

Unimos estos dos siglos ya que los procesos desarrollados en el último de ellos difícilmente se pueden explicar sin los ocurridos en el Novecientos. Estos ciento setenta años aproximadamente que van desde la independencia del país a la división de la península en dos estados a mitad del siglo XX, vienen marcados por una concatenación de acontecimientos, consecuencia de la aceleración en la sucesión de los mismos. En el caso específico de los desarrollados en el

siglo XIX, fueron el resultado por un lado de dinámicas anteriores, y por otro de la nueva posición de Baja California en el escenario internacional, que se define a partir de las relaciones con Estados Unidos y la articulación del territorio dibujada en la nueva área fronteriza de contacto.

Una revisión del desarrollo de los acontecimientos de este proceso nos muestra las descomposición del sistema misional, la secularización de las antiguas misiones, el inicio del proceso de explotación de los recursos de la región, los intentos anexionistas norteamericanos, o la crisis filibustera de William Walker, entre otros... (León Portilla, 2009). De todos ellos, varios son los que nos han dejado testimonio y sirven para valorar su potencialidad como recurso a partir de su componente cultural.

La desintegración de la estructuración establecida por las misiones en el siglo XVIII, si bien condicionó, como hemos visto, la articulación territorial de la península, devino en una dispersión de la población y establecimiento de la misma en ranchos, que devolvió este espacio a una imagen similar previa a la llegada de los misioneros y que supuso un reajuste de sus habitantes a partir de los núcleos misionales a los que se incorporaron otros de nueva fundación. La participación en este proceso de los soldados que habían formado parte de los destacamentos presidiales fue fundamental en un inicio, para convertirse en una cuestión de estado donde se sucedieron las presiones de ricos rancheros estadounidenses por hacerse con tierras en el norte peninsular a lo largo del siglo XIX. Las tres fases en las que se produjo este proceso explican muy bien la nueva estructuración territorial que se alcanzó, en las que jugó un papel destacado la huella dejada por las misiones. Ello implicó un aumento de la actividad agropecuaria al descentralizarse el efecto aglutinador de las misiones, dando lugar a una economía de autosuficiencia que perduraría hasta el siglo XX.

Esta situación llevó al despoblamiento de grandes extensiones que hizo predominar la idea de colonizarlas con gentes provenientes de Europa que aportasen conocimientos y técnicas para impulsar el desarrollo (Samaniego, 2006: 100-101). Ello hace del gobierno de Porfirio Díaz un punto básico que debe tenerse en cuenta para la comprensión de las dinámicas protagonizadas por países como Estados Unidos, Alemania o Francia por controlar la explotación de las riquezas de la región.

Los cambios afectaron tanto a los modos de vida de los indígenas que vivían en las tierras de las misiones como a la conservación de la herencia dejada por los religiosos. El deterioro se inició desde el mismo momento en el que se

abandonaron las misiones y las iglesias pasaron a propiedad del Estado lo que afectó a la misma integridad de los elementos que las constituían. Ello supuso el inicio de un expolio y desaparición de elementos constatable en la actualidad, además de la transformación de la estructura de la tierra que afectaría al mismo paisaje en algunos sectores peninsulares. La ley de Colonización de 1824 puso en marcha dicha dinámica que se aplicó a misiones ya abandonadas para el primer cuarto del siglo XIX²¹.

Esta nueva situación, que propició como hemos apuntado la aparición de un nuevo hábitat, supuso también el desarrollo de nuevas prácticas artesanales vinculadas con este tipo de vida. La aculturación de las poblaciones indígenas en los hábitos de los ranchos se inició desde un primer momento con su adaptación a actividades como el pastoreo y el trabajo vaquero. Manifestaciones como la talabartería es un excepcional exponente de esa formación, ejemplo del aprovechamiento de los recursos naturales y muestra indudable de la capacidad de diversificar una economía de subsistencia con una enorme dependencia a partir de la cría de ganado, complementaria a la agricultura y reflejo de un equilibrio histórico que explotó el territorio de un modo sostenible. En algunos puntos las misiones que perduraron hasta el siglo XIX, consiguieron mantener algunos de los rasgos de las primitivas, pero apenas si traspasaron la década de los años 20 de dicha centuria.

A lo anterior debemos sumar, ya a partir de la segunda mitad de la centuria, la parcial internacionalización de la explotación de sus recursos. Dicho proceso ha dejado testimonios en lo que fueron algunas nuevas poblaciones que aparecieron junto a las explotaciones mineras y las mismas infraestructuras de extracción. El caso de Las Minas El Boleo puede ser el más representativo por las características de la población y las dimensiones de los restos industriales. Reclamo de interés en la población de Santa Rosalía, destaca por su arquitectura y traza urbana en la que sobresalen edificios afrancesados como la iglesia. Templo prefabricado, fue expuesta en la Exposición Universal de París de 1889 y posteriormente comprada por la compañía francesa propietaria de las minas. Cercana al estilo de Eiffel, el arquitecto francés también está detrás

21. Se deben incorporar para el análisis de este proceso a los territorios californianos estadounidenses ya que fueron el destino de muchos de estos objetos.



Figura 11.—Mina El Boleo. Santa Rosalía. Baja California Sur. México.

de los diseños de otras construcciones de la población de Santa Rosalía, en las que se combinan madera y hierro.

Además de la población, hoy en día se pueden ver restos de lo que fueron las instalaciones de extracción y carga del mineral, constituyendo un interesante punto para el conocimiento de la explotación de los recursos de la región que se ha dado hasta el siglo XX. Sus circunstancias, muy similares a las de otros núcleos y regiones mexicanas deberían permitir sondear la posibilidad de aplicar soluciones que conlleven su rehabilitación y reutilización (Peñalver Torres, 2002)²². La experiencia de otros enclaves también dedicados a la ex-

22. Son interesantes en ese sentido, las apuestas que se están llevando a cabo por recuperar este tipo de patrimonio en otras regiones. Sirva como modelo este trabajo que además representa muy bien el proceso de fin de ciclo y el abandono de unas infraestructuras que están siendo de nuevo valoradas desde la perspectiva de figuras como la del Patrimonio Industrial.



Figura 12.—Salinas de Guerrero Negro. Baja California. México.

tracción en este caso de la sal como Guerrero Negro y sus cualidades naturales, tanto ambientales como animales, hace de este punto un lugar de interés en los inviernos bajacalifornianos para avistar ballenas, uno de los recursos reconocidos por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad.

El siglo XX viene marcado por el proceso revolucionario y la dependencia de Estados Unidos para el desarrollo económico. Ello supuso entre otras cuestiones la aparición de algunas nuevas poblaciones como Ensenada, Mexicali, Tijuana o Guerrero Negro. Sin duda las primeras décadas fueron intensas. La prohibición en Estados Unidos del consumo de alcohol y los juegos de azar, hizo que proliferaran los establecimientos en México para satisfacer esta demanda desde 1908. Huellas de ello aún se pueden ver en Tijuana, Rosarito o Ensenada, donde la arquitectura de reminiscencia hispana se imponía como reclamo de una búsqueda de identidad que tenía dimensiones internacionales. El Casino de Agua Caliente en Tijuana construido en 1927 o el Casino Riviera en Ensenada a los que se deben unir el hipódromo de Tijuana de 1916, son ejemplo de ello.

En líneas generales, no podemos aislar a Baja California del proceso internacional de concienciación respecto a lo patrimonial que se ha venido produciendo a lo largo del siglo XX. La aceleración de los acontecimientos que explican la evolución en la apreciación de estos recursos deriva del proceso general iniciado a lo largo del siglo XIX, estando en la actualidad caracterizado desde el punto de vista turístico e histórico por una tendencia a la integración de ambos siempre bajo el firme reconocimiento a una protección de los componentes culturales y naturales, así como la necesidad de una gestión responsable de los mismos. Esta circunstancia tiene en parte reflejo en la revisión de la legislación que protege el imponente legado cultural de un país como México, y que paralelamente se ha visto complementada por la definición a lo largo del mismo de algunos de los capítulos más destacados de lo que hoy consideramos como netamente bajacaliforniano.

Varios aspectos destacarían. Los procesos de recuperación de parte del legado misional a lo largo de la década de los setenta del siglo XX, con intervenciones que favorecieron la profundización en su conocimiento y el intento por recuperar sus imágenes tradicionales; el reconocimiento internacional por instituciones como la UNESCO de los valores culturales y naturales que atesora la región como las pinturas murales y los santuarios de ballenas; la identificación de conjuntos patrimoniales como el arqueológico, que está siendo objeto de proyectos de puesta en valor; y por último la firme aparición y consolidación de una conciencia respecto al reconocimiento de la idea de que existen elementos culturales que forman parte de una realidad compleja tanto económica como social y que deben ser evaluados como exponentes claros de políticas de desarrollo que eliminen los desequilibrios existentes en este territorio, conforman el testigo de un camino que aún se debe andar. Frente a estos aspectos, contrastan algunos otros como el abandono de algunos de los restos del esplendor de la década de los veinte del siglo XX.

Los últimos decenios del siglo pasado marcan el inicio de la situación a la que hemos llegado. La consolidación de la región desde el punto de vista turístico la ha posicionado internacionalmente aunque sobre todo en un mercado regional donde estadounidenses y canadienses son los principales clientes. La necesidad de diversificar oferta y estructurar equilibradamente el territorio, junto a la mayor sensibilización respecto a cuestiones de carácter cultural y medioambiental han provocado que se dirija la atención hacia el contexto interior del territorio en el que se emplazaron muchas de las misiones que

se fundaron a partir de finales del siglo XVII. Dicho reconocimiento viene apoyado con la puesta en funcionamiento de iniciativas como la del Valle de Guadalupe en Baja California que es testigo mínimo del anhelo de la región por recuperar los valores culturales de su pasado, sensibilizando sobre su riqueza y necesidad de conservación.

CONCLUSIONES

Contar con políticas culturales integrales que impliquen no solo la conservación del patrimonio, sino el desarrollo de propuestas de desarrollo reales a partir de esos bienes, supone ante todo entender la gestión de los potenciales recursos desde una perspectiva global.

El reconocimiento a su complejidad exige de planes estratégicos con los que se generen propuestas que partan de la identificación de los contenidos y los contenidos patrimoniales. Las distintas disciplinas que hoy abordan la problemática del patrimonio, reflejan la necesidad de articular iniciativas que busquen proteger esa realidad diversa. El reconocimiento a que detrás de todo ello está la oportunidad de reafirmar aspectos de identidad, otorga un valor añadido a dichas opciones de recuperación, aceptando como objeto de trabajo, la «totalidad dinámica y viva de la creación del hombre» (Comisión de Desarrollo de la UNESCO, México, 1982).

La alarmante pérdida de valores de la sociedad actual, ha hecho que la conciencia de identidad se reafirme contra los procesos de cambio acelerado de nuestro mundo. El legado cultural se erige en ese sentido como testimonio claro de dicha distinción y solo su valoración garantiza el desarrollo íntegro de los grupos desde su reconocimiento diferenciado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez Muñárriz, L. (2007): «Conciencia y conducta medioambiental: los paisajes culturales», *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, págs. 60-66. <http://www.intersticios.es>.
- Báez Rubí, L. (2005): *Mnemosine novohispánica. Retórica e imágenes en el siglo XVI*, México: UNAM.

- Ballart, J. (1997): *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Barcelona: Ariel.
- Ballart, J.; Tresserras, J. (2011): *Gestión del patrimonio cultural*, Barcelona: Ariel.
- Besse, J.M. (2009): «Le paysage entre le politique et le vernaculaire», en Besse, J.M. *Le goût du monde*. Actes/Sud ESNP.
- Braniff, B. (coord.) (2001): *La Gran Chichimeca. El lugar de las Rocas Secas*, México: Jaka Book-CONACULTA
- Cariño, M.M.; Breceda, A.; Ortega, A.; Castorena, L. (2013): *Evocando el Edén. Conocimiento, valoración y problemática del Oasis de Los Comondú*, Barcelona: Icaria.
- Cariño, M.M.; Ortega Santos, A.(eds.) (2014): *Oasis sudcalifornianos. Para un rescate de la sustentabilidad local*, Granada: CONACYT-Universidad de Baja California Sur-Universidad de Granada.
- Carvalho, A.L.; Funari, P.P. (2012): «Memoria y patrimonio: diversidades e identidades», *Antípodas, Revista de Antropología y Arqueología*, 14, págs. 99-111.
- Castillo Nechar, M.; Peñaloza Suárez, L.; Tamayo Salcedo, A. L. (2008): «Las políticas turísticas culturales en el Estado de México», *Gestión Turística*, 9, págs. 87-106.
- Castillo Ruiz, J. (2009): «La dimensión territorial del patrimonio histórico», en Castillo Ruiz, J.; Cejudo García, E.; Ortega Ruiz, A. *Patrimonio histórico y desarrollo territorial*, Sevilla: UNIA, págs. 27-48.
- Corraliza, J.A. (1993): «Reacciones psicológicas a la estimulación escénica», *Ecosistemas*, 6, págs. 46-49.
- Cottom, B. (2008): *Nación, patrimonio cultural y legislación: los debates parlamentarios y la construcción del marco jurídico federal sobre monumentos en México, siglo XX*, México: Cámara de Diputados LX Legislatura-Miguel Ángel Porrúa.
- Díaz Cabeza, M.^a del C. (2009): «Reflexiones: Tiempos líquidos sobre el Patrimonio Cultural y sus Valores», *Estudios Históricos-CDHRP*, agosto, 2.
- Fontal Merillas, O. (2003): *La educación patrimonial. Teoría y práctica en el aula, el museo e Internet*, Gijón: Trea.
- García Cuetos, M.^a P. (2012): *El patrimonio cultural. Conceptos básicos*, Zaragoza: Prensas Universitarias.
- García Vallecillo, Z. (2009) «¿Cómo acercar los bienes patrimoniales a los ciudadanos? Educación patrimonial, un campo emergente en la gestión

- del patrimonio cultural», *Pasos, Revista de Turismo y patrimonio cultural*, vol. 7, 2, págs. 271-280.
- Gómez-Mendoza, J. (2013): «Del patrimonio paisaje a los paisajes patrimoniales», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, vol. 59/1, págs. 5-20.
- González Alcantud, J.A.; Calatrava Escobar, J. (2012): *Memoria y Patrimonio. Concepto y reflexión desde el Mediterráneo*, Granada: Universidad.
- González de la Mota, A.B. (2008) «La gestión del Patrimonio Arqueológico en México», *Arqueoweb*, 8. http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero8_2/angelica.htm
- Gutiérrez, M.L.; Hyland, J.R. (2005): «Complejidad y simbolismo prehistórico. El fenómeno mural en la Sierra de San Francisco, Baja California Sur», en Casado López, M.P.; Mirambell Silva, L. *El arte rupestre en México. Ensayos, 1990-2004*. México: INAH, págs. 73-94.
- Hernández, T. (2007): «Cultura, diversidad y desarrollo humano», *Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano*, nº 17, págs. 59-63.
- Ivanova Boncheva, A.; Villa, M.A.(eds.). (2003): *Diagnóstico estratégico de Baja California Sur*, La Paz: Universidad de Baja California Sur-Secretaría de Educación Pública.
- Jackson, J.B. (1986): *Discovering the vernacular landscape*, Yale: University Press.
- La Haya (1954): *Convención sobre la protección de los Bienes Culturales en caso de conflicto armado*. portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13637&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html.
- Larrosa Rocamora, J.A. (2003): «El Palmeral de Elche: patrimonio, gestión y turismo», *Investigaciones Geográficas*, 30, págs. 77-96.
- Laylander, D.; Moore, J.D.; Bendímez Patterson, J. (2010): *La Prehistoria de Baja California. Avances en la arqueología de la península olvidada*, México: INAH-Baja California.
- León-Portilla, M.; Muriá, J.M. (2009): *Documentos para la Historia de Baja California. Siglo XIX*. 2 T., México: Fundación Manuel Arango.
- Llull Peñalba, J. (2005): «Evolución del concepto y de la significación social del patrimonio cultural», *Arte, Individuo y Sociedad*, 17, págs. 175-204.
- López López, A. (2002): «Análisis de los flujos turísticos en el corredor de los Cabos, Baja California Sur», *Investigaciones Geográficas*, 47, págs. 131-149.
- Martín Bueno, M. (2001-2002): «El monumento como fuente documental: la materialidad útil», *SALDVIE II*, 2001-2002, págs. 247-266.

- Martinell, A. (2007): «Las plusvalías que aporta la cultura al desarrollo», *Quórum. Revista de pensamiento iberoamericano*, nº 17, págs. 33-37.
- Mata Olmo, R. (2008): «El paisaje, patrimonio y recurso para el desarrollo territorial sostenible. Conocimiento y acción pública», *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura*. CLXXXIV 729 enero-febrero, págs. 155-172.
- Meyer de Stinglhamber, B. (2008): *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México: INAH.
- Nivón, E.; Ramírez, X. (1999): «¿Política o ley? Acerca de la iniciativa de Ley General del patrimonio cultural de la Nación», *Alteridades*, julio-diciembre, vol. 9, 18, págs. 147-157.
- Ortega Valcárcel, J. (1998): «El patrimonio territorial: el territorio como recurso cultural y económico», *Ciudades: Revista del Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid*, 4, págs. 33-48.
- Peñalver Torres, M.^a T. (2002): «La arquitectura industrial: patrimonio histórico y utilización como recurso turístico», *Cuadernos de Turismo*, 10, págs. 155-166.
- Portillo y Díez de Sollano, A. Del. (1947): *Descubrimientos y exploraciones en las costas de California*, Madrid: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- Repetto, L. (2006): «Memoria y patrimonio: algunos alcances», *Pensar Iberoamérica. Revista de Cultura*, 8 abril-junio. (Consulta realizada el 5 de diciembre de 2012). <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric08a06.htm>
- Riegl, A. (1987): *El culto moderno a los monumentos. Caracteres y orígenes* [1903], Madrid: Visor.
- Río, I. (2003): *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México: UNAM.
- Rubio, Albert; Castillo, Victoria del. (2005): «Las pinturas de la cueva de La Serpiente: un mural particular en el entorno de los Grandes Murales. Baja California Sur», en Casado López, M.P.; Mirambell Silva, L. *El arte rupestre en México. Ensayos, 1990-2004*, México: INAH, págs. 117-152.
- Ruiz Gutiérrez, A.; Montes González, F.; Sorroche Cuerva, M.A. (2013): «Imagen y evangelización. Los bienes muebles de la misión de San José de Comondú» en *Evocando al edén. Conocimiento, valoración y problemática del oasis de los Comondú*, Barcelona: Icaria, págs. 227-255.
- Samaniego López, M.A. (2006): *Breve historia de Baja California*, Mexicali: UABC-Miguel Ángel Porrúa.
- Sorroche Cuerva, M.A. (2011a): «El paisaje cultural como patrimonio en Baja California», *Millars. Espai i Història*. Nº 34, págs. 119-139.

- Sorroche Cuerva, M.A. *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la cuestión y perspectivas de futuro*. Granada: Atrio, 2011.
- Sosnovski, Sául. (1999): «Apuntes culturales al desarrollo integral de América Latina», FORO-BID, Paris, 11-12 de marzo.
- Stanley Price, N. (2005): «Proyecto de Conservación de Pintura Rupestre en Baja California. Informe de las dos primeras temporadas, 1994-1995», en Casado López, M.P; Mirambell Silva, L. *El arte rupestre en México. Ensayos, 1990-2004*, México: INAH, págs. 523-542.
- Troitiño Vinuesa, M.A.; Troitiño Torralba, L. (2009): «Patrimonio y turismo: una complementariedad necesaria en un contexto de uso responsable del patrimonio y cualificación de la visita», *Patrimonio Cultural de España*, 3, págs. 89-108.
- UNESCO (1962): Recomendación relativa a la Protección de la Belleza y el carácter de los lugares y paisajes. portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13067&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html.
- UNESCO (1972): Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural. portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13055&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html.
- UNESCO (2001): Declaración Universal sobre la Diversidad Cultural. portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13179&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html.
- UNESCO (2003): Convención para al Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial. portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=17716&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html.
- Velasco González, M.^a (2009): «Gestión Turística del patrimonio cultural: enfoques para un desarrollo sostenible del turismo cultural», *Cuadernos de Turismo*, 23, págs. 237-253.
- Viñas, R.; Hambleton, E. (2005): «Los grandes murales de Baja California Sur. Las cuevas de la Boca de San Julio I y Las Flechas», en Casado López, M.P; Mirambell Silva, L. *El arte rupestre en México. Ensayos, 1990-2004*, México: INAH, págs. 95-116.
- Viñas Vallverdú, R.; Rossell, Jordi. (2009): «Las representaciones rupestres de fauna de Cueva pintada: los cérvidos (Sierra de San Francisco, Baja California Sur, México)», *Archaeobios*, nº 3, vol. 1, diciembre 2009. Recurso digital.

LOS GRANDES MURALES: UN PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD EN UNA COMUNIDAD SERRANA

Albert RUBIO I MORA

SERP (Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques) Universitat de Barcelona

La península de Baja California contiene una rica muestra de arte rupestre en sus modalidades de pictografía y petrograbado a lo largo de toda su extensión que guarda relación con los estilos de la zona continental circundante de México y Estados Unidos. Sin embargo, en las sierras centrales peninsulares se desarrolló en época prehistórica una forma peculiar de manifestaciones gráficas rupestres que se conoce con el nombre de los Grandes Murales (Crosby, 1984; Hambleton, 1979).

Hasta la llegada de los misioneros jesuitas en el siglo XVIII, estos macizos fueron ocupados por poblaciones de cazadores recolectores que se extinguieron durante el proceso colonial. Las sierras fueron repobladas después del colapso misional del siglo XIX por antiguos empleados de los centros misionales, y así se estableció una red de ranchos que configura la actual estructura poblacional de estas montañas (figs. 1 y 2). Son lugares relativamente aislados de las poblaciones que se desarrollaron en las tierras bajas como Mulegé, al pie de la sierra de Guadalupe, o San Ignacio en el oasis del sur de la sierra de San Francisco. Se comunican con estos núcleos urbanos a través de algunas pistas de terracería y por su interior hay que viajar a lomos de mula por caminos de herradura.



Figura 1.—Vista de la sierra de San Francisco.

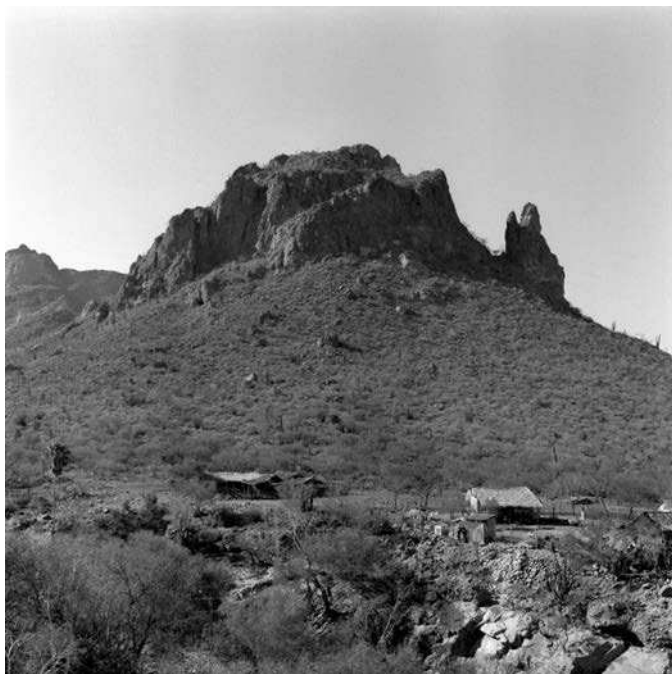


Figura 2.—Rancho El Sauce (sierra de San Francisco).

LAS CUEVAS PINTADAS

Las sierras de Guadalupe, San Francisco y San Borja contienen centenares de cavidades pintadas y grabadas, y agrupaciones de rocas grabadas que suponen una de las mayores concentraciones de arte rupestre del planeta. Estas cavidades se formaron debido al desprendimiento de bloques y a procesos de erosión diferenciada de los cantiles, que han dado lugar a una gran cantidad de covachas, abrigos y respaldos escogidos para plasmar allí los murales.

No existe un patrón generalizado de orientación o morfológico que determine la elección de las cuevas pintadas. Parece que cualquier lugar puede ser bueno para pintar y podemos encontrar grandes cavidades que contienen cientos de pinturas, o pequeñas oquedades que presentan un reducido número de figuras en su interior. Ello no quiere decir, sin embargo, que el sitio no sea un elemento importante para la elección de estos santuarios rupestres. En varios lugares se ha percibido una relación directa de las figuras pintadas con observaciones astronómicas; en otras ocasiones la misma morfología de la cavidad sugiere su idoneidad para contener un mural específico. Por esta razón pensamos que más que buscar una regla general para la elección de los sitios susceptibles de ser pintados, tenemos que preguntarnos por qué se escogió ese lugar para pintar un mural concreto. En ocasiones es posible que la elección del espacio sea debida a condicionantes socioculturales del uso del paisaje. Algunos autores han sugerido la posibilidad de que distintos grupos sociales utilizaran diferentes arroyos y que las cuevas pintadas funcionaran como marcadores territoriales de estas entidades sociales (Gutiérrez y Hyland, 2002). Esta interpretación está ligada a la concepción de los grandes santuarios rupestres como *aggregation sites*, es decir, como lugares en los que en un momento dado del calendario ritual de sus autores actuaría como sitio de congregación de la comunidad para celebrar allí unos rituales y actos sociales determinados. Esta concepción de los sitios pintados es una hipótesis sugestiva para explicar las grandes cavidades que presentan una gran concentración de pinturas con distintas fases que muestran un uso dilatado en el tiempo. Sin embargo, no todos los sitios con pinturas reúnen las condiciones adecuadas para ejercer este rol de lugar de congregación, y algunas cuevas menos espaciaosas, con frisos pintados más reducidos, debían desempeñar otro papel ritual ligado con sus representaciones murales en los que quedaría involucrado un número limitado de participantes.

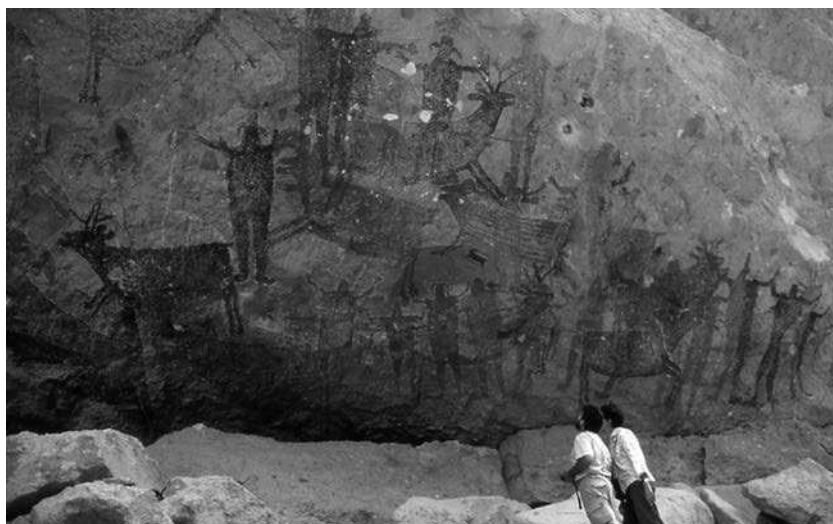
Un elemento destacable de estas cuevas es que en ellas se evidencian otras actividades humanas más allá de la específicamente pictórica. Es frecuente observar en los sitios con pinturas restos arqueológicos como industria lítica, conchas marinas, cordelería entre otros. Muchas cuevas presentan un sedimento ceniciento que evidencia fuego en el interior de los abrigos que en ocasiones llegó a afectar a los mismos murales pintados; encontramos piedras durmientes de molienda —los denominados *metates*— con restos de colorante; se excavaron «cazoletas» en el suelo, debajo del mural pintado, y se labraron canales en la base rocosa de los abrigos. También se documentan fracturas intencionales de las figuras pintadas en lugares determinados como la base de los cuernos de ciervos, el cuello o las extremidades de varias figuras animales y humanas.

No tenemos los suficientes datos ni se han estudiado debidamente estos yacimientos como para explicar la razón de estas actividades. Sin embargo, la acumulación de artefactos en los yacimientos, la modificación de los suelos y las acciones sobre las figuras pintadas indican acciones vinculadas con actividades rituales en estos espacios.

Para completar la descripción de los distintos usos que las cuevas han tenido, falta decir que en algunas de ellas se refugiaron los primeros rancheros cuando repoblaron la sierra, para usarlas como viviendas provisionales o para cercar en ellas sus rebaños, y han sido lugar de cobijo del ganado. Además, durante los últimos años, los turistas han dejado su impronta en forma de basura o de expolio de distintos materiales arqueológicos como los metates o incluso petrograbados. Todo ello ha influido en la conservación de los murales pintados que, si bien es aceptable en gran parte de las cuevas, exige una gestión adecuada de su custodia. En los últimos años se han iniciado por parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) distintas iniciativas encaminadas en este sentido.

LOS MURALES PINTADOS

El rasgo más notorio del arte rupestre de las sierras centrales de Baja California es su dimensión monumental (fig. 3). Se han localizado centenares de frisos pintados que pueden contener desde pequeñas figuras de apenas varios centímetros a otras de tamaño real o superior al real, y no es raro observar figuras humanas de cerca de dos metros de altura o grandes animales de hasta



A



B



C

Figura 3.—Cuevas pintadas de los Grandes Murales. A) La Pintada (sierra de San Francisco) (foto: J. M. Fullola); B) San Gregorito (sierra de San Francisco) (foto: V. del Castillo); C) Los Monos de San Juan (sierra de Guadalupe).

cuatro metros de longitud. Las pinturas se distribuyen por las paredes desde ras de suelo hasta las partes más altas de las cavidades y sus bóvedas, a alturas superiores a diez metros respecto de su piso. Sus dimensiones y ubicación hacen visibles las figuras, muchas veces, desde puntos alejados del paisaje.

El tamaño ya muestra el carácter excepcional de estas obras que requirieron una gran inversión de trabajo en su realización que comprendió, además del acopio suficiente de pigmentos y materiales para realizar las pinturas, la construcción de andamiajes para acceder a las zonas que se deseaba pintar y una destreza que permitía ejecutar figuras con una distorsión tal que fueran vistas de manera proporcionada desde el punto de vista del espectador, en la base del abrigo, que no coincidía con el del pintor encaramado en escaleras y andamios.

En ocasiones, encontramos cavidades o zonas de las mismas que contienen un número limitado de figuras, con escasas superposiciones y que parecen responder a un plan premeditado de composición que se ha respetado a lo largo de la historia. Otras veces, encontramos paneles en los que se han sumado figuras en un proceso pictográfico que nos ha dejado una composición final compleja, pero del que es posible identificar sus fases en base a la discriminación de las superposiciones de pinturas; en ellos se advierte que los Grandes Murales comprenden distintos momentos de realización con características temáticas y formales propias. Finalmente, observamos paneles con un número incontable de superposiciones y abigarradas composiciones que dificultan la correcta identificación de las figuras; lugares en los que quizás el acto de pintar era tan primordial como los mismos temas representados.

Veamos a continuación las principales características temáticas, cromáticas y técnicas de estos murales.

Repertorio iconográfico de los Grandes Murales

La iconografía representada en los Grandes Murales incluye elementos figurativos como representaciones humanas y animales, junto con motivos geométricos y abstractos que se combinan entre sí dando lugar a distintas asociaciones temáticas.

Los autores de las pinturas estereotiparon rasgos particulares de las figuras representadas para caracterizarlas. Así, podemos observar un tratamiento específico de los cuernos de los animales y sus pezuñas; algunos rasgos anatómicos



Figura 4.—Figuras humanas y ciervos de La Pintada (sierra de San Francisco).

de las figuras humanas como las manos, los pies y los senos de las mujeres, y elementos que singularizan las figuras como pueden ser distintos tipos de tocados y diversos diseños corporales.

La representación de la figura humana aparece en la mayoría de los frisos pintados y en todos los momentos pictográficos. Hay una gran variedad de tamaños que van desde los apenas 10 cm de altura hasta las grandes figuras de más de 2 m. Aparece realizada con una gran diversidad de recursos técnicos que incluyen la combinación de distintas tintas planas, silueteados, perfilados externos y trazos internos que crean una gran variedad de diseños corporales. Entre éstos destaca, por su frecuencia, el diseño de figuras bicolors, divididas longitudinal o transversalmente por dos tintas planas de color rojo y negro, muy a menudo perfiladas de blanco. Por lo general presentan un cuerpo recto, en posición vertical, estático y en vista frontal respecto al observador; aunque en algunos casos, nos encontramos con figuras en posición inclinada, horizontal o incluso cabeza abajo. Las cabezas no muestran rasgos faciales; los brazos se presentan abiertos, levantados y marcan el ángulo de los codos, y las piernas son rectas (fig. 4). A pesar de estos rasgos

generales, y especialmente en la sierra de Guadalupe, aparecen algunas variantes de este modelo con figuras con los brazos en cruz, piernas abiertas o representaciones de perfil.

Una característica sobresaliente de estas figuras humanas —especialmente las de gran tamaño— es la manera en que los autores remarcan su interés por las manos y los pies, que acostumbran a presentarse con las palmas y plantas vueltas hacia el espectador y muestran claramente sus dedos.

Normalmente no se aprecia el diseño del sexo y la distinción del género solo se percibe en el caso de las mujeres que muestran los senos dibujados de perfil bajo las axilas. A pesar de esta norma general, en ocasiones nos encontramos con la representación de penes o vulvas, de manera más frecuente en la sierra de Guadalupe. También queremos señalar la utilización de bloques rocosos de los frisos en los que se han ubicado los vientres de algunas figuras femeninas para representar que están embarazadas. No se puede descartar que algún marcador de tipo cultural que no sabemos descodificar diferencie las representaciones de hombres y mujeres en los murales —por ejemplo, algunos tipos de tocados o diseños corporales—.

A estas figuras raramente se les puede distinguir alguna vestimenta, aunque acostumbran a lucir una gran variedad de tocados. Distintos autores han sugerido la idea de que la variedad de diseños corporales o los diferentes tipos de tocados puedan ser identificadores de clanes y que su distribución podría corresponder a la demarcación del uso de los diversos arroyos por parte de distintos grupos sociales (Gutiérrez y Hyland, 2002). Ésta es una hipótesis interesante en su planteamiento pero difícil de contrastar debido a que nos falta un registro significativo de representaciones que puedan corroborar esta idea. Por otra parte, también debe contemplarse la posibilidad de que algunos tipos de tocados sirvan para identificar a personajes particulares como figuras míticas concretas, ancestros o chamanes, o tengan una función relacionada con la temática representada y el entorno ritual.

No es frecuente encontrar objetos asociados a las figuras humanas como no sean algunas posibles bolsas y abanicos o algún trazo que se puede identificar como una vara que sujeta una figura humana en concreto. Sin embargo, es muy común que los personajes representados aparezcan atravesados por lanzas o flechas. En el proceso de documentación de La Pintada (sierra de San Francisco), R. Viñas ha identificado una mujer con un posible propulsor en la mano (Viñas, 2013). Este sería, por el momento, un caso excepcional.

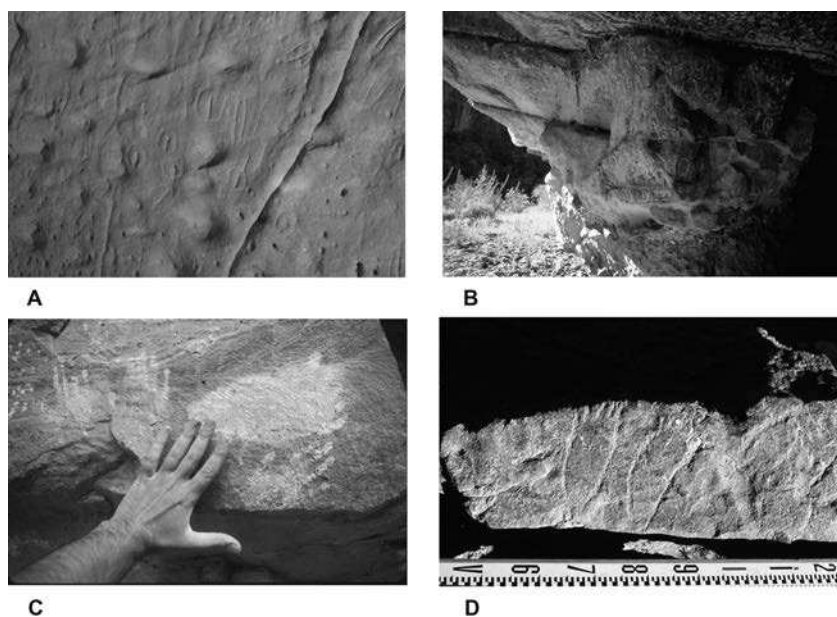


Figura 5.—Representaciones de manos, pies y vulvas. A) Vulvas grabadas en la cueva con pinturas de El Batequi (sierra de San Francisco); B) Vulvas grabadas en la cueva con pinturas de San Borjita (sierra de Guadalupe); C) Manos y pies pintados en la cueva de La Trinidad (sierra de Guadalupe), y D) Pies grabados en la cueva con pinturas de El Dipugón I (sierra de Guadalupe).

Finalmente queremos mencionar un tipo de figuras que representan la parte por el todo en relación a las figuras humanas. Nos referimos a las pinturas de manos —tanto en positivo como en negativo— y pies pintados en positivo. Estos motivos han aparecido mayoritariamente en la sierra de Guadalupe y en ocasiones son de pequeño tamaño, posiblemente infantiles. En ambas sierras encontramos grabados de vulvas en bloques adyacentes a los frisos pintados o en las paredes junto a las pinturas (fig. 5).

Las representaciones humanas las encontramos relacionadas con el resto de la iconografía típica de los Grandes Murales. Esto es, se hallan en composiciones junto a otras figuras humanas, a representaciones de animales y a distintos motivos geométricos y abstractos, de manera que forman parte de una amplia variedad temática.

El repertorio faunístico de los Grandes Murales es diverso y aparece en prácticamente todas las cuevas pintadas. Su representación incluye especies de fauna terrestre con grandes herbívoros, carnívoros, reptiles, distintos tipos de aves, grandes animales acuáticos y una gran variedad de peces que demuestran un gran conocimiento del entorno terrestre y marino.

Las personas que realizaron los murales tuvieron cuidado en representar los rasgos anatómicos que caracterizaban a los animales pintados. Sin embargo, en ocasiones es difícil la identificación de las especies representadas debido al estado de conservación de las figuras, al número de superposiciones que impiden la discriminación correcta de las figuras o a la falta de rasgos formales que faciliten la identificación.

Las figuras de animales terrestres aparecen siempre con el cuerpo de perfil pero con algunos rasgos que fuerzan este punto de vista para remarcar sus características (fig. 6). Nos referimos, por ejemplo, a las orejas que acostumbran a ser ambas visibles, una al lado de la otra, las cornamentas que aparecen en posición frontal u oblicua respecto al espectador para remarcar su diseño en una perspectiva torcida y las pezuñas de muchos ungulados que se representan en posición frontal y con los calcañares a ambos lados.

Los animales terrestres más representados son los cérvidos, ya sea en forma de ejemplares de gran cornamenta, ciervas o pequeños cervatos. Están presentes en la mayoría de los murales, con ejemplares de más de dos metros de longitud o en forma de pequeñas figuras. Aparecen ejecutados con los distintos recursos técnicos que combinan los silueteados y las tintas planas. Los encontramos en posiciones tanto dinámicas como estáticas, generalmente con la boca entreabierta y en asociación con el resto de motivos pintados. Es muy frecuente observarlos con proyectiles que atraviesan sus cuerpos o acompañando a figuras humanas sacrificadas. También hemos observado que los autores de las pinturas se sirven de la representación de su cornamenta para expresar marcadores temporales o de crecimiento. Por ejemplo, encontramos sucesiones de venados que parten de ejemplares sin cornamenta y paulatinamente van apareciendo animales con astas más desarrolladas. Otro caso es el de la cueva de La Serpiente en el que un animal con cuerpo de serpiente en una posición estática y cabeza de ciervo con gran cornamenta se contrapone a otro con cuerpo también de serpiente, pero en posición dinámica y con una cornamenta de ciervo joven (Viñas *et al.* 1986-1987; Rubio y Castillo, 2005).



Figura 6.—Cueva de El Ratón con la representación pintada de un berrendo, carneros, ciervas, puma y figura humana bicolor con la cara negra.

Unas representaciones de cérvidos singulares son los pequeños venados pintados en ambas sierras en posición vertical y las siluetas blancas de cabezas de ciervas con el arranque de su cuello que se documenta en más de un friso de la sierra de Guadalupe.

Otro herbívoro muy representado, aunque no tanto como los cérvidos, es el carnero. Se nos presenta con una gran cornamenta vista en posición frontal en forma similar a dos medias lunas aunque el animal esté pintado de perfil. En ocasiones se le representa junto a grandes animales marinos —ballenas, tortugas o leones marinos— y a menudo acompaña a figuras femeninas o a personajes que lucen un tocado similar a lo que sería uno de los cuernos de este animal, razón por la cual se ha sugerido la representación de un «clan del carnero» (Smith, 1985a). Hemos observado que algunos ejemplares muestran unos cuernos más finos que interpretamos corresponden a hembras, máxime cuando algunos de éstos muestran una gran panza que asemeja una hembra preñada.

El último gran herbívoro representado corresponde al berrendo, animal que se caracteriza por la forma especial de su cornamenta ahorquillada. Esta antilocapra es muy escasa en la iconografía de los Grandes Murales; de hecho la hemos localizado únicamente en las cuevas de El Ratón, El Palmarito y un caso dudoso en La Palma (todos ellos en la sierra de San Francisco).

Otros herbívoros más pequeños son las liebres, identificadas gracias a sus peculiares orejas, que se han detectado en algunas cavidades de la sierra de San Francisco como Las Flechas y La Pintada, entre otras.

Los ejemplares de carnívoros no han sido cuantitativamente tan representados como los herbívoros, aunque algunos de ellos ocupan un lugar predominante en varios murales pintados. Destacamos los casos de El Ratón, en cuya composición principal aparece un gran puma negro de más de dos metros de longitud; El Palmarito, con otro gran puma negro pintado en un lugar destacado del friso; el gran puma ocre de El Infierno Ia (todos ellos en la sierra de San Francisco), y Los Monos de San Juan (sierra de Guadalupe) con un gran puma rojo que preside un sector del friso. En ocasiones, algunas figuras de carnívoros con colas más cortas parecen corresponder a otros felinos como el lince o el gato salvaje.

Otro carnívoro identificado es el coyote, de tamaño pequeño o mediano, que aparece en algunas cuevas siempre acompañando a otras especies animales que presiden los murales.

Generalmente los carnívoros han sido pintados en posición estática y son monocromos —ya sea de color negro, rojo o amarillento, a lo sumo con un perfilado blanco— y raramente aparecen con proyectiles clavados en sus cuerpos. Sin embargo también encontramos la excepción a estas reglas.

En cuanto a las aves, las podemos encontrar en diversas composiciones pictográficas asociadas a otras especies animales, a figuras humanas y en algunos casos a motivos geométricos como círculos. Se han identificado especies como el buitre o zopilote y el pelícano; en ocasiones sus formas recuerdan a gaviotas, águilas o cuervos, y en otros casos no se llega a distinguir su especie. Se representan en posición frontal con las alas extendidas como en pleno vuelo, con el diseño de las garras y la cabeza de perfil con el pico entreabierto. Estas pinturas pueden ser monocromas o combinar tonos de rojo, negro y también un perfilado de color blanco. Es común que aparezcan atravesadas por lanzas o flechas.

En el arte rupestre de los Grandes Murales destaca la representación de una variada fauna marina que incluye grandes mamíferos acuáticos como ballenas, cachalotes, delfines y pinnípedos; otras especies como tortugas marinas y pulpos, y una gran variedad de peces, algunos de ellos identificables como la raya o el pez espada.

Los animales marinos se han representado de perfil o vistos desde arriba, en posición de nadar, con las aletas a cada lado del cuerpo y se realizaron con la combinación de distintas técnicas y colores. Por lo que se refiere a su tamaño es muy variado y se han pintado grandes ejemplares de varios metros como ballenas y pinnípedos, hasta pequeños peces de pocos centímetros de longitud.

Algunos de estos animales ocupan lugares preeminentes en los murales, como el gran león marino de San Gregorio II (sierra de San Francisco) que preside el friso en asociación con figuras humanas y pequeños venados; y en otros casos aparecen como figuras complementarias a otras especies terrestres o a figuras humanas. También es frecuente encontrar animales acuáticos atravesados por proyectiles.

Para terminar el apartado dedicado a la fauna, mencionaremos otras especies representadas en menor número. Nos referimos a algunos reptiles como lagartos y serpientes. Los lagartos los hemos localizado en cuevas tanto de la sierra de Guadalupe como de la sierra de San Francisco. Los ofidios están escasamente documentados en ambas sierras. Encontramos representaciones de serpientes en Los Monos de San Juan, en la sierra de Guadalupe, y en algunas cuevas de la sierra de San Francisco como La Serpiente, la Cuevona de El

Parral, La Pintada, El Cacariso, El Infierno IV y San Gregorio I (Viñas *et al.*, 1986-1987 y 1986-1989; Rubio y Castillo, 2005).

Este elenco de motivos pintados en los Grandes Murales de Baja California se completa con distintos tipos de elementos esquemáticos y abstractos presentes en las cuevas de ambas sierras: círculos, puntuaciones, esteliformes, espirales, barras, ramiformes y distintas estructuras cuadrangulares, circulares u ovaladas. Estos elementos se relacionan con otros motivos figurativos. En este sentido destaca la relación de distintas estructuras cuadrangulares con los animales terrestres y diversos motivos radiados con cérvidos de pequeño tamaño en posición vertical, que a menudo se han relacionado con la temática astronómica (Smith, 1983; Viñas, 1991).

Los distintos motivos pintados se combinan y se relacionan entre sí en composiciones que son recurrentes en distintas cuevas y en ambas sierras. Son muy comunes las sucesiones de venados; las relaciones entre cervatos y elementos geométricos y abstractos; el cruce y enfrentamiento entre distintos animales terrestres; la relación de venados con aves y peces, y composiciones simétricas que se repiten con cierta regularidad. Muchas veces, esta disposición de las figuras corresponde a una intención en el momento de plantear la composición, y otras son el resultado de la acumulación de figuras en el friso.

También destaca la utilización de formas naturales de la pared de las cuevas para ubicar algunas pinturas en los bloques, separar grupos de representaciones, aprovechar protuberancias de la pared para indicar mujeres o animales hembras embarazadas, o el uso de grietas y oquedades de donde parecen surgir algunas figuras.

Todas estas características iconográficas que hemos visto hasta aquí, incluyendo el uso del color y de las técnicas con que se aplica, nos sitúan ante un sistema simbólico codificado con características que tienen una cierta variabilidad cronológica y regional aunque mantienen un fondo común.

Color y técnica

Nos encontramos ante unos murales policromos con el uso de distintas tonalidades de rojos, castaños, anaranjados, ocre, rosados, blanco y una variedad de grises que llega hasta el negro.

Los rojos y los negros son los colores más comunes y aparecen en prácticamente todos los murales. Se emplean en el relleno de las figuras, en los trazos



Figura 7.—León marino pintado en la cueva de San Gregorio II (sierra de San Francisco).

de distintos elementos pictóricos —como los proyectiles— y en ocasiones en los silueteados de los motivos pintados.

El blanco se usa principalmente como un color de perfilado de las figuras —bien en el momento de su realización, o bien como contorno para resaltar figuras anteriores—, en el diseño de algunos objetos —como proyectiles y tocados— y en la confección de elementos esquemáticos y abstractos como esteliformes, grupos de puntuaciones, etc. En la sierra de Guadalupe se ha utilizado también como tinta plana de algunas figuras humanas y animales, y en la representación de manos y pies, pero este uso es menos frecuente en la sierra de San Francisco.

Los ocre y amarillos se documentan en la sierra de San Francisco en el diseño de complementos de las figuras, por ejemplo en algunos tocados, y en la formación de algunos elementos geométricos y abstractos, como las estructuras cuadrangulares con retículas. En pocas ocasiones se usó como color de relleno de figuras humanas y animales, aunque en la sierra de Guadalupe el uso de color ocre para la realización de figuras humanas y animales es más común y se puede observar en distintas cavidades.

Estos colores se aplican a partir de perfilados o silueteados y tintas planas que se combinan entre sí y se complementan con distintos rayados y punteados. Como consecuencia de estas combinaciones tenemos una gran variedad de diseños con figuras compartimentadas de distintas maneras y con un resultado muy colorista. Las formas más comunes son: a) una tinta plana, b) silueteado y una tinta plana, c) silueteado y d) silueteado y dos tintas planas. Junto a estas combinaciones más repetitivas también se han documentado otras que aparecen en una sola cueva. Esto nos hace pensar que a medida que amplieemos el número de murales estudiados estos casos únicos pueden encontrarse en otros lugares y que al mismo tiempo no es imposible encontrar nuevas variantes, ya que las posibilidades combinatorias de los diseños son muy ricas.

Algunos investigadores han empezado a analizar el uso del color como un elemento cargado de significado mediante el cual los autores de las pinturas han desarrollado un código simbólico. R. Smith sostiene que el color cultural predominante es el rojo, al que se le opone el negro en su carácter de dualidad y el blanco funcionaría como un color de silueteado de naturaleza «protectora» (Smith, 1983). Asimismo, E. Moore observa que la aplicación del color se utiliza para crear ritmos y secuencias cromáticas en los que el color de las figuras o la combinación de éstos en las mismas forman simetrías o sucesiones numéricas identificables (Moore, 1985).

En nuestra opinión es evidente el uso del color como elemento codificado ligado a la temática representada. La combinación de tintas planas en rojo y negro, el uso limitado del color blanco y, en según qué momentos o lugares, de los ocre, y también distintas relaciones cromáticas observadas en algunas composiciones así lo hacen patente. Los colores, junto a otros elementos compositivos, se usan para relacionar figuras por oposición o similitud y llegan a formar parámetros repetitivos identificables. Pero al mismo tiempo que podemos distinguir una serie de «normas» cromáticas —por ejemplo la presencia mayoritaria de la cabeza en la zona roja de las figuras humanas bicolors, o

el uso del blanco como color de perfilado— estas normas también presentan excepciones y podemos encontrar cabezas en la zona negra de la figura o blanco como color de relleno. Las alteraciones de los usos estadísticamente más comunes pueden tener una explicación relacionada con la temática de cada mural o por características temporales o regionales de la actividad pictórica.

LOS AUTORES DE LOS MURALES

Los murales pintados fueron descritos en las crónicas jesuitas como una curiosidad cultural realizada por poblaciones anteriores y desvinculadas de los cochimíes con los que trataron los misioneros (Barco, 1988). Posteriormente, en el momento en el que la arqueología redescubrió estos murales se consideró que el estilo resultaba muy homogéneo y se vinculó con los artefactos que se identificaron en las primeras excavaciones arqueológicas y que correspondían al momento inmediatamente previo al contacto colonial, por lo que se consideró este arte rupestre como una manifestación de los ancestros de los cochimíes, una cultura arqueológica a la que se denominó Comondú (Meighan, 1966). Esta consideración se afianzó entre los investigadores e incluso se consideró que algunos elementos etnográficos descritos por los misioneros se podían identificar con los murales, por lo que ha sido muy extensa la idea de atribuir los Grandes Murales a los cochimíes y a sus antepasados inmediatos (Smith, 1985b).

En las últimas décadas el panorama ha ido cambiando. Por una parte, se han empezado a analizar los murales pintados con detenimiento y se ha visto que el estilo no es tan homogéneo como en principio se pensaba y que las estratigrafías cromáticas dan cuenta de un proceso dilatado en el tiempo con distintas fases sucesivas (Viñas *et al.*, 1986-1987). Por otra parte, contamos con las primeras dataciones directas de ^{14}C AMS sobre los murales con unos resultados que sitúan las pinturas más antiguas en una muestra del mural de San Borjita (sierra de Guadalupe) en 7.000 BP, y varias muestras de la sierra de San Francisco y Guadalupe fechadas en torno al 5.000 BP, entre ellas la de El Ratón (sierra de San Francisco) de 4.845 ± 60 BP; es decir, en el periodo del Arcaico (para un seguimiento de la discusión cronológica, cfr. Gutiérrez y Hyland, 2002; Watchman *et al.*, 2002; Gutiérrez, 2003; Viñas, 2013; Petit y Rubio [coords.], 2006, entre otros).

También hay que dejar constancia aquí que la investigación arqueológica presenta distintas carencias que no ayudan al objetivo de encuadrar cronológicamente el fenómeno de los Grandes Murales. Las excavaciones son escasas, las potencias estratigráficas débiles y no contamos con un esquema cronocultural sólido en la península ni en las sierras centrales que nos expliquen los cambios culturales en la prehistoria de Baja California. Por otro lado, las fechas directas sobre pinturas son una primera orientación, pero su uso requiere de un proceso más elaborado en el que se relacionen estos resultados con la documentación exhaustiva de los murales —que incluya la observación de superposiciones, fases de realización, repintes, etc.— labor que apenas se está iniciando.

Como síntesis del estado de la cuestión, diremos que el arte rupestre de las sierras centrales de Baja California fue realizado por poblaciones de cazadores recolectores perfectamente conocedoras del entorno serrano y costero; que es un proceso dilatado en el tiempo cuyo origen aún no tenemos claro, pero se remonta a momentos antiguos del Arcaico y cuyas etapas finales corresponden a los últimos aborígenes que entraron en contacto con los europeos en época colonial, y que el análisis de su proceso de realización nos muestra distintas fases de ejecución con características singulares. En resumen, los Grandes Murales constituyen un documento de primer orden para estudiar los cambios culturales producidos en esta región durante la prehistoria.

POR QUÉ SE PINTARON LAS CUEVAS

La evidencia de encontrarnos ante un sistema comunicativo codificado ha hecho que, desde un principio, distintos investigadores hayan buscado hipótesis explicativas acerca del significado de estas representaciones.

Una de las explicaciones más comunes se ha centrado en la magia simpática, que relaciona una imagen con el sujeto representado, de manera que cuando se actúa sobre la primera se influye en el segundo. Esta idea de relacionar el arte rupestre de pueblos cazadores recolectores —incluso en el Paleolítico— con la caza mágica arranca a finales del siglo XIX y principios del siglo XX y ha sido utilizada por distintos autores para referirse al arte rupestre de los Grandes Murales.

C. W. Meighan plantea como hipótesis que una desertización de la zona provocaría un rápido desarrollo del arte rupestre para paliar, mediante la ma-

gia, una disminución de recursos económicos. Este periodo, que podría haber sido de unos 800 años, habría finalizado un siglo antes del establecimiento de las misiones jesuitas, de manera que la crisis de la producción de los Grandes Murales habría sucedido poco antes de la colonización europea (Meighan, 1969). En trabajos más recientes, este autor sigue considerando el arte rupestre relacionado con la caza mágica y en general con el control de la naturaleza, en especial de los recursos alimenticios. Sin embargo, añade que en los Grandes Murales hay elementos ligados al uso del color, a la ornamentación de las figuras humanas y a la presencia de figuras que se escapan a las explicaciones ligadas a la caza mágica, por lo que es necesario abrir las expectativas interpretativas a un conjunto de creencias rituales más amplio que aún está por descifrar. En su opinión, debemos buscar explicaciones del arte rupestre coherentes con la complejidad cultural de las poblaciones autoras y, para ello, debemos desarrollar técnicas de análisis que nos permitan relacionar las representaciones con los sistemas simbólicos que conozcamos a través de la analogía etnohistórica del área que estudiamos (Meighan, 1978 y 1983).

También según C. Grant las pinturas deben relacionarse con la caza mágica, pero al mismo tiempo considera que este tema principal puede estar complementado con otros —también de carácter mágico— como rituales curativos o de fertilidad. Al mismo tiempo, demanda la atención sobre los diseños corporales de las figuras humanas, ya que apunta la posibilidad de que correspondan a patrones identificativos de grupos sociales relacionados con actividades bélicas o ceremoniales (Grant, 1974).

Otra corriente interpretativa del arte rupestre es el chamanismo, recurrente en América desde que A. L. Kroeber lo consideró como explicación de parte del arte rupestre de California (citado en Whitley, 1998) y cuyos partidarios han proliferado desde la década de 1980.

En el estudio del chamanismo en pueblos de cazadores recolectores se han observado una serie de elementos que son frecuentes, como los viajes extáticos, los animales aliados, la visión de la propia muerte y desmembramiento, la distinción de diferentes niveles cosmológicos, etc. Estos son los que de alguna manera se consideran temas chamánicos. Este punto de vista ha sido adoptado por investigadores que trabajan la interpretación del arte rupestre en diversos lugares del mundo y de distintas épocas que incluye desde pueblos cazadores recolectores subactuales hasta los cazadores del Paleolítico. En su interpretación vinculan la iconografía rupestre con las distintas fases de los estados

alterados de consciencia y consideran el arte rupestre como representaciones chamánicas en referencia a estos estados mentales (Clottes y Lewis-Williams, 2001). Es más, D. Whitley, acérrimo defensor de esta corriente interpretativa, considera el arte rupestre de Coso Range, en California, fundamentalmente como un recurso mnemotécnico de los chamanes para registrar sus experiencias durante los estados alterados de consciencia (Whitley, 1998).

Esta concepción de arte rupestre también ha influido en varios investigadores que han trabajado en los Grandes Murales de Baja California. Entre ellos destaca R. Smith, quien identifica un personaje pintado como chamán a partir de los elementos de indumentaria de una figura humana pintada en la Cueva de El Parral y las descripciones que los misioneros hicieron de los guamas o chamanes bajacalifornianos; o interpreta algunos temas como característicamente chamánicos como, por ejemplo, el par de figuras de La Pintada en las que interpreta la transformación de un chamán en ave, ya que la figura humana pierde sus



Figura 8.—Transformación de hombre en pájaro en La Pintada según la interpretación de R. Smith.

características propias (presenta las manos redondeadas y sin dedos), mientras que el pájaro está antropomorfizado (Smith, 1985a) (fig. 8).

Otros autores han presentado observaciones arqueoastronómicas en el arte rupestre de la sierra de San Francisco, como por ejemplo en la cueva de El Mono Alto (sierra de San Francisco). En esta cueva hay una chimenea natural en el techo que proyecta luz solar sobre el piso de la cavidad y, según comprobaron Del Cover y Elaine Moore (1986), la primera luz que entra durante el solsticio de verano incide sobre un bloque rocoso prominente sumamente pulido y cubierto de ocre rojo, por lo que estos autores consideran el lugar como un observatorio solar.

M. de la Luz Gutiérrez y J. Hyland consideran el arte rupestre de la sierra de San Francisco como un elemento vinculado a lo que denominan el «complejo ceremonial peninsular» (Gutiérrez y Hyland, 2002). Este concepto incluye distintos elementos rituales cuya existencia fue recogida en las crónicas de los misioneros y algunos de ellos se han documentado en el registro arqueológico como son: las tablas ceremoniales decoradas; las pipas de tubo como elemento usado para las ceremonias de curación; los mantos de cabello; el culto a los ancestros; la «segunda cosecha», que consiste en una reutilización alimenticia de las semillas del fruto de la pitahaya recolectadas entre las heces humanas después de una primera ingesta, y la «maroma», que es una especie de comunión en la que distintos comensales degluten un trozo de carne atado a un cordel que una vez ingerido recuperan tirando del mismo y pasan al siguiente compañero hasta que la vianda se ha consumido.

En el estado actual del conocimiento arqueológico de la península no tenemos una idea precisa de la distribución ni cronológica ni geográfica de estas prácticas rituales (por ejemplo, los misioneros dejaron muy claro que la práctica de la maroma era utilizada en unas rancherías muy concretas al norte de la sierra de San Francisco, pero desconocida en otras misiones) y por lo tanto ésta es otra línea de trabajo en la que ahondar, más que una conclusión final.

En opinión de Gutiérrez y Hyland hay tres temas expresados en las imágenes: la evidencia de estados alterados de consciencia representados en temas chamanísticos, la metáfora de la muerte evidente en el tema de figuras humanas y animales atravesados por proyectiles, y la representación de deidades-ancestros. Asimismo, consideran los sitios con arte como lugares de congregación durante el período ceremonial que se debió llevar a cabo entre la primavera y el verano, y piensan que el arte rupestre debió funcionar como un

marcador cultural del paisaje en donde se pone de manifiesto un uso social de territorio ligado a los distintos linajes que debieron formar el conjunto social.

Esta hipótesis funcional de los sitios con arte como lugares de agregación es plausible en algunos casos pero cabe preguntarse si siempre es así. Hay cavidades que pueden ser lugar de congregación y hay cavidades que por sus murales y sus dimensiones reducidas debieron tener otros usos.

Desde nuestro punto de vista no hay un único argumento que explique por qué culturas de cazadores recolectores se expresaron a través de una compleja iconografía plagada de códigos formales. Al contrario, pensamos que el arte rupestre es una forma de expresión cultural que encierra distintos significados que incluyen la cosmovisión, la mitología y todo un sistema de creencias. Consideramos el arte rupestre como un sistema de comunicación dirigido al conjunto de la población o a grupos de iniciados, que expresa unos conocimientos culturalmente significativos y que desempeña una función social destinada a la transmisión de esos conocimientos, a la cohesión social y por lo tanto a la adaptación al medio. Esta concepción integra en el mismo fenómeno comunicativo explicaciones parciales en las que la magia, el relato mitológico, la cosmovisión o las prácticas chamánicas se relacionan con conjuntos de representaciones concretas. La dificultad estriba en poder discernir cada caso y para ello es necesario disponer de estudios detallados de los murales, de las relaciones de estos entre sí y de la información cultural proveniente de la arqueología y de la etnohistoria en relación con sus autores.

LOS GRANDES MURALES: UN PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

El arte rupestre en general, y los Grandes Murales de Baja California en particular, son un importante exponente del patrimonio cultural. De hecho, el arte rupestre de la sierra de San Francisco fue declarado Patrimonio de la Humanidad por parte de la UNESCO en 1993. La consideración patrimonial de estas representaciones gráficas no solo se debe a la capacidad estética que tienen para conmovir al espectador actual sino, fundamentalmente, porque pinturas y grabados son un mecanismo de transmisión cultural de diversos periodos de la historia de la humanidad, es decir, un documento. Este hecho nos sitúa ante una tripe perspectiva: la investigación del documento, su conservación y la difusión del conocimiento que se desprende del mismo.

Por un lado, y dado que lo relevante del fenómeno rupestre es su función de comunicación cultural, nos obliga a profundizar en la investigación: en conocer qué mecanismos actuaron en la realización de los murales, qué códigos emplearon sus autores, qué referencias culturales expresaron, qué técnicas utilizaron para su realización, etc. Esta perspectiva de investigación nos revelará relaciones culturales entre poblaciones de distintas zonas de una área geográfica tan amplia como nos sea posible distinguir, y una visión diacrónica de procesos de transformación cultural que probablemente sean regionalmente heterogéneos.

¿Cómo se producen los cambios culturales en relación a distintos ámbitos como pueden ser la tecnología, las relaciones sociales, el uso del paisaje o las concepciones ideológicas? ¿Cuales son los mecanismos que aceleran estos cambios o los reconducen en una dirección concreta? Estas preguntas deben buscar respuesta en la investigación arqueológica global la cual debe integrar la información que ofrece el arte rupestre. El estudio de la distribución geográfica y cronológica de la iconografía representada, de las relaciones temáticas, de distintas concepciones gráficas expresadas en las composiciones, las técnicas o los usos del color y, en la medida que nos sea posible, la discriminación de recetas pictóricas o distribución de los usos de las materias primas como los colorantes —camino nuevos de investigación que pensamos que tendrán un desarrollo en los próximos años— aportan valiosa información al respecto.

Por otro lado, nos situamos ante la necesidad de proteger físicamente el objeto de estudio para que éste pueda continuar cumpliendo su función de documento. Esto nos enfrenta al hecho de que las cuevas pintadas son «organismos vivos» no, evidentemente, desde un punto de vista de organismo biológico, pero sí por los cambios que se producen en su seno, ante los que somos parcialmente incapaces de intervenir. Los Grandes Murales están en ambientes al aire libre y afectados por distintos fenómenos de intemperismo. Las mismas paredes de base no son estables y numerosos agentes biológicos como microorganismos, insectos, aves y otros animales afectan los soportes y los pigmentos. Finalmente, hay diversas actuaciones de origen antrópico que alteran los frisos pintados, algunas inconscientes —debido al uso tradicional de los lugares o de visitas turísticas no controladas— y otras de origen vandálico —como grafitis o expolios—. Ante todo esto hay que actuar: en primer lugar intervenir en aquellos casos en los que nuestros conocimientos y tecnología sean capaces de hacerlo de cara a consolidar soportes, limpiar los frisos de aquellos elementos perjudiciales sin alterar los murales o minimizar los efectos de los procesos de

destrucción natural de los soportes; en segundo lugar, prevenir incidencias de alteración sobre los murales, especialmente las producidas por los seres humanos, y en tercer lugar documentar los murales con todo el rigor y con los recursos técnicos a nuestro alcance, con la intención de conservar el máximo de información de los sitios con pinturas y grabados rupestres.

En la sierra de San Francisco se han desarrollado diversas actuaciones encaminadas a abordar estas cuestiones. Desde hace décadas esta sierra ha sido un foco de atracción de turistas y esto ha obligado a las autoridades mexicanas a desarrollar un plan de manejo de las visitas en el que especifican los sitios visitables, las condiciones de acampada y la contratación de guías y arrieros. El objetivo de este plan es doble: por una parte asegurar que los visitantes no alteren los sitios arqueológicos y, por otra, integrar los miembros de la comunidad en la gestión y custodia del patrimonio cultural.

Por otra parte, en algunas cuevas pintadas se han instalado pasarelas para controlar el tránsito de las personas. Estas estructuras presentan la ventaja de situar los observadores a una distancia controlada de los murales, pero no dejan de ser una intervención que altera el entorno de la cavidad y distorsiona la perspectiva del observador. Entre las cuevas que han sido objeto de esta actuación están La Flecha, La Pintada, El Palmarito y El Ratón, entre otras.

La proximidad de la cueva de El Ratón al poblado de San Francisco de la Sierra hace que sea una de las cavidades pintadas más frecuentadas por los turistas, especialmente desde que en 1986 se inauguró la terracería que comunica la carretera transpeninsular con la rancharía y que pasa al pie de la cavidad. Por esta razón, El Ratón fue una de las primeras cuevas protegidas por un cerco y con indicaciones para los turistas. De hecho, el sitio no se puede visitar sin la compañía de un guía que el delegado del INAH en la zona designa desde la misma localidad. En 1994 se inauguraron los trabajos de acondicionamiento para las visitas que consistieron en facilitar el acceso a la cueva, colocar unos carteles informativos sobre las condiciones de visita al yacimiento, sobre las características generales de los Grandes Murales y sobre la cueva de El Ratón, y construir la pasarela de madera a lo largo de la cavidad de manera que los visitantes circulen por ella sin alcanzar a tocar el mural pintado.

En la misma cueva de El Ratón, durante los años 1994 y 1995 el Getty Conservation Institute desarrolló un proyecto de conservación y gestión de bienes culturales en relación a los Grandes Murales. Este proyecto contó con la colaboración del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el gobierno

estatal de Baja California Sur y la fundación Amigos de Sudcalifornia, A.C. (Amisud). Los objetivos del proyecto eran cuatro: a) desarrollar un estudio de un sitio con mural rupestre para medir la velocidad de deterioro de las pinturas, b) llevar a cabo un registro sistemático de las pinturas, c) determinar cómo se pueden preservar las pinturas y d) entrenar profesionales en conservación en el estudio, análisis y tratamiento de las pinturas rupestres (Price, 1996).

La cueva de El Ratón también ha sido objeto de nuestro interés y nuestro equipo excavó el yacimiento arqueológico durante dos campañas en 1991 y 1992 (Petit y Rubio [coords.], 2006) y últimamente hemos desarrollado la documentación del mural pintado con el análisis de su proceso de realización y sus relaciones culturales en el entorno del suroeste de EE.UU y noroeste de México (Rubio, 2013).

Finalmente, y ligado a los aspectos que acabamos de mencionar, nos debemos referir a la difusión del patrimonio, ya que es esta función social la que otorga todo el sentido a los esfuerzos de investigación y conservación.

La difusión implica la divulgación de los trabajos de investigación en aquellos soportes que el público tenga acceso y en lenguajes adecuados a los intereses de distintos usuarios, y también debe incluir el «acceso controlado» a los mismos murales. El acceso controlado exige la consideración de tres conceptos: por un lado facilitar a los visitantes la experiencia de disfrutar de este patrimonio *in situ*, sin duda la mejor manera de acercarse a él; en segundo lugar, garantizar la seguridad de los usuarios, ya que los Grandes Murales están frecuentemente en zona de difícil acceso y alejadas de vías de comunicación necesarias en caso de emergencia, y en tercer lugar asegurar que la acción de los visitantes no altere los sitios arqueológicos, el entorno natural y mantenga una relación fluida con el ambiente social del lugar, ya que las sierras están habitadas por una comunidad de rancheros con su estilo de vida que de alguna manera también se ve alterada por la afluencia de visitantes.

CONSIDERACIONES FINALES

El conocimiento que tenemos de los Grandes Murales es incompleto y fraccionado: se han localizado centenares de lugares con pinturas, se han realizado distintos estudios compositivos y temáticos, y disponemos de algunos análisis directos de composición y datación de muestras de pinturas. Pero todo

esto se ha llevado a cabo en fragmentos de murales y son contados los estudios sistemáticos de frisos completos.

Nuestra propuesta se encamina por esta vía: plantear estudios monográficos de murales completos y que se analicen sus resultados en relación con el conocimiento disponible del conjunto de la iconografía de la zona, de los estudios arqueológicos y de la información etnohistórica de Baja California y del área del suroeste de EE.UU y noroeste de México. La labor realizada hasta ahora nos muestra la complejidad del objeto de estudio y nos sitúa en la justa medida de la problemática que plantea, pero pensamos que ahora conviene contrastar las hipótesis resultantes a partir de observaciones generales con los datos empíricos derivados del estudio de murales concretos y completos.

Finalmente no debemos considerar el arte rupestre como un estudio diferenciado del resto de la investigación histórica sino como un elemento integrado. Para este tipo de estudios en Baja California tenemos información proveniente de las excavaciones arqueológicas, de datos etnohistóricos y del registro iconográfico de los murales pintados. Nuestra labor consiste en relacionar las distintas fuentes de información de manera que podamos establecer hipótesis de carácter histórico-cultural que se apoyen en el conjunto de datos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barco, M. del (1988): *Historia Natural y Crónica de la Antigua California (Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas)*, Edición y estudio preliminar de Miguel León Potilla, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 4. [Original c. 1770], 482 págs.
- Clottes, J.; Lewis-Williams, D. (2001): *Los chamanes de la prehistoria*, Ariel: Barcelona.
- Cover, D.; Moore, E. (1986): «Mono Alto: A Summer Solstice Site», en Hedges, K. (ed.), *Rock Art Papers*, Volume 3, San Diego Museum Papers 20, San Diego CA, págs. 13-18.
- Crosby, H. W. (1984): *The Cave Paintings of Baja California. The Great Murals of an Unknown People*, The Copley Press. INC., La Jolla. [Primera edición, 1975].
- Diguet, M. L. (1895): «Notes sur la pictographie de la Basse Californie», *L'Anthropologie* 6, París, págs. 106-53.

- Hambleton, E. (1979): *La pintura rupestre de Baja California*, México: Fondo de Cultura Banamex.
- Grant, C. (1974): *Rock Art of Baja California. Notes on the pictographs of Baja California by Leon Diguët (1895)*, Los Ángeles: Baja California Travel Series n.º 33, Dawson's Book Shop.
- Gutiérrez, M. L.; Hyland, J. R. (2002): *Arqueología de la sierra de San Francisco. Dos décadas de investigación del fenómeno Gran Mural*, México: INAH, Col. científica, serie histórica.
- Meighan, C. W. (1966): «Prehistoric Rock Paintings in Baja California», *American Antiquity* 31(3), págs. 372-392.
- (1969): *Indian Art and History. The Testimony of Prehispanic Rock Paintings in Baja California*, Los Ángeles: Baja California Travel Series, 13, Dawson's Book Shop.
- (1978): «Analysis of Rock Art in Baja California», en Meighan, C.W.; Pontoni, V.L. (eds.), Socorro, Nuevo México: Seven Rock Art sites in Baja California, Ballena Press Publications on North American Rock Art, n.º 2, págs. 1-18. (Versión en español: «Análisis del arte rupestre en Baja California», en Casado, P. (comp.) y Mirambell, L. (coord.), *El arte rupestre en México*, México: INAH, 1990, págs. 177-203.
- (1983): «The Rock Art of Baja California», en Van Tilburg, A. (ed.), *Ancient Images on Stone Rock Art of the Californias*, Los Ángeles: University of California, Los Angeles, Institute of Archaeology, Rock Art Archive, págs. 62-63.
- Moore, E. (1985): «A Compositional Analysis of two Baja California Murals: An Artist's Point of View», en Hedges, K. (ed.), *Rock Art Papers*, Volume 2, San Diego CA: San Diego Museum Papers 18, págs. 19-32.
- Petit, M. A.; Rubio, A. (coords.) (2006): *El yacimiento arqueológico de El Ratón. Una cueva con pinturas en la sierra de San Francisco (Baja California Sur, México). I. Las excavaciones*, Monografies del SERP 6, Barcelona: Universitat, Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques, 132 págs.
- Price, N.S. (1996): «Los Grandes Murales. La conservación del arte rupestre de Baja California», *Conservación. El Boletín del Instituto Getty de Conservación*, 11(2), págs. 4-9.
- Rubio, A. (2013): *El yacimiento arqueológico de El Ratón. Una cueva con pinturas en la sierra de San Francisco (Baja California Sur, México). II. El mural*

- pintado*, Barcelona: Universitat, Monografies del Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques, 10, 323 págs. + CD.
- Rubio, A.; Castillo, V. del, (2005): «Las pinturas de la cueva de La Serpiente: un mural particular en el entorno de los Grandes Murales, Baja California Sur», en Casado, M.P. (comp.) y Mirambell, L. (coord.) *Arte rupestre en México. Ensayos 1990-2004*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, págs. 117-152.
- Smith, R. (1983): «Color Encoding Sequences and the Pursuit of Meaning in the Great Mural Region of the Sierra de San Francisco», en Hedges, K. (ed.), *Rock Art Papers*, Volume 1, San Diego CA: San Diego Museum Papers 16, págs. 17-24.
- (1985a): «Rock Art of the Sierra de San Francisco: an Interpretative Analysis», en Hedges, K. (ed.), *Rock Art Papers*, Volume 2, San Diego CA: San Diego Museum Papers 18, págs. 33-54.
- (1985b): «The Cochimí Ritual Landscape», en Benson, A.; Hoskinson, T. (eds.), *Earth and Sky: Papers from the Northridge Conference on Archaeoastronomy*, California, Thousand Oaks, Slo'w Press, págs. 163-185.
- Viñas, R. (1991): «Observaciones astronómicas en las pinturas rupestres de Baja California Sur», *Revista Panorama*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.
- (2013): *La Cueva Pintada. Proceso evolutivo de un centro ceremonial, sierra de San Francisco, Baja California Sur, México*, Barcelona: Universitat, Monografies del Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques 10, 483 págs.
- Viñas, R.; Sarriá, E.; Rubio, A.; Castillo, V. del. (1984-1985): «Repertorio temático de las pinturas rupestres de la Sierra de San Francisco, Baja California (México)», *Ars Praehistorica*, vol. III/IV, Sabadell: AUSA, págs. 201-232.
- Viñas, R.; Sarriá, E.; Rubio, A.; Castillo, V. del; Peña, C. (1986-1987): «El santuario rupestre de la Cueva de la Serpiente, Arroyo del Parral, Baja California Sur (México)», *Ars Praehistorica*, vol. V-VI, Sabadell, AUSA, págs. 157-204.
- (1986-1989): «Pinturas de serpientes en el conjunto rupestre de la Sierra de San Francisco, Baja California Sur, México», *Empuries. Revista de prehistòria, arqueologia i etnologia*, 48-50, Barcelona; Diputació de Barcelona, págs. 368-378.
- Whitley, D. S. (1998): «Cognitive Neuroscience, Shamanism and the Rock Art of Native California», *Anthropology of Consciousness*, 9(1), American Anthropological Association, págs. 22-37.

LA TRADICIÓN CAZADORA-RECOLECTORA COMO PATRIMONIO HISTÓRICO DE LA PENÍNSULA CALIFORNIANA

Rosa Elba RODRÍGUEZ TOMP
Universidad Autónoma de Baja California Sur, México

LOS CAZADORES-RECOLECTORES Y SU ESPACIO

Refiriéndose a los indígenas que asistían a la misión de San Luis Gonzaga en la Antigua California, el misionero jesuita Juan Jacobo Baegert afirmaba que: «Cada californio, cada grupo y cada tribu tienen su patria, de la que están tan locamente enamorados como otras gentes de la suya y hasta aun mucho más por ser ellos menos juiciosos, de modo que no se dejarían cambiar ni cincuenta o más horas de camino del lugar donde nacieron» (Baegert, 1989: 73). Al reflexionar sobre las palabras del jesuita no podemos menos que reconocer que existe una explicación coherente para esa actitud que él reporta, y es que, independientemente del tipo de sociedad y del periodo de la historia en que se haya desarrollado, toda la actividad humana tiene lugar en un espacio determinado, que funciona para los seres humanos que lo habitan, no sólo como el contenedor de sus relaciones sociales y su actividad económica y política, sino como un elemento activo que influye en la estructuración misma de la sociedad. El espacio como elemento fundamental de la cultura es el producto de una continua negociación, específica en sus características y componentes y

significativa en términos de la percepción que el grupo tenga de ese ambiente en el que se objetivan todos sus referentes. Cada grupo que ha organizado su vida en torno y a partir de determinadas características espaciales, muestra diversos tipos de relaciones que significan una permanente construcción y reinterpretación de los componentes físicos de ese entorno, por lo que el considerar al espacio como un mero escenario del devenir histórico de la humanidad nos cierra un cúmulo de posibilidades de comprender aspectos importantes de esa historia.

En esta ocasión nos proponemos hacer un análisis de las implicaciones que el componente espacial ha tenido en la vida de los seres humanos desde la llegada, hace por lo menos diez mil años (Bendímez, 1999), de los primeros habitantes de la península de California, en el noroeste de la actual república mexicana, no sólo como influencia de su modo de sobrevivir, sino como el principal determinante de las relaciones que ahí se desarrollaron desde entonces y hasta nuestros días entre el hombre y la naturaleza. Ha sido una tradición seguida por los trabajos que pretenden explicar el modo de vida de los grupos de cazadores-recolectores el dar una gran importancia a su relación con el entorno. Desde los análisis que se consideran dentro de la corriente antropológica del evolucionismo unilineal ha sido un factor común el desarrollo de diversas explicaciones sobre la simplicidad del modo de vida cazador-recolector-pescador, que tienen que ver con la necesidad que tienen los pueblos de esta tradición cultural de trasladarse por territorios variados conforme van aprovechando los recursos que pueden utilizar para su alimento. Ya en el siglo XIX afirmaba Lewis H. Morgan que los más primitivos habitantes del planeta habían desarrollado la base de una subsistencia trashumante a partir de su conocimiento de las regiones de clima tropical, puesto que, decía: «...estamos acostumbrados, y con razón, a considerar que nuestros progenitores empezaron su existencia en bosques de frutas y nueces bajo un sol tropical»¹. Esto nos lleva a considerar la pertinencia de utilizar el término cazadores-recolectores como una categoría analítica, es decir, un concepto que clarifica, *per se*, una serie de elementos y características de un desarrollo cultural. Al respecto existe una abundante bibliografía tendiente a justificar esa denominación para esta-

1. Morgan, L.H. «Sociedad Antigua» (Bohannon y Glazer, 1993: 42).

blecer la base de una tradición cultural milenaria que incluye a representantes actuales.

Una definición clara y sencilla nos dice que: «Los cazadores-recolectores dependen de un modo de subsistencia caracterizado por la ausencia de control directo sobre la reproducción de las especies explotadas, y poco o ningún control sobre otros aspectos de la ecología de poblaciones, tales como el comportamiento y la distribución de los recursos alimenticios» (Panter-Brick, 2001:2). Lo que ello implica es, en esencia, que estas poblaciones no ejercen una deliberada alteración del componente genético de los recursos explotados, en contraste con las sociedades que dependen de una subsistencia agrícola o pastoril. Norton H. Fried, en su análisis de la evolución política de la humanidad, consideraba que la organización de estas sociedades estaba basada en lazos de igualdad que eran establecidos en la medida en que las posiciones de prestigio y los roles que debían desempeñar eran ocupados por tantas personas capaces como hubiera en esas comunidades (Fried, 1967: 33). Esto significa que la simplicidad de su organización estaba directamente relacionada con la dependencia de todos los miembros del grupo, por igual, a la disponibilidad del alimento en su estado natural, y por lo tanto sujeto a las limitaciones naturales. Karl Polanyi, por su parte, expresa la naturaleza de las instituciones económicas de estas sociedades a través de su integración a las estructuras sociales y políticas que determinan obligaciones sociales, relaciones de parentesco o amistad y ritos y creencias. Es así como, a partir de la reciprocidad, o intercambio de regalos, y mediante una estructura simétrica de relaciones sociales, las sociedades igualitarias se encuentran inmersas en una relación muy estrecha con los elementos ecológicos, tanto como los tecnológicos de su entorno (Polanyi, 1976: 294).

EL ESPACIO VIVIDO EN LA TRADICIÓN CULTURAL DE LOS CALIFORNIOS

La relación que se establece entre los grupos que habitan un espacio y que llega a determinar sus características ecológicas, económicas, sociales y políticas se desarrolla a lo largo del tiempo en un proceso que no está exento de tropiezos y cortes. Es por ello que un análisis de la cultura de cualquier sociedad debe hacerse siempre referido a un contexto histórico. Entre los pueblos americanos que no desarrollaron un lenguaje escrito, el periodo anterior a la conquista europea sólo puede ser estudiado a través de las aproximaciones que

proporciona la investigación arqueológica; sin embargo muchas de las hipótesis sobre el desarrollo de esas sociedades se ven considerablemente enriquecidas al momento de relacionar los resultados de la indagación arqueológica con el enfoque ecológico. No podemos negar que la mayoría de los trabajos publicados sobre el tema de las culturas arqueológicas incluyen una extensa reseña del medio ambiente. Estos trabajos son siempre prolijos en descripciones sobre climas, flora y fauna, edafología, hidrología y otros aspectos relacionados con la naturaleza en la que tuvo lugar tal o cual desarrollo cultural. Pero no es común que esa primera parte dedicada a temas geográficos se vea reflejada más adelante en las explicaciones sobre la forma específica de manifestación cultural que se descubre a través de la excavación y el análisis de los materiales. En el caso que nos ocupa consideramos necesario hacer una diferenciación de los cazadores-recolectores de la península de California a partir del registro arqueológico y de los primeros testimonios históricos que nos hablan de su presencia, pero considerando como dato de igual importancia las características ambientales que puedan ayudarnos a establecer diferencias y variedades en las manifestaciones culturales. En este análisis abarcaremos los espacios peninsulares que fueron, a partir de 1697, escenario del esfuerzo evangelizador jesuita, es decir, la porción que comprende desde la zona de Los Cabos, a la altura del paralelo 23, hasta el paralelo 30 de latitud norte.

El clima que prevalece en nuestra región es cálido y seco, con cuatro o cinco meses de calores extremos e invierno benigno. El hecho de estar caracterizada en su mayoría por clima y vegetación propios de desierto (Bassols Batalla, 1972: 122), nos hace difícil pensar que esa sequedad es producto de un proceso de transformación ecológica que tiene lugar desde hace varios millones de años, y que consistió en un cambio climático que trajo consigo la paulatina sustitución de un panorama de vegetación subtropical hacia uno de matorral xerófilo. Como sabemos, el período geológico conocido como Pleistoceno —que en general fue el marco temporal de los movimientos que los primeros seres humanos realizaron para ir poblando extensas regiones del planeta— estuvo caracterizado por fluctuaciones climáticas que determinaron periodos de humedad y sequía. Este proceso produjo la formación de una serie de refugios que quedaron como islas en medio del desierto al conservar la humedad suficiente para constituir zonas privilegiadas de gran diversidad biótica, verdaderos oasis que contrastan con los espacios desérticos (Arriaga y Rodríguez Estrella, 1997: 1). Las sociedades que llegaron a ocupar la región

establecieron desde épocas muy antiguas la relevancia de estos refugios, tal como lo reflejan los hallazgos de abundante material arqueológico que han sido reportados². Es posible, si se observa con cuidado la distribución de estos sitios —de los cuales un estudio moderno ha contado 184 de diversos tipos en toda la península— especular acerca de su posición como fuentes permanentes de agua, perfectamente conocidas y utilizadas según normas que posibilitaban el mejor uso de este importante recurso. Estos espacios resultan ejemplares para explicar cómo diferentes tradiciones culturales, en este caso la de los cazadores-recolectores originarios y la mediterránea europea, importada por los operarios de la Compañía de Jesús, pueden apropiarse de sitios que representaban seguramente valores distintos, pero igualmente importantes para el desarrollo de su modo de vida. Los humedales fueron de gran importancia para la expansión de la colonización misional que tuvo lugar desde finales del siglo XVII, puesto que los misioneros jesuitas sólo pudieron avanzar por ese territorio, desde su perspectiva tan hostil, estableciendo sus misiones en esos oasis que eran tan significativos para las culturas autóctonas.

Al hacer un análisis del espacio peninsular resalta la necesidad de considerar la importancia de otros sitios de abundante evidencia arqueológica y que continuaron siendo fuente importante de recursos para los nativos en la época misional. Nos referimos a los litorales. Por su característica estrechez y alargamiento³, la península de California cuenta con extensos litorales, tanto en el océano Pacífico como en el mar de Cortés, aunque son muy diferentes unos de otros, por la sencilla razón de que la cordillera que recorre la península de noroeste a sureste se acerca más a la costa oriental, dando así lugar a dos vertientes de características distintas; mientras que la del golfo desciende de manera abrupta, la del Pacífico, al ser mucho más suave, permite la formación de extensas playas.

En cuanto al aprovechamiento de la precipitación pluvial —que es bastante escasa en todo el territorio peninsular—, al descender por el lado occidental de las serranías, el agua tiene un recorrido más largo y alcanza a penetrar al subsuelo, formando a veces pozas donde el líquido permanece todo el año.

2. Véase, entre otros, (Massey, 1966).

3. Más de 1200 km de largo y sólo 90 de anchura media.

En el lado oriental los arroyos temporales son más rápidos y llegan al mar con mayor violencia. No obstante, ambos litorales fueron en el pasado prehispánico asiento de grupos que aprovechaban los múltiples recursos marinos para su alimentación. De ello dan cuenta las numerosas acumulaciones de restos de moluscos, denominadas «concheros» que aparecen en ambos litorales. Otra característica importante de la fisiografía peninsular es la presencia de numerosas islas en ambos litorales; muchas de ellas con rastros de haber sido ocupadas por poblaciones humanas y algunas con testimonios históricos de esa ocupación.

La abundancia de recursos marinos y la distribución de los oasis, así como la existencia de ecosistemas serranos a lo largo de casi toda la península nos permiten imaginar una disposición muy peculiar de los territorios, es decir, los espacios vividos por las distintas parcialidades de nativos peninsulares. Ha sido una constante preocupación de los analistas del periodo prehispánico en Baja California el tratar de reconstruir las estrategias utilizadas por sus habitantes para el mejor uso y control de los recursos. Entre los que han trabajado el tema desde el punto de vista ecológico podemos citar a Guillermo Velásquez y Fermín Reygadas, quienes después de extensos recorridos por la zona sur de la península no consideran que haya sido posible la restricción de los territorios de recorrido de sus habitantes a una sola comunidad biótica, a pesar de que la de Los Cabos es la zona con mayor humedad, y única con clima subtropical. Los investigadores plantean que las pozas y tinajas constituyeron centros de reunión alrededor de los cuales fluctuaba el tamaño de los campamentos de acuerdo con la distribución de los alimentos a lo largo del año (Reygadas y Velásquez, 1982: 105). Por su parte, Alfonso Alvarado Bravo, al estudiar con el enfoque ecológico los vestigios arqueológicos de un paraje de la sierra de Guadalupe, en el desierto central, hace un análisis de las comunidades vegetales existentes y concluye que esa zona tuvo que ser recorrida exhaustivamente para obtener el alimento, puesto que los ciclos de disponibilidad del recurso alimenticio se distribuyen entre una gran variedad de plantas durante todo el año (Alvarado Bravo, 1999: 60-61).

Si atendemos al hecho de que los territorios son espacios socialmente construidos que son transformados y reinterpretados cotidianamente por las poblaciones que los explotan, los viven y los atraviesan, debemos hacer un esfuerzo por especificar los elementos de carácter económico, social y político que daban vida a esos territorios para poder relacionarlos con la valoración de

los espacios vividos, tanto por las culturas autóctonas como por la misional. Para tratar de desarrollar un modelo que explique de manera más clara la forma en que era posible compartir, reduciendo tensiones en las bandas de cazadores-recolectores y evitando al máximo la sobreexplotación de los recursos, y en vista de que el enfoque ecológico no parece dar los elementos para llegar a ese grado de especificidad, podemos recurrir al establecimiento de analogías con sociedades que conservan características muy similares en su distribución y uso de los territorios. Al respecto, John E. Yellen afirma que es válido hacer analogías para un mejor aprovechamiento de la información arqueológica y ecológica, siempre y cuando las condiciones que se dieron en el pasado en una región específica se correspondan con las de la sociedad y región que se utiliza en la comparación. Citando a K. C. Chang, Yellen observa que:

«En un sentido amplio, la reconstrucción arqueológica es una analogía, con o sin recurso etnológico explícito. Para proporcionar cualquier tipo de información, más allá de la piedra o el trozo de cerámica que se descubre, es necesario asumir la existencia de regularidades culturales, no importa qué tan ampliamente se las conciba. Puesto que cada objeto arqueológico es único, toda reconstrucción arqueológica es una analogía basada en un número determinado de suposiciones y conjeturas. El recurso etnológico no hace posible la analogía; solamente vuelve probables sus resultados, o incluso científicamente verdaderos»⁴.

El estudio etnográfico que nos ha servido para tratar de entender mejor la construcción territorial y social entre los californios es el ya clásico de Richard B. Lee sobre los cazadores-recolectores del Kalahari (Lee, 1982: 73-97). En este trabajo, el investigador da cuenta de registros sobre la movilidad y utiliza-

4. «Indeed, in a broad sense, archaeological reconstruction is analogy, with or without explicit ethnological recourse. To claim any information at all, other than the stone or the potsherd that is actually discovered, is necessarily to presume existence of cultural regularities, however broadly conceived. Since each archaeological object and situation is unique, every archaeological reconstruction is analogy based upon a number of such presumptions and assumptions. The ethnological recourse does not make analogy possible; it only renders its results probable or even scientifically true» (Yellen, 1982: 50-51).

ción del espacio por parte de los cazadores-recolectores de esa región africana que le permiten abarcar ochenta años de desarrollo de su tradición cultural. En esencia, su trabajo es una crítica al modelo explicativo de la territorialidad entre los cazadores-recolectores llamado «de banda patrilocal», que ha sido utilizado sobre la base de tres principios: 1. exogamia de la banda, 2. residencia posmarital patrilocal, 3. territorialidad estricta. Lee establece la escasa probabilidad de sobrevivencia que tendrían los nativos del Kalahari, así como otros muchos grupos nómadas si tuvieran que rigidizar sus fronteras, tanto sociales como ecológicas en el sentido de aceptar solamente las reglas de la exogamia patrilineal y de los territorios limitados. Por el contrario, un comportamiento territorial como el que tuvo oportunidad de observar entre los grupos de su interés se adapta mucho mejor a las necesidades y limitaciones propias de la vida en territorios desérticos como lo es el Kalahari, y por cierto, también la Baja California.

Los ¡Kung del Kalahari se desplazan por el espacio sobre la base de grupos familiares, pero con reglas de pertenencia más variadas y flexibles que las que el modelo de banda patrilineal establece. Lee pudo observar que en el centro del grupo hay dos, tres o más hermanos y/o primos, mujeres y hombres, que son generalmente reconocidos como detentadores de la fuente permanente de agua. Alrededor del aguaje hay una tierra que contiene recursos alimenticios o de otra índole y es el área base del grupo. Grupos específicos tienen sus historias de asociación con sus aguajes, que varían desde algunos años hasta varias décadas de duración. Raramente se remonta esa asociación hasta los abuelos de la gente más vieja. O sea, que la «vida media» de la pertenencia de los aguajes puede estimarse en treinta a cincuenta años. Un individuo puede haber heredado su n!ore (aguaje con tierra alledaña) de la familia de su padre o de su madre; de ambos o de ninguno. En una encuesta realizada a 151 varones de más de 15 años, que representaban el 90 % de varones adultos residentes en el área, los sujetos dieron los siguientes datos acerca de la herencia de su n!ore: 60 (39,7%) lo habían heredado de su padre, 40 (26,5%) de su madre, 16 (10,6%) de ambos, 21 (13,9%) de ninguno, 14 (9,3%) no sabían o no tenían. Cabe aclarar que no se tomaron datos de mujeres. En cuanto al campamento de residencia, Lee manifiesta que no sobresa la patrilocalidad, sino al revés, pues de 114 parejas encuestadas, 22 estaban viviendo con los padres del esposo mientras que 12 estaban con ambos, padres del esposo y la esposa. Otras 15 parejas vivían lejos de ambos, mientras que 41 parejas no tenían vivos a ningun-

no de sus padres. Aquellas parejas que tenían a sus padres vivos acostumbraban hacer frecuentes visitas a ambos lados. Este y otros procesos de visitas cruzadas creaba una situación fluida en la cual la composición de los grupos cambiaba de semana en semana con las idas y venidas de gente.

Uno de los aspectos más interesantes del trabajo de Lee consiste en su explicación sobre la utilización de los recursos. Al respecto observó que cualquiera que tuviera un pariente en un campamento determinado podía aprovechar los recursos del área alrededor. Dentro del campamento la comida se compartía de manera que todos, residentes y visitas por igual, recibieran su parte equitativa. Todo lo anterior permite concluir que entre los ¡Kung del Kalahari el espacio de subsistencia está limitado, pero las fronteras son vagas y no defendidas. De hecho, es frecuente que grupos de dos o más aguajes unan fuerzas para explotar un recurso importante en una época especial. Y durante la estación seca, es común ver de dos a seis diferentes grupos acampando juntos en un aguaje permanente.

¿Cómo podemos utilizar la información arrojada por el estudio de los grupos del Kalahari para esclarecer los límites ecológicos y sociales de los territorios entre los californios? Lo primero que podemos establecer es la similitud en el comportamiento de las comunidades bióticas en ambas regiones, determinada por la extrema irregularidad en el patrón de lluvias. En el espacio por él estudiado, Lee encontró una variación anual del régimen de lluvias hasta de un 300%. En Baja California existen distintos regímenes de precipitación pluvial, de los cuales el más bajo corresponde a la parte central, con una precipitación que puede ir de los 40 a los 100 mm. anuales. Hacia la porción sur la precipitación aumenta a unos 400 mm. Y por arriba de los 30 grados de latitud la cantidad de lluvias puede llegar a 500 mm. por año. Solamente las sierras de Juárez, San Pedro Mártir y San Borja, en el norte, y las de la Giganta y la Laguna en la parte central y sur gozan de mayores precipitaciones (Bassols Batalla, 1972: 135). La irregularidad en la manifestación de las lluvias, sin embargo, es una constante, y está determinada por la dirección de los vientos dominantes y de los ciclones en la región; la atmósfera con altas temperaturas que no es propicia para la formación de nubes y la barrera que las elevaciones orográficas forman para la humedad procedente de otras regiones. Esta característica constituye el motivo principal para la inexistencia de cuerpos de agua superficial de carácter permanente, y de que los oasis de diversos tipos hayan sido desde tiempo inmemorial las fuentes por excelencia del vital líquido.

Haciendo énfasis en las ya mencionadas diferencias en la presencia de las lluvias podríamos establecer, para efectos de una primera diferenciación de los espacios bajacalifornianos, tres grandes regiones hidrológicas. La primera sería la de los cabos, que por su situación subtropical presenta, como ya se mencionó, mayor grado de humedad, especialmente en las elevaciones del sureste, coronadas por microrregiones de clima templado y comunidades vegetales en las que abundan los encinos. La segunda correspondería a la extensión que va desde el istmo de La Paz hasta los 30 grados, y constituye la más seca de las porciones desérticas peninsulares, especialmente en su vertiente occidental, donde se encuentra vegetación halófila que tolera altas concentraciones de sal. La tercera gran región corresponde a la parte norte, desde los 30 hasta los 33 grados, y en su vertiente oriental presenta abundancia de arbustos de hoja pequeña, siendo su representante característico la gobernadora (*Larrea tridentata*). La parte norte de la vertiente oriental constituye la única zona en la península de lluvias invernales y clima de tipo «mediterráneo», y en las elevaciones de esta región —las sierras de San Pedro Mártir y Juárez— encontramos los bosques de varias especies de pino y abeto.

Resulta interesante la coincidencia que, desde nuestro punto de vista, existe entre estas grandes divisiones geográficas, que son, por supuesto, muy generales, pero que nos dan una pauta de espacios ecológicos esencialmente diferentes, y las manifestaciones culturales que hemos podido captar, tanto en el registro arqueológico como en el histórico. De manera preliminar, y antes de pasar a analizar la información sobre los californios con el enfoque de la identidad territorial, podemos establecer que la defensa de límites más definidos para los territorios parece haberse dado en la zona sur, donde la mayor precipitación da lugar a una relativa abundancia de los recursos terrestres. Por los registros históricos, sobre todo de origen misional, sabemos que esa zona estuvo más densamente poblada (Del Barco, 1988). Desde el punto de vista arqueológico es muy diverso e interesante el despliegue de características que se relacionan con los nativos del sur. A partir de recorridos extensivos por los litorales en la zona, Harumi Fujita pudo establecer la ocupación humana desde épocas muy antiguas, así como variados cambios de estrategias adaptativas determinados por la aparición o desaparición de condiciones ecológicas específicas (Fujita, 1999). La información obtenida de los vestigios arqueológicos ha sido recientemente enriquecida con nuevas técnicas que permiten conocer, por medio de análisis de isótopos de carbono y nitrógeno en las muestras

óseas, la composición de la dieta de poblaciones ya desaparecidas. Los resultados confirman nuestra apreciación de que para los nativos del sur el alimento de origen marino era de primera importancia, pero se complementaba en todos los casos con recursos obtenidos a partir de la caza y la recolección de vegetales⁵. Por desgracia no se tiene un respaldo material suficientemente amplio para conocer los patrones de desplazamiento que permitían a las bandas hacer uso de los litorales y de las vertientes, sin embargo, hay coincidencias generales entre diversas explicaciones que dan importancia central a las fuentes de agua, tanto permanentes como temporales, como reguladoras de los recorridos y la identidad territorial entre los habitantes del sur peninsular (Cariño, 1995). Para hacer algunos apuntes sobre la distribución de las poblaciones antiguas en los territorios del sur contamos, además de la información ecológica y arqueológica, con un importante conjunto de testimonios de los primeros viajeros de origen europeo que llegaron hasta las costas de esa porción austral peninsular. A partir de esos documentos podemos afirmar que la zona sur de la península fue ocupada en distintos periodos por poblaciones de diferente filiación étnica que tuvieron enfrentamientos por la ocupación y aprovechamiento del espacio.

Los testimonios de viajeros y aventureros que frecuentaban las costas del sur peninsular durante el siglo XVII nos proporcionan un acercamiento a lo que fueron las relaciones y enfrentamientos que se desarrollaban entre sus habitantes antes de la época misional (Mathes, 1970). Entre la información de carácter etnográfico que podemos obtener de esos documentos resalta el hecho de que toda la costa del sur, incluyendo las islas, estaba densamente poblada, y que los indios salían al encuentro de los exploradores en embarcaciones que manejaban muy diestramente. Los grupos que enfrentaban el contacto inicial eran generalmente de varones, y en algunos casos, como en el de la isla Cerralvo, se hacía evidente que los nativos no querían que los extranjeros tuvieran

5. (Fujita, 2001: 4). La autora confirma la importancia de la dieta de origen marino haciendo la siguiente comparación: «Cabe mencionar que los valores isotópicos de nitrógeno de muestras de Baja California son más altos que los de Hokkaido Jomon en Japón, los de la costa Noroeste de los E.U. y los esquimales que dependían o dependen casi totalmente de grandes mamíferos marinos» (Minagawa y Akazawa, 1992:52-67; Deniro, 1987).

contacto con las mujeres (Mathes, 1970, vol 1: 346). Sin embargo, y debido a que durante todo el siglo XVII se sucedieron este tipo de encuentros, los californios se habituaron e incluso buscaban los contactos que les daban ocasión de intercambiar objetos y productos por ellos obtenidos, tales como pescado, tortugas, frutos y semillas de la región, por otros que comenzaban a conocer y valorar —cuchillos, hachas y telas. Un producto en particular interesó desde los primeros contactos a los extranjeros: las perlas. En los reportes de viaje se hace alusión de que era común que los nativos ofrecieran perlas, aunque para decepción de los navegantes europeos, los nativos las dañaban al extraerlas mediante el fuego, pues era así como abrían las conchas para comer el molusco. En los testimonios hechos a propósito de 3 viajes que hizo el capitán Francisco de Ortega a la porción meridional de la península se registra por primera vez una situación de enemistad entre dos parcialidades indígenas (Mathes, 1970, vol. 1:270-463). Habiendo desembarcado en la bahía de La Paz, los extranjeros refieren que:

«En uno de los días que allí estuvimos nos dieron a entender los indios como otros sus enemigos venían contra ellos, y [pidieron] que los favoreciésemos, haciendo señas que fuese en los arcabuces que ellos habían visto en la fragata, y por haber parecido que por la otra parte que ellos señalaban, que era un monte muy espeso de mesquite y otros árboles, se levantaban las aves como huyendo, disparamos la artillería con que hubieron de volverse [los enemigos], pues los indios se [a]quietaron y quedaron agradecidos»⁶.

Según el relato de otro miembro de la expedición de Ortega, el piloto Esteban Carbonell, a todos llamó la atención la osadía de las mujeres, pues por miedo a los enemigos, «se embarcaron en la chalupa tantas que la anegaron, y una de ellas, sin reparar en que sus maridos son celosos, tiraba de un soldado y le decía por señas que disparara un arcabuz, que luego huirían los contrarios»⁷. En el segundo viaje de Ortega nos enteramos del nombre con el que los ha-

6. Parecer de Diego de la Nava, quien acompañó a Francisco de Ortega como cura y vicario de las Californias (*Ibidem*, vol. 1: 275).

7. Relación de Carbonell (*Ibidem*, vol. 1: 352).

bitantes del sur de la bahía de La Paz reconocían a sus enemigos del norte: «E visto por los indios que nos queríamos ir con la fragata, se entristecieron mucho...El *bacari* [cabecilla] se sentía protegido porque tenía guerra contra los *guacicuros* de la costa poniente» (*ibid.* vol. 1: 440). También se reporta el motivo de la enemistad: «Estas guerras que tienen estos indios es por unas pesquerías y paraje donde se acoge mucho tabaco y camotes» (*ibid.* vol. 1:447).

Por otros relatos de la época sabemos que las tierras del sur eran compartidas y al mismo tiempo disputadas por grupos de distintas identidades. Generalmente se acepta que los isleños y habitantes de la zona de los cabos formaban parte de una etnia, la pericú; mientras que los habitantes de la parte norte de la bahía de La Paz eran de distinta filiación lingüística, conocidos como los guaycuras. Sin embargo, aunque consideramos que, como ha quedado asentado en páginas precedentes, posiblemente las tierras más fértiles del sur permitan una territorialidad más acentuada, las afirmaciones sobre guerras no parecen aludir a situaciones de larga duración, sino a episodios conflictivos seguidos de otros en los que se compartían los territorios, puesto que la localización de pericúes y guaycuras cambia muy poco tiempo después de los registrados viajes de Ortega; Pedro Porter de Cassanate, en 1644 reportaba acerca de los indios de Cabo San Lucas «tienen guerra con los de tierra adentro, y cuando la ballena [que los indios habían encontrado varada y comenzaron a destazar] quisieron venir sus contrarios y sabiendo que había gente forastera no se atrevieron» (*ibid.* vol. 2: 798). Años después, en 1665, Francisco de Lucenilla reportaba que la bahía de La Paz estaba poblada por indios a los que reconocía como diferentes de los isleños: «no quisieron entrar en las naos aunque más los agasajamos, no eran indios marítimos como los otros que habíamos encontrado y traen con ellos continuas guerras» (*ibid.* vol. 2: 966). A todo esto hay que agregar que la palabra «guaycura» pudo haber significado «enemigo» en la lengua pericú, por lo que los reportes estarían dando cuenta de conflictos con varios y no un solo grupo (Massey, 1949: 283).

Los últimos reportes con que contamos, previos al establecimiento de la primera misión jesuita, son los referentes al experimento colonizador de Isidro de Atondo y Antillón entre 1683 y 1685. En el primer desembarco de esta expedición se narran episodios que tuvieron lugar en la bahía de La Paz, poblada a la sazón por indígenas guaycuras en actitud hostil:

«Bajaron 35 indios que fueron los primeros que vinieron y aunque con el orgullo y gritería con que ellos se animan a pelear, luego que nos vieron en disposición de hacerles cara se sosegaron. Les dimos de comer y alguna ropa y se fueron de allí, y dos días volvieron setenta y tres con la misma gritería, también se sosegaron viendo la intención de nuestra gente; después bajaban cada 2 a 3 días a mariscar sin tanto alboroto y se solían estar lo más del día a vista de nuestro real» (Mathes, 1974, vol. 2: 252-253).

La relación de Atondo incluye datos que nos hacen pensar en diferencias importantes entre algunos grupos, más agresivos y territoriales. Esto, consideramos, puede tener que ver más con experiencias previas de ataques o venganzas que con el hecho de defender territorios fijos, pues aunque más fértiles, ninguno de los ecosistemas en la porción meridional podía nutrir, por sí solo, a las bandas que los habitaban. Respecto de la defensa de los aguajes, Atondo menciona que en una entrada que hizo, a 7 leguas de la costa, había encontrado «un pozo de agua manantial, y aunque ciento cincuenta indios de arco y flecha nos la quisieron embarazar, facilitó el remedio de nuestra necesidad darles a entender [que] íbamos a pelear contra sus enemigos los coras que están a la parte del poniente a que los convidamos; no nos quisieron seguir, pero logramos reconocer tres leguas más de tierra adentro...» (Mathes, 1974, vol 2: 253). De la actitud hostil de los indios da cuenta la siguiente observación: «...demuestra esta nación ser muy guerreros según las señales de heridas. Son celosos, según el cuidado que ponen en retirar [a] las mujeres, dan a entender [que] tienen tres y cuatro y las que alcanzamos a ver en el aguaje iban vestidas de pieles de venado y tigre».

Los guaycuras fueron un problema para la expedición de Atondo, o más bien, deberíamos decir que los extranjeros se convirtieron en un problema para los naturales, pues después de algunos días de gran tensión, en los que en el real todos se mostraban temerosos de una emboscada indígena, Atondo decidió darles un escarmiento y ordenó disparar y dar muerte a varios de los cabecillas. La justificación que dio El almirante para este acto fue que había obtenido información de unos grupos de otra «nación», más afables, a los cuales los guaycuras habían invitado a participar en la matanza de los extraños (Mathes, 1974, vol 2: 255).

El relato y los anteriores nos hacen pensar en que las situaciones de tensión y los conflictos, con ser frecuentes, no podían prolongarse hasta poner en

peligro la subsistencia de algún grupo o evitar el uso racional de algún recurso. Un ejemplo interesante de la utilización óptima de los recursos lo constituyen las islas Espíritu Santo, Cerralvo y San José, que muestran importantes rasgos de ocupación desde épocas muy tempranas. Por los hallazgos de entierros secundarios con señales de ceremonial complejo es posible hablar de algún tipo de diferenciación de las poblaciones, que podría consistir en posiciones de prestigio y que no compagina con el concepto de sociedades de rasgos culturales poco complejos atribuido por algunos autores a los cazadores-recolectores (Massey, 1947; Fujita, 1999). Pero es necesario admitir que, aunque Espíritu Santo y San José cuentan con fuentes permanentes de agua y la posibilidad de haber albergado poblaciones permanentes, la cantidad de material encontrado en las islas, procedente de tierra firme hace casi imposible considerar que estos isleños no hayan compartido territorios.

Si pensamos en un esquema de campamentos y territorialidad parecidos a lo antes reseñado para los nativos del Kalahari, tenemos menos dificultades en considerar la gran variedad de parcialidades y las complejas relaciones que narran las primeras fuentes históricas para esta región. Para la otra región hidrológica comprendida en lo que después sería la California jesuítica —es decir, la que se extiende desde el paralelo 24 hasta el 30— parece claro que por su situación más crítica por la falta de agua, albergó una gran cantidad de grupos que se relacionaban más frecuentemente y en patrones de mayor intercambio. Comenzando por el istmo que se forma por la apertura de la amplia bahía de La Paz, que es territorio plano y por ello de fácil tránsito para internarse del golfo de California al Pacífico y viceversa, sabemos por las fuentes históricas que fue asiento de numerosas parcialidades, entre las que podemos nombrar a coras, huchités, aripes y pericúes (Massey, 1949). Las aguas tranquilas y poco profundas de la bahía hacían de ésta una fuente permanente de recursos muy accesibles a un número considerable de bandas. Al norte de la bahía se encuentra el territorio tradicionalmente adjudicado a las bandas de filiación guaycura, y no parece haber contradicciones entre los testimonios históricos —la mayoría de los cuales corresponden ya al periodo jesuita— que adjudican a esa lengua todos los dialectos que se hablaban hasta una zona intermedia entre los 25 y los 26 grados de latitud norte, a la altura del sitio donde fue fundada la misión de San Juan Bautista. Desafortunadamente no contamos con mucha información de carácter arqueológico en esa zona, sin embargo, las características fisiográficas que comprende son muy variadas: los llamados

llanos de Magdalena, así como las elevaciones meridionales de la sierra de la Giganta y, del lado del océano Pacífico las aguas ricas en nutrientes de la amplia y abrigada bahía de Magdalena. Con respecto a las tierras al norte, hasta el paralelo 30, las características de la naturaleza también son allí variadas, y más aun lo son las de los grupos reportados por las fuentes históricas. Toda la zona estaba poblada, tanto la sierra como las costas, por grupos de distintas parcialidades, a los que Clavijero hizo corresponder con la designación de «cochimíes» para simplificar su descripción (Clavijero, 1975: 86). Sin embargo, las narraciones anteriores a la época misional nos hablan de una gran variedad de grupos reconocidos como hablantes de dialectos relacionados. Después de su fallido intento de establecer una población permanente en La Paz, Atondo tocó tierra en el que denominó Real de San Bruno, situado al norte de lo que después sería la misión de Loreto. Desde San Bruno se realizaron una serie de exploraciones que pusieron en contacto por primera vez a los extranjeros con los grupos de una extensa zona⁸. Lo que puede deducirse de los relatos es que numerosas bandas mantenían contacto a través de parentesco y diversos tipos de intercambio. Es claro también que entre los grupos se producían conflictos y que las consecuencias eran combates o emboscadas. En uno de los testimonios de Atondo podemos leer:

«El lunes veinte y dos del corriente me avisó un capitanejo que sus enemigos les acababan de matar uno y herir a cinco cabos; llantos había oído uno de nuestros centinelas. Al amanecer mandé traer la caballada y armar cuatro con otros ligeros que después me siguieron y seis infantes con su cabo, llevando por guía a dicho capitanejo y otros tantos gentiles, y viendo que pasadas las tres leguas íbamos entrando en tierra de sus enemigos se iban desapareciendo hasta que vino uno de los que quedaron, manifiesta necesidad de agua nos llevó a la de un pozo... y queriendo dicho gentil nos volviéramos y viendo que no lo hacíamos nos dejaron» (Mathes, 1974, vol. 2: 382-383).

Más adelante en el relato se descubre que los indios, aunque temerosos, conocían perfectamente el territorio y la localización de las fuentes de agua,

8. Puede seguirse el derrotero de estas «entradas» en Mathes, 1974.

por lo que es dable suponer que la enemistad y las muertes ocasionadas eran parte de un complicado proceso de regulación territorial en el que jugaban un papel las guerras y las paces. Podemos tener una idea de la extensión que abarcaban los contactos porque entre los testimonios se resalta que algunos indios se mostraban recelosos con la gente del real de San Bruno debido a que conocían el episodio sangriento en el que Atondo había ordenado la muerte de guaycuras en La Paz (Mathes, 1974, vol. 2: 474). Entre los escritos que dan cuenta de los acontecimientos de esos dos años en San Bruno sobresale la crónica de una ceremonia multitudinaria que tuvo lugar a tres leguas del Real, en la que participaron entre dos y tres mil indígenas, dirigidos por catorce chamanes. En los diversos testimonios que hablan del evento se revela que eran de distintas lenguas y que parecían venerar a un ídolo pequeño «del tamaño de un indio recién nacido» (Mathes, 1974, vol. 2: 485-524).

Con respecto a las tierras que se conocen como el Desierto Central, que abarca aproximadamente desde los 26 hasta los 30 grados, la población se mantenía a partir de un nomadismo más extendido, debido a que la zona se encuentra entre las más secas del mundo, con sequías que duran hasta 5 años seguidos (Aschmann, 1967: 3). Contamos con un estudio amplio sobre la ecología de sus habitantes, en el que se enumeran los recursos vegetales y animales, además de hacer varias inferencias interesantes sobre su utilización por parte de los nativos. Sobre la base de cálculos en otras poblaciones de cazadores-recolectores, Aschmann consideró que los habitantes del Desierto Central obtenían su sustento a partir de un 60% de alimentos de origen vegetal; un 15% de animales terrestres y un 25% de animales marinos (*ibid*:103). Estamos de acuerdo con esa estimación general, puesto que nos parece que en un desierto de esa naturaleza la dependencia del recurso marino era un factor que no se podía soslayar. Sobre esta región no existen documentos premisionales, puesto que fueron los jesuitas los primeros que la recorrieron en su búsqueda de terrenos adecuados para sus fundaciones. Los acontecimientos que se desencadenaron a partir de 1697, año de la fundación de Loreto, significaron una importante modificación de los elementos que componían la utilización económica, la valoración cultural y la vida social del espacio peninsular. Sin embargo, esta diferenciación aborigen del espacio que hemos esbozado en las páginas precedentes, determinó procesos de posicionamiento relacional distintos entre las diferentes zonas que poco a poco fueron integrándose al programa misional. Consideramos que en todos los casos hubo procesos

adaptativos, aunque también grandes descalabros para las poblaciones nativas, De cualquier modo nos parece interesante hacer algunos apuntes sobre esta historia.

EL ESPACIO INVADIDO Y LAS FORMAS DE ASIMILACIÓN

El primer hecho que debemos considerar al adentrarnos en las distintas formas que la colonización misional adoptó y las reacciones que produjo en los espacios bajacalifornianos es que la expansión fue difícil y tardada, por lo que los procesos que indujo siguieron derroteros distintos en extensión, duración y consecuencias, independientemente de las diferencias debidas a las distintas identidades territoriales. Para un análisis de las relaciones de adaptación y resistencia que se produjeron en el territorio sonoreño a partir de la colonización, Cynthia Radding utiliza el concepto ecología social, que comprende toda la red de relaciones entre las diferentes parcialidades indígenas y entre éstas y los representantes de la cultura dominante y con referencia a los espacios que fueron siendo ocupados (Radding, 1997: 302). Con las debidas reservas, nos parece que el concepto puede utilizarse para explicar lo que ocurrió en Baja California a partir del avance misional.

A partir de la constante actividad evangelizadora, y con el soporte de un fondo especial creado para afrontar los gastos del proyecto, se fundaron hasta 1767 —fecha del decreto de expulsión de los misioneros de la Compañía de Jesús— diecisiete establecimientos, de los cuales sobrevivían catorce al tiempo de la expulsión (Del Río, 1984). Es innegable que, a partir de su fundación, las misiones se convirtieron en polos de atracción y formaciones sociales hegemónicas para la población autóctona. Sin embargo, al analizar las grandes dificultades que el dominio del espacio peninsular significó para el grupo conquistador, que contaba técnicas y herramientas inadecuadas e insuficientes, podemos atisbar en algunos de los recursos empleados por los indígenas para manifestar sus identidades en confrontación con las de sus evangelizadores. Para los misioneros y sus soldados y sirvientes era una hazaña conseguir un pedazo de tierra irrigada para poder obtener algunos cultivos; en el proceso de búsqueda de las condiciones propicias para la fundación de establecimientos nos encontramos que el espacio es redefinido desde fuera por los intereses extralocales que observan en él rasgos de pobreza y esterilidad; sin embargo, encontramos entre los testimonios de estos trabajos que las sociedades locales

comenzaban a desarrollar una serie de estrategias y prácticas que forzaban a los grupos hegemónicos a desviar los lineamientos iniciales en un intento por lograr una mejor adaptación a sus propias necesidades sociales y culturales. En la conformación de tales estrategias se fueron creando nuevas identidades con diferentes formas de acción política.

Para todos los ecosistemas americanos la conquista europea significó una importante transformación a partir de la introducción de especies vegetales y animales nuevas, que forzosamente tuvieron que convivir, a veces en desigualdad de circunstancias, con las locales. En el caso de la Baja California, resulta evidente que la percepción del paisaje entre los extranjeros era totalmente distinta a la de los nativos. Por ello los encuentros también estaban plagados de malos entendidos, juicios apresurados que luego tenían que rectificarse y errores de cálculo que tuvieron funestas consecuencias. El resultado de esa incompreensión se manifestó en la insistencia, por parte de los operarios del sistema misional, en adaptar los cultivos propios del mediterráneo europeo a las sequedades peninsulares. El limitado éxito que algunas misiones tuvieron dependió siempre de la disponibilidad de agua y buena tierra. Ambos factores sólo estaban presentes en los oasis, por lo que fueron estos ecosistemas la base de la raquíta economía misional. Como ya hemos apuntado, los oasis representaban lugares de importancia material y espiritual para los primitivos habitantes de la península, por lo que la intrusión de sistemas diametralmente opuestos a los tradicionales obligó a los nativos a efectuar importantes modificaciones a su proceder en esos espacios restringidos, pero les dejó la posibilidad de actuar más o menos libremente sobre otros espacios a los que difícilmente podían acceder los extraños. Por otro lado, la modificación producida en los ecosistemas bajacalifornianos por la introducción de flora y fauna nuevas no parece haber originado graves problemas de devastación del medio original, como no parece haberlo ocasionado en ninguna parte de América, al decir de Karl W. Butzer (1995).

Analicemos ahora el fenómeno misional, cuyo espacio fue ámbito de negociación cotidiana entre los actores. En cada cabecera misional el espacio se redefinió de diversas formas, en estrecha vinculación con las relaciones sociales, los flujos económicos y las características físicas del territorio, pero también con las representaciones culturales de cada una de las comunidades que los habitaron. Para relacionar esa visión localizada y valorizada tenemos que analizar el proceso en sus espacios locales, donde los misioneros representaban la

autoridad máxima, y donde, en términos utilizados por Claudio Lomnitz, «la cultura de relaciones sociales se transforma y se renegocia continuamente para poder acomodar las demandas comunicativas e interpretativas de poblaciones dominantes y subordinadas» (Lomnitz, 1995: 57). Tomemos el ejemplo de Loreto, la primera misión. Fundada en 1697 por Juan María de Salvatierra, y que constituyó la punta de lanza para la expansión del sistema misional jesuita. El sitio que se eligió para su establecimiento formaba parte, como se ha visto, de una zona de confluencia multiétnica importante. Su fundador expresaba sus temores acerca de la pluralidad y las reservas que manifestaban sus neófitos para con los extraños, a un año de haber fundado la misión:

«Todavía nos esconden mucho sus disgustos, porque tienen a menos valer que el español sepa sus cosas entre ellos y, así, aunque estén en nuestra presencia dos enemigos y les preguntemos, el enemigo en nuestra presencia dice con mucha gracia que el otro es su amigo. Y en verdad son tan contrarios a nuestros estilos que, respecto de nosotros, todo enemigo que vive con ellos es menor contrario que nosotros» (Salvatierra, 1997: 150).

La última afirmación de Salvatierra pone en claro el proceso de reconfiguración de las identidades, en el cual tuvieron mucho que ver la dominación y el poder que ejercían los misioneros. En ese proceso era de suma importancia el conocimiento que los indios iban acumulando sobre la cultura dominante y que podían utilizar de pasadas experiencias. Muchas de las bandas ya sabían, aunque no siempre por experiencia propia, qué podían esperar de sus visitantes, qué comportamiento privilegiaban ellos para otorgar los regalos, de qué objetos temibles habían de cuidarse. Esa pudiera ser la explicación a la adopción, por parte de los nativos, de actitudes de veneración hacia imágenes y objetos del culto católico que tanto complacieron a los extranjeros. Salvatierra relata satisfecho la reacción de los nativos cuando desembarcaron la imagen de la Virgen para la fundación de Loreto:

«Dieron señas de mucho gozo los indios e indias con la venida de la santa imagen, que llegó aquí el viernes en la tarde, y el sábado siguiente se le celebró misa, en 25 de octubre, y dos días antes habíamos plantado la santa cruz con muchas flores, instándome todos los españoles [y] después muchos indios para [que les permitiera] besarla» (*Ibidem*: 81).

Ese proceso de transferencia cultural, que aprovecharon los nativos para tratar de adaptarse a los rápidos y compulsivos cambios que trajo consigo la cultura misional dominante, fue también aprovechado por los pobladores que, desprendiéndose del sistema de misiones, fueron tratando de adaptarse a la dura vida de rancharos en diferentes zonas del territorio peninsular. Muchos de los rasgos distintivos de la cultura de apropiación que caracterizó a las primeras poblaciones fueron retomados por sus sucesores, no porque éstos apreciaran el valor adaptativo de dichos elementos culturales, sino porque las dificultades del espacio vivido eran similares, y las respuestas también lo fueron. Los pequeños poblados que sustituyeron a la vida misional cuando los catecúmenos iban disminuyendo en número también tuvieron que sacar el mejor partido de las escasas fuentes hídricas, mantenerse en movimiento detrás de sus rebaños, reconocer y utilizar las propiedades de plantas y animales que les rodeaban y, sobre todo cooperar en redes familiares para subsistir y proliferar. Ese modo de vida, patrimonio histórico de los californios de antes y de ahora, nos une a las primeras poblaciones con una poderoso vínculo que necesitamos conocer y valorar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvarado Bravo, A. (1999): *Arqueología en Baja California. Estudio de patrón de asentamiento de cazadores-recolectores-pescadores en el arroyo de San José de Gracia, Sierra de Guadalupe (Baja California Sur, México)*, México: Ediciones Euroamericanas.
- Arriaga, L.; Rodríguez Estrella, R. (eds.) (1997): *Los oasis de la península de Baja California*, La Paz: Centro de Investigaciones Biológicas del Noroeste.
- Aschmann, H. (1967): *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology*, Riverside: Manessier Publishing Company.
- Baegert, J. J. (1989): *Noticias de la península americana de California*, La Paz: Gobierno del Estado de Baja California Sur.
- Bassols Batalla, Á. (1972): *El noroeste de México. Un estudio geográfico económico*, México: UNAM.
- Bohannan, P.; Glazer, M. (1993): *Antropología. Lecturas*, México: McGraw-Hill.
- Butzer, K. W. (1995): «Biological Transfer, Agricultural Change, and Environmental Implications of 1492», en *International Germplasm Transfer: Past and Present*, Crop Science Society of America Special Publication num. 23.

- Cariño, M. M., (coord.) (1995): *Ecohistoria de los Californios*, La Paz: UABCS.
- Clavijero, F. J. (1975): *Historia de la Antigua o Baja California*, México: Editorial Porrúa.
- Del Barco, M. (1988): *Historia natural y crónica de la Antigua California*, México: UNAM.
- Del Río, I. (1984): *Conquista y aculturación en la California Jesuítica. 1697-1768*, México: UNAM.
- Fried, N. (1967): *The evolution of Political Society. An Essay in Political Anthropology*, New York: Random House.
- Fujita, H. (1999): *Informe final de la primera fase del proyecto: Identificación y catalogación de los sitios arqueológicos del Área del Cabo, B. C. S.*, Archivo Técnico del INAH: México.
- Lee, R. B. (1982): «!Kung Spatial Organization: An Ecological and Historical Perspective», en Lee, R.B. y DeVore, I. (eds), *Kalahari Hunter-Gatherers. Studies of the !Kung San and Their Neighbors*, Cambridge: Harvard University Press, págs. 73-97.
- Lomnitz, C. (1995): *Las salidas del laberinto. Cultura e ideología en el espacio nacional mexicano*, México: Joaquín Mortiz-Planeta.
- Massey, W. (1947): «Brief Report on Archaeological Investigations in Baja California», *Southwestern Journal of Anthropology*, Albuquerque: University of New Mexico Press, vol. 3, num. 4, págs. 344-359.
- (1949): «Tribes and Languages of Baja California», en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 5, num. 3, Santa Fe: University of New Mexico.
- (1966): «Archaeology and Ethnohistory of Lower California», en Wuauchope, R. (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, Austin: University of Texas Press, Vol. IV, págs. 38-58.
- Mathes, M. (1970): *Californiana II, Documentos para la historia de la explotación comercial de California. 1611-1679*, ed., estudio y notas de..., 2 vols, Madrid: José Porrúa Turanzas.
- (1974): *Californiana III. Documentos para la transformación colonizadora de California, 1679-1686*, ed., estudio y notas de ..., 3 vols., Madrid: José Porrúa Turanzas.
- Panter-Brick, C.; Layton, R.H.; Rowley-Conwy, P. (2001): «Lines of enquiry», en Panter-Brick *et al.*, (eds.), *Hunter-Gatherers. An Interdisciplinary Perspective*, Cambridge: University Press, págs. 1-11.

- Polanyi, K. (1976): *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona: Editorial Labor.
- Radding, C. (1997): *Wandering Peoples. Colonialism, Ethnic Spaces and Ecological Frontiers in Northwestern Mexico, 1700-1850*, Durham: Duke University Press.
- Reygadas, F.; Velásquez G. (1982): *Patrón de asentamiento y modos de subsistencia del grupo pericú de Baja California*, Tesis de licenciatura en arqueología, México: ENAH.
- Salvatierra, J. M.^a (1997): *La fundación de la California jesuitica. Siete cartas de... (1697-1699)*, Edición, introducción y notas de Ignacio del Río, La Paz: UABCS.
- Yellen, J. E. (1982): «Settlement Patterns of the !Kung: An Archaeological Perspective», en Lee, R.B. y DeVore, I. (eds.), en *Kalahari Hunter-Gatherers. Studies of the !Kung San and Their Neighbors*, Cambridge: Harvard University Press, págs. 47-72.

LOS RANCHOS DE LA ETAPA MISIONAL Y SU HERENCIA CULTURAL EN BAJA CALIFORNIA

Jorge MARTÍNEZ ZEPEDA, Lucila del Carmen LEÓN VELAZCO,
Norma del Carmen CRUZ GONZÁLEZ
Instituto de Investigaciones Históricas, UABC, México

En este trabajo nos enfocamos en el tema de los soldados que se establecieron en Baja California y que con sus familias dieron lugar a un grupo de población que se desarrolló durante la época en que distintas órdenes religiosas establecieron misiones en la península, alterando la vida de sus primeros pobladores¹. Aquí estudiaremos a dichos soldados y sus familias dentro de diversos procesos de ocupación del territorio en los que se involucraron los habitantes de la península y comprende el periodo de transición a rancheros

1. Los autores de este artículo formamos parte del cuerpo académico denominado Historia del Desarrollo Regional en Baja California, y este trabajo se derivó del proyecto «Perspectivas sociales y económicas de la ocupación territorial en Baja California, siglos XVIII-XX». Nuestro propósito en dicho proyecto fue analizar diversas formas de ocupación del territorio, entendido como un espacio vivido por los grupos sociales para asegurar su reproducción y satisfacción de necesidades vitales, materiales y simbólicas.

agrícolas y ganaderos. Se analizarán algunas de las manifestaciones en que los soldados realizaron la apropiación del territorio: las formaciones familiares, las actividades económicas y diversas interrelaciones, así como la transformación del paisaje en la región de Ensenada desde finales del siglo XVIII hasta principios del XIX a lo que llamamos herencia cultural.

Alrededor de las misiones de Baja California se realizaron actividades de agricultura y ganadería que fueron desarrolladas primero por los religiosos, los soldados que llegaron a apoyar el proyecto misional y los indígenas que se incorporaban a los trabajos de los establecimientos misionales. Estas prácticas, que implicaron la introducción de nuevas especies vegetales y animales, así como la reproducción de tradiciones europeas de influencia mediterránea principalmente, se fueron adaptando al entorno peninsular por nuevas generaciones de habitantes que participaron en este proceso de apropiación del territorio. Algunas de ellas, que permitieron el aprovechamiento de los recursos locales, continuaron siendo utilizadas en algunos ranchos durante el siglo XX, otras, más artesanales, como la talabartería y el cultivo de pieles sobreviven, aunque escasamente, entre los descendientes de estos primeros colonizadores.

Se pueden destacar dos etapas en la manera en que se dieron los cambios en el paisaje peninsular:

La misional, que trajo como consecuencia, además de la fundación de misiones (generalmente en sitios que tuvieran agua y tierras propicias para el cultivo), y de ranchos misionales (llamados así porque su función era complementar la producción de los sitios misionales), el establecimiento de los primeros ranchos por soldados que custodiaban las misiones. En la primera etapa el establecimiento de la cadena de misiones siguió en su mayoría criterios prácticos, de acuerdo a los objetivos perseguidos en ese momento por los misioneros, en sitios que permitieran el contacto con grupos indígenas, así como el abastecimiento y auxilio entre una y otra, además de ser ruta de tránsito a lo largo de las Californias, de sur a norte y viceversa.

La de colonización civil. La segunda etapa se caracteriza por la colonización del norte del actual estado de Baja California, que se inició después de la expulsión de los jesuitas, con el fomento de población civil y la apertura a nuevas actividades. En este momento se formaron nuevos ranchos y en al-

gunos casos se explotó la minería, lo que dio lugar a una serie de actividades relacionadas (Meigs, 1994: 279)².

PRIMERA ETAPA

Cuando los misioneros jesuitas emprendieron la tarea de evangelizar a la población indígena de California, habían formado ya un bagaje a partir de sus tradiciones europeas, de sus experiencias en las misiones del noroeste novohispano y de las de diferentes expediciones que habían realizado intentos de colonización en la península (Río, 2003:100-101)³. De esta manera, sabían que para lograr el éxito en su empresa requerían, por una parte, del envío de bastimentos del exterior, y por otra, conseguir que las tierras misionales produjeran por lo menos una parte de los productos necesarios para la subsistencia. Era necesario asegurar una provisión de alimentos por medio de la práctica de la agricultura y la ganadería para ofrecerles a los indígenas y que ellos consideraran el abandono de la vida nómada como una alternativa. Así, una buena parte de los trabajos cotidianos se dedicaban a fomentar los bienes temporales de las misiones (Río, 2003: 95- 96).

Los misioneros encontraron varias limitaciones para impulsar el desarrollo de la agricultura y la ganadería, entre ellas, la más importante fue la carencia de agua. Por lo tanto, era necesario conocer el terreno para localizar los sitios más adecuados para la producción de cultivos y el desarrollo del ganado. En estas actividades tuvieron un papel fundamental los soldados que llegaron a California con la finalidad de apoyar el proyecto misional, tarea que realizaron a través de diversas labores que variaron desde la exploración del territorio hasta las relacionadas con el aprovechamiento de los diferentes recursos, tanto los propios de la región como los que se traían del exterior. Los soldados y sus familias se establecieron primero bajo el cobijo de las misiones y posteriormente,

2. Ya en el siglo XX, Peveril Meigs señaló que «Las viejas ocupaciones de la ganadería y el riego en pequeña escala de los valles siguen dominando el paisaje cultural, como lo dominaron siempre desde su introducción por los misioneros dominicos».

3. Durante la expedición de dirigida por Isidro de Atondo y Antillón en 1683, se realizaron las primeras siembras en la península y en 1684 se recogieron los primeros frutos.

conforme conocieron el territorio y sus posibilidades solicitaron y recibieron donaciones de tierras donde establecieron ranchos.

Los soldados de Baja California, como miembros de la compañía militar del presidio de Loreto, participaron en las actividades de apropiación de la península, cuando ésta era principalmente un contorno dibujado en los mapas. Ellos con sus familias contribuyeron a que este espacio fuera adquiriendo para los nuevos pobladores ciertas características y significados. Se considera que con las misiones jesuitas que se iniciaron a finales del siglo XVII, se establecieron las bases de la colonización, pues fue en este momento que llegó un grupo significativo de soldados a trabajar con los religiosos. A partir de entonces algunos soldados se quedaron con sus familias de forma permanente⁴.

El presidio de Loreto, centro militar de la península, estuvo formado en sus inicios por una fuerza de alrededor de veinticinco soldados, número que se incrementó conforme avanzaron hacia el norte. De estos soldados, algunos permanecieron en Baja California solamente para cumplir con la duración de su contrato y otros se quedaron. Muchos de ellos fueron registrados en sus filiaciones con oficio de «campistas», término que se daba a las personas dedicadas a los trabajos del campo. Además provenían de otros lugares del norte novohispano y utilizaron la experiencia previa adquirida con el medio y los habitantes de estos territorios para adaptarse a las condiciones de la península. Según afirma Crosby, buscaban entrar al ejército como un medio de vida y de ascenso social y económico; el ingreso a la vida militar podía ser una oportunidad para los hijos menores o ilegítimos que carecían de herencia o de educación (Crosby, 1992:30; 1994: 157).

Por lo común, los colonizadores subestimaron las estrategias que utilizaban los primeros pobladores para obtener alimentos, ignoraron sus tradiciones marítimas e intentaron imponer su modo de vida, debido a que concedían poco valor a las costumbres de los habitantes primigenios (Rodríguez Tomp, 2006: 109-110). Por esta razón en los asentamientos misionales se llevó a cabo un proceso que implicó la aplicación de programas de cultivo y de prácticas ganaderas que reproducían tradiciones mediterráneas (Ortega Santos, 2011: 233). Los misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos fueron los principales

4. Para mayor información sobre el presidio durante el periodo jesuítico consultar las obras de Río I., (2003) y Crosby H. (1994:155-179).

responsables de la introducción de los cultivos de la vid, higueras, maíz, frijol, garbanzo, calabazas, melones, sandías, plátanos, duraznos, zapotes, arroz, caña de azúcar, algodón, la palma de dátil, los árboles de cítricos, los olivos y las hortalizas (Río, 2003: 102; Castorena Davis, 2003: 2). Como señala Ignacio del Río es muy probable que los misioneros intentaran introducir todos los cultivos posibles a manera de experimento en su afán de lograr el autoabastecimiento (Río, 2003: 102). Los terrenos cultivables eran generalmente pequeños y en ocasiones el agua se llevaba por medio de canales a los sitios misionales, en otras se llevó tierra a los sitios donde abundaba el agua⁵. Así, los religiosos introdujeron también técnicas de cultivo y propiciaron cambios en el paisaje.

También la introducción del ganado tuvo un gran impacto, tanto en la dieta alimenticia como en el paisaje y en las actividades que se realizaban en California. Nuevas especies animales como caballos, reses, burros, bueyes y mulas, ovejas, cabras, cerdos, aves de corral e incluso perros y gatos, se incorporaron al complejo misional. Sus aplicaciones fueron variadas, pues podían ser utilizados para el transporte, la carga, el auxilio en las labores agrícolas y como alimento. El padre Juan María Salvatierra, en el viaje que inició a las fundaciones jesuitas llevó consigo a la península algunas piezas de ganado; sin embargo, fue el padre Kino quien se encargó de enviar una cuota fija de animales cada año, con lo que la ganadería se convertiría en uno de los principales apoyos de las misiones, pues un informe de 1755 da cuenta de alrededor de 12.000 reses, 13.000 piezas de ganado menor y poco más de 1.600 de caballar y mular⁶.

Asimismo, es importante mencionar las actividades de pesquería de perlas que se practicaron en la zona y la fundación de los reales de minas de Santa Ana y San Antonio en el sur de la península, así como posteriormente el registro de las minas de El Triunfo de la Santa Cruz, San Pedro y San Pablo, y San Nicolás (Amao, 1997: 21-27). Aunque en un principio la población de las minas dependía de las misiones para su abastecimiento, posteriormente adquirieron su propio ganado (Ibídem, 33-34).

5. Ignacio del Río da como ejemplo las misiones de Santa Gertrudis y de Santa Rosalía de Mulegé, respectivamente (2003: 98).

6. Río I., (2003:112-113) cita el informe del padre José de Utrera.

Además de las labores necesarias para el desarrollo de los cultivos y el cuidado del ganado, en las misiones o en los ranchos que les pertenecían a las mismas debían practicarse otras actividades derivadas de éstas. Entre ellas las necesarias para la obtención de vino, de aceite de oliva, de la lana, de la carne, de la manteca, del sebo y del jabón, de la leche y sus derivados, así como los relacionados con el trabajo del cuero, con el que se elaboraban zapatos, monturas, correas y bolsas; también realizaban actividades de hilado y tejido de algodón.

Aunque autores como Ignacio del Río señalan que debido a que las misiones no podían sostener una población permanente y recurrieron a un sistema de visitas periódicas, es posible afirmar que la participación de un buen número de indígenas en las labores agrícolas no fue continua sino que muchos de ellos seguían realizando actividades de cacería, pesca y recolección, lo que implicaría un desapego a la vida misional y sus actividades. Por otra parte, es importante enfatizar que los misioneros no solían elogiar el trabajo de los indígenas, sin embargo, en algunas ocasiones hacían hincapié en la destreza con que éstos realizaban algunas actividades artesanales. Esta aparente contradicción se puede explicar debido a los cambios que son inherentes en procesos de larga duración, donde cambian los actores y las actividades. Es difícil cuantificar la participación de los pobladores primigenios, pero basta señalar que formaban la mayor parte de la mano de obra de las misiones. Miguel del Barco describe las actividades de los indígenas de la siguiente manera:

«Quedábanse aquella semana allí, y los días de trabajo, después de oír la misa, rezar la doctrina y desayunarse, iban con los que vivían de asiento en la cabecera a trabajar, o en la tierra de siembra, o en otras cosas que se ofrecían en beneficio de la misión y del común. Y en esto eran dirigidos por algún soldado de la escolta, que nunca faltaba alguno inteligente, y que voluntariamente se ocupase en esto, sin faltar por eso a hacer su escolta...» (Barco,1973:302).

En esta primera etapa se inició y desarrolló el sistema misional en manos de los religiosos jesuitas, quienes fundaron 17 misiones, tres de ellas en lo que es actualmente el estado de Baja California⁷. Durante este periodo las epide-

7. Santa Gertrudis La Magna, Santa María de los Ángeles y San Francisco Borja.

mias tuvieron efectos devastadores en la población indígena, lo que influyó en las misiones propiciando la decadencia de algunas de ellas, en su mayoría las ubicadas en el sur de la península. Al abandonarse algunos sitios misionales, éstos fueron solicitados y otorgados como mercedes de tierras a soldados y ex soldados en esa zona. Estos militares, que procedían por lo general de familias campesinas de Sonora, Sinaloa y Nayarit, practicaron actividades transmitidas de padres a hijos y que fueron adaptadas a la realidad californiana. Uno de los ejemplos más conocidos es el uso de la cuera, especie de chaleco o chaqueta que se elaboraba con varias capas de cuero endurecido y que protegía de las puntas de flecha⁸.

Los jesuitas mantuvieron un control sobre el ingreso de población a la península en la medida de lo posible, pues los reales de minas, independientes de los religiosos, se regían con otros criterios. En este periodo además de los misioneros, soldados, mineros y algunos artesanos y comerciantes, se registró poca población no indígena. Fue hasta después de la expulsión de la Compañía de Jesús que se incrementó la población civil como parte de la política para poblar las Californias.

SEGUNDA ETAPA

Como parte de los cambios que se proyectaron para California, se nombró un gobernador que se encargaría de llevar a cabo las diferentes medidas ordenadas por la Corona. Éste fue encargado de vigilar la expulsión de los jesuitas (1767-68) y de realizar una evaluación de las fuerzas que componían el presidio de Loreto, con la finalidad de conservar aquellos soldados que fueran buenos elementos. Al valorar a los militares, el gobernador Gaspar de Portolá expresó:

«Lo cierto señor, es que para hacer el servicio en este país, más ha de tener de vaquero que de soldado, para cuidar de tanta caballería de día y velarlas de noche, por cuyo motivo hallo por conveniente y preciso se queden muchos de

8. También les protegía de las espinas, cuando avanzaban entre los matorrales espinosos comunes en el paisaje de la península.

los soldados, si puede ser, de dicha compañía (...). De los dragones que han venido conmigo hallo algunos inútiles para tanta fatiga y trabajo...».

El gobernador enfatizó la importancia de los caballos para cubrir las largas distancias entre las misiones, y la experiencia de los soldados de Californias para desenvolverse en este medio, donde habían desarrollado habilidades para el manejo del ganado, así como para realizar los largos viajes a través de caminos y paisajes «con unos espinales que apenas se pueden penetrar»⁹. En comparación, Portolá encontró que la compañía de dragones que le acompañaba, era poco idónea para el tipo de destrezas que se requerían en la península californiana.

Los franciscanos, nuevos encargados de la evangelización, recibieron la orden de apoyar el avance hacia el norte de la península. Fray Junípero Serra, presidente de las misiones, fundó una nueva misión, San Fernando Velicatá, desde donde partieron las expediciones que iniciarían este proyecto. En la misma época, los dominicos solicitaron participar en la conversión de los gentiles californianos, por lo que se dividió el territorio entre las dos órdenes. En 1773 la orden de Santo Domingo recibió las misiones de manos de los franciscanos y éstos se fueron a la Alta California, donde se establecieron nuevos presidios, pero en la península, el de Loreto continuó como centro de las actividades militares. Los dominicos se hicieron cargo de las antiguas misiones dejadas por jesuitas y franciscanos y además recibieron la orden de fundar nuevas en un espacio extenso cuyos límites aproximados estaban marcados por la misión de San Fernando Velicatá y la de San Diego de Alcalá, primera misión fundada por los franciscanos en Alta California. Este espacio fue conocido administrativamente como «la comandancia de la Frontera» o menos formalmente como «la Frontera» o «las Fronteras» y fue su principal área de actividades¹⁰. Esto debido por una parte, a

9. Gaspar de Portolá al virrey marqués de Croix, Loreto, 28 de diciembre de 1767. Archivo General de la Nación, México, en adelante AGNM, Californias, vol. 76, exp. 17, fs. 16-20.

10. Donde fundaron ocho misiones: Nuestra Señora del Rosario, Santo Domingo, San Vicente, Santo Tomás, San Miguel, San Pedro Mártir, Santa Catalina y Nuestra Señora de Guadalupe. Por problemas de inundaciones la misión del Rosario se cambió de lugar, así como la de San Miguel, que recibió el nombre de El Descanso.

que varias misiones del sur se encontraban ya en decadencia y por otra, porque dada la importancia del avance hacia el norte para los proyectos de la Corona, tenía prioridad este territorio que era importante en la comunicación terrestre hacia la Alta California. El hecho de que en 1777 se trasladara la capital de Loreto a Monterrey, Alta California donde pasó a residir el gobernador, mientras que en Loreto se nombró un teniente de gobernador, confirma la preferencia¹¹.

Al igual que los jesuitas y franciscanos, los dominicos recurrieron a la ayuda de los soldados asignados a custodiar las misiones para realizar diferentes actividades de administración, exploración, construcción y labores cotidianas de la misión. Ese mismo año de 1777, el recién nombrado teniente de gobernador, Fernando de Rivera y Moncada, informó sobre la necesidad de aumentar las escoltas en las misiones de «La Frontera», ya que, según expresó: «si se atiende a la distancia de una a otra misión y la crecida gentilidad que comprenden aquellos terrenos, se puede muy bien decir que cada una es frontera»¹². Al empezar la década de 1780, figuraban ya nombres de soldados cuyas familias se establecerían en esa región, como José Manuel Ruiz y José Gabriel Arce¹³.

Cada misión mantenía una cantidad de ganado mayor y menor que variaba dependiendo de la cantidad de sus neófitos, de su ubicación y recursos, pero también de la habilidad de sus administradores y del momento en que se encontraba dentro de su proceso de desarrollo. Mantenían también como ya se mencionó, tierras de labor para poder satisfacer por lo menos las necesidades mínimas, aunque algunas tuvieron periodos de abundancia.

En 1781 se redactó un reglamento que sirvió de guía para la organización militar de las Californias; éste fue elaborado por el gobernador Felipe de Neve, quien a través de sus actividades como militar del Presidio de Loreto, llegó a ser

11. También se hizo la división formal de los territorios de la Alta (o Nueva) California y la Baja (o Antigua) California.

12. Correspondencia entre el capitán de gobernador Fernando de Rivera y Moncada y el padre presidente de las misiones de la Antigua California, Loreto, mayo 15 a junio 27 de 1777, Bancroft Library, California Archives, vol.1, págs. 284-286.

13. Extracto de revista del Presidio de Loreto, 1781. Archivo Histórico de Baja California Sur. Copia en el Acervo Documental del IIH UABC. En delante AHBCS Copia en el AD/IIH UABC. Colección Documentos sobre la Frontera (1.11pdf).

un gran conocedor de las condiciones y de la problemática de la región¹⁴. Se pretendía pues, para este momento, dar una mayor formalidad a las compañías militares de la región. Conforme a las sugerencias de Neve, el reglamento para el gobierno de la provincia de Californias, señalaba que la Compañía del Presidio de Loreto, cabecera de la Antigua California, debía tener una fuerza compuesta de un capitán, un teniente, un alférez y cuarenta y cuatro plazas que incluyeran dos sargentos y tres cabos. La tropa debía estar distribuida de la siguiente manera: un pequeño destacamento en el Real de Santa Ana con un sargento y seis soldados; en las misiones de la Frontera un oficial subalterno, dos cabos y veintitrés soldados y en Loreto un capitán, un oficial subalterno que había de servir de habilitado, un sargento, un cabo y diez soldados¹⁵.

El número de elementos del destacamento de la Frontera aumentó conforme se avanzaba en las fundaciones, pues se requería mayor número de soldados para la escolta de las nuevas misiones. José Francisco de Ortega también solicitó más elementos para las escoltas y para finales de esa década de los años ochenta, se evidencia la importancia que ya tenía «La Frontera», pues de los 47 soldados dados de alta en la Compañía de Loreto, entre 25 y 32 realizaban sus actividades en la Frontera, de 9 a 16 en Loreto, mientras en el sur el número variaba de 4 a 7¹⁶. El militar encargado de la comandancia de las Fronteras recibía el título de teniente comandante de las Fronteras y residía en San Vicente, que se encontraba en el centro de esta jurisdicción.

En las fuentes documentales de esta época se registra que los militares continuaban realizando diferentes actividades en apoyo del funcionamiento de las misiones dominicas y procuraban instruir a los nativos para que se hicieran cargo de las tareas que ellos no consideraban dignas de su posición. Algunos indígenas desarrollaron su trabajo en los presidios a cambio de un

14. El reglamento fue publicado con un estudio introductorio de Salvador Bernabéu: Felipe de Neve, *Reglamento para el gobierno de la provincia de Californias, 1781*, La Paz, Doce Calles/ Ayuntamiento de La Paz, 1994.

15. Felipe de Neve, *ob. cit.*, pág. 5 del Reglamento anexo.

16. Como ejemplo de la distribución de los soldados: Extracto de revista del *Presidio de Loreto*, 1º. De octubre de 1783 en AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (1.21 pdf).

pago, pero otros lo hacían para cumplir una condena, como los llamados indios cimarrones, que eran castigados por tratar de escapar del control misional (Hackel, 2005:295-320). Ya para este momento, varias generaciones de soldados habían vivido y nacido en Baja California y sus diversas actividades como el reconocimiento del territorio durante los viajes de exploración o la búsqueda de «indios cimarrones» o sus servicios de conducción de víveres y de correspondencia por la península, entre otras cosas, les dio la posibilidad de tener un buen conocimiento de los recursos de la región. En ocasiones para complementar sus ingresos o en otras para compensar la carencia de abastos, los soldados recurrieron a otras actividades como el comercio de nutrias¹⁷.

Por otra parte, las misiones no siempre contaban con tierras cercanas aptas para la agricultura y la ganadería, por lo que buscaban terrenos más apropiados para estas actividades donde establecían ranchos que produjeran para la misión. Las faenas las realizaban indígenas a cargo de una persona de confianza de los misioneros. Éstos fueron por lo general ex soldados o sus familiares, quienes de esta manera adquirieron experiencia en dichas tareas en el contexto del medio peninsular. Así, cuando se promovió la dotación de tierras para ranchos, ellos fueron los candidatos idóneos para ello.

Si bien el proceso de dotación de tierras a la población civil se documenta desde las disposiciones de Gálvez en 1768, para el sur de la península; en el norte se registra hasta 1804 cuando el alférez José Manuel Ruiz recibió dos sitios de ganado mayor en el paraje de la ensenada de Todos Santos. Sin embargo, es posible que los ex soldados y sus familias hayan ocupado tierras para obtener ciertos productos necesarios para su subsistencia, sin la autorización formal (Magaña, 2010:245).

A finales del siglo XVIII fueron desapareciendo los obstáculos que impedían el desarrollo de las actividades mineras y agropecuarias, con la secularización de las misiones y la transferencia de sus terrenos a particulares. Además, con la expansión del comercio marítimo en el Pacífico, se incrementó la demanda de productos locales, esto con el descubrimiento de nuevas vetas,

17. En 1786, el gobernador recomendó que no se permitiera a los soldados abandonar sus servicios para dedicarse a conseguir pieles de nutria con los indígenas. Bancroft Library, Archives of California, vol 23, foja 27.

contribuyó al crecimiento de la producción minera, así como la agropecuaria y a la creación de un grupo de propietarios (Trejo, 1999: 18). Tanto en las postrimerías del siglo XVIII como en los inicios del XIX se dio entonces un proceso en el que aumentó la propiedad particular y disminuyó la población indígena de las misiones que aún sobrevivían (*Ibid.*: 32).

LOS SOLDADOS Y LA FORMACIÓN DE RANCHOS Y FAMILIAS DURANTE EL SIGLO XIX

Como una fuente importante para identificar a los miembros de la Compañía de Caballería del Presidio de Loreto que participaron como escoltas de La Frontera, disponemos de algunos extractos de revista donde el capitán del presidio registraba a los hombres a su cargo. En ellos podemos distinguir personajes que dieron origen a familias que se arraigaron en Baja California. Al contrastar información sobre algunos ranchos y las listas de soldados, podemos dar seguimiento a diversos troncos familiares que sirven de ejemplo para el desarrollo de las formaciones familiares y su vinculación con el medio, que implica actividades económicas, sociales y políticas.

Entre los primeros registrados, en el extracto de revista del 3 de agosto de 1787 ubicamos, para fines de este estudio, a Estanislao Salgado¹⁸ e Ignacio María Trasviña padre de María Antonia Trasviña (1772-1842) casada con José Manuel Ruiz. Para 1788¹⁹ en otros registros de soldados comisionados en La Frontera, identificamos al sargento José Gabriel de Arce²⁰, al cabo Anastasio

18. Estanislao Salgado (1766-1815) nació en el Presidio de Loreto y se dio de alta como soldado a los 18 años en 1774. Ascendió a cabo el 1º de febrero de 1797, a sargento el 24 de enero de 1804 y alférez el 13 de noviembre de 1809, según su hoja de servicios de diciembre de 1813. Murió a los 49 años el 10 de julio de 1815 en la misión de San Vicente Ferrer y registró su defunción fray Antonio Fernández. Fuentes: Bancroft Library, AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (5.67 pdf).

19. AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (1.11 pdf).

20. Originario de la Villa de Sinaloa, nacido en 1727 hijo de Francisco Arce y Rosa López (Buelna), del Obispado de Durango, según su hoja de filiación firmada en San Fer-

Verdugo y al soldado José Manuel Ruiz, de un total de 47 plazas en toda la península.

El primer propietario formal de un rancho en La Frontera fue el mencionado José Manuel Ruiz, quien fue comandante de La Frontera y en 1804 solicitó el paraje de la Ensenada de Todos Santos, como ya se dijo arriba. Algunos soldados tomaron posesión de la tierra y la formalizaron muchos años después, como es el caso del sargento Ignacio de Jesús Arce, en San Telmo, y del soldado Pedro Duarte en la Cañada de San Rafael, en 1828.²¹ Estos ranchos habían pertenecido a las misiones y habían sido atendidos generalmente por indígenas gentiles bajo la supervisión de los soldados. Ante la decadencia y abandono de las misiones estos ranchos fueron solicitados por los soldados después de cumplir su servicio, quienes ahora se dedicaron de tiempo completo a la agricultura y a la ganadería en pequeña escala.

Otra fuente importante que nos permite saber quiénes eran rancheros es el registro de fierros de herrar. El historiador Pablo L. Martínez, nos dejó algunos bosquejos de fierros que se conservan en la Sociedad de Historia de San Diego.²² A través de ellos se pueden estudiar quiénes eran las familias propietarias de los ranchos ganaderos y su distribución en la región fronteriza, ya que se enlistan las marcas de herrar, la autoridad que las otorgó, los nombres de los propietarios y la fecha de la expedición del fierro.

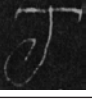
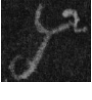






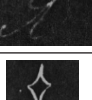

nando el 13 de julio de 1775. Hermano de Sebastián Constantino Arce (1740-). Colaboró en las fundaciones de San Borja, San Fernando y Presidio de San Diego. AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (1.6pdf; 1.7pdf; 1.26pdf).








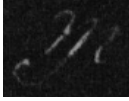


21. Otro rancho concedido en la época fue el de Rosarito a José Manuel Machado el 14 de febrero de 1827 por José María Echeandía.

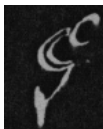
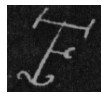
22. Registro de fierros de la Frontera del Partido Norte. Relación elaborada por Pablo L. Martínez para Serra Museum of San Diego, Cal., ahora en la Sociedad de Historia de San Diego. El manuscrito original dice «Registro de Fierros, 1828-1846».

Registro de fierros de herrar en La Frontera, 1828-1846

Fierro	Propietario	Autoridad	Fecha
	1. Padre Félix Caballero (Misión de San Miguel)	Estanislao Armenta	20 de mayo de 1828
	2. Juan Nepomuceno Espinosa (exmisión de San Fernando)	Estanislao Armenta	Junio 15 de 1828
	3. José Ignacio de Jesús Arce (San Telmo)	Estanislao Armenta	Septiembre 7 de 1828
	4. Perfecto Duarte (San Rafael)	Estanislao Armenta	Diciembre 20 de 1828
	5. Juan de Jesús Osio (Guadalupe de los Osio)	Estanislao Armenta	Diciembre 20 de 1828
	6. Cabo Macedonio González	Estanislao Armenta	Junio 19 de 1828
	7. Hilario Murillo (San Antonio)	Francisco Xavier Gastélum	Diciembre 6 de 1836
	8. Geronona Ceseña	Francisco Xavier Gastélum	Diciembre 6 de 1836
	9. Ignacio María Ceseña (La Grulla)	Francisco Xavier Gastélum	Diciembre 7 de 1836

Fierro	Propietario	Autoridad	Fecha
	10. Matías Graciano	Francisco Xavier Gastélum	Diciembre 10 de 1836
	11. Julián Ames	Ignacio María Ceseña	Diciembre 9 de 1836
	12. José Gabriel Arce (San José, San Isidoro y Valladares)	Ignacio María Ceseña	Diciembre 18 de 1836
	13. José Manuel Carson	Ignacio María Ceseña	Marzo 22 de 1837
	14. Zacarías Espinosa	Estanislao Armenta	Julio 3 de 1839
	15. Vicente Meléndrez	Estanislao Armenta	Julio 31 de 1839
	16. José Álvarez	Estanislao Armenta	Mayo 15 de 1839
	17. María Candelaria Graciano (San Francisco)	Estanislao Armenta	Julio 3 de 1839
	18. José Domingo Saiz	Estanislao Armenta	Agosto 9 de 1839
	19. Teniente Antonio Garraleta	Guadalupe Meléndrez	Diciembre 27 de 1840
	20. María Josefa Salgado	José Ignacio Arce	Marzo 3 de 1841

Fierro	Propietario	Autoridad	Fecha
	21. María Juana Estévez	José Ignacio Arce	Marzo 3 de 1841
	22. Santiago Domingo Arce (La Berrenda y Los Dolores)	José Ignacio Arce	Marzo 3 de 1841
	23. Pablo Espinosa	José Ignacio Arce	Marzo 3 de 1841
	24. Agustín Mancilla	José Ignacio Arce	Octubre 10 1841
	25. Pedro Duarte	Francisco Xavier Gastélum	Abril 6 1842
	26. Pedro Gastélum (El Aguajito)	Francisco Xavier Gastélum	mayo 6 de 1842
	27. Laureano Corro	Francisco Xavier Gastélum	Mayo 27 1844
	28. Juan María Marrón (Cueros de Venado)	Francisco Xavier Gastélum	Enero 26 de 1845
	29. Francisco Zazueta (Aguacatay)	Pedro Duarte	Abril 15 de 1845
	30. José Eugenio Espinosa	Tomás Bona (Warner)	Enero 30 de 1846

Fierro	Propietario	Autoridad	Fecha
	31. Carlos Camacho	Tomás Bona (Warner)	Enero 31 de 1846
	32. Antonio María Meléndrez	Pedro Duarte	Septiembre 12 de 1848

Fuente: AD/IIH UABC, Colección Adalberto Walther Meade, Caja 13, exp.1. Edición: Jorge Martínez Zepeda.

Los registros de fierro de herrar inician con el del padre Félix Caballero, de la misión de Guadalupe, otorgado en 1828 por el sargento Estanislao Armenta. También anotaron sus marcas de herrar en la misma fecha Macedonio González, Perfecto Duarte, José Ignacio Arce, Juan de Jesús Ocio y Juan Nepomuceno Espinosa. A Santiago Argüello se le entregó el rancho de La Tía Juana en 1829 en que también registró su fierro de herrar. Para 1831 se concedieron fierros a María Candelaria Graciano y José Ignacio de Jesús Arce. El año siguiente a Estanislao Armenta dueño del rancho San Jacinto, en los linderos de Santo Tomás y en 1833 a Tomás Bona (o Warner) de La Calentura, en San Vicente.

El año de 1836 se asentaron los fierros de Hilario Murillo; Gerónima Ceseña; Ignacio María Ceseña; Matías Graciano; Julián Aros y José Javier Arce. En 1837 solo se anotó el de José Manuel Carson, en tanto que en 1839 se apuntaron lo de José Domingo Sáenz; Vicente Meléndrez; José Álvarez y Sacarías Espinosa. Al comandante de La Frontera sargento Antonio Garraleta se le concedió su fierro de herrar en 1840²³, al igual que Pablo Espinosa.

En 1841 se dieron a María Josefa Salgado, María Juana Estevez, Santiago Domingo Arce y a Agustín Mancilla. En 1842 a Pedro Duarte; en 1844 a Laureano Corro y Pedro Gastélum dueño también de la Ensenada de Todos San-

23. Expedida por Guadalupe Meléndrez el 27 de diciembre de 1840, en San Vicente de la Frontera. Ver Martínez Zepeda J. «José Antonio Garraleta. Una intriga en la Frontera 1839-1843», en *Voces de la Península*, 2003, año 1, núm.1, enero-marzo.

tos. En 1845 a Juan Marrón y Francisco Zazueta. En 1846 el año del inicio de la Guerra México-Estados Unidos se registraron los fierros de Carlos Camacho y José Eugenio Espinosa y finalmente para cerrar la década de los cuarenta, en 1848 se le concedió su fierro a Antonio María Meléndrez.

TRONCOS FAMILIARES EN LA FRONTERA

A partir de la información anotada en las listas de soldados, así como en los registros de fierros de herrar y al ubicar algunos de los principales ranchos, se han elaborado algunas genealogías que permiten identificar algunos troncos familiares en La Frontera. En general se tratan de familias numerosas que en su mayoría establecieron relaciones de parentesco. A través de la convivencia se vincularon socialmente y formaron redes que incluían relaciones económicas y políticas. La mayoría de estas familias se arraigaron en una de las ciudades de Baja California más importantes en la actualidad, que es el puerto de Ensenada, denominada anteriormente como Ensenada de Todos Santos.

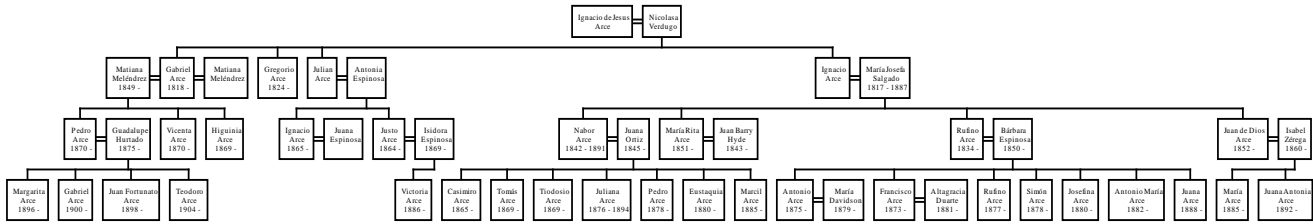
Los Arce

José Gabriel Arce y Ana Gertrudis Velasco fueron los padres de Joaquín Arce, dado de alta como soldado en 1781. José Gabriel Arce en 1783 era sargento en La Frontera, su hoja de servicios fechada en 17 de mayo de 1781 en San Fernando Velicatá dice que tenía 31 años de servicio, estuvo en la fundación de Santa Gertrudis y San Fernando y también en la del presidio de San Diego, y de la misión de San Vicente Ferrer²⁴. Sus descendientes poblaron la región desde El Rosario, Santo Domingo y San Vicente, principalmente.

Más tarde, parte de la familia Arce se estableció en la región de la misión de Santo Domingo y el valle de San Telmo. El rancho ubicado en ese valle era propiedad de José Ignacio Arce y se le concedió gratuitamente en 1834

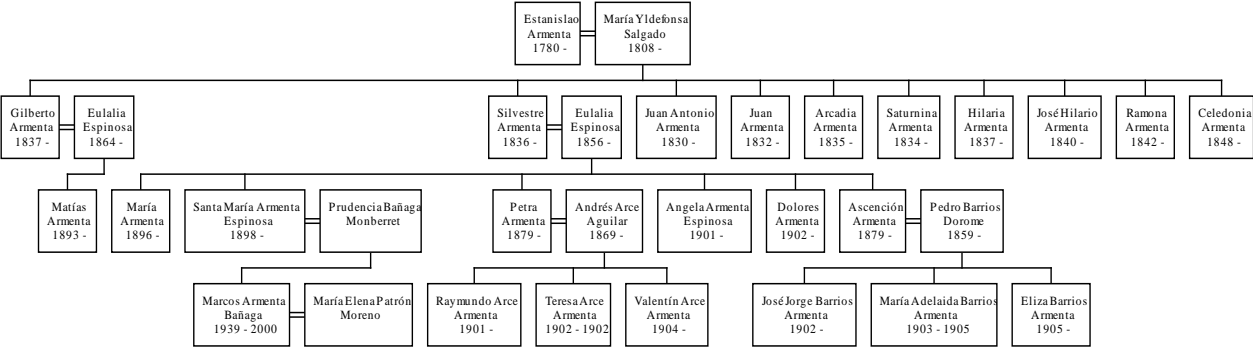
24. En 1781 Sebastián Arce se dio de baja en el ejército «por achacoso». AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (1.19; 1.21; 1.26; 1.13 pdf).

Descendientes de Ignacio de Jesús Arce



D. R. Jorge Meléndez Zapata

Descendientes de Estanislao Armenta



«para que lo pueda poseer así como sus hijos y herederos, o enajenarlo si así les conviniere»²⁵. Otros ranchos en la región pertenecientes a esta misma familia fueron: San José, de Gabriel Arce (Moreno, 1984:19); La Berrenda y Los Dolores de Santiago Domingo Arce, localizados al noreste de la misión de San Vicente (Moreno, 1984:20). También se encuentran miembros de la familia como propietarios de San Isidoro y Valladares, localizados en la sierra de San Pedro Mártir (Moreno, 1984:37).

Familia Armenta

El alférez don Estanislao Armenta y su esposa María Ildefonsa Salgado fueron propietarios del Rancho San Jacinto, procrearon numerosa familia y hasta la fecha, es propiedad de sus descendientes.

Familias Ruiz y Gastélum

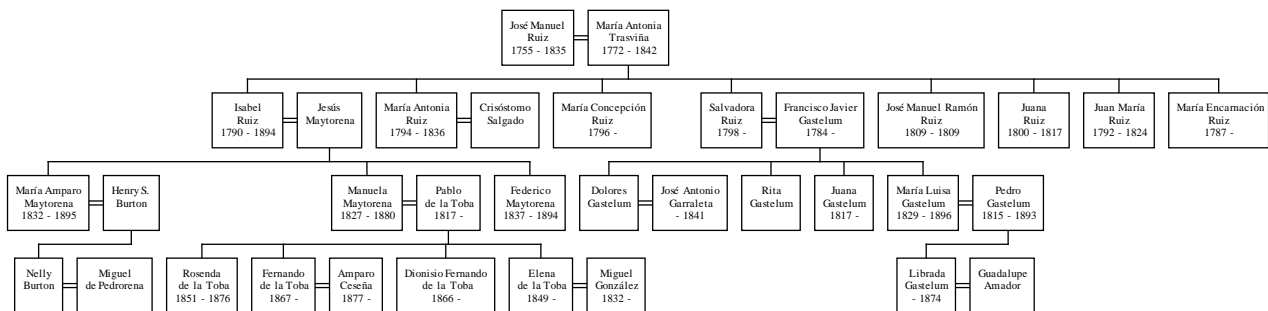
Antonio Trasviña²⁶ y Mariana Verdugo, fueron los padres de doña María Antonia Trasviña (1772-1842), quien se casó con don José Manuel Ruiz (1755-1835). Tuvieron tres hijas: María Antonia Ruiz quien se casó con el soldado Crisóstomo Salgado; Salvadora con Francisco Javier Gastélum; e Isabel con Jesús Maytorena; la hija de estos últimos, Manuela Maytorena Ruiz (1827-1880) se unió a Pablo de la Toba, descendiente también de soldados²⁷. Aquí observamos que la descendencia de estas familias está vinculada entre sí.

25. Se le concedió el paraje de San Telmo, el documento está fechado en el Puerto de La Paz, el 15 de enero de 1834. AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre La Frontera (8.89 pdf).

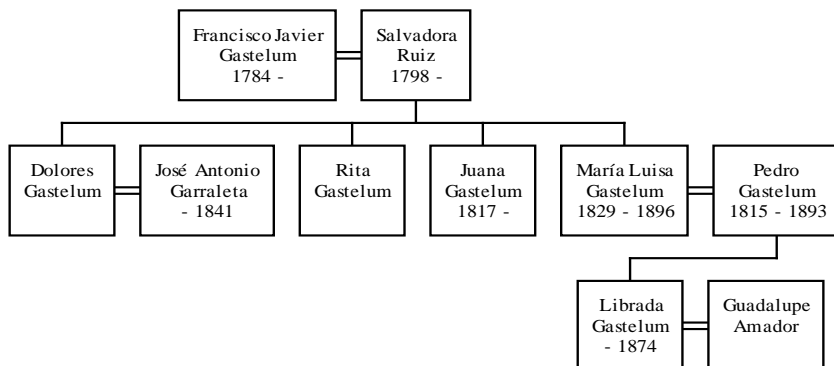
26. Soldado que formó parte de la expedición de Gaspar de Portolá a California en 1769-1770, junto con Juan Francisco de Ortega y Atanasio Javier Verdugo que después emparentaron con Ruiz. Este soldado estuvo en la misión de Santa Gertrudis y su esposa Mariana Verdugo fue madrina en la misión el 21 de octubre de 1762. Contemporáneo de Juan María Ruiz, padre de José Manuel Ruiz Carrillo.

27. Fernando de la Toba, en 1802 llegó a Monterrey, Alta California a los 16 años de edad procedente de España con el grado de teniente. Ver Martínez P.L., (1965:20).

Descendientes de José Manuel Ruiz Carrillo



Investigación: Mtro. Jorge Martínez Zepeda

Descendientes de Francisco Javier Gastelum

Investigación: Jorge Martínez Zepeda

Salvadora Ruiz Trasviña heredó la propiedad de la Ensenada de Todos Santos que fue administrada por su esposo el ex soldado Francisco Javier Gastélum²⁸, y su hija María Luisa Gastélum Ruiz casó con Pedro Gastélum (1815-1893) quien vendió la Ensenada a don Maximiliano Bernstein apoderado de la Compañía Internacional de México. En tanto que la nieta de don

28. Filiación de Francisco Javier Gastélum hijo de Juan Ignacio Gastélum y de María Rita Gastélum Álvarez, natural de la Villa del Fuerte dependiente de la gobernación de Sonora, oficio campista, estatura cinco pies tres pulgadas y diez líneas, su edad veintiún años, pelo y cejas castaño obscuro, ojos garzos, nariz regular, barbi cerrado, bien formado de cara... sentó plaza el 23 de enero de 1805. Nota: «Se licenció este individuo por estar enfermo... 31 de diciembre de 1823. Ruiz». AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (3.19 pdf).

José Manuel Ruiz, doña María Amparo (Maytorena) Ruiz peleó los derechos de la Ensenada de Todos Santos en un conocido litigio que duro varios años.²⁹

Francisco Javier Gastélum se dedicó a la ganadería y amplió sus territorios más al Este de la Ensenada de Todos Santos, adquiriendo los ranchos de Agua Caliente³⁰, Vallecitos y Valle de San Rafael que posteriormente vendió a don Abel Stearns (Moreno, 1984: 26). Su yerno Pedro Gastélum fue propietario del rancho Aguajito de Gastélum (Moreno, 1984: 30), localizado al noreste de la bahía de Ensenada.³¹

Familia Ceseña

Pablo L. Martínez enfatizó el caso de la familia Ceseña a quien denominó como una de «las familias fundadoras», y expresó lo siguiente: «llamo así a las que se formaron entre 1700-1800, hay pocas que hayan alcanzado una expansión tan amplia como ésta» (Martínez, 1965:16-17).

En la revista de tropa del 1º de enero de 1822 se registra además del teniente don José Manuel Ruiz y los sargentos Ignacio Arce y Francisco Gastélum, ya mencionados como pertenecientes a familias fundadoras, al cabo Juan Ignacio Ceseña³². Para 1826 éste tenía «treinta y nueve años cinco meses» en la carrera de las armas «cargado de familia y de avanzada edad».³³ Su hija Susana

29. *Apuntes del Informe pronunciado por el Lic. Emilio Velasco, en el juicio promovido por la Sra. Amparo Ruiz de Burton contra la compañía Internacional de México, sobre dominio de los terrenos de la Ensenada, Baja California, México*, Tipografía Avenida Juárez Número 624,1893.

30. Moreno J.M. (1984:24). Concedido por don José Castro.

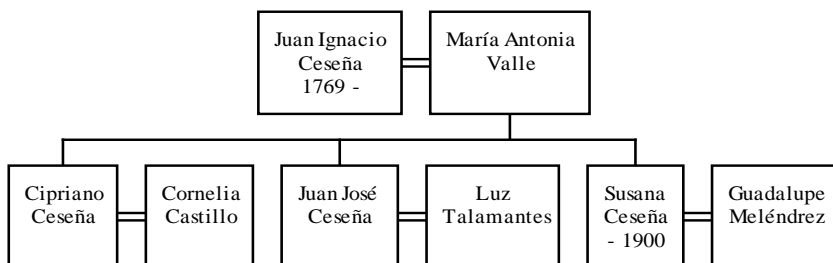
31. En recuerdo de estos soldados convertidos en rancheros quedaron sus nombres en las calles de la naciente población de Ensenada, nos referimos a don José Manuel Ruiz y Francisco Javier Gastélum, sus primeros propietarios.

32. «Compañía de caballería del Presidio Nacional de Loreto. Pie de lista y estado de la revista ejecutada por mí el cadete don José María Mata como ayudante interino de este presidio, en ausencia del señor comandante propietario, teniente don José Manuel Ruiz». AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (6.6 pdf).

33. (Walther, 1983. p. 30). Juan Ignacio Ceseña en 1826 tenía «treinta y nueve años cinco meses» en la carrera de las armas «cargado de familia y de avanzada edad». Lo que

se casó con Guadalupe Meléndrez y fueron fundadores del apellido Meléndrez en la región de La Grulla y Santa Clara.

Descendientes de Juan Ignacio Ceseña



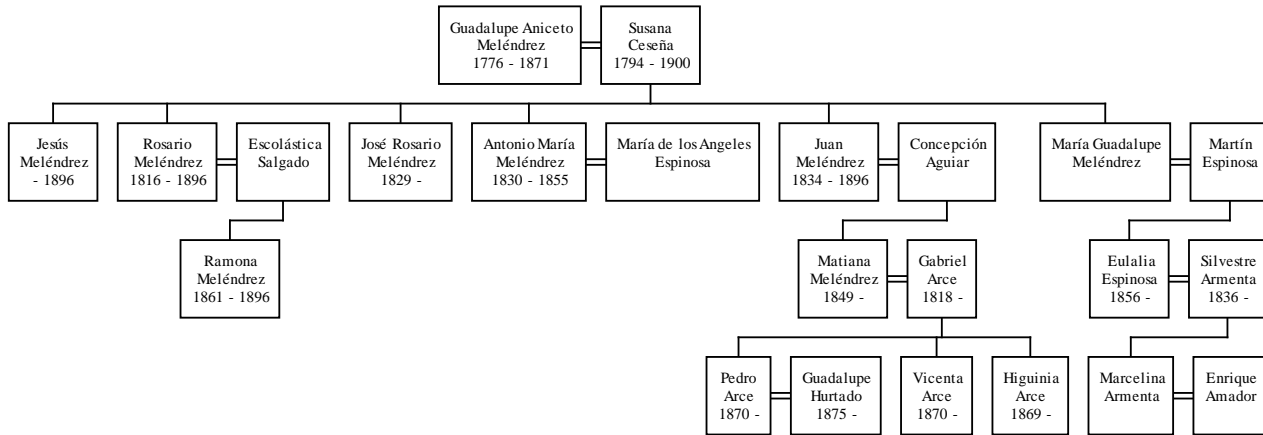
Investigación: Jorge Martínez Zepeda

Familia Meléndrez

El tronco familiar lo formó Guadalupe Aniceto Meléndrez que sirvió como soldado en la misión de San Vicente y posteriormente adquirió tierras en La Grulla donde se asentó con su familia. También tuvieron propiedades en La Huerta del Norte en el valle de San Rafael en posesión de Jesús Meléndrez, y el Rancho San Salvador de Juan Meléndrez y Los Álamos de doña María Salomé Murillo de Meléndrez (Moreno, 1984:25).

indica que desde 1787 estaba al servicio de las armas. Posiblemente nació por 1769 suponiendo que se enlistó a los 18 años.

Descendientes de Guadalupe Aniceto Meléndrez



Familia Duarte

El soldado Perfecto Duarte sirvió en 1823 en la misión de San Miguel Arcángel de La Frontera. Perfecto se casó con la hija de Estanislao Salgado, María Eugenia Salgado Camacho. Su hijo Pedro Duarte (1831-1894) casado con Juliana Castro³⁴. Perfecto Duarte era propietario del Rancho San Rafael, al norte de San Telmo, su hijo Aniceto Duarte Salgado casó con María de los Reyes Espinosa, hija de don José Luciano Espinosa de la misión de Santo Domingo. Este es un ejemplo de cómo se expandían las familias al unirse con otros troncos, primero en la misión de San Vicente, después en sus ranchos de San Rafael. Posteriormente, uno de sus hijos, Pedro, se fue a Cueros de Venado en donde se casaron sus hijas Sacramento y Tomasa, con habitantes del Real del Castillo.

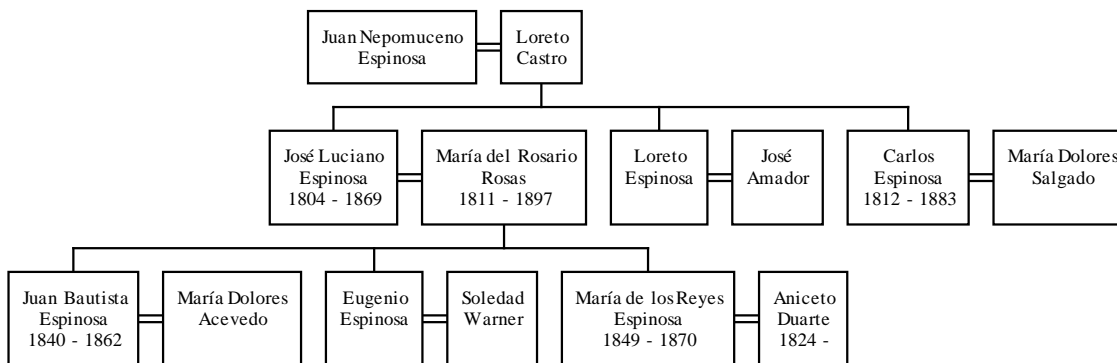
Familia Espinosa

La familia se inició en La Frontera con la llegada del soldado Juan Nepomuceno Espinosa, quien se casó con Loreto Castro. Ellos formaron una prolífica familia que ha dejado descendencia hasta nuestros días. Juan Nepomuceno fue propietario de la misión de San Fernando y heredó a su hijo José Luciano Espinosa el rancho de San Ramón, en la desembocadura del arroyo de Santo Domingo.³⁵ José Luciano, además, se convirtió en propietario de la misión de Santo Domingo y San Pedro Mártir. Sus hijos a su vez fueron propietarios de ranchos en San Simón y El Rosario. En particular, su hijo Eugenio Espinoza como propietario del Rancho San Simón, en la costa del puerto de San Quintín (Moreno, 1984:17).

34. Al morir intestado dejó los papeles del rancho San Rafael para que lo vendiera en manos del licenciado Juan B. Uribe, quedándose con ellos.

35. Concedido a Juan Nepomuceno Espinoza por José María de Echeandía. En la *Descripción del Partido Norte* de José Matías Moreno en 1856 aparece José Luciano Espinoza como propietario del Rancho San Ramón. En Moreno J.M. (1984:18)

Descendientes de Juan Nepomuceno Espinosa



Jorge Martínez Zepeda

A continuación se introdujo una relación de los colonizadores de La Frontera, en él podemos observar a los hijos de los soldados que fueron naciendo durante la primera mitad del siglo XIX y a su vez, fueron asentándose en diferentes lugares. Aunque como veremos un poco más adelante un pequeña cantidad de población se encontraba sobre todo alrededor de las misiones.

Colonizadores de La Frontera 1820-1850

Colonizador	Año de nacimiento	Lugar
Antonio Orantes Romero ¹	1820	La Frontera
Aniceto Duarte Salgado ²	1824	
María de los Ángeles Espinosa Rosas ³	1832	Ex misión de Santo Domingo
Julio Romero	1832	La Frontera
María Soledad Ortega	1838	La Frontera
José Manuel Machado Serrano ⁴	1838	Rancho Rosarito
José del Rosario Marrón Murillo	1840	Ex misión de Santo Domingo
Nabor Arce Salgado ⁵	1842	
María Ramona de los Ángeles Espinosa Rosas	1844	Ex misión de Santo Domingo
Dolores Bona (Warner)	1844	Rancho Santa Teresa (La Calentura)
Juana Ortiz Espinosa	1845	
María Plácida Gilbert Romero	1845	Rancho Santo Domingo
María de los Reyes Espinosa Warner ⁶	1849	Rancho Santa Teresa (La Calentura)

1 Hijo del cabo José Trinidad Orantes y Eulogia Romero casado con Dolores Bona (1844-) en 1862, Martínez P.L. (1965:746).

2 Hijo de Perfecto Duarte y Eugenia Salgado, casado con María de los Reyes Espinosa Warner (hija de Tomás Warner). Martínez P.L. (1965:746).

3 Se caso el 30 de enero de 1864 en el rancho Santa Teresa con Aniceto Duarte. Martínez P.L. (1965:746).

4 Hijo de Juan Machado y María Serrano de Alta California.

5 Hijo de Ignacio Arce y María Josefa Salgado, Martínez P.L. (1965: 746).

6 Hija de Eugenio Espinosa (hijo de José Luciano Espinosa) y Soledad Warner (hija de Tomás Warner o Bona).

Fuente: Elaboración de Jorge Martínez Zepeda, con base en: Pablo L. Martínez *Guía familiar de Baja California, 1700-1900*, México, Editorial Baja California, 1965.

La transición de misiones a la formación de ranchos se dio también como consecuencia de las precarias condiciones económicas de La Frontera debido a que durante el largo periodo de la guerra de independencia, los soldados no recibieron sus sueldos. Para compensarlos recibieron terrenos alrededor de las misiones para que así pudieran sostener a sus familias. Al licenciarse estos soldados se dedicaron a las actividades propias de los rancheros y pequeños ganaderos. De este modo, alrededor de la misión de Santo Domingo prosperaron los ranchos de San Ramón, San Simón, San José y Valladares, y al norte San Rafael de los Duarte. En la región de la misión de San Vicente, se establecieron los ranchos de San Jacinto, La Berrenda y Los Dolores; y en la región de la misión de Santo Tomás, los ranchos de La Grulla y Santa Clara. En el paraje de la Ensenada de Todos Santos, en la ahora bahía de Ensenada, José Manuel Ruiz, traspasó a su yerno Francisco Javier Gastélum entre 1805 a 1824, sus terrenos, quien los extendió hasta el valle de San Rafael, actualmente conocido como Ojos Negros.

Así los soldados misionales formaron un patrimonio en La Frontera y sus familias se vincularon entre sí y crearon nuevos troncos familiares que perduraron durante el siglo XIX y en algunos casos hasta nuestros días, como son los casos de las familias Arce, Duarte, Meléndrez, Gastélum, Espinosa, Armenta, por citar algunas.

LA POBLACIÓN DE LA FRONTERA

El conteo de los habitantes llevado a cabo por los misioneros nos indica, entre otras cosas, que la población indígena, como ya se dijo anteriormente, fue decayendo de fines del siglo XVIII al XIX, asimismo, la población civil no indígena fue en paulatino aumento. Aunque esto es relativo debido, por una parte, a que se le daba menos importancia a los indígenas, y por otra, a las dificultades que acarrecaba su conteo, ya que vivían en diferentes lugares y tenían mucha movilidad. Se puede observar en los cuadros siguientes las diferencias entre la población que recibió el siglo XIX y la registrada en 1828 y en 1834.

Población del norte de la Baja California por entidad étnica y sexo, 1798-1808

Año	Indios			Españoles y gentes de otras clases			Total de almas
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
1798	1.060	776	1,836	23	8	31	1.867
1799	1.076	982	2,058	13	11	24	2.082
1800	954	1.001	1.955	29	21	50	2.005
1802	963	920	1.883	22	18	40	1.923
1806	835	870	1.705	16	10	26	1.731
1808	923	855	1.778	21	16	37	1.815

Fuentes: de 1796 a 1800: AD-IIH UABC. Colección Archivo General de la Nación, fondo Provincias Internas (2.4; 2.5); de 1802, fondo Misiones (1.7); de 1806, fondo Misiones (1.8); de 1808, fondo Provincias Internas (2.4).

Población del norte de la Baja California, 1828

Nombres de los pueblos y misiones	Indios congregados	Gentiles agregados y circunvecinos	Gente de razón		Totales
			Militares		
San Vicente	63	140	13	59	275
San Fernando	18	-	-	-	18
El Rosario	38	-	1	4	43
Santo Domingo	72	-	1	19	92
Santa Catarina	158	300	5	4	467
Santo Thomas	98	-	1	4	103
San Miguel	150	250	5	14	419
Total	597	690	26	104	1.417

Fuente: AD-IIH UABC. Colección Archivo General de la Nación, fondo Justicia Archivo (1.4)

En este cuadro llama la atención que para 1828 hubiera un solo misionero en La Frontera para atender cuatro pueblos y tres misiones con tan solo 597 «Indios congregados», los que previamente habían sido catequizados y que vi-

vían en las misiones; además de 690 «Gentiles agregados y circunvecinos», que nos da un total de 1.287 indígenas y 130 «Gentes de razón» que era la población integrada por los soldados que custodiaban las misiones y sus familias que para este momento conformaban la población civil que vivía en La Frontera.

Para 1834 otro documento clasificó a los habitantes en tres categorías: el «Vecindario y sus familias» más los «Indígenas congregados en las misiones» y los «Gentiles vecinos de Fronteras»³⁶.

Población del norte de la Baja California, 1834

Misiones	Vecinos	Indígenas	Gentiles	Totales
San Miguel	20	307	1.500	1.827
Santo Tomás	50	105	50	205
San Vicente	58	61	50	169
Santa Catarina	10	200	1.000	1.210
Santo Domingo	31	46	10	87
El Rosario		20	20	40
San Fernando		8	8	16
Total	169	747	2.638	3.554

Fuente: AD-IIH UABC. Colección Archivo General de la Nación, fondo Justicia y Negocios Eclesiásticos (2.43)

El documento incluye un «Resumen General» de los «Indígenas congregados de razón» del Departamento de Fronteras quienes suman a 56 hombres, 49 mujeres, 30 niños y 34 niñas que hacían un total de 169 indígenas, más 822 que vivían en sus alrededores y que eran de «razón», lo que indica que tan solo 991 entendían el español y estaban cristianizados, de un total de 3.331, aproximadamente.

36. AD-IIH UABC. Colección Archivo General de la Nación, fondo Justicia y Negocios Eclesiásticos (2.43).

LA PRODUCCIÓN DE LA FRONTERA

El siguiente cuadro nos muestra una imagen de la producción de los principales pueblos y misiones de esta región. Aquí queremos enfatizar que la principal actividad económica era la ganadería con 3.085 cabezas de ganado, 267 caballos, 147 mulas y 2.716 ovejas que desde luego estaban bajo el cuidado de los indígenas al servicio de las misiones. Ellos también prestaban sus servicios en la siembra y cosechas de trigo, maíz, frijol y cebada como se aprecia en la estadística. Si tomamos en cuenta que para este momento, en 1828, los soldados no pasaban de cincuenta en toda La Frontera, y que generalmente ocupaban dos caballos para su servicio, podemos concluir que hay una diferencia de ganado caballar de la que se ocupaban los indígenas. Estos en sus faenas además del cuidado del ganado, se encargaban de herrarlo, matarlo cuando así se requería, destazarlo, salar su carne y curtir sus cueros para su posterior venta. Sin olvidar el proceso de fabricación de quesos, manteca, sebos, mantequillas y otros derivados. Sucedió lo mismo con las ovejas en donde se aprovechaba su piel, lana, que servía para confeccionar cobijas y ropa, carne y leche que se consumía en el momento y los excedentes se procesaban como quesos.

Es importante destacar lo relacionado con los principales manantiales y aguajes que había en el norte bajacaliforniano en el siglo XIX, ya que eran indispensables para los viajeros que se aventuraban a transitar por ella. La ubicación de estos parajes fue producto del conocimiento indígena que fue transmitido a los soldados y misioneros. Para enfatizar la importancia de las fuentes de agua, citaremos a Ulises Urbano Lassépas en su *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, quien hizo una relación de la ubicación de los principales: «En la Municipalidad de La Frontera: San Rafael, San Miguel, El Rosario, Llano del Diablo, San Fernando, Los Bueyes, San Borja, La Calentura, Santa Catarina, Las Palmas, San Pedro Mártir, Santa Rosa, Santo Domingo, Guadalupe, Santo Tomás y San Vicente. De los manantiales y aguajes mencionados, los unos son ojos que lloran a la superficie de la tierra, un agua inconstante, suficiente para el regadío de una o dos fanegas de sembradura y cultivo de unos cuantos árboles frutales» (Lassépas, 1995: 96). Además agregó que «por regla general, cada misión, pueblo o ranchería, está situado a orillas de un manantial o aguaje, y la abundancia de agua determina la categoría del paraje (...) la vigésima parte de La Frontera,

Ganado y fanegas de semillas cosechadas en La Frontera, Antigua California, diciembre de 1828. Informe de José María Echeandía.

Pueblos y misiones		Ganado				Semillas cosechadas				Total de fanegas
		vacuno	caballar	mular	lanar	trigo	maíz	frijol	cebada	
San Vicente	pueblo	400	100	60		274	674	41	35	1,024
San Fernando	pueblo	-	-	-	-	25	60		44	129
El Rosario	pueblo	5	18	-	-	25	180	10	14	229
Santo Domingo	pueblo	150	24	12	16	130	64	12	100	306
Santa Catarina	misión	1,020	12	15	500	-	-	-	-	-
Santo Tomás	misión	10	13	9	200	600	250	30	300	1,180
San Miguel	misión	1,500	100	30	2,000	300	200	10	300	810
Totales		3,085	267	126	2,716	1,354	1,428	103	793	3,678

Fuente: AD-III, AGN, Fondo Justicia Archivo [1.4]

comprenden terrenos sumamente escasos de agua, y en consecuencia, de una aridez espantosa»³⁷.

Acerca del desarrollo de las actividades ganaderas y del comercio en Baja California en el siglo XIX, es importante mencionar al padre dominico Félix Caballero, quien llegó a La Frontera antes de 1813 cuando fue encargado de la misión de San Pedro Mártir³⁸. Estuvo a cargo de la fundación de la misión de Nuestra Señora de Guadalupe y posteriormente se ocupó de la mayoría de las misiones de La Frontera ante la escasez de religiosos. En 1822 el padre Caballero emprendió un viaje para explorar otros parajes, como la región del Río Colorado, quizás con el fin de encontrar nuevos recursos³⁹. En junio de 1834 escapó de un ataque de indígenas que culminó con el incendio de la misión⁴⁰. Durante su estancia en La Frontera, logró reunir una considerable riqueza en ganado. Para 1840 alcanzó la considerable suma de 4,915 cabezas de ganado mayor, sin contar caballos y ganado menor. Además realizaba frecuentes transacciones comerciales con los productos de las tierras misionales.

LA TRADICIÓN DE LAS ACTIVIDADES VAQUERAS

Con el desarrollo de nuevas actividades se formaron pueblos y ciudades principalmente en la parte noroeste de Baja California. En las sierras y desiertos centrales los ranchos continuaron una vida similar a la que tuvieron sus fundadores. La construcción de la carretera transpeninsular cambió el panorama

37. *Ibid.* pág. 97. Asimismo, sobre el clima afirmó que «las lluvias son irregulares (...) y esa irregularidad causa secas extraordinarias, en las que muere un gran número de ganado. El criador está expuesto a la frecuencia de estas secas».

38. Se ha atribuido erróneamente el año de 1822 para la llegada de Caballero, Meigs P. «Guadalupe: Last Mission of the Californias», en *Pacific Coast Archaeology Society Quarterly*, 37:4, fall 2201 en: <http://www.pcas.org/assets/documents/Guadalupe.pdf>

39. Sobre el viaje del Prebendado de Durango don Agustín Fernández de San Vicente a las Californias como comisionado de gobierno. AD-IIH UABC. Colección Archivo General de la Nación, fondo Pablo Herrera Carrillo (1.36).

40. AHBCS Copia en el AD/IIH UABC, Colección Documentos sobre la Frontera (7.126 pdf).

ma de estas pequeñas comunidades en la década de 1970. A partir de entonces la red de comunicaciones ha propiciado la salida de las generaciones de jóvenes rancheros que han preferido dedicarse a otras actividades.

Harry Crosby describe las actividades de un joven que aplica las enseñanzas de generaciones de rancheros para formar su propio patrimonio:

«En aquellos tiempos, hace cincuenta años, Loreto trabajaba como chivero compartiendo un rancho con su padre, Patricio Arce, en San Gregorio, a pocos kilómetros de distancia. El joven Loreto reconoció toda la zona pastoreando chivas o cazando venado y borrego cimarrón. En un paraje conocido por ellos como San Gregorio, se familiarizó con un pequeño pero buen manantial que manaba de una grieta en la roca volcánica y desaparecía poco después en el poroso suelo de la cañada. Loreto no podía considerarse el descubridor del manantial; los indios lo habían encontrado en tiempos remotos, de ahí el prolífico despliegue de arte rupestre. El aguaje era conocido y utilizado ocasionalmente durante la época misional de 1728 a 1830 y en años posteriores, cuando la zona quedó casi despoblada. Pero Loreto Arce fue el primer hombre que decidió utilizar el manantial, canalizándolo casi un kilómetro hacia el terreno parejo más cercano. Cortó palmas, rajándolas por la mitad y ahuecándolas para su canalización. Construyó bastidores como soportes en los muros de la cañada, fuera del alcance de las avenidas de agua de temporal. Todo el sistema refleja métodos agrícolas traídos a la California peninsular antes de 1750» (Crosby, 2009:18).

Con respecto a la trasmisión de las actividades, Crosby expresa con respecto a otro joven ranchero:

El curtido de pieles y la talabartería son los oficios por los que Francisco es más bien conocido en la sierra; aún en San Ignacio se admira su trabajo como lo fue el de su padre. En este momento se encuentra ocupado pasando una serie de cueros por las etapas de curtido —argo proceso que requiere de su atención uno o más días a la semana—. El procedimiento es fascinante, puesto que perpetúa los métodos de tiempos pasados —por lo menos del siglo XVIII— y porque emplea únicamente materiales disponibles en la zona (Crosby, 2009:29).

CONCLUSIÓN

Durante los procesos de ocupación y apropiación del territorio que se dieron a lo largo del establecimiento del sistema misional en la Baja California, que varió en los diferentes paisajes de la región peninsular, sucedieron a la vez otros procesos paralelos que vincularon a la población nativa y a los nuevos colonizadores. Diferentes generaciones participaron en esta dinámica, involucrando recursos naturales, así como los conocimientos de los primeros pobladores y de los recién llegados. La suma de estos saberes dio lugar a un crisol conformado por las relaciones familiares y los diferentes intercambios, económicos, políticos y sociales que se generaron. Con este trabajo se ha querido mostrar por un lado, la manera en que se fueron formando las familias, sus interrelaciones entre sí y con el territorio, dentro de un proceso de crecimiento poblacional. A través de las actividades económicas de subsistencia que se llevaban a cabo en los ranchos, tenemos la posibilidad de darles seguimiento a las familias, así como su proceso de arraigo y de herencia cultural.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amao Manríquez, J.L. (1997): *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, México: INAH.
- Apuntes del Informe pronunciado por el Lic. Emilio Velasco, en el juicio promovido por la Sra. Amparo Ruiz de Burton contra la compañía Internacional de México, sobre dominio de los terrenos de la Ensenada, Baja California*, México: Tipografía Avenida Juárez Número 624, 1893.
- Barco, M. del (1973): *Historia natural y crónica de la Antigua California*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel León-Portilla, México: UNAM.
- Crosby, H. (1992): *Los Últimos Californios*, La Paz, BCS: Gobierno del estado de Baja California Sur.
- (1994) *Antigua California: Mission and Colony on the Peninsular Frontier, 1697-1798*, Albuquerque: University of New Mexico.
- Hackel, S.W. (2005): *Children of Coyote. Missionaries of Saint Francis. Indian-Spanish Relations in colonial California, 1769-1850*. The University of North Carolina Press.

- Lassépas U.U. (1995): *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, Mexicali: UABC. (Colección Baja California, nuestra historia).
- León Velazco, L. del C. (1999): «La administración Político-militar de la frontera de Baja California», en *Ensenada: Nuevas aportaciones para su historia*, Mexicali, UABC.
- (2002): «Proceso de integración social y política en el periodo misional», en *Baja California. Un presente con historia*, tomo I, Mexicali: UABC.
- Magaña Mancillas, M.A.G. (2010): *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento memoria e identidades en el área central de las Californias, 1769-1870*, La Paz: Gobierno del Estado de Baja California Sur/Instituto Sudcaliforniano de Cultura/El Colegio de Michoacán/ Instituto Nacional para la Cultura y las Artes.
- Martínez, P.L. (1965): *Guía familiar de Baja California, 1700-1900*, Editorial Baja California.
- Martínez Zepeda J. (2003): «José Antonio Garraleta. Una intriga en la Frontera 1839-1843», en *Voces de la Península*, año 1, núm.1, enero-marzo.
- (2001): *José Manuel Ruiz, un soldado californiano en la transición de la colonia al México independiente, 1755-1825*. Tesis para obtener el título de maestro en historia regional, UABCS, La Paz, BCS.
- Meigs, P. III (1994): *La Frontera misional dominica en Baja California*, Baja California, SEP/ UABC, Col. Baja California: Nuestra Historia, vol. 7.
- «Guadalupe: Last Mission of the Californias» en *Pacific Coast Archaeology Society Quarterly*, 37:4, fall 2201 en: <http://www.pcas.org/assets/documents/Guadalupe.pdf>
- Molina Aguado, A.; Ortega Santos, A. (2011): *Oasis. Agua, biodiversidad y patrimonio*, Granada: Ed. Atrio.
- Moreno, J.M. (1984): *Descripción del Partido Norte de la Baja California. 1861*, Introducción y notas de David Piñera Ramírez y Jorge Martínez Zepeda, Universidad Autónoma de Baja California, Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, año 1, núm. 2, diciembre.
- Neve, F. de (1994): *Reglamento para el gobierno de la provincia de Californias, 1781*, Salvador Bernabéu, ed., La Paz: Doce Calles/Ayuntamiento de La Paz.
- Río, I. del (2003): *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México: UNAM.

- Rodriguez Tomp, R.E. (2006): *Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, La Paz, B.C.S.: Gobierno del Estado de Baja California Sur/ Instituto Sudcaliforniano de Cultura.
- Rojo, M.C. (2000): *Apuntes históricos de la Frontera de la Baja California, 1848-1892*, Introducción y notas de Carlos Lazcano Sahagún, Ensenada: Museo de Historia de Ensenada/Seminario de historia de Ensenada, col. de documentos sobre la historia y geografía del municipio de Ensenada.
- Trejo Barajas, D (2000): *Informes económicos y sociales sobre Baja California 1824-1857*, La Paz, B.C.S.: Universidad Autónoma de Baja California Sur/ Universidad Autónoma de Baja California/ Secretaría de Educación Pública.
- (1999): *Espacio y Economía en la península de California, 1785-1860*, México: Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- Walther Meade, A. (1983): *El Partido Norte de Baja California*, Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California.

Fondos documentales consultados:

- Archivo General de la Nación, México, Fondo Californias.
- Archivo General de la Nación, México, Gobernación.
- Archivo General de la Nación, México, Fondo Justicia y Negocios Eclesiásticos.
- Documentos sobre La Frontera 1772-1888* procedentes del Archivo Histórico de Baja California Sur, Copia en el Acervo Documental del IIH UABC Caja 7.Exp.126.
- The Bancroft Library, California Archives.
- The Bancroft Library, Archivo de Microfilm del IIH UABC.
- Registro de fierros de la Frontera del Partido Norte. Relación elaborada por Pablo L. Martínez para Serra Museum of San Diego, Cal., ahora en la Sociedad de Historia de San Diego.

«SALUDO A TODOS LOS PADRES»
(DOS CARTAS DE IGNACIO TIRSCH SOBRE
CIENCIA Y AMISTAD)

Salvador BERNABÉU ALBERT¹
Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC

A Miguel Mathes (1936-2012)

INTRODUCCIÓN

Las nuevas tecnologías y la apuesta por crear un corredor turístico siguiendo el camino real, amén de la preocupación por la ecología, el patrimonio y el mundo indígena y mestizo, ha arrinconado a *los misioneros* en favor de las misiones. Apenas si se conocen los nombres de los fundadores, quedando mucho por estudiar sobre las formas de vida, sus cualidades, defectos, metas, fracasos,

1. Salvador Bernabéu Albert es doctor en Historia de América y científico titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España). Actualmente trabaja en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. El trabajo se enmarca en el Proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía: «El Pacífico Hispano: imágenes, conocimiento y poder» (PO9-HUM-5392).

temores, relaciones con el entorno y con los neófitos, etcétera. Algo que parece obvio, pero que en realidad es un asunto más complejo de lo que parece y menos estudiado de lo que pensamos. Por ejemplo, la nómina de misioneros conocidos es muy reducida: obviamente encabezan el ranking Salvatierra y Píccolo, los fundadores; después los que escribieron relaciones o crónicas, editadas la mayoría en el siglo pasado: Baegert, Barco, Taraval y, a larga distancia, Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén; éstos tres últimos autores de pequeñas relaciones de la entrada en el puerto de La Paz, actual capital de la Baja California Sur.

Un caso interesante es el del padre Benno Ducrue, último superior de la misiones, que escribió un relato pormenorizado de la expulsión de los ignacianos de su árida y deseada California. Hasta el momento ha sido la última relación publicada en castellano, tras haberse traducido del latín original (Bernabéu, 2008: 151-183). Estoy seguro de que la lista no está completa, pero cualquiera que se haga estará lejos de incluir a la totalidad de los ignacianos evangelizadores, incluyendo a los hermanos coadjutores y a los que laboraron en la península sólo durante algunos meses y cuyo rastro casi se ha perdido. De todos ellos, incluso de los que dejaron más documentación, apenas podemos reunir fragmentos o retazos de sus vidas a partir de la correspondencia, los informes y misivas oficiales ignacianas, y de las escasas crónicas generales escritas por sus compañeros.

Podríamos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que el amplio conjunto de ignacianos que laboraron en la península se ha encarnado en unos cuantos jesuitas, cuya imagen y discurso han quedado fundidos en bronce, en muchas ocasiones por las cualidades literarias de sus escritos, los aciertos de sus biógrafos o por el reconocimiento de las empresas que realizaron (expediciones, establecimiento de misiones, el martirio, la escritura de crónicas, etcétera), aunque las «canonizaciones» lleven en ocasiones sorpresas muy reveladoras: la imagen de Salvatierra que preside la explanada de la misión de Loreto está vestida con hábito franciscano, y una de las joyas de las misiones jesuitas según los catálogos y libros de viajes: San Ignacio Kadakaamán, fue edificada en gran parte por los dominicos tras comprobarse la pobreza y mal estado de la iglesia. Fray Juan Crisóstomo Gómez la terminó en 1786, siendo uno de los más bellos ejemplos de arquitectura misional del Norte de México.

Para contribuir al conocimiento de los misioneros, voy a dedicar este trabajo a transcribir y comentar dos cartas del padre Ignacio Tirsch, bohemio

de nacimiento, uno de los ignacianos más citados en los libros y artículos sobre Baja California por el álbum de dibujos que realizó en su patria chica (Bohemia) tras la expulsión de la Compañía en 1767 de todos los dominios de Carlos III. Ambas misivas están dirigidas a otros compañeros: la primera al extremeño Miguel del Barco, titular de la misión de San Francisco Javier Biaundó, dentro de la misma California, y la segunda, a su compatriota Andrés Michael, que laboraba en la misión de Ures, Sonora. El carácter privado de las cartas les otorga un especial valor, pues el misionero puede plasmar sus inquietudes, aficiones y emociones de una forma más libre y espontánea.

La elección de este misionero no es casual. Tirsch dibujó un cuaderno con varias escenas, edificios, personajes, plantas y animales de la Nueva España y California que, al parecer, estaba destinado a completar una relación sobre sus experiencias en el Nuevo Mundo actualmente perdido². Sea como fuere, la existencia de este material gráfico ha proporcionado a los historiadores una singular fuente histórica no debidamente estudiada hasta ahora, a la vez que ha servido —y sin duda servirá en el futuro— para ilustrar numerosos libros y artículos, muchos de los cuales ni siquiera tratan de los jesuitas ni de California³.

2. El *Codex pictoricus Mexicanus*, manuscrito formado por 46 folios a color (más un bosquejo a pluma en el reverso de una de las hojas) se conserva en la Biblioteca Nacional de la República Checa (Národní knihovna CR), sección de manuscritos e impresos antiguos, sign. XVI B 18. El manuscrito lo componen 47 láminas de buena calidad, siete de 34.5 cm. de ancho por 20.5 cm de alto, y el resto de tamaño mayor, 49.5 cm por 32.5 cm. Las láminas contienen pequeños comentarios en alemán rústico, trufado con palabras en castellano.

3. Trece imágenes se editaron en Praga en un calendario (*Editio Camelia Bohemica*) publicado por Prago Press Calendar el año 1970 y, dos años más tarde, en los Estados Unidos, dentro de la colección *Baja California Travels Series*, nº 27. El editor de la serie, Glen Dawson, se trasladó a Praga y buscó el resto de las imágenes, que fotografió en blanco y negro. El libro se titula *The Drawings of Ignacio Tirsch. A Jesuit Missionary in Baja California* (Los Ángeles, 1972), y los editores fueron Doyce B. Nunis jr. y Elisabeth Schultz-Bischof. Parte de las imágenes se editaron en color y otra parte en blanco y negro, y se tradujeron al inglés las cartelas que acompañaban a las imágenes. Años más tarde, S. Binzová y O. Kaspar realizaron una edición en los *Annals of the Náprstek Museum* 14 (Praga, 1987), con nuevas transcripciones de los textos en alemán.

Se ha producido el fenómeno de que la obra del misionero bohemio es hoy más conocida que su autor. Sus ilustraciones se encuentran en portadas, en el interior de numerosos libros, desde escolares a académicos, en calendarios, carteles, etcétera. En buena parte, esta contradicción tiene su origen en la recuperación, desde hace varios años, de la imagen frente a la lecto-escritura, que ha potenciado el estudio de los mapas, los dibujos y las pinturas como fuente de conocimiento del pasado. El papel complementario o decorativo de estos testimonios históricos ha evolucionado hasta situarlos en un lugar privilegiado en las investigaciones recientes, lo que se ha bautizado como *el giro visual*, situándose la imagen en el centro de interés del historiador. Como ha señalado Fernando Rodríguez de la Flor: «gran parte del capital cultural se genera a través de constructos visuales, y que comunidades enteras y tramos y sectores de los espacios sociales que transitamos ya no generan su identidad con relatos ni articulaciones discursivo-textuales sino, antes bien, con lo que en todo caso son poderosas imágenes de reconocimiento y de integración» (Rodríguez de la Flor, 2009: 95).

Los próximos apartados estarán destinados a paliar de alguna forma este desequilibrio. Los escasos testimonios en papel de Tirsch que han llegado hasta nosotros nos servirán para conocer más a fondo a este escurridizo misionero jesuita⁴.

4. Aparte del ya citado *Codex pictoricus Mexicanus*, del misionero Tirsch se conservan tres cartas (una de ellas no he podido localizarla) y una declaración. Además, sabemos por un comentario de Francisco Javier Alegre que escribió una «curiosa relación» que tenía en su poder, pero desconocemos su contenido y paradero. La cita completa es: «Una u otra cosa pudiéramos añadir, especialmente, por lo que mira a la parte meridional de la California, tomada de la curiosa relación que tenemos manuscrita del Padre Ignacio Tyrsk, misionero de aquellas partes; pero lo dejamos para mejor ocasión» (Alegre, 1960, IV: 138). La carta que no he podido consultar, a pesar de contar con la ayuda de los excelentes archiveros mexicanos es: Tirsch al procurador Juan de Armesto, San José del Cabo, 15 de enero de 1767 (Archivo General de la Nación, México, Temp. Indif., 57).

DE IGNACIO TÜRSCH A IGNACIO TIRSCH

Ignacio Tirsch (Türsch), hijo de Franz Tirsch e Isabella Vlechin, ambos cristianos viejos, nació en Chomutov (Commotau, Komotau), Bohemia, el 2 de julio de 1733⁵. Realizados los primeros estudios, ingresó en la Compañía de Jesús el 18 de mayo de 1754 en Brünn/Brno, provincia de Bohemia, cuando contaba con veintiún años de edad. Junto a los estudios de noviciado, cursó dos años de Filosofía entre 1754 y 1755.

La presencia de la Compañía de Jesús en el reino de Bohemia (formado por el margraviato de Moravia, el ducado de Silesia, la alta y baja Lusacia y la propia Bohemia) data de 1556, año en el que llegaron a Praga cuatro padres, cinco escolares y tres hermanos a petición del emperador Fernando I. El colegio de San Clemente fue inaugurado el 8 de junio de 1556, y a él le seguirían otros centros, como el internado de San Bartolomé (1560), también en Praga, el colegio de Olomouc (1566), el colegio de Krumau (1585), etcétera. El principal fin de la presencia ignaciana en estos territorios de la Europa central era consolidar el catolicismo en un reino inquieto y amenazado por los husitas y los luteranos. En Chomutov, la patria de Tirsch, el principal bienhechor fue George Popel von Lobkowitz (1551-1607), uno de los nobles más poderosos y controvertidos del reino.

Al estallar la revolución de Bohemia, durante los inicios de la Guerra de los Treinta Años (1618), la Compañía fue expulsada del reino y sus propiedades, confiscadas (Gui, 1989). Restablecida tras la victoria de los Habsburgo (1620), los ignacianos —especialmente a través de los colegios, las congregaciones marianas y la universidad de Praga— contribuyeron a la consolidación del catolicismo en Bohemia y la perpetuación de la casa reinante en el poder⁶.

5. Los datos sobre su vida en León-Portilla, (1974: 89-95); Binková y Kaspar, (1987); Binková, (2001); y Hausberger, (1995: 327-329). Una breve biografía se encuentra en el Archivo Histórico Nacional, Madrid, Clero, 453j. Fue publicada en inglés por Nunis, (1972: 17).

6. La provincia independiente de Bohemia se creó el 23 de septiembre de 1623. En el momento de su fundación tenía 115 padres, 74 escolares y 54 hermanos. A pesar de los enfrentamientos, guerras, enfermedades y dificultades económicas, el progreso fue impa-

El noviciado de Brno, donde estudió Tirsch tras la llamada de la vocación religiosa, se estableció en 1571 gracias a la generosidad de los hermanos Johann y Wenzel Grodecky y al estímulo del obispo William von Prusinowsky Wiczka (1534-1572), quien invitó a los jesuitas a instalarse en Olomuc durante su mandato al frente de la diócesis (1565-1572).

A mediados del siglo XVIII, la provincia contaba con 1.253 miembros y veintiséis colegios —entre ellos las universidades de Praga y Breslau—, veinticinco residencias de estudiantes, doce residencias para la labor pastoral, una Casa Profesa, trece misiones y tres casas de formación. Sin embargo, el número de edificios, seminaristas y padres se vio mermado por la separación de una parte de Bohemia, que pasó bajo el control de Prusia tras la Guerra de Silesia. Los jesuitas gozaron del aprecio de la emperatriz María Teresa de Austria (1740-1780) durante los primeros años, pero, más tarde, emitió un decreto apartándolos de todas las instituciones de la monarquía, y cuando el papa Clemente XIV suprimió el orden, se incautó de todos sus bienes.

Una notable vocación misionera, que llevó a cientos de bohemios a los más remotos parajes del globo, surgió durante los años de restauración y confrontación religiosa. En la centuria ilustrada, ciento sesenta miembros de la provincia viajaron a Ultramar, entre ellos Ignacio Tirsch, quien en 1755 fue elegido para ir como misionero a la Provincia Mexicana de la Compañía. Tirsch se había convertido en un *indípetas*: nombre que recibían los jesuitas que solicitaban ir a las misiones de infieles. El nuevo evangelizador de las lejanas tierras dejó su patria el 16 de abril de 1755, formando parte de la última y más numerosa expedición de misioneros destinados al virreinato de la Nueva España.

Tras atravesar la mitad de Europa, el grupo de ignacianos se embarcó en Cádiz en el navío *Victorioso*, bajando a tierra en el puerto de Veracruz el 20 de marzo de 1756. En total, el viaje desde Bohemia había durado casi un año. La estancia de Ignacio Tirsch en la Nueva España se puede dividir en dos etapas hasta su expulsión en 1767. Durante la primera, se dedicó a prepararse tanto para ir a misiones como para convertirse en un verdadero jesuita. El bohemio

rable, edificando la Compañía de Jesús algunos de los templos y edificios más bellos de la Europa central.

fue destinado al colegio de Tepozotlán, donde aprendió castellano, siguió los estudios e hizo los votos *post biennium* en la capilla del Noviciado el 19 de mayo de 1756.

En el siglo XVIII, el colegio-seminario de Tepozotlán se había convertido en uno de los más importantes centros de formación de misioneros del continente, tanto por el número de alumnos como por las haciendas, ranchos, ingenios, casas, etcétera, que poseía. Sus rentas permitieron levantar un gran complejo de aulas, oratorios, habitaciones, salones y dependencias de servicio, además de un suntuoso templo dedicado a San Francisco Javier, patrón de las misiones. En este gran centro de educación jesuita, los jóvenes americanos y europeos se formaban o completaban sus estudios tanto en aspectos religiosos como académicos, contando con una importante nómina de profesores y de antiguos misioneros, quienes, sin duda, contribuyeron a consolidar la vocación misionera de Tirsch. Finalmente, nuestro jesuita bohemio concluyó los estudios de teología en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, situado en la capital virreinal, y realizó la tercera probación en el Colegio del Espíritu Santo de Puebla, dos de los centros más prestigiosos de la provincia mexicana.

Con veintiocho años de edad, Tirsch inició su segunda etapa en el Nuevo Mundo, dedicando su vida a evangelizar en las misiones de la Baja California, tarea que se dilataría durante casi siete años: desde mediados del verano de 1761, en que viajó a la península vía Sonora y Sinaloa como «sacerdote escolar», a 1768, año de la salida de los ignacianos de la península, cumpliendo la orden de extrañación de los jesuitas de todos los dominios del rey Carlos III contenida en la *Pragmática Sanción*, firmada en El Pardo el 2 de abril de 1767 (Bernabéu, 2008). En uno y otro viaje le acompañó el también bohemio Wenceslao Linck, desembarcando en la misión de Loreto, capital de la California jesuita, a principios de 1762. Nuestro misionero fue destinado durante ese año y parte del siguiente como asistente del padre procurador Lucas Ventura en la citada capital⁷, mientras su compañero fue enviado a la norteña San Francisco

7. El padre Lucas Ventura nació en Muel, Zaragoza. Sirvió de procurador de las misiones entre 1757 y 1768. Murió durante su exilio en la ciudad italiana de Bolonia en 1793.

de Borja, donde protagonizó uno de los últimos viajes de exploración de la etapa jesuita⁸.

La estancia de Tirsch en la capital californiana tuvo un doble propósito: adaptarse a las duras condiciones climatológicas y de vida en la península, y el ir conociendo las características y diferencias de los diversos pueblos indígenas que la poblaban. Finalmente, en 1762 intercambió su puesto —por causas que desconozco— con el padre criollo Julián Salazar (1728-1790), que trabajaba en la sureña misión de Santiago de los Coras desde 1760. En adelante, este último fue asistente en Loreto, cargo que desempeñó entre 1763 y 1765 en lugar de Tirsch⁹. Mientras tanto, el jesuita bohemio laboraría en una de las misiones más ricas pero, al mismo tiempo, más conflictivas de toda la California.

Santiago estaba enclavado en un paraje rico en tierras de aluvión y en ojos de agua. Si se dan ambas condiciones —señaló el padre Baegert—, todo se da bien y la tierra rinde como las mejores de Europa: «entonces hay trigo y maíz, arroz, calabazas, sandías y melones que pesan veinte y más libras; algodón, limones y naranjas, plátanos y granadas, uvas dulces y riquísimas, aceitunas e higos dos veces durante el mismo verano y en el mismo árbol; puede recogerse una doble y hasta triple cosecha de maíz que crece más de una braza y media de cuyo tallo pueden cogerse, a veces, hasta 12 mazorcas bien repletas» (Baegert, 1942: 32-33). Además, la misión santiagueña contaba con varios ranchos de ganado y su cercanía con el Cabo San Lucas —donde se encontraba el pueblo de visita de San José del Cabo desde 1751— le proporcionaba algunos regalos por parte de los tripulantes del galeón de Manila a cambio de los alimentos frescos que les llevaban a la playa. Tirsch calificó su misión como «la más florida pieza de la descubierta California», aunque estaba poblada por unos

8. Wenceslaus Linck (1736-después de 1790) nació en Bohemia, llegando a Baja California en 1762. Es enviado a la misión de San Francisco de Borja, desde donde emprendió una expedición al norte de la península en 1766, cuyo diario ha sido reproducido en varias ocasiones. Linck, (1966). De regreso a su patria, sirvió como sacerdote en Olmouc, antigua Olmütz.

9. Julián de Salazar (Chiapas, 1728-Jaca, 1790) fue enviado a las misiones de Sonora, concretamente a Bacúm, desde donde emprendió el destierro. Dejó la Compañía de Jesús en 1768, sirviendo como sacerdote secular en España hasta su muerte.



Figura 1.—Región Sudcaliforniana.

neófitos famosos por su carácter altanero y levantisco, pues no en vano habían protagonizado la rebelión más peligrosa de los setenta años de la presencia de los jesuitas en California, destruyendo las misiones del sur y matando a dos padres y a varios soldados, familiares e indios amigos en 1734¹⁰.

Tras el alzamiento, la misión de Santiago de los Coras o Santiago el Apóstol Añiní fue reconstruida por Antonio Tempis entre 1736 y 1746. Tras cuatro años de evangelización de Sigismundo Taraval (1747-1750), uno de los supervivientes de la rebelión de los pericúes, fue reemplazado sucesivamente por los padres Bernardo Zumziel (1750-1751), Juan Javier Bischoff (1752-

10. «La sublevación más extensa y más peligrosa de los californios, aconteció y dio principio en el año de 1733, en la parte sur del país y entre las naciones llamadas Pericúes y Coras, las dos de un carácter sumamente altanero, inquieto e inaguantable hasta la fecha, de lo que tuvo pruebas más que suficientes el P. Ignatius Tirs, su último misionero» (Baegert, 1942: 194-195).

1753), Francisco María Badillo (1753-1759), Francisco Escalante (1759), Julián Salazar (1760-1763) y, finalmente, por Ignacio Tirsch hasta la expulsión (1763-1768)¹¹.

Superada la sublevación, las amenazas de los pericúes disminuyeron por varias causas: los estragos de las epidemias (1742, 1744 y 1748)¹², el cambio de vida introducido por los misioneros, las seculares guerras entre las rancherías¹³, los daños ocasionados por la langosta y la pérdida de buena parte de los ecosistemas que antes los sustentaban. A la ocupación de varias llanuras para sembrados, habría que añadir los efectos negativos de la multiplicación de los ganados, que quedaban esparcidos por los montes. Otro factor de agresión al ecosistema sudcaliforniano fue la fundación —a partir de 1748— de varios campamentos mineros en el centro de la región, donde antiguos soldados de los jesuitas encontraron yacimientos de oro y plata (Amao, 1997). Como consecuencia de esta disminución de indios, San José del Cabo se convirtió en 1751 en pueblo de visita de Santiago de los Coras. A principios de 1768, misión y visita no superaban los 350 neófitos¹⁴.

El fracaso de las misiones australes no pasó desapercibido para el más renombrado de los cronistas jesuitas, Francisco Javier Clavijero: «Por otra parte, consta que después de la introducción del cristianismo se disminuyó mucho el número de habitantes, señaladamente en la parte austral, en la cual los pericúes que había cuando se les anunció el Evangelio, se redujeron después a la décima parte, a pesar de que desde su conversión cesaron sus guerras, estuvieron mejor alimentados y su vida fue más arreglada» (Clavijero, 1975: 230).

11. La misión fue fundada por Ignacio María Nápoli en 1724, siendo relevado por el padre Lorenzo Carrasco, natural de Cholula, en 1726. Éste sería asesinado por sus propios neófitos en 1734 (Crosby, 1994: 401).

12. Señala el padre Miguel del Barco que: «Murieron tantos en estas tres pestes que no quedó ni aun la sexta parte de la gente, que tenía antes la nación pericú» (Barco, 1988: 243).

13. «Con las querellas de estos, y de sus parientes, se encendieron guerrillas, y desavenencias de unos con otros, con que recíprocamente se mataban, y consumían las Rancherías, como en el tiempo de su gentilidad» (Venegas, 1757, tomo II: 477).

14. La cercana misión de Todos Santos, donde se habían concentrado en 1749 los pocos supervivientes de los coras, arípes, uchitíes, callejús, guaycuras, catauros y cantiles, sólo contaba con noventa neófitos.

No es mi propósito el hacer una microhistoria de Santiago de los Coras —aunque creo que sería de gran utilidad para comprender e interpretar los famosos dibujos del padre Tirsh—, sino el de contextualizar las dos cartas que reproduzco a continuación por su importancia para conocer a este interesante misionero, ya que nuestro jesuita estaba rigiendo los destinos de una misión con grandes posibilidades agrícolas y ganaderas, pero en decadencia por la disminución de sus neófitos.

EL APRENDIZ DE CIENTÍFICO

A excepción de Loreto, las misiones contaban con un padre solamente que pasaba la mayoría del tiempo en compañía de sus neófitos, sirvientes y algunos soldados. Estos últimos, la única «gente de razón» con la que podía entablar una conversación, tenían por lo general poca preparación cultural. Los temas sobre los que solían hablar eran limitados: el tiempo, las faenas del campo, los comportamientos de algunos indios y poco más. La vida, por tanto, se hacía dura para los jesuitas, preparados en los mejores noviciados, centros y universidades del orbe católico. Una de las actividades que podían hacer, luego de dirigir las actividades religiosas y dar las órdenes sobre las comidas y otras faenas relacionadas con el día a día de la misión, era leer. Las misiones contaban con buenas bibliotecas, que en parte conocemos por el inventario realizado en 1773 cuando pasaron a manos de los dominicos. Sin duda, durante el período jesuita, el número de libros fue mayor, pero incluso con la muestra de los que quedaron en 1773, la cantidad y calidad de los autores y temas es impresionante (Mathes, 1991).

Algunos padres se dedicaron a explorar los terrenos circundantes e, incluso, contamos con mapas y esbozos del terreno que salieron de sus manos. Al menos uno de los misioneros, el veneciano Pedro María Nascimbén, enseñó canto a sus neófitos de Santa Rosalía de Mulegé. Y, por último, varios jesuitas se dedicaron a observar y describir el paisaje que los rodeaba. Uno de ellos fue Miguel del Barco¹⁵, quien escribió en el destierro italiano una historia natural

15. Miguel del Barco, nacido en Casas de Millán (Cáceres), trabajó durante varios meses en la misión de San José del Cabo (1737) y más de treinta años en San Javier (1737-



Figura 2.—Misión de Santiago de los Coras. Dibujo de Ignacio Tirsch.

de gran valor; otro, el austriaco Francisco Inama, que se hizo famoso por un estudio de las serpientes que asediaban la misión de San José de Comondú, y, por último, Ignacio Tirsch, quien, aparte de dibujar varios animales, plantas y parajes sudcalifornianos en su famoso códice, escribió, al menos, una larga carta donde da a conocer su interés por las cuestiones científicas.

Esta afición de nuestro misionero la ratifica una misiva que el padre Barco envió al procurador Ignacio Lizassoáin, fechada el 25 de octubre de 1764, donde le señala que: «[...] avisé que el padre Tirsch podrá dar razón de lo animal y vegetal porque es aficionadísimo a pasearse en estos dos reinos, y observador curioso de lo que hay en ellos, aunque de lo perteneciente al mar, no sé. De

1768), partiendo al exilio junto al resto de sus compañeros en 1768. Instalado en Italia, Barco aprovechó su largo destierro —murió en Bolonia en 1790— para clasificar y exponer lo observado durante sus años de misionero en Baja California.

las cuales regiones me destierra a mí enteramente mi natural inclinación»¹⁶. Pero no contábamos con testimonios de su afición y actividades —aparte, claro está, de sus dibujos— hasta que el historiador Miguel León-Portilla publicó tres fragmentos de la carta que ahora reproducimos íntegramente (León-Portilla, 1974, 93-94).

Se trata de una misiva de Ignacio Tirsch a Miguel del Barco, firmada en Santiago el 16 de junio de 1764, de letra complicada por las abreviaturas y algunas palabras de difícil comprensión, en donde, tras darle las gracias por el envío de varios regalos —seguramente desde la misión de San Francisco Javier, donde el padre extremeño laboraba desde 1737—, le informa minuciosamente de algunas de sus observaciones y experimentos de carácter científico.

Las cuestiones que Tirsch aborda son cinco: cómo y qué comían las lanostas, destructoras de los ricos campos sudcalifornianos; por qué existían tantos árboles y plantas «tan aguanosas en un suelo tan seco y árido»; la razón por la que los perros en California dejaban de ser leales; las causas de las mareas y, finalmente, en qué lugar o lugares se resguardaban las golondrinas cuando llegaba el frío o la lluvia. En el estudio de las cuestiones citadas, el padre bohemio no sólo se limitó a observar la naturaleza y a leer algunos libros, sino que también llevó a cabo sencillos experimentos. Este afán por conocer el funcionamiento de la Naturaleza más allá de la causa primera (Dios), no deja de sorprendernos por la pobreza de medios de las misiones bajacalifornianas y la lejanía de cualquier centro científico. Es fácil comprender, por ello, que el padre compartiera sus inquietudes con el único misionero aficionado a los temas naturales y al que pide clemencia por enviarle sus largas disquisiciones: «Vuestra reverencia perdone tanta moledera, porque no tengo otro motivo sino el deseo de aprender discurriendo con vuestra reverencia, que me puede corregir, pues tanto lo entiende vuestra reverencia y es de gusto de vuestra reverencia, porque nuestros padres en la California no todos gustan de estas materias, porque no les tira por ahí el genio». Un genio que sí despertó en nuestro misionero y que muestra, con toda humildad, en la siguiente carta.

16. La carta, que se custodia en la Biblioteca Nacional de México, Archivo Franciscano, 4/69.1, fue reproducida por Miguel León-Portilla en su edición de Barco, (1988: 431-434).

*Mi amado padre reverendo Miguel del Barco*¹⁷.

P. c. & c^a

Tengo la honra de saludar a vuestra reverencia, ya que se ofrece la oportunidad, que raras veces se logra. Juntamente agradezco de nuevo a vuestra reverencia el regalo que vuestra reverencia me hizo la caridad de enviarme. ¡Ojalá pudiera yo, si no con otra cosa, a lo menos con el pronto despacho de las tinajas corresponder! Mas vuestra reverencia bien conocerá cuán arduo es el tener la ocasión de poner en efecto lo que tanto en la voluntad y mente deseo. Mucho nos aprovechan los caritativos socorros de arriba¹⁸, pues acá va cada día peor por la mucha langosta que, a la más florida pieza de la descubierta California, hace la más triste y melancólica sepultura, y si no me constara que vuestra reverencia harto conociese cuán dañoso sea este insecto, algo más me dilatara en dar algunas reflejas que, a pesar mío, hube de observar.

Lo primero que dicen los sinaloas¹⁹ y otros de semejante jaez²⁰ idiotas, que la boca del chapule es caliente²¹. Pregunto, ¿si la lima, el hierro que se lima es caliente?, ¿si los dos palitos con que sacan lumbre sea caliente, etcétera? Todo, ya se ve, cosa a lo menos no caliente y, no obstante, propter frictionem²², se descubre el fuego escondido en los poros de sus respectivos cuerpos. Así, pues, el chapule, sus dientes y muelas, o toda la quijadita, porque no pude ver división y parece todo de una pieza, es a modo de lima en la parte que le corresponde para mascar. Hacia el tragadero tiene como muelas, que son seis puntitas sobresalientes, y en lo anterior de la boquita son tres las puntitas en una ringlera sencilla que hacen los dientes.

17. La carta de Tirsch, conocida por los fragmentos publicados por León-Portilla, 1974, 89-95, se encuentra en el Archivo Jesuita de Roma, Fondo Gesuitico, 1467, Collegia 96; Messico, 116-120. «Notizie e carte del tempo dell'espulsione e dopo (1764, 1787, 1788). León Portilla la sitúa erróneamente en la Biblioteca Nazionale de Italia, Fondo Jesuístico, 1467.

18. Se refiere a los socorros llegados desde Loreto, que en ocasiones llegaban por tierra, mediante mulas, o por barco, descargando en la bahía de La Paz o en otra rada más cercana a la misión.

19. Indios de la contracosta, que laboraban en la península desde el principio de la evangelización, generalmente como marineros, correos y ayudantes de los misioneros.

20. Calidad o propiedad de una cosa.

21. *Chapule*: chapulín o langosta.

22. En el original: *propter frictionem*.

Como el menudeo de roer es tan continuo, se encienden, aunque no en llamas visibles, las plantas y se secan. Ya se sabe que su largor es de tres dedos materiales de un hombre no muy grande en dichos dedos. Sus ojos tienen tapados con una telita durita y diáfana o transparente a modo de anteojito. Su comer es especial porque tiene dos movimientos entre sí opuestos, pues los hilitos, etcétera, que le sirve de labios, se menean de arriba para abajo como en nosotros y otros animales, mas los dientes, muelas, se menean de lado a lado, y así va su movimiento en cruz ^a + ^b, y por esto poco se le caerá de la boca.

Es cierto que unas plantas come y otras no. Entre las que no, son los melones; lechuga, poco lo prueba y lo deja. Y no vale decir o porque unas son duras, amargas o lactíferas. No, porque de igualmente duras, amargas, lactíferas plantas come muy bien. ¡Ojala no comiera nada! De sabor quizá poco sabrá, pues no tiene especial tripita o estómago, porque no tiene más que un cañutito que desde la boca penetra hasta el remate de su cuerpecito. Y así, cuanto es el menudeo de tragar, tanto es el despedimiento de lo tragado, que se ve en la tupida lluvia de su excrementito. Pienso, pues, que debe estar que no come algunas plantas, en que dichas plantas no tengan la textura de sus poritos proporcionados para los dientes y muelas del chapulín. Lo que se prueba que dichas plantas coge con los labios, pero, al llegar con los dientes, no puede proseguir.

Veo que el alegremente docto Torres²³ me dijera: ¡Qué se nos da coma así o de otro modo! ¡Como no comiera, lo que es para nuestra utilidad y mantenimiento! Lo mismo digo yo. Lo digo no más para discurrir algo. Y con la ocasión del chapulín paso a reflejar sobre una admiración que se forma sobre muchas plantas de la California: que cómo hay tantas plantas, árboles, al parecer tan aguanosas en un suelo tan seco y árido. Yo, salvo meliori²⁴, nada me admiro, y aun digo que de este modo ha de ser.

Suponiendo primero por mi experiencia que hice en destilar, etcétera, las plantas más aguanosas, al parecer lactíferas, y encontré que no es otra cosa que un aceite o viscosidad más o menos espeso o líquido conforme la composición de las partículas térreas, ígneas, aéreas, acuosas, que constituyen las dichas plantas

23. Se refiere el prolífico Diego de Torres Villarroel (1694-1770), profesor de astronomía y catedrático de matemáticas de la Universidad de Salamanca. Ordenado presbítero en 1743, fue nombrado administrador de los estados del duque de Alba, en su palacio de Monterrey.

24. *Salvo meliori iudicio*: «a menos que alguien sepa mejor».

y como lo aceitoso predomina en dichas plantas, suponiendo que el aceite o pinguetud, grasa, etcétera, se componen de más cantidad de partículas ígneas que de otras, no me hace ya fuerza que en un suelo tan seco y árido brote la pinguedo terrae²⁵ ayuda[r].

Los poros de la fuerza del calor solar y del peso de las otras partículas más pesadas quce primunt aut expellunt corpora minus gravia y crezcan estas plantas de que hablamos o vamos tratando. En esta mi opinión compongo muy bien por qué los cardones, pitahayas, etcétera, no nazcan en lugares pantanosos que sean veretales, compongo bien por qué tengan abajo tan angostas y pequeñas raíces, y para este modo de opinión me valgo del modo de bustular o bullir del aceite que pongo por ejemplo. Echado abajo aceite en un cristal claro y encima el agua, el peso, pues, del agua expele las pequeñitas gotas del aceite, y se unan tantas gotitas en la superficie, de suerte que las gotas que en su fondo eran tan pequeñas, arriba, en el medio más raro, se explayan y se ensanchan, que en lo pantanoso no se vean tanto dichas plantas es porque aquella costra de partículas agua[r] y salados, aunque a nuestro sabor poco perceptibles, encubren o tapan tanto los poros en que la pinguedo terrae reside que no hay lugar de buscar medium magis rarefactum, lo que no pasa en las aguas limpias y cristalinas, que fácilmente encuentran lugar, pero en agua corrompida o espesa y bituitosa con harto trabajo tales cuales partículas suben, pero ya tan mezcladas que no pueden servir para otra cosa que para nadar encima de su charco y se nos aparece en figura de espejitos de varios colores, ni por esto digo que toda agua cristalina deba producir árboles aceitosos, antes digo que el aceite o pinguedo terrae se expele con movimiento precipitado y se esparce por el aire, lo que vemos en los sauces, álamos, etcétera, que tienen su aceite y parece agua toda lo que alguna, ¡quién lo negará!

No corresponden sus raíces a la máquina de sus troncos y ramas, y por esto el viento bien los tumba, lo que no sucede en los encinos, robles, hayas, pinos, abetos, etcétera, que tienen raíces más proporcionadas según el vehículo del aceite o más gruesas las raíces si es poco el aceite como en el encino, etcétera, o si es mucho, como en el pino, más delgadas aunque fije algo más y las engruesa más sus raíces el pino no es porque tiene mucho aceite, el cual no es volatilis, sino muy mixto de partículas espesas, y por esto llamamos resina. Su jugo o pinguedo, me dirá otra vez el chistosamente docto Torres, pues si tienes tanto aceite en tus biznagas, nopales,

25. *Pinguedo terrae*: «tierra grasa».

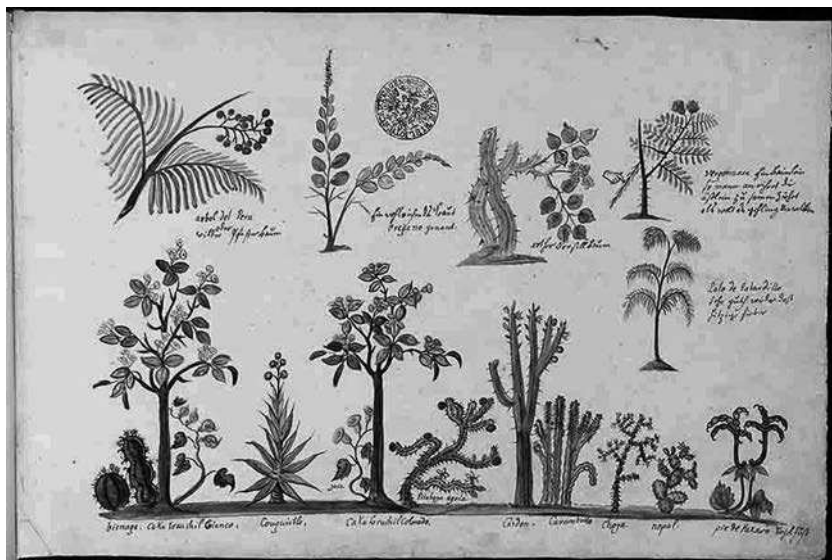


Figura 3.—Dibujo de plantas californianas. Ignacio Tirsch.

*pitahayas, cardones, etcétera, provéenos también, y le confieso que no tengo ni una gota de aceite ni para salvar la vida*²⁶.

Hablo, pues, en términos químicos y filosóficos. Vuestra reverencia perdone tanta moledera, porque no tengo otro motivo sino el deseo de aprender discurrendo con vuestra reverencia, que me puede corregir, pues tanto lo entiende vuestra reverencia y es de gusto de vuestra reverencia, porque nuestros padres en la California no todos gustan de estas materias, porque no les tira por ahí el genio.

Dicen también los sinaloas, etcétera, que en la California no son leales los perros. ¡Oigan! ;Será según su capricho un astro desleal que influye en los pobres

26. Se refiere a la función de los santos óleos para remediar las dolencias del alma y del cuerpo de los enfermos con el fin de que puedan soportar y vencer el mal, y conseguir el perdón de los pecados. No sólo estaba indicado para los moribundos, sino que también era aconsejable el aplicarlo a los enfermos graves o ancianos ya muy deteriorados en su salud.

perros de California tan malas calidades? Dense mejor cuidado en criarlos y verán que las propiedades de los perros criados en California no serán otras que en otros países. Denles sus amos de comer bien desde chicos, no los dejen ir robando tasax²⁷, ranibos, cosinas, etcétera, procuren que no les falte en casa, porque si de otro modo lo hacen, tendrán los perros poco amor al puro término de amo y reconocerán tanto amor [a] cuantos les dieren un bocado. Y si dicen que no les falta nada, pero que en el camino los dejen, eso ya puede ser mal hábito del perro, adquirido por el descuido pasado, o si dicen que esto no, no los saquen al rigor del sol, que, cansados, se quedarán, [y] si les alcanza otro pasajero, ya algo descansados ellos, correrán por no morir con dicho pasajero.

No puedo tragar semejantes desatinos, ni por esto me cuadran los autores que ponen casi toda la causa de tanta lujuria, hurtos de las Indias en el temple. Que algo, mayormente en la torpeza, ayude el calor, comida, temperamento, etcétera, a conmovier los humores físicos de los cuerpos, vaya, mas yo tengo por cierto que, si hubiera buena crianza, el debido recato, el apartamiento de malas compañías, el horror civil, porque quiero ahora dejar las cosas teológicas, a la lujuria, y no la suavicen con el pernicioso oropel de fragilidad, será muy otra la América de lo que es sapienti pauca.

He leído varios autores, así antiguos como modernos, sobre el flujo y reflujo de la mar, sobre a dónde van las golondrinas y otros pájaros a tiempo, y, confieso mi capricho, nada me satisfacen, y si yo no fuera tan rudo en la matemática, etcétera, me valiera bien de una observación que hice el otro día con un batea que llené de agua. Cogí otra ollita vacía, puse adentro de la ollita la estopa o papel encendido, y así, boca abajo la ollita, con su lumbre adentro, metía la batea; se chupó tanta agua cuanta había en la ollita, de manera que poca quedó en la batea hasta que, cesando la rarefacción adentro, y el peso del aire adentro, se igualaba con el ambiente de afuera, se fue saliendo el agua poco a poco, y quedó como antes; así lo pudiera uno otra vez calentar sin menear la ollita. Se entiende por parte de adentro hubiera flujo y reflujo. Vuestra reverencia ya me entenderá a dónde voy, pues, sin recurrir a la luna ni a las cavernas sulfúreas, creo que un docto, con sólo el Sol y las concavidades subterráneas, pudiera arreglar su sistema, pudiera componer por qué en tal tiempo sea más o menos el flujo, etcétera, [y] por qué en unos mares a tales horas y en otros en otras horas. Ya se ve [que] yo no sirvo para esto, mas, si fuera docto, me quedara alguna esperanza de demostrar lo probable.

27. Tasajo: corte de carne de res secada al sol o ahumada.

Sobre las golondrinas y otras aves que a ciertos tiempos desaparecen, ni uno pude encontrar que me dejara convencido, y cuando pensaba hallar luz en el libro intitulado Espectáculo de la naturaleza,²⁸ encontré que el autor se contenta con decir que la Providencia divina, etcétera. Eso ya se ve está muy bien. ¡Y quién lo niega! Mas para nuestro modo de filosofar no se recurre luego a la causa prima. Ya se ve que Dios todo ordenó y ordena, etcétera. Esto ya se supone. Vamos a las causas secundas, en cuanto Dios nos concede benignamente el discurrir.

Digo, pues, que los que dicen que estos pájaros van a tierra caliente, tienen la experiencia en contra, porque poco más o menos tan desaparecen al mismo tiempo en tierra fría, templada, caliente, y fuera de esto yo pregunto que en Alemania he visto que estaba la tierra llena de golondrinas, entró un frío en una hora, no se vieron por ningún modo ni en las casas, bosques, cuevas, etcétera, y a la tarde, benigno más el tiempo, estaban otra vez ahí. ¿A qué tierra caliente irían o de dónde volverían tan aprisa?

Los que dicen que en tiempo de frío se esconden en los palos huecos, cuevas, etcétera, no me entra tampoco, porque aunque Alemania en tiempo de Tácito fue como fue, hoy en día²⁹, según todos [los] autores forasteros desapasionados, ya no cabe más cultivo en ella. Hablo porque de allá tengo más experiencia. Es posible que tanta gente traqueando todo a menudo, así palos como cuevas, etcétera, no encuentran siquiera con una ave de estas. Yo mismo, por ser afecto o haber sido a la caza, fui a los cerros, bosques más solitarios, si así se pueden llamar. Vi palos huecos, cuevas, etcétera, los más proporcionados por todos lados para su habitación; no vi nada, y lo que más es vi que de su nidito bien abrigado en tierra limpia y

28. La obra *El Espectáculo de la naturaleza*, del sacerdote francés Noël-Antoine Pluche, más conocido como el abate Pluche, fue considerada en su tiempo como una enciclopedia del saber científico, tratando materias tan variadas como el comercio, la industria, la economía, el arte, la astronomía, la ingeniería y, por supuesto, las ciencias naturales. La obra apareció en nueve volúmenes entre 1732 y 1742, alcanzando un gran éxito dentro y fuera de Francia, con numerosas traducciones y adaptaciones. Como cabía esperar, Pluche fue muy criticado por los filósofos ilustrados, pues sus teorías estaban asentadas en los principios católicos.

29. Aunque el historiador romano Tácito nunca estuvo en Germania, escribió una obra sobre dicho territorio, del que nos ha llegado un único manuscrito, actualmente en la Biblioteca Nazionale de Roma. En *De origine et situ Germanorum* se describen los diversos pueblos germanos no integrados en el Imperio Romano y que formaban su frontera norte. Tácito señala que todo el territorio estaba cubierto de frondosos bosques.

pobladísima, entrando unas horas de frío, se fueron y volvieron así que calentaba el Sol a su nido en poquísimos tiempo, que no sé cómo pudieran alcanzar tan presto los bosques y volver luego a su nidito. En fin, a mí no me queda otra opinión que decir que van a la región del aire, y que antes que se condense o espese el aire por el frío, suben más o menos arriba según la duración de la condensación, y por esto se apartan antes que llegue la total condensación, y dicen los labradores que huelen el tiempo los pájaros, y que bajan con nosotros cuando por el calor se disipa el aire engrosado por el frío.

Ya lo dejo, mi amado padre reverendo. En otra carta diré lo que me movió a tener este pensamiento y procuraré de satisfacer a las dificultades.

En los santos sacrificios de vuestra reverencia me encomiendo, cuya vida pido al Señor guarde.

Santiago y junio 16 de 1764.

Muy afecto siervo de vuestra reverencia

Ignacio Tirsch

La carta tiene unas anotaciones al margen, sin duda realizadas por el destinatario (el padre Barco), en donde confiesa que: «No he dado yo motivo alguno a esta carta, ni soy del genio que el padre me supone: amigo de estas curiosidades de la nueva Física. Muy de ordinario no me convencen estos físicos modernos, aunque tampoco los antiguos me dan mucho gusto ni apruebo todo lo que en esta [carta] se discurre». La declaración es un tanto ambigua, pues la primera frase puede desconcertarnos, aunque se puede explicar porque Miguel del Barco, más tradicional que Tirsch, se dedica a apuntar la diversidad de animales y plantas de la península, anotando sus características, facultades y usos medicinales, pero no busca indagar ni esclarecer, a diferencia del bohemio, cuestiones científicas. No obstante, al perderse el manuscrito de Ignacio Tirsch, el texto de Barco ha quedado como la obra científica más importante de la California Jesuita³⁰.

30. En mi opinión, las ilustraciones de Tirsch son sólo la punta del iceberg de una obra científica de gran importancia para el pasado peninsular, desgraciadamente hoy perdida.

Efectivamente, el manuscrito del jesuita extremeño es muy rico en información, reunida gracias a una paciente observación y memoria³¹. Cataloga y describe numerosos árboles y frutos, ofreciendo en varias ocasiones su nombre indígena y adjuntando sus propiedades farmacopeas. Dedicó un capítulo a los problemas que tenía la adaptación del trigo en California y se detiene en el empleo de las semillas, los mezcales y las pitahayas en la dieta indígena. También resaltó las propiedades medicinales de la jojoba, incluyendo un recetario impreso en México el año 1749 (Barco, 1989: 96-97), y en cuanto a los animales, incluye una curiosa descripción del *pez mulier* o *neréides*, escrita por el padre Victoriano Arnés, acompañada de un dibujo realizado por Ignacio Tirsch.

El pez mulier tenía la figura de una mujer de medio cuerpo arriba; y de pescado común, de medio cuerpo abajo. Como lo hallamos seco y aplastado como un bacalao, no se pudo hacer mucha anatomía. No obstante, aparecía la cara, cuello, hombros y pecho blanco, como si llevara una cotilla, y tuviera descubierta los pechos; aunque no me acuerdo si se distinguían los pezones. Lo demás estaba cubierto de escamas y remataba en cola como otros peces. Su grandor sería de dos palmos, y a proporción de ancho, a semejanza del bacalao. No se descubrían brazos ni cabello. Le hallamos en la playa en diámetro opuesto a mi misión de Santa María³², en el mar del Sur, en una ensenada que se forma al fin del arroyo llamado Catabiñá (Barco, 1989: 128).

31. Miguel del Barco realizó la descripción de las características geográficas y fisiográficas de la península, ordenando el material en once capítulos: I. Animales montaraces; II. De los insectos y reptiles; III. De las aves; IV. Árboles de naturaleza regular; V. De los árboles de naturaleza irregular; VI. De los arbustos, matas y hierbas; VII. Del trigo de California; VIII. De los mescales y algunas raíces; IX. De los peces; X. De los testáceos, y XI. De los minerales, salinas y piedras. Es interesante la división que realiza, estudiando los peces y testáceos tras hablar del reino vegetal, cuyos capítulos están precedidos de los dedicados a los animales terrestres y a las aves. No se olvida de los minerales, pero los deja para el final de la obra.

32. Santa María de los Ángeles fue la última misión fundada por los jesuitas, concretamente en mayo de 1767, gracias a los donativos de la duquesa de Béjar y Gandía. Estaba situada a 138 kilómetros al noroeste de San Francisco de Borja. Sus primeros misioneros

No se ha encontrado más correspondencia entre Barco y Tirsch, aunque podemos confirmar que la relación fue frecuente, como demuestra la copia del citado «pez mulier» o «nereides» que Miguel del Barco incluyó en su manuscrito³³. Por otra parte, además de la correspondencia con el extremeño, Tirsch estableció un diálogo imaginado con *Torres*, quizás el famoso Diego de Torres Villarroel. Las otras fuentes que cita son *El Espectáculo de la naturaleza*, del sacerdote francés Noël-Antoine Pluche, y la obra *De origine et situ Germanorum*, del historiador romano Tácito, ambos lejos de los grandes pensadores científicos de la época. Por desgracia, desconocemos los autores y las obras que tenía la librería de la misión de Santiago, pues en el inventario realizado por el franciscano Miguel Sánchez el 28 de junio de 1773, antes de partir a la Alta California y dejarla en manos de los dominicos, sólo se especifican el número y tamaño de los libros: «Ídem, una librería con treinta y ocho libros de a folio de varios autores, como sesenta y cuatro en cuarto y cincuenta en octavo y dieciséisavo» (Mathes, 1991: 398).

Con todo, las aficiones del padre Tirsch fueron conocidas y apreciadas por sus compañeros, como demuestra el siguiente comentario del mordaz padre Juan Jacobo Baegert: «¡Cuántas fanegas de trigo y de maíz se hubieran levantado más, si no existiera esta plaga de la langosta! El P. Ignatius Tirs, de Commotau en Bohemia, quien ha compuesto bonitos versos sobre este tema, podría escribir todo un libro sobre los destrozos y daños que causaron en misión de Santiago y San José del Cabo, así como de los sobresaltos y alarmas que casi todos los años le produjeron» (Baegert, 1942: 58). Sin duda, en la lejana y árida península de Baja California, un grupo de hombres unidos por la excelente preparación dentro de la Compañía y por su trabajo entre indios

fueron Victoriano Arnés y Juan José Díez. Con el tiempo fue convertida en visita de San Francisco de Borja, abandonándose en 1818 de forma permanente.

33. Custodiado en la Biblioteca Nazionale Vittorio Emanuele II, de Roma, ms. 1413, fol. 196v. La copia que hizo Barco del dibujo del padre bohemio lleva la siguiente leyenda: «La del padre Tirs. Los ojos muy blancos, el cuello y pechos blancos, la cola a modo de arco, boca y nariz chica, el grandor, según me acuerdo, era más de dos cuartas, pero esto se salva pues hay de todas edades».

cazadores-recolectores, esquivaron la locura y la melancolía agarrándose a lo poco que tenían: sus libros, sus pinceles, sus plumas, sus tareas diarias y su fe.

«SALUDO A TODOS LOS PADRES PAISANOS»

La segunda carta que transcribo y analizo de Ignacio Tirsch también hay que situarla en el ámbito de lo privado, lejos de los informes, relaciones oficiales o misivas a los superiores para tratar cuestiones sobre la misión, sus necesidades y problemas. Es una carta de saludo y de petición de información acerca del destino, el estado y la fortaleza de algunos padres procedentes de la Provincia de Bohemia. Tirsch escribe al también bohemio Andrea Mickel, castellanizado Andrés Michel, y en la carta, a pesar de su brevedad, se cita a otros dos jesuitas procedentes de esas tierras: uno fallecido recientemente (Juan Nepomuceno Planik) y otro en plena actividad en el norte de California (Wenceslao Link). Pero, ¿qué unía a estos cuatro ignacianos además de su origen centroeuropeo? Por el momento, leamos la misiva:

A mi padre Andrés Michel, de la Compañía de Jesús en su misión de San Miguel de Ures³⁴.

Mi amado padre Andrés Michel:

Recibí la apreciable carta de vuestra reverencia alegrándome por saber de su buena salud, como por saber donde vuestra reverencia asiste, pues hasta ahora no supe nada y solo tuve la dicha de comunicar algo con el padre difunto Planik, pero fue Dios servido llevárselo.

Me pregunta vuestra reverencia de mi salud. Digo, gracias a Dios, [que], aunque entre mil afanes, no estoy muy malo, y me va mejor que no por allá por México. Siento mucho el poco tiempo que tengo para explicarme más largo, pero lo haré [en] otra ocasión más cómoda. El padre Wenceslao Linik está bueno y trabajando gloriosamente en San Borja, misión frontera de esta estéril California, donde hay tantas piedras y tanta langosta o chapulín cuantas vix son creíbles. Ya

34. Carta de Ignacio Tirsch al padre Andrés Michel, Santiago de los Coras, 1º de marzo de 1766, en el Archivo General de la Nación, México, Archivo Histórico de Hacienda, leg. 333, exp. 9.

acabo, pero no de pedir Dios guarde la importante vida y salud de vuestra reverencia, en cuyos santos sacrificios me encomiendo.

Santiago y marzo 1º de 1766

Muy afecto siervo de vuestra reverencia,

Ignacio Tirsch

Saludo a todos los padres paisanos que no sé dónde están o a dónde dirigir las cartas.

Esta segunda misiva, más breve que la primera, coincide con ella en el carácter privado, aunque ahora encontramos un componente más emocional: dos padres que se saludan y buscan información sobre otros compañeros. Por lo demás, se repite la idea de ser la California una tierra estéril y azotada por las plagas de langosta, y algo que desconocíamos hasta ahora: que la salud de Tirsch era mejor en Santiago de los Coras que cuando se encontraba estudiando en el centro del virreinato. Para comprender el contenido de la carta hay que retrotraernos varios años atrás.

El padre Andrés Michel, nacido en Libesice, Bohemia, el 21 de junio de 1732 e ingresado en la Compañía de Jesús en 1750 o 1754 (Pradeau, 1959: 175), formó parte de la última y más numerosa expedición que partió de Bohemia rumbo a las misiones del Nuevo Mundo. Bajo la dirección del superior Francisco López, el grupo partió el 24 de diciembre de 1755 y llegó a Veracruz el 19 de marzo de 1756 en el navío *Victorioso*. Tras desembarcar en el insalubre puerto, los viajeros se despidieron y tomaron rumbos diferentes. Al menos ocho de ellos fueron destinados, en distintos momentos, a las misiones del Noroeste: Antonio Hüttl y Antonio Strzanovsky se dirigieron a la Tarahumara; Wenceslao Holub y Francisco Slezak, a Sinaloa; José Hoffenrichter y Andreas Michel a Sonora y, finalmente, Wenceslao Linck e Ignacio Tirsch a California (Mathes, 2007: 123-136). Según afirma Simona Binková era un grupo joven, con poca experiencia y preparación, que en buena parte tuvo que completar sus estudios en México antes de desplazarse a las tierras de misión y encargarse de la evangelización de los indios (Binková, 1984: 92).

Así lo hemos comprobado para el caso de Tirsch, si bien, desafortunadamente, no contamos con suficiente información para el padre Michel, quien fue destinado a la misión de Ures, en el rectorado de San Francisco Javier de

Sonora, después de 1761. Esta misión tenía a su cargo el pequeño pueblo de visita de Santa Rosalía, situado a doce leguas hacia el SSO. El padre visitador Manuel Aguirre escribió el 18 de febrero de 1764 al provincial Manuel Zeballos que: «A los Ures, que administra el P. Andrés Michel desde que murió el P. Segesser, la han atrasado mucho los seris y pimas. Tiene cosechas de trigo y maíz con abundancia, debe más de tres mil pesos que pudieran pagarse con las alhajas de plata que tiene en la iglesia que está muy adornada. El padre no sabe la lengua de los indios que son pimas bajos pero quizás la aprenderá. Sus hijos rezan la doctrina en su lengua. Tiene bastante caballada y ganado pero muy mesteñada; suelen coger alguna pero con bastante dificultad» (Pradeau, 1959: 177). Además de la información proporcionada por esta misiva, conocemos que el padre bohemio introdujo la música entre los neófitos de su misión y que no pudo practicar los ocho días de ejercicios espirituales ordenados por las reglas de la Compañía en 1764 debido a los numerosos trabajos que tuvo que atender, supliendo esta falta en los primeros días del año siguiente, 1765.

A finales de este año o principios del siguiente escribió una carta al padre Tirsch, la que este último recibió en su misión de Santiago en algún día del mes de febrero, pues el primero de marzo está datada la respuesta. Por la alegría que confiesa al recibir la misiva de su compatriota, no creo que haya tardado mucho en responderle (aunque brevemente por la falta de tiempo). Y debió de causarle mucha emoción, pues declara que, del amplio grupo de bohemios que le acompañaron al Nuevo Mundo en 1756, sólo tenía noticias del padre Planik, que acababa de fallecer en la misión de Bacúm.

Sobre Planik, que en realidad se llamaba Johann Nepomuk Planck, sabemos que nació en Eger, Bohemia, el 16 de agosto de 1732 y que entró en la Compañía de Jesús el 18 de mayo de 1754. Un año más tarde dejó su tierra natal y, desembarcado el 19 de marzo de 1756 en Veracruz, realizó el noviciado en la Nueva España, seguramente en Tepoztlán al mismo tiempo que Tirsch. Sobre sus trabajos en tierras mexicanas hasta su muerte, sólo conocemos algunos destinos, que pacientemente ha recopilado Alicia Mayer, que lo califica de jesuita *trashumante*: «Atendía diferentes misiones según lo requerían los superiores y las circunstancias» (Mayer, 2007: 175-196). Durante varios años evangelizó en Cumuripa, próximo a Cocorit o Cócórim, que era la primera misión del río Yaquí, pero por motivos de salud se retiró a Sinaloa. Más adelante lo encontramos en Santa Rosa de Bacúm (Sonora). En esta misión

firma una memoria de bastimentos para el año 1764. Aunque sus indios de Cumuripa no dejaron de pedir su regreso, la muerte le llegó en 1765 o primeras semanas de 1766, cuando apenas contaba 32 años de edad.

Ya conocidos los dos compañeros de Bohemia que cita en la carta, a los que habría que unir un tercer centroeuropeo, este último en las fronteras noroesteñas de California: Wenceslao Link, cabe preguntarnos si «las nacionalidades» tenían algún sentido en la Compañía de Jesús, o sólo se trataba de un recuerdo agradable por haber compartido varios meses juntos en un viaje arriesgado y el tener la misma patria chica. No tengo elementos para responder a esta pregunta, pero la carta —escrita en castellano— me parece muy interesante por la escasez de testimonios de amistad entre los padres en los lejanos territorios del Noroeste. ¿Existía un circuito regional de correspondencia, al mismo tiempo del que mantenía cada misión con el rector, el provincial y el general de la Compañía, sin duda, más oficial y menos espontáneo?

Otra cuestión importante que surge de la lectura de la carta es la importancia de la presencia de padres extranjeros en los márgenes del imperio español. El grupo de hombres que laboró en Baja California procedía de diversos lugares de América, España y el resto de Europa. Aunque la Compañía se había establecido en México en 1571, la presencia de extranjeros en su territorio se incrementó cuando el rey Felipe IV revocó en 1664 las órdenes que dificultaban el traslado de misioneros extranjeros a las Indias Occidentales, autorizando que una cuarta parte de los mismos no fuesen españoles. El porcentaje se elevó a un tercio una década más tarde, si bien los acontecimientos bélicos que acompañaron al cambio dinástico detuvieron el envío hasta la consolidación de la nueva dinastía de los Borbones en el trono español (Treutlein, 1945: 220-224).

Una vez que llegaban al Nuevo Mundo, el monarca español les financiaba los desplazamientos, necesidades y una cantidad fija por trabajar en las misiones jesuitas. Muchos se consideraron como súbditos del soberano católico y llagaron a hispanizar sus nombres y apellidos. En casi cien años (1664-1767) se trasladaron a Hispanoamérica unos ciento cuarenta bohemios, entre ellos misioneros de gran importancia para el Norte de México, aparte de los citados, como Juan Nentvig o Mateo Steffel, autor de un interesante vocabulario tarahumar (Binková, 1992). En el momento de la expulsión, cuatro decenas de jesuitas bohemios trabajaban en las misiones de la Provincia Mexicana.

EL REGRESO OBLIGADO DE TIRSCH

Los misioneros californianos abandonaron Loreto el 3 de febrero de 1768. El 27 de marzo siguiente entraban en el puerto de Veracruz tras atravesar la Nueva España de oriente a occidente. En el puerto jarocho esperaron hasta el 13 de abril, jornada en la que fueron embarcados en la fragata real *Nancey*, alias la *Santa Ana*, que ancló en el puerto de La Habana el 5 de mayo de 1768. La máxima autoridad de la isla, el capitán general Antonio María de Bucareli —que más tarde sería nombrado virrey de México— fue muy escrupuloso en el registro de las pertenencias de los padres. Cada uno de los capitanes de los barcos le debía enviar dos listas: una con los datos personales de los jesuitas que desembarcaban y otra con los inventarios de sus equipajes. Los jesuitas fueron alojados en una Casa de Depósito habilitada por Bucareli en una hacienda llamada de Oquendo, propiedad del marqués de la Real Proclamación, situada al otro lado de la bahía, en el paraje de Regla.

Siguiendo las instrucciones elaboradas por el capitán general sevillano, el gobernador de la Casa, José de la Cuesta, capitán del Regimiento de Infantería de Lisboa, debía de rellenar un libro de registro donde quedasen anotadas todas las entradas de los padres, especificándose la hora, el puerto de procedencia, el grado, lugar de nacimiento, colegio de origen y una descripción detallada de su equipaje, enumerando, con todo detalle, los objetos y libros que encontrarse³⁵. Sobre nuestro ignaciano, apuntó: «El P. Ignacio Tirsch, natu[ra]l de Bohemia de edad de treinta y zinco años, sacerdote escolar, con su equipaje que consta de cama, una petaca con ropa de uso, brevi[ario]s libros devotos, una arroba de Chocolate [al margen: recogidos] un libro diccionario Alemán, otro Medula de la Theoloxia Moral, otro suma[ri]o de las Constitucio[ne]s de la Compañía» (Bernabéu, 2008: 122).

Sorprendentemente, los misioneros procedentes de California llevaban numerosos libros, cartas, informes y manuscritos. Aunque el padre Benno Ducrue se quejó de que la decisión de quitarles todos estos papeles fue por

35. «Assientos de entradas y salidas de la Casa de Depósito de los regulares de la Compañía que llegan a La Havana para que se dirijan a España». Archivo General de Indias, Cuba, 222B.

iniciativa de los comisionados, y que esa decisión incrementó el sufrimiento de los padres, lo cierto es que Bucareli sólo hizo cumplir el artículo 15 de la *Instrucción* para la expulsión firmada por el conde de Aranda, donde se especificaba que los padres únicamente podían portar breviarios, diurnos y «libros portátiles de oraciones para sus actos devotos». En consecuencia, en La Habana se cumplieron a rajatabla las indicaciones oficiales, perdiendo los padres gran parte de sus equipajes.

El 19 de mayo, los expulsos fueron embarcados a bordo de la fragata mercante *San Joaquín y la Cruz de Caravaca*, alias *Amazonas*, capitaneada por Joaquín de la Cruz y Soto. La nave era más confortable que los anteriores barcos, por lo que navegaron con más comodidad. El viaje se realizó sin muchos contratiempos, aunque con las molestias del hacinamiento (malos olores, quejas, ruidos), los malos tratos de los marineros, los mareos y dolores, y la visita de ratas y otras sabandijas, un huracán que duró dos días y el avistamiento de corsarios africanos que se resolvió satisfactoriamente. Cuando el tiempo lo permitía, se decían dos o tres misas. El 8 de julio, tras cincuenta y cinco días en la mar, los misioneros divisaron el puerto de Cádiz. Un día después, los diecinueve padres desembarcaron en el Puerto de Santa María³⁶.

En este lugar encontraron a numerosos jesuitas procedentes de varias regiones americanas, quienes fueron divididos por provincias en diversos edificios religiosos y casas de la ciudad. Tras cenar todos juntos en el hospicio portuense, los misioneros extranjeros (Hostell, Ducrue, Baegert, Bischoff, Inama, Retz, Linck y Tirsch) fueron separados de sus compañeros y enviados al convento de San Francisco de Paula, de la estricta observancia, donde encontraron a padres de otras naciones europeas: italianos, alemanes, sardos, etcétera. Aquí vivieron ocho meses y siete días, hasta que los alemanes fueron enviados a su tierra gracias a la intervención del conde de Colloredo, embajador de Austria ante la corte. El 16 de marzo de 1769, cinco legos y catorce sacerdotes, entre ellos el padre Tirsch, embarcaron en un navío holandés rumbo a Ostende, ciudad bajo el dominio austriaco.

36. Al pisar tierra firmó una «Declaración», firmada en el Puerto de Santa María, el 15 de julio de 1768. Archivo Histórico Nacional, Madrid, Jesuitas, 827, nº 4.

A cada uno de los jesuitas se le entregaron setenta y cinco pesos como ayuda para trasladarse a sus respectivas patrias. Durante tres días sufrieron una tormenta que los retuvo en el puerto, hasta que la mejoría del tiempo los puso en ruta, llegando a su destino el 19 de abril tras un viaje lleno de contratiempos. El 21 se internaron en Bélgica, pero como mucha gente se agolpaba a contemplarlos, los jesuitas de Gante y Brujas les enviaron un carruaje con el que facilitaron su transporte. Se desconoce la fecha en la que Tirsch llegó a Chomutov, pero sabemos que en Bohemia hizo la profesión del cuarto voto (la obediencia al papa) el 15 de agosto de 1769. Antes de morir en su ciudad natal el año 1781, enseñó primero en el Colegio de Jihlava (1770) y más tarde en el de Znojmo (hasta 1773). Durante esos años no pudo desprenderse del recuerdo de su paso por México y de sus trabajos en la misión de Santiago de los Coras, plasmando sus vivencias e imágenes en un álbum de dibujos y en una o varias relaciones que, por el momento, se encuentran perdidas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alegre, F. X. (1956-1960): *Historia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, editado por E. J. Burrus y F. Zubillaga, Roma: Institutum Historicum Societatis Jesu, 4 vols.
- Amao Manríquez, J. L. (1997): *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, México: Plaza y Valdés-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Barco, M. del (1988): *Historia natural y crónica de la Antigua California (Adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas)*, edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Baegert, J. J. (1942): *Noticias de la península americana de California*, México: Robledo.
- Bernabéu Albert, S. (2008): *Expulsados del infierno. El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana (1767-1768)*, Madrid: CSIC.
- Binková, S. (1984): «Historia de las relaciones entre Bohemia y México en los siglos XVII y XVIII. Fuentes guardadas en los archivos y bibliotecas mexicanos», *Ibero-Americana Pragensia*, XVIII, págs. 67-93.
- (1992): «El vocabulario Tarahumar de Mateo Steffel como reflejo de su experiencia novohispana», *Ibero-Americana Pragensia*, XXVI, págs. 263-272.

- Binková, S. (2001): «Las obras pictóricas de los PP. Florián Paucke e Ignacio Tirsch. Intento de una comparación», en Tietz, M. (ed.), *Los jesuitas españoles expulsos. Su imagen y su contribución al saber sobre el mundo hispánico en la Europa del siglo XVIII*, Madrid y Frankfurt am Main: Iberoamericana y Vervuert, págs. 189-206.
- Binková, S. y Kaspar, O. (1987): «La aportación de los materiales bohémicos para el estudio de la historia y cultura de América Latina (Los dibujos de Ignacio Tirsch)», *Annals of the Náprstek Museum*, 14, págs. 105-150.
- Clavijero, F. X. (1975): *Historia de la Antigua o Baja California*, estudio preliminar de León-Portilla, M., México: Editorial Porrúa.
- Crosby, H. W. (1994): *Antigua California. Mission and Colony on the Peninsular Frontier, 1697-1768*, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Gui, F. (1989), *I Gesuiti e la rivoluzione boema: Alle origini della guerra dei trent'anni*, F. Angeli: Milán.
- Hausberger, B. (1995): *Jesuiten aus Mitteleuropa im kolonialen Mexiko. Eine Bio-Bibliographie*, Wien/München, Oldenbourg: Verlag für Geschichte und Politik.
- Kalista, Z. (1976): «Imágenes de la lejanía», *Calafia*, III/1, págs. 18-21.
- Kaspar, O. (1991): *Los jesuitas checos en la Nueva España, 1678-1767*, México: Universidad Iberoamericana.
- León-Portilla, M. (1974): «Las pinturas del bohemio Ignaz Tirsch sobre México y California en el siglo XVIII», *Estudios de Historia Novohispana*, V, págs. 89-95.
- Linck, W. (1966): *Wenceslaus Linck's Diary of His 1766 Expedition to Northern Baja California*, translated and edited by Burrus, E. J., Los Angeles: Dawson's Book Shop.
- Mathes, M. (1991): «Oasis culturales en la Antigua California. Las bibliotecas de las misiones de Baja California en 1773», *Estudios de Historia Novohispana*, 10, págs. 369-442.
- (2007): «Hacia el último rincón del mundo. Jesuitas germanos en Baja California, 1683-1768», en Kohut, K. y Torales Pacheco, M. C. (eds.), *Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, Frankfurt y Madrid: Vervuert e Iberoamericana, págs. 123-136.
- Mayer, A. (2007): «Raíces locales y actuación global: Johann Nepomuk Planck en Nueva España», en Kohut, K. y Torales Pacheco, M. C. (eds.),

- Desde los confines de los imperios ibéricos. Los jesuitas de habla alemana en las misiones americanas*, Frankfurt y Madrid: Vervuert e Iberoamericana, págs. 175-196.
- Nunis Jr., D. B. (1972): *The Drawings of Ignacio Tirsch: a Jesuit Missionary in Baja California*, translation by Schulz-Bischof, E., Los Ángeles: Dawson's Book Shop.
- Pradeau, A. F. (1959): *La expulsión de los jesuitas de las provincias de Sonora, Ostimuri y Sinaloa en 1767*, México: Antigua Librería Robledo de José Porrúa e Hijos.
- Rodríguez de la Flor, F. (2009): *Giro Visual. Primacía de la imagen y declive de la lecto-escritura en la cultura postmoderna*, Salamanca: Editorial Delirio S.L.
- Treutlein, T. E. (1945): «Non-Spanish Jesuits in Spain's American Colonies», en *Greater America (Essays in Honor of H. E. Bolton)*, Berkeley: University of California Press, págs. 220-224.
- Venegas, M. (1757): *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 tomos, Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández y del Supremo Consejo de la Inquisición.

CUANDO EL MAPA ES EL TERRITORIO. LA IMAGEN DE BAJA CALIFORNIA, PATRIMONIO DE UNA REPRESENTACIÓN

José María GARCÍA REDONDO
*Escuela de Estudios Hispano-Americanos,
Consejo Superior de Investigaciones Científicas*

«No es siempre necesario que lo verdadero tome cuerpo; basta con que se expanda espiritualmente y provoque armonía; al igual que el son de las campanas, basta con que se agite por los aires con solemne jovialidad» (Goethe, *Máximas y reflexiones*, 1829).

La serie de diez láminas grabada en 1772 por el geógrafo Didier Robert de Vaugondy y editada en el Suplemento de la *Encyclopédie* de Diderot representa, desde diferentes fuentes cartográficas, buena parte del noroccidente americano¹. El Paso del Noroeste, la separación entre América y Asia, el mar del Oeste, el Puerto de San Francisco y la isla de California fueron, durante

1. La colección «Recueil de 10 Cartes... Traitant Particulièrement de L'Amérique du Nord, et des régions arctiques, d'après les relations les plus authentiques depuis le commencement du 17 siècle», fue diseñada por Didier Robert de Vaugondy como parte adjunta a los artículos de América, Asia y las regiones del Ártico. Apareció en el «Supplement» de la

cerca de tres siglos, algunos de los enigmas geográficos que habitaron en el gran Septentrión del continente. El reconocimiento de aquellos mares y tierras conformaron buena parte de la empresa espacial ilustrada frente a los mitos y equívocos geográficos firmemente asentados. No es de extrañar que, en dicha colección enciclopédica, a la California se le dedicasen dos planchas con hasta siete mapas: La primera se componía de dos cartas generales de las tierras norteñas, desde California hasta el Círculo Polar, representando el estrecho de Anián como separación entre América y Asia². La segunda lámina, continuación de la anterior, «Carte de la Californie. Suivant», centrada estrictamente en la Baja California, estaba conformada por cinco mapas diferentes, datados entre 1604 y 1767, en los que la península se muestra no sólo en disparejas latitudes sino, con tan desigual morfología, que hasta aparece como una isla³.

California había existido como idea en la imaginación europea —precisamente como ínsula— incluso antes de su descubrimiento⁴. Pasado el tiempo, ya en el siglo de la Razón, fue su imagen, su figuración cartográfica, la que definió el ser y la naturaleza de dicho territorio. La representación de la «realidad» indeterminada de la península americana, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, y las fuentes que los enciclopedistas legitimaron en la elaboración de un discurso cartográfico gradual y progresivo, nos empuja a cuestionarnos sobre la vida y autonomía de las imágenes, pero también acerca de las lecturas que éstas motivaron. Si es posible historiar el desarrollo de la cartografía, también debe de serlo explicar las valoraciones espaciales que aquella suscitó. En

Encyclopédie, 1779, v. 5, págs. 179-198. En la edición facsimilar, Parma, 1970-1979, Tomo XIII, Planches, mapa 5º.

2. Didier Robert de Vaugondy, «Carte de la Californie et des Pays Nord-ouest se-pares de l'Asie par le détroit de Anian, extraite de deux publiques au commencement du 17 Siècle par le S. Robert de Vaugondy Geog. ord. du Roi...» París, 1772, es la lámina número cuatro de la serie.

3. La composición «Carte de la Californie. Suivant» es el mapa quinto de la serie.

4. La mención más antigua de California apareció en el libro de caballerías *Las Sergas de Esplandián* en 1510. La obra de Garcí Rodríguez de Montalvo, todo un éxito para su siglo, describía la isla de California «a la diestra mano de las Indias [...], muy llegada a la parte del Paraiso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiere» (Gil, 1989: 74).

tanto en cuanto las «visiones del territorio» se volvieron el propio territorio, encontramos un patrimonio material e inmaterial susceptible de ser analizado. No será, sin embargo, nuestro propósito de estudio tanto el «mapa», soporte material de la representación, como la «imagen» que éste manifiesta, transfiere y difunde. Tomaremos la «Carte de la Californie. Suivant» como muestra de los discursos asociados a las imágenes, de la construcción del pasado y del conocimiento, así como de la capacidad representativa de la propia cartografía.

CARTOGRAFIAR EL PASADO

Para los artífices de la *Enciclopedia*, el recurso cartográfico tenía una connotación mucho más amplia que un mero sistema de plasmación gráfica del territorio. Diderot y d'Alembert definieron su propia obra como «una especie de mapa del mundo» (Edney, 1999: 186). El espacio epistemológico de la *Enciclopedia* quedaba formulado teóricamente como una gran carta universal, un espacio imaginario que significaba y contenía la realidad, que podía representarlo todo sin dejar nada fuera de ella. Como un mapa, *L'Encyclopédie* encarnaba el mismo mundo sin llegar a reduplicarlo (Brewer, 2004: 181-182). La «imagería cartográfica» constituyó en el proyecto ilustrado el referente retórico y epistemológico de estructuración y clasificación del conocimiento. Se creyó que la *Enciclopedia* podía desplegar, de la misma manera que un mapa, los conceptos de orden y de búsqueda de la «verdad» (Withers, 2008: 171). Desde estos presupuestos parte la lectura e interpretación de la composición de Vaugondy que, a modo de panóptico, construye la historia de la cartografía y del territorio californiano reproduciendo varios mapas relativos a diferentes estadios de su evolución. La yuxtaposición de imágenes de California como parte de la elaboración de un discurso escalonado de la historia del territorio, debió de plantear más preguntas que respuestas en cuanto a la posibilidad de representar, si se quiere, de mapear, la realidad.

Así pues, la percepción de la lámina con los cinco mapas contrapuestos de California sugiere un planteamiento de la imagen tan especulativo como histórico. El resultado de la composición supera lo estrictamente cartográfico para convertirse en un debate ontológico. Desde su descubrimiento por Hernán Cortés, la forma del territorio californiano había mudado intermitentemente su peninsularidad en insularidad. A mediados del siglo XVIII la resolución de la naturaleza de la California se había asentado como un problema geográfico

y epistémico de carácter e interés global y, como se puede advertir, los enciclopedistas no fueron ajenos a ello. Como un juego de analepsis que aventura anticipar el final de un proceso, los mapas de la «Carte de la Californie» (figura 1) se han dispuesto en un orden diferente al cronológico. Se presenta así al espectador, por concesión del autor de la lámina, una mirada al pasado —confuso y enmarañado— desde una hipotética y privilegiada «situación final» de conocimiento. Desde el mapa quinto hacia la derecha, el resto de las cartas se van encajando de manera complicada, encontrándose únicamente el sentido del conjunto al recurrir al guión de la cartela, para, desde ahí, leer «al revés» la composición. El mapa número uno —en el extremo derecho— está basado, según se indica en la inscripción, en el dibujo manuscrito de América del cartógrafo italiano Mathieu Neron, realizado en Florencia en 1604. A diferencia de éste, el segundo mapa —prácticamente en una posición central— muestra Baja California como una isla. Su procedencia se atribuye al trabajo de Nicolás Sanson de 1656. En la esquina inferior derecha está colocada la tercera de las cartas, correspondiente a una sección de la América Septentrional de Guillaume Delisle realizada en 1700. Aquí Baja California presenta una difusa unión con el continente, no manifestándose con claridad su entidad geográfica. Para los dos últimos, ya en la mitad izquierda, Vaugondy se sirve de fuentes jesuíticas. El cuarto mapa correspondería a la obra del padre Kino. Entre 1698 y 1701 este misionero jesuita recorrió la zona norte de la Pimería y el paso de tierra de las Californias, confirmando la peninsularidad californiana; justamente es esta área la que aparece cartografiada en el mapa datado en 1705. Por último, y situado precisamente en el primer término de la composición —a la izquierda y a mayor tamaño—, el quinto dibujo responde a una obra anónima de la Compañía de Jesús fechada en 1767. Si bien se indica que una parte de él está extraído de un mapa anterior del padre Consag (1746), no deja de ser el más reciente y preciso del conjunto.

En esta «disposición a la inversa», leer a partir de la cartela se plantea como la única forma de encontrar sentido a las etapas y representaciones del territorio californiano. La fórmula de encajamiento abigarrado y no lineal de los mapas requiere, necesariamente, de un «desciframiento dirigido» que permita al observador entender el proceso. Aunque en primer término se presente el mapa más reciente como resolución del problema, la comprensión del pasado que queda a su derecha sigue exigiendo el auxilio de una guía, de un texto firme que oriente la lectura. La imagen propuesta no sólo confiere una infor-

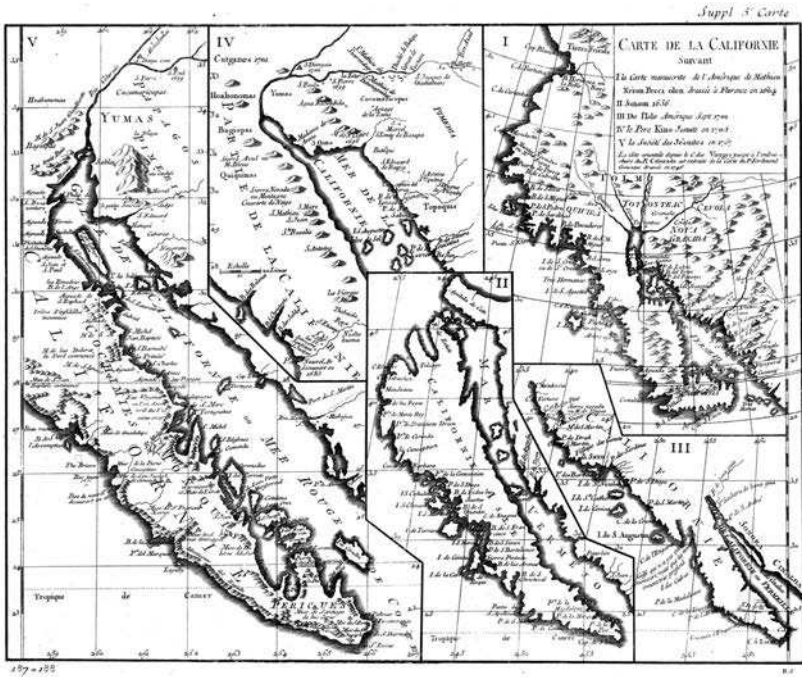


Figura 1.—Vaugondy, «Carte de la Californie. Suivant», 1772.

mación cartográfica más o menos organizada, sino que, en la propia estructura del modelo compositivo se articula una adicional dimensión interpretativa del pasado. Estamos ante un discurso visual cuyas valoraciones no recaen tanto sobre el territorio y la Historia, como sobre la forma de leerlos: la clave de interpretación es una facultad ajena al espectador que le viene otorgada por el texto numerado que aparece en el cuadro. La explicación escrita se erige así como autoridad legítima para explicar el contenido de la lámina y, con ello, del pasado que representa. No es que la ilustración de Vaugondy sea incapaz de «ilustrar» por sí sola los procesos y marañas del pasado, habiendo cedido parte de la capacidad de significación icónica al aparato textual, sino que se ha servido de los propios recursos de la imagen para conducir y, en este caso, condicionar su interpretación. Las atribuciones de realidad y posibilidades de

representación que los enciclopedistas habían depositado en la cartografía y en los métodos cartográficos participan plenamente, pero no de manera exclusiva, en esta formulación historiográfica e iconográfica. Toda composición, por su propia naturaleza visual, resulta siempre una forma dirigida del ver.

Una vez conceptualizado el problema de la «lectura condicionada» como estrategia de representación del pasado en la lámina de Vaugondy, tal vez sea mucho más esclarecedor recurrir a otra imagen, antecedente y fuente de dicho autor, para terminar de comprender las implicaciones ideológicas del mapeo del pasado. Veinte años antes del mapa de Didier Robert de Vaugondy, Philippe Buache editó en la tercera parte de las *Considérations géographiques* (1753) otra composición con varios mapas de la California⁵ (figura 2). En este caso, la hechura de la imagen estaba dividida en dos grandes partes de igual tamaño. En la mitad izquierda encontramos de nuevo el mapa de Mathieu Neron (1604), el mismo que más tarde retomaría Vaugondy como el más antiguo de su lámina. En esa misma porción de la plancha, en la esquina diestra superior, se representa en menor tamaño otro mapa que nos es familiar: el de Guillaume Delisle de 1700 que exhibe a Baja California de manera incierta entre una isla y una península. Por último, ocupando toda la mitad derecha, aparece el mapa del padre Kino de 1705, aquel mismo que en la hoja de la *Enciclopedia* se habría de ordenar como el número cuatro.

Conocidos fueron los pleitos de Gilles Robert y Didier Robert de Vaugondy, padre e hijo, ambos geógrafos del rey, por su afición a la copia y al plagio de mapas. Especialmente combativo con ellos fue —precisamente— Philippe Buache tras la publicación del *Atlas Universel* y del *Essai sur l'Histoire de la Géographie* donde los Vaugondy habían utilizado indebidamente material procedente de trabajos ajenos (Pedley, 1992: 53-61; Petto, 2007: 161-164). Del mismo modo, es difícil no percibir un directo trasvase entre las descritas láminas californianas de Buache y las de Vaugondy para, desde ahí, no poner en cuestión la autonomía de la labor de documentación y selección de fuentes de Didier Robert. Basta con seguir analizando el resto de la colección cartográfica que Vaugondy insertó en la *Enciclopedia* para valorar tales acusaciones.

5. Los mapas fueron grabados por Jean Baptiste Delahaye en una misma plancha, se corresponden con los números nueve y diez de la serie.

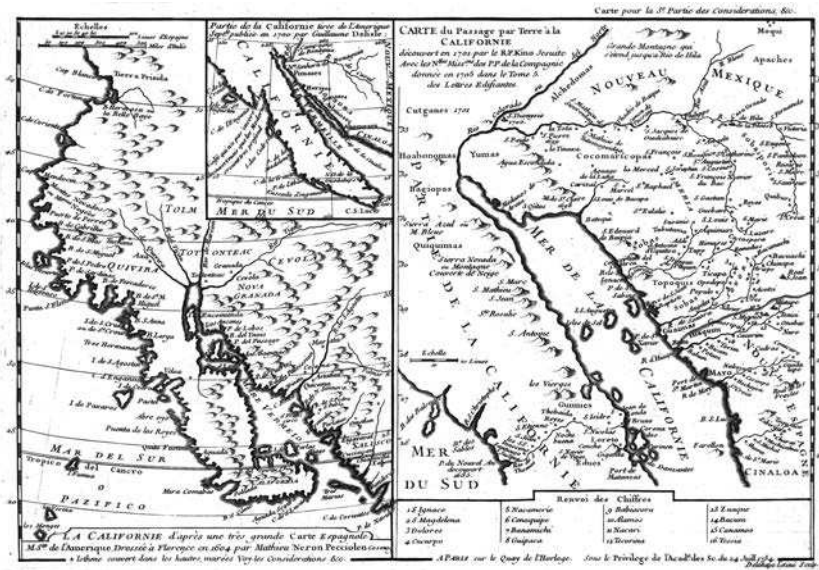


Figura 2.—Buache, «Cartes de la Californie,» 1753.

Al menos fue lo suficientemente perspicaz como para no correr más riesgos de los necesarios. Por ejemplo, en la lámina que copiaba el mapa de Jefferys representando el viaje apócrifo de Juan de Fuca y el Paso del Noroeste sí mantuvo su autoría original, así como que se trataba de una *grande probabilité*. Con todo, la cuestión que ahora nos interesa entre Buache y Vaugondy responde a las diferencias en la estructura compositiva y a la implícita representación del pasado.

Además de original, la constitución visual que planteaba Buache con sus mapas era radicalmente distinta. Frente a la enrevesada lectura de Vaugondy, la disposición del artesonado cartográfico de Buache no sólo es lineal, sino cronológica. Sigue ésta un discurso ordenado donde la razón del observador puede por sí misma comprender el devenir histórico de California. A diferencia del ulterior trabajo enciclopédico, el originario incorpora en cada mapa una pequeña leyenda explicativa. Se podría discutir en torno a las cualidades y limitaciones técnicas de ambos proyectos, pudiendo ser que, por economía espacial, se hubiese preferido en el segundo caso concentrar todos los enuncia-

dos en una sola cartela y numerar los mapas. Pese a ello, la nueva estructura resultó completamente diferente, adoleciendo de la falta de claridad y legibilidad de su antecedente. Aquella primera, sustancialmente, representaba el pasado de una forma racional y aprehensible que Buache lograba mediante un efecto de antítesis o, si se prefiere, de contraposición entre las dos mitades: Frente a una situación inicial —en primera posición, en el lado izquierdo— de desconocimiento geográfico, donde se suceden diversas miradas, triunfa al final de la lámina —en el extremo derecho— el actualizado mapa completo del istmo californiano. Es otra forma de mirar y representar el pasado, de construir la Historia como una estructura progresiva de conocimiento acumulado, de perfeccionamiento continuo no exento de equívocos.

Lo expuesto nos pone en alerta acerca del fluir de las diversas percepciones del pasado que quedaron representadas en las colecciones de mapas históricos. La elaboración de diferentes panópticos cartográficos —incluso en momentos y contextos muy próximos, como es el caso— presentando mapas antiguos y contemporáneos de una misma realidad geográfica, nos proporciona un conjunto de discursos históricos de las valoraciones del espacio y la cartografía insertas en la misma representación. En la muestra analizada, las imágenes escogidas responden —en su mayoría por mérito de Buache— a un proceso de elección que las estimó no sólo representativas del propio territorio, sino también ilustrativas de las diferentes fases de un problema que se dibujó en la larga duración. La ausencia de una autoridad epistémica durante un prolongado periodo de tiempo, encuentra su fin en el momento actual de conocimiento. Es por ello que, en ambas láminas, cuando se proyecta la mirada al pasado, se suscita en el observador una situación transitoria e inacabada, propia de tiempos pretéritos. Aunque el punto de llegada sea en las dos planchas el mismo, el recorrido y la forma de atravesarlo son, en definitiva, distintos. De este modo, ejecutando el orden pautado, volvamos la vista sobre el primero de los mapas e intentemos comprender el desarrollo de las representaciones de la Baja California y cómo la imagen fue en cada momento definiendo la propia naturaleza del territorio. La carta de 1604, presentada como la culminación de un proceso inicial de descubrimiento que finaliza en los albores del siglo XVII, abre paso a la confusión y al repetido desvelamiento del istmo americano. En lo que sigue analizaremos los mecanismos de construcción del saber geográfico y de su transcripción cartográfica, no tanto desde la evolución del mito insular,

como desde la elaboración de las imágenes y su caracterización a posteriori como reflejo de la historia y del territorio.

IMÁGENES DEL TERRITORIO

La primera representación de Baja California de la que tenemos constancia apenas conforma el esbozo de un perfil de tierra ante las costas de Sinaloa⁶. El referido mapa hubo de realizarse hacia 1535, año en que Hernán Cortés, al frente de una expedición, desembarcó y tomó posesión de aquella tierra (León-Portilla, 1989: 48-51). Si bien las incidencias y las pérdidas humanas frustraron inicialmente la empresa, Cortés, poco deseoso de olvidar la «isla de Santa Cruz», encomendó en 1539 al capitán Francisco de Ulloa la exploración marítima hacia el norte. Perfilando desde Acapulco la costa occidental novohispana, Ulloa constató un gran golfo y el cerramiento del mar, las orillas se aproximaban y la sonda indicaba que cada vez la profundidad era menor. Había alcanzado el seno de las Californias y la desembocadura del río Colorado donde las arenas rojizas coloreaban las aguas ribereñas: «Pusímosle por nombre el ancón de San Andrés y mar Bermejo, porque lo es, y llegamos a él en su día»⁷. La marcha inmediata de Hernando de Alarcón hacia la boca de sobredicho río —al que llamó de la Buena Guía— ratificaría los hallazgos. El viaje de Ulloa prosiguió costeano el litoral interior bajacaliforniano y, ya en aguas del Pacífico, ascendió hasta la isla de Cedros. Con claridad quedaba demostrado que California formaba parte del continente y así debía de ser representada. De aquellas fechas es la carta de la costa oeste de la Nueva España que levantó

6. «Mapa de la Nueva tierra de Santa Cruz, extremo meridional de la California descubierta por Hernán Cortés el 3 de mayo de 1535», Archivo General de Indias, Mapas y Planos, México, 6.

7. Francisco de Ulloa, *Memoria y relación del viaje que, en nombre de Nuestro Señor se ha hecho después que salió esta armada de vuestra señoría del puerto de Acapulco, que fue a 8 de julio del año 1539, hasta esta isla de Cedros, a donde quedo hoy lunes, 5 de abril de 1540 años*, citado en León Portilla (1989: 52).

el piloto Domingo del Castillo⁸, la primera imagen donde California además de aparecer como península, encuentra rubricada sobre sí su mítico nombre⁹.

California, margen de los márgenes de la Nueva España, aparecía como un mundo intermedio entre oriente y occidente. La fascinación y el espíritu de seducción que Asia había albergado en las imaginaciones europeas sugerían flotar ahora entre ambas aguas del Pacífico. Al mismo tiempo que los galeones de Manila iniciaban su singladura de retorno y las autoridades se esmeraban en el descubrimiento y salvaguarda del Noroeste, los mitos geográficos, las leyendas de sirenas y las historias de piratas se iban adueñando poderosamente de la ribera americana. El establecimiento del circuito transpacífico desde Filipinas transformó la percepción del área en un escenario político y económico de primer orden y, contrariamente a lo razonable, fue ello lo que avivó aún más su temple mítico. Encontrar puertos seguros y con posibilidad de abastecimiento se convirtió en objetivo habitual en los viajes de retorno desde Manila que, como hiciera en 1595 Sebastián Rodríguez Cermeño, a bordo del malogrado *San Agustín*, fueron perfilando poco a poco el ignoto septentrión (Bernabéu, 2000: 142-143). De poco serviría, sin embargo, la política de sigilo geográfico perseguida por la Monarquía Hispánica para la protección de sus intereses comerciales y estratégicos. Ya en fechas muy tempranas los piratas ingleses habrían de irrumpir en el Lago Español hostigando al tráfico filipino: Francis Drake y Thomas Cavendish remontaron la California acechando a los galeones, si bien en sus navegaciones no descartaron el encuentro con el anhelado

8. El mapa original fue levantado en 1541 por Domingo del Castillo, piloto mayor de la expedición al mando de Francisco Ulloa. La carta náutica de la península de California fue grabada en México en 1769 e impresa en la *Historia de Nueva España* de Francisco Antonio Lorenzana, México, 1770, entre las páginas 328-329. En la Real Academia de la Historia de Madrid se conserva una copia manuscrita realizada en 1778 con algunas pequeñas variantes. Real Academia de la Historia, C-Atlas A, 4, nº 855.

9. De uno de los franciscanos que viajaron con Ulloa, fray Antonio de Meno, debemos la quizás más temprana alusión escrita a esta tierra como «California» (Polk, 1995: 112, 121 y ss.). Entre aquellos pioneros ávidos de fortuna resonaba con fuerza y verosimilitud la noticia de una isla poblada de mujeres, «riquísima en oro y joyas, protegida por los temibles grifos guardianes del tesoro incalculable» que habrían conocido por los relatos y libros de caballerías (Gil, 1989: 69-82).

estrecho de Anián, tanpreciado como las mismas mercancías del oriente (Pimentel, 2003: 111-143). Las incursiones británicas dieron nombre al efímero reino de Nueva Albión y dejaron estampado en la cartografía el recuerdo del huidizo Puerto de Sir Francis Drake, fondeadero tan esquivo y legendario como el afamado de San Francisco.

La inmensa mayoría de los mapas que se realizaron durante el siglo XVI representaron, sin grandes titubeos, Baja California en su forma peninsular. Así fue delineada por Ortelius, Hondius y Mercator, quienes, seguidos por una legión de cartógrafos e impresores, difundieron aquella imagen en sus atlas y mapamundis a lo largo de la centuria. No obstante, sí es cierto que la desigual difusión de las noticias y el secreto geográfico, alentados por las quiméricas expectativas que ofrecía «la isla de California», dejaron su huella en la cartografía durante un periodo inicial de confusión. Aunque fue pronto reemplazada por una península, en los más antiguos portulanos de Battista Agnese llegó a aparecer la «Y[sla] de Fernando Cortese» como una ínsula redondeada cercada por otras de menor entidad¹⁰. En el mismo año en que Domingo del Castillo levantó la antedicha carta náutica, en el *Islario General de todas las islas del Mundo* (1542) de Alonso de Santa Cruz, se representó la «Isla que descubrió el Marqués del Valle» como prolongación natural de una península que sugería haber sido cortada por una lengua de mar, solución híbrida ante el desconcierto reinante. Algunos otros cartógrafos también respondieron al problema con planteamientos heterogéneos al tiempo que discretos: La California de los mapas de Giacomo Gastaldi y Paolo Forlani (figura 3), aún permaneciendo adosada al continente, se insinuaba ceñida por un caudaloso río que la separaba y, prácticamente, la emancipaba del territorio (Polk, 1995: 170).

El mapa de 1604 de Mathieu Neron que se escogió para la composición de 1753 y se mantuvo en la de 1772 significa la condensación de las representaciones de la Baja California durante el siglo XVI. Pese a las imágenes indeterminadas que mantuvieron ciertos cartógrafos, el común acuerdo entre los estudiosos más distinguidos del Quinientos había afirmado reiteradamente la existencia del istmo californiano. Sorprende por tanto que Philippe Bua-

10. Mapamundi de Battista Agnese, c.1541, Kulinga Biblioteket: the Royal Library-National Library of Sweden (Polk, 1995: 117).

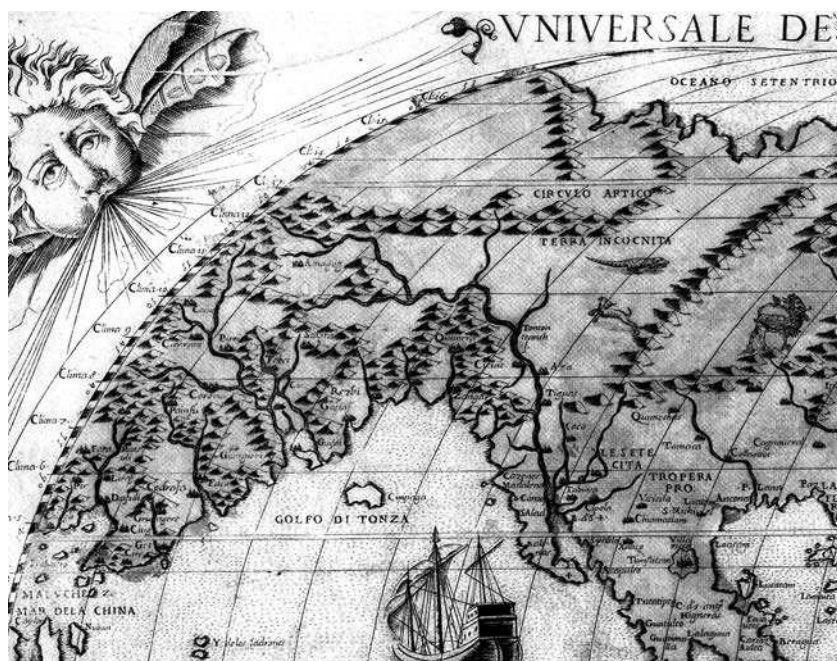


Figura 3.—Forlani, «Universale descrizione di tutta la terra conosciuta fin qui» (detalle), 1562.

che, pudiendo haber dispuesto de cartas mucho más precisas y de algún autor renombrado, se valiese de la «America sive orbis nova descriptio»¹¹, estimándola ejemplar para caracterizar dicho periodo en su composición. Asimismo, Vaugondy tampoco se debió de cuestionar demasiado la idoneidad evaluada por su predecesor, pues mantuvo el mapa de 1604 sin modificación en su lámina. Exceptuando la aparición de esta carta en las planchas analizadas, es muy poco lo que sabemos de la obra cartográfica de Mathieu Neron. En 1892,

11. Mathieu Neron, «America sive orbis nova descriptio», Florencia, 1604. Mapa manuscrito en color, Biblioteca Nacional de Francia, París, Cartes et Plans, GE A-512.

en la exposición conmemorativa del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, celebrado en la Biblioteca Nacional de Francia, el mapa de Neron volvió a ver la luz y Gabriel Marcel¹² —autor del catálogo— no dudó entonces en mostrar su desconocimiento en lo referente al artífice: «De ce cartographe, né a Peccioli près de Pise, je ne connais aucune autre oeuvre, et c'est la première fois que je rencontre son nom» (Marcel, 1892: 9). Quizás, el hecho de que Buache encontrase la carta original manuscrita entre los fondos reales, habría bastado para dotarla de una estima y una autoridad acrecentada, «une grande et magnifique Carte Espagnole manuscrite de toute l'Amérique qui a été faite en 1604» (Buache, 1753: 72). Asunto bien distinto es que la juzgase erróneamente hispánica (al presentar la regla de escala tanto en leguas españolas como millas italianas) o que su sucesor Vaugondy realizase una sucinta confrontación de las fuentes de su proyecto.

El tránsito al siglo XVII marcó el cierre de un ciclo en las expediciones novohispanas al noroeste. El cambio del virrey Gaspar de Zúñiga, conde de Monterrey, por Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, en 1603, llevó parejo el abandono de los proyectos de reconocimiento y colonización del litoral pacífico, pesadumbre para misioneros y aventureros deseosos de cristianar y ocupar las tierras norteñas. Paradójicamente, pero también como consecuencia, el revés en la política de expansión hispánica fue el inicio de una nueva etapa en las representaciones de la Baja California. Con independencia de que se pueda calificar como ficticio o erróneo el conocimiento de California durante este periodo, nuevamente descrita y dibujada como isla, la cuestión que nos atañe es la vida y la transmisión de sus imágenes en los ámbitos científicos y cartográficos.

Una de las últimas expediciones promovidas por el virreinato fue la de Sebastián Vizcaíno quien, al mando de tres barcos en 1602, navegó las costas de la Baja y Alta California hasta el cabo Mendocino. Fue la fragata *Tres Reyes* la que más latitud alcanzó, dando informe el piloto asistente Esteban López de haber descubierto una bahía en los 40° y un río en los 39° que llamaron

12. Gabriel Marcel, 1844-1909, historiador de la geografía, conservador de la sección de mapas y planos de la Biblioteca Nacional de Francia. Fue cofundador de la Sociedad de Americanistas de París.

de Santa Inés. La fuerza de su corriente hizo pensar a los nautas que se trataba del famoso estrecho de Anián. Con toda probabilidad, los rumores de la navegación de Juan de Fuca y el hallazgo del susodicho paso habrían seducido el ánimo y el sentido de los marinos. Así, junto con los descubrimientos y nuevos topónimos que Vizcaíno demarcó en el litoral pacífico, las fantasías geográficas se adueñaron de toda la costa al norte del susodicho cabo. Incluso hitos firmemente definidos, como el estratégico puerto de Monterrey, habrían de volverse igualmente huidizos en sucesivas navegaciones. En buena medida, la recuperación de esta imagen confusa se debió a los memoriales del carmelita Antonio de la Ascensión quien, habiendo participado en la jornada de Vizcaíno, defendió en sus cartas la veracidad del estrecho de Anián y la insularidad californiana. Los hallazgos geográficos, aún equívocos, tendrían pronto su resonancia en Europa: el célebre cronista fray Juan de Torquemada incluyó en 1615 un relato del viaje de Vizcaíno en su *Monarquía Indiana*, contribuyendo decisivamente a difundir la renovada imagen isleña (Bernabéu, 2000: 144).

Pese a la travesía regular de la nao de China, California continuaba sumida en una posición periférica en los informes y en las trayectorias marítimas. La ausencia de una autoridad geográfica firme alentaba, por regla general, el interés curioso y favorecía la propagación de cualquier noticia diferente fuese o no verificable. Llevados por el ímpetu de la novedad y con la pretendida lógica de que lo nuevo refutaría lo establecido, a partir de la década de 1620 las producciones cartográficas volvieron a instaurar las representaciones insulares de la California: las imágenes y las expediciones que en el pasado habían mostrado su peninsularidad fueron puestas en cuestión y los cartógrafos se apresuraron a justificar los cambios como parte del avance del conocimiento del mundo. John Overton, impresor de mapas bellamente iluminados, circudados como objetos suntuarios y de ornato, todavía en 1668 explicaba junto al dibujo de la isla de California la transformación que se había producido: «This California was in times past thought to been a part of the continent and so made in all maps but by further discoveries was found to be an Island long 1700 leagues»¹³. La Isla de California se mostraba en los mapas perfectamente separada del continente por el mar Bermejo y rodeada de algunos otros

13. John Overton, «A New and Exact Map of America», Londres, 1668.

islotos, de silueta alargada, afilada al sur y achatada al norte, y hasta la altura aproximada de 45°, donde el cabo Blanco era el final de su perfil pacífico. Con todo, las incertidumbres seguían instaladas en torno a los límites y la forma del continente, el paso entre ambos océanos y la ubicación del puerto de Francis Drake. La teoría de la insularidad había quedado bien instaurada y con el beneplácito de buena parte de los agentes implicados. Desde el primer momento, los religiosos habían secundado la reactivación del mito en sus demandas de ayuda para la misión. Los documentos que emitieron con objeto de lograr licencias y los testimonios que editaron a fin de conmover a la dádiva incidían reiteradamente en la naturaleza isleña. Por otro lado, para la diplomacia hispana, que California fuese una isla constituía una relativa garantía de derechos soberanos frente a las inclinaciones anexionistas de los ingleses. Que Cortés hubiese sido el primero en tomar posesión de su suelo confirmaba la potestad y justificaba la defensa de una propiedad concreta, parte del Imperio Hispánico (Foucrier, 2000: 40).

La propagación de la imagen cartográfica de la isla de California debió de comenzar en Ámsterdam —ciudad comercial y gran centro productor de mapas en el siglo XVI y buena parte del XVII—. Desde allí, la forma actualizada de la costa occidental americana inundó todos los géneros cartográficos, desde los globos y bocetos de los estudios de militares y gabinetes de científicos, hasta los mapas dedicados a la ostentación en los salones más exquisitos. La difusión del nuevo estampado de la California, casi como un emblema del nuevo conocimiento, fue más que inmediato. La pretensión inglesa de conocer y controlar las zonas que entendía como su área natural de expansión estimuló un rápido trasvase de imágenes e informaciones que prontamente fueron divulgados por las imprentas londinenses. En Inglaterra, el impacto de la nueva forma del territorio llegó a suplantar a las fuentes geográficas más autorizadas. Hasta entonces los periplos e informaciones de Francis Drake y Thomas Cavendish habían sido considerados como veraces testimonios de la imagen del mundo, sobre todo sabiéndose que buena parte de aquellos reportes habrían estado fundados en cartas españolas de primera mano requisadas en los galeones asaltados en el Pacífico. Muy posiblemente, la llamativa y la constatable radicalidad del giro cartográfico —ya fuere por el arbitrio de los informantes como por la sustancialidad de sus efectos— hizo necesaria la construcción de una estructura discursiva que la sustentase. Apareció así, en el mismo proceso de difusión de la nueva imagen, una narración —más o

menos posible e historiada— que justificaba el origen del renovado contorno isleño. El 1622, el matemático inglés Henry Briggs escribió *A Treatise on the North-West Passage to the South Sea*, trabajo en el que aportaba evidencias de la insularidad californiana. Sería en las inmediatas reimpresiones del tratado cuando apareciese un mapa diseñado por él que habría de mostrar tales novedades. Aquella carta se editó casi de manera simultánea en la obra de Samuel Purchas *Hakluytus posthumus, or Purchas his pilgrimes: contayning a history of the world in sea voyages and lande travells by Englishmen and others* (1625). Era ahí, en la esquina inferior izquierda del mapa, donde se relataba cómo una carta española procedente de un asalto naval holandés había sido el germen y fuente principal del cambio cartográfico. Con bastante probabilidad, de ser cierta la noticia, el manuscrito incautado no habría comprendido el golfo de California, habiéndose limitado a la derrota entre los cabos Mendocino y San Lucas. Pese a ello, la imagen insular ya estaba fraguada y sólo requería de una trama histórica que la razonase.

«California sometimes supposed to be a part of the western continent, but since by a Spanish Chart taken by the Hollanders it is found to be a goodly Island: the length of the west shore being about 500 leagues from Cape Mendocino to the South Cape thereof called Saint Lucas; as appeared both by that Spanish Chart and by the relation of Francis Gaule whereas in the ordinaries Charts it is set down to be 1700 leagues»¹⁴.

Dos publicaciones holandesas habían sido precisamente las primeras en representar la California aislada del continente. Una de ellas fue la edición en francés de la *Description des Indes Occidentales* de Antonio Herrera y Tordesillas, impresa en los talleres de Michiel Colijn en Ámsterdam en 1622. Aunque en el texto de la obra persistía la antigua descripción peninsular, en el pequeño mapa del continente americano labrado en la portada, la imagen de California figuraba como una ínsula. El mismo impresor, y en el mismo año, editó

14. Henry Briggs, «The North Part of America conteyning Newfoundland, New England, Virginia, Florida, New Spaine, and Nova Francia... and upon ye west the large and goodly Iland of California», 1625.

también *Spieghel der Australische Navigatie*¹⁵, relación del viaje del explorador neerlandés Jacob Le Maire. Este era el marino al que ciertos autores habían atribuido el abordaje del navío español y la confiscación de la carta de la que se hizo eco la leyenda y la cartografía posterior. Mapa que, para algunos, incluso, habría formado parte de las relaciones de fray Antonio de la Ascensión. Al igual que en la antedicha publicación de Colijn, era en el frontispicio del *Spieghel der Australische Navigatie* (figura 4) donde se disponía el renovado perfil insular, esta vez como parte de la estampa de un mapamundi.

Las representaciones de Colijn fueron adoptadas con entusiasmo por los cartógrafos de su siglo. Por ejemplo, la lámina de la imagen del mundo de la portada del *Spieghel der Australische Navigatie* fue adherida a posteriori por el holandés Hessel Gerritsz en una pequeña cartela sobre la parte superior de un mapa del Pacífico. Lo interesante del caso es que, en esa carta del océano, aún California —de manera contraria— aparece constituyendo una península¹⁶. Por otro lado, el trazado californiano de Henry Briggs se popularizó gracias a las sucesivas reediciones de la «América Septentrionalis» (1636) de los neerlandeses Henricus Hondius y Jan Jansson (figura 5a); bello mapa decorativo que, en palabras de Philip D. Burden (1996, I: 309), tuvo más influencia que ningún otro en la perpetuación de la noción de la California como una isla. Con todo, de estos modelos no emanó el perfil definitivo de la California insular que Vaugondy reconoció como distintivo y reprodujo sobre su plancha. Hasta el redescubrimiento de su peninsularidad en el siglo XVIII, la forma más difundida y acreditada fue la de una isla de California alargada y curva, con un par de golfos muy pronunciados en la costa norte y próxima a una desmesurada protuberancia continental. El origen de esta disposición lo en-

15. Jacob Le Maire, *Spieghel der Australische Navigatie, Door den Wijt vermaerden ende cloeck... 1615*, Ámsterdam, 1622.

16. Hessel Gerritsz, «Mar del Sur», CDDC X XXII II. Mapa manuscrito en color, Biblioteca Nacional de Francia, París, Cartes et Plans, GE SH ARCH— 30 (RES). La fecha que aparece estampada sobre el mapa está retocada, se ha agregado a posteriori la primera de las tres X y las dos últimas II, de modo que la cifra resultante sea 1634 en lugar de 1622. El pequeño mapamundi insertado en la parte superior es completamente diferente, en proyección y formas geográficas, a la carta principal, lo que invita a sospechar en una adición posterior.

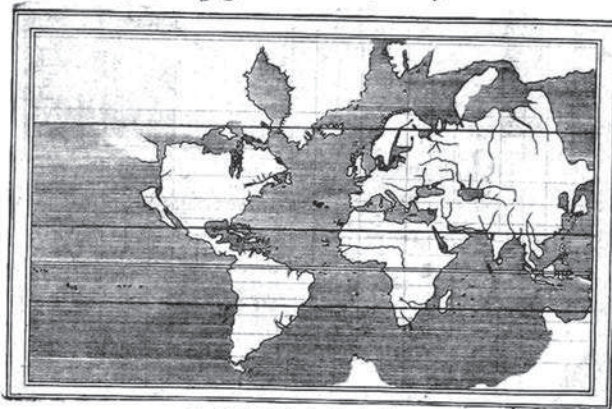
SPIEGHEL
 DER
 AVSTRALISCHE
 NAVIGATIE.

Door *de*

Uijt vermaerden ende cloeck-
 moedighen Zee-Veldt/

IACOB LE MAIRE,

President ende Overste over de twee Schepen, d' *Eendracht*
 ende *Hooft* / uytgevearen den 14. Iunij 1615.



AMSTERDAM,

By *Michiel Colijn*, Boeck-vercooper op't Water
 by de *Oude Brug* / in't *Huyjs-Boeck*.
 Anno 1622.

Figura 4.—Frontispicio de *Spieghel der Australische Navigatie*, 1622.

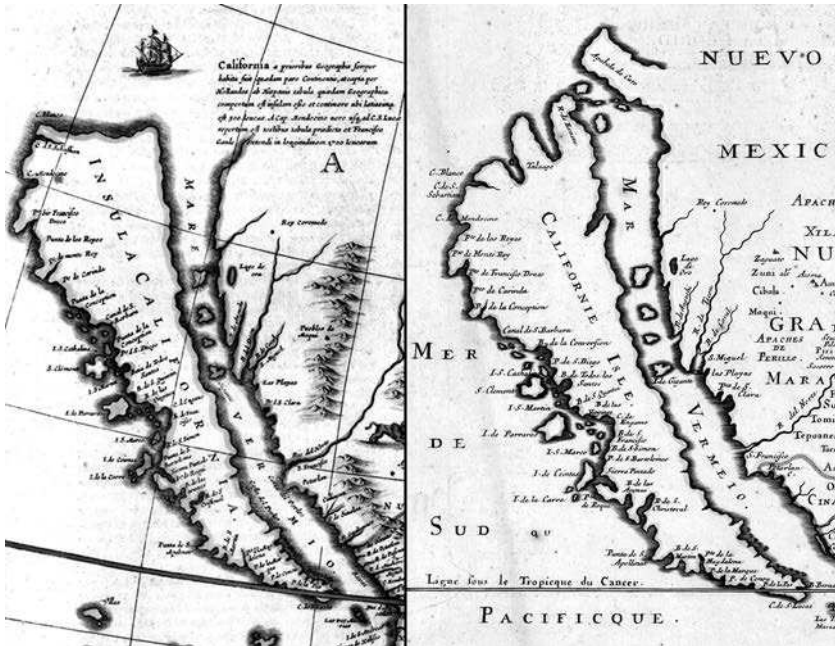


Figura 5.—A la izquierda, detalle de la edición de 1641 de la «America Septentrionalis» de Jansson. A la derecha, detalle de «Le Nouveau Mexique et la Floride...» (1656) de Sanson.

contramos en el gran mapamundi en dos hemisferios «Nova Totius Terrarum Orbis Tabula» (Ámsterdam, 1648) que Joan Blaeu editó con motivo de la firma de la Paz de Westfalia —al término de la Guerra de los Treinta Años— y que había dedicado al embajador español Gaspar de Bracamonte y Guzmán. Debido a sus características modernas, el mapa se convirtió en un gran éxito y su imagen de la California se propagó y se mantuvo con fuerza, pese al embuste de los nuevos descubrimientos, durante casi una centuria. Del mapa de Blaeu se realizaron sucesivas revisiones y ediciones e influyó notablemente en cartógrafos de toda Europa. Principalmente caló en las producciones de holandeses y franceses, en el que habría de ser por excelencia el siglo de la cartografía gala, pero también dejó su estela en Japón donde, como demostró Minako Debergh (1983), se efectuaron numerosas adaptaciones del mapamundi durante un dilatado período de tiempo.

Los impresores y cartógrafos franceses de la segunda mitad del siglo XVII fueron, con distinción, los responsables de la transmisión de la imagen insular de Blaeu. La supremacía neerlandesa había ido decayendo progresivamente a la par que Francia iba tomando las riendas en materia cartográfica. Aquí, el arte y la ciencia de los mapas cobraron un impulso inusitado. El flujo de las fuerzas centralizadoras del Estado y las políticas de auspicio científico demandaban numerosos mapas y cartas de navegación que, junto a los fines marciales, perseguían el progreso y la organización del sistema económico. En 1666, con un fuerte trasfondo militar, topógrafos de varios cuerpos civiles y castrenses se organizaron formalmente como *ingénieurs géographes*. Sin embargo, el apoyo decisivo a la cartografía lo proporcionó la *Académie Royale des Sciences*, creada aquel mismo año bajo el patrocinio de Luis XIV y el ministro Colbert (Crone, 2000: 177). El afán científico rebosó entonces los límites nacionales y, desplegando horizontes, la Academia procuró el acopio y elaboración de cartas actualizadas y minuciosas memorias con las que formar una más correcta imagen del mundo. No obstante, los pasos en esta dirección ya se habían iniciado décadas atrás bajo los auspicios de Luis XIII, monarca que había otorgado a Nicolás Sanson el título de primer Geógrafo del Rey en 1630. A este cartógrafo justamente le debemos el segundo mapa que Vaugondy insertó en la composición de la *Enciclopedia*. Realizado en 1656 bajo el título de «Le Nouveau Mexique et la Floride, Tireés de diverses Cartes et Relations (figura 5b)», el dibujo retomaba con firmeza las delineamientos de Joan Blaeu en la representación insular de la California y los consagraba como propios. La autoridad de la que fue investido Sanson, patriarca de una dinastía de cartógrafos y maestro de numerosos seguidores y plagiadores, coadyuvó a la confirmación y mantenimiento de la imagen de la isla crestada durante generaciones. Así, el modelo insular de Sanson se impuso en las escuelas cartográficas de toda Europa y ocupó su merecido lugar en la lámina enciclopédica¹⁷.

Frente a la mayoría que tuvo por garantía de verosimilitud la reproducción de la imagen californiana del geógrafo real Nicolás Sanson, unos pocos, aunque significativos autores, optaron por una caprichosa peninsularidad.

17. Véanse, entre otros, los mapas de Frederick de Wit, Jan Jansson, Pieter Goos, John Speed y Vincenzo Maria Coronelli.

Una de aquellas desacostumbradas representaciones fue dedicada al mismísimo Luis XIV por el fraile recoleto Louis Hennepin. Éste había sido uno de los exploradores que viajó con René-Robert Cavelier de La Salle hacia el interior de la Nueva Francia. Tras haber recorrido la región de los Grandes Lagos y reconocido las cataratas del Niágara y parte de la rivera del Misisipi, regresó a Francia donde publicó en 1683 *Description de la Louisiane, nouvellement découverte au Sud'Oüest de la Nouvelle France*. Junto a la obra apareció un mapa de Norteamérica en el que todavía California persistía bajo la forma peninsular. Si el mapa estaba construido con fuentes desfasadas o, por el contrario, evidenciaba alguna experiencia indirecta pero certera de Hennepin, nos es desconocido. Sí sabemos que, años más tarde, el recoleto se obstinaría en su imagen de América y realizó otra edición del mismo mapa dedicado, esta vez, al rey de Inglaterra¹⁸. La otra notoria excepción apareció en la ciudad bávara de Ingolstadt en «un muy curioso mapa universal de todo el mundo terráqueo» (Kino, 1989: 156), realizado por el reputado matemático jesuita Adam Aigenler en un tratado de cosmografía¹⁹. Entre los alumnos del citado ignaciano se encontraba entonces un joven Eusebio Francisco Kino realizando sus cursos de filosofía (Bolton, 2001: 83-85). Su «paternal preceptor de matemáticas», como mucho después Kino lo recordaría (Bolton, 2001: 84), había dibujado California prendida al continente. Será ciertamente el pupilo quien, tres décadas más tarde y tras recorrer arduamente el territorio, vuelva a demarcar aquella tierra sobre el mapa y torne en península la imagen «real» de la California.

Tan pronto como llegó a México en 1681, el padre Kino recibió el encargo de acudir a misionar a los indígenas de la California. El jesuita, quien traía un acreditado bagaje como científico, había de compaginar en el cometido su

18. Louis Hennepin, «Carte de la Nouvelle France et de la Louisiane Nouvellement découverte. Dédiee au Roy, l'An 1683 par le Révérend Père Louis Hennepin». En la edición dedicada a Guillermo III de Inglaterra, Hennepin modificó el título y las cartelas conmemorativas: «A Map of the New World between New Mexico and the Frozen Seal Newly Discovered by Father Lewis Hennepin Missionary Recolled and Native of Hainault... 1688».

19. Adam Aigenler, *Tabula Geographico-Horologa Universalis, Problematis Cosmographicis, Astronomicis, Geographicis, Gnomonicis, Geometricis Illustrata, Et Vna Cvm Succincta Methodo Quaslibet Mappas Geographicas Delineandi*, Ingolstadii, 1668.

vocación cosmográfica con el deber apostólico. Así, antes de emprender camino hacia el noroeste, formando parte de la expedición al mando del almirante Isidro de Atondo y Antillón, el misionero recopiló en Veracruz y Ciudad de México cuantos mapas y relaciones concernientes al Gran Norte le fue posible. Según narró en su diario, Kino llegó a América al tanto de los debates y las contrapuestas representaciones de la California. El mencionado mapa de su maestro Aigenler, que Kino llevaba consigo, donde «pone muy bien la California, no isla, sino península» (Kino, 1989: 156), ya contrariaba las cartas de los más importantes cartógrafos de su tiempo. Y «en esta creencia que la California era península y no isla, [Kino fue] a estas Indias Occidentales» (Kino, 1989: 156). Sin embargo, los exámenes preliminares que el misionero realizó de las fuentes novohispanas no hicieron sino insistir en la insularidad californica, sembrando, por consiguiente, en el jesuita, el cambio de parecer.

Uno de los principales problemas geográficos de la primera mitad del siglo XVIII fue la definición de la forma de la California (Pedley, 2005: 167). Europa no permanecía ajena a las noticias —contrastadas o no, pocas siempre— que de aquella esquina del orbe iban llegando por diferentes cauces. Los mapas de California de la Compañía de Jesús, hasta mucho después de su expulsión y disolución, se encontraban entre los mejor acreditados y más utilizados por estudiosos de todo el mundo. El padre Kino en 1695, en la fase inicial de sus exploraciones, trazó un mapa de la isla de la California para ilustrar la biografía del padre Saeta titulada *Teatro de los trabajos apostólicos de la Compañía de Jesús en la América Septentrional*. Por mano del duque de Escalona, el mapa llegó a Francia donde, en 1705, Nicolás de Fer lo editó bajo el nombre «La Californie ou Nouvelle Caroline». Poco importaba al impresor que, para entonces, Kino ya se hubiese retractado de las representaciones insulares y hubiera realizado y difundido nuevos mapas con la península fielmente delineada. Ciertamente, las primeras impresiones del jesuita en California habían ido en aquella dirección «porque las muchas corrientes de norte a sur que experimenté en las navegaciones que hice en el brazo de California eran tan continuadas y a veces tan vehementes que parecía se comunicaba esta mar con la del norte; y me inclinó a pensar que la California era isla, y por tal la dibujé en algunos de mis mapas» (Kino, 1989: 157). Desacierto que, consiguientemente, había confundido a no pocos de los seguidores de Kino en Europa. El caso de Nicolás de Fer, pese a todo, escapaba de lo razonable del error para convertirse en pertinaz obstinación. El cartógrafo, combativo en su posición, volvió a reproducir la

isla dejando patente que «quelques modernes croient être attache au continent de l'Amérique par la Partie Septentrionale»²⁰. Con su declaración venía a deslegitimar al que había sido durante una década su principal fuente. Aún en una fecha tan tardía como 1720, De Fer seguía resistiéndose a modificar sus postulados y sus plantillas, perjudicando con ello su negocio. Así pues, en dicho año, volvió a grabar el primer mapa de Kino como imagen perfectamente válida, con apenas algunas modificaciones de carácter estético.

En los años finales del siglo XVII, Kino prosiguió su labor misional y exploradora avanzando desde el norte de Sonora hasta las tierras bajas del río Colorado, buscando, con el mismo afán, la comunicación y expansión de las misiones jesuíticas, así como la resolución de la enigmática entidad geográfica de California. Según narró Kino, hasta en dos ocasiones (en 1698 y en 1701), había visto desde lo alto del Cerro de Santa Clara «este encerramiento y paso por tierra a la California». Haciendo uso del telescopio, el jesuita había observado lo que más tarde reconocería como el cierre del mar de Cortés y el pasaje de tierra de las Californias (Kino, 1989: 167). En 1699, junto al padre Adam Gilg y al capitán Juan Mateo Manje, Kino llegó al poblado de los indios Yumas, cerca de la confluencia de los ríos Gila y Colorado. Desde ahí hasta la boca de éste último, los nativos poseían entre sus bienes unas conchas azuladas originarias de la costa del Pacífico. Aquel indicio y los rumores de los indígenas apuntaban a una misma dirección: la unión de ambas tierras dejaba de ser una mera conjetura para volverse una realidad factible. Fue, definitivamente, durante el descenso del río Colorado hasta su desembocadura, cuando Kino percibió que «no se halla o ve mar alguna de California que suba a más altura que hasta a treinta y dos grados escasos». En dicha desembocadura, Kino vio alzarse el Sol por encima del remate «de este brazo o seno californico» más allá de treinta leguas de mar, notando que «desde el mismo desemboque al poniente teníamos a la vista otras más de treinta leguas de tierra continuada y otras tantas al sur y al suroeste y muchas más al norte y noroeste y noreste,

20. Nicolás de Fer, «Carte de la Mer du Sud et de la Mer du Nord: ou se trouve les costes d'Amérique, d'Asie, d'Europe et d'Afrique situées sur ces mers. Paris: Chez l'Auteur, dans l'Isle du Palais sur le Quay de l'Orloge a la Sphere Royale, avec Privilège du Roy, 1713».

conque esta mar no sube al norte» (Kino, 1989: 167-169; Bolton, 2001: 590-592). Con su experiencia, el jesuita acababa de confirmar que California, en realidad, no era una isla.

Desde la misión de Dolores, el 8 de abril de 1702, Kino escribió al padre Leal un informe demostrando que Baja California era en verdad una península y que ambas tierras estaban comunicadas. «[G]racias a su Divina Majestad, con varias y en particular con tres entradas de 150, de 170 y de 200 leguas que de aquí de Nuestra Señora de Dolores al nortueste he hecho, he descubierto con toda individualidad, certidumbre y evidencia con la abuja de marear y astrolabio en la mano que la California no es isla sino península y que en 32 grados de altura hay paso por tierra a dicha California y que sólo hasta allá cerca llega el remate de la mar de la California, desembocando en dicho remate los muy caudalosos ríos que en los siguientes capítulos se referirán» (Kino, 1989: 157). Fundamentándose ya en los reconocimientos que, en persona, había realizado durante los años precedentes, Kino elaboró el mapa del «Paso por tierra a la California y sus confinantes nuevas Naciones y Misiones nuevas de la Compañía de Jesús en la América Septentrional. Descubierto, andado y demarcado por el Padre Eusebio Francisco Kino, jesuita, desde el año de 1698 hasta el de 1701»²¹ (figura 6). Según Burrus (1967: 23), el padre Bartolomé de Alcázar —residente en el colegio imperial de Madrid— fue el receptor de una de las primeras versiones del mapa de Kino. Éste lo habría de remitir a los jesuitas franceses, quienes, poco después, lo darían a conocer masivamente publicándolo en el tomo quinto de las *Lettres édifiantes*²². Es este mapa la imagen final que culmina la composición de Buache y el mismo que luego retoma Vaugondy como número cuatro de su lámina.

La llegada de las noticias de las exploraciones de Kino despertaba cada vez mayor interés por California al otro lado del Atlántico. En torno a 1707, el

21. Según Burrus (1967: 23) se desconoce el paradero de los mapas originales. Una copia se conserva en el Archivo General de Indias de Sevilla, Mapas y Planos, México, 95.

22. «Passage par terre de la Californie Découvert par le Rév. Père Eusèbe François Kino, jésuite, depuis 1698 jusqu'à 1701, où l'on voit encore les Nouvelles Missions des P. de la Compagnie de Jésus», en *Lettres édifiantes et curieuses écrites des missions étrangères par quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus*, tomo V, París 1705.

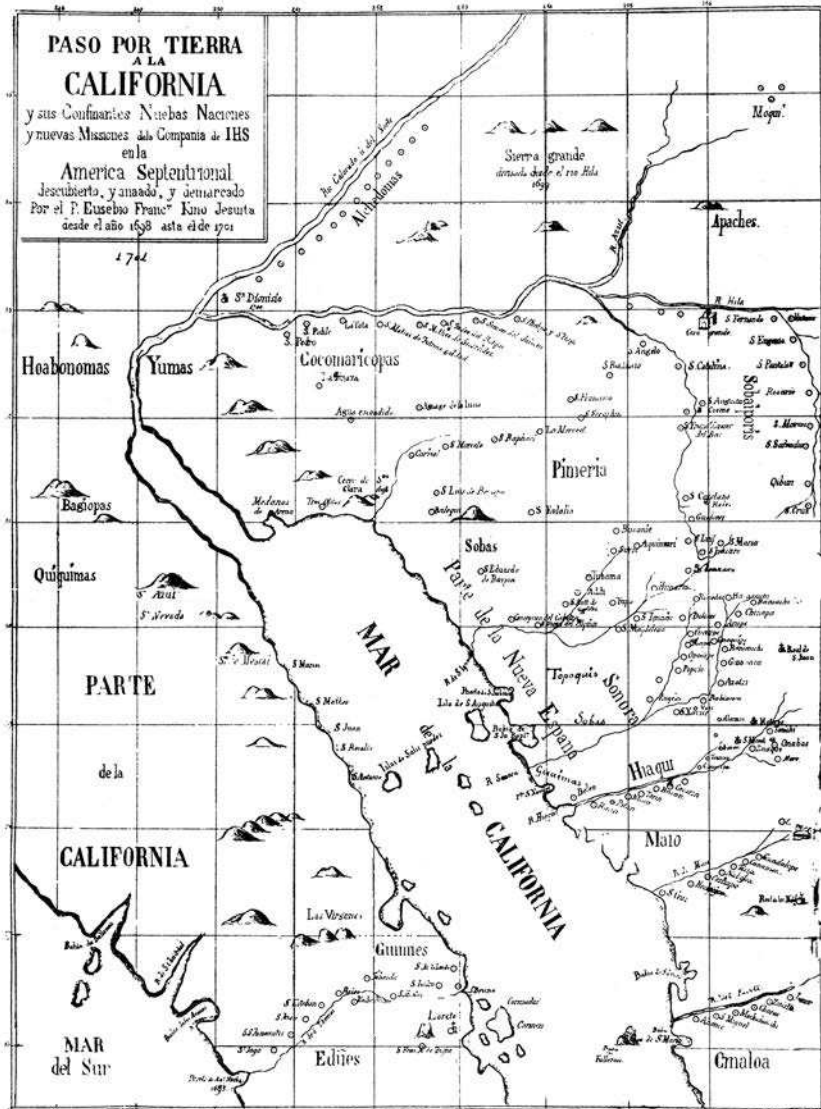


Figura 6.—Kino, «Paso por tierra a la California», 1701.

padre Juan de Hurtasum, rector del Colegio de Veracruz, comunicó a Kino que desde España, personas a las que no podía excusar, le solicitaban «exacta relación» de las provincias que había descubierto. Según le manifestaba su compañero de orden, existía en la corte una ansiosa curiosidad sobre la cuestión de si California era una isla o una península, «o qué opinión es más probable», la naturaleza del reino de Quivira o la distancia a la tierra de Yesso, «porque me escriben que sobre esto se controvierte ya mucho en Madrid, con variedad de opiniones». De modo que le rogaba a Kino información actualizada de sus hallazgos «y si puede ser una demarcación en mapa de todo mejor» (Kino, 1989: 336-337). Muy próximo en el tiempo, Kino debió de mantener también correspondencia con el Padre Provincial de la Nueva España Juan de Estrada. Nuevamente la misiva volvía a trasladar al misionero solicitudes de información provenientes de Europa. En este caso, las peticiones que enviaba el Provincial llegaban desde Francia. En el país galo, como venimos presentando, el conocimiento por la situación geográfica de California era de un interés máximo. Palmariamente, los primeros mapas y relaciones de Kino recibidos sabían a poco. En los círculos intelectuales y en los salones más entretenidos se ansiaba la llegada de primicias inéditas y reveladoras. No sorprende, por tanto, que Estrada emplazase con razón a Kino a elaborar un mapa de «más consecuencia y novedad, acompañado de alguna relación breve con las razones y diligencias con que se deduce ser las Californias solo penínsulas», de modo que moviera «más la curiosidad de los impresores de Francia a hacer el mapa e imprimir la relación escrita». A buen seguro, los nuevos materiales harían las delicias del público y sería negocio —no sólo— de los impresores franceses. Por coacción o puntualización, Estrada no evitó recordar a Kino que, ya antes que él, Hurtasum le había pedido «esos mapas para que se impriman en Francia de donde piden esto y noticias de nuevas conversiones y tierras para darlo todo a la estampa» (Kino, 1989: 337).

Pese a tanto provecho e interés suscitado, la ansiada resolución de la forma californiana no fue cómodamente asimilada en todos los círculos cartográficos. Era evidente que los mapas y descubrimientos de Kino habían revolucionando la cartografía: «Draque, con otros muchos cosmógrafos modernos, en sus varios mapas, impresos con notable descrédito de la cosmografía, se engañan a sí y a otros, subiendo esta mar o brazo o estrecho de la Mar de California desde treinta y dos grados hasta cuarenta y seis, y haciéndola con eso isla y la mayor del mundo, no siendo sino península» (Kino, 1989: 167). No obstante, por mucho

tiempo aún, los cartógrafos europeos se habrían de resistir a aceptar sin preven- ciones el cambio en la naturaleza bajacaliforniana. Todavía a mediados del siglo XVIII seguían grabándose representaciones de la ínsula y dando credibilidad a leyendas y narraciones poco contrastadas (McLaughlin y Mayo, 1995). Muchos impresores justificaron su trabajo recordando las palabras del cartógrafo Herman Moll, quien, en 1711, había asegurado que en su taller tenía trabajando a marineros que habían circunnavegado la isla de California (Cohen, 2002: 38).

De manera más prudente actuó el geógrafo Claude Delisle, solicitado en 1700 por la Academia francesa de Ciencias para dar su opinión respecto a la carta que Kino había realizado en 1695. Aquel había sido el mapa de la primera percepción insular del misionero, el mismo que celosamente y hasta la saciedad reprodujo Nicolás de Fer. En la contestación a los académicos, Delisle dejó patente que el jesuita era ante todo conocido por los viajes y reconoci- mientos que estaba realizando en el noroeste de América y, por tanto, constituía una fuente fiable y respetable para el conocimiento geográfico (Fouquier, 2000: 47). Sin embargo, pese a tan admirable autoría, la duda metódica que tan bien tendría Delisle asimilada, le llevó a enjuiciar la verosimilitud de la representación de la California como una isla. Contra la tendencia habitual de los cartógrafos de su siglo, el francés no estimó justificada aquella imagen insular. Las relaciones de viaje y los mapas de quienes precedentemente la recorrieron iban en otro sentido: la querrela por el conocimiento certero era inevitable. Tal y como escribió Delisle en una carta a Jean Dominique Cassini, «il faut présentement discuter l'autre question, qui consiste à savoir *si la Cali- fornie est une Isle ou une partie du Continent*» (Bernard, 1716: 265). Así, en su argumentación contra la representación de la isla de California, Delisle se remontaba a las fuentes tanto cartográficas como textuales de los siglos XVI y XVII y atribuía el origen de dicha tendencia errónea a los mapas que elaboró el impresor Jan Jansson, basándose éste, según su parecer, en las nombradas cartas españolas capturadas por los holandeses. Con sencillos pero contundentes razonamientos, Delisle expuso que si aquel mapa español (el que habría hecho errar a Jansson y a sus sucesores) había sido elaborado con «bons et fidèles mémoires» (Bernard, 1716: 270), debería de ser esa hechura la forma de representación unánime y uniforme en la cartografía hispana. Siguiendo con su crítica, Delisle recurrió a las fuentes que otros habían empleado y puso en tela de juicio tanto la calidad de las traducciones de los viajes, como la credibilidad de los artífices de ciertas narraciones orales. En consecuencia, el

cartógrafo concluyó que, como modelo de representación mucho más ético y científico, era preferible dejar en blanco —como «pierres d'attente»²³ lo que aún no era conocido con certeza:

«[J]'ai pris la précaution de représenter sur mes Globes et sur mes Cartes, la Côte coupée et interrompue dans cet endroit, tant du côté du Cap Mendocin, que du côté de la Mer Vermeille. J'ai laissé dans ces deux endroits comme des pierres d'attente, pendant opera interrupta et je n'ai pas cru devoir me déterminer sur une chose qui este encore su incertaine: ainsi je n'ai fait de la Californie ni une Isle, ni une partie du Continent, et je demeurerai dans ce sentiment jusqu'à ce que j'aie vu quelque chose de plus positif que ce que j'ai vu jusqu'ici» (Bernard, 1716: 273-274).

Fiel a sus premisas, Claude Delisle elaboró en 1700 un mapa de la América Septentrional²⁴ que su hijo Guillaume imprimió con bastante éxito²⁵ y cuya sección californiana apareció en las dos láminas compuestas que venimos analizando (figura 7a). Como si se tratara de una obra inacabada, en la carta se dejaba a la península de California ligeramente desconectada del continente por ambos lados. Respetando las opiniones divergentes y los primeros mapas de Kino que habían tenido oportunidad de revisar, los Delisle grabaron lo siguiente junto a la línea en suspensión: «Golfe qui n'a pas encore été bien découvert mais que les Modernes croient très profond». Al reconocer con su gesto la representación en blanco como la opción más apropiada frente a las cartografías imaginadas, no sólo se estaba haciendo un ejercicio de honestidad, sino, además, se estaban poniendo las bases de la imagen dinámica y progresiva

23. Por «Pierre d'attente» se entiende en arquitectura la prolongación de las piedras en el extremo de un muro de manera que, cuando sea necesaria la construcción de un edificio o pared contigua, puedan estar unidos prolongando la superficie.

24. «L'Amérique Septentrionale. Dressee sur les observations de Mrs. de l'Academie Royale des Sciences, & quelques autres, & sur les Memoires les plus recens. Par G. de l'Isle, Geographe. A Paris, chez l'Auteur sur le Quai de l'Horloge, avec Privilege du Roy pour 20 ans, 1700».

25. Pedley (2005: 167) explica el conflicto por plagio que Delisle mantuvo con Jean-Baptiste Nolin precisamente por haber copiado su forma de representación de la California.

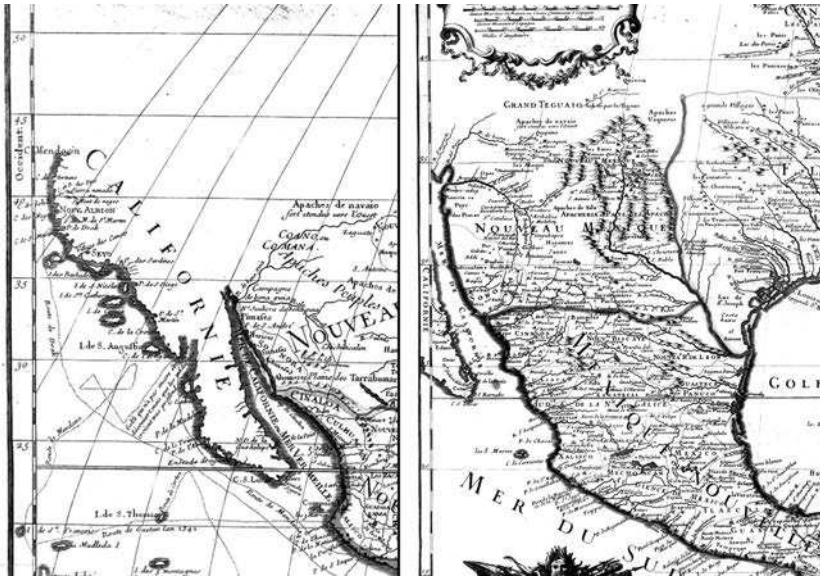


Figura 7.—Estrategias en los mapas de Delisle. A la izquierda el pierre d'attente de «L'Amerique Septentrional...» (1700). A la derecha el juego de encuadre de la «Carte du Mexique...» (1703).

de la geografía que imperará a lo largo del siglo XIX. El proceso de «blanqueamiento» del mapa participó, como fenómeno cartográfico, del mismo espíritu que las expediciones científicas y las exploraciones geográficas de su tiempo. El blanco se elaboraba como un recurso de confrontación del imaginario espacial frente al espacio conocido. En los mapas de los Delisle ya se había apreciado, desde momentos muy tempranos, el rechazo a las aproximaciones o disimulos ante la duda o lo ignoto. Los cartógrafos prefirieron dejar en blanco los territorios y los contornos de los que aún no se tenía la certeza suficiente (Laboulais, 2004: 6). En estos términos, Guillaume Delisle desarrolló formas adicionales de representar lo desconocido en el caso californiano, llevando, por ejemplo, el espacio concerniente al paso de tierra fuera de los márgenes del mapa y dibujando únicamente el extremo meridional de la Baja California. La solución ideada para su «Carte du Mexique et de la Floride, des Terres Anglaises et des Isles Antilles» (1703) (figura 7b) fue imitada por muchos. Por ejemplo,

John Senex en su mapa de Norte América (1710)²⁶ reproducía exactamente la misma estratagema. Ya próximo a la década de 1730, cuando los nuevos reportes de Kino estaban siendo ampliamente difundidos, Herman Moll, quien aseguraba que conocía la insularidad de California de buena fuente, seguía evitando, mediante juegos de encuadre y de selección cartográfica, figurar la unión o la separación entre Baja California y el continente²⁷.

UN MAPA QUE ES BAJA CALIFORNIA

Las publicaciones científicas, tradicionalmente, han recurrido a la cartografía como imagen epistemológicamente constitucional de la realidad que —presuntamente— representa. De este modo, los mapas ahí funcionan como figuras que reclaman una correspondencia directa con el territorio (Agger, 1989: 151). Sin embargo, el desarrollo contemporáneo de la teoría cartográfica no ha hecho sino desmontar los mitos de verosimilitud depositados en los mapas: Un buen mapa, ante todo, nos comunica multitud de mentiras (Monmonier, 1996: 25). No obstante, tales interpretaciones no han tenido ni eco ni repercusión en las formas cotidianas de pensamiento relativas al uso o imaginación de la cartografía ni, menos aún, en la práctica educativa. Retomemos el ejemplo dado por Agger (1989: 154), que, aunque se refiera a California, bien podría servir para cualquier lugar del mundo. Cuando los estadounidenses de la costa Este que jamás han atravesado el Misisipi piensan en Baja California, lo primero que evocan es «la punta de tierra en forma de dedo que recuerdan de la geografía de la escuela primaria. Baja California existe para ellos en la realidad de su imagen. Por tanto, el mapa, necesariamente, constituye realidad. Ante la falta de experiencia directa, la imagen de Baja California es Baja». Poco dista esta imaginación contemporánea de Baja California de la condición iconográfica del último mapa que incorporó Vaugondy a su lámina. En primer

26. John Senex, «North America Corrected From the Observations Communicated to The Royal Society of London and The Royal Academy of Paris [...] 1710».

27. Herman Moll, «A New Map of the North Parts of America claimed by France under ye Names of Louisiana, Mississippi, Canada and New France with ye Adjoyning Territories of England and Spain» c. 1730.

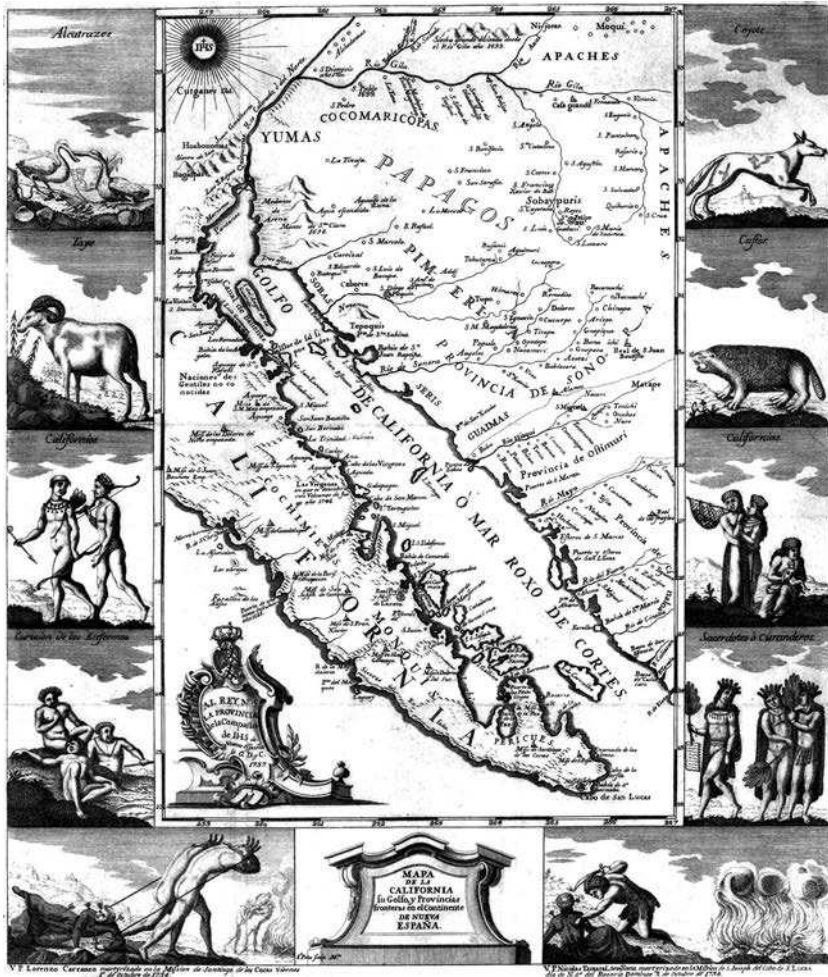


Figura 8.—«Mapa de la California, su golfo y provincias fronterizas en el continente de Nueva España», 1757.

término y de mayor tamaño que el resto, la carta atribuida a «la Société des Jésuites en 1767» es presentada en la composición de la *Enciclopedia* como la imagen definitiva y más verosímil de la California. Este último mapa, confrontado al panorama confuso que queda a su derecha, es indefectiblemente la misma realidad. El territorio es el mapa y el mapa es el territorio.

Que Vaugondy reprodujese la carta jesuítica fue una elección honorable, a la vez que sorprendente. El cartógrafo, sin mediación alguna, recurría a la fuente original que acababa de confirmar la naturaleza definitiva del territorio californiano, aprobando con su decisión la autoridad y mérito de los jesuitas y su cartografía. Sorprendente, también, ya que el empleo de los mapas de la Compañía de Jesús en la *Enciclopedia*, con carácter y calidad de precisos, podría entenderse como una incongruencia tras el polémico *Discours Préliminaire* que d'Alembert escribió en el primer volumen de la obra, donde se enfrentó abiertamente contra la Iglesia Católica y los jesuitas (Blom, 2007: 124-127). Siguiendo los pasos del padre Kino, otros muchos ignacianos habían recorrido el noroeste americano elaborando reportes y levantando mapas de dichas regiones. Su trabajo de exploración mercedamente les había granjeado el respeto de la comunidad científica; además de la elección de Vaugondy, prácticamente todo un reconocimiento, múltiples cartógrafos se habrían de servir de los resultados científicos de los misioneros.

«[P]ara el cartógrafo jesuita un mapa era instrumento de su trabajo. Señalaba el camino que conducía de una misión a otra; las zonas de las naciones indígenas —tanto las cristianas como las que se habían de convertir; los agujeros para no perecer de sed en sus expediciones exploratorias. El mapa ilustraba también su informe escrito, y sus superiores mexicanos y romanos y los oficiales reales y españoles preferían un documento gráfico que reflejara visiblemente el apostolado misionero a extensas relaciones» (Burrus, 1967: 2).

Uno de aquellos jesuitas reconocidos por su labor cartográfica fue el croata Fernando Consag quien, durante sus años como misionero, realizó tres expediciones a lo largo de Baja California (Lazcano y Pericic, 2001). En 1746, Consag y sus compañeros navegaron la costa californiana hasta la desembocadura del río Colorado. Las mediciones y observaciones que durante la travesía realizaron, volvieron a confirmar fehacientemente que Baja Cali-

fornia era una península. Estos resultados fueron recogidos en el *Derrotero*²⁸ que sería impreso numerosas veces junto con el famoso mapa «Seno de Californias y su costa oriental nuevamente descubierta y registrada desde el cabo de las Vírgenes hasta su término que es el río Colorado. Por el P. Fernando Consag de la Compañía de Jesús, misionero de Californias, año de MDC-CXLVI» (Burrus, 1967: 63-64). Este mapa sería la base y daría información a otros muchos posteriores. Así, sin ir más lejos, la citada carta anónima de la Compañía de Jesús de 1767 que recoge Vaugondy, copia en su leyenda que «La côte orientale depuis le C[ap] des Vierges jusqu'à l'embouchure du R[ivièr]e Colorado est extraite de la Carte de Ferdinand Gonsag que dressée en 1746». El mapa de Consag mostraba la parte de la península que había visitado, desde los 27° hasta los 33° 20' de latitud. Según Altic (2012: 11), es muy probable que Consag se sirviese del mapa de Eusebio Francisco Kino de 1701, trabajo sobre el cual insertaría, en 1746, nuevos topónimos y corregiría los errores de su predecesor, especialmente los relativos a los contornos de la costa norte del Golfo de California y las islas del mar Bermejo. Muchos lugares que hasta la fecha no habían sido descritos sobre los mapas aparecieron entonces por primera vez. Con merecido mérito, un pequeño islote rocoso frente a la bahía de San Felipe lleva hoy el nombre de Consag.

Cuando el padre Andrés Marcos Burriel preparó la edición de la *Noticia de la California*²⁹, no dudó en recurrir a la cartografía de Consag como la más reciente y fiable del territorio. Fue a su compañero de orden Pedro María Nascimben a quien se le encomendó la copia de dichos mapas, labor que permitió la preservación de buena parte de ellos (Burrus, 1967: 71-72). Sobre la base de esas copias, Burriel dio forma a las dos planchas cartográficas que se imprimieron —junto al *Derrotero* del mismo Consag— como parte de

28. *Derrotero del viaje que en descubrimiento de la costa oriental de California hasta el Río Colorado... hizo el padre Fernando Consag... por orden del padre Cristóbal de Escobar y Llamas, provincial de Nueva España de la Compañía de Jesús; empieza en 9 de junio de 1746.*

29. Andrés Marcos Burriel, *Noticia de la California y de su Conquista Temporal y Espiritual hasta el tiempo presente. Sacada de la Historia manuscrita formada en México año de 1739 por el Padre Miguel Venegas...*, Madrid, 1757. Reimpreso en México por Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena en 1944.

los materiales de la *Noticia de la California*. Una de las láminas retomaba el citado mapa de la costa Este de 1746, la otra mostraba una representación de toda la península. Esta última, el «Mapa de la California, su golfo y provincias fronteras en el continente de Nueva España» de 1757, se convirtió en una de las imágenes más difundidas y populares de Baja California. El mapa concentraba en sí todo un discurso triunfalista muy necesario para la Compañía en una coyuntura política que empezaba a discutir su poder y métodos a ambos lados del Atlántico³⁰. Los ignacianos siempre habían dado un papel importante a la cartografía y no era momento de descuidarla como arma de defensa y propaganda. De este modo, el «Mapa de la California» viene a declarar que si el mapa es el territorio, su realidad es conocida gracias a los soldados de san Ignacio. Con esa lógica, se presenta el emblema jesuítico como un sol que ilumina la inmensidad, rigiendo la totalidad del espacio, en el flanco superior izquierdo del mapa. El punto de unión de la lengua térrea con el continente es justo donde se plasma el monograma. La insignia de la Compañía de Jesús es el astro que irradia la California: es la luz que ha dado conocimiento al mundo de la realidad peninsular del territorio.

Aunque con anterioridad los padres Kino y Ugarte ya habían afirmado la peninsularidad de California, fueron los reportes de Consag y el trabajo de Burriel los que mejor y más rápido propagaron la nueva imagen. La posición oficial de la Monarquía española cambió en 1747 al poco de hacerse públicos los hallazgos de Consag: California, ciertamente, pendía del continente. La labor de difusión de la obra de Burriel cruzó fronteras para volverse prontamente una fuente de valor incalculable para los cartógrafos de toda Europa. El «Mapa de la California» de 1757, investido ya de toda autoridad, servirá de modelo a los de Isaak Tirion³¹ y de Raimondo Tarrós³², ambos con una amplia difusión y una

30. El conjunto iconográfico de las cuadrículas que enmarca el mapa, además de reforzar el carácter glorioso de esta nueva cartografía, aporta una valiosa información sobre la percepción que de estas tierras tenían los jesuitas.

31. «Kaat van het westelyk Gedeelte van Nieuw Mexico en van California Volgens de laatste Ontdekkingen der Jesuiten en anderen», Amsterdam, 1765.

32. «Carta della California, suo golfo e contracoste della Nuova Spagna», Venecia, 1788. Publicado en la *Storia della California*, obra póstuma del padre Francisco Javier Clavijero.

pléyade de seguidores. Fue la edición de este mapa en la versión francesa de la *Noticia de la California* (1767) el que dio cierre a la composición de Vaugondy. Avanzado el tiempo, aún en el siglo XIX, Alexander von Humboldt seguiría empleando la información de Consag para la representación de la península de California en su «Carte du Royaume Generale de la Nouvelle Espagne» de 1804.

La imagen y, en ella, la naturaleza de Baja California se convirtió durante casi tres siglos en un problema geográfico y epistémico de carácter general. Pese a haber quedado desde su encuentro en los márgenes territoriales de la Monarquía y, fácticamente, bajo la bruma de lo difuso, aquella lengua de tierra de la costa del Pacífico fue insertada en las discusiones y discursos de lo conocido y lo representado. Las cartografías, como forma de comprensión espacial, encuadraron —mediante su representación— a la California en un sistema universal de conocimiento posible. Los cartógrafos y los artistas que la perfilaron o insinuaron, construyeron un patrimonio global —hecho alrededor del mundo y para todo el mundo—, planteando preguntas de validez universal. Los mapas, testimonio de las percepciones del ser humano sobre el cosmos, nos hablan de las experiencias y de las imaginaciones, del sudor y de los sueños, de las tierras prometidas y de la faz del terruño. Son imágenes que contienen en sí tanto la esencia del espacio que representan como la de los hombres que lo representaron. En definitiva, el perfil de Baja California —fuere isla, fuere península— nos cuestiona y nos enfrenta a nuestra propia capacidad de conocer la realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agger, B. (1989): *Reading Science: A Literary, Political, and Sociological Analysis*, Dix Hills, General Hall.
- Altic, M.S. (2012): «Ferdinand Koscak. Cartographer of the Compañía de Jesús and his Maps of Baja California», en Liebenberg, E, y Demhardt I.J., *History of Cartography, Lecture Notes in Geoinformation and Cartography*, 6, Berlín: Springer-Verlag, págs. 3-20.
- Bernabéu Albert, S. (2000): *La aventura de lo imposible. Expediciones marítimas españolas*, Barcelona: Lunwerg.
- Bernard, J.F. (1716): *Recueil de Voyages au Nord. Contenant divers Mémoires très utiles au Commerce et à la Navigation. Tome Troisième*, Amsterdam: Chez Jean-Frederic Bernard.

- Blom, P. (2007): *Encyclopédie. El triunfo de la razón en tiempos irracionales*, Barcelona: Anagrama.
- Bolton, H.E. (2001): *Los confines de la Cristiandad. Una biografía de Eusebio Francisco Kino, S.J., misionero y explorador de Baja California y la Pimería Alta*, México: Universidad de Sonora-Universidad Autónoma de Baja California-Universidad de Colima-Universidad de Guadalajara-Colegio de Sinaloa-Editorial México Desconocido.
- Brewer, D. (2004): «Lights in Space», *Eighteenth-Century Studies*, 37/2, págs. 171-86.
- Buache, P. (1753): *Considérations géographiques et physiques sur les nouvelles découvertes au Nord de la Grande Mer appelé vulgairement la Mer du Sud...* Paris.
- Burden, P. (1996): *The Mapping of North America*, Hong Kong: Raleih Publications.
- Burrus, E.J. (1697): *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús (1567-1967)*, Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas.
- Cohen, P.E. (2002): *Mapping the west. America's westward movement 1524-1890*, New York: Rizzoli.
- Consag, F. (2005): *Carta del P. Fernando Consag de la Compañía de Jesús, visitador de las Misiones de Californias, a los padres Superiores de esta Provincia de Nueva España*. Estudio preliminar y transcripción de M. Eugenia Patricia Ponce Alcocer, México: Universidad Iberoamericana-Biblioteca Francisco Xavier Clavijero.
- Crone, G.R. (2000): *Historia de los mapas*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Debergh, M. (1983): «A comparative study of two Dutch maps, preserved in the Tokyo National Museum. Joan Blaeu's wall map of the world in two hemispheres, 1648 and its revision ca. 1678 by N. Visscher», *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography*, 35/1, págs. 20-36.
- Diderot, D. y Alembert, J. (1751-1772): *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, Paris.
- Edney, M.H. (1999): «Reconsidering Enlightenment Geography and Map Making: Reconnaissance, Mapping, Archive», en Livingstone, D.N. y Withers, C.W.J. (eds.), *Geography and Enlightenment*, Chicago: University of Chicago Press, págs. 165-198.

- Foucrier, A. (2000): «La preuve par les coquillages bleus: la Californie (XVIe-XVIIIe siècles), île ou péninsule?», *Genèses*, 40, págs. 32-52.
- Gil, J. (1989): *Mitos y utopías del Descubrimiento. 2. El Pacífico*, Madrid: Alianza Editorial.
- Hayes, D. (2007): *Historical Atlas of California*, Berkeley: University of California Press.
- Kino, E.F. (1989): *Las Misiones de Sonora y Arizona. Compendio: La crónica titulada «Favores Celestiales» y la «Relación Diaria de la Entrada al Noroeste»*, México: Editorial Porrúa.
- Kish, G. (1976): «Early thematic mapping: The work of Philippe Buache», *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography*, 28/1, págs. 129-136.
- Laboulais-Lesage, I. (2004): «Introduction», en Laboulais-Lesage, I. (dir.), *Comblar les blancs de la carte. Modalités et enjeux de la construction des savoirs géographiques (XVIe-XXe siècle)*, Strasbourg: Presses Universitaires de Strasbourg, págs. 5-11.
- Lazcano, C. y Pericic, D. (eds.) (2001): *Fernando Consag: textos y testimonios*, Ensenada: Fundación Barca-Municipalidad de Varazdín-Museo de Historia de Ensenada-Seminario de Historia de Baja California.
- León-Portilla, M. (1989): *Cartografía y Crónicas de la Antigua California*, México: Universidad Nacional Autónoma de México-Fundación de Investigaciones Sociales, A.C.
- Livingstone, D.N. y Withers, C.W.J. (eds.) (2005): *Geography and Revolution*, Chicago: University of Chicago Press.
- Marcel, G. (1892): *Quatrième centenaire de la découverte de l'Amérique: Catalogue des documents géographiques exposés à la Section des cartes et plans de la Bibliothèque nationale*, París: Bibliothèque Nationale, J. Maisonneuve.
- McLaughlin, G. y Mayo, N.H. (1995): *The mapping of California as an island: an illustrated checklist*, Saratoga: California Map Society.
- Monmonier, M. (1996): *How to Lie with Maps. Second Edition*, Chicago: University of Chicago Press.
- Pedley, M.S. (1992): *Bel et Utile: The Work of the Robert de Vaugondy Family of Mapmakers*, Tring Map Collector Publications.
- Pedley, M.S. (2005): *The Commerce of Cartography: Making and Marketing Maps in Eighteenth-Century France and England*, Chicago: University of Chicago Press.

- Petto, C.M. (2007): *When France Was King of Cartography. The Patronage and Production of Maps in Early Modern France*, Plymouth, Lexington Books.
- Pimentel, J. (2003): *Testigos Del Mundo: Ciencia, Literatura y Viajes en la Ilustración*, Madrid: Marcial Pons.
- Polk, D.B. (1995): *The Island of California. A History of the Myth*, Lincoln: University of Nebraska Press.
- Tooley, R. (1964): *California as an island, a geographical misconception illustrated by 100 examples from 1625 to 1770*, London: The Map's collector's Circle.
- Wagner, H.R. (1937): *The Cartography of the Northwest coast of North America to the year 1800*, Berkeley: University of California Press.
- Withers, C.W.J. (2008): *Placing the Enlightenment: Thinking Geographically about the Age of Reason*, Chicago: University of Chicago Press.

LOS PROGRAMAS DECORATIVOS EN LAS MISIONES JESUITAS
DE BAJA CALIFORNIA EN EL SIGLO XVIII. LAS ARTES PLÁSTICAS
EN LA FRONTERA NOVOHISPANA

Ana RUIZ GUTIÉRREZ¹
Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN

Entre 1697 y 1768, la presencia jesuita en la península de Baja California protagonizaba un capítulo destacado en la evangelización de los territorios fronterizos del norte de Nueva España.

Las especiales características de la región, lejanía de los centros de decisión, poblaciones a adoctrinar y condiciones extremas del clima, se aunaron para conferir unos especiales rasgos a las misiones que se fundaron como un elemento más del organigrama diseñado para consolidar el control del territorio en estos espacios periféricos y en los que se integraban presidios, pueblos y rancherías, estas últimas ya en el siglo XIX.

1. Con la colaboración del Vicerrectorado de Política Científica e Investigación de la Universidad de Granada.

Centro de un proyecto utópico, la misión jesuita bajacaliforniana adquirió tintes de autosuficiencia en lo que Ignacio del Río llamó el régimen jesuítico, copiando las intenciones de los proyectos sudamericanos y aprovechando las experiencias de otras órdenes en Nueva España. Por eso, esa consideración excepcional dentro del programa definido, no era excluyente del empleo de un método de ocupación del territorio y de relación con los grupos indígenas que venía definiéndose en América desde el siglo XVI, simplemente que adaptado a una nueva realidad.

En esa sistemática, jugó un papel destacado la plástica entendida en su globalidad e integridad barroca. Arquitectura, pintura, escultura y artes menores, conformaban una unidad complementaria pensada para provocar y estimular a unos grupos humanos de difícil reducción, pero a los que era necesario educar y evangelizar.

En ese sentido, los interiores más completos que nos han llegado de los edificios de algunas de estas misiones, junto con los restos protegidos y conservados en los museos de la región, permiten hacerse una idea de la importancia dada a la imagen en el adoctrinamiento de las poblaciones en este territorio, a lo que hay que sumar el empleo de la arquitectura desde el punto de vista paisajístico, integrando escultura y pintura como componentes necesarios de una programática en la que los ideales de la Compañía eran temas centrales, sujetos a ciertas licencias iconográficas perfectamente identificables y presentes en las obras.

La posterior entrada de los franciscanos y los dominicos, alteró en parte los diseños originales ignacianos, pero no redujo la importancia de la imagen como transmisora de ideología.

Un capítulo a parte en todo este complejo visual lo tienen los objetos orientales que llegaron a través de los cargamentos de los galeones que desde Manila atravesando el Pacífico recalaban en la zona. Cerámicas, mobiliario, sedas, etc., conforman un interesante corpus integrado dentro de los ajuares eclesiásticos, que aporta un atractivo toque exótico pensado para hacer más atrayente la maquinaria contrarreformista puesta en marcha.

Este texto quiere hacer un análisis de los ejemplos que de dichos programas decorativos han llegado hasta nosotros, sin olvidar el proceso de elaboración y transporte, caso de los retablos que realizados en México eran llevados a tierras tan distantes, dentro de una organización del trabajo perfectamente establecida y controlada en sus diseños y contenidos de un modo claro por los ignacianos y donde debemos incorporar los objetos llegados desde el otro lado del Pacífico.

FUENTES PARA SU ESTUDIO

El conocimiento del papel que tuvo el arte en la decoración de los interiores religiosos de las misiones del extremo noroccidental de Nueva España pasa por el análisis de las fuentes y elementos que nos han llegado y que permiten una aproximación lo suficientemente fidedigna a cuales pudieron ser sus características.

Para el estudio de estos materiales, los epistolarios y crónicas que los religiosos jesuitas nos dejaron son un elemento esencial para su conocimiento por lo que de información aportan en cada una de las descripciones que de las misiones se hacen. En ellas debemos diferenciar entre los protagonistas del proceso que escribieron sus experiencias una vez fueron expulsados en 1768, y aquellas otras crónicas redactadas por quienes realizaron un trabajo recopilatorio en el que ordenaron y transcribieron la información aportada por aquellos (Barco, 1988; Baegert, 1942; Palou, 1994 y 1989; Clavijero, 1970; Pérez de Ribas, 1944).

Junto a lo anterior no podemos obviar los inventarios que se realizaron, básicamente tras la expulsión de los jesuitas. Realizados en gran medida por los padres franciscanos desde la misma fecha de la salida y posteriormente en los primeros años de los setenta del siglo XVIII, son uno de los aportes más importantes aunque en ocasiones adolezcan de la minuciosidad descriptiva que permita identificar los temas de los programas iconográficos, siendo no obstante un referente indispensable para el estudio de algunos de los contenidos más recurrentes como los de la Virgen en sus distintas advocaciones y que tanta importancia tendrá en Baja California (Bernabéu, 2001-2003: 159-185; Bargellini, 2005: 131-142).

A ellos debemos sumar los elementos que aun hoy en día subsisten en las misiones y en los museos que se localizan en Baja California, tanto el de las Misiones de Loreto como el de las Californias en el CECUT (Centro Cultural Tijuana). En cualquiera de los dos, las piezas escultóricas y objetos de ajuar eclesiástico que nos han llegado, hablan de la importancia dada a los mismos y en su conjunto permiten entender y comprender sus características y funciones además de ser un referente insustituible en los casos en los que se han producido destrucciones, amputaciones o sustracciones, máxime cuando es la integridad de los conjuntos lo que da sentido a cada una de las unidades (García, 205: 237-242).

Finalmente, no podemos perder tampoco de vista el hecho de que la función de estos elementos tenía sentido tanto dentro como fuera de los espacios. Es el caso de los exteriores, cuando se realizaban ceremonias como procesiones que en los días más marcados del calendario religioso como el Viernes Santo, el Corpus o la festividad del patrón de la misión, reactivaban con su presencia los recorridos religiosos, alcanzando una dimensión pública más eficaz que la existente en el interior de los templos.

ELEMENTOS Y ORGANIZACIÓN DE LA MISIÓN

Este último aspecto nos obliga a detenernos brevemente en el análisis estructural de estas misiones y en su papel como referentes espaciales que aún hoy mantienen. Para ello es fundamental no perder de vista las celebraciones públicas como las festividades de algunos de sus patronos, en fechas en las que se produce la reunión de las poblaciones de las rancherías circundantes en la antigua cabecera, recuperando ésta el papel central con que surgieron en el siglo XVIII. Es así como ocurre en las celebraciones de la misiones de San Francisco Javier, San Francisco de Borja o Santa Gertrudis, por señalar algunos ejemplos.

El poblado misional era originalmente una especie de pequeño caserío levantado en torno a la iglesia y las distintas dependencias que junto a ella definían el núcleo original, sin apenas una estructuración urbana. Entre éstas estaban la morada del misionero, las viviendas de los soldados, y las de los indígenas que ayudaban a la evangelización, articulando un ámbito de habitación junto a lo que acabaría siendo el edificio más importante, la iglesia.

Como señalamos, en el caso bajacaliforniano no se puede hablar de urbanismo *sensu stricto*, sino más bien de agrupamiento, lo que invalida cualquier análisis comparativo con otras regiones jesuitas como la Chiquitania o las del Paraguay, en las que los desarrollos urbanos alcanzaron verdadera identidad (Messmacher, 1997). En ese sentido el templo, del que hablaremos más adelante, adquiriría verdadero protagonismo al jerarquizar con su presencia la esencia del espacio misional, además de reorganizar el paisaje prehispánico, en un juego claro de resemantización que otorgaba validez al esquema diseñado, aunque manteniendo los valores prehispánicos que afectaban a la misma elección del lugar de fundación.

Además de las edificaciones siempre sencillas y escasas, cada misión tenía por lo común una huerta de frutales y hortalizas, así como ejidos para el ganado y tierras para la siembra de maíz, trigo y otros granos. La producción de estos últimos requirió del diseño de unos espacios de irrigación aprovechando la presencia de ojos de agua, no siempre frecuentes y de toda una infraestructura que garantizara el riego (Valle, 2009)², todo lo cual ayudaba a potenciar el trabajo comunal.

Precisamente la falta de agua obligó en ocasiones a emprender cultivos en sitios alejados de la cabecera misional, dando lugar a la aparición de pueblos de visita, es decir, lugares que pese al nombre, no siempre contaron con una población arraigada de fijo. Se convertían de esta manera en los primeros centros habitados, cuya fundación implicaba la paulatina construcción de todo lo que habría de dar forma material al poblado, y que en la mayoría de los casos no fue mucho.

Lo que sí parece claro es que el proceso de mejoramiento de estas construcciones tuvo que ser lento y no hay duda de que en todos los casos debieron de pasar varias décadas antes de que algunas de las iniciales de adobe fueran sustituidas por otras de materiales más duraderos. Sirvan como referencia algunos datos, como el hecho de que sólo en 1755 la misión de Nuestra Señora de Loreto tenía una iglesia de cal y canto, presentando el resto de los núcleos un desigual estado en sus edificios, tanto por lo que se refiere a su acabado como a los materiales empleados, ya que existían lugares en los que el templo como la vivienda del religioso estaban realizados en adobe o carrizo y lodo, con techos de tijera cubiertos de paja (López Guzmán; Ruiz Gutiérrez; Sorroche, 2007: 577-586; Sorroche, 2012: 581-587).

Antes de analizar este aspecto, detengámonos en el valor de la imagen en un contexto cultural donde ésta se hace presente en grandes conjuntos murales, la escritura no existía y la lengua de pericúes, guaycuras y cochimíes se convertía en el único y más eficaz medio de comunicación una vez había sido aprendido por los religiosos.

2. La importancia que adquiere en Baja California la explotación de la tierra frente a la evangelización de la población es un elemento diferenciador en el que se ha querido ver una prioridad por la civilización, lo que se señala como hacer sociedad frente a su cristianización.

EL PAPEL DE LAS IMÁGENES

Refiere Salvador Barnabéu el hecho de cómo autores como Ludwig Josef Wittgstein señalan que entender una palabra es hacerla comprender en un proceso de aproximación conceptual que la haga familiar al receptor del mensaje, utilizando códigos identificables que se reactivan en la comunicación, siendo éstos, aspectos que se ponen de manifiesto en el mismo empleo de las imágenes más allá que en las crónicas (Barnabéu, 2001-2003: 163).

Para la Compañía de Jesús el papel de las imágenes fue fundamental para la meditación y la predicación, empleándolas como elementos básicos que permitieran las composiciones de lugar, aspecto que las vincula con la importancia dada a lo sensorial y que engloba a la integridad del espacio creado, en definitiva del espacio religioso, en una suerte de fundamento plástico que manifiesta la importancia dada por la orden a la labor artística y que responde a: «Principios ignacianos como la interiorización, el compromiso de «todo el hombre», la universalidad de la acción apostólica, la adaptación a «personas, tiempos y lugares» y la búsqueda de la excelencia...»(Plazaola, 2005: 13).

En cualquier caso no faltaron los manuales que permitieron contar con el repertorio adecuado al momento idóneo, y así para el caso de las imágenes, el *Evangelio Meditado. Meditaciones para todas las dominicas y ferias del año y para las principales festividades*, editado tardíamente en 1912, señala en su introducción que: «...para hallar mayor facilidad en la meditación se pone una imagen que represente el misterio evangélico, y así, antes de comenzar la meditación, mirará la imagen y particularmente advertirá lo que en ella hay que advertir, para considerarlo mejor en la meditación y para sacar mayor provecho de ella; porque el oficio que hace la imagen es como dar guisado el manjar que se ha de comer, de manera que no queda sino comerlo; y de otra manera andará el entendimiento discurriendo y trabajando de representar lo que se ha de meditar, muy a su costa y con trabajo». Sin duda el carácter mediador de la imagen había sido un elemento recurrente por parte de la iglesia a lo largo de la historia, y en este caso su papel activador de la meditación le reconocía un protagonismo que sería el que adquiriría durante el Barroco.

Junto a la anterior, la obra del Padre Nadal, *Evangelicae historiae imagines*, publicada en 1594, ofrecía la perfecta relación entre los episodios apostólicos y una serie de imágenes que los acompañan, donde la preocupación era máxima en la relación entre ambas, refrendando la pertenencia a un proyecto unitario,



Figura 1.—Retablo mayor de la iglesia de la Misión de San Francisco Javier. S. XVIII.

que reflejado en una espiritualidad en donde los medios puestos al alcance del religioso debían servir en su función misionera, hacían más importante el arte y la arquitectura (Pfeiffer, 2001: 36-49).

En uno u otro caso el XVIII se dejaba sentir dentro de la producción plástica por un predominio de la escultura, lo que hace más interesante no el

hecho de la presencia de un importante número de pinturas en sus interiores, sino de que sean las predominantes en los retablos de las iglesias, en los que sólo la imagen del santo titular mantenía la tridimensionalidad característica de la producción del momento. Esta cuestión analizada en otros trabajos y que pone de manifiesto la necesidad didáctica de estas imágenes, abre sin duda una línea de análisis interesante en cuanto a su papel y encargo desde México, dentro de una programática perfectamente controlada por la orden. Los ejemplos más destacados como los retablos de las iglesias de las misiones de San Francisco Javier Biaundó o San Ignacio Kadakaamang ponen de manifiesto ese cambio en el empleo de la imagen, donde también habría que valorar la mayor o menor facilidad para transportar desde México una tela o una obra de madera.

CARACTERÍSTICAS ARQUITECTÓNICAS

En un contexto como el barroco, la comprensión del papel de la imagen pasa por el conocimiento de las características de los espacios en los que se disponen, haciéndose evidente la herencia europea.

Las descripciones que nos han llegado del estado en el que se encontraban las misiones, a través por ejemplo de los informes elaborados por los franciscanos tras la expulsión de los jesuitas, muestran unos espacios variados en su conjunto aunque unitarios en su concepción espacial. Incluso, las noticias posteriores que se pueden extraer de relaciones llevadas a cabo en otros ámbitos que conocieron la presencia de congregaciones como la franciscana y la dominica no dejan lugar a dudas del estado precario de las instalaciones que se ponía de manifiesto en la misma situación de los misioneros a su cargo. Sirviéndonos de los datos aportados por otros contextos menos extremos que el bajacaliforniano, podemos hacernos una idea de las condiciones de vida que se desarrollaban en estas misiones, entendiéndolo en definitiva la determinación que el medio ambiente llegó a tener sobre aquellas (González de la Vara, 1991: 280)³.

3. Así los datos aportados por Francisco Atanasio Domínguez de las misiones de Nuevo México en su relación de 1776 refleja respecto de los religiosos, que de los treinta y dos con los que contaban estos establecimientos, solo la mitad estaba en condiciones físicas y morales para atender adecuadamente sus funciones mientras que nueve de ellos se dedica-

Si hacemos caso de los datos, ante este panorama no debe extrañarnos que las condiciones físicas de las misiones tampoco fueran un aspecto que brillara por su riqueza. Mas al contrario era un motivo de preocupación para las autoridades de la provincia de Santo Evangelio. La misma descripción que hace Francisco Atanasio Domínguez evidencia la situación. Una precariedad que se hacía extensible a las mismas edificaciones principales en las que los elementos que las decoraban internamente eran muy escasos⁴.

El conjunto de edificaciones denominadas por algunos autores como arquitectura en el desierto, presentan unas características constructivas determinadas por el empleo inicial de materiales percederos que otorgaban a las mismas cierto grado de rusticidad y modestas proporciones (Díaz, 1982 y 1986). En cualquiera de los casos se trata de materiales cuyo empleo y técnicas fueron introducidos por los religiosos constatándose la preocupación por enseñar a los indígenas su elaboración, como fue el caso de los adobes.

En la actualidad los restos arquitectónicos bajacalifornianos ponen de manifiesto que en la mayoría de los casos fue la iglesia la que recibió por su papel protagonista como centro del proceso evangelizador, el mayor esfuerzo constructivo. No obstante y a pesar de las distintas descripciones que nos han llegado, sin duda la relación que en estas fuentes se dan como los datos extraídos de los archivos y la visita a las mismas, ponen de manifiesto que el edificio religioso ha conseguido resistir de una manera desigual el paso del tiempo.

ban al comercio, dos estaban borrachos, otros se dedicaban al comercio, a veces con indios bárbaros y de los tres restantes uno vivía con una mujer casada y de mala reputación, otro mantenía una conducta escandalosa y el último era poco observante de la regla y agitador de indios.

4. De nuevo el caso de Nuevo México nos puede ayudar a hacernos una idea. «Todas estaban construidas en adobe siguiendo el estilo general de los indios pueblo, aunque se respeta la estructura conocida en el resto de la Nueva España; no existían grandes altares dorados, sino sencillos templetos de madera de pino o pinabeto profusamente policromados, e incluso la misión de San Lorenzo de Picuríes carecía de una iglesia, después de siete años de que fuera mudado a una localización más segura. La raquífica existencia de cálices, ropa blanca y mobiliario, la excesiva rudeza de las imágenes de bulto y pinturas y sobre todo las modestas obvenciones que no sobrepasan los 50 duros vienen a reafirmar esta idea», para una fecha tan tardía como 1776. (González de la Vara, 1991: 284).



Figura 2.—San Francisco Javier. S. XVIII.

Junto a ello, desde el punto de vista de su diseño, se trata de espacios concebidos con una sola nave en el caso de los más sencillos y de plantas de cruz latina los más complejos, siendo destacable la misión de San José de Comondú, en la que se quiere ver un modelo exportado desde Nueva Galicia y que respondería a un esquema de tres naves manteniendo el esquema de cruz latina. En cada uno de ellos debemos contar con la anexión de las distintas dependencias y espacios secundarios para el culto como sacristías y capillas. En este sentido, el objetivo de conformar espacios para la evangelización, llevó

a la elección de plantas diáfanas que permitieran al fiel percibir los presbiterios de una manera directa, eliminando cualquier elemento que impidiera la visión del espacio más sagrado del templo. Junto a ello el empleo de piedra del entorno próximo como material constructivo, dio como resultado la conformación de paisajes en los que el volumen de la iglesia destacaba sobre el caserío (Díaz, 1986: 73-77).

Una de las localidades que ofrece una información más completa es la mencionada misión de Nuestra Señora de Loreto. Emplazada en las proximidades de la bahía de San Dionisio, se fundó en 25 de octubre de 1697 cuando se construye una tosca fortaleza dentro de la cual se emplazan viviendas y una estrecha capilla. Respecto a la iglesia se señalaba en 1773 que era «de cal y canto de 56 vars de largo y siete de ancho enladrillada con azotea de vigas, su coro de madera, y baxo de el su capilla p^a Bautisterio, y al lado de la Epístola pegado al presbiterio una capilla de Nra S^a de los Dolores también de cal y canto de 20 vars de largo y 6 de ancho, también con su azotea enladrillada y al lado del Evangelio una pieza p^a Sacristía también de cal y canto con su azotea de 8 vars de largo y 6 de ancho. Tiene su puerta de rexa torneada asia el presbiterio y lo mismo la Capilla». Otros ámbitos descritos dentro y junto al espacio de la iglesia son el baptisterio y la oficina de la sacristía que mantienen las características expuestas⁵.

Además de éstas, otras dependencias, indispensables en la conformación de estos núcleos son la vivienda del religioso y corrales, palomares y hornos necesarios para la explotación agropecuaria del lugar⁴.

En la actualidad el edificio que nos ha llegado conoció una importante y profunda restauración a inicios de los años 70 del siglo XX, momento en el que se construye la actual torre, además de sustituirse en su interior la techumbre original que afectó al esquema de la misma creando cierta incongruencia entre ésta y los arcos. Mantiene la estructura de una sola nave con arcos fajones de

5. «Una vivienda pegada a la iglesia; claustrada de cal y canto: con dos azoteas; que tiene tres piezas bajas y dos altas; y otro quartito chico, con puerta afuera; y dos corralitos de adobes; el uno p^a gallinas, que tiene un quartito para las dhas; y otro para palomar. Otro corral pegado a la cosina con su pilita p^a agua y un horno p^a cocer el pan» (Coronado, 1987: 21-46)



Figura 3.—Retablo lateral de la misión de San Francisco Javier. S. XVIII.

medio punto que descansan sobre pilastras toscanas y con la capilla de la Virgen de los Dolores en el lado de la epístola y cerca del presbiterio. Al exterior se constata tanto el tipo de materiales como las técnicas empleadas y si bien es la fachada de los pies la que presenta una mayor calidad con la utilización de sillar, el frente del lado de la epístola deja ver el sistema de mampuesto con elementos de ladrillo que refleja la jerarquización de los acabados en función de su exposición o no a un espacio público destacado.

El acceso a la iglesia que se abre en el hastial de los pies, se organiza con un simple arco de medio punto flanqueado por pilastras con el fuste acanalado que sostienen un entablamento con el friso decorado con una inscripción. Sobre él descansan en los extremos dos pequeñas pirámides y en el centro la ventana que ilumina el coro, decorada con un listel reticulado. Remata la portada un edículo con la imagen de la Virgen de Loreto. El perfil superior de la fachada lo recorre una moldura mixtilínea. La fachada lateral de la epístola presenta en cambio un trabajo de mampostería que se sustituye por otro mixto con ladrillo en el dintel y jamba de las ventanas y en la rosca del arco de acceso. En este frente sobresale y se distingue perfectamente el volumen de la capilla de la Virgen de los Dolores. La cubierta plana habla del empleo más económico y mejor adaptado a las imposiciones del medio, eliminando en la medida de lo posible un excesivo uso de la madera.

Para la misma fecha, una de las misiones más importantes que se fundaron en la Baja California, la de San Ignacio Kadakaamang, presentaba una situación totalmente distinta. Fue en 1716 cuando el Padre Francisco María Piccolo misionó en una zona de la Sierra de San Vicente donde erigió una misión muy modesta en la que construyó un templo de regular fábrica, realizado en adobe y piedra (Clavijero, 1970: 159-169). La fundación formal de esta misión la realizó en 1724 Juan Bautista y Luyando. La segunda iglesia que se construyó se consagra en 1728, asignándose al mismo Luyando su participación como proyectista y ejecutor de la obra. Se supone que un tercer edificio se había construido por el padre Francisco Consag, posiblemente con la ayuda del indio constructor ciego Andrés Comanji⁶.

Esta breve reseña permite entender el proceso de definición de estos espacios constatando la existencia de un edificio realizado en materiales perecederos como adobes y vegetal, mientras se finaliza la construcción de la iglesia en una obra mucho más resistente. La situación de inacabada que presentaba este

6. Según el informe de 1773 tenía: «Una iglesia de adoves con techo de jacal; sola tiene un altar, cuyo titular es S^o Ygnacio Yt. Tiene esta misión principiada una iglesia de cal y canto con dos torres, y baxo de las torres dos capillas de voveda ya cerradas; las paredes por partes tienen ya la altura de seis a siete varas; y por donde menos quatro; dos sacristías, que son lo más atrasado de la iglesia» (Barco, 1988: 276-277).

segundo edificio en 1773 demuestra como el que en la actualidad podemos visitar tuvo que ser finalizado por los dominicos una vez que se les cedió la misión, con lo que el proceso iniciado por los jesuitas acabará siendo definido por un lado y de una manera breve por los franciscanos y posteriormente por la orden de Santo Domingo (Coronado, 1987: 131-144).

En la actualidad, la construcción de San Ignacio es una de las de mayor calidad de Baja California. Se trata de un templo de planta cruciforme, con el testero plano, coro a los pies, cubierto el crucero por una cúpula, que deja ver un buen trabajo de cantería. Destaca al exterior la fachada, en la que la portada, inserta dentro de uno de los programas iconográficos más completos de los que nos han llegado a la actualidad de las misiones de Baja California, es un arco moldurado mixtilíneo sobre pilastras dóricas, que centra el cuerpo bajo de una fachada retablo más compleja. Organizada en dos cuerpos y tres calles, la superposición de pilastras toscanas resulta el elemento más convencional, frente al empleo de entablamentos con decoración de rombos y bambalinas pétreas, fuera de cualquier rigor académico.

Las calles en ambos pisos se abren con óculos y heráldica real española, completando el conjunto las esculturas en hornacinas de las entrecalles y la ventana central del segundo cuerpo que ilumina el coro, decorada con una reinterpretación manierista de medias columnas toscanas voladas sobre pedestales con peanas piramidales invertidas que sostienen un entablamento dórico. Completan la decoración estrellas y tres cruces en el dintel. Aun quedan al exterior restos de lo que fuera una recreación de sillares apreciable en los laterales de las dos torres que flanquean la fachada, permitiendo entender la importancia de la pintura en la decoración exterior de estos edificios.

LA DECORACIÓN INTERIOR

Si en conjunto los espacios misionales se caracterizarán por buscar satisfacer el objetivo de evangelización, serán los interiores los que mejor recojan las propuestas y soluciones contrarreformistas y donde los principios del barroco se armen de todo su sentido integrador. Las iglesias se dotaron de todo lo necesario para que la experiencia del indígena dentro de la misma, garantizara un éxito enfocado a su conversión. Escultura y pintura junto a una arquitectura pensada con un fin educador de fuerte componente simbólico, hacía de ellos los ingredientes necesarios para cumplir el objetivo marcado.



Figura 4.—San Juanito. Siglo XVIII. Museo de las Misiones. Loreto.

Los cruceros, apenas potenciados, se insertan dentro del perímetro del edificio, integrándose en un espacio en el que las capillas del cuerpo han sido sustituidas por altares u hornacinas en las que se presenta el tradicional repertorio del santoral cristiano, en este caso adaptado a las condiciones del medio específico de la periferia virreinal.

En cualquier caso se repite el esquema de los modelos jesuíticos para los interiores, oscilando entre las mencionadas iglesias, donde los tramos que ar-

ticulan los interiores, presentan inestables modelos vaídos, mientras que en las más simples como la de Loreto, Santa Rosalía de Mulegé o San Francisco de Borja, se emplean cubierta plana sobre viguería de madera como en la primera de ellas, o bóveda de cañón para el caso de las segundas. Articuladas junto a las dependencias de la misión, los conjuntos no llegan a presentar los esquemas de claustro propios de otros territorios, sino que obedecen a modelos abiertos, siendo solo el de Loreto el que puede dar pistas de la estructuración originaria. En cualquier caso, la lectura de los elementos arquitectónicos como los entablamentos convertidos en cenefas que recorren toda la longitud de la iglesia hablan de las huellas de unos modelos europeos que se tienen como referente.

El coro a los pies, con un importante programa iconográfico que se contrarresta con el de la cabecera completaría el interior. En cualquier caso son pocos los ejemplos que desde el punto de vista del empleo del lenguaje clásico arquitectónico se pueden encontrar en estos edificios aunque destaca la iglesia de San Ignacio, donde las hornacinas de las paredes laterales de la nave principal, como los accesos a las dependencias anexas y detalles varios exteriores, hablan de un perfecto conocimiento de los órdenes arquitectónicos, interpretados de una forma equilibrada.

Iconográficamente, la Virgen de la Luz, La Trinidad Isomorfa, el Sagrado Corazón y retablos con escenas de la vida de Jesús y la Virgen además de los santos jesuitas San Ignacio y San Francisco Javier, conforman el conjunto más destacado de imágenes. Junto a ellas, las que podemos encontrar en el museo de la misión de Loreto, habla de un repertorio más rico, en los que no faltan las esculturas siendo las de mayor calidad las de los dos máximos responsables de la Compañía, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, magníficos trabajos de imaginería con sobresalientes estofados que hoy destacan por su perfección⁷.

El inventario de 1773 puso de manifiesto la existencia en los ajueres de estas iglesias de numerosos objetos orientales que de alguna forma complementaron y protagonizaron la decoración interior de estos edificios, en un

7. Aunque de otros espacios misionales en el Museo de las Misiones de Loreto, se pueden apreciar algunos interesantes ejemplos de escultura como algunas Inmaculadas o representaciones de San Juan Bautista como niño.

juego que se convertiría en clásico a lo largo del siglo XVII y que tuvo en el trayecto del Galeón de Manila y su cabotaje en las costas peninsulares el vehículo de entrada⁸.

LOS PROGRAMAS DECORATIVOS

Sustentados básicamente en la pintura y la escultura, los objetos que se relacionen en el inventario de 1773 como consecuencia de la entrega de las misiones a los franciscanos y en ese sentido los objetos que podemos encontrar en las mismas hablan de unos repertorios iconográficos en los que las distintas advocaciones de la Virgen María, de los fundadores y de elementos básicos en el dogma religioso como el infierno, muestran una riqueza a la vez exigente con el neófito que se aproxima a ella.

Utilizaremos varios ejemplos para entender la diversidad de los mismos. Sin duda la que presenta una mayor riqueza en la descripción de sus elementos es la misión de Nuestra Señora de Loreto. Se trata de una descripción en la que la abundancia de pintura y escultura se suma a la descripción de complementos orientales como jarrones⁹.

8. Esta cuestión se convierte en importante dentro de la dinámica del tráfico artístico entre Nueva España y Filipinas ya que se rompía el férreo control del traslado de piezas y de su registro en los puertos de salida y entrada donde eran recogidos por correos que se encargaban de custodiarlos desde su desembarco en el continente americano hasta su llegada a la capital y posterior traslado hacia Veracruz para su incorporación a la Carrera de Indias.

9. «Un altar mayor de madera, sobredorado, hecho a lo antiguo; tiene 3 cuerpos: en el primero está la patrona Nuestra Señora de Loreto en su nicho, y a los lados los 2 lienzos del Señor San Juachín y la Señora Santa Ana. En el segundo un lienzo de la Virgen con San Ygnacio, y a los lados 2 lienzos de San Francisco de Borja y San Xavier. En el tercero un lienzo de la Santísima Trinidad, y a los lados los 2 lienzos de San Juan Nepomuceno y Santo Thomás Mártir. Debajo del nicho de la patrona está el sagrario de madera dorado, su lámina en la puerta del Señor San Joseph, con marco de plata. A sus lados tiene 2 liencitos largueros; en el uno los 3 mártires del Japón; en el otro San Luis Gonzaga y San Estanislao. En los dos estípites inmediatos del nicho tiene 2 relicarios con sus cristales; al lado del evangelio la insigne reliquia de Santa Deodata Mártir, cuya

Una de las más destacadas es la de San Francisco Xavier. El inventario reseña sobre todo sus retablos dentro de la generalidad que caracteriza la información aportada por el mismo¹⁰. Desde el punto de vista iconográfico, su retablo

auténtica de Roma, pasada por el ordinario de Guadalajara, está en el archivo, y celébrase su fiesta el día 14 de marzo. Al lado de la epístola, la insigne reliquia de San Valentín, cuya auténtica está como la otra.

En el cuerpo de la iglesia hay 2 colaterales chicos dorados con mesas de repisa; en el uno hay 3 nichos con sus cristales: en el principal está la imagen de Nuestra Señora del Pilar con su Niño, ambos con coronas de plata y 2 ramillates de cartulina con jarras de plata; en los otros 2 nichos: San Luis Gonzaga y San Estanislao, con sus diademas de plata. Sobre el nicho de la Señora hay dos nichitos con 2 Santos Arcángeles, y al pie del nicho de la Señora una lámina de San Phelipe Neri. Sobre dicho colateral hay un lienzo muy grande de la Aparición de Nuestra Señora al Santo Apóstol Santiago, con su marco dorado. En el otro hay un nicho con vidriera y las imágenes de Nuestra Señora, San Xavier y San Ygnacio, con el escudo del nombre de Jesús de plata, y una jarra de cristal con flores. A los lados del nicho están, sobre 2 repisas, San Juan Nepomuceno y San Francisco de Borja. Sobre el nicho principal hay 2 nichitos y en ellos sus cuadrillos de cristal, y sobre los estípites 2 imágenes, de San Ygnacio y San Xavier. Sobre dicho colateral hay un lienzo grande con marco dorado del patrocinio de San Ygnacio y San Xavier.

En el presbiterio, a más del altar mayor, hay 2 colaterales con sus mesas; el uno tiene su repisa pintada de azul con alguna talla dorada y 2 seras de agnus, y en ella un nicho de Nuestra Señora de los Dolores de vestir, y encima un dosel azul y marco dorado con un santo Chrispto y 2 ramilletes en tibores de China. El otro tiene un lienzo del Señor San Joseph con marco dorado, y sobre la mesa Nuestra Señora del Rosario.

En las paredes del presbiterio hay 12 lienzos grandes con marcos dorados y 2 medianos con sus marcos dorados. En el arco y pilastras hay, de varios tamaños, 15 lienzos. En las paredes del cuerpo de la iglesia hay 27 lienzos grandes con marcos dorados, y 12 medianos de la vida de la Virgen, y un chico de Nuestra Señora de la Luz; todos con marcos dorados. Sobre las pilas de agua bendita hay 2 lienzos grandes de Gloria e Infierno, y bajo del coro otros 2 medianos con marco dorado...» (Coronado, 1987: 25-26).

10. «Tres retablos, los dos nuevos y uno viejo bien tratado. En el mayor de ellos está el patrón San Francisco Xavier, de talla, y ocho lienzos de varias advocaciones y una lámina de Nuestra Señora de Loreto.

Los dos colaterales, el uno de Nuestra Señora de los Dolores, con siete cuadros de varias advocaciones.



Figura 5.—Plato Qing. Museo de las Californias. Tijuana.

mayor ofrece un interesante repertorio de imágenes en las que se constata la preocupación por armar un léxico coherente desde el punto de vista plástico en el que se defiendan los pilares básicos de la iglesia militante postrentina y donde se constata la permisividad en el empleo de algunos temas que solo se puede justificar por la lejanía de los centros de control. El propio contexto en el que llega el retablo a la misión en 1750, desde México y almacenado en 32

El otro de San Ygnacio con seis cuadros de varias advocaciones; los tres con sus cortinas para la Pasión.

Dos lienzos nuevos de buen pincel, como de cinco varas de largo y cuatro de ancho, con sus bastidores, el uno de la Gloria y el otro del Infierno.

Veinte lienzos de varias advocaciones, con sus marcos dorados. Dos dichos de media caña, como de una vara; cuatro dichos como de una vara, de los cuatro doctores, que adornan las pichonas...» (Coronado, 1987: 54).

cajas, habla sin duda alguna de las peculiaridades de los espacios a los que nos estamos refiriendo. En el caso de este retablo mayor es junto con el de San Ignacio el que mejor ejemplifica lo que venimos refiriendo.

En cuanto a las imágenes que se emplean, desde la puerta del Sagrario donde aparece el Sagrado Corazón a la imagen central con la trinidad Isomorfa, son una clara declaración de intenciones de los temas a emplear. Junto a ello, los pilares de la iglesia como la familia de la Virgen, San Joaquín y Santa Ana, San José y el Niño Jesús, refuerzan la idea de la defensa de aquellos valores defendidos por el catolicismo. Completan las imágenes, dos figuras relacionadas con la iglesia más activa, San Pedro y San Pablo junto al arcángel San Miguel; y finalmente dos miembros de la orden San Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka. Cabezas de ángeles y cuatro bustos, posiblemente los cuatro evangelistas, completan el programa iconográfico que preside la escultura de San Francisco Javier, una de las más impresionantes de toda la península (Meyer, 2008: 108-127).

Otra misión de la que queremos hacer mención es la de la de Santa Rosalía Mulegé. En ella en 1773 se habla de la existencia de cuadros y esculturas donde la diversidad de temas destaca para un espacio tan acotado¹¹. Del re-

11. «Primeramente una iglesia de cal canto, de bóveda. Un tabernáculo dorado con su sagrario. Idem un Niño Jesús pequeño, con su túnica. Una estaua de santa Rosalía vestida. Otra de la misma Santa de talla de tres cuartas. Una estatua de talla de la Purísima Concepción. Otra de lo mismo del Señor San José con su Niño. Otra de lo mismo de Señora Santa Ana con su Niña. Idem de la Purísima Concepción, más pequeña. Idem de la Virgen, como de Nacimiento. Un santo Christo con la Virgen y San Juan, todo de talla. Un cuadro grande de Todos Santos. Otro más pequeño de la Ascensión del Señor. Otro del mismo tamaño de la Assunción de Nuestra Señora. Idem de San Ygnacio de Loyola. Idem de San Francisco Xavier. Idem de Nuestra Señora de la Luz. Idem de San Raphael. Idem de Nuestro Padre San Francisco. Idem de Santa María Magdalena. Idem más grande de Nuestra Señora del Rosario. Idem del Patrocinio del Señor San Joseph. Todos los cuadros dichos tienen su marco azul con perfiles y golpes de talla dorados. Idem un cuadrito de San Ignacio, viejo. Otros de varios santos. Dos cuadros iguales de los fundadores de esta misión. Un cuadro grande del Infierno con marco azul y perfiles dorados. Cuatro láminas pequeñas. Un Santo Cristo de bulto. Un santo Ecce Homo de bulto...». (Coronado, 1987: 104).

repertorio sobresalen algunos detalles que hablan, insistimos de una riqueza de recursos destacable para el ámbito en el que nos encontramos. Por ejemplo, respecto a la escultura, se diferencia entre la de vestir y la de talla, cuestión esta muy relacionada con la posibilidad de que se trate de una separación entre las imágenes de culto en la iglesia y aquellas otras potencialmente preparadas para salir a procesionar y a las que se dotaba de un mayor realismo en sus elementos como la vestimenta y componentes como las cabelleras, los ojos y pestañas, que buscaban ante todo un mayor éxito en conmovir al fiel. Junto a lo anterior destacan la gran cantidad de advocaciones marianas como la Virgen de la Luz o la del Rosario; finalmente aludir de nuevo a los santos vinculados con la orden como San Ygnacio o San Francisco Javier.

En ese sentido resulta interesante como para la fecha de 1773, la iglesia de San Ignacio, una de las más monumentales no estaba hecha de piedra sino de adobes con lo que su repertorio de imágenes era más pobre que el actual¹². El hecho de que fueran los dominicos los que acabaran de terminarla, que como bien aparece reseñada en el inventario, para 1773 aún se empleaba la construcción de tierra mientras se acababa la de piedra, hace que algunos de los temas que nos encontramos en su espacio interior estén relacionados con esta orden.

La mención que se hace en el inventario al retablo de San Ignacio, nos lleva a detenernos en él. Se trata de uno de los mejores conservados en las misiones jesuíticas, en el que se hace, como acertadamente señala Bárbara Meyer de Stinglhamber, una exaltación de la labor misionera, que más adelante describiremos (Meyer, 2008:137-152).

El programa iconográfico de esta obra se ordena a partir de la imagen de san Ignacio en el primer piso. En el inferior Jesús con los símbolos de la Euca-

12. «Una iglesia de adobes con techo de jacal; sólo tiene un altar, cuyo titular es San Ygnacio; la hechura del altar se reduce a unas colgaduras de seda de varios colores: su adorno consiste en un Señor San Joseph, San Juaquin, Santa Ana, la Santísima Virgen de escultura; en un nicho de cristal con un Niño Jesús con corona de plata; en un sagrario de madera con sus molduras doradas; en cinco lienzos con sus marcos dorados; en cuatro más de varias advocaciones; y en un baldaquín de persiana de China verde.

En el cuerpo de la iglesia hay dos lienzos grandes: en el uno se representa el Infierno y en el otro el juicio universal; cinco lienzos con marcos dorados y cincuenta y nueve con bastidores llanos de varias advocaciones...». (Coronado, 1987: 136).

ristía, una de las herramientas más eficaces de propagación de la fe, junto a la imagen del Sagrado Corazón sirven de eje compositivo en el que se ubican a un lado y otro de este nivel inferior las imágenes de San Vicente Ferrer y Santo Tomás de Aquino.

A un lado y otro de la mencionada escultura de san Ignacio, tenemos las de San José con el Niño y San Juan Bautista referente indispensable dentro del programa de adoctrinamiento del indígena donde el bautismo jugaba ese papel iniciático indispensable.

Rematan el conjunto San Pedro y San Pablo, un cuadro central con la aparición de la Virgen del Pilar y a San Alberto Magno (Meyer, 2008: 152-166).

CORPUS ORNAMENTAL ASIÁTICO DE LAS MISIONES PROCEDENTE DEL GALEÓN DE MANILA

Desde la primera misión instaurada por los jesuitas en 1697 con el nombre de Nuestra Señora de Loreto, su presencia en territorio bajacaliforniano marcó como hemos mencionado anteriormente el repertorio artístico de sus fundaciones.

Esta empresa estuvo marcada desde el inicio por carencias económicas, ya que una de las premisas de la Corona para obtener los permisos pertinentes fue que se tenían que autofinanciar, cuestión que resolvieron a través de donaciones particulares. Tras el establecimiento de sus primeras misiones comenzaron a llevar a cabo uno de los cometidos encomendados desde la metrópoli, la vigilancia de barcos extranjeros para que no se acercasen a la costa, así como la preparación de un puerto seguro para la protección y auxilio del galeón de Manila. Aspectos claves para el estudio de los bienes de procedencia asiática que abordaremos a continuación.

Por esta razón, los misioneros exploraron la costa pacífica de la península bajacaliforniana con el fin de buscar una bahía segura para el avituallamiento del galeón de Manila antes de su destino final en Acapulco, ya que el trayecto era demasiado dilatado en el tiempo y la tripulación necesitaba abastecerse de productos frescos para mitigar la propagación del escorbuto que mermara su dotación. Sin embargo, las diversas expediciones no tuvieron éxito y aunque se cartografió y reconoció el litoral, la ausencia de buenos puertos dio lugar a la parada de estos galeones en el extremo sur de la Baja California, particularmente en San José del Cabo y Cabo San Lucas, la actual provincia de Los

Cabos de Baja California Sur, costa ya conocida desde el siglo XVI. (Bernabéu, 2013: 277).

Gracias a la descripción de Miguel del Barco acerca de estos trueques, podemos confirmar su existencia, junto con las evidencias arqueológicas y los distintos bienes muebles asiáticos catalogados en las misiones de Baja California. Dice así:

«Demás de esto, se embarca vivo tanto número de ganado mayor y menor, vacas y carneros, cuanto el general o comandante del navío pide por lista que remite al padre como también alguna porción de maíz(que también suelen pedir), hortaliza, gallinas y otras menudencias, pero estimables en una navegación. Si el comandante pide, o se insinúa por unas cabras para tomar leche en la navegación, o por unas vacas con sus becerrillos para lo mismo, luego el padre las manda embarcar. Y lo mismo se entienda dicho de cuento se halla en aquella tierra [...]; y en correspondencia de ella envía el general (así llaman al comandante en aquel navío), algún regalo de ropa de algodón, alguna seda para la iglesia, y platos de china con sus tazas» (Barco, 1988: 247).

Los jesuitas como apreciamos en las palabras de Miguel del Barco, recibían ropa, sedas y loza chinas a cambio de hortalizas, frutas y carne fresca. Estos negocios muy pronto no fueron bien vistos por la Corona, de hecho en su decreto de expulsión en 1767, se les acusaba de la acumulación de plata de la venta de los productos de sus misiones así como de la extraída de sus minas secretas. Además se les recriminaba que con esta plata comerciaban con la nao de China y con otras naves holandesas que se acercaban a las costas de Baja California (Bernabéu, 2013: 284).

De este tráfico artístico tenemos referencia en las distintas misiones que fundaron los jesuitas en Baja California Sur¹³, como en la misión de Nuestra Señora de Loreto Conchó de 1697, la misión de San Francisco Javier Viggé Biaundó de 1699, la misión de Santa Rosalía Mulegé de 1705, la misión de la

13. Datos extraídos en gran medida por el inventario ya mencionado de 1773 realizado previamente al traspaso de las mismas a los franciscanos y por otro lado de los estudios de Bárbara Meyer.

Purísima Concepción Cadegomó de 1720 y la misión de San José de Comundú del mismo año. (Meyer, 2001; Coronado, 1987).

Concretamente en la misión de Nuestra Señora de Loreto Conchó, tenemos constancia en la iglesia, concretamente en el Baptisterio, de dos tibores viejos y ordinarios de China, tres cuadritos o láminas colgadas de una tela ordinaria de China, dos tibores ordinarios de China. En la Capilla de Nuestra Señora de los Dolores, una imagen de la Purísima de poco más de media vara, con cabeza y manos de marfil, corona de plata y gargantilla de perlas. Y como adorno de la Sacristía, una tinaja grande de China para agua bendita. En cuanto a alhajas de iglesia, sacristía y vasos sagrados, seis blandones grandes de metal de China, casulla blanca de persiana de seda de China con galón de oro, otra casulla de China, toda de encaje, ocho jarritos de China para ramilletes, nueve figuritas de China para los altares, así como una cajita de China, maqueada, para guarda de lo dicho. Además de en la Oficina de la Sacristía, una arca grande de China con chapas y sin llave, con trastos de sacristía.

Sin obviar que en la casa de los misioneros nos encontramos con una caja grande de China, con su chapa, trece cucharadas de metal de China, dos pozuelos de China para beber chocolate.

En la misión de San Francisco Javier Viggé Biaundó, entre los ornamentos y alhajas de iglesia y sacristía, aparecen dos tibores de China, medianos, dos palanganas de metal de China, once candeleros de metal de China, chicos, dos candiles chicos de metal de China, un salerito de metal de China, unas vinajeras grandes de cristal con su plato de China. Además de sedas bordadas, como bolsas de corporales, cubrecálices, frontales de altar, capa pluvial, capillo, casullas, estolas, gremial, manipulo y humeral. Para la Oficina de la Sacristía, una caja de China con su chapa y llave para lo mismo.

En relación a la alhajas y utensilios de casa, catorce platos de loza de china, un tabor pequeño de loza de China, una caja grande de China con su llave, un pabellón viejo de ruan de China. En la bodega, cinco martavanas de China, vacías, un perol de metal de China.

En la misión de Santa Rosalía Mulegé, concretamente en la Sacristía, destacan dos blandones de metal de China, dos bacías de metal de China, un pichel de metal de China, un candil de metal de China. Para la casa, siete platos de metal de China, dieciocho platos de loza china, vajilla, pozuelos, salero, tibores, tazas, seis candeleros de metal de China.

Entre los ornamentos de la sacristía e iglesia de la misión de la Purísima Concepción Cadegomó, nos encontramos con cuatro casullas de género de China con frontales y palias correspondientes, con galón y punta de oro, un tabor de China ordinario, que sirve para agua bendita, una palangana de metal de China y dos platones de peltre para bautismo. Como utensilios de la casa destacan, seis platos de metal de China, seis platos, dos flamenquillas y un platoncillo de loza de China.

Para finalizar con los bienes orientales de la misión de San José de Comundú, donde destacan ornamentos de seda como una bolsa de corporales, casullas y estolas. Y en la Sacristía, una palangana de metal de China. Entre los bienes de casa nos encontramos con una vajilla de China completa. Así como con un tiborcillo de China para las oficinas de casa.



Figura 6.—Arcón chino. S. XVIII. Mueso de las Misiones. Loreto.
Baja California Sur. México

Desgraciadamente muchos de estos bienes que proveyó el Galeón no se encuentran en la actualidad en estas misiones sino que han desaparecido o bien se encuentran con otra ubicación como por ejemplo en el Museo de las Californias de Tijuana. Afortunadamente una de las colecciones mejor conservadas debido a la inauguración de un museo en la propia misión, es la de Nuestra Señora de Loreto Conchó, donde podemos contemplar en la actualidad un arcón chino que muy probablemente es el mismo que aparece en el inventario de 1773 recogido en estas páginas. También llegaron a este museo pertenencias de la misión de San Francisco Javier Viggé Biaundó.

Como podemos observar la mayoría de los objetos son sedas y algunas piezas de orfebrería ya mencionadas anteriormente. Pero lo más curioso es que las piezas de loza china mencionadas como vajillas completas e incluso tibores se custodiaban además de en la Iglesia y Sacristía en la casa u oficinas de los misioneros, lo cuál nos indica su gusto por lo estas delicados objetos asiáticos, aspecto extensible a todas las misiones de la península californiana.

CONCLUSIONES

No cabe la menor duda que el protagonismo de la imagen en los proceso de evangelización fue destacado, afectando tanto a su elaboración, los temas empleados y la misma función como elemento adoctrinador. En Baja California, las misiones jugaron un papel fundamental en la articulación del territorio y sobre todo en el adoctrinamiento de los fieles; y aunque el estado en que han legado es muy desigual, comparando las misiones jesuitas con las dominicas, la importancia que en todas ellas tuvieron las imágenes como vehículos del adoctrinamiento debe ser revisado para su correcta comprensión.

BIBLIOGRAFÍA

- Baegert, J.J. (1942): *Noticias de la península americana de California*. [1772], México: Antigua Librería de Robredo de José Porrúa e Hijos.
- Barco, M. de (1988): *Historia natural y crónica de la Antigua California* (1773-1780), México: UNAM-INIH.
- Bargellini, C. (2005): «La obra de arte como documento en las misiones del norte: La virgen del Refugio», en: Félix Gastélum, J. R.; Padilla Ramos,

- R. (Comp.), *Misiones del noroeste de México. Origen y destino 2005*, Hermosillo: CONACULTA, Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, págs.131-142.
- Bernabéu Albert, S. (2001-2003): «California, o el poder de las imágenes en el discurso y las misiones jesuitas», *Contrastes. Revista de Historia*, 12 (2001-2003), págs. 159-185.
- (2013): «Entre la desconfianza y la indecisión: La relación entre el Galeón y las Californias», en Bernabéu Albert, S.; Shaw, C. (eds.) *Un océano de seda y plata: el universo económico del Galeón de Manila*. Sevilla: CSIC.
- Clavijero, Francisco Javier (1970): *Historia de la Antigua o Baja California*, México: Editorial Porrúa.
- Coronado, E. M. (1987): *Descripción e inventarios de las misiones de la Baja California, 1773*, Palma de Mallorca: Instituto D'Estudis Baleáris, págs. 21-46.
- Díaz, M. (1982): *La arquitectura de los jesuitas en Nueva España. Las instituciones de apoyo, colegios y templos*, México: UNAM.
- (1986): *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*. México: UNAM,
- García, C.A. (2005): «La divulgación del patrimonio misional a través del Museo de las Californias», en Félix Gastélum, J. R.; Padilla Ramos, R. (Comp.), *Misiones del noroeste de México. Origen y destino 2005*. Hermosillo: CONACULTA, Fondo Regional para la Cultura y las Artes del Noroeste, págs. 237-242.
- Gonzalez de la Vara, M. (1991): «La visita de Francisco Atanasio Domínguez al Nuevo México (1776) y su relación», *Estudios de Historia Novohispana*, Vol. 10, nº 10, págs. 267-288.
- López Guzmán, R.; Ruiz Gutiérrez, A.; Sorroche Cuerva, M. Á. (2007) «Sistemas constructivos en la arquitectura religiosa del siglo XVIII en las misiones de Baja California del Sur (México)», en Arenilas, M.; Segura, C.; Bueno, F.; Huerta, S. (Eds.). *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*. Burgos, del 7 al 9 de junio de 2007, Madrid: Instituto. Juan de Herrera – SedHC – CICCPC — CEHOPU, 2007, págs. 577-586.
- Messmacher, M. (1997): *La búsqueda del signo de Dios. Ocupación jesuita de la Baja California*, México: FCE.

- Meyer de Stinglhamber, B. (2008): *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México: INAH.
- Palou, F. (1994): *Cartas desde la Península de California (1768-1773)*, México: Editorial Porrúa,
- *Noticias de la Nueva California 1-4*. (1989), Petra: Editorial Apóstol y Civilizador.
- Pérez de Ribas, A. (1944): *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más fieras y bárbaras del Nuevo Orbe, 1645*. 3 volúmenes, México: Editorial Layac.
- Pfeiffer, Heinrich S.J. (2001). «Los jesuitas. Arte y espiritualidad», *Artes de México*, 58, págs. 36-49.
- Plazaola, Juan, S.J. (2005). «Ignacio de Loyola y el arte de los jesuitas», *Artes de México*, 76, pág. 13.
- Sorroche Cuerva, M. A. (2012). «Earthen structures in the missions of Baja California (México)», en: Mileto, C.; Vegas, F.; Cristini, V.: *Rammed Earth Conservation*. London: Taylor & Francis Group, págs. 581-587.
- Valle, I. del. (2009): *Escribiendo desde los márgenes. Colonialismo y jesuitas en el siglo XVIII*, México: Siglo XXI.

IMAGEN Y PATROCINIO DE SAN JOSÉ EN LAS MISIONES CALIFORNIANAS

Francisco MONTES GONZÁLEZ
Universidad de Granada

El 24 de noviembre de 1768, el visitador de la Nueva España don José de Gálvez redactaba una carta en el puerto de La Paz donde exponía la necesidad urgente de impulsar la veneración a San José como protector de las misiones ya establecidas en el territorio californiano, así como de las campañas evangelizadoras que iban a emprender los padres franciscanos hacia el norte de la península. Para ello aludía a un episodio milagroso del año anterior que tuvo como protagonistas a los nativos agrupados en torno a la misión de San José del Cabo, quienes al ver amenazadas sus cosechas por una plaga de langosta sacaron en procesión la imagen del santo titular y consiguieron ahuyentar a los temidos insectos¹. Al parecer desde aquel momento cesó el peligro y al difundirse la noticia en las dos misiones vecinas, que eran la del Pilar y la de Santiago de los Coras, los nativos siguieron el ejemplo y se acogieron «al poderoso

1. Como informa el padre Miguel del Barco (Barco, 1988: 36-46) acerca de esta problemática, algunas de las medidas ya empleadas por los nativos eran la oración a San Pío V, el retoque de campanas o el encendido de humaredas.

patrocinio de el mismo santo», en cuya intercesión, añadía Gálvez, «devemos creer piadosamente los católicos que será en el cielo proporcionada a la incomparable dignidad que logró en el mundo de ser Padre estimativo de Jesuchristo nuestro Redemptor»². Finalmente, el visitador exhortaba a los misioneros, que en cuatro contingentes, dos por tierra y dos por mar, se dirigieran al puerto de Monterrey para que, junto a la Salve rezada todos los sábados en honor a la Virgen de Loreto, primera entre todas las patronas, se celebrase «perpetuamente la fiesta solemne y votiva de su santo esposo en el día propio que le tiene dedicado la Yglesia Catholica para que se livere de Langosta toda la Peninsula»³. Además tenían que cantar una misa en su honor el día 19 de cada mes, aniversario de su onomástica, y rezar la correspondiente letanía rogativa mientras durasen «los dos viages de mar y tierra», implorando por medio de la intercesión del glorioso patriarca el auxilio divino «para que ambos tengan el deseado buen suceso y se consiga fijar para siempre el estandarte sacrosanto de la Cruz de Christo en medio de la numerosa gentilidad que ocupa los Países de el Norte de esta dilatada Provincia»⁴. Apenas dos meses más tarde, el 9 de enero de 1768 partía desde el puerto de La Paz la primera de las expediciones por mar al frente de la nao capitana San Carlos. En la crónica de dicha salida, el Padre Palou hará referencia a la citada misiva, así como a la eucaristía celebrada por el Padre Presidente fray Junípero Serra: «De esta manera se practicó, celebrando el reverendo padre la bendición de barco y banderas, y dándole a todos su bendición después de la misa rogativa al santísimo patriarca Señor San José, a quien se nombró por patrono de las expediciones de mar y tierra, habiendo de antemano por carta cordillera encargado a los ministros que todos los meses el día diez y nueve se cantase en las misiones una misa al santísimo patriarca (concluyéndose con la letanía de los santos) de rogativa para conseguir el más feliz éxito de dichas expediciones» (Palou, 1970: 50).

No obstante, el papel protagonista del santo carpintero como titular en la evangelización americana había comenzado dos siglos antes, cuando los padres franciscanos que llegaron a México en 1523 le dedicaron su primera capilla en

2. Archivo General de Indias, Guadalajara, 417, f. 81r.

3. *Ibidem*, f. 81v.

4. *Ibid.*

la capital bajo el título de San José de los Naturales. En palabras de Cuadriello, este recinto auguraría no solo la llegada de los religiosos a un «buen puerto» desde el cual iniciar sus tareas apostólicas sino que también, por estar bajo su amparo, un lugar significativo que se presentaba como «cuna de la cristiandad en América, por los millares que allí nacieron para Cristo» (Cuadriello, 1999: 181). Una representación significativa de este vínculo será la pintura firmada en 1708 por el artista novohispano Francisco Ambrosio Núñez, en la que se describe la intercesión del santo ante el naufragio de dos frailes franciscanos embarcados rumbo al continente americano desde las costas de Flandes. Esta señal sería entendida como uno más de los muchos prodigios que acompañarían a los religiosos una vez establecido su patrocinio. Es así como la orden seráfica se sintió heredera de un culto que ya desde el medievo había promovido las virtudes y el ejemplo de San José como modelo a seguir en la vida monástica, soportada en las tres reglas que encarnaba a la perfección: pobreza, obediencia y castidad (Carrillo, 2003: 111).

Como muestra de agradecimiento por el constante amparo recibido, los franciscanos impulsaron una campaña devocional que culminaría con la declaración del patronato de San José sobre todo el virreinato de la Nueva España en el Primer Concilio Mexicano de 1555, así como el título de protector contra los rayos, truenos y tempestades. A partir de aquel momento, numerosas imágenes y textos alusivos al santo expandieron su devoción y manifestaron el estrecho contacto con los religiosos iniciada ya su misión apostólica. Durante los siglos XVII y XVIII, el culto se generalizó ampliamente, sobre todo a partir del nombramiento del patronato de San José sobre todos los reinos españoles en 1679 y con la declaración de la fiesta de su patrocinio, la Dominica Tercera después de la Pascua de Resurrección, por el papa Inocencio XI el 6 de abril de 1682 (Croisset, 1818: 2). La retórica eclesiástica novohispana se encargó de ensalzar las virtudes del santo varón haciendo parangones con las de José, patriarca de Egipto. Cuadriello explica esta relación al apuntar que «el señorío josefino sobre los pueblos gentiles, en virtud de su prefigura bíblica como ministro en Egipto, se corroboraba en el carácter fundante que mantuvo junto a Cortés y que lo colocaba con el indiscutido título de *virrey de las Indias*» (Cuadriello, 1999: 181). Del mismo modo que José fue en Egipto un varón casto, sabio y virtuoso, San José era considerado un ministro o virrey que encarnaba en la Nueva España el poder y auxilio necesario que hacía falta para la conversión de la población (Martínez, 1997). Una vez declarado pro-

tector de la catequización de los indios, San José mantendría su custodia sobre el virreinato e intervendría con multitud de milagros entre la población nativa como símbolo de su amparo entre los iniciados en el camino de la fe. Tanto es así que en un pasaje tomado del *Theatro Mexicano* del Padre Betancurt, sería el propio San José quien al aparecerse a la venerable madre María de Escobar le anunció: «Yo tengo a mi cargo la América, a mi cuidado están todas la conversiones» (Cuadriello, 1989: 10).

PROTECTOR DE LAS FUNDACIONES JESUITAS

Este estudio sobre la presencia y veneración a San José en las misiones californianas discurrirá por un hilo cronológico que comienza con la llegada de la Compañía de Jesús como primera orden evangelizadora hacia 1683. Para llevar a cabo esta campaña, los jesuitas se aferraron en todo momento a sus imágenes particulares como si de amuletos protectores se tratasen para hacer frente a las adversidades, que Bernabéu personifica en los llamados «demonios de California» (Bernabéu, 2001-2003: 174-177). Entre éstas sobresalieron los tres santos principales (San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja y San Francisco Javier), la Virgen de Loreto, a quien el padre Juan María Salvatierra dedicó en 1697 el primer establecimiento y futura casa matriz de las demás fundaciones, y otras advocaciones marianas de raigambre italiana como la Virgen de la Luz o la Virgen del Refugio.

Al tratar el culto josefino profesado por los jesuitas, en primer lugar se llevará a cabo un breve repaso sobre los antecedentes hallados desde el origen de la expansión novohispana de la Compañía de Jesús, cuando se vio reforzada progresivamente la veneración hacia el Padre Nutricio de Jesucristo. La primera noticia proviene del archipiélago filipino y se refiere al Real Colegio de San José de Manila, fundado por una Real Cédula de 1585 dirigida al gobernador Santiago de Vera, por la que los jesuitas que se encontraban en la isla debían ser «socorridos para la institución de un Colegio y sustentación de los Religiosos que en él entendieren en enseñar e instruir en latinidad, ciencias y buenas costumbres a los que a él acudieren» (Delgado Ribas, 2008: 253-254). Tras unos comienzos difíciles, el colegio fue refundado en 1596 gracias al legado testamentario de don Esteban Rodríguez de Figueroa, adelantado de Mindanao, y hasta la expulsión en 1768 se convirtió en una de las instituciones educativas más relevantes de Filipinas, gracias al nivel de estudios alcanzado y a la

gestión económica de sus cuantiosos recursos. Otra noticia se remonta a 1591, cuando los jesuitas levantaron en un solar del barrio de Jalatlaco en Oaxaca, donado por una india principal, una parroquia de indios bajo la advocación de San José donde predicaron en la lengua zapoteca y crearon una congregación bajo la protección del santo con las mismas reglas que las del seminario de San Gregorio de México y el de San Miguel en Puebla (Alegre, 1956: 370-371 y 441). En este sentido, hay que recordar la relación ya emprendida por los franciscanos a la hora de asociar al santo con los naturales en una traslación simbólica del papel de éste como padre protector y guía espiritual de los catequizados.

Reflejo del auge devocional acontecido durante el siglo XVIII, la empresa más significativa de los jesuitas y su vínculo josefino fue la construcción, gracias a diversos fondos particulares, de la capilla-relicario de San José en el interior de la iglesia del Noviciado de Tepetzotlán, consagrada con motivo de la festividad de su Patrocinio el 27 de abril de 1738 (Díaz, 1982: 144-146). Este recinto fue decorado con un elaborado programa iconográfico en torno a la vida de San José y sirvió de espacio de meditación para los novicios en cuestiones trascendentales como la castidad, la obediencia o la buena muerte. Un personaje que por aquel momento debió participar en el acrecentamiento hacia dicha veneración fue el padre José María Genovese, quien tras un período en las misiones de la región de la Pimería entre 1719 y 1722, regresó a la capital mexicana como rector del noviciado y publicó unos años antes de su muerte en 1757 la obra *El Sagrado Corazon del Santissimo Patriarcha Sr. San Joseph*. También, con motivo de la construcción de la iglesia de la Compañía de Zacatecas no solo se reservó un retablo al santo sino que la impresión de la relación festiva de su consagración en 1750 se hizo en honor al «SS. Patriarcha Señor S. José» (Castillo Oreja y Gordo Peláez, 2008: 307-339)⁵. El altar se encontraba en el lado de la epístola y estaba dedicado a San José y a la Virgen del Refugio, cuyas esculturas de bulto redondo presidían la calle central junto a otra de San Teresa. A ambos lados las imágenes de Santa Rosa de Lima y Santa Rosalía completaban el repertorio junto a medallones con relieves de santos

5. La información y citas textuales mencionadas a continuación proceden de este estudio.

labradores y anacoretas, «que trasladaron del campo a la vara de Joseph las más amenas flores de santidad». Su presencia también resalta en otros lugares como el presbiterio, con un medio punto sobre el tema de la Huida a Egipto, o en el altar de la Virgen de Loreto, en el que se ubicaba sobre la hornacina de la titular una talla de «su castísimo esposo Joseph donde se representan todas las ternuras de Nazareth».

En el contexto histórico de las misiones californianas las cuestiones toponímicas siempre tienen una respuesta en los signos devocionales aportados por los misioneros. Acerca de los lugares titulados bajo la advocación del patriarca el primero de ellos que sobresale es la isla localizada a diez leguas al sur de las costas de Loreto. Sobre ésta diría el padre Miguel del Barco que, mientras estuvo poblada, sus moradores «se aficionaron mucho a las canoas, y pedían a los armadores algunas en paga de sus perlas, prometiendo tener junta mucha cantidad para ese fin» (Barco, 1988: 140). También subrayaba el padre Baegert que empezaron a dedicarse a la piratería con pequeñas embarcaciones robadas o compradas a los pescadores de perlas; «pero en el año de 1715 los soldados californianos pusieron fin a estas actividades, y, después algunos oriundos murieron o fueron trasladados a las misiones de California» (Baegert, ed. 1942: 10). Aunque no se citen los orígenes del descubrimiento de la isla de San José en las fuentes consultadas, debieron ser los primeros jesuitas que penetraron en el territorio quienes la bautizaron con ese nombre.

Por otro lado, gracias a los datos recogidos en el *Diario* del padre Juan María Salvatierra, se puede recrear de manera más concisa un episodio sucedido con motivo de la festividad del santo. Se trata del hallazgo de un paraje cercano al cerro de Santa Clara durante las incursiones de la Semana Santa del año 1697 en búsqueda de abastecimiento de agua para establecer algunas misiones: «Madrugamos mucho el sábado 19, día de San José, confiados en el amparo del Santo y su soberana Esposa; fue la guía atronada por delante, y en habiendo caminado como cinco leguas en tierra cenicienta y arenisca, encontramos una ranchería de gente algo arisca, y aunque nos hicieron parar en sitio de bastante pasto para las bestias, pero así ellos como los guías nos escondían los aguajes de su lugar, llamado Ayodudac [...]. Y fue el caso que pasaron por allí dos indios ancianos, cargados de sal, que llevaban al Xonuidag, y preguntados del aguaje lo negaron, pero regalados con la piel de cuero de res, prometiéndoles otra si enseñaban el aguaje, se movieron a enseñar otro; cuyo encuentro fue de gran alegría a todos, por vernos favorecidos del Santo Espo-

so de María con dos aguajes; por cuya causa llamamos al paraje San José de Ramos, pues se bendijeron ramos la mañana siguiente, Domingo de Ramos, y salimos de allí guiados por los ancianos que traían la sal, dándonos razón más individual del camino de la mar» (Salvatierra, 1946: 176-177).

La providencia de San José estará presente desde los comienzos de la evangelización californiana. Un episodio narrado por el padre Salvatierra en un momento de cierto desasosiego entre los religiosos tendrá como protagonista a uno de los primeros benefactores de las misiones, don Juan Caballero y Ocio, comisario de la Inquisición de México. Además de colaborar económicamente con las fundaciones de Loreto y San Francisco Javier compró un navío nuevo fabricado en cedro, «de veinticinco codos de quilla» y con todo el avituallamiento, valorado en catorce mil pesos y al que pusieron por nombre San José. La trascendencia de este obsequio fue más allá de sus repercusiones materiales, pues de esta manera ensalzaba el autor jesuita la intercesión del santo en dicha donación: «Ya estaba tocado con mano el favor especialísimo del santo Patriarca y Esposo de María Santísima en lo tocante al cuidado de embarcaciones para la fundación de esta nueva casa de su grande Esposa María Santísima; no repito aquí el cuidado y amparo de San José antecedente, porque todo el noviciado de Tepotzotlán sabe lo que pasó en este punto. ¿Qué diremos ahora que se nos viene el navío de su nombre, fabricado de José Manuel Gadaro, y nos viene el socorro a tiempo tan oportuno y necesario, y se nos viene aquí? Pues si María Santísima y San José, su Esposo, gobiernan a don Juan Caballero, de sus manos poderosas podremos esperar para estas obras tan grandes» (Salvatierra, 1946: 88-89).

Los jesuitas participaron con diferentes acciones en el arraigo del culto josefino entre los nativos. Sin embargo, la explicación del título de las dos misiones de la Antigua California dedicadas al santo patriarca, San José de Comondú y San José del Cabo de San Lucas, se debe a la onomástica y devoción del relevante benefactor de estas campañas evangelizadoras don José de la Peña y Puente, marqués de Villapiente, quien aportó los fondos necesarios para la apertura de seis establecimientos. En su *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, el padre Francisco Javier Alegre se refería a él como el «más insigne Bienhechor de la Compañía» y le dedicaba una breve reflexión panegírica con motivo de su fallecimiento en 1739: «No hubo en su tiempo obra alguna piadosa, a que no concurriese con tanta alegría, que no cabiéndole el gozo en el pecho, prorrumplía en acciones de gracia a nuestro Señor por las

ocasiones que le proporcionaba hacer bien a los pobres» (Alegre, ed. 1956: 386-388).

Aunque desde 1708 el padre Julián Mayorga fijó la zona para el nuevo asentamiento misional, no fue hasta dos años más tarde cuando San José de Comondú se estableció en un sitio permanente conformado por un valle fértil entre dos sierras. En los treinta años de apostolado de este misionero alcanzó gran importancia debido al elevado número de gentiles congregados en tres poblaciones (San José, San Ignacio y San Juan), la abundante producción agrícola y una notable infraestructura (hospital, escuela de niños y niñas, etc.) (Clavijero, 1970:130-131). La misión sufrió numerosas vicisitudes por la escasez de agua y su cabecera fue trasladada en varias ocasiones hasta que tras la expulsión de los jesuitas pasó a manos de los franciscanos, luego de los dominicos y finalmente abandonada en 1826. No solo relacionado con éste sino con el resto de conjuntos patrimoniales, los avatares del tiempo han hecho que apenas se conserven vestigios materiales de la mayor parte de las misiones. Por ejemplo, San José de Comondú fue desmantelada a mediados de la pasada centuria por los vecinos del lugar y sus sillares de piedra reutilizados para nuevas construcciones (Aguilar et. al., 1991: 92-93). Afortunadamente, gracias al corpus de inventarios realizados en el año 1773 con motivo del traspaso de titularidad de las antiguas misiones jesuitas de los franciscanos a los dominicos se tiene constancia tanto de los bienes muebles existentes en cada una de ellas como de la apariencia interior de los recintos religiosos.

La presencia iconográfica del santo titular en la misión de San José de Comondú era destacada. De la iglesia, construida hacia 1750 y la única de todas que poseía una planta basilical con tres naves, se sabe que disponía de tres altares; en el mayor había «un colateral nuevo y dorado con una imagen de bulto del Señor San Joseph con el Niño, y su diadema de plata y una vara con su flor también de plata», junto a «otra imagen de bulto del Señor San Miguel, y siete lienzos con varias advocaciones» (Coronado, 1994: 75)⁶. En cuanto al altar del lado de la capilla sobresalía una hornacina con un Niño Jesús vestido,

6. Acerca del patrimonio artístico conservado en la misión de San José de Comondú véase el reciente estudio Ruiz Gutiérrez, A.; Montes González, F.; Sorroche Cuerva, M. Á. «Imagen y evangelización: los bienes muebles de la misión de San José de Comondú»,

«y a los lados San Joseph y San Juan Nepomuceno de bulto, una cortina de seda buena con un lienzo grande de Nuestro Padre San Francisco y otro pequeño de San Ygnacio» (Coronado, 1994: 75). Finalmente, como era habitual en el ornato de los templos, en las paredes estaban colgados «nueve lienzos con varios pasos de la vida del Señor San Joseph» (Coronado, 1994: 75). La misión fue abandonada, expoliada y reducida a una simple capilla, de cuyo patrimonio en la actualidad solo se conservan algunas piezas dispersas que permiten reconocer el escenario descrito. Junto a una serie de lienzos pertenecientes en su mayoría al retablo mayor y una talla moderna del titular, relativo al ciclo josefino original únicamente existe un lienzo de notable factura y en mal estado de conservación con el tema de la Visitación de la Virgen María a su prima Isabel (Meyer de Stinglhamber, 2001: 285) (fig. 1). Estas series hagiográficas tomadas de las fuentes bíblicas y en mayor parte de los evangelios apócrifos, fueron realizadas por los artistas novohispanos a partir de grabados europeos y tuvieron entre sus temas más frecuentes los Desposorios, el Sueño o la Visión, la Huida a Egipto y el Tránsito del santo confortado en el lecho por la Virgen María y su Hijo⁷. Finalmente, para completar el repertorio de San José en Comondú aparecían entre los bienes de la casa, «en las paredes un lienzo de San Juan Baptista y otro del Señor San Joseph» (Moisés Coronado, 1994:75).

En cuanto a la misión de San José del Cabo existió un primer asentamiento fundado por los padres Echevarría y Tamaral hacia 1730, que fue trasladado más tarde lejos de la costa, «porque aquel lugar en que se había plantado al principio era muy caliente, muy abundante en moscos y otros insectos perniciosos, y debía ser también malsano por hallarse encerrado entre dos montes» (Clavijero, 1970: 171; Venegas, 1943-1944: 264-267). El primero fue San José Viejo, propiedad que en la actualidad se encuentra en manos privadas

en AA.VV. (2013): *Evocando al edén. Conocimiento, valoración y problemática del oasis de los Comondú*, Barcelona: Icaria, 2013, págs. 227-254.

7. Algunos de estos ejemplos se encuentran en el Museo Nacional del Virreinato en México, como son la *Visión de San José* de José Juárez, y el *Tránsito de San José*, firmado por un descendiente del anterior, José Rodríguez Juárez. VV.AA. (1992): *Pintura Novohispana. Museo Nacional del Virreinato. Tepotzotlán, Tomo I, Siglos XVI, XVII y principios del XVIII*, México, pág. 125. Véase también una amplia selección en Schenone, H. (1992): *Iconografía del arte colonial. Los Santos. Vol. II.*, Buenos Aires: Fundación Tarea, págs. 492-499.



Figura 1.—Vistación de la Virgen Maria a su prima Isabel. San Miguel de Comondú.
Baja California Sur. México.

y donde apenas hay evidencias materiales, y el segundo se ubicó unos cinco kilómetros al sur, a las afueras de la actual ciudad de San José del Cabo, y no existe referente que permita precisar el sitio exacto (Aguilar et al., 1991: 96-97). Tras la rebelión de indios pericúes que asaltaron la misión y mataron al padre Tamaral en 1735, se levantó un presidio que al mismo tiempo serviría para vigilar el paso anual del galeón de Manila. La descripción contenida en el inventario de 1773 plantea una idea bastante clara del lamentable estado de conservación en que se encontraba el conjunto: «Tiene esta misión una iglesia de jacal, muy reducida y ruinososa, su adorno es un altar con un sagrario dorado muy viejo, una imagen de San Joseph de talla, quebrada, con su Niño Jesús, ambos con aureola de plata; la vara del santo es de latón y la flor de plata



Figura 2.—Detalle del Retablo Mayor. San Francisco Javier Biaundó. Baja California Sur. México.

(...) y dos bejuquillos de oro y una cadenilla de lo mismo que sirven para San Joseph» (Moisés Coronado, 1994:169).

De época posterior a la presencia jesuita, el último recinto que completaría los espacios dedicados al santo en el área sureña californiana sería la visita de San José de Magdalena. Aunque prevista por el fraile franciscano Francisco Palou, fue erigida finalmente por el dominico Joaquín Valero en 1774. Se mantuvo dependiente de la misión de Santa Rosalía Mulegé hasta que fue abandonada en 1826. En la actualidad permanecen en pie algunos restos arquitectónicos (Meyer de Stinglhamber, 2001: 360).

Atendiendo a la presencia iconográfica de San José en las misiones de la Baja California prácticamente en todos los recintos se conservaba alguna representación plástica. La imagen del santo sirvió a los religiosos jesuitas a título personal como modelo de inspiración en la tarea apostólica y en las dinámicas de evangelización como referente de amparo y protección para los nativos. Uno de los lienzos más interesante y de mejor calidad artística se encuentra en el retablo mayor de la iglesia misional de San Francisco Javier Viggé Biaundó. El santo aparece de pie, caminando con el Niño Jesús de la mano,

quien a su vez porta una pequeña cruz (Meyer de Stinglhamber, 2001: 165). El prototipo responde al modelo de guía espiritual del Hijo durante la infancia, en la que también se sentirá acompañado por su Madre, que en diagonal ascendente figura en otro lienzo cerrando el conjunto de la Sagrada Familia⁸ (fig. 2). El fervor hacia los santos promulgado por el espíritu postridentido haría que su faceta como mero «coprotagonista del Nacimiento e Infancia de Jesús» evolucionara hacia una mayor presencia individual, surgiendo los primeros modelos donde aparece de cuerpo entero, vestido con túnica y manto marrón, y apoyado en el cayado, mientras conduce de la mano al Niño Jesús, con una pequeña cruz premonitoria de su muerte, en su peregrinaje (Roda Peña, 1992: 369). En su análisis de la obra Meyer comenta: «Con frecuencia se le representa acompañando al Niño y cargando una vara florida, uno de sus atributos, como en esta pintura, obra de un artista con grandes conocimientos pictóricos. En este retablo se incluyó a San José quien siempre tuvo un lugar especial en la vida de Jesús, de ahí su popularidad; en su culto exaltó el valor de la Humildad» (Meyer de Stinglhamber, 2008: 117-118).

Una representación similar y curiosamente en la misma ubicación que la anterior se encuentra en el retablo mayor de la iglesia misional de San Ignacio Kadakaamán (Meyer de Stinglhamber, 2001: 350). La única variante de este lienzo, encargado junto al resto del conjunto por los dominicos tras ocupar la fundación jesuita, reside en la posición del Niño Jesús que en lugar de ir de la mano se sitúa en el regazo de su Padre, quien sujeta la vara florida con la mano izquierda y se eleva sobre un pedestal de querubines en un rompimiento de gloria. Además de mostrar una versión más alegórica que la anterior, Meyer opina que esta composición con el Niño en brazos podría simbolizar su patronazgo sobre la Iglesia (Meyer de Stinglhamber, 2004: 161) (fig. 3). Otro aspecto llamativo de este conjunto se refiere a la posición del cuadro en el cuerpo central, flanqueando la hornacina de la efigie titular junto a otro lienzo con la imagen de San Juan Bautista. La conjunción de ambos personajes en la misma línea de visión no debió ser casual, pues a ambos se le reserva un papel

8. Completan el conjunto dos cuadros de San Pedro y San Pablo en la diagonal opuesta y otro de la Santísima Trinidad sobre el nicho central con la talla de San Francisco Javier.



Figura 3.—Retablo Mayor. San Ignacio de Kadakaamán. Baja California sur. México.

de gran relevancia como referentes en la conversión de los gentiles desde la formación en el proceso de catecumenado hasta la recepción del sacramento del bautismo. En el seno de la Iglesia, San Juan es venerado igual que los otros santos y es colocado como el primero en su jerarquía, como así lo demuestran las letanías que lo invocan después de los arcángeles y antes que a San José (Meyer de Stinglhamber, 2004: 163). En la religiosidad novohispana fue frecuente este «doble juego iconográfico» y se cuenta con abundantes ejemplos, como ya se ha visto en el contexto misional de San José de Comondú con los lienzos de San José y San Juan presentes en la vivienda. Curiosamente, uno

de los ejemplos más antiguos firmado por el célebre Juan Correa en 1685, se encuentra en la ermita de la Virgen de la Oliva de la localidad gaditana de Vejer de la Frontera, adonde fue enviado un San José haciendo pareja junto a un San Juan Bautista como donación de Juan de Vargas González y su mujer, Ángela Paris Ramírez.

Dada su relevancia política y espiritual como cabecera de todas las misiones jesuitas, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto se encontraba un extenso repertorio en torno a la efigie del santo. La primera de las representaciones, según la descripción de 1773, estaba en la predela del altar, donde una lámina del «Señor San Joseph» cubría la puerta del sagrario de madera dorado. A los lados completaban la composición dos lienzos alargados, uno con los tres mártires del Japón y el otro de San Luis Gonzaga y San Estanislao (Moisés Coronado, 1994: 31). El mismo caso ocurrirá en la capilla de la Virgen de los Dolores, en la que la imagen de San José también se reservaba para la puerta del sagrario (Moisés Coronado, 1994: 33). En el presbiterio, además del altar mayor, había dos colaterales con sus mesas, uno de ellos presidido por un lienzo grande de San José con marco dorado y una talla de Nuestra Señora del Rosario (Moisés Coronado, 1994: 31). Finalmente, el baptisterio, situado bajo el coro dentro del cubo de la torre y reducido a una pieza cuadrada «como de cuatro varas», tenía en su frente una mesa y sobre ella un dosel de damasco encarnado con un lienzo de Nuestra Señora de Loreto con moldura dorada y una imagen de bulto del Señor San José, «de dos varas, con su diadema y vara de plata y un Niño Jesús con tres cuartas, con sus potencias de plata» (Moisés Coronado, 1994: 32). Respecto a los bienes existentes en la casa de los misioneros había «dos láminas de los desposorios y tránsito del Señor San José, con sus marcos de carey» que probablemente debieron pertenecer a un ciclo hagiográfico de mayores dimensiones (Moisés Coronado, 1994: 48). Es interesante resaltar también que la biblioteca contenía entre otros un ejemplar del libro del padre jesuita chileno Pedro de Torres titulado *Excelencias de San Joseph* y publicado en Sevilla en 1710. Junto a éste, solo existía en la misión de San Francisco Javier otro libro apologético josefino de un tal «Peralta» titulado *De San Joseph* (Moisés Coronado, 1994: 44,64). De toda la relación mencionada, hoy en día se conservan en los fondos del museo anejo a la iglesia misional algunas piezas cuya difusa procedencia no permite vincularlas a este recinto. Así pues hay dos esculturas de San José, una de ellas junto a una Virgen conformando el Misterio de la Natividad, y un lienzo con el tema de la

Sagrada Parentela de considerable factura, cercano al pincel del renombrado artista dieciochesco José de Ibarra (fig. 4).

PATRONO DE LAS EXPEDICIONES FRANCISCANAS

Para continuar con la segunda parte de este estudio en el contexto de la Alta California hay que remontarse al comentario introductorio de este capítulo y partir del interés personal del visitador José de Gálvez por difundir el culto a San José, en el que no cabe duda también hubo un factor de devoción privada al querer potenciar al titular de su propia onomástica. Si en el plano político Gálvez desempeñó un papel de gran importancia en la expansión noroeste de las misiones, en el campo espiritual sin duda alguna el protagonismo lo obtuvo el fraile franciscano Junípero Serra, elegido Padre Presidente de la empresa apostólica. Encomendado sobre todo al misterio de la Inmaculada Concepción, del que se confesaba un acérrimo defensor, el padre Palou apuntó que con los gentiles «procuró imprimir en sus tiernos corazones la devoción a San Miguel Arcángel, al Santísimo Patriarca Señor San José, a nuestro seráfico padre San Francisco y otros santos, de suerte que quedó aquel pueblo tan instruido y devoto, como si fuera de españoles los más católicos» (Palou, 1970: 32).

San José fue nombrado patrono de las expediciones hacia el norte californiano y así consta en el *Diario* escrito por el propio fray Junípero durante los cuatro meses de trayecto. Los apuntes se referirán a los sucesos de la salida de la segunda expedición terrestre desde Loreto y a la llegada al puerto de San Diego: «Que para la expedición de tierra determinó Su Ilustrísima fuese disponiendo los de caballerías, bestias de carga, y todo género y bastimentos y provisiones...y para esto, y caminar después para dichos puertos a petición de Su Majestad, canté en Loreto misa de rogativa al señor San José, patrón elegido de ambas expediciones de mar y tierra, y dos días después salió de Loreto para la de San Javier para comenzar su operación de sacar de ella y de las siguientes cuanto se le antojase de cuanto en ellas avía» (Serra, 2011:116-117). Lo mismo sucedió al encontrarse en el puerto de San Diego con el resto de los misioneros: «Los padres Juan Crespí, que había venido por tierra, y el padre Fray Fernando Parrón que vino embarcado en el San Carlos, fueron lo primero que vi porque se adelantaron a encontrarme y de sus reverencias supe cómo los dos padres predicadores Fray Juan González Vizcaíno y Francisco



Figura 4.—Sagrada Parentela. Museo de Las Misiones. Loreto. Baja California Sur. México.

Gómez, que habían venido en el paquebote San Antonio, ambos gozaban de salud...Día dos de julio, domingo y fiesta de la Visitación de Nuestra Señora. Cantamos misa de gracias a su Santísimo Esposo, patrón de ambas expediciones de mar y tierra, viéndolas con todas sus partes en uno congregadas en este su intermedio destino» (Serra, 2011:186).

Otra de las fuentes documentales más interesante de este viaje es el *Diario* escrito por el padre Francisco Crespí, quien llegó el 26 de febrero a dormir a

San José Piadané, ranchería y jurisdicción cercana a la misión de San María de Calamajué (Crespí, 2011: 204). Días más tarde, describía cómo durante una parada en la víspera del día de San José encontró un correo del padre Fermín Lasuén en el que le enviaba todo lo necesario para decir misa a la mañana siguiente en dicho paraje: «Día diecinueve de marzo. Amaneció este día que era domingo de Ramos y día del señor San José, recé maitines y prima bien despacio; ya iba subiendo el sol, y di modo que compusieran el altar en la iglesia, que todavía está en ser, de este paraje, mientras esperaba al soldado» (Ibídem: 208).

La protección de San José quedó de manifiesto a lo largo de toda la campaña misionera del norte californiano. El capítulo más significativo ocurrió tras la llegada de los primeros misioneros a la bahía de San Diego y las incursiones realizadas al norte en la búsqueda del puerto de Monterrey a comienzos de 1770. Al regresar de una de éstas un contingente con los padres Crespí y Gómez bajo el mando del gobernador Portolá, vieron cómo el hambre y las fatigas se habían apoderado de todos. A pesar de las reticencias de los religiosos, el funcionario tomó la decisión de abandonar la empresa y les dio de plazo máximo hasta el día 19 de marzo si antes no llegaba un contingente de ayuda (Abad, 1972: 78-79). El testimonio descrito por el padre Palou permite recrear la confianza depositada por los religiosos, con fray Junípero Serra a la cabeza, en el santo patriarca, quien volvió a demostrar su providencia al enviarles el auxilio necesario en el límite de la fecha planteada: «Desde el instante mismo en que el señor gobernador publicó la retirada de la expedición para la antigua California, en caso de que no llegase barco para el día 19 de marzo apenas se hablaba en San Diego de otra cosa que el viaje; pareciéndoles así a los oficiales como a los marineros, dilatado el plazo que el citado señor había puesto para el día después de la festividad del santísimo patriarca señor san José, que como queda dicho estaba elegido por el ilustrísimo señor visitador general para patrono de las expediciones (...) Viendo el venerable siervo de Dios lo inmediata que estaba ya la festividad del santísimo patriarca señor San José propuso al citado comandante y gobernador se hiciese la novena a este santo patrón de las expediciones, y convenido a ello se verificó con general asistencia de todos, después de concluido el rezo diario de la corona. Llegó el día del señor San José y se celebró la fiesta de este gran santo con misa cantada y sermón, teniéndolo ya todo dispuesto para la retirada que el día siguiente había de hacer para la California antigua toda la expedición. Pero aquella tarde

misma quiso Dios satisfacer los ardientes deseos de su siervo por intercesión del santísimo patriarca, y dar a todos el consuelo de que viesan clara y distantes un barco, que ocultándose de la vista el día siguiente, no dio fondo hasta el cuarto día en el puerto de San Diego. Esta visión fue bastante para suspender el desamparo de aquel sitio y doctrina, animándose todos a la subsistencia y atribuyendo a milagro del patriarca santo el que en su propio día, en que a la expedición se terminaba el plazo de su salida, se dejase ver el barco (...) Remito a la consideración piadosa del lector el singular gozo y alegría que poseía el corazón de nuestro venerable padre, que incesantemente repetía a Dios las gracias, y asimismo el bendito santo, consuelo de afligidos señor San José, a quien confesaba a boca llena, por tan especialísimo beneficio, al que manifestándose agradecido correspondía con una misa cantada al santo, que celebraba con la mayor solemnidad el día 19 de cada mes, cuya devoción santa continuó hasta el último de su día, como diré a su tiempo» (Palou, 1970: 73).

La única misión norteña dedicada al santo fue la de San José de Guadalupe. Sus orígenes se remontan al año 1777 cuando el gobernador Felipe de Neve instó a un grupo de colonos españoles que erigieran una población en las cercanías de la misión de Santa Clara junto a un río llamado Guadalupe (Palou, 1970: 154). El asentamiento religioso se fundó en 1791, emplazado en una llanura fértil, y por él pasaron a lo largo del siglo XIX relevantes misioneros franciscanos como los padres Arroyo de las Cuesta y Buenaventura Fortuny, así como el músico padre Narciso Durán, quien organizó una serie de coros de niños y niñas para admiración de los nativos de los alrededores. Abad señala que durante los treinta y nueve años que duró la misión el número de bautizados llegó a los siete mil y que superó con creces al de las restantes misiones de California (Abad, 1972: 82). El aspecto del conjunto patrimonial ha evolucionado considerablemente debido a sucesivas reconstrucciones, pero afortunadamente en la actualidad conserva en el retablo mayor la escultura original del santo titular (fig. 5).

En el museo de la Misión del San Carlos Borromeo se conserva otra imagen que mantiene cierta relación histórica con la fundación, ya que está documentada su donación por el visitador José de Gálvez y su llegada el 31 de mayo de 1770. Aparece nombrada en el inventario del mismo año como «talla de madera estofada del Divino Patriarca Señor San José» y en un informe de fray Junípero Serra de 1774 se habla de la hechura de un nuevo nicho para la sagrada imagen. Fue realizada por un taller de la capital novohispana y todavía



Figura 5.—Retablo Mayor. Misión de San José. California. EE.UU.

lucen la encarnadura y estofado originales⁹. Además, en uno de los muros de la iglesia destaca otra escultura dieciochesca de San José con el Niño sobre una repisa con baldaquín de madera tallado y dorado (fig. 6).

La abundante iconografía de San José en las misiones norteñas evidencia claramente la veneración extendida por los franciscanos a su feligresía y la función principal reservada en el discurso catequético dentro de los templos. Los

9. Fuente de información a partir de los datos existentes en la misión.



Figura 6.—San José con Niño. San Carlos Borromeo. California. EE.UU.

retratos del santo solían estar reservados para la composición del retablo mayor y habitualmente se los ubicaba en una de las calles laterales, flanqueando junto a la imagen de la Virgen María la hornacina principal. De esta manera se encuentra en las misiones de San Francisco Solano, San Buenaventura, Santa Bárbara y San Cruz, en ésta última dentro de una hornacina abierta en el muro en la parte superior. En otros casos aparecerá presidiendo un retablo colateral, tal y como se observa en el presbiterio de la iglesia misional de Los Dolores, donde lo acompañan San Buenaventura y otro santo ataviado con hábito religioso y armadura. Para cerrar este apartado sobre las variedades escultóricas, se conservan en los museos de sitio de la misión de San Fernando y de Santa Cla-

ra, sendas imágenes de factura popular y mediano formato que bien podrían proceder de un pequeño oratorio o integrante de un Misterio de la Natividad.

Uno de los lienzos más interesantes desde el punto de vista formal se halla en Los Dolores. La escena recoge el patrocinio de San José con el Niño Jesús en brazos sobre las máximas autoridades civiles y eclesiásticas de la Nueva España, que retratadas bajo su manto hacen pública su veneración arrodillados y en actitud orante (fig. 7). En un homenaje a los responsables de las tareas misionales en el norte californiano, probablemente quienes se ubiquen al lado derecho sean el rey Carlos III, el virrey marqués de Croix y el visitador José de Gálvez, y en el opuesto el Papa Clemente XIV, el obispo de Sonora y el propio fray Junípero Serra. El grado de complejidad iconográfica que fue alcanzando la pintura mexicana a lo largo del siglo XVIII, unido al empuje devocional hacia el santo patriarca, derivó en un nuevo prototipo donde éste figuraba como patrono del gobierno eclesiástico y civil no solo novohispano, sino en algunos casos de toda la Iglesia americana. Para ello se tomó como referente el esquema de la Mater Misericordiosa y se colocó al santo en el centro junto a los ángeles que le sujetan el manto extendido para cobijar a los amparados distribuidos de forma jerárquica (Schenone, 1992: 498-499). Sin duda alguna, de todos los maestros novohispanos José de Ibarra fue quien mejor interpretó esta representación política en el lienzo de medio punto para la capilla-relicario dedicada al santo en la iglesia del noviciado jesuita de Tepotzotlán. En palabras de Burke, parece que el pintor «desarrolló una especialidad en los cuadros de patrocinio (...) donde añadió mucho interés a su composición al realizar cada retrato individualmente, relacionando los retratados naturalmente con motivos de conversaciones y gestos» (Burke, 1992: 152-153).

También Miguel Cabrera, a cuyo círculo podría atribuirse la pintura de la misión, adoptó este recurso del protectorado josefino, desacralizando en cierta medida al regio varón, al despojarlo del contenido emblemático y colocar al Niño Jesús en su brazo izquierdo. Entre otros existen varios cuadros con idénticas características encargados por sus principales comitentes, la orden jesuita, localizados en el Colegio Carolino de Puebla, el Museo de Guadalajara y la iglesia de San José de Torreón en el estado de Coahuila. Por último, un maestro de la generación posterior, José de Alcívar, «como reconocimiento a su consistente trabajo para los padres oratorianos», recibió en 1767 el encargo de realizar el magno patrocinio sobre la casa de San José el Real, hoy en la Pinacoteca de la Profesa, con un repertorio de retratos magistrales de todos los congregantes.

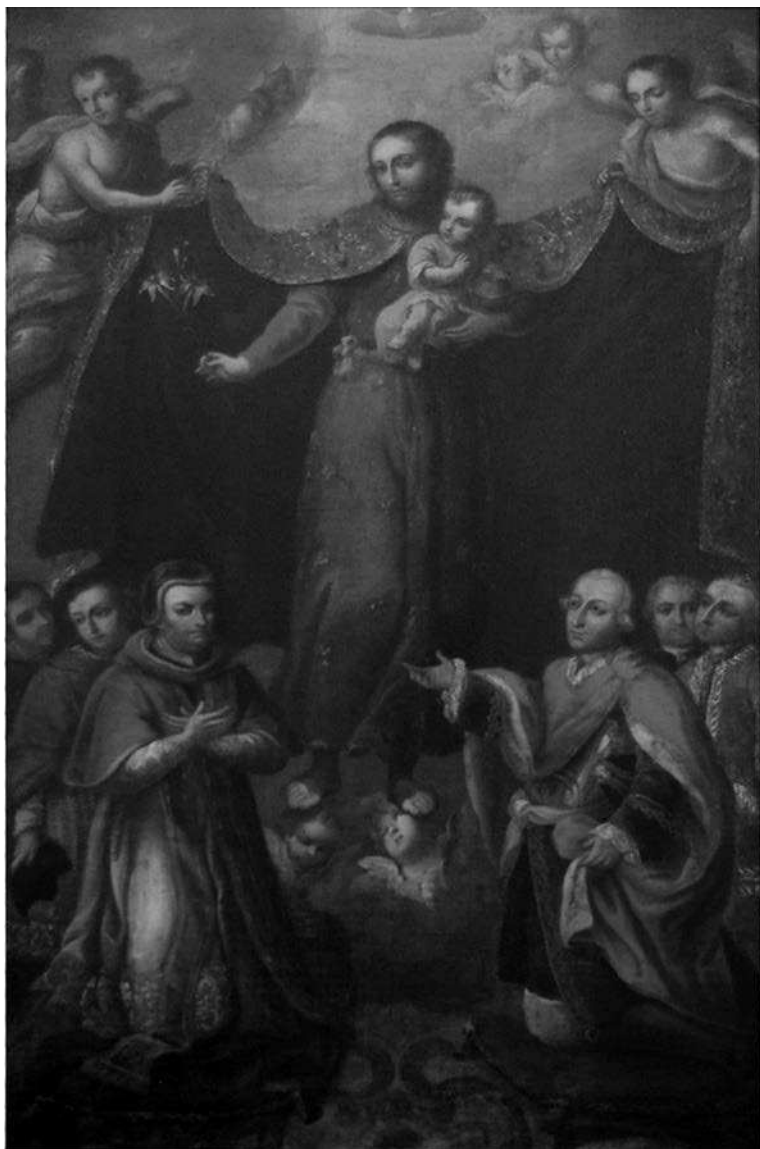


Figura 7.—Patrocinio de san José con el Niño. Misión de Los Dolores.
California. EE.UU.

Este museo custodia otro lienzo del mismo autor, de menor tamaño, con el mismo esquema iconográfico y el virrey Bucareli entre los distinguidos orantes.

En la misión de La Soledad se conserva un cuadro de San José con el Niño Jesús de tres cuartos, de escasa calidad artística y factura popular. Otro similar en la misión de San Francisco Solano presenta al Niño con el pecho descubierto mostrando su Sagrado Corazón. Schenone comenta que se trata del prototipo más difundido entre la feligresía americana, «pues será en éste donde más predominen los aspectos sentimentales» (Schenone, 1992: 491). Como en otras ocasiones, las fuentes grabadas fueron las encargadas de propagar esta composición donde el santo, sujetando una vara de azucenas, símbolo de pureza y castidad, contiene en su regazo al Niño Jesús. La finalidad de este planteamiento se encontraba en mostrar la paternidad de San José después del nacimiento, indicando una actitud de resignación, cabizbajo y con los ojos entreabiertos, mientras acata con humildad y sencillez los designios del Padre (Montes González, 2009-2010: 180). Acerca de otros modelos ya analizados sobresalen en la misión de San Diego de Alcalá un lienzo del santo con el Niño en brazos sujetando la cruz y en la de Santa Inés otros dos que debieron pertenecer a una serie hagiográfica mayor, con el descanso en la Huida a Egipto y la Adoración de los Pastores.

También la presencia de San José quedará relegada a un plano secundario en ciertas representaciones. Por ejemplo, en la misión de Santa Bárbara hay un lienzo en el que aparece junto a Santa Teresa sujetando el manto de la Virgen del Carmen mientras se dispone a liberar a las Ánima Benditas del Purgatorio. Pero donde realmente se hace patente su acción redentora con los nativos en el momento del Juicio Final será en un género de lienzos sobre la Gloria Celestial bastante repartido en diferentes misiones. Los religiosos usaron esta composición como instrumento didáctico en la evangelización de los gentiles. De este modo, «la idea de la salvación y la vida eterna en oposición a la condenación eterna era expresada por dramáticas imágenes del cielo y el infierno». (Fig. 8). Con este tema existen pinturas en las misiones de San Carlos Borromeo, San Luis Rey, Santa Bárbara, San Juan Bautista, San Miguel y San Gabriel. En el conjunto de la jerarquía celestial, San José se ubicaba en un lateral de la parte superior, junto a la Virgen María, e inmediatamente bajo Dios Padre o la Santísima Trinidad (VV.AA., 2009: 262). De este modo, su papel de protector e intercesor quedaba perpetuado a ojos de los fieles y su protagonismo adquiriría la trascendencia espiritual que lo hizo ser el santo más prolífico en el imaginario de las misiones californianas.



Figura 8.—Pintura de la Gloria Celestial. Misión de Santa Bárbara. California. EE.UU.

Apéndice documental

*Carta del Visitador José de Gálvez al virrey marqués de Croix. La Paz.
24 de noviembre de 1768.*
Archivo General de Indias, Guadalajara, 417, f. 81r.

“Desde el año proximo anterior en que los Naturales de San Joseph de el Cabo viendose amenazados de perder sus pobres milpas por las nubes de Langosta, que caian sobre ellas, sacaron a los campos con fervorosa devocion la Ymagen tutelar de el santo Patriarca y consiguieron auventar, no se han experimentado los horribles estragos que antes hacia esta plaga; y las otras dos misiones de esta parte de el sur, siguiendo tan laudable ejemplo, se han acogido al poderoso patrocinio de el mismo santo cuia interseccion devemos creer piadosamente los católicos que será en el cielo proporcionada a la incomparable y a la dignidad que logró en el mundo de ser Padre Estimativo de Jesuchristo nuestro Redemptor y supuesto que las actuales expediciones al famoso Puerto de Monterrey se emprende en la confianza de que serán Patrocinadas por el mismo santo: ruego y encargo a los Reverendos Padres Misioneros de todas las misiones que ademas de la salve que los savados de cada semana se canta a Maria Santisima de Loreto, Patrona de todas las conversiones de California, y de celebrar perpetuamente la fiesta solemne y votiva de su santo esposo en el dia propia que le tiene dedicado la Yglesia Catholica para que se livre de Langosta toda la Peninsula, canten una misa el diez y nueve de cada mes, y la Letania de rogativa mientras duraren los dos viages de mar y tierra implorando por medio de la intercesión de el glorioso Patriarca, el auxilio divino para que ambos tengan el deseado buen suceso y se consiga fijar para siempre el estandarte sacrosanto de la Cruz de Christo en medio de la numerosa gentilidad que ocupa los Países de el Norte de esta dilatada Provincia. Dado en el Puerto de la Paz a 24 de noviembre de 1768= Joseph de Galvez».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abad, A. (1992): «Estados Unidos: Evangelización de la Alta California», en VV.AA., *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas*, Tomo II, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

- Aguilar M., J.L. et al. (1991): *Misiones en la Península de Baja California*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Alegre, F. J. (1956): *Historia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, Tomo I. Nueva edición a cargo de Ernest J. Burrus S.J. y Félix Zubillaga S.J., Roma: Institutum Historicum S.J.
- Baegert, J. J. (1942): *Notas de la Península Americana de California...* Primera edición española, México: Antigua Librería Porrado de José Porrúa e Hijos.
- Barco, M. del, (1988): *Historia Natural y Crónica de la Antigua California*, edición y estudio preliminar de Miguel León Portilla, México: Instituto de Investigaciones Históricas – Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bernabéu, S. (2001-2003): «California, o el poder de las imágenes en el discurso y las misiones jesuitas», *Contrastes. Revista de Historia Moderna*, núm. 12, Murcia: Universidad de Murcia, págs. 159-186.
- Burke, M. (1992): *Pintura y escultura en Nueva España, El Barroco*, México: Colección Arte Novohispano, Azabache.
- Carrillo Ojeda, C. (2003): *Cronología Josefina Mexicana (1523-2000)*, México: Centro de Investigaciones y Estudios sobre San José.
- Castillo Oreja, M.A.; Gordo Peláez, L.J. (2008): «Versos e imágenes: culto y devociones marianas en el templo de la Compañía de Jesús en Zacatecas. México», *Anales de Historia del Arte*, número extra 1, págs. 307-340.
- Clavijero, F. (S.J.) (1970): *Historia de la Antigua o Baja California*, México: Porrúa.
- Coronado, E.M. (1994): *Descripción e inventarios de las misiones de Baja California, 1773*, México: Gobierno del Estado de Baja California-CONACULTA-Universidad Autónoma de Baja California Sur.
- Croisset, J. (S.J.) (1818): *Año Cristiano o Ejercicios Devotos para todos los días del año. Abril*, Tomo IV, Madrid: En la Imprenta de la Real Compañía.
- Cuadriello, J. (1989): «San José en tierra de gentiles: ministro de Egipto y virrey de las Indias», *Memoria del Museo Nacional de Arte*, núm. 1, México: Museo Nacional de Arte, págs. 4-33.
- Cuadriello, J. (1999): «Tierra de prodigios. La ventura como destino», en VV.AA., *Los pinceles de la Historia. El origen del reino de Nueva España, 1680-1759*, México: Museo Nacional de Arte, Instituto de Investigaciones Estéticas.

- Delgado Ribas, J.M. (2008): «Idas y venidas de una institución tricentenaria: El Colegio de San José de Manila (1585-1910)», *Illes i imperis: Estudios de historia de las sociedades en el mundo colonial y post-colonial*, núms. 10-11, Barcelona: Universitat Pompeu Fabra, págs. 251-272.
- Díaz, M. (1982): *La arquitectura de los jesuitas en Nueva España. Las Instituciones de apoyo, colegios y templos*, México: UNAM.
- Martínez Huerta, I. (2007): «Bajo tu manto nos acogemos...» El patrocinio de San José». *Boletín Guadalupano*, año VI, núm. 79, julio, México: Basílica de Guadalupe.http://www.boletinguadalupano.org.mx/boletin/cultura/BG_2007/bajo.htm
- Meyer de Stinglhamber, B. (2001): *Arte sacro en Baja California Sur. Siglos XVII-XIX. Objetos de culto y documentos*, México: Gobierno del Estado de Baja California Sur, CONACULTA-Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Meyer de Stinglhamber, B. (2008): *Iglesias de la Antigua California. Fachadas y retablos del siglo XVIII*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Montes González, F. (2009-2010): «La paternidad divina hecha hombre. Dos nuevas pinturas de Miguel Cabrera y Juan Patricio Morlete en Sevilla», *Atrio. Revista de Arte*, núms.15-16. Sevilla: Universidad Pablo de Olavide, págs. 177-186.
- Palou, F. (O.F.M.) (1970): *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra*, México: Porrúa.
- Roda Peña, J. (1992): «A propósito de una escultura dieciochesca de San José», *Laboratorio de Arte*, núm. 5, 2, Sevilla: Universidad de Sevilla, págs. 369-378.
- Ruiz Gutiérrez, A.; Montes González, F. y Sorroche Cuerva, M. Á. (2013): «Imagen y evangelización: los bienes muebles de la misión de San José de Comondú», en AA.VV. (2013): *Evocando al edén. Conocimiento, valoración y problemática del oasis de los Comondú*, Barcelona: Icaria, págs. 227-254.
- Salvatierra, J.M. (S.J.) (1946): *Misión de la Baja California*, Madrid: La Editorial Católica.
- Schenone, H. (1992): *Iconografía del arte colonial. Los Santos*. Vol. II., Buenos Aires: Fundación Tarea.

- Serra, J. (O.F.M.) y Crespí, J. (O.F.M.) (2011): *Diario de la expedición de fray Junípero Serra desde la Misión de Loreto a San Diego en 1769*. Edición de Ángel L. Encinas Moral y Teófilo Ruiz, Madrid: Miraguano.
- Venegas, M. (S.J.) (1943-1944): *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual...*, Layac: México.
- VV.AA. (2009): *El Arte de las Misiones del Norte de la Nueva España, 1600-1821*, México: Mandato Antiguo Colegio de San Ildefonso.

ARQUITECTURA DE RAÍCES HISPANAS: ENTRE LOS «ESTILOS CALIFORNIANOS» Y EL NEOCOLONIAL (1880-1940)

Rodrigo GUTIÉRREZ VIÑUALES
Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN

La arquitectura de raíz «hispana», como lo fue asimismo la precolombina, debe en buena medida su revalorización a profesionales vinculados a universidades y otras instituciones de los Estados Unidos. Es evidente que la mayor apertura y las posibilidades del país del norte, y su vinculación directa con Europa, entre otras vías a través de las periódicas exposiciones universales a las que asistieron y de las que fueron sede, les permitió un contacto más efectivo con la teoría y la praxis de la arquitectura que se imponía al otro lado del Atlántico. Los historicismos de corte medievalista, o los exotismos como el *moorish style* o neoárabe (Gutiérrez Viñuales, 2006: 231-259; 2008: 95-122; 2010: 285-307), potenciado inicialmente en las islas británicas, se impondrían rápidamente en Estados Unidos, despertando y consolidando una conciencia de revalorización del pasado que les hizo volcar las miradas hacia los vestigios pretéritos del continente.

Al proceso de recuperación de la arquitectura precolombina y colonial, basado en campañas de investigación efectuadas sobre todo en México, seguiría la atención puesta por los arquitectos en utilizar a aquellas como modelo para la construcción de edificios modernos en los que se combinaran los lenguajes ornamentales de dichas culturas con las tecnologías constructivas del presente. El eclecticismo de formas y materiales fue la nota saliente en las mismas, ganando en importancia las referencias decorativas y potenciando el *fachadismo* sobre las aplicaciones prácticas y la funcionalidad de la arquitectura. El *Spanish Colonial Revival* desarrollado en los Estados Unidos encontraría su reflejo en la arquitectura «neocolonial», tal la terminología impuesta al sur de Río Grande.

En lo que respecta a las naciones de Iberoamérica, en los albores del siglo XX, la mayor parte de ellas se aprestaba a conmemorar los centenarios de sus respectivas independencias. Fue un tiempo de reflexión, más o menos profunda según los países, acerca de la necesidad de conformar y de interpretar una «identidad nacional», y sus posibles elementos determinantes. Esta situación tuvo ingredientes singulares en algunos países que en las últimas décadas del XIX habían asistido a la llegada masiva de contingentes inmigratorios de origen europeo; esto motivó que uno de los ámbitos de las discusiones fuera la supuesta pérdida de «identidad», contaminada o diluida por la confluencia de diferentes lenguas y culturas.

En los debates sobre el nacionalismo dados en América, uno de los elementos que se elevó no sin ciertas reticencias fue el legado hispánico, que vino a conformarse, hasta su consolidación entrado ya el XX, como uno de los factores ineludibles del «ser nacional». Pero se quería no la España imperialista sino su lengua, su cultura y, en la medida que fuera posible, su progreso. En definitiva, una mirada al pasado para extraer lo mejor, proyectada al presente y al futuro. Otro factor determinante fue el periodo prehispánico (Gutiérrez Viñuales, 2002: 267-286): si en países como Argentina, Uruguay o Chile caló hondo fue en parte por las tradiciones propias de su suelo en ese sentido, pero más aun se debió a la irrupción de un factor identitario de nivel continental. Países como México, Perú, Bolivia o Ecuador hicieron del elemento indígena un ingrediente necesario para la comprensión de su nacionalidad.

Lo hispánico fue incorporándose paulatinamente, y como apuntamos líneas atrás, no sin conflictos y ciertos recelos. Arquitectos como Federico Mariscal y Manuel Jesús de Acevedo en México, Martín Noel y Ángel Guido en Argentina, Héctor Velarde en Perú, Roberto Dávila Carson en Chile, o

Evelio Govantes y Félix Cabarrocas en Cuba plantearon una comprensión de la arquitectura colonial y su adaptación como modelo para sus propuestas edilicias. En rigor, se mantuvo el sistema de composición arquitectónica pero las formas externas recuperaron la dimensión historicista, acorde indudablemente con los postulados ideológicos de la *École des Beaux Arts*. El hispanismo en general (Gutiérrez Viñuales, 2003: 167-185), y la arquitectura neocolonial en particular representaron notas esenciales en torno a la ideología nacionalista y americanista, vinculándose a la literatura —obras como *La Restauración Nacionalista* (1909) del escritor argentino Ricardo Rojas son paradigmáticas en este sentido— y a movimientos pictóricos y escultóricos como el costumbrismo y el indigenismo.

LOS «ESTILOS CALIFORNIANOS»: EL *MISSION STYLE* Y EL *SPANISH REVIVAL*

Dentro de la arquitectura de filiación hispánica, las alternativas que se impondrían con mayor éxito en el norte serían las vinculadas al llamado «estilo californiano» (McMillian, 2002)¹, que suele dividirse genéricamente en dos vertientes, una primera y de inspiración popular conocida como *mission style*, potenciada desde los últimos lustros del siglo XIX e inspirada en la arquitectura de las 21 misiones californianas, y otra conocida como «renacimiento español», que toma como referencia el barroco español con sus cargas ornamentales, que tuvo su culmen en San Diego en 1915, con la celebración de la Panama-California Exposition. En ambos casos se trata de testimonios eclécticos, es decir carentes de homogeneidad, en los cuáles entraron a tallar aspectos inspirados en la arquitectura de los indios Pueblo, rasgos victorianos, mediterraneístas italianos, neoárabes o mexicanos (Ingle, 1984)², entre otros aspectos (Keaton, 2007; y McMillian, 1996: 18)³. El éxito de estas arquitecturas se centró fundamentalmente

1. Se trata de un completo libro sobre estas variables arquitectónicas.
2. No solamente el revival colonial, sino también el prehispánico, sobre todo maya.
3. Dada esta heterogeneidad, autores como D. J. Waldie mencionaban como dos fases del proceso, por un lado el *mission style*, pero por otro el *California style*, capaz de contener en sí al «renacimiento español» y a las otras vertientes «mediterráneas», desarrolladas sobre todo en los años 20. El término *California style* comenzará a utilizarse a finales de

en California y Florida, zonas de marcado influjo turístico, alcanzando notoria fortuna en las décadas de 1920 y 1930, con extensiones directas hacia México (Piñera Ramírez y Bejarano Suárez, 2011: 159-184).

Empezando con las misiones californianas, debemos iniciar diciendo que de su rescate patrimonial participaron numerosos historiadores y arquitectos. Tras la guerra mexicano-estadounidense de 1846-1848 había comenzado el adueñamiento y transformación continua de esos espacios por parte de los angloamericanos, y ese «estilo misionero» no sería otra cosa que «la apropiación de los vencedores de las formas urbanísticas y arquitectónicas de los vencidos, pero vaciados de los significados sociales que les dieron origen. Han dejado de ser la expresión material de un modo de vivir, para ser meros símbolos de una identidad regional inventada. Y como símbolos repercuten en los modos de vivir de otras partes de Hispanoamérica» (Torre, 1994: 48).

En la década de 1880, el ingente desarrollo poblacional de California que se había producido como consecuencia de las migraciones desde mediados de siglo a causa del descubrimiento de yacimientos de oro en la región, determinaría que varios de los asentamientos misioneros dieran lugar a metrópolis del calado de San Diego, Los Ángeles, San Francisco y Monterrey (Torre, 1994: 48). En forma paralela, como señaló Arrol Gellner, dará comienzo a un creciente proceso de valorización de los restos arquitectónicos de raíces hispanas, siendo un hecho basamental la adquisición, por parte del estado de Texas, en 1883, de «El Álamo», en tanto sitio histórico. A ello le sucederá la restauración, al año siguiente, de la misión de San Carlos Borromeo del Carmelo, y el naciente entusiasmo por recuperar el resto de las misiones californianas, en ruinas desde hacía décadas (Gellner, 2002: 8-10), coincidiendo con la publicación de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson, escenificada en las antiguas misiones, que alcanzaría un rotundo éxito comercial en los siguientes lustros.

En 1885 el senador Leland Stanford daría la orden de que la construcción de la Universidad que llevaría su nombre en Palo Alto, adoptara un modelo inspirado en los edificios de adobe de los pueblos de indios, inspirando así un nuevo estilo regional. El diseño del campus recayó en el paisajista Frederick

esa década, englobando a los términos *Mission*, *Spanish* o *Mediterranean*, habituales hasta entonces.

Law Olmsted y las edificaciones en Charles Coolidge Allerton quien plasmó sus obras tanto en el ya prestigiado *mission style* como en la vertiente conocida como «románico richardsoniano», potenciado por su mentor Henry Hobson Richardson. Buena parte de las mismas se destruyó en el terremoto de 1906, pero en la reconstrucción se respetaron de manera bastante coherente las pautas estéticas originales.

En 1890 el arquitecto Willis Polk, de San Francisco, creó la revista *Architecture News*, de corta pero influyente existencia, en la que se publicaron dibujos y escritos sobre las misiones californianas; esta difusión de grabados primero, y mas aun de fotografías de pueblos indios californianos y mexicanos, se convertirá en parte imprescindible de este proceso. Dos años después, Tessa Kelso, directora de Los Angeles Public Library, funda la Association for the Preservation of the Missions, embrión del Landmarks Club que el periodista y fotógrafo Charles Lummis crearía en 1895.

Lummis, formado en Harvard, residiría durante varios años en Nueva México entre los indios pueblo, y hacia 1895 sería editor del mensuario ilustrado *Land of Sunshine*, que utilizaría como plataforma para llevar a cabo una verdadera cruzada por la arquitectura californiana nativa, que entendía debía basarse en raíces hispanas. Pero no la arquitectura propiamente española, sino la arquitectura colonial, en la que predominaban materiales como el adobe, no habitual en las construcciones peninsulares.

Pero no era lo puramente arquitectónico la prioridad final de Lummis: su ideal se sustentaba en propulsar una suerte de retorno espiritual al estilo de vida de la época colonial española, con claros tintes romanticistas, en los que destacaran como rasgos modos sencillos de vida y construcción con materiales locales; se muestra claro el paralelismo con las premisas del movimiento *Arts and Crafts* europeo. Entendido esto, no sorprende que Lummis, al proyectar su propia casa «El Alisal» (1897-1910), se aleje de los postulados propios del *mission style*, aun cuando tenga guiños como la construcción de un campanario, para mostrarse más cercano a sus experiencias entre los indios Pueblo y a un sentido artesanal. El adobe y el estuco están ausentes, recurriéndose al hormigón revestido de piedras del cercano Arroyo Seco. Espadañas, torrescampanarios, tejas, serán todos elementos que se comenzarán a utilizar de manera combinada y ecléctica en este tipo de construcciones, entre los que destacan no solamente residencias privadas sino también varios hoteles, teatros, bibliotecas y estaciones de ferrocarril.



Figura 1.—Arthur Page Brown. Pabellón de California,
Exposición Universal de Chicago, 1893.

Uno de los ejemplos más relevantes de esta arquitectura sería un edificio erigido con motivo de una exposición universal, la de Chicago en 1893, llevada a cabo con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América: el Pabellón de California diseñado por Arthur Page Brown, en el que su autor combinó eclécticamente motivos formales y ornamentales procedentes de aquellas misiones. La dotación de mobiliario, necesario para dar completo sentido a este tipo de edificios, tuvo también sus derroteros: «De las réplicas a la compra directa del patrimonio arquitectónico español, había un pequeño paso que se dio rápidamente. En las primeras décadas del siglo XX miles de objetos de arquitectura fueron extraídos de las obras renacentistas, manieristas y barrocas españolas. Desde claustros enteros que se llevaron desarmados para montarlos en Estados Unidos hasta puertas, rejas, cielorrasos, torres, paneles de azulejos, etc. que se incorporaron a museos públicos y privados y a muchas residencias particulares» (Gutiérrez y Tartarini, 1997: 66).

Hacia el final de la primera década del XX el *mission style* comenzará a mostrar ciertos puntos de agotamiento. No obstante ello, sobresaldrán nombres como el de la arquitecta Julia Morgan, nacida en San Francisco, y que en 1898 se convertirá en la primera mujer en ser admitida en la École des Beaux-Arts de París, en donde se graduará en 1902. Tras ello, retorna a California, abriendo estudio propio en su ciudad natal en 1904. Además de numerosos encargos que recibirá durante el proceso de reconstrucción tras el terremoto de 1906, su encuentro con Phoebe Apperson Hearst, viuda del magnate George Hearst y principal mecenas de la universidad de California en Berkeley, marcará decisivamente su trayectoria, tanto por el encargo que de esta recibirá para continuar y finalizar su mansión «Hacienda del Pozo de Verona» en Pleasanton, como los encargos que recibirá de su hijo William Randolph Hearst (Merino de Cáceres y Martínez Ruiz, 2012)⁴, convirtiéndose en una suerte de arquitecta de la familia. En el primero de los casos, la «Hacienda» era obra que había iniciado en 1895 el arquitecto A. C. (Albert Cicero) Schweinfurth, fallecido en 1900, y que demandó siete años de trabajo por parte de Morgan, hasta 1910, para culminar las 92 habitaciones de la residencia y otras dependencias, recurriendo al estilo indio Pueblo (*puebloesque style*) y, como dice Gellner, luchando con fuerza para ocultar su racionalismo *beaux-arts* (Gellner, 2002: 12).

Julia Morgan, que a lo largo de su carrera llegaría a proyectar más de 700 edificios en California, tendría varias de sus obras paradigmáticas vinculadas a los Hearst. Para William Randolph, editor de *Los Angeles Examiner*, realizaría

4. La reseña editorial, que recuerda que Hearst inspiró a Orson Welles la película *Citizen Kane* (1941), reza: «Hearst fue el mayor comprador de arte español de su tiempo, un comprador compulsivo que, a través de turbias maniobras, no dudó en vulnerar todo tipo de obstáculos legales a fin de satisfacer su insaciable apetito como coleccionista. Para ello, a golpe de talonario, contó con cooperadores en todos los estamentos sociales, desde modestos operarios, hasta dignísimos intelectuales, clérigos y políticos, quienes, por su condición, más obligados estaban a la defensa del legado artístico. A su lado estuvieron Arthur Byne y su esposa, Mildred Stapley; cultos, ricos y bien posicionados socialmente, ellos fueron sus principales agentes en España y protagonistas fundamentales del negocio clandestino de venta y exportación de tesoros artísticos del país. Autores de importantes estudios sobre arte, mobiliario y arquitectura españoles, los Byne utilizaron dichas publicaciones como catálogos de las piezas que ofrecían a museos y coleccionistas americanos».



Figura 2.—Julia Morgan. Sede de *Los Ángeles Examiner*, Los Ángeles, 1913-1915.

entre 1913 y 1915 el edificio del periódico en *mission style*; para esta obra se valió de la colaboración de otros arquitectos, William J. Dodd y J. Martyn Haenkel. Pero indudablemente la obra más sobresaliente de todas, y que le demandaría alrededor de dos décadas de trabajo, sería «La Casa Encantada», más conocida como *Hearst Castle* (1919-1947), ubicada en San Simeon, iniciada a finales de la segunda década de siglo, cuando el estilo «renacimiento

español», impuesto desde la exposición de San Diego de 1915, venía gozando de prédica creciente. Al *Hearst Castle*, considerado por Gellner como una «fantasía mediterránea», sumaría Morgan otras muchas arquitecturas, en un momento de desarrollo de apartamentos y bungalows en zonas residenciales y vacacionales, a las que se siguió aplicando estéticas populares, no ya solamente misioneras, sino también andaluzas —enmarcadas en ese «redescubrimiento» de lo español peninsular—, e inclusive norteafricanas, dando lugar a una verdadera «fiebre hispana», que dejó, sobre todo a California y a Florida, con varias poblaciones *españolas*.

La Panama-California Exposition de San Diego de 1915, coincidente en tiempo con la Panama-Pacific Exposition de San Francisco, nació con el objetivo de conmemorar la apertura del Canal de Panamá, y fue elegida aquella ciudad por ser el puerto de mayor proximidad al Canal dentro de territorio estadounidense, además de un símbolo de la California moderna. El arquitecto elegido para el evento fue Bertram Grosvenor Goodhue, quien ostentaba como antecedentes una serie de viajes a México a partir de inicios de 1892⁵ y el haber trabajado junto a Sylvester Baxter como realizador de planos para los tomos de *Spanish Colonial Architecture in Mexico*, obra publicada a partir de 1901. Goodhue fue opción que se impuso a la propuesta de que fuera Irving Gill, originario de Tully, cerca de Syracuse (New York), aunque radicado en California desde 1893, con un perfil en el que el *mission style* se erigía como uno de sus principales puntos de partida, a quien no obstante se le encargará la construcción del puente que conectaría la ciudad con el Parque Balboa, sede física de la exposición.

La presencia de Goodhue será decisiva para determinar como estética predominante de las construcciones en el Parque Balboa (Hudson, 2000)⁶, sede del evento, lo que se dará por llamar «renacimiento español», alejado de la modestia del *mission style*, que encerraba como uno de sus problemas el adaptarse a edificios de gran escala como los que se precisaba construir. El «renacimiento

5. Algunas de estas experiencias, y una serie de dibujos, los recogió en su libro *Mexican memories*. New York, G. M. Allen Co., 1892.

6. Una síntesis con muy buen repertorio fotográfico puede verse en Hudson, A. (2000): *The magic of Balboa Park*, La Jolla: PhotoSecrets Publishing.



Figura 3.—Carleton Monroe Winslow. Reconstrucción de Santa Bárbara en estilo «renacimiento español», 1925.

español», ajeno ya a cualquier implicación imperialista, estaba basado en una mirada ecléctica sobre el barroco peninsular, y sesgo bajo el cual se dotaría a las construcciones de una serie de elementos particularizados, entre ellos arcadas, porches, balcones, ventanas con celosías, rejas de hierro forjado, toldos de lona, patios con fuentes y abundante uso de la azulejería sevillana importada o de inspiración hispalense, entre otros⁷.

Junto a Goodhue, autor del edificio más relevante de la exposición de San Diego, el pabellón de California —imitando las iglesias parroquiales mexi-

7. Del material consultado acerca de este tipo de construcciones en el primer tercio del siglo XX, destaca por textos e imágenes el ya citado: Gellner, A. (2002) *Red tyle style. America's spanish revival architecture*, New York: Viking Studio. Incluye asimismo ejemplos más recientes.

canas del XVIII como recuerda Susana Torre—, trabajaría Carleton Monroe Winslow, quien sería responsable una década después de convencer a los ciudadanos de Santa Barbara, tras el terremoto de 1925, de adoptar en la reconstrucción de la misma en estilo «renacimiento español». También podemos mencionar aquí, aunque como continuador, a William Templeton Johnson, nacido en San Diego y uno de los principales discípulos de Goodhue, autor de numerosos edificios en esa línea, entre ellos los tres pabellones de Estados Unidos que realizó en Sevilla en 1929 para la Exposición Iberoamericana (Graciani, 2010: 372-381).

Como uno de los antecedentes de esta vertiente suele mencionarse una serie de obras ejecutadas en la década de 1880 en St. Augustine (Florida), y concretamente los hoteles Ponce de León (1882) y Alcázar (1887), realizados por los arquitectos neoyorquinos John Carrère y Thomas Hastings, o el Casa Monica Hotel (1888), del bostoniano Franklin W. Smith, mezclando rasgos españoles y mediterráneos, y en los que no faltan las notas moriscas. Estas obras pioneras enlazan con otras también construidas en Florida durante la segunda década del XX, entre ellas numerosas viviendas y edificios comerciales de la localidad de St. Cloud, varios diseñados por las arquitectas Annah Ryan e Isabel Roberts, y que se caracterizan por sus reminiscencias del periodo virreinal mexicano, dotando así de un sabor particular a dicha población. El propio Bertram Goodhue había experimentado con el barroco español en la catedral de la Santísima Trinidad en la Habana (Cuba) en 1905, y en el Hotel Washington de Colón (Panamá) en 1913.

Para la exposición de San Diego, Goodhue planeó la mayor parte de los edificios como construcciones provisionarias, con la idea de que, tras el evento—cuyo éxito determinó que se extendiera casi por dos años—, los mismos se destruyeran para dar sitio a un gran jardín. Como reflexiona Arrol Gellner, «Irónicamente, sólo uno de los imponentes edificios de Goodhue fue construido con materiales permanentes; el resto eran meras escenografías, como las conchas de estuco y malla destinadas a ser destruidas una vez clausurada la exposición. A pesar de su construcción efímera, la ilusión de la masa y la permanencia transmitida por el acabado de estuco cuidadosamente detallado terminó por ser increíblemente convincente. Tan valorados fueron esos palacios de yeso que la mayoría se han conservado en última instancia, y algunos han sido reconstruidos con materiales permanentes» (Gellner, 2002: 16).

En 1916 se publicó la obra de Rexford Newcomb titulada *The Franciscan Mission Architecture of Alta California*, cuya notable difusión marcó un nuevo punto de inflexión para el proceso historicista en el norte y la posibilidad de que en el resto del continente se tomara conciencia de lo que allí se venía gestando, proceso al que acompañó la profusa circulación de revistas de arquitectura norteamericanas que reflejaban el gusto por la arquitectura de raíces hispanas. Publicitado en las revistas de arquitectura latinoamericanas como *El Arquitecto* de Buenos Aires, en su prefacio Newcomb afirmaba que «El propósito del escritor al hacer la presente serie de estudios es la de ayudar, de una manera práctica, a la causa de la arquitectura recogiendo a través de apuntes, notas y fotografías, el espíritu real y el detalle de esos edificios, tan bien adaptados y apropiados a la tierra de origen, antes de que el último vestigio de dichos edificios haya desaparecido de la tierra. El escritor está convencido de que muchos arquitectos que están diseñando en estilo (misionero) nunca han visto una misión, y que muchos otros, si han visto alguna vez los viejos edificios, están haciendo pobres interpretaciones del espíritu en el cual ellos están erigidos» (Newcomb [1916], 1973). Al mismo se sumaría, casi una década después, otro libro de notoria difusión, *Spanish homes of California*⁸, que incluía numerosos modelos de construcción, y que sería muy utilizado por los arquitectos de la época como leído por los comitentes.

En los años veinte, el cinematógrafo de Hollywood difundiría aun más el gusto por estas expresiones, sembrando regiones, como ocurrió en la península de Florida, de residencias particulares y edificios públicos siguiendo estas pautas (Skinner y Cook, 2006)⁹. La proliferación de películas ambientadas incluían escenografías con arquitecturas remedando la colonial, las que también gozarían de gran difusión y éxito en países como México: «...Una vez que la industria cinematográfica norteamericana se mudó de Nueva York a California, tras la Primera Guerra Mundial, la fuerza cultural del medio se acentuó. La nueva localización reforzó el exotismo; en particular puso de moda temas

8. *Spanish homes of California*. Long Beach, Roy A. Hilton C., Publishers, 1925.

9. Muchas de ellas encargadas por renombrados actores de cine, y otros personajes de la época, tanto del mundo del arte como del de los negocios.

**FRANCISCAN MISSION ARCHITECTURE OF
ALTA CALIFORNIA**



Fotografías, relevamientos y reconstrucciones de las 21 Misiones Jesuíticas a la costa Californiana.
desde 1769 a 1823. Formato de 31 x 40 ctms.

Precio: \$ 65

Dirigir pedidos a:
"EL ARQUITECTO" - Casilla de Correo 1885
Buenos Aires

En los pedidos del interior
debe acompañarse el importe
en giro postal.

Figura 4.—Publicidad del libro de Rexford Newcomb *The Franciscan Mission Architecture of Alta California*, aparecida en la revista *El Arquitecto*, Buenos Aires, 1916.

asociados con la herencia española y árabe...» (Álvarez Curbelo y Vivoni Farage, 1998: 229).

Una de las películas más recordadas de esta época fue *La mexicana*, cuya actriz principal fue Adriana Gálvez, conocida como «La novia de México». Como escenario para la misma se utilizó el Hotel-Casino Agua Caliente, en Tijuana (1928), cuyo esplendor estuvo vinculado a las visitas de los californianos tras la prohibición de bebidas alcohólicas en 1919, que «obligó» a aquellos a desplazarse al sur, teniendo su primer encuentro con el territorio mexicano. Fierro Gossman destaca que dicho hotel «se parecía, en su ambiente y características arquitectónicas, más a los patios andaluces que a los palacios virreinales de México, en una interpretación de lo que los pobladores de California habían decidido que era México» (Fierro Gossman, 1998: 79).

En los años 30, y en especial tras la Depresión, las raíces «hispanas» en la arquitectura serían en buena medida absorbidas y superadas por un nuevo

interés, el llamado *Anglo style*, que se hizo muy popular en California. Esta situación daría origen a lo que se conoció con el nombre de *Monterey style*, o estilo rancho (*California ranch houses*), vías por las que seguirían discurriendo aquellas vertientes en las siguientes décadas (Gebhard, 1996: 7-11). No obstante ello, tanto lo *misionero*, como lo *renacentista español*, más allá de su declive numérico respecto de anteriores décadas, seguirían aportando edificios de calidad. La irradiación continental de sus pautas determinaría la construcción de numerosos edificios «californianos» en Latinoamérica en los decenios centrales de la centuria, entre ellos un largo listado de hoteles llamados «La misión» que, siguiendo aquellas pautas, estaban destinados a que los viajeros extranjeros, estadounidense sobre todo, se sintieran como en casa.

EL NEOCOLONIAL EN EL ÁMBITO LATINOAMERICANO

En Latinoamérica, la recuperación de «lo hispano» comenzó a tallar con fuerza a principios del siglo XIX. Este proceso se vivió tanto en el ámbito de las artes como en la literatura, dándose renovada visibilidad al pasado colonial. Para el caso que nos compete aquí, se potenció una puesta en valor de los monumentos religiosos (fundamentalmente) y civiles de aquel periodo histórico. Para México, gran obra de difusión será la de un estadounidense, Sylvester Baxter, autor de diez tomos publicados a partir de 1901 bajo el título de *Spanish Colonial Architecture in Mexico*, con fotos de Henry Greenwood Peabody y planos de Bertram Grosvenor Goodhue. Poco después, la Dirección General de Monumentos encargó al fotógrafo Guillermo Kahlo (padre de la conocida artista Frida Kahlo) la documentación gráfica de las iglesias del país, mientras el arquitecto Federico Mariscal saltaba a la palestra con sus reflexiones presentadas bajo el título *La Patria y la arquitectura nacional* (1915) en donde el factor hispánico se rescataba de forma decidida, manifestándose la necesidad de acentuar el rescate de la arquitectura colonial mexicana. Se dio allí lo que Carlos Tur Donatti denominó «nacionalismo colonialista», ubicándolo como última etapa cultural del porfiriato y primera de la Revolución, y cuya utopía estaba prefigurada por la «desconfianza en el progreso», un «acercamiento a la religión», y la revalorización del pasado colonial «como tabla de salvación» (Tur Donati, 2000: 126). En 1917 se llegaría al punto en que el gobierno de Venustiano Carranza eximiría de impuestos a quienes construyesen en estilo colonial.

El debate sobre la «arquitectura nacional» fue tomando ribetes diferentes a los del porfiriato, donde la predilección por lo prehispánico había mantenido oculto casi por completo las riquezas del pasado colonial. Se llegaba ahora a un punto en el que comenzaba a plantearse en México una «fusión» de ambos estilos para definir esa identidad «nacional», proceso que tendría su culminación en la obra de José Vasconcelos pero que ya anticipaban obras como las del pintor Saturnino Herrán, de clara raigambre estética hispanista, que en su tríptico *Nuestros dioses* (inconcluso a su muerte en 1918) representaba, fusionados y confundidos, a la diosa Coatlicue y a un Cristo crucificado, simbolizando el mestizaje cultural, en este caso desde un punto de vista religioso.

De cualquier manera, el pasado indígena y su aplicación a la arquitectura se fue diluyendo como posibilidad identitaria en México; en las otras naciones, aunque existieron ejemplos destacados, no tuvieron la suficiente fuerza como para plantearse un estilo nacional a través de ellos. Vasconcelos, promotor principal del movimiento muralista a partir de la década de los 20, si bien en esta vertiente potenció la mirada indigenista, en lo que a arquitectura se refiere se manifestó partidario del neocolonial. Esto se aprecia en obras paradigmáticas como el pabellón mexicano de la exposición del centenario de la Independencia brasileña, en Río de Janeiro (1922) y se acompañó de la larga serie de edificios neocoloniales construidos en esos años para las familias pudientes de las Colonias Polanco y Lomas de Chapultepec (AA.VV., 1992). El citado pabellón fue realizado por el arquitecto Carlos Obregón Santacilia, una de las figuras más notables de la arquitectura mexicana.

El devenir del neocolonial en México¹⁰ tuvo también sus piedras en el camino. Mientras la teoría y la praxis aparentaban tener ya una cierta solidez, la difusión de aquellas películas de Hollywood con referencias al país, seguían mostrando por lo general una escenificación que poco o nada tenía que ver con la realidad, lo cual producía desorientación en la formación de los jóvenes arquitectos mexicanos que trataban de imitar lo que venía de fuera. Estas escenografías correspondían al concepto de lo que el público estadounidense llamaba el «spanish of Mexico» que no era otra cosa que «un falseamiento

10. El estudio más completo sobre este tema, y al que remitimos, es: Fierro Gossman, ob. cit.

de interpretación convencional» que buscaban resaltar lo exterior exótico; «El arte serio sufre una derrota ante el juego de bolsa de los mercaderes que transforman por la virtud del dólar, la respetabilidad del arte egipcio o chino, en confituras arquitectónicas de cabaret. Tomando lo que ellos juzgan ‘pintoresco’ de los estilos hacen un revoltijo, sin unidad y sin criterio...»¹¹.

En este sentido, una de las posturas más críticas con el neocolonial la sostuvo el pintor Diego Rivera, cuya incisiva pluma no tuvo compasión ninguna con el estilo: «Después de la nauseabunda imitación porfiriana, acrecentada por ilustres y viejos barrigones, ‘pompiers’ franceses, por fabricantes de pastas y bombones y dibujantuelos francmasones, tejedores de olanes de enagua en mármol, italianos y secuela de nacionales falsificadores de los ‘Luises’ XIV, XV y XVI, ahora el arquitecto mexicano —no el arquitecto, que existe también— elogia su instalación de excusados o el color nauseabundo de cajeta de leche rancia y desteñida con que envilece un muro o un patio «misión» de decoración de cine, que él da por «colonial» diciendo: ‘Así se hace en los Estados Unidos’...» (Rivera, 1924).

No quedarían apartados de la consideración otros géneros vinculados al pasado colonial que determinarán una integración artística en pos de la recreación de la imagen pretérita; así, la recuperación del mobiliario colonial, la fabricación manual o seriada de comedores enteros inspirados en el barroco, o la reivindicación de la azulejería de Talavera de Puebla, por caso, utilizada para bancos de patios, fuentes y otros motivos, es evidente. Veremos descollar a artífices como Abraham López, presentado como «creador de maravillas», que con su «humildad indígena» y siendo «descendiente de una familia de artistas... ha continuado y superado dignamente el abolengo racial». Este «maestro de la ebanistería» realizaría numerosos muebles de «estilo colonial», como los de la escuela de Chapingo (bancas, sillas, escritorios, arbotantes y puertas), arcones coloniales, cómodas y sillones para residencias privadas o varios biombo para particulares e instituciones como el Casino del Colegio Militar¹².

11. «Antonio Ruiz», *Forma*, México, 1927, N° 4, pág. 40.

12. «Abraham López, creador de maravillas», *Revista de Revistas*, México, 13 de mayo de 1934. Repr.: Fierro Gossman, ob. cit., págs. 104-107.

En la Argentina asistiremos a la realización de «concursos de muebles coloniales» como el organizado en 1923 por la Nordiska Kompaniet, especificando en las bases que los mismos, destinados a comedor, living room y dormitorio, debían «inspirarse en la tradición nacional de la época, desde el Virreinato hasta la caída de Rosas (1776-1852). Los concurrentes estudiarán los tipos de muebles de la época indicada, y procediendo con libertad de su inspiración los adaptarán a los usos y costumbres actuales»¹³. El espíritu eclectista de mezclar tradición formal con funcionalidad moderna se evidencia con rotundidad absoluta. Aún dos décadas después encontramos concursos como el organizado en São Paulo por Luis Saia, para pintores, cuyo objetivo era el que estos «se inspirasen en las imágenes antiguas del patrimonio existente en las capillas y retablos de la ciudad y de sus alrededores» (Amaral, 1994: 15).

En la región caribeña, el nuevo gusto por lo «hispano», consagrado definitivamente en las exposiciones de San Diego y de San Francisco de California en 1915, se había extendido a Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. En este último país se dio inicio a una corriente intelectual y artística que ha sido definida como «Hispanofilia» (AA.VV., 1998). En esta nueva imagen que afectó sensiblemente a las ciudades más destacadas de la isla como San Juan y Ponce, buena labor les cupo a arquitectos locales como Pedro Adolfo de Castro y Rafael Carmoega, ambos formados en los Estados Unidos y en contacto permanente con los nuevos lineamientos de la arquitectura que se propiciaba desde las academias norteamericanas. No se margina, dentro de la concepción de «lo hispanico» el neoárabe como demuestra por caso el Mercado Central de las Carnes de Ponce (1926), más conocido como la «Plaza de los Perros», realizado por Carmoega.

En el caso cubano, también los años veinte mostrarían con fuerza la consolidación del neocolonial sobresaliendo en este sentido la obra de dos de los arquitectos más reputados de la isla, Evelio Govantes y Félix Cabarrocas. Ambos fueron responsables, entre otras obras, del pabellón cubano de la Exposición Iberoamericana de Sevilla en 1929 y, tras ella, de un interesante conjunto arquitectónico en Rancho Boyeros donde se incluyeron el Instituto

13. «Bases del concurso de muebles coloniales», *El Arquitecto*, Buenos Aires, agosto de 1923, N° 37, pág. 28.

Técnico Industrial en estilo neocolonial, un sector residencial de la urbanización Lutgardita con tintes neoárabes y el teatro de la misma con profusa decoración neoprehispánica. Estas dos últimas tendencias las habían importado del evento sevillano, en especial la de inspiración maya que habían tomado tras la contemplación del pabellón mexicano realizado por Manuel Amábilis.

Pasando a Sudamérica, en Perú, Héctor Velarde ostentó la antorcha del neocolonial, aunque de una manera anacrónica ya que esta variante en su arquitectura se manifestó en una etapa posterior a su incursión en el «estilo internacional». Si bien tempranos anteproyectos suyos como la residencia arequipeña en Washington (1924) recuperan lenguajes del pasado colonial en consonancia con los lineamientos que la obra de arquitectos-críticos como Martín Noel o Ángel Guido, las obras limeñas de su primera fase, en los años treinta, se caracterizan por la praxis racionalista, de gran calidad por cierto, como se aprecia en los Baños de Miraflores (1934-1936), el Club de Regatas de Lima (1935-1940) o la Casa Ulloa en la Punta (1936). La construcción de la Universidad Mayor de San Agustín de Arequipa (1936-1940), de la Nunciatura Apostólica de Lima (1940-1942) o más aun, el diseño para culminar el Santuario de Santa Rosa de Lima (1939), que Velarde tomó a su cargo tras el fallecimiento del escultor español Manuel Piqueras Cotoí, muestran una esencia neocolonialista que, en casos como este último, integra elementos del pasado precolombino siguiendo los dictámenes potenciados por Piqueras (Gutiérrez, 2002).

En el Brasil uno de los puntos de partida del neocolonial fue la conferencia dictada por Ricardo Severo en 1914, en la Sociedade de Cultura Artística de São Paulo, sobre la arquitectura tradicionalista y la necesidad de practicar una nueva arquitectura mirando al pasado colonial. Severo financió los viajes a las ciudades coloniales de Minas Gerais del pintor José Wash Rodrigues, para que investigase los motivos arquitectónicos y ornamentales de la región. Desde Río de Janeiro los estudios fueron potenciados por José Marianno Filho, quien a su vez subsidió las campañas de Lúcio Costa y otros estudiantes a la región *mineira*, trayecto que seguiría también Georg Przyrembel desde la ciudad paulista. A partir de 1920, en la *Revista do Brasil*, el modernista Mário de Andrade publicaría una serie de artículos sobre la arquitectura colonial de Minas Gerais apuntalando el interés por los monumentos de dicha región (Amaral, 1994: 16).

El mencionado Marianno Filho tendría gran influencia en los círculos oficiales durante los años veinte, logrando que el neocolonial se impusiese y



Figura 5.—Héctor Velarde. Diseño para el Santuario de Santa Rosa de Lima, Perú, 1939.

llegase a ser casi una norma obligatoria en los concursos para los pabellones del Brasil en las exposiciones de Filadelfia (1925) y Sevilla (1929) (Lemos, 1994: 159). En junio de 1930 se realizó en Río de Janeiro el IV Congreso Panamericano de Arquitectura (Gutiérrez, 2007), en el cual las teorías neocolonialistas de Marianno Filho alcanzarían un sonado triunfo, pero pocos meses después, al final de ese mismo año, sufrirían un serio revés: tras la victoria de la Revolución, el ministro Francisco Campos invitó a Lúcio Costa a hacerse cargo de la dirección de la Escola Nacional de Belas Artes. Quien había sido discípulo de Marianno Filho ahora estaba imbuído del «esprit nouveau» de Le Corbusier, tras asistir a algunas de las conferencias que éste había pronunciado en Brasil en 1929. Al asumir pues la dirección de la Escuela, una de las primeras decisiones de Costa fue la de reformular la enseñanza de la arquitectura y las artes, *aggiornándola* a las nuevas corrientes de pensamiento que se imponían desde Europa (Da Silva Telles, 1994: 240-241).

Más al sur, en la Argentina, entre 1913 y 1914 los arquitectos Alejandro Christophersen y Martín Noel habían pronunciado sendas conferencias po-

niendo en evidencia los valores de la arquitectura colonial. En el caso del primero, no dudaba en lamentar «¡Qué lejos estamos de la modesta y tranquila arquitectura colonial, de la cual pocos recuerdos quedan!», para sentenciar más adelante: «La piqueta del progreso borra para siempre estos recuerdos y los sustituye por edificios altos, muy altos, a menudo feos, porque así lo exige el sentido práctico y especulativo de una raza nueva» (Bufano, 1923: 78-79).

Por su parte, Noel, que se convertiría en el principal artífice de la arquitectura neocolonial en el país, dictaba en septiembre de 1914 la conferencia sobre *Arquitectura virreinal*, en la que consolidaba una apertura hacia nuevos horizontes de debate cultural. Si pensamos que el año anterior había egresado de la École des Beaux Arts parisina, no deja de ser sorprendente un giro radical en cuanto a fijar la mirada en el pasado colonial americano, en especial en Perú y Bolivia (Kuon Arce y otros, 2009). Las razones pueden encontrarse en su «descubrimiento» de las arquitecturas vernaculares del país vasco francés y de varias regiones de España, tanto que pocos años después, en 1921, sus reflexiones irán encaminadas a vincular la arquitectura popular de Andalucía con la de América, tal como queda plasmado en su obra *Contribución a la historia de la arquitectura hispanoamericana* con la que obtiene en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en Madrid, el «Premio de la Raza». En dicha obra reflexionaba: «En Arquitectura, el estilo llamado vulgarmente, y quizá con alguna impropiedad, «colonial», no debe de ser considerado como un síntoma absoluto; sus caracteres escogidos con discernimiento y despojados de inútiles impurezas, podrán delinear un síntoma de simpatía encargado de afianzar un común vínculo histórico y social. Abdicar ciegamente de un pasado venerable implicaría un suicidio artístico» (Noel, 1921: 235). Noel sería el autor del pabellón argentino de la exposición de Sevilla de 1929, su obra máxima dentro del neocolonial, en donde incluía desde la portada mestizada tomada de la arquitectura arequipeña hasta el balcón limeño de raigambre mudéjar.

Otros arquitectos y ensayistas como Ángel Guido y Héctor Greslebin, que había sido discípulo de uno de los más notables impulsores de los estudios de arquitectura colonial en la Argentina, el húngaro Juan Kronfuss, fueron autores de textos en esta línea. Greslebin publicó *Renacimiento Colonial* en 1924 mientras que Guido publicaría al año siguiente *Fusión Hispano-indígena en la arquitectura colonial*; ambos ejercieron un papel determinante en la confor-

mación de un corpus teórico tendente a consolidar el pasado colonial como opción historiográfica y patrimonial de fuste. Mientras Greslebin mostró una decidida filiación a las corrientes indigenistas e hispanistas, con Guido, el «mestizaje» arquitectónico alcanzaría obras cumbres que comentaremos más adelante, tal el caso de la construcción de la residencia del literato Ricardo Rojas en 1927, uno de los ideólogos principales de la fusión de estilos en la definición de un arte nacional y americano como ya vimos. En ese mismo año, ante el avance incontenible del «estilo internacional», Guido tildaría a Le Corbusier de confuso, caprichoso y superficial afirmando que «la estandarización hace de la arquitectura una industria innoble y no un arte, o lo que es lo mismo, convierte al arquitecto en traficante o comisionista en lugar de hacerlo un artista» (Gutiérrez, 1978).

A la teoría escrita y expuesta a viva voz en los estrados, habría de acompañar la importancia gradual que iba ganando la imagen gráfica en esta concientización sobre los monumentos del pasado virreinal. Si en México la labor de Guillermo Kahlo auspiciado por el Estado fue determinante en este proceso, en Sudamérica nombres como los de Martín Chambi en la región del Cuzco, los hermanos Vargas en Arequipa, Mancilla en la región altoperuana o el italiano Luis D. Gismondi en La Paz ejercieron un papel similar. Todos ellos, con sus particularidades, educaron el ojo para la captación no solamente de las escenas y los personajes costumbristas, las fiestas y las tradiciones, que en la actualidad suponen la vertiente de su fotografía que más difusión y valorización mercantil ha alcanzado, sino también de la arquitectura tanto prehispanica como colonial. Sus fotos se difundieron masivamente a través de la tarjeta postal, del libro y de las publicaciones periódicas, desde los años veinte hasta entrada la segunda mitad de la centuria.

Citada con anterioridad, en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929 confluyeron las naciones americanas y las regiones españolas convirtiéndose, a través de los pabellones, en un muestrario de las arquitecturas regionales peninsulares, que tanta revalorización habían experimentado en los lustros anteriores, y en un abanico de ejemplos historicistas de raíz americana. En la actualidad, si bien carente de una adecuada promoción que los convierta en visita turística de interés, permanecen los pabellones americanos de Sevilla, muchos de ellos reutilizados con funciones de oficina. Lo que más nos interesa es destacar la calidad que en sí mismos y como conjunto tienen, fortaleciendo la idea de encontrarnos ante un «museo al aire libre» de las arquitecturas his-



Figura 6.—Martín Noel. Pabellón de Argentina. Exposición Iberoamericana de Sevilla, 1929. Detalle de la fachada. (Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales).

toricistas americanas en sus tres vertientes fundamentales: el neoprehispánico, el neocolonial y la fusión de ambas culturas estéticas. Indudablemente en la primera destaca el de México, realizado por Manuel Amábilis, en el segundo el de la Argentina, obra de Martín Noel, y, en el caso de la «fusión» el del Perú, realizado por Manuel Piqueras Cotoí.

Noel llevaría a la práctica en el pabellón argentino sus reflexiones teóricas como ya lo había hecho en obras anteriores de la enjundia de su propia residencia en Buenos Aires (1922) o el Palacio de la Embajada Argentina en Lima (1927-1928). En el caso del pabellón en Sevilla, había tomado como referencia fachadas arequipeñas, dando lugar destacado al balcón de madera, seña de identidad urbana de Lima, que también había incorporado a otras obras suyas como su casa porteña o la estancia «El Acelain» (1920) que realizó para el escritor Enrique Larreta en Tandil (provincia de Buenos Aires). En Sevilla, diría el autor, «He querido hacer algo que recuerde la arquitectura de la época virreinal, más lograda que la del período colonial. Me he propuesto también levantar algo más que un pabellón transitorio. Trátase de que luego de cumplido su fin en la exposición, el edificio quede con carácter permanente, para que en él se instale el Instituto de Investigación Histórica y Educación Artística, donde puedan recibir enseñanza y alojamiento estudiantes argentinos que nuestro gobierno pensione»¹⁴.

Con la exposición sevillana del 29 el proceso historicista en la arquitectura americana llegaba a un punto de inflexión, alcanzando una de sus más altas cotas pero asumiendo de manera paralela su defensa ante los embates de la modernidad. El terreno para la imposición de esta no era, por lo general, demasiado favorable en el continente, ni siquiera en la propia España, donde uno de los ejemplos más señeros de los nuevos lenguajes, el pabellón alemán diseñado por Mies Van der Rohe para la Exposición de Barcelona, en el mismo año de 1929, pasó sin pena ni gloria.

El declive del neocolonial, que tardaría en producirse, lo cual queda evidenciado en la fortuna que aun manifiesta en los países americanos hasta bien

14. *La Razón*, Buenos Aires, 26 de marzo de 1926. Cabe destacar aquí que este deseo de Noel nunca se cumplió: el Pabellón quedó convertido en un Instituto de Segunda Enseñanza pero para Españoles.



Figura 7.—José Granados de la Vega y Rómulo Rozo. Pabellón de Colombia.
Exposición Iberoamericana de Sevilla, 1929. Detalle de una de las torres.
(Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales).

entrados los años cuarenta, tendría una de sus causas en el costo que significaba asumir construcciones bajo estos lineamientos. El neocolonial, como antes lo había sido el neoclásico en el continente, fue un medio utilizado por muchas familias para insertarse en la sociedad y adquirir una identidad dentro de la misma (por eso fueron muy recurridos por los inmigrantes), pero construir en dicho estilo era caro pues se requería mano de obra especializada y el concurso de artesanos, algo que antes era innecesario. Señala Jorge Alberto Manrique que en México, cuando Juan O’Gorman ingresó en el Departamento de Construcción de Escuelas tras ser llamado por el secretario Narciso Bassois, prometió hacer y realizó cinco escuelas funcionales con el dinero que se necesitaba para hacer una escuela neocolonial (Manrique, 1994: 39).

Como afirma el citado Manrique, «La arquitectura neocolonial sería derrotada como arquitectura oficial a finales de la década de los años 20. Por una parte las nuevas tendencias de la arquitectura mundial, el art déco y sobre todo el funcionalismo de Le Corbusier ejercían sobre los jóvenes arquitectos un atractivo inevitable. La revolución quería ser nacionalista pero también moderna: la necesidad de modernidad le era inherente. Y el neocolonialismo, pese a los esfuerzos teóricos de los primeros años del siglo, para 1930 resultaba una arquitectura desfasada y sin futuro, sobre todo cuando la modernidad racionalista se apoderaba del mundo» (Manrique, 1994: 39).

Las obras, los conceptos, los estudios críticos, y los personajes que hemos venido analizando a lo largo del presente apartado, no representan más que una síntesis de un momento mucho más rico en ejemplos, abundante en artistas y complejo en lo ideológico. Todo ello nos permite entender un momento crucial para el arte y la cultura americanos, marcado por una mirada introspectiva que buceaba en las raíces históricas para definir una identidad basada en el pasado y proyectable hacia el futuro. Superados los conflictos y resquemores de antaño, España encontró en América un espejo cultural donde mirarse y encontrar razones para su propia identidad, mientras que América halló en la tradición hispánica elementos plausibles de ser revividos y entroncados con su propia historia, su cultura y, por ende, su arte, confirmándose pues como sustento de la nacionalidad.



Figura 8.—Municipalidad de Humahuaca, Argentina, 1940. Ejemplo de la influencia del estilo californiano en Sudamérica. (Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AA.VV. (1992): *El Neobarroco en la Ciudad de México*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- AA.VV. (1998): *Hispanofilia. Arquitectura y vida en Puerto Rico*, San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Álvarez Curbelo, S.; Vivoni Farage, E. (1998): «Crónica de una casa hispanófila: la Casa Cabassa en Ponce», en *Hispanofilia. Arquitectura y vida en Puerto Rico*, San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Amaral, A. (comp.) (1994): *Arquitectura Neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos*, São Paulo: Fondo de Cultura Económica.
- Bufano, A. (1923): «Arquitectura colonial». *El Arquitecto*, Buenos Aires, octubre, Nº 39, págs. 78-79.
- Da Silva Telles, A. (1994): «Neocolonial: la polémica de José Marianno», en Amaral, Aracy (comp.), *Arquitectura Neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos*, São Paulo: Fondo de Cultura Económica.
- Fierro Gossman, R. R. (1998): *La gran corriente ornamental del siglo XX: Una revisión de la arquitectura neocolonial en la ciudad de México*, México: Universidad Iberoamericana.
- Gebhard, D. (1996): «Foreword», en McMillian, E. *Casa California. Spanish style houses from Santa Barbara to San Clemente*, New York: Rizzoli, págs. 7-11.
- Gellner, A. (2002): *Red tyle style. America's spanish revival architecture*, New York: Viking Studio.
- Graciani García, A. (2010): *La participación internacional y colonial en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Gutiérrez, R.; Tartarini, J. (1997): *El Banco de Boston. La Casa Central en la Argentina, 1917-1997*, Buenos Aires: Fundación Banco de Boston.
- Gutiérrez, R. (1978): «Una nueva propuesta: el renacimiento colonial», en Waisman, Marina (coord.). *Documentos para una historia de la arquitectura argentina*, Buenos Aires: Ediciones Summa.
- (2002): *Héctor Vélarde*, Lima: Epígrafe Editores.
- Gutiérrez, R. y otros (2007): *Congresos panamericanos de arquitectos 1920-2000. Aportes para su historia*, Buenos Aires: CEDODAL.
- Gutiérrez Viñuales, R. (2006): «El orientalismo en el imaginario artístico y urbano de Iberoamérica. Exotismo, fascinación e Identidad», en González

- Alcantud, José A. (ed.). *El orientalismo desde el sur*, Sevilla: Anthropos, págs. 231-259.
- Gutiérrez Viñuales, R. (2008): «La Alhambra viajera. Rutas americanas de una obsesión romántica», en González Alcantud, José Antonio y Akmir, Abdellouahed (coords.). *La Alhambra: lugar de la memoria y el diálogo*, Granada: Comares Editorial, págs. 95-122.
- (2010): «Arte y orientalismo en Iberoamérica. De la fantasía árabe a la edad del encantamiento». González Alcantud, José Antonio (ed.). *La invención del estilo hispano-marroquí. Presente y futuros del pasado*, Rubí (Barcelona): Anthropos, págs. 285-307.
- (2002): «Arquitectura historicista de raíces prehispánicas», *Goya*, Madrid, Nº 289-290, julio-octubre, págs. 267-286.
- (2003): «El Hispanismo como factor de mestizaje estético en el arte americano (1900-1930)», en *Iberoamérica Mestiza. Encuentro de pueblos y culturas*, Madrid: Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior-SEACEX, págs. 167-185.
- Hudson, A. (2000): *The magic of Balboa Park*, La Jolla: PhotoSecrets Publishing.
- Ingle, M. (1984): *Mayan revival style. Art Deco Mayan Fantasy*, Salt Lake City: Peregrine Smith Books.
- Keaton, D.; Waldie, D. J. (2007): *California romántica*, New York: Rizzoli.
- Kuon Arce, E.; Gutiérrez Viñuales, R.; Gutiérrez, R., y Viñuales, G. (2009): *Cuzco-Buenos Aires. Ruta de intelectualidad americana (1900-1950)*, Lima: Universidad San Martín de Porres, Fondo Editorial.
- Lemos, C.A.C. (1994): «El estilo que nunca existió», en Amaral, Aracy (comp.), *Arquitectura Neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos*, São Paulo: Fondo de Cultura Económica.
- Manrique, J. A. (1994): «México se quiere otra vez barroco», en Amaral, Aracy (comp.), *Arquitectura Neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos*, São Paulo: Fondo de Cultura Económica.
- Merino de Cáceres, J. M.; Martínez Ruiz, M. J. (2012): *La destrucción del patrimonio artístico español. W. R. Hearst: «el gran acaparador»*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- McMillian, E. (1996): *Casa California. Spanish style houses from Santa Barbara to San Clemente*, New York: Rizzoli.
- (2002): *California Colonial. The Spanish and Rancho Revival Styles*, Atglen: Schiffer Publishing.

- Newcomb, R. (1916): *The Franciscan Mission Architecture of Alta California*, New York: The Architectural Book Publishing Company. (Reeditado en la misma ciudad, por Dover Publications, Inc., en 1973).
- Noel, M. S. (1921): *Contribución a la historia de la arquitectura hispanoamericana*, Buenos Aires: Casa Jacobo Peuser.
- Piñera Ramírez, D.; Bejarano Suárez, A. S. (2011): «Expresiones arquitectónicas compartidas en la frontera de Baja California y California. *Culturales*, Mexicali, vol. VII, N° 14, julio-diciembre, págs. 159-184.
- Rivera, D. (1924): «Sobre arquitectura». *El Universal*, México, 28 de abril.
- Skinner, T.; Cook III, S.F. (2006): «Jerry». *California colonial homes. Case studies with prominent architects*, Atglen: Schiffer Publishing.
- Torre, S. (1994): «En busca de una identidad regional: evolución de los estilos misionero y neocolonial hispano en California entre 1880 y 1930», en Amaral, Aracy (comp.). *Arquitectura Neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos*, São Paulo: Fondo de Cultura Económica.
- Tur Donatti, C. M. (2000): «La literatura de la Arcadía novohispana, 1916-1927». *Cuadernos Americanos*, México, año XIV, vol. 4, N° 82, julio-agosto.

ENTRE EL ARTE Y LA INGENIERÍA. LOZANO VISTUER EN BAJA CALIFORNIA

Yolanda GUASCH MARÍ
Universidad de Granada

A lo largo del siglo XX, en los estados mexicanos de Baja California y Baja California Sur, se ha producido un importante auge económico y demográfico que, si bien comienza con el siglo, se incrementa de forma satisfactoria a partir de los años cincuenta¹. Aunque cada uno de ellos tiene sus especificidades como, por ejemplo, el carácter fronterizo de Baja California, ambos fueron beneficiarios de una política de inversión pública en infraestructuras, reformas agrarias y otras iniciativas que tendieron a favorecer la inmigración y el asentamiento de nueva población.

Centrándonos en el caso del estado de Baja California, habría que considerar como uno de los elementos retardatarios del desarrollismo el tardío nacimiento y consolidación de una cultura propia, que fue desplegándose, como indica Gabriel Trujillo, «...junto al desarrollo acelerado de poblaciones durante la primera mitad del siglo XX...» (Trujillo Muñoz, 2002: 16). El

1. Sobre el crecimiento poblacional de Baja California cfr. Canales Cerón, A. (1995): «El poblamiento de Baja California. 1848-1950», *Frontera Norte*, Vol. 7, 3, págs. 6-23.

mismo autor señala: «hasta entonces, la cultura bajacaliforniana era parte de la cultura popular mexicana, que incluía fiestas con mariachis, ceremonias cívicas en honor a los héroes de la patria y periódicos que divulgaban poemas dedicados a fechas gloriosas y batallas triunfales de la guerra de Reforma o de la Revolución mexicana. Pero también era suya la cultura popular norteamericana, que consistía en festejo como en thanskgiving y Halloween... una mezcla de lo tradicional y lo moderno, de lo propio y lo extranjero, de lo antiguo y lo novedoso» (Ibídem).

Para la definición de una cultura propia, basada en las aportaciones locales, fue fundamental la estructuración como estado en 1952, lógicamente dentro de los denominados Estados Unidos de México. A partir de ese momento surgieron instituciones de enorme interés, tanto a nivel educativo como cultural, como la Escuela de Artes Plásticas José Clemente Orozco (1955) del Instituto Estatal de Bellas Artes en Mexicali; el Instituto de Ciencias y Artes de Mexicali, creado en 1953 y renombrado en 1956 como Instituto de Ciencias y Artes del Estado, donde se dio cabida al desarrollo de las artes plásticas; la formación del Círculo de Arte y Cultura A.C. (1956) en Tijuana o la Universidad Autónoma de Baja California (1957), en Mexicali, expandiéndose a la ciudad de Tijuana en 1959 y a Ensenada en 1960. Un auge cultural que en la década de los sesenta se multiplicó, naciendo distintas iniciativas como el suplemento cultural «Identidad», del periódico estatal «El Mexicano»; la Asociación de Escritores de Baja California, surgida en Tijuana; el cineclub universitario en Mexicali, así como diferentes concursos artísticos tanto municipales como estatales, que fueron tejiendo un nuevo panorama cultural e impulsando nuevos proyectos artísticos que ven su nacimiento en la década siguiente gracias, también, a la llegada de creadores foráneos. Nos estamos refiriendo a artistas como Rubén García Benavides (1937), originario del municipio de Cuquío (Jalisco); José García Arroyo (1934), que llega en los años cincuenta a Mexicali; o Ernesto Muñoz Acosta, de Nogales (Sonora) que se asienta en 1955 (Ibídem: 17)². Todos ellos, entre otros muchos, conformarán la llamada generación de los pioneros de las artes visuales de Baja California.

2. Sobre las trayectorias artísticas de los pintores cfr. (Rosique, 2004).

En esos años, el gobierno también se compromete con la incipiente actividad cultural fundando el Departamento de Actividades Culturales que, en 1989, se transformará en el actual Instituto de Cultura de Baja California, con sede central en Mexicali. Años más tarde, en la década de los ochenta, surgirán también el Centro Cultural Tijuana y el Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México (Trujillo Muñoz, 2002: 18).

El caso de Baja California Sur es diferente por su propias características. Estado de profundos contrastes y singularidades, territorio árido y con un mar de enormes riquezas. A ello se une la pujante industria turística que significa, en la actualidad, su principal motor económico.

El desarrollo cultural de este Estado fue mucho más tardío. De hecho, la Universidad Autónoma de Baja California Sur fue fundada en 1976, veinte años después que la de Baja California. En el mismo sentido, las distintas instituciones que puntean la geografía de esta región fueron creadas mayoritariamente a partir de la década de los setenta. Dentro de ellas, cabe señalar la Casa de Cultura «Alfredo Green González», en San José del Cabo, de 1974, o la Casa de la Cultura del Estado (1989), en La Paz. Más relacionado con la actividad plástica, y uno de los espacios más importantes para la promoción y difusión de las artes visuales, ciencia y cultura estatal, nacional e internacional, tenemos que destacar en La Paz la Galería de Arte Carlos Olachea Boucsiéguéz³, creada en 1987, cuyo nombre le viene dado por el artista de fama internacional nacido en Santa Rosalía en 1940. Y, finalmente, la fundación del Instituto Sudcaliforniano de Cultura en 1994. La fundación de instituciones culturales se completa con iniciativas como el Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico (PECYDA) de Baja California Sur, creado en 1994 con el propósito de contribuir al desarrollo artístico y cultural del Estado.

3. Carlos Olachea Boucsiéguéz (Santa Rosalía, Baja California Sur, 1940-Ciudad de México, 1986). Se formó en la Academia Nacional de San Carlos, entre 1960 y 1966, con los maestros exiliados Antonio Rodríguez Luna y Francisco Moreno Capdevila, entre otros. Más tarde, fue becado para viajar a París. Compaginó su labor de pintor con la docencia. Murió muy joven asesinado.



Figura 1.—Eduardo Lozano Vistuer. Misión de San Ignacio II, Baja California. Campana. Dibujo a Sanguina, 1942.

De entre los artistas promotores del desarrollo artístico y cultural de Baja California Sur, debemos destacar a Aníbal Angulo⁴ que, aunque instalado en 1968 en la Ciudad de México, regresaría en 1994 a Baja California, siendo el impulsor y promotor del Instituto Sudcaliforniano de Cultura, del cual fue su primer director. Otro de los artistas que destacan en este ámbito geográfico es Armando Manríquez⁵ quien, además de pintor, fue un gran promotor de la cultura y pintura sudcaliforniana.

Estas pinceladas sobre la cultura en la California mexicana nos sirven de antesala para entender el objetivo de este texto y los motivos que condicionaron la escasa instalación de exiliados españoles en esta geografía. En cualquier caso,

como veremos, los hubo que eligieron las ciudades de Tijuana, quizás porque

4. Aníbal Angulo (La Paz, 1943). Fotógrafo, pintor, grabador y escultor. En 1968, se traslada a la Ciudad de México donde inicia su carrera como fotógrafo. En 1978, con más fotógrafos, fundará el Consejo Mexicano de la Fotografía. Miembro del Salón de la Plástica Mexicana, desde 1976, y aunque lo abandonará poco después y fundará el Foro de Arte Contemporáneo. Cfr. <http://anibalangulo.blogspot.com.es/> [último acceso: 25/10/2013].

5. Armando Manríquez Manríquez (San Antonio, Baja California Sur, 1936-2010). Estudió pintura en la Escuela Libre de Arte y Publicidad de la Ciudad de México, donde además vivió más de veinte años. Posteriormente, en 1983, regresó a Baja California Sur, donde fue docente en la Casa de Cultura, que tras su fallecimiento pasó a llevar su nombre. http://www.conaculta.gob.mx/estados/sala_prensa_detalle.php?id=19716&sec=estados [último acceso 15/11/2013].

como indica Gloria Fernández González «El azul del mar, la vegetación y el clima mediterráneo fueron propicios a la añoranza por su tierra de los exiliados españoles que llegaron para alejarse de la guerra y sus horrores. Ellos escogieron Tijuana para hacer una patria nueva, refundar sus familias, hacer fortuna y aprovechar la nobleza de esta ciudad, que como entonces, sigue abrazando a los que llegan para reinventarse» (González Fernández, 2009). Pero también otras como Ensenada o Mexicali, abrieron sus puertas a los que llegaron.

Como es sabido, la Guerra Civil española condujo al destierro a un importante número de artistas de diversa índole que se vieron obligados a salir de nuestro país debido al compromiso que habían mantenido durante el conflicto con el gobierno

de la República. Aunque en un primer momento Francia fue el espacio principal de acogida, con el inicio de la II Guerra Mundial, América se convirtió, para muchos, en el espacio definitivo de asentamiento.

Muchos fueron los países hispanoamericanos que abrieron sus puertas a nuestros exiliados, desde el Caribe (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo), Argentina, Chile, Uruguay, Colombia, pero, sin duda, fue México el que más posibilidades ofreció de entrada. Desde los inicios de la contienda, el gobierno mexicano ofreció su apoyo incondicional a la República con el envío de armamento y alimentos, además de defender su legalidad organizando numerosos mítines y participando en foros internacionales. También, un número significativo de mexicanos se incorporaron a las Brigadas Internacionales, como el pintor David Alfaro Siqueiros (Pla Brugat, 2007: 37-38).

Una ayuda que se prorrogó con una acogida generosa, sin precedentes, de exiliados españoles. Los primeros llegaron en 1937, los llamados «Niños de

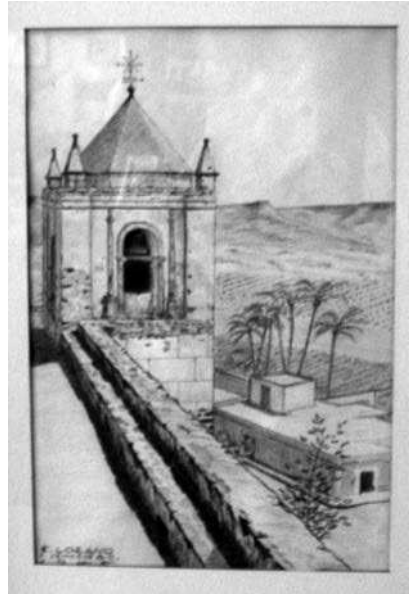


Figura 2.—Eduardo Lozano Vistuer. Misión de San Ignacio III. Baja California, Campanario. Dibujo a Sanguina, 1942.

Morelia». Más tarde, en 1938, se instalaron destacados intelectuales y científicos para los que se creó la Casa de España en México que, con posterioridad, pasaría a denominarse «El Colegio de México»⁶. También, antes de la caída de Cataluña, se permitió la entrada de los brigadistas internacionales (Pla Brugat, 2007: 47-48). No obstante, las grandes expediciones del exilio llegaron con el final de la contienda, a mediados de 1939, a bordo de los ya famosos barcos «Sinaia», «Ipanema» y «Mexique». Los refugiados continuaron llegando a lo largo de la década de los cuarenta, aunque durante estos años las expediciones fueron bastante pequeñas dadas las condiciones de inseguridad reinantes en Europa y en los cincuenta ahora condicionadas por la dura posguerra española.

Como se viene indicando, aunque es cierto que a México se trasladaron una parte importante de nuestra intelectualidad, la mayoría de exiliados «eran trabajadores cualificados provenientes de los sectores más modernos de la economía española» (AA.VV., 2011:92). Y esta realidad enlaza con uno de los motivos que llevaron a Lázaro Cárdenas a permitir esta entrada masiva, fundamentada en su política poblacionista, ya que como recoge Dolores Pla «...estaba convencido de que México estaba despoblado, que la población era débil cuantitativamente ante el empuje —político, económico, cultural, poblacional, etc.— de los Estados Unidos, y que era necesario fortalecerla por todos los medios posibles. Uno de estos medios, uno entre varios otros, era recibir la aportación española» (Pla Brugat, 2007: 48). De hecho la Ley General de Población de 1936, que apostaba por un crecimiento demográfico interno, mantenía las mismas políticas inmigratorias restrictivas iniciadas en los años anteriores. Ahora bien, aparecían ciertos privilegios para algunos extranjeros entre los que se encontraban los españoles, aunque se marcaban limitaciones de movimiento y en cuanto a las actividades a realizar. Así, de forma genérica, se prohibía a los extranjeros el ejercicio de profesiones liberales «salvo casos excepcionales o de notoria utilidad» e, igualmente, se les restringía el ejercicio remunerado de actividades intelectuales o artísticas. También se les prohibía a los inmigrantes el ejercicio del comercio siempre que no tuviera relación con la exportación (Ibídem: 48-49). Sin embargo, la realidad fue muy distinta, ya

6. Sobre la labor de la Casa de España cfr. (Lida, 1988).

que los exiliados españoles pudieron dedicarse a cuantas actividades consideraron oportunas.

Una de las principales condiciones que impuso, también, el gobierno de Cárdenas fue la de repartir a los españoles por todo el país evitando, sobre todo, el colapso de las principales ciudades, fundamentalmente la capital. No obstante, esto no llegó a cumplirse, debido, en gran medida, a que las posibilidades laborales se encontraban principalmente en el Distrito Federal; aunque iniciativas para la dispersión no faltaron, partiendo tanto del gobierno mexicano como de los organismos de auxilio de los propios refugiados: el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE)⁷ y la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE). Más tarde, se creó la Comisión Administradora del Fondo de Auxilio a los Republicanos Españoles (CAFARE) (Mija de Liscy: Maya Nava, 1982: 103-105).

Estos organismos de ayuda española fueron los encargados de organizar, recepcionar y distribuir a los exiliados y aunque no fue alto el número de refugiados enviados a provincias, intenciones no faltaron. De esta forma, el Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE), fue el impulsor de la creación de explotaciones agrícolas (Ibídem: 76)⁸ y la Fundación Cervantes (Ibídem: 77)⁹ la encargada de dar cabida a los docentes. También la JARE llevó a cabo algunas iniciativas para potenciar las explotaciones agrícolas y, además, recibió, a través del Gabinete Hispano-Mexicano de Estudios Industriales de Financiera Hispano-Mexicana, proyectos de carácter industrial como la creación de una fundición de acero en Tijuana que no llegó a realizarse (Ibídem: 77-78).

Además, con o sin apoyo de los organismos citados, los exiliados fueron, también, promotores e introductores de numerosos avances en distintos campos del conocimiento. En el caso concreto de la Baja California mexicana, no

7. En México pasó a denominarse Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles (CTARE).

8. Financió la creación de empresas agrícolas como Santa Clara, en Chihuahua, el rancho El Paraíso en el Estado de México o la explotación agrícola Viesca en Coahuila.

9. A través de esta fundación se creó el Instituto Cervantes en la Ciudad de Veracruz o el Grupo Escolar Cervantes en Córdoba.



Figura 3.—Eduardo Lozano Vistuer. Misión de San Ignacio I, Baja California. Dibujo a Sanguina, 1942.

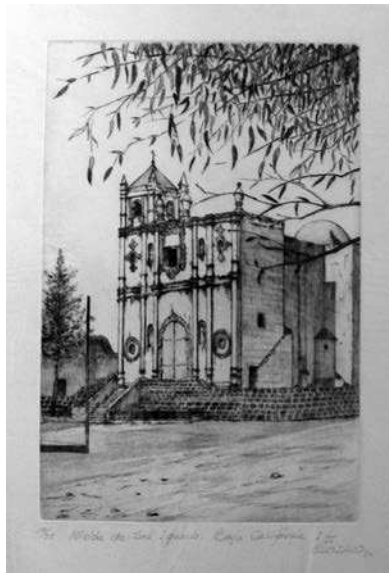


Figura 4.—Eduardo Lozano Vistuer. Misión de San Ignacio I. Baja California. Grabado. Punta Seca, 1982.

siendo uno de los espacios más beneficiados en cuanto a recepción y asentamiento de refugiados, podemos destacar algunas iniciativas como las que se llevaron a cabo en el campo de la agricultura, fundamentalmente relacionadas con la plantación de olivares de la mano de Simón Paniagua Sánchez (Mantecón de Souto, 1982: 830)¹⁰ quien se establece en Ensenada. A la actividad de este ingeniero agrónomo se suma la de Adolfo Vázquez Humasqué (Ibidem: 871) quien se trasladó, después de haber estado en Michoacán, a Ensenada, dedicándose, igualmente, al cultivo del olivo, convirtiendo a esta región, in-

10. Simón Paniagua Sánchez (Carpio de Azaba, Salamanca, 1901-México, 1967). Ingeniero agrónomo, llegó a México en 1939, estableciéndose en Ensenada, donde se dedica a la plantación de olivos. También, dirigió una compañía vinícola en Chihuahua.

cluso en la actualidad, en la principal área de producción de aceite de oliva. También en esta geografía se establecieron los hermanos Juan, José y Jerónimo Bertrán Cusiné (Ibídem: 737-738)¹¹, dedicados a la misma labor que los anteriores a la que hay que sumar una empresa relacionada con productos del mar denominada «Conservas del Pacífico».

En el campo de la educación destacaron los maestros Miguel Bargalló (Sánchez Sánchez, 2012)¹² y Laureano Sánchez¹³, ambos fundadores del Centro Escolar Agua Caliente, en Tijuana. En el mismo trabajaron los catalanes Alfonso Vidal y Planas¹⁴ y María Luisa Bargalló Porrera¹⁵. A ellos se les reconoce la creación de diversas cátedras para la enseñanza de las humanidades en los niveles medio y medio superior. En el ámbito de las letras, podemos destacar también las figuras de los periodistas Gabriel Hernández Rincón e Isaac Díaz Hidalgo; los escritores Francisco Parés Guillén, Luis de Basave y Francisco Lader.

Asimismo, algunos arquitectos proyectaron sus obras en la Península de Baja California que, aunque no tuvieran su residencia en esta región, sus in-

11. Los hermanos Cusiné llegaron en 1938 a México. Aparte de las actividades realizadas en Baja California, José fue el encargado de fundar la compañía Cusiné, S.A.; la Compañía Constructora El Águila; Aceros Ecatepec y Formex-Ibarra, S.A. Sus hermanos trabajaron junto con él.

12. Miguel Bargalló Ardevol (San Sadurní de Noya, Barcelona, 1892-Tijuana, 1975). Llegó en 1939 a México, como pasajero del Sinaia. Fue, también, fundador y profesor del Instituto Tecnológico Industrial de Tijuana.

13. Laureano Sánchez Gallego (Aldeaseca de la Frontera, Salamanca, 1878-Tijuana, 1945). Licenciado en Derecho, había sido en España director de la Facultad Derecho de Salamanca cuando Miguel de Unamuno era Rector. Llegó a México, a bordo del Sinaia en junio de 1939. Vivió algún tiempo en Aguascalientes, donde enseñó varios años literatura en el Instituto Superior Técnico.

14. Alfonso Vidal y Planas (Santa Coloma de Gramanet, Gerona, 1891-Tijuana, 1965). Novelista, autor dramático y sobre todo poeta. Llegó a Tijuana después de vivir diez años en Estados Unidos, donde obtuvo su doctorado en la Universidad de Indianápolis y más tarde enseñó en la Universidad de Fordham.

15. María Luisa Bargalló Porrera (Barcelona, 1921). Llegó a México en 1939, pero no se estableció en Tijuana hasta 1948. Estudió la carrera de Química Farmacéutica Biológica en la Facultad de Ciencias Químicas de la UNAM.

tervenciones tienen interés para el desarrollo del territorio y nuestra valoración del exilio. En este sentido, podemos reseñar el edificio del Instituto Mexicano del Seguro Social en Mexicali realizado en 1961 por el vasco-mexicano Imanol Joseba Ordorika Bengoechea (Cueto Ruiz-Funes, 2008: 35-38)¹⁶; el Cine Curto (Trujillo Muñoz, 1999: 22-23)¹⁷, obra de los arquitectos Fernando Gay (AA.VV., 2007: 248-249)¹⁸, valenciano, y José Luis Miguel Benlliure (Ibídem: 194-195)¹⁹, madrileño, situado, también, en Mexicali (Ibídem: 194); o, por último, el andaluz Ángel Azorín Poch (Giral, 1994: 372; Cueto Ruiz-Funes, 2010)²⁰ que trabajará en Tijuana.

16. Imanol Joseba Ordorika Bengonchea (Lekeitio, Vizcaya, 1931-México, 1988). Arquitecto, pintor, escultor y diseñador industrial. Llegó a México en 1939, siendo niño. Estudió arquitectura, como sus hermanos Nile y Jokin, en la Escuela Nacional de Arquitectura de UNAM. Siendo estudiante, trabajó para los arquitectos mexicanos Ramón Marcos Noriega, Augusto H. Álvarez y Juan Sordo Madaleno. Se estrenó como profesional independiente con el proyecto del Hotel Elcano de Acapulco. Su vasta producción, diversa en tipologías, está dispersa por toda la república, destacando especialmente en el campo de arquitectura hotelera y educacional.

17. El propietario del Cine Curto fue Adolfo Curto, español llegado a Baja California a finales del siglo XIX, quien con su hermano Eliodoro, levantaron salas de cine por todo el Estado, como el Cine Ideal, de los años treinta en la ciudad de Tijuana o el Cine Maya en Ensenada.

18. Fernando Gay Buchón (Valencia, 1909-México, 1997). Llega a México como pasajero del Sinaia. Instalado en la capital entra en contacto con Miguel Bertrán de Quintana —arquitecto catalán que estaba instalado en México desde los años 20— quien le proporciona los primeros trabajos. Más tarde, se asocia con José Luis M. Benlliure con quien realiza varios proyectos.

19. José Luis Miguel Benlliure López de Arana (Madrid, 1898-1981). Llegó a México en 1939, a bordo del Flandre. Al poco tiempo de su llegada empezó a trabajar en el estudio de los arquitectos mexicanos Enrique Yáñez y Ricardo Rivas. Posteriormente, entre 1940 y 1946, trabaja junto a Enrique de Mora. Más tarde, se asocia con Fernando Gay, realizando trabajos para Bertrán de la Quintana. En 1946, trabajará como jefe de proyectos de Construcciones Cusiné. En 1948, regresa a España.

20. Ángel Azorín Poch (Córdoba, 1927-México, 2007). Arquitecto, hijo del también arquitecto Francisco Azorín Izquierdo, quien llegó a México en 1939. Ángel Azorín se formó y fue profesor en la UNAM. Trabajó en distintas compañías de construcción. Su obra, de carácter mayoritariamente pública, se localiza en la Ciudad de México y en distin-

También, artistas plásticos exiliados han dejado su huella en este territorio. Por ejemplo, el Monumento de Benito Juárez, en Mexicali, o el de Lázaro Cárdenas en Tijuana, son obras del escultor valenciano Julián Martínez (Hernández Cuéllar, I.; López Guzmán, R.; Suárez Molina, M. T. y Tolosa Sánchez, M.^a G., 2005: 77-78)²¹, quien realizó un importante número de esculturas públicas de varias personalidades de la historia y de la cultura española, como el busto de León Felipe en el Bosque de Chapultepec de la Ciudad de México, y mexicana, como las referidas a diferentes presidentes del país, como Plutarco Elías Calles, en Hermosillo. Asimismo, en Ciudad Juárez, se localiza el monumento a Abraham Lincoln, del escultor exiliado Ángel Tarrach Barribia (Ibíd.: 111)²², realizado en 1964.

Otro de los artistas que permaneció algún tiempo en la península de Baja California fue el pintor y grabador, de origen granadino, Eduardo Lozano Vistuer (Guasch Marí, 2012: 145-169; Guasch Marí, 2011: 213-246)²³. Este

tos estados del país. Una de sus obras más conocidas es el monumento al General Cárdenas, realizado en 1972 y situado en el Parque España.

21. Julián Martínez Soro/s o Sotos (Valencia, 1921-México, 2000). Damos dos apellidos diferentes, ya que en la documentación que manejamos aparece indistintamente citado con ambos. Llegó a México, en 1937, con el grupo conocido como los «Niños de Morelia». Su formación, como pintor, dio comienzo en su ciudad natal, aunque en el país mexicano se decantó por la escultura. Su maestro fue Eligio Esquivel en Mexicali. Durante muchos años vivió en Guaymas (Son obras suyas el monumento a don Pelayo, en el Parque Asturias de la Ciudad de México; y una estatua de León Felipe en Lomas de Chapultepec, por citar algunas).

22. Ángel Tarrach Barribia (Barcelona, 1890-Cuernavaca, México, 1979). Escultor. Su primera formación la recibe con su padre. Realiza sus estudios, en la Escuela de la Llotja y en la de Bellas Artes, bajo la maestría de Rafael Atché Farre. Posteriormente, estudia en Madrid y en París. Al finalizar la guerra, se traslada a Francia y luego a México. Entre 1963 y 1972, realiza una obra con carácter público.

23. Eduardo Lozano Vistuer (Granada, 1917-México, 2000). Aunque nació en la ciudad de la Alhambra, pasó la mayor parte de su juventud en Barcelona, donde se inició en las artes plásticas, compaginándolas con sus estudios de Derecho. Llegó a Veracruz en mayo de 1939, ya que su padre fue nombrado tesorero del Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles, y enviado por el gobierno de la República para organizar las expediciones del Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE).



Figura 5.—Eduardo Lozano Vistuer. Misión de San Ignacio II. Baja California, Campana. Grabado. Punta seca sobre cobre, 1982.

creador desarrolló su trayectoria artística tardíamente, ya que su formación en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) fue como ingeniero petrolero. De hecho, siendo aún estudiante, ingresa en Petróleos Mexicanos (PEMEX) como paleontólogo ayudante y dibujante, momento en el que conoce a su mujer Teresa Armendares (Guillamón, 2007: 26-35)²⁴, exiliada también, quien por entonces estudiaba en el Instituto Luis Vives, con la que se casó en 1945. Paralelamente, ese mismo año, es nombrado jefe de brigada de sondeos en Baja California, concretamente en la misión de San Ignacio. Es aquí donde, de nuevo, retoma su vocación artística.

De ese artista conservamos tres dibujos inéditos realizados a sanguina que representan, por un lado, la Iglesia de la Misión de San Ignacio y, por otro, dos detalles de la misma. El primero se refiere a la campana y el segundo se extiende al conjunto del

24. Teresa Armendares (Barcelona, 1922-México, 2012). Hija del importante médico catalán Salvador Armendares quien en su exilio en México consiguió un reputado lugar dentro de su profesión. La familia Armendares llegó a México en junio de 1939 en el Sinaia. Teresa Armendares tenía 17 años. Finalizó sus estudios de enseñanza media en el Instituto Luis Vives y, posteriormente, sus estudios superiores de Psicología en la Universidad Autónoma Nacional de México junto a su hermana Mercè Armendares. Mas tarde entrarían a trabajar en la Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana.

campanario. Estos dibujos fueron convertidos en grabados, por el propio Eduardo Lozano, en la década de los ochenta. Dentro de la trayectoria de este artista, prolífico en representar estampas urbanísticas y paisajísticas de su entorno familiar, constituyen sus primeras creaciones documentadas en México, de ahí su interés. Asimismo, nos permiten valorar el dominio del dibujo por parte del artista, destreza que iría consolidando en la década de los setenta, ya plenamente dedicado a la creación artística, con su paso por diferentes centros de enseñanza y bajo la maestría de varios reconocidos artistas mexicanos.

En 1947, siguiendo con su trabajo en Petróleos Mexicanos, la familia Lozano Armendares se instala en Coyame, Chihuahua, y

tras ser nombrado superintendente de operaciones de ingeniería petrolera, se trasladan a Reynosa, Tamaulipas. Más adelante, se instalaron definitivamente en la Ciudad de México. Durante esta época realizó su tesis de licenciatura y ostentó diferentes cargos dentro de PEMEX, llegando a ser nombrado jefe del Departamento de Planeación y Explotación en la Subdirección de Estudios Económicos y Planeación Industrial del Instituto Mexicano de Petróleo.

Pero los lazos de la California mexicana con el exilio siguen vivos en la actualidad. Allí están afincadas las pintoras Martha Palau²⁵ y Guadalupe Gaos.

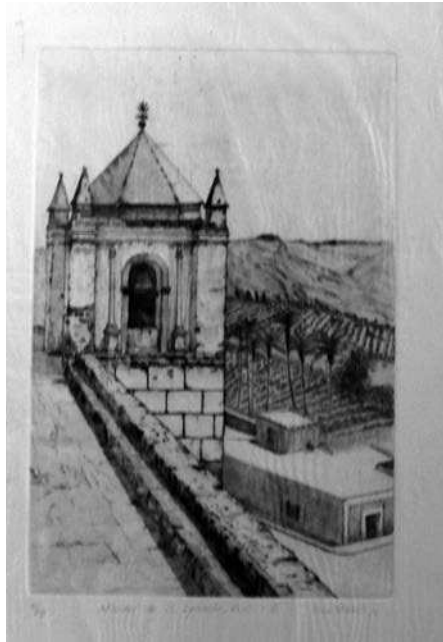


Figura 6.—Eduardo Lozano Vistuer. Misión de San Ignacio III, Baja California, Campana. Grabado. Punta seca sobre cobre, 1982.

25. Marta Palau Bosch (Albesa, Lérida, 1934). Escultora, pintora, llega a México en 1940. A los diez años ya pintaba y recibía formación del exiliado Josep Bartolí. Entre 1955

La primera de ellas, vive a caballo entre Tijuana y la Ciudad de México. Reconocida como una de las artistas plásticas más importantes en estos momentos, llegó con sus padres y su hermana en los años cincuenta. Aunque su formación arranca en el Instituto Nacional de Bellas Artes de México, será en Baja California y, más tarde, en Barcelona donde se especialice en la técnica del tapiz. En sus obras temas como la identidad, la raza, las raíces o la frontera tienen mucha importancia y, a la vez, están cargadas de una especial magia que enlaza directamente con la tradición precolombina pero siempre conectadas con la contemporaneidad. Otro de los elementos que definen su obra son los materiales que proceden de su entorno paisajístico (barro, raíces, polvo, ramas, hojas...). Es la creadora, directora y curadora de la Bienal de Estandartes, con sede en el Centro Cultural Tijuana²⁶, «que ha supuesto colocar a la ciudad en el panorama artístico internacional, al dar a conocer nuevas tendencias en la expresión plástica y ser punto de encuentro continental y de intercambio de expresiones culturales»²⁷. Sus valores plásticos y de compromiso social hicieron que fuera reconocida en el año 2010 con la concesión del Premio Nacional de Ciencias y Artes.

Por último, Guadalupe Gaos²⁸ proviene de una familia de artistas valencianos que llegaron a México como exiliados. Se formó, básicamente, con su madre, Rosa Ballester (Henares Cuéllar, I.; López Guzmán, R.; Suárez Molina,

y 1965 estudia en La Esmeralda de la Ciudad de México, en el San Diego State University y en el Taller Grau Garriga en Barcelona. También acude a la Ciudadela en México D.F., donde estudia grabado con Guillermo Santamaría. Sobre su obra véase <http://www.martapalau.com/> o el diccionario de personajes ilustres de Baja California http://icbc.gob.mx/attachments/635_personajes_bc.pdf [último acceso 5/10/2013].

26. El Proyecto de Bienal de Estandartes surgió en 1996, llamado por entonces «Salón Internacional de Estandartes», llegándose a celebrar tres ediciones (1996-1997-1998). A partir del año 2000 se convirtió en «Bienal de Estandartes». En esta convocatoria participan reconocidos artistas de México y otros países. La última se realizó en el año 2010/2011.

27. <http://ciudadtijuana.info/cdtj/2010/11/09/bienal-de-estandartes/> [último acceso 20/11/2013].

28. Guadalupe Gaos Ballester (México, 1951).



Figura 7.—Julían Martínez. Monumento a Lázaro Cárdenas.
Tijuana.

M. T. y Tolosa Sánchez, M.^a G., 2005: 36-37)²⁹, y su tía, Josefina Ballester, en el reconocido «Taller de grabado de las hermanas Ballester», primeramente ubicado en México D.F. y, posteriormente, en Ensenada, donde se trasladaron a vivir. En dicho taller, Guadalupe Gaos entintó obras de importantes artistas, como el mexicano Mario Reyes o la también exiliada María Teresa Toral (Guasch Marí, Y.; Montañés Garnica, M.^a J. y Toro Ceballos, F., 2013). Du-

29. Rosa Ballester Vilaseca (Valencia, 1919-México, 1988). Pintora y grabadora. Casada con el poeta Ángel Gaos.



Figura 8.—Monumento de Abraham Lincoln. Tijuana.

rante cuatro años estudió pintura y dibujo con los maestros Enrique Zapata y Judith Jacobson, aunque también se formó como bióloga en la UNAM. En la actualidad, tiene una galería de arte en Ensenada.

Aunque el desarrollo del texto pueda, en principio, parecer una relación poco hilvanada de obras y autores, considero que el objetivo inicial de analizar la presencia de artistas exiliados españoles en la California mexicana se cumple, no tanto como una investigación acabada sino como indicador de una realidad cultural que abre vías de estudios para trabajos futuros que pondrán de manifiesto las interesantes relaciones existentes actualmente entre la sociedad californiana y la hispana, tanto de este lado del Atlántico como de la franja del Pacífico mexicano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AA. VV. (2011): *El exilio español en la Ciudad de México*, México: Gobierno de la Ciudad de México/Turner.

- AA. VV. (2007): *Arquitecturas desplazadas. Arquitecturas del exilio español*, Madrid: Secretaría General Técnica, Ministerio de Vivienda.
- Anales Cerón, A. (1995): «El poblamiento de Baja California. 1848-1950», *Frontera Norte*, Vol. 7, 3, págs. 6-23.
- Cueto Ruiz-Funes, J. I. (2008): «Presencia del exilio vasco en la arquitectura mexicana», *Revista de Estudios Vascos*, 53, págs. 11-44.
- Cueto Ruiz-Funes, J. I. (2010): «Presencia del exilio republicano español en la arquitectura de mexicana», *Arquitextos*, en <http://www.vitruvius.com.br/revistas/read/arquitextos/10.119/3353>.
- Giral, F (1994): *Ciencia española en el exilio (1939-1989)*, Barcelona: Editorial Anthropos.
- González Fernández, G. (2009): «Exiliados en Tijuana», en <http://cuartoviente.blogspot.com.es/2009/07/exiliados-en-tijuana.html>.
- Guasch Marí, Y. (2011): «El artista Eduardo Lozano Vistuer en el contexto y desarrollo del grabado mexicano del siglo XX», en López Guzmán, R. (Coord.), *Andalucía y América. Patrimonio Artístico*, Granada: Editorial Universidad de Granada/Atrio Editorial, págs. 213-246.
- (2012): «Artistas granadinos en el exilio mexicano: Eduardo Lozano y Julio Montes», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 24, págs. 145-169.
- Guasch Marí, Y.; Montañés Garnica, M.^a J. y Toro Ceballos, F. (2013): *María Teresa Toral. Obra Gráfica*, Alcalá la Real: Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler/Ayuntamiento de Andújar.
- Guillamon, J. (2007): *Literaturas del exilio. México*, México: SEACEX.
- Henares Cuéllar, I.; López Guzmán, R.; Suárez Molina, M. T. y Tolosa Sánchez, M.^a G. (2005): *Exilio y creación. Los artistas y los críticos españoles en México (1939-1960)*, Granada: Editorial Universitaria.
- Lida, C. E. (1988): *La Casa de España en México*, México: El Colegio de México.
- Mantecón de Souto, M. (1982): «Índice Bibliográfico del exilio», en AA.VV. *El exilio español en México (1939-1982)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1982, págs. 715-878.
- Mija De Liscy, T. y Maya Nava, A. (1982): «Creación de organismos, mutualidades, centros de reunión, instituciones académicas», en AA.VV., *El exilio español en México (1939-1982)*, págs. 101-124.

- Pla Brugat, D. (2007): «Un río español de sangre roja. Los refugiados republicanos y México», en Pla Brugat, D. (coord.), *Pan, trabajo y hogar. El exilio republicano español en América Latina*, México: SEGOB/Instituto Nacional de Migración/Centro de Estudios Migratorios/Instituto Nacional de Antropología e Historia, págs. 35-127.
- Rosique, R. (2004): *Hacedores de imágenes: plástica bajacaliforniana contemporánea*, Tijuana: CNCA/Instituto de Cultura de Baja California/Universidad Autónoma de Baja California/Instituto Municipal de Arte y Cultura.
- Sánchez Sánchez, I. (2012): *Educación, ciencia y cultura en España: auge y colapso (1907-1940)*, Ciudad Real: Alud.
- Trujillo Muñoz, G. (1999): *Baja California: Ritos y Mitos Cinematográficos*. México: Universidad Autónoma de Baja California.
- Trujillo Muñoz, G. (2002): *Entrecruzamientos. La cultura bajacaliforniana. Sus autores y sus obras*. México: Universidad de Baja California.

BAJA CALIFORNIA COMO PERSONAJE CINEMATOGRAFICO: EL
CASO DE *BAJO CALIFORNIA. EL LÍMITE DEL TIEMPO*
DE CARLOS BOLADO

Manuel Jesús GONZÁLEZ MANRIQUE
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. México

INTRODUCCIÓN

En estas páginas nos aproximaremos a la problemática teórico-práctica entre la geografía, el cine y el espacio geográfico a través de *Bajo California: el límite del tiempo* (1998), ópera prima de Carlos Bolado que nos servirá de fuente para tal fin.

En principio, y desde la juventud de la materia, mostraremos las características del cine como soporte fundamental desde su nacimiento a la actualidad. Posteriormente procederemos a un análisis de las relaciones cine y espacio geográfico con *Bajo California: el límite del tiempo*, sin olvidar que estas relaciones se establecen en dos sentidos; la mediación del espacio geográfico en la producción cinematográfica y las consecuencias de la producción cinematográfica en el espacio geográfico.

EL CINE COMO SOPORTE EN EL ESTUDIO DE LA GEOGRAFÍA

Desde los inicios de la civilización el hombre ha utilizado soportes, materiales y procedimientos diversos para transmitir o acumular información

descriptiva y analítica sobre el espacio geográfico; la naturaleza, el paisaje, el territorio y sus pobladores. Así, con fines fundamentalmente exploratorios, económicos, científicos o militares, la cartografía ha proporcionado desde la antigüedad una extensa variedad de mapas. Además de descripciones corográficas, literatura de viajes o pintura, el cine nos ha permitido asomarnos a otro conjunto de características de la naturaleza o del paisaje —la tercera dimensión, el color de la vegetación o la descripción del cielo— que la cartografía difícilmente podía proporcionar. Los libros de viajes, los textos literarios de ficción (desde el siglo XIX, sobre todo, con la aparición de la novela moderna), las pinturas, los grabados y las fotografías han sido instrumentos utilizados con profusión en numerosos estudios geográficos, y además con una gran variedad de objetivos y planteamientos subyacentes proporcionando gran riqueza. Se trata de documentos que el lector u observador disponía para así obtener un conocimiento, aunque aproximado, de un espacio fuera de su alcance.

A mediados del siglo XIX se incorporan dos nuevos soportes, interrelacionados, en los que —al disminuir la dependencia de la destreza artística o de la capacidad literaria del autor— la naturaleza y el paisaje son retratados, en principio, de manera aparentemente más fiel: la fotografía y el cinematógrafo.

Si bien el grabado y la fotografía, en especial cuando los medios de reproducción gráfica permitieron su inclusión en prensa, libros y revistas, ya contribuyeron a generalizar el conocimiento visual de lugares remotos, el cinematógrafo, al presentar imágenes en movimiento, supone un avance en la capacidad para trasladar al espectador un espacio geográfico determinado con un nivel elevado de información. A ello se une el contexto histórico en el que este nuevo medio surge, una etapa de transformaciones económicas intensas generadas por la Revolución Industrial con importantes consecuencias sociales.

Se trata, en definitiva, de un nuevo medio de transmisión del conocimiento para una sociedad nueva, mucho más dinámica que la precedente.

El cine como soporte para el conocimiento geográfico: el caso de México

Bon Bernard y Gabriel Veyre fueron los encargados de llevar a México el invento de los Lumière. El rodaje de lo documental o la noticia, de la pretendida realidad, se encuentra desde las primeras tomas rodadas en México (1896),

siendo siete meses después de las primeras proyecciones en el Gran Café de París, y llegó en un momento en que México buscaba posicionarse en el mundo, como expone Aurelio de los Reyes, «Con su actitud, los representantes de Lumière parecían decir: no es posible que el presidente y los mexicanos rechacen un espectáculo que ha sido bien recibido por los gobernantes de los dos países con los cuales México tiene, o pretende tener, estrechos lazos culturales» (Aurelio de los Reyes, 1987: 10).

Como podemos ver en esta afirmación, el cine con información geográfica y humana fue inaugurado muy tempranamente, desde los 35 cortos de Gabriel Veyre entre los que contamos con motivos pintorescos como *Escena en los baños Pane* (1896), *Desayuno de indios* (1896) o *El canal de la Viga* (1896) o los diferentes registros de hechos con estilo de noticiario.

Pronto los pioneros del cine mexicano hicieron interesantísimas tomas de vistas previas a la Revolución, filmando paisajes y fiestas populares de México. Entre los trabajos realizados y conservados, debemos resaltar los realizados por Salvador Toscano *Rancheros mexicanos dominando caballos en la Hacienda de Atequiza* (1899), *Los charros mexicanos* (1906) y *Fiesta popular en los llanos de Anzunes* (1906). Por su parte, los hermanos Alva rodaron *Kermesse en la alameda de Santa María* (1907), y Enrique Rojas hizo la tradicional *Salida de la misa de 12 de la parroquia de Orizaba* (1904).

Con la llegada del sonoro, coincidiendo con la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), el cine tomó otros tintes, lejos de la comedia ranchera. Su interés nacionalista hizo que se pudiesen realizar ciertos filmes con contenido social y útiles para el estudio de la geografía humana.

«El espíritu de la izquierda, que tendía a conciliar la exaltación del nacionalismo y la del indigenismo en el contenido social y con las condiciones marginales de producción, propició el financiamiento de Redes por una dependencia del gobierno, la Secretaría de Educación Pública, y algo aleteó en las relaciones de Rebelión y Janitzio. También auspició el gobierno la realización de *Humanidad*, un corto que mereció el elogio del pintor Diego Rivera, visto ya como un campeón marxista del nacionalismo» (García Riera, 1992: 120).

Otros filmes que se produjeron en esta etapa de profundo interés agrario fueron *Judas* (Manuel R. Ojeda, 1935), *Exposición ganadera* (Manuel G. Gó-

mez, 1934), *Ese Guadalajara* (Salvador Pruneda, 1933), *Irrigación en México* (Ignacio Miranda, 1935) y *Viaje al sureste* (Humberto Ruiz Sandoval, 1936).

Alfonso de María y Campos, en su presentación del libro *Cine antropológico mexicano*, inicia abogando por el uso de este material para el conocimiento de las ciencias sociales.

«El cine antropológico y etnográfico tiene en México permanentes y amplias posibilidades de realización, y de hecho debiera ser una herramienta para el conocimiento y la mejor comprensión de nuestra multiculturalidad y todas las expresiones sociales, estéticas y tradicionales que de ella se derivan.

Sabemos que la Antropología Social es un excelente instrumento para interpretar los fenómenos de convivencia en una sociedad tan compleja como la mexicana y que adolece de profundos desequilibrios. De ahí que la creatividad cinematográfica, cuando echa mano de inquietudes de observación y narración vinculadas a la antropología o la etnografía contribuya, incluso a través de la ficción a propiciar una mejor comprensión de la realidad, de las causas de las problemáticas, del valor de costumbres y tradiciones, del significado de la historia en la conciencia colectiva, y por ello nos propicie reflexiones y confrontaciones al respecto (...). La ficción, con todas sus trampas y mentiras —dicho esto sin el menor afán peyorativo— y elementos de la realidad, nos acercan, como la literatura, a la realidad total y nos hace suponer y creer que buena parte del mundo es como lo refleja. Simple y sencillamente porque refleja el mundo al que pertenece, aunque mienta, pues esta mentira, como la «verdad», será siempre parcial y discutible». (Alfonso de María y Campos en González Rubio I. y Lara Chávez, 2009: 7-8).

El consumo actual de imágenes en México y España

El cine tiene características que lo posicionan como objeto de consumo masivo que alcanza a toda la pirámide social. Esta democratización de las imágenes nos lleva a una popularización de lugares y paisajes, territorios desconocidos y lejanos para la mayor parte de la sociedad. La enorme capacidad del cine para retratar y describir paisajes y sus habitantes nos hacen recordar los primeros intentos en el siglo XIX desde el punto de vista antropológico de la Geografía Humana.

En México, «el cine sonoro, de inmediato, se vuelve el gran interlocutor de la sociedad. A partir de 1932, con el melodrama *Más fuerte que el deber*, el cine es el mayor estímulo social (después del empleo, la vivienda y la familia) y toma la estafeta de la democratización cultural, en donde la habían dejado la poesía y el teatro popular (...). El país se industrializa, y el cine informa de algunas ventajas del anonimato urbano (sociales, sexuales). Mientras la alta cultura se restringe a cien mil elegidos de la capital y capillas adyacentes en provincia, el cine y la radio preparan el tránsito a lo plenamente urbano. Para ello, la idea de la diversión autoriza la difamación de la realidad (el campo de las comedias rancheras es de cuento de hadas; los campesinos entusiasmados con el género lo saben, y no se incomodan), se convierte el entretenimiento en filosofía de vida, y se canjea la épica de la historia por la épica rebajada y fantástica que complementan las risas y lágrimas de los domingos por la tarde» (Monsiváis y Bonfil, 1994).

Todas estas imágenes llegan al espectador español (<http://www.mcu.es/cine/IN/estadisticas/index.html>) o mexicano masivamente, y por varios medios, según los estudios más recientes, vemos cómo el IMCINE nos muestra, con datos de Rentrak, que la asistencia al cine ha ido en aumento paulatinamente desde los 178 millones en 2009 a los 205 en 2011. Por su parte, en el caso español, y quizá resintiéndose por la situación de crisis, encontramos un descenso de los 52,1 millones en 2006-2007 a 49,1 en el periodo 2010-2011 según el Instituto Nacional de Estadística (www.ine.es).

Aun teniendo estos datos, debemos de tener en cuenta para conocer el impacto total de una obra cinematográfica, otros medios por los cuales llega el cine al espectador, como el alquiler físico y digital de producciones audiovisuales, la compra de DVD —tanto originales como copias—, la televisión, la visión en directo desde internet o las descargas, multiplicándose exponencialmente el número de espectadores, aún siendo difícil un estudio cuantitativo de estos métodos debido a la ilegalidad y difícil control de muchas formas de consumo y exhibición (www.anuariossgae.com/home.html).

Así, tras un siglo de creación y divulgación cinematográfica, es evidente que se puede hablar de «un nuevo género de cultura geográfica», por lo que parece interesante plantear las relaciones entre este nuevo medio y el espacio geográfico. Jamás se había transmitido tanta información sobre paisajes, ya sea de una manera intencionada o indirecta, y jamás se ha tenido, como en el presente, la capacidad de transmitir esa información visual a tanta gente.

A ello hay que añadir desde hace medio siglo el impacto de la programación televisiva (Gámir Orueta y Valdés, 2007: 161)

Espacio real y espacio filmico en *Bajo California*

En esa eterna búsqueda de la mimesis¹ la investigación sobre la objetividad llevó a una pronta separación, prácticamente genética, entre el cine documental o noticiero y el cine de ficción. Sadoul explica cómo «los operadores de Lumière crearon los noticieros y el documental y realizaron las primeras ediciones de films» (Sadoul, 1985: 19).

Aunque Elisenda Arvedol expone en su texto *El video como técnica de exploración*: «Todo cine, desde el documental hasta la ficción, es una introspección de nuestra propia vida cultural. Nos habla de una forma de ser, de vivir, de sentir y de comportarse. Un film es una visión de nuestras propias pautas culturales, nos indaga e interroga sobre la realidad experimentada expresada en una imagen reflexiva. La producción filmica pone a nuestra disposición diferentes imágenes de nosotros mismos, las cuales son sentidas, experimentadas y procesadas configurando la propia imagen que nos da la imagen de nuestra imagen» (González Rubio I. y Lara Chávez, 2009: 9)

Desde este punto de vista, los espacios a tratar en el cine mexicano van a ser tres, el universo indigenista, tanto en el cine de ficción como documental; el mundo rural, como lugar preponderante en la primera etapa del cine sonoro y el espacio urbano, que va acompañado del crecimiento de la Ciudad de México fundamentalmente en el gobierno de Miguel Alemán (1946-1952).

Por lo tanto, la relación espacio-tiempo es intrínseca al cine, no existiría éste sin uno de estos dos elementos, este «arte del movimiento» puede reflejar mejor que ningún otro la experiencia humana con el paisaje; pero para ello debemos diferenciar entre el espacio real y la imagen que de él expone el cine, entre el objeto real y la evolución de las sombras chinescas.

Para el estudio del espacio en el cine debemos hacer ciertas aclaraciones teóricas y teórico prácticas: diferenciar espacio de la pantalla (screen-space),

1. Cfr. Bozal, V. (1984): *Mimesis: las imágenes y las cosas*, Madrid: Visor, pág. 231.

bidimensional y el real, tridimensional (acción-space). En el caso de «Bajo California» deberíamos diferenciar los lugares de rodaje de Baja California.

Pero en el cine no sólo lo visual está manipulado, también las sensaciones auditivas están alteradas, de hecho, sólo en excepcionales ocasiones se utiliza el sonido directo, que aún queda bastante lejos del sonido real, a pesar del sistema de sonido surround y del extendido home cinema 5.1 cuya distribución del sonido es asombrosa o del actual sistema 9.1, cuyos resultados son excelentes. Por otro lado, la experiencia sensorial carece del resto de los sentidos que no competen a lo audiovisual, pues tampoco se pueden apreciar los olores ni el tacto y, por supuesto el gusto.

En el caso de *Bajo California* el sonido va a intensificar las situaciones que vive el personaje principal, Damián (Damián Alcázar), incrementando la intensidad emocional a través de la música o de su ausencia, subrayando el ruido del mar, del viento o los sonidos nocturnos.

Para este film la música, compuesta por Antonio Fernández Ros es vital; introdujo la música cuando ya estaba el filme editado y obedeció las pautas que el autor, Bolado, le propuso: «Creo que tienes que tener tu propio ritmo para que cuando sumes la música tengas un contrapunto, hay un diálogo, una suma. Entonces Antonio recibió las imágenes ya editadas además sabiendo que iba a haber una secuencia musical. Pero le dije ésta es la imagen. Buscar este diálogo entre el ritmo de la imagen y su propio ritmo de la música, para que se sumen y no se empaten y sea lo mismo. Son todos estos detalles que se suman, para que su experiencia de esta obra audiovisual sea mucho mejor y más fuerte, son todas esas cosas que de manera muy sutil y que no sea muy obvia, pero terminan por impactar al espectador, influenciándolo» (Jablonska, 2011: 13).

Para la configuración de un lenguaje tan complejo, capaz de transmitir tantas sensaciones, estas «inexactitudes» tienen que ser suplidas por otras técnicas puramente audiovisuales, como son los fenómenos meteorológicos. En el caso de *Bajo California: el límite del tiempo*² se desarrolla en diferentes espacios geográficos, aunque destaca el desierto, por lo que los medios que utiliza Carlos Bolado para esta «representación» son a través del desierto, el mar, el pueblo, con planos picados, occipitales, imposibles, con lo que Bolado

2. A partir de ahora *Bajo California*.

resuelve la representación de los diversos climas de Baja California por los que pasa Damián, así como por sus gestos e indumentaria; estos también delatan la situación climática que el protagonista ha de soportar.



Figura 1.

El espectador recrea el espacio que el film muestra con el resultado del montaje cinematográfico. El protagonista de *Bajo California* va desde EE.UU. a Baja California, pasando por el desierto del Vizcaíno (B.C.), Los Ángeles (California, USA), el Mar de Cortés (B.C.), México D.F., San Diego (California, USA), Santuario de las Ballenas (B.C.), y finalmente, Sierra de San Francisco (B.C. Sur, México) y este espacio de recorrido rápido se define a través de los muros, la frontera, la luna, el sol, carteles que ubican al espectador... recursos que lo ubican en el espacio.

En esta película nos encontramos un doble desplazamiento, por una parte un desplazamiento geográfico que lleva a uno espiritual. Para Aleksandra Jablonska, en el cine mexicano encontramos tres tipos de viajes, los que van hacia el norte, que «se relacionan, por lo general, con la necesidad de romper con una tradición opresiva y de escapar de espacios que brindan pocas oportunidades a quienes los habitan» (Jablonska, 2009: 222). Otro tipo de viajes para la investigadora son los que van hacia el norte pero se instalan en la frontera norte, por lo que son personas que se quedan en el camino, sin lograr sus aspiraciones. El tercer tipo es el que cuadra con *Bajo California*, los que viajan de norte a sur, «se trata invariablemente de personas que buscan, más o menos conscientemente, sus raíces. Esta búsqueda los confrontan con una nueva espiritualidad y con los valores que habían perdido vigencia en las sociedades modernas. Se trata de experiencias que los transforman profundamente» (Jablonska, 2009: 222).

En el caso que nos ocupa, el personaje principal, Damián Ojeda (Damián Alcázar) se encuentra en una crisis personal y, para su recomposición tras haber atropellado a una indocumentada embarazada y prepararse él mismo para ser padre. Para ello recurre al «viaje arquetípico del héroe» (Jablonska, 2009: 260), una suerte de viaje interior, de ritual de paso que lo haga evolucionar psíquicamente.

Por su parte, el tiempo tampoco es real, el tiempo fílmico es diferente al tiempo de proyección (Khatchadourian, 1987: 173). Si bien el tiempo en la película resulta en su mayoría lineal, el viaje interior requiere de tiempos particulares «las vivencias del «ahora» le hacen recordar las imágenes del pasado. Siguiendo a Ricoeur podríamos llamarlo «doble presente», el de las cosas del presente y el de las cosas del pasado, a medida que estas se recuerdan en el presente» (Jablonska, 2009: 274).

El reducido tiempo de reproducción (una hora y media aprox.) ayuda a que la película sea un medio masivo en un mundo donde el entretenimiento se

lleva en el bolsillo y vive en una eterna y encarnizada competencia. En los films podemos apreciar discontinuaciones temporales, en *Bajo California Bolado* lo utiliza para los sueños, la picadura de serpiente... o la convalecencia son ejemplos de la alteración del tiempo con lentí.

CINE Y ESPACIO GEOGRÁFICO

La doble vinculación cine y espacio geográfico en «Bajo California»

Las relaciones entre el cine y el espacio geográfico van en doble sentido; los elementos geográficos influyen en la producción cinematográfica y sus resultados, pero también la actividad cinematográfica influye en el espacio geográfico. El primero es consecuencia de la producción y el segundo de la exhibición.

1) Con respecto a la influencia de ciertas características geográficas en la selección de exteriores, el número de factores puede ser apabullante. La coincidencia entre lugar de narración con lugar de filmación —siendo este el caso de «Bajo California»—, presentar ciertos lugares como protagonistas activos de la historia, esto también lo encontramos en esta película. La extrema aproximación de la película al lugar real, incluso en el título, es debido a que inicialmente Carlos Bolado pretendía hacer, en un principio, un documental sobre Baja California y específicamente sobre las pinturas rupestres de San Francisco de la Sierra. Finalmente, no falto de presiones e intereses para ser subvencionado, decidió hacer un largometraje con características de *road movie*, género que le venía como anillo al dedo para la descripción de un paisaje que le había fascinado.

2) En otro sentido la capacidad de la industria cinematográfica para la difusión de prototipos de paisaje, creando nuevos imaginarios territoriales.

Como consecuencia de todo ello se ha difundido un amplio «conocimiento» de determinados lugares o ámbitos por parte del espectador de los que raramente tuvieron información previa. Este número indeterminado de personas que reciben esta información se multiplica con la televisión y la proyección de material cinematográfico o de producción propia, como las series de televisión, que actualmente ocupan un lugar de privilegio dentro de las modalidades de ocio audiovisual.

Según la Movie Place (<http://movieplaces.tv/MostFilmedLocations.html> consultado el 4 de diciembre de 2012)³ los lugares más rodados son los espacios urbanos, recordemos ciudades como Nueva York, Los Ángeles o Ciudad de México, aunque encontramos, según período, geografía y moda, espacios naturales que tornan a ser emblemáticos, como las Cataratas del Niágara o el desierto de Sonora.

Dentro del cine urbano nos encontramos con hitos que muchas veces sólo sirven como *stablishing shot* como el Empire State Building, la Torre Eiffel, Brooklyn... México D.F. «Amores perros» (2000) de evidente repercusión en España (Bernardi, 2002).

A pesar del conservadurismo de la empresa, la cinematografía, obviamente ayudada por la industria cinematográfica, tiende a la búsqueda de nuevas referencia visuales que sorprendan al espectador, así como las diferentes sociedades y culturas.

El impacto de la cinematografía se materializa por su capacidad de atracción de masas a los lugares de rodaje, una suerte de «turismo cinematográfico» al que han seguido la literatura y la música, pero del que es deudor de la religión, reliquias, o de los lugares de las estrellas del rock.

Y es esta llegada de las masas la que produce cambios en el lugar escogido para el rodaje, como es el caso de Sierra de San Francisco y su página web (<http://sierrasanfrancisco.com>, consultado el 4 de diciembre de 2012), cuya creación está considerablemente condicionada por la estética y los lugares rodados en la película de Bolado.

El cine y Baja California

a) *Los lugares suplantados*

Las causas que explican la utilización de «dobles lugares» en el cine pueden ser muy diferentes. Si bien tiene que ver la evolución de la técnica cinematográfica, otros factores van a ser determinantes, como demostró Michel Foucher

3. <http://www.andaluciafilm.com/index.php/inicio>

en su investigación cartografía del cine del oeste americano, donde impera la contradicción geográfica de muchas filmaciones (Foucher, M., 1977: 130-147).

Desde los orígenes del cine se ha utilizado la tramoya teatral, llegando a construir instalaciones semipermanentes al aire libre hasta la llegada masiva del apoyo financiero a la industria cinematográfica, con la que se inauguran enormes platós que posibilitan rodar en interiores exteriores con la comodidad de dominar el clima. El colmo de la suplantación ocurría cuando escenas rodadas para una película acababan formando parte también de otra obra.

Hoy, los adelantos técnicos nos permiten el rodaje en casi cualquier circunstancia, por lo que los motivos para la elección de una locación son otros, como las condiciones del medio geográfico, sus horas de sol, el clima, la topografía o la red de infraestructuras y transportes. Tampoco una elevada actividad humana es recomendable para el rodaje como en la gran mayoría de las metrópolis occidentales. Las motivaciones económicas, desplazamiento del equipo, tasas, etc., nos han llevado a la elaboración de auténticos ranking de cotización de lugares emblemáticos en el cine.

Otro factor para tomar la decisión de no rodar en localidades reales reside en las consideraciones políticas, durante un largo período de tiempo de la vida del cine, durante la Guerra Fría, obligaron a hacer suplantaciones de ambos lados del telón de acero cuando querían ambientar algo del otro lado.

Ejemplos famosos de estas suplantación serían el rodaje de Lawrence de Arabia (1962) ubicando Aqabah (Jordania) en el Golfo de Adra (Almería, España), la Siberia soriania de Doctor Zhivago o el Guadix reconvertido la turca Iskenderún de la posguerra de la II Guerra Mundial.

A veces, las circunstancias culturales o las costumbres hacen que el cineasta se encuentre con espacios protegidos por su valor y delicadeza o por ser lugares de culto, como es el caso de la catedral de Notre-Dame de París.

Estas prácticas nos condenan al espectador cinematográfico a un reduccionismo de las tipologías de paisajes conocidos, remarcando, si cabe unos estereotipos lejanos a la diversidad geográfica real.

b) *Los lugares verdaderos: Bajo California es Baja California*

La mayoría de las cinematografías nacionales, fundamentalmente a inicios de la industria, suelen contar historias que se desarrollan en el mismo lugar por lo que hay una mayor posibilidad de que filmasen lugares reales.

En el caso de *Bajo California* la causa fundamental del traslado de la filmación a esos entornos tiene que ver con el interés máximo del director por reflejar con la mayor exactitud y veracidad posibles las localizaciones que afectan a la narración, huyendo de forma intencionada y buscada de los «dobles lugares». A veces nos encontramos, que no es el caso, de incitaciones a rodar en un lugar determinado para así llegar a constituirse en un reclamo publicitario y en un valor añadido de la producción, máxime en los casos en los que la filmación se produce en espacios auténticos antes vedados a las cámaras, cuando es la primera vez que se filma allí, o cuando los escenarios presentan algún tipo de calidad visual destacada, monumentalidad natural o paisajística. Este último caso coincide también con *Bajo California*, de hecho, la explicación que da acerca de su metodología para la realización del film es sorprendente.

Carlos Bolado, que se autorreconoce historiador apasionado ya tenía experiencia en la plasmación del espacio geográfico en el cine con documentales como *Uxmal, piedras de lluvia* (1992), *Chichen-Itzá, la palabra de Chilam* (1992), *Monte Albán, uno muerte* (1992) y *Xochicalco* (1996) tenía pensado hacer un documental sobre las pinturas y su estado de conservación y el conocimiento de las mismas por parte del resto de México y del mundo.

Por ello, «La investigación y su vida amorosa lo llevaron a San Francisco, (California), donde encontró gran cantidad de materiales sobre Baja California, mapas, textos y el libro original de Crosby, en el que criticaba más al gobierno mexicano que en su versión española, editada por Banamex. Consultó la revista *Life*, que había hecho reportajes entre 1964 y 1965 sobre las pinturas. Leyó los textos de Gardner. Encontró que había un mexicano,

«un personaje increíble que se llama Fernando Jordán», un reportero y un aventurero que, entre muchas otras cosas, viajó a Baja California y escribió *El otro México*, que es el libro que lleva el protagonista de la película, y también una muñeca, porque Jordán siempre llevaba una. Para Bolado Jordán fue una inspiración y la película, un homenaje a él. En realidad, recuerda Carlos, él ya había leído los reportajes de Jordán antes, cuando se quedaba en el laboratorio farmacéutico de su padre, donde había revistas con los artículos del personaje.

En total, el director leyó unos 40 libros sobre la región, que son los que habían encontrado en aquella época, estudió la geología, los suelos, revisó los archivos de los jesuitas, la historia que escribieron ellos sobre su paso por la península, hasta los libros de pesca, «para saber todo».

También entrevistó a Harry Crosby y a todos que tenían algo que ver con las pinturas, a los antropólogos entre los cuales estaba el que había viajado con Gardner, al director del Museo del Hombre de San Diego. Habló con Enrique Hambleton, quien había acompañado a Crosby, y le explicó desde donde podía tomar las imágenes de las ballenas, imágenes que se incluyeron después en la película. Tuvieron la suerte, cuenta Bolado, que cuando llegaron allí un año después, Damián Alcázar, quien actuó como protagonista del filme, estaba a cuadro cuando las ballenas salieron. De este modo las imágenes quedaron perfectas» (Jablonska, 2011: 3).

c) *Los lugares modificados, inexistentes e imaginarios*

Las modificaciones son práctica habitual de la cinematografía, aunque la modificación sea la de la eliminación de los elementos que estorban para una toma, pero van a ser los paisajes excepcionales y exóticos los preferidos por las películas.

Aquí se realizan modificación *in situ* o *a posteriori* como realiza el Damián, el protagonista de *Bajo California*. Por lo que nos encontramos con una doble modificación, la que realiza el director y la que va realizando el protagonista de la película a lo largo del espacio de Baja California. El cine va dejando una doble huella.

El género que por su naturaleza altera habitualmente y de forma impactante el paisaje para su rodaje es, sin duda la ciencia ficción, amén de la técnica del dibujo animado, que rehace el paisaje enteramente.

En el caso de *Bajo California*, Carlos Bolado procuró respetar el medio lo más posible, de hecho, algunas tomas no fueron rodadas porque podían perturbar a la naturaleza.

Dentro de la trama de la película, es interesante destacar que su protagonista principal, Damián, un artista plástico, va transformando el espacio constantemente en un acto pseudoterapéutico y de comunión con el espacio que pisa. Como expone Aleksandra Jablonska, «su comunicación con el universo se da a través de la mirada, pero también por medio de un contacto sensible y de la creación artística con los elementos naturales que encuentra a su paso. Su desplazamiento espacial es, en realidad, un viaje hacia si mismo, una travesía en profundidad» (Jablonska, 2009: 274).

«En el imaginario de Damián, la redondez del vientre de su mujer, la de las ballenas, la del sol y la luna, son los elementos constitutivos más importantes del mundo, de su mundo. El artista construye constantemente los círculos con los elementos que encuentra durante su travesía: el fuego, las conchas, los palos, los huesos.

La constante interacción con los elementos de la naturaleza de Baja California es lo que le permite a Damián reconstruir el equilibrio interno y construir una suerte de síntesis con los diversos elementos de su presente y pasado que antes se le aparecían como desvinculados unos de otros y le provocaban un profundo desasosiego espiritual» (Jablonska, 2009:275-276).

Lo más interesante es que «Su principal técnica es la instalación en el paisaje, donde las obras interactúan con el medio ambiente y el artista se apropia y reinterpreta de alguna manera el territorio. Tanto Long como Fulton practican el arte de caminar y fue a partir de la impresión que ello le causó al director, que decidió que su protagonista sería un artista caminante que intervendría en el paisaje con elementos cada vez más sencillos, encontrados en la propia zona. Las piezas que crea Damián en la película fueron hechas principalmente por Sebastián Romo, antes de la filmación bajo la idea de que el proceso del protagonista consistiría en ir dejando todo lo tecnológico para regresar a lo natural, a lo más sencillo»(Jablonska, 2011: 10).

El paisaje y la naturaleza en el cine y específicamente en Bajo California

El paisaje es el centro de atención de la geografía contemporánea, esto ha provocado una aproximación al cine, pero éste depende de los recursos técnicos para su filmación y exhibición. La sensibilidad de la película utilizada en los inicios, la incorporación del color, artificial al principio pero que fue matizándose hasta la digitalización y la alta definición, con una alta capacidad de mostrar paisajes tal y como se presentan ante nuestros ojos. El tamaño de la pantalla y su proporción también fue motivo de un encarnizado debate técnico, los Cinemascope, Vistavisión, Todd-AO, Cinerama aumentaron la grandiosidad de las imágenes y consiguieron una profundidad de campo anteriormente difuminada ante la «pequeñez» de la imagen.

La gramática cinematográfica también tuvo que adaptarse a las nuevas capacidades de las cámaras, así es como los exteriores, los planos de conjunto

o generales toman vitalidad cinematográfica, y con ello aumenta el protagonismo del paisaje.

Como John Ford en *Stagecoach* (*La diligencia*, 1939), Bolado utiliza la vista panorámica del espacio, los planos largos o planos-secuencia que atrapan el espacio. Se filman escenas a grandes distancias, o el objetivo se abre hasta configurar un una pintura, las tomas aéreas, que «presentan en tiempo breve ambas extensiones de terreno y caracterizan así eficazmente los paisajes vinculados a la narración» (Gámir Orueta y Valdés, 2007: 19). Aunque en el cine con interés geográfico —recordemos *Memorias de África* (Sidney Pollack, 1985)— en Bajo California no encontramos debido a los problemas de financiación y rodaje; siendo estas sustituidas por mapas cartográficos o de carretera donde se va mostrando el espacio recorrido con líneas, señales de tráfico o el dibujo precolombino de los pies procedente de los códices.



Figura 2.

GRADO PROTAGÓNICO

Escenas que carecen de personajes, bandas sonoras *ad hoc*, películas en las que el paisaje, lejos de ser un escenario es el protagonista, algo así ocurre con *Bajo California* y se codea así con historias legendarias como la novela del geógrafo ruso Vladímir Arseniev sobre su expedición, entre 1902 y 1907 por la cuenca del río Ussuri en el extremo oriente ruso, el resultado fue *Dersu Uzala* (1923), y su magistral versión cinematográfica, que corrió a cargo de Akira Kurosaway datada en 1975.

El paisaje de Baja California te introduce a la historia, a la basta geografía y a la diversidad del clima de Baja California, variando de mediterráneo a árido; específicamente la Sierra de San Francisco. Tanto la variedad climática y geográfica del recorrido de Damián como las particularidades de la Sierra de San Francisco son representados por el director usando diversas fórmulas: primeros planos de la frente sudorosa del protagonista, planos que se van abriendo majestuosamente del plano americano a uno panorámico que recuerda los cuadros del romántico alemán Caspar David Friedrich (Greifswald, 5 de septiembre de 1774 – Dresde, 7 de mayo de 1840), ese «deseo de penetrar en el núcleo orgánico de la naturaleza, en su misterio de vida y de muerte» (Rosemblum y Janson, 1992: 102) y reafirmando la intención de Bolado recordemos lo que el propio Friedrich decía sobre el arte de pintar: «un pintor debe pintar no sólo lo que ve ante sí, sino también lo que ve en el interior de sí mismo» (*Ibidem*); si trasladamos esta intencionalidad al cine, nos encontramos con la ópera prima de Carlos Bolado.

Otro de las particularidades estilísticas de la película es el género en el que podemos «clasificarla», el propio Bolado considera que lo que su película es una rara adaptación de una género que es ideal para la muestra de grandes extensiones de terreno, la *road movie*⁴, y de un subgénero de éste se ha catalogado.

Una de las secuencias más interesantes respecto a la relación hombre-geografía es la que el propio director pidió a Alcázar que rodará: sus pies caminando.

4. Recordemos películas como *Two for the Road* (*Dos en la carretera*, 1967); *Easy Rider*, 1969.

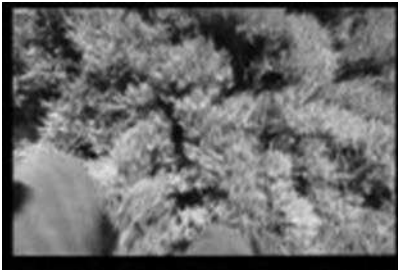
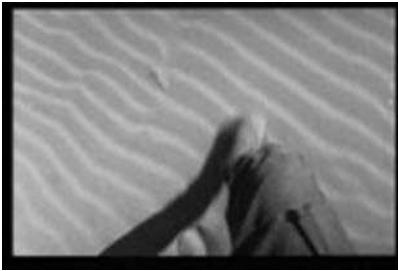


Figura 3.

El cine nos proporciona una gran cantidad de información geográfica que merece una aproximación tipológica de los paisajes. Paisajes filmados en los que la naturaleza tiene un protagonismo destacable, ya refleje montañas, regiones árticas o polares, desiertos o selvas tropicales, resaltar los elementos extremos de los mismos, que a menudo contribuyen a reforzar situaciones de dificultad de los protagonistas (*Los amantes del Círculo Polar*, 1998). Por el contrario, un amplio conjunto de paisajes atemperados (el Mediterráneo, el sahelense, la estepa) no concita tanta atención por parte del cine.

Relación entre naturaleza y cine viene de la cualidad del cine de convertir naturaleza en paisaje (Bernardi, S., 2002: 212).

Ciertamente sería muy exagerado aplicar el término protagonista a Baja California o a la Sierra de San Francisco, pero tras lo presentado no cabe duda de que sí podría entrar dentro de la categoría de coprotagonista de la cinta.

El cine y el territorio

Las referencias territoriales son inevitables en el cine salvo raras excepciones (*The Rope, La soga*, 1948). El término territorio, geográficamente implica una orden político-administrativa. En el cine la presencia el territorio puede ser tan diversa como directores de cine hay (Stam, 2000).

En el caso de los que elevan la presencia del paisaje como coprotagonista habitualmente tratan de dramas personales que utilizan el paisaje como medio para reforzar dicho drama, así en *Bajo California*, la presencia de las diversas morfologías del territorio y la evolución del viaje iniciático de Damián.

La industria cinematográfica está íntimamente relacionada con el concepto de territorio, sobre todo materializado en el Estado-Nación. Con este modelo político al cine se le han encomendado tres tareas básicas: entender, informar y formar una conciencia nacional (Stam, 2000: 418). El propio Stam, ha destacado la coincidencia de los inicios del cine con el momento álgido de los imperialismos occidentales, de tal manera que los países de producción fílmica más prolífica en la época muda —Reino Unido, Francia, los Estados Unidos y Alemania— fueron algunos de los protagonistas más destacados del imperialismo, y señala que «el cine combinaba narración y espectáculo para explicar la historia del colonialismo desde la perspectiva del colonizador (...) De este modo, el cine eurocolonial creó su propia versión de la historia no

sólo para los públicos del país de origen sino también para el resto del mundo» (Stam, 2000: 34). El Reino Unido crea, incluso, un servicio cinematográfico vinculado exclusivamente a las colonias, denominado «Colonial Film Unit» (Manvell, 1965).

No es de extrañar que el cine se haya decantado por el Estado-Nación, pues sin el apoyo gubernamental las diferentes industrias cinematográficas se hubieran desarrollado. El hecho de ser un medio de masas es ideal para destacar y transmitir las cualidades de este modelo territorial y político.

«La intensidad con la que el cine llega a resaltar las cualidades del territorio, entendiéndolo por tal aquel espacio geográfico en el que se manifiesta un cierto sistema de organización social y económico, puede variar considerablemente» (González Rubio I. y Lara Chávez, 2009: 182).

En el extremo de la entrega al Estado-Nación se encuentra el denominado «cine propaganda», cuya finalidad es la de difundir de forma clara y sencilla a la sociedad el mensaje del poder establecido, el ejemplo español sería el *NO-DO*, así como el mexicano el *Cine de Oro*, donde ha sido habitual el uso de la censura mediante organismos programados para evitar la propagación de ideas y mensajes considerados peligrosos para el *status quo*.

Para Foucher (1977, 132), la presencia del desierto en los western tiene una función territorial, pues representa el espacio en el que las diferencias entre soldados nordistas y sureños se disipaban. La banda sonora también va a contribuir determinados valores culturales y sociales.

La música tiene vital importancia en la película como hemos señalado. La música de *Bajo California* fue compuesta específicamente para el film por el compositor Antonio Fernández Ros y lo hizo cuando la parte visual del filme ya estaba terminada. Por su parte, Bolado también introduce música tradicional de la zona, que podemos apreciar en el duelo de la niña muerta por insolación.

El cine ha sido un fiel servidor de la Historia Oficial, un educador social y ha recalado las señas de su territorio iniciando por el aspecto físico. En *Bajo California* el espacio físico juega un papel principal en la vida de Damián, es un tablero de juego en el que las referencias geográficas se van mezclando con las culturales, tanto visual como desde el diálogo de los personajes una suerte

de D. Quijote (Damián) y Sancho (Arce, magníficamente interpretado por Jesús Ochoa), haciendo un viaje iniciático.

Una de los territorios comunes en el cine es el filmar territorios en disputa, de algún modo la California Norteamericana está ligada a un sentimiento de pertenencia a la mexicana por su historia y su cercanía geográfica y cultural. Una manifestación del «tan lejos, tan cerca» que muchas veces tiene el inmigrante de países vecinos.

Pero no sólo el territorio es lo que se difunde a través de la película, también los valores que caracterizan la sociedad, en el caso que nos ocupa vemos la nobleza de los Arce, su cosmología, su forma de entender el tiempo y el espacio, auténticas enseñanzas para Damián.

Como hemos visto, a consecuencia de la ausencia de planos aéreos, es especial el uso de la cartografía que muestran las películas. Se trata de situar al espectador en el lugar donde se desarrolla la película, en Bajo California aparecen al principio para ubicar el territorio y resaltar las distancias, como en las películas bélicas. Numerosas licencias, como la reproducción de supuestos mapas antiguos convenientemente modificados para ser legibles en la actualidad.

Las repercusiones territoriales y económicas de la actividad cinematográfica: el caso de Bajo California

Dominados los sectores de producción y distribución por un reducido número de compañías, la exhibición se centra en determinadas zonas territoriales habitualmente coincidentes con grandes espacios urbanos de cultura occidental (Jameson, 1995).

El cine ha retomado la dimensión industrial con la que fue concebido en sus inicios superponiéndose cada vez más a su dimensión artística (Gámir Orihuela, 2001).

Uno de los principales impactos con respecto a lo económico en el lugar es el rodaje en sí. El alojamiento y la manutención de los equipos de rodaje, así como la necesidad de tener cerca empresas para servicios anexos a la producción cinematográfica, como alquiler de vehículos, carpinteros, ayudantes, traductores, seguridad, etc.

Cuando un lugar se vuelve plaza común en rodajes, nacen nuevas actividades más consolidadas y con una mayor vinculación con la actividad cinematográfica, como la formación de personal auxiliar a la filmación como segundo

impacto económico. Este es el caso de Baja California, que ya es territorio común entre los cineastas. Los estudios se hacen con sucursales, como los Fox Baja Studios (Rosario, México), especialista en escenas náuticas, donde se han rodado películas como *Titanic* (1997), *Pearl Harbour* (2001) o *Master and Commander* (2003). En España, en Tabernas (Almería), el Cinema Studios Fort Bravo.

El tercer efecto económico, que aparece a posteriori de la exhibición de las películas en salas y que tiene cierta perdurabilidad en el tiempo es lo que se ha venido denominando *movie tourism*, o sea, turismo que se dirige a ciertos lugares inducidos tras la proyección de una película. Esto ha aumentado la ansiedad de los municipios por ser situados en el mapa mental de los espectadores. Una de las pruebas de la influencia turística que impactó en la Sierra de San Francisco sobre el turismo es el reforzamiento publicitario de éste y la cercanía de las propuestas audiovisuales, como la página web anteriormente citada, con la estética planteada en la película de Bolado.

Empresas sin finalidad de lucro y promovidas por los gobiernos locales y regionales denominadas *Film Commission Film Office*, que actúan como intermediarios entre la administración pública y la industria cinematográfica, pues lo administrativo y lo artístico no siempre y en todos lados se llevan bien. Ofertan catálogos de locaciones y ponen ejemplos de películas como reclamo público.

También realizan estrategias de *marketing* turístico, generando productos y servicios que induzcan al incremento de las visitas al lugar. Nos referimos a los *movie maps*, mapas o planos donde se incluye un recorrido por los principales lugares utilizados como escenario en cine o televisión.

Llegada la madurez de estas empresas se crea una asociación internacional y otra de ámbito europeo con 176 oficinas y una revista especializada, la «Location magazine». Una oferta más abierta y global de estos servicios llega tanto en México como en España en 2001 cuando en México se crea la empresa Desde México Films (<http://www.desdemexicofilms.com>) y en España la de la Spain Film Commission (<http://www.spainfilmcommission.org>).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bozal, V. (1984): *Mímesis: las imágenes y las cosas*, Madrid: Visor.
De los Reyes, A. (1987): *Medio siglo de cine mexicano (1896-1947)*, México: Trillas.

- Foucher, M. (1977): «Du désert, paysage du western», *Hérodote*, n° 7, págs. 130-147.
- Gámir Orihuela, A. (2001): «Del cine unipantalla al megaplex. Transformaciones recientes en la industria de la exhibición cinematográfica en España», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense de Madrid* (21), págs. 223-253.
- Gámir Orueta, A.; Valdés, C. (2007): «Cine y geografía: espacio geográfico, paisaje y territorio en las producciones cinematográficas», *Boletín de la A.G.E.* (45), págs. 157-190.
- García Riera, E. (1992): *Historia documental del cine mexicano* (Vol. 1), México: CONACULTA / IMCINE / U. Guadalajara.
- González Rubio I. J.; Lara Chávez, H. (2009): *Cine antropológico mexicano*, México: INAH.
- Jablonska, A. (2009): *Cristales en el tiempo. Pasado e identidad en las películas mexicanas contemporáneas*, México: SEP/UPN/CONACYT.
- (2011): «Entre el duelo y la pasión por el arte: un proyecto de Carlos Bolland», *Versión Nueva Época* (26), págs. 1-18.
- (2007): «Identidades en redefinición: Los procesos interculturales en el cine mexicano contemporáneo», *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, XIII (26), págs. 47-46.
- Jameson, F. (1995): *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*. Barcelona: Paidós.
- Manvell. (1965): The Geography of Film-making. *The Geographical Magazine*, 25.
- Monsiváis, C.; Bonfil, C. (1994): *A través del espejo: el cine mexicano y su público*, México: El Milagro.
- Rosemblum, R.; Janson, H. (1992): *El arte del siglo XIX*, Madrid: Akal / Arte y estética.
- Sadoul, G. (1985): *Historia del cine mundial desde los orígenes hasta nuestros días*, México: Siglo XXI.
- Stam, R. (2000). *Teorías de cine: una introducción*, Barcelona: Paidós.

LA RUTA DE LAS MISIONES JESUÍTICAS EN LA BAJA
CALIFORNIA DESDE LA ÓPTICA DE LA INTERPRETACIÓN
COMPROMETIDA (*HOT INTERPRETATION*)

Manel MIRÓ ALAIX
Stoa. Patrimoni-Turisme-Museografia

La Ruta de las Misiones de la Baja California es un objeto de estudio muy interesante para la interpretación del patrimonio porque plantea el tema de la interpretación del conflicto y, al mismo tiempo, presenta una amplia gama de enfoques interpretativos que van desde el relato heroico de la acción evangelizadora de los misioneros hasta la reivindicación de los pueblos indígenas exterminados, pasando por la historia de la exploración de nuevas tierras o la crítica a la expansión del Imperio español y su sistema de explotación de las tierras conquistadas.

A menudo consideramos que el uso turístico del patrimonio exige de intentar presentar la historia en toda su crudeza, especialmente en aquellos sitios ligados a algún tipo de conflicto, sea éste social, político o bélico. Por este motivo es frecuente que las guías turísticas utilicen un lenguaje frío y presenten los acontecimientos de una manera distante, como si la distancia permitiera una mejor comprensión de los sitios patrimoniales que son visitados por el público¹.

1. Aunque también es cierto que existe la otra cara de la moneda, la del uso morboso del dolor como reclamo turístico que podemos ver, por ejemplo, en pseudomuseos dedicados a recrearse en las técnicas de tortura.

Como respuesta a esta «interpretación distante o políticamente correcta» surgió la «interpretación comprometida» (*hot interpretation*) en un intento de retomar las enseñanzas de Tilden. El objetivo de este artículo es analizar la Ruta de las Misiones de la Baja California desde la óptica de esta Interpretación Comprometida.

EL CONCEPTO DE INTERPRETACIÓN COMPROMETIDA

El concepto *Hot Interpretation* fue acuñado en 1988 por David L. Uzzell (Uzzell, 1989) para definir un tipo de interpretación que intenta dar respuesta a la evidencia de que los visitantes de los sitios patrimoniales no perciben el patrimonio como una experiencia simplemente cognitiva. El punto de partida de la *Hot Interpretation* es que si bien en nuestra sociedad se considera altamente deseable un enfoque individual, frío y objetivo para la presentación y evaluación de la información y la posterior toma de decisiones, hay muchas decisiones que tomamos en la vida, tanto en ámbitos públicos como privados, donde un acercamiento al mundo puramente racional es difícil o que, incluso, es imposible o no deseable (Uzzell y Ballantyne, 1998: 152-171).

David L. Uzzell se basa en los principios de Tilden (Tilden, 1957) para defender la eficacia y la necesidad de la *Hot Interpretation*, especialmente en aquellos sitios patrimoniales que tienen una fuerte personalidad y generan una alta emotividad en las personas, sea porque la interpretación toca recuerdos personales como, por ejemplo, en los campos de batalla donde murieron seres queridos, o sea porque la interpretación tiene una implicación a nivel colectivo como, por ejemplo, los sitios donde una nación obtuvo su independencia o su libertad de un poder colonial: «Una lectura del libro de Tilden forzosamente nos recuerda que la interpretación trata de encender un despertar espiritual en el que el visitante experimenta la maravilla del mundo que le rodea. Para Tilden, pues, la interpretación que no conduce a una experiencia emocional del mundo es deficiente en algún aspecto importante» (Uzzell y Ballantyne, 1998).

LAS MISIONES DE LA BAJA CALIFORNIA COMO SITIOS PATRIMONIALES

La creación de la Ruta de las Misiones está planteada con un doble objetivo: preservar el patrimonio y generar el desarrollo local. Se supone pues que el

patrimonio de la Ruta de las Misiones debe ser objeto de un proceso de puesta en valor y que el modelo de gestión debe permitir tanto la creación de puestos de trabajo directos, derivados de la explotación de los recursos, como indirectos, al proveer todos los servicios turísticos necesarios para seguir la ruta.

Dado que el principal atractivo turístico de la Baja California son sus playas y sus espacios naturales y dado también que el turismo cultural es muy minoritario en esta área, será precisa una gran inversión tanto en adecuación de los sitios como en promoción de la ruta para conseguir los objetivos.



Figura 1.—Infraestructura hotelera en Loreto, Baja California Sur, México.

Los modelos de desarrollo turístico deseables desde una óptica democrática son aquellos que nacen del respeto hacia las identidades locales y que permiten una amplia distribución de la riqueza que generan sin destruir los recursos que explotan.

Desde sus inicios, las misiones que los jesuitas fundaron en la Baja California estuvieron siempre amenazadas por la precariedad de recursos. Una precariedad que tenía su origen tanto en la dificultad por implantar una agricul-



Figura 2.—Agricultor arando en la misión de San Francisco Javier Biaundó, Baja California Sur, México.

tura de tipo mediterráneo en un territorio desértico (con pocos cursos de agua, escaso terreno apto para la agricultura e insuficiente mano de obra) como en la falta de interés de los gobernantes españoles que se negaban sistemáticamente a proporcionar a las misiones las ayudas prometidas.

El historiador y sacerdote jesuita, Francisco Javier Clavijero explica en su *Historia de la Antigua ó Baja California* que el padre Juan María de Salvatierra, impulsor junto con el padre Eusebio Francisco Kino de las primeras misiones, pasó buena parte de su vida reclamando esas ayudas que nunca llegaban: «Como el anhelo por su California no le dejaba reposar, luego que llegó á Méjico hizo al virrey una visita en la que expuso el estado de las misiones, y le suplicó encarecidamente que mandase ejecutar las estrechas órdenes del rey. Mas aunque aquel señor le manifestó grande estimación á sus virtudes y celo apostólico y quedó convencido de la justicia de sus pretensiones, no por eso las favoreció»(Clavijero, 1852).

Abandonadas a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, la mayoría de las antiguas misiones fundadas por los jesuitas en la Baja California han sufrido la degradación provocada por la falta de uso, por los efectos de la lluvia y el viento

o por la acción humana que las ha expoliado, tanto para reaprovechar materiales de construcción como por el simple saqueo. De muchas de esas misiones, especialmente las construidas en adobe, apenas quedan restos, pequeños montículos de arcilla que recuerdan lo que antes fueron muros. Sólo algunas iglesias, construidas en piedra, han sido capaces de resistir con mayor o menor fortuna el paso del tiempo gracias al cuidado de los fieles y, en las últimas décadas, gracias también a la ayuda del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y de algunas instituciones particulares como la Asociación Civil «Mejibó».

A pesar de la degradación sufrida durante más de cien años «las construcciones que levantaron los jesuitas causan gran impresión en el visitante, ya sea por haberse levantado en los sitios más desolados como Santa Gertrudis, San Francisco de Borja y San Luis Gonzaga, o por su solidez y belleza, como las de San Francisco Javier, San Ignacio y Nuestra Señora de Loreto»². Posiblemente se deba a esta «gran impresión» que todavía producen las misiones de la Baja California que actualmente sean consideradas un recurso turístico capaz de estructurar una ruta³ pero ¿son las misiones los únicos elementos patrimoniales que deberían tenerse en cuenta en dicha ruta? Dicho de otro modo, la historia de las misiones de la Baja California ¿no es también la historia de la desaparición de los pueblos indígenas de la Baja California? Está claro que los restos materiales que han dado pie a la ruta fueron los construidos por los misioneros, pero posiblemente exista también un patrimonio inmaterial indígena que pueda rastrearse, además de en las crónicas y los archivos, en el paisaje, en la gastronomía, en la toponimia.

UNA HISTORIA DE LUCES Y SOMBRAS

Los 71 años que van desde la fundación de la Misión de Nuestra Señora de Loreto (1697) hasta el decreto de Carlos III de expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios de la corona española (1768), albergan una historia

2. http://www.loyola.tij.uia.mx/ebooks/historia_baja/%5B14%5D%20%20Las%20misiones%20jesuitas.%20X.pdf

3. <http://visitbajasur.travel/actividades/ruta-de-las-misiones/>

extraordinaria de unos hombres extraordinarios, los misioneros jesuitas, que, además de dedicar su vida, su inteligencia y su salud a intentar mejorar las condiciones de vida de una población amenazada y castigada por el más feroz colonialismo, también desarrollaron una importante labor científica y llevaron a cabo expediciones que fueron cruciales para el conocimiento de la geografía de la Baja California, como la que llevó a cabo el jesuita de origen croata Fernando Consag que permitió establecer definitivamente que la California no era una isla sino una península.

Pero el periodo misional en la Baja California también alberga sombras. Bajo la sincera voluntad de evangelizar puede rastrearse también la intención de someter a unas poblaciones indígenas para convertirlas en mano de obra al servicio de los intereses del Imperio Español. Quizá los misioneros no fueran conscientes de ser instrumentos del imperialismo, posiblemente fueran ciertas sus intenciones de defender a los cochimíes, los pericúes o los guaycuras de la rapacidad de los soldados, conquistadores y exploradores cuyo único interés por la Baja California eran las perlas. Pero lo cierto es que con la implantación de las misiones, la población indígena de la Baja California fue diezmada, hecho que causó sorpresa al historiador jesuita F.J. Clavijero que no acertaba a entender las causas del exterminio de la población indígena que se produjo durante el periodo misional: «Por otra parte, consta que después de la introducción del cristianismo se disminuyó mucho el número de habitantes, señaladamente en la parte austral, en la cual los pericúes que había cuando se les anunció el Evangelio, se redujeron después a la décima parte, á pesar que desde su conversión cesaron sus guerras, estuvieron mejor alimentados y su vida fue más arreglada. No es fácil dar con la causa de esta despoblación. Solo se sabe que esta fue el resultado de las enfermedades; pero ¿por qué estas enfermedades no les eran tan funestas cuando se hallaban privados de todo recurso? ¿Por qué no morían en mayor número cuando las enfermedades obraban juntamente con el hambre y la guerra?» (Clavijero, 1852).

Quizá si el padre Clavijero hubiera podido acceder a fuentes directas de lo que pensaban los indígenas le hubiera sido más fácil entender el por qué del exterminio. Lucila del C. León Velazco y Mario A. Magaña Mancillas explican en su capítulo dedicado al periodo misional de la *Breve Historia de la Baja California* (León Velazco y Magaña, 2006) que, aunque rara vez se pueda escuchar la voz de los indígenas a través de los documentos, la declaración de Agustín Castelo, indígena de Santa Gertrudis, refleja su sentir: «que quería

matar a los padres de la misión porque lo azotaban mucho por cimarrón y que siempre se andaba huyendo por los montes y que no concurría a rezar la doctrina, que él y el Borjino tenían pensado venir a la misión y matar a los padres a flechazos». Castelo no pudo llevar a cabo sus amenazas porque fue condenado a muerte, junto con otros indígenas, por el crimen de rebelión y tentativa de asesinato. Su caso es una prueba evidente del conflicto existente entre una sociedad sedentaria que quiere imponer sus usos a una sociedad nómada. Este conflicto, que es el núcleo central de la historia de la Baja California durante el periodo misional, no puede dejarse de lado y la creación de una Ruta de las Misiones debería plantearse cómo se tiene que enfocar la interpretación de esta historia de luces y sombras.



Figura 3.—Misión de Santa Gertrudis. Baja California Sur. México.

EL ENFOQUE ACTUAL DE LA RUTA DE LAS MISIONES DE LA BAJA CALIFORNIA

Sin duda es tentador plantearse una visión «edulcorada» o «naïf» del periodo misional pensando en que cuando la gente hace turismo lo único que busca es entretenimiento y que, a menudo, se confunde entretenimiento con

ausencia de conflicto. Quizá se deba a esta tentación que la única historia que parece interesar contar de las misiones es la de los misioneros, sus obras y los problemas que tuvieron que enfrentar para conseguir evangelizar a los «dísculos» indígenas que encontraron. Al menos, esa es la idea que parece desprenderse de la presentación de la Ruta de las Misiones tal y como se presenta en la web turística del Estado de Baja California Sur:

Importantes testigos del paso del tiempo, los 18 sitios misionales, de los cuales 10 se mantienen en pie actualmente, que se encuentran en *Baja California Sur*, cuentan al visitante la ardua y difícil labor de evangelización que desarrollaron durante la época de la Nueva España los sacerdotes españoles.

Hasta estas tierras, los colonizadores extendieron su presencia motivados sobre todo por el interés de descubrir nuevas riquezas, pero al ver sus deseos frustrados y enfrentar la hostilidad de los indígenas originarios del lugar, decidieron abandonar las intenciones de conquista y fue entonces cuando dio inicio el programa evangelizador de la Compañía de Jesús. Es a partir de 1697 cuando formalmente comienza la etapa misional en Baja California Sur con la llegada de los jesuitas, quienes, comandados por el padre Juan María Salvatierra, fundan la primera misión permanente de las Californias: Nuestra Señora de Loreto.

Para conocer el legado histórico de las misiones, se creó el Programa Ruta de las Misiones con la finalidad de rescatar y preservar este patrimonio de la cultura e historia del país, así como motivar el desarrollo turístico de las localidades donde están ubicadas las misiones. Como resultado, estos importantes monumentos históricos son visitados cada día más por turistas de diversas nacionalidades, así como también por turistas nacionales ávidos de conocer más y de disfrutar de la riqueza histórica y cultural de Baja California Sur⁴.

Otra web turística incide en esta misma visión de la Ruta de las Misiones:

Adéntrese en éstas tierras de clima y geografía extremos, e imagine este lugar en 1697 cuando no había caminos, el agua era escasa y cuando sólo se podía llegar por barco. Otros obstáculos a combatir fueron las inundaciones,

4. <http://visitbajasur.travel/actividades/ruta-de-las-misiones/>

las epidemias y la resistencia de los indígenas pericúes, guaycuras y cochimés, grupos seminómadas difíciles de aceptar la vida en congregaciones⁵.

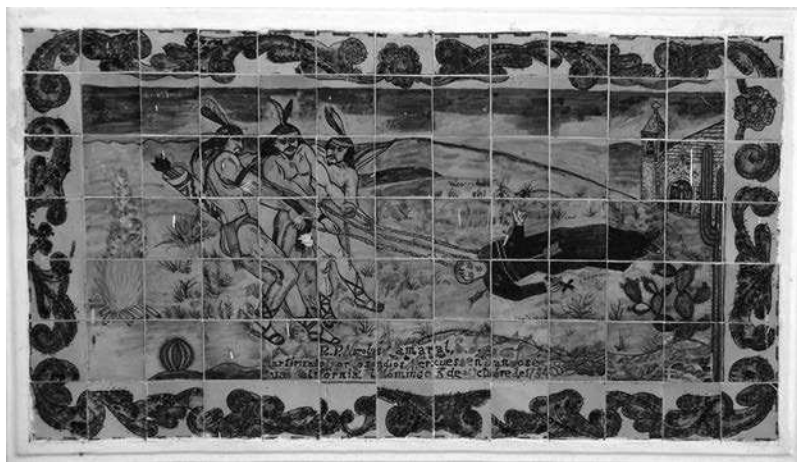


Figura 4.—Azulejo de la fachada de la Misión de San José del Cabo. Baja California Sur. México

Y un tercer ejemplo:

Mucho antes de que Los Cabos se convirtiera en el destino mundialmente reconocido que hoy es, pasaron tortuosos siglos en los que misioneros jesuitas, franciscanos y dominicos intentaron establecerse en la península para evangelizar a sus habitantes⁶.

Todos los enunciados coinciden en ensalzar la heroicidad de los misioneros y en considerar a los pueblos que habitaban la Baja California no como víctimas de la colonización, sino como uno más de los peligros o problemas que debieron enfrentar y resolver los misioneros. Sorprende comprobar que nadie

5. <http://www.turiguide.com/estados-mexicanos/baja-california-sur/ruta-de-las-misiones.html>

6. <http://www.visitmexico.com/es/ruta-de-las-misiones-los-cabos>

(al menos nadie de los que se ocupan de promover la ruta) se haya preocupado mínimamente de levantar la voz de los indígenas. Posiblemente esto se deba a la práctica desaparición de la población indígena original de la Baja California, a que los actuales pobladores no tienen ningún vínculo con ese remoto pasado y a que nadie haya asumido el rol de defensor de la «otra» identidad⁷.

Compartamos o no las creencias religiosas de los jesuitas que evangelizaron la Baja California (seguidos luego, a raíz de la expulsión, con menos fortuna por franciscanos y dominicos), como herederos que somos de la sociedad y de los valores que esos hombres defendían, nos es más fácil emocionarnos ante su valentía y espíritu de sacrificio que con las muestras de valentía de los indígenas enfrentándose a aquéllos que habían llegado para destruir sus ancestrales creencias y su forma de vida nómada (debemos recordar que muchos de esos misioneros provenían de familias pudientes y que renunciaron a una vida cómoda y tranquila para enfrentar una vida de precariedad y peligros). Por desgracia, el relato que ha llegado hasta nuestros días de aquéllos años está sesgado. Cartas, documentos, historias narran las hazañas de los misioneros en primera persona. La voz de los cochimíes, los pericúes o los guaycuras es inexistente o nos llega deformada por el filtro de nuestros historiadores.

Sólo la crítica histórica contemporánea, que se ha preocupado por rastrear la voz de los pueblos indígenas y que ha puesto en causa la bondad del proceso evangelizador, ha intentado arrojar una nueva luz sobre la historia de las misiones. Lamentablemente esa visión está ahora mismo siendo ignorada por los intérpretes de la Ruta de las Misiones.

7. Después del periodo misional la región quedó prácticamente despoblada. Con la llegada de la Independencia de México en 1821 la provincia de Baja California permaneció aislada del resto de la nueva nación mexicana y habitada sólo por algunas pequeñas poblaciones. En 1936, 15 años después de la Revolución Mexicana, un decreto del Presidente Lázaro Cárdenas dio inicio a un periodo de integración con el resto del país. De 1910 a 1950 la población de la península de la Baja California creció cincuenta veces hasta llegar a los 520.165 habitantes gracias a la llegada de miles de inmigrantes de todo México junto con otros procedentes de Alemania, Francia y China. Según datos del 2010, la población del Estado de Baja California cuenta con 3.155.070 de habitantes y el Estado de Baja California Sur con 637.026.

EL ANÁLISIS DE LA RUTA DE LAS MISIONES DE LA BAJA CALIFORNIA DESDE EL ENFOQUE DE LA INTERPRETACIÓN COMPROMETIDA

Desde el enfoque de la «Interpretación Comprometida», el planteamiento actual de la Ruta de las Misiones de la Baja California ha evitado tratar dos cuestiones que son relevantes para una mejor comprensión del período misional: la distancia temporal y la experiencia del lugar.

Respecto a la primera cuestión, la de la distancia temporal, aún siendo una historia cercana, apenas han pasado 150 años desde que fueron abandonadas, la falta de una población que se sienta heredera directa tanto de los nativos como de los misioneros o del personal que trabajaba en las misiones, dificulta la existencia de una interpretación basada en los vínculos emocionales. Esos vínculos quizá deberían buscarse a partir de la percepción de las misiones como espacios de relación directa entre una población nativa y una población nueva, en la consideración de las misiones como laboratorios de mestizaje, y en la explicación del fracaso de ese proceso. Dónde mejor se suele apreciar el proceso de mestizaje es en la gastronomía y en el arte, especialmente el popular, por ello será imprescindible partir de una buena investigación histórica y antropológica que nos permita rastrear esos procesos de mestizaje para luego ver cómo se pueden presentar de manera atractiva e interesante a los visitantes.

La segunda cuestión que interesa a la Interpretación Comprometida es la experiencia del lugar, es decir, de qué manera diferentes personas viven de diferentes maneras su visita a un lugar en función de sus conocimientos, recuerdos o bagaje cultural. Un amigo de Sevilla me contó la terrible experiencia que supuso para él ir a visitar el sitio de la batalla de Little Bighorn⁸. Desde muy joven había sentido fascinación por el Oeste Americano y de manera muy especial por esa batalla. Había leído infinidad de literatura histórica sobre ella y, finalmente, en un viaje con su esposa y una pareja de amigos a Estados Unidos tuvo la oportunidad de visitar el lugar. Mi amigo me contó que experimentó una gran excitación al verse finalmente en el lugar que tantas veces había imaginado y sobre el que tanto había leído. Les explicó a sus acompañantes de manera pormenorizada los diferentes actos de la batalla, los

8. <http://www.nps.gov/libi/index.htm>

personajes involucrados, el momento dramático del asalto final pero no consiguió hacerlos partícipes de su emoción y la indiferencia de sus acompañantes le acabó provocando una tremenda frustración. Esta anécdota revela que la manera que tenemos las personas de experimentar un lugar depende mucho de las referencias y del imaginario que somos capaces de proyectar sobre él. De ahí la tremenda dificultad a la que se enfrenta la Interpretación Comprometida cuando intenta «crear una atmósfera» para favorecer la relación empática entre un sitio y sus visitantes y la necesidad de decidir previamente quién es el público objetivo ¿los que tienen experiencia de primera mano de la situación o los visitantes en general? D. Uzzell explica que la respuesta a esta pregunta es importante en el diseño de la Interpretación Comprometida y pone como ejemplo la interpretación del patrimonio cultural aborígen cuya naturaleza está fuertemente influenciada por las respuestas a las preguntas relativas a la audiencia objetivo (turistas o comunidades aborígenes) que afecten a la finalidad de la interpretación.



Figura 5.—Presa de la misión de San Ignacio Kadakaamán. Baja California Sur. México.

En el caso de la Ruta de las Misiones es fácil imaginar que a aquellas personas que conocen y admiran la labor misionera de la Compañía de Jesús les sería más fácil establecer un vínculo emocional con los sitios misionales sin la necesidad de proveer mucha mediación interpretativa.

CONCLUSIÓN: PATRIMONIO Y COMPROMISO SOCIAL

Analizar la Ruta de las Misiones de la Baja California desde el enfoque de la Interpretación Comprometida y reflexionar sobre su planteamiento tiene hoy en día mucho sentido porque, igual que sucedió en los años 70 con la Nueva Museología, el patrimonio se enfrenta hoy en día a unos retos que tienen más que ver con un cambio del modelo de sociedad que con una disputa ideológica.



Figura 6.—Museo de las Californias en el CECUT. Tijuana. Baja California. México

El mundo surgido después de la IIª Guerra Mundial se deshace como un azucarillo. Las viejas ideologías parece que no son capaces de dar respuestas convincentes, atrapadas como están en una compleja red de intereses, encerradas en reductos nacionales mientras intentan resolver problemas económicos que tienen una dimensión planetaria. Desde hace años, en la mayoría de países con regímenes democráticos el relato «partidista» ha vencido al relato «democrático». El mundo del patrimonio no es ajeno a esta situación y así vemos que la interpretación «políticamente correcta» se ha generalizado frente a otras interpretaciones que se cuestionan el «status quo» actual. La Ruta de las Misiones de la Baja California es un ejemplo de ello.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Clavijero, F.J.(1852): *Historia de la Antigua ó Baja California*, Méjico: Impr. de J. R. Navarro.
- León Velazco, L.C.; Magaña, M. A. (2006): «El periodo misional 1697-1849», en Samaniego Nieto, M.A. (ed.), *Breve historia de Baja California*, México DF, 2006.
- Tilden, F.(1957): *Interpreting Our Heritage*, Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Uzzell, D.L. (1989): «The Hot Interpretation of War and Conflict», en Uzzell, D.L. (ed.), *Heritage Interpretation: Volume I: The Natural and Built Environment*, London.
- Uzzell, D.L.; Ballantyne, R. (1998): «Heritage that Hurts: Interpretation In A Post-Modern World», en Uzzell, D.L.; Ballantyne, R. (eds.), *Contemporary Issues in Heritage and Environmental Interpretation: Problems and Prospects*.

EL COMPROMISO DEL INSTITUTO NACIONAL
DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA EN BAJA CALIFORNIA
DE PROPICIAR LA RELEVANCIA DE LA ARQUEOLOGÍA
EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Mary Julita BENDÍMEZ PATTERSON
Delegada del Centro INAH de Baja California.

Sin duda, el rápido crecimiento de Baja California en décadas recientes presenta grandes desafíos para la administración de la vasta herencia arqueológica en la península y hace imprescindible desarrollar nuevos cauces para permitir la participación social en las tareas encomendadas al Instituto Nacional de Antropología e Historia. Una necesidad fundamental ha sido la de preservar los sitios prehistóricos con relación a los efectos potencialmente destructivos que pueden estar asociados con el crecimiento de la población y el desarrollo de infraestructura urbana en los municipios hoy en día. Otra necesidad urgente ha sido la ejecución de programas de investigación científica con el fin de recuperar información acerca del pasado prehistórico regional.

PROBLEMÁTICA

La amenaza de destrucción de los recursos arqueológicos en la península se ha incrementado en los últimos cien años y está fuertemente vinculada a la construcción de caminos y carreteras modernas, además de otras grandes obras

de infraestructura, urbanización y desarrollo agrícola, como a la actividad que practican los aficionados de los llamados «vehículos todo terreno», al igual que el más aberrante fenómeno provocado por el vandalismo y el saqueo.

La extensión territorial de la península es de aproximadamente 1.250 kilómetros de largo, en su parte más ancha ésta se estima en 200 y en la más estrecha 75 y cuenta con variados ecosistemas.

En este trabajo me refiero a la península que contiene dos entidades federativas: Baja California y Baja California Sur (fig. 1).

La colonización del territorio peninsular vino desde el exterior con la llegada de las misiones jesuitas (1697-1768), más tarde las franciscanas y posteriormente las dominicas, edificadas generalmente en parajes que estaban relativamente bien abastecidos de agua, con potencial para la agricultura y la ganadería. Muchos de estos lugares también deben haber sido atractivos para la colonización prehistórica. En consecuencia, las misiones, podríamos afirmar que tuvieron un impacto sobre todo en los sitios en los cuales se construyeron iglesias, cuartos de los misioneros, soldados y neófitos, huertos, panteones, bardas y caminos.

La entrada de colonizadores laicos a Baja California fue desalentada durante el periodo en que las misiones jesuitas fueron posesionarias de la tierra. Sin embargo, después de la expulsión de los religiosos de dicha orden, las políticas cambiaron. Entre las alteraciones al paisaje humano estuvo el asentamiento de pueblos fuera del control de las misiones; la conseción de tierra exenta de pago para los soldados de la época, sus familiares y otros colonos; y el desarrollo de la minería en el sur. Las anteriores misiones fueron secularizadas en 1830 y la última de las misiones dominicas fue abandonada en 1849. Todavía, hacia mediados del siglo XIX, había pocos ranchos y solamente una pequeña población en el norte del actual estado de Baja California.

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, extensas áreas de la parte norte de la península de Baja California fueron ofrecidas en concesión a extranjeros causando gran controversia. El crecimiento gradual de pueblos, ranchos y minas continuó. Sin embargo, la Revolución Mexicana detuvo algunos de esos desarrollos. La Constitución de 1917 preservó el sistema de ejido como propiedad colectiva de la tierra inalienable e imprescriptible, diseñada para promover la producción agrícola y la propiedad comunal en pequeña escala. Como resultado, en el norte 227 ejidos están posesionados del 77 por

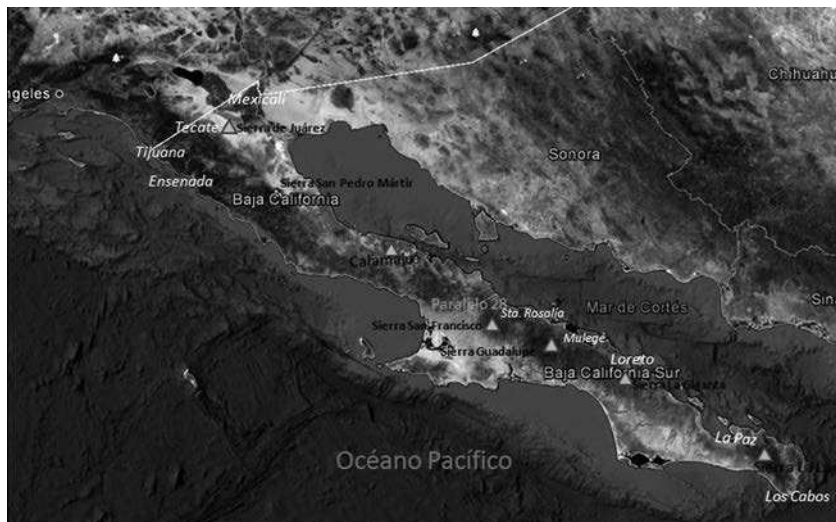


Figura 1.

ciento de la superficie del estado de Baja California, y en Baja California Sur, 100 ejidos abarcan el 68 por ciento de su territorio.

Cambios en las leyes mexicanas sobre la tenencia de la tierra se inclinan hacia una mayor privatización, particularmente en 1992 con el *Programa de Certificación de Derechos Ejidales* (PROCEDE), que incluye la *Titulación de Solares Urbanos*, han alterado el sistema de ejido, afectando la protección de la herencia arqueológica de Baja California. Millones de hectáreas que fueron una vez prístinas y libres de la agricultura o cualquier otro tipo de explotación, se encuentran hoy disponibles para la compra y el desarrollo. A raíz de esta situación se crea el programa INAH-PROCEDE, que consistió en delimitar los sitios arqueológicos y con esto tener un marco de referencia para proteger y conservarlos. Los arqueólogos que laboraron en este programa en la península de Baja California tuvieron que encontrar la forma más sutil de hacer labor de convencimiento y crear conciencia de la importancia de preservar el patrimonio.

Otros procesos han venido desafiando los esfuerzos de conservación del patrimonio cultural. El acelerado crecimiento urbano y poblacional ha impactado algunas áreas, particularmente los extremos norte y sur de la península.

La construcción de nuevos caminos, especialmente la Carretera Transpeninsular terminada en 1973, abrió completamente la península para el turismo (fig. 2) .

Estas obras en carreteras, así como la ejecución de proyectos de energía eólica y el desarrollo de la infraestructura eléctrica en Baja California ha traído como consecuencia la creación de nuevas leyes y la constante actualización de la normatividad vigente que regulen la realización de trabajos y actividades que puedan afectar el equilibrio ecológico, para lo cual se establece como requisito indispensable la presentación del manifiesto de impacto ambiental con la finalidad de que anterior a la ejecución de estos proyectos, sean contempladas las medidas de prevención y mitigación tanto del impacto ambiental como del patrimonio cultural, entre otros.

La Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente establece que la industria eléctrica y de comunicaciones, entre otros requisitos, debe contar con autorización previa en materia de impacto ambiental, por lo cual en primera instancia se tiene que presentar ante la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT) un informe preventivo. Posteriormente si la autoridad ambiental lo considera necesario y apegado al reglamento de dicha ley, se indicará que debe presentar alguna de las modalidades de estudio de impacto ambiental, ya sea regional o particular, y si además el proyecto llegase a presentar alguna actividad determinada riesgosa, tanto para el medio ambiente como para el patrimonio cultural, tendría que presentar un estudio de riesgo ambiental.

En México, la Ley de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente establece las facultades de la federación, estados y municipios, respectivamente, para formular, conducir y evaluar la política ambiental en los respectivos niveles de la administración pública.

INAH

El Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) fue establecido en 1939 con la finalidad de conservar, estudiar y difundir información sobre nuestro legado cultural. Esto no sólo incluye a los sitios y zonas arqueológicas e históricas, sino también las memorias dentro de los registros etnográficos, las lenguas, danzas, expresiones artísticas, arte popular y organización social. Ha sido necesaria la presencia de un organismo principal con una perspectiva



Figura 2.

nacional, para proteger y promover la participación de la sociedad en general en la realización de esta tarea (fig. 3).

La Ley Federal de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, establecida en 1972 por el gobierno federal, provee la base legal de la cooperación entre gobiernos estatales y municipales así como de la sociedad, para llevar a cabo esta empresa. Sin embargo, el énfasis de esta Ley recae en los sitios arqueológicos e históricos. En México, sólo existe una institución que abarca la conservación de nuestra herencia arqueológica e histórica. Así por ejemplo, si alguien llegase a encontrar un sitio o artefacto arqueológico dentro de su propiedad o su comunidad, le es obligatorio reportarlo a las autoridades locales del INAH y bajo ninguna circunstancia debe hacer algo que pudiese alterar el contexto del hallazgo, tal como excavar, que es una acción estrictamente prohibida por la ley y puede convertir a la persona en objeto de serias sanciones. Al acercarse un miembro de la comunidad a un Centro INAH (existe uno en cada estado de la República Mexicana) y reportar la existencia y



Figura 3.

localización de un sitio, el Centro INAH en cuestión enviará a un arqueólogo a inspeccionar y evaluar dicho sitio. Si resulta ser de naturaleza arqueológica, será registrado y se contactarán a las autoridades municipales para conscientizarlas de su existencia y evitar que emitan permisos de construcción, en tanto se lleve a cabo un trabajo de salvamento. Desde luego, los dueños de la tierra donde está localizado el sitio, son notificados de la naturaleza del mismo en cuanto se confirma ésta.

En cualquier caso, los proyectos arqueológicos son llevados a cabo por arqueólogos titulados cuyo proyecto debe tener aprobación por el Consejo Nacional de Arqueología del INAH. En todos los casos, los arqueólogos envían su propuesta y aguardan el permiso por escrito. Por lo que este proceso suele tomar por lo menos un mes, pero en algunas ocasiones cuando es urgente, la anuencia puede tomar menos tiempo.

Con el permiso en mano, se llevará a cabo el trabajo de campo programado y el reporte final deberá ser remitido al mismo Consejo, quien analizará su contenido autorizándolo o bien, pidiendo información adicional.

Los sitios prehistóricos, protohistóricos y paleontológicos son supervisados por la Coordinación de Arqueología del INAH, en donde tenemos investigación científica, conservación, catalogamiento, protección legal y técnica, laboratorios y mantenimiento de zonas arqueológicas. Estudiantes y graduados de diversas instituciones académicas han participado en proyectos en Baja California. Estas instituciones incluyen a la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la Universidad Veracruzana, la Universidad Autónoma de San Luis, la Universidad de Zacatecas, y la Universidad de Autónoma de Baja California, a través de programas de servicio social.

En caso de poseer objetos o colecciones que además tengan carácter arqueológico o histórico deberán ser inscritos en el Registro Público Nacional de Zonas y Monumentos Arqueológicos, perteneciente al INAH. Esto indudablemente nos ayuda a mantener un registro actualizado de los objetos prehistóricos importantes, elaborados de una amplia variedad de materiales.

Para que las medidas de conservación sean efectivas, primero deben ser identificados los recursos arqueológicos, y mucho del trabajo hecho por investigadores del INAH y otras organizaciones ha sido dirigido hacia el desarrollo de un inventario de los recursos que tenemos. En Baja California, desde el 2000 operamos nuestro Sistema de Información Geográfica que contiene datos de 1.272 sitios arqueológicos, los cuales incluyen 18 misiones, 21 zonas paleontológicas y 16 entierros prehistóricos e históricos. Como mencioné anteriormente, todos estos datos se encuentran en las bases de datos del Registro Nacional de Zonas y Monumentos Arqueológicos.

PARTICIPACIÓN DE LA SOCIEDAD

Hasta ahora nuestro trabajo en el campo de la arqueología nos ha provisto de valores educacionales tangibles para la comunidad y ha contribuido al fortalecimiento del sentido de pertenencia. Ha incrementado un sentido de responsabilidad para con el ambiente y ha ayudado a celebrar la diversidad cultural y el legado compartido de las Californias.

Para la conservación de los recursos arqueológicos resulta imperativo el involucramiento ciudadano en su preservación. Esta ciudadanía ayuda al INAH a educar al público, a fin de que los sitios no sean destruidos y comunicar a las autoridades del INAH cualquier actividad —como el vandalismo—, que ponga en peligro.



Figura 4.

Un ejemplo es el de la Sierra de San Francisco, rica en sitios con pintura rupestre del estilo Gran Mural. La arqueóloga Luz María Gutiérrez, investigadora del Centro INAH Baja California Sur, estableció un plan de manejo a principio de los 90's con una estrategia que involucra a los rancheros locales, quienes son capacitados por el INAH mediante talleres. A *lomo de mula*, ellos llevan visitas guiadas a ver las pinturas en los cañones de la majestuosa Sierra de San Francisco. Las visitas únicamente son llevadas por guías autorizados; los grupos no deben sobrepasar las 25 personas y siempre se utilizan los mismos sitios de campamento. Es notorio el hecho de que en la Sierra de San Francisco existen por lo menos 320 sitios registrados por el INAH, de un total de 1.530 para Baja California Sur (fig. 4).

Otro programa exitoso orientado a la protección de sitios arqueológicos es el que lleva a cabo Carlos Mandujano con los rancheros de la Sierra de la Giganta en Baja California Sur. Esta vasta región se encuentra lejos de los ojos del INAH, de manera que se ha implementado un plan de manejo en donde los rancheros que viven cerca de los sitios reciben un reconocimiento del INAH como «guardianes de sitio» honorarios. Tal como en el caso de la

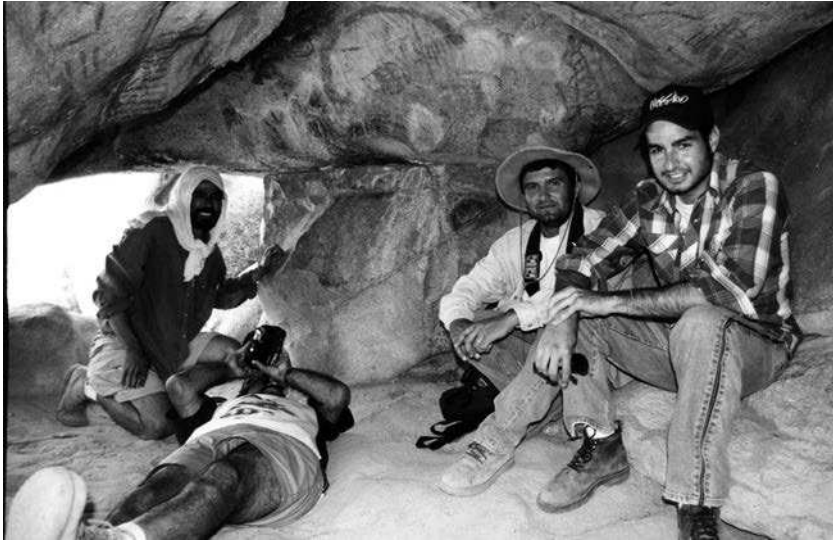


Figura 5.

Sierra de San Francisco, se benefician de manera directa de las visitas guiadas que ellos llevan, mientras que al mismo tiempo, ellos aseveran que los sitios sean preservados.

Una estrategia de Corredor Histórico es el llamado Camino Real Misionero de las Californias (CAREM) fundado en 1996 por iniciativa del Centro INAH Baja California con la finalidad de articular una serie de asociaciones con otras Secretarías Federales, con gobiernos locales, universidades y organizaciones civiles. A través de esta asociación civil se fundó un museo comunitario en Tecate para crear conciencia de los sitios prehistóricos que se encuentran en territorio Kumiai, así como de su cultura en tiempos modernos. Otras áreas en donde CAREM ha sido de gran utilidad están relacionadas con el establecimiento de grupos ciudadanos en cada sitio misional para cuidarlo y conservarlo.

Del 2009 a la fecha, el INAH y la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL) han trabajado conjuntamente en un programa que beneficia a las comunidades con escasos recursos y se le denomina como Programa de Empleo Temporal o PET. En el caso de nuestro Estado, hemos trabajado desde el 2005 con varias comunidades en sitios arqueológicos e históricos (fig. 5).

Este trabajo ha incluido excavaciones, medidas de conservación de especímenes paleontológicos, señalamientos y senderos para visitantes, museos comunitarios, así como el mantenimiento de ruinas misionales dominicas. En este rubro, se hace notar el trabajo de Antonio Porcayo y Andrea Guía, quienes han trabajado en sitios arqueológicos como Ignacio Zaragoza y Cataviña y en la restauración de fósiles del Pleistoceno, respectivamente.

Gracias al trabajo mano a mano con las comunidades nativas como los Pai Pai en Santa Catarina y los Kumiai de San Antonio Necua y San José de la Zorra, a través de los proyectos de Montserrat Fonseca y Daniela Leyva, ambas de la ENAH, se ha asegurado en gran medida la conservación de sitios arqueológicos en los alrededores de las comunidades indígenas de Baja California.

Las conferencias sobre arqueología, antropología e historia en Baja California nos han proporcionado un canal importante de comunicación entre los investigadores interesados en la prehistoria de Baja California, así como con otras audiencias. Cabe enfatizar de manera especial al simposio de antropología e historia de la Península llamado «Balances y Perspectivas», organizado por el Centro INAH en Baja California, mismo que se realiza anualmente a partir del año 2000 y ha reunido a especialistas provenientes de México, Estados Unidos y Canadá. Nótese que estas reuniones crean una atmósfera en donde los y las especialistas reflexionan e intercambian ideas sobre diferentes tópicos relacionados a la antropología e historia de Baja California y a través de sus investigaciones encuentran estrategias para conservar los recursos naturales y culturales de nuestra región.

He aquí algunas anotaciones finales sobre la importancia del trabajo arqueológico que tratamos de llevar a cabo. En México, la arqueología juega un papel determinante en nuestra memoria colectiva de nuestro pasado y en nuestro sentido de identidad local y nacional. La colaboración profesional y amable entre los arqueólogos de los EE.UU. y México es sumamente valiosa en tiempos en que los asuntos fronterizos son un tema caluroso. Y es evidente la necesidad de colaboración a lo largo de la frontera. Un ejemplo específico se relaciona con la construcción del muro fronterizo entre Baja California y Arizona. En este caso, jamás trabajamos con el BLM (Bureau of Land Management, en español, la Oficina para el Manejo de Tierras, ndt.) para proteger sitios que fueran divididos por el muro metálico de ahora. Deberíamos enfocarnos en esta problemática situación y aprender más sobre los sitios afectados. Por otro lado más positivo, el INAH actualmente se encuentra trabajando con

arqueólogos norteamericanos interesados en el prehistórico Lago Cahuilla, que trasciende la frontera, para juntar de modo más efectivo nuestros datos de investigación, nuestra experiencia y conocimiento, así como nuestras estrategias de manejo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Carmona, M. (2003): «Distribución de competencias y coordinación», en *Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente*, México, págs. 22-29.
- (2003): «Política ambiental: Evaluación del impacto ambiental», en *Ley General de Equilibrio Ecológico y Protección al Ambiente*, México, págs. 138-146.
- Bendímez, J. (2010): «Rumbo y Manejo del Patrimonio Cultural de Baja California», en Laylander, D.; Moure, J.; Bendímez, J. (eds.), *La prehistoria de Baja California: Avances en la arqueología de la península olvidada*, Centro INAH Baja California, págs. 244-252.
- Conaculta-INAH. (2006): *La planeación y gestión del patrimonio cultural de la Nación. Guía técnica*, México: Instituto Politécnico Nacional.
- Instituto Nacional de Antropología e Historia (1995): «Ley Federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricos», en *Ley Federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricos. Reglamento de la Ley Federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricos. Acuerdos*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, págs. 7-21.
- (2001): *Programa de trabajo 2001/2006*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (2011): «Programa de empleo temporal Centro INAH Baja California», en *Programa de empleo temporal destinado al patrimonio cultural. Memoria 2010*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, págs. 19-25.
- (2012): «Programa de empleo temporal Centro INAH Baja California», en *Programa de empleo temporal destinado al patrimonio cultural. Memoria 2011*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, págs. 15-37.

LAS MISIONES JESUÍTICAS DE BAJA CALIFORNIA
Y EL CAMINO REAL: UNA MIRADA DESDE LA GESTIÓN
Y VALORIZACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL
Y EL TURISMO SOSTENIBLE¹

Jordi TRESSERRAS JUAN² y Juan Carlos MATAMALA MELLIN³

1. Este estudio forma parte de *Ars Monumenta Societatis Jesu*, programa de investigación y valorización del patrimonio cultural vinculado con los jesuitas coordinado por la Universitat de Barcelona y TSI-ESADE Universitat Ramón Llull en colaboración con la Compañía de Jesús, coordinado por Jordi Tresserras Juan, profesor del programa de master y doctorado en gestión de la cultura y del patrimonio cultural de la Universitat de Barcelona, y se enmarca en el proyecto de I+D+i «*Las misiones de Baja California (México) entre los siglos XVII y XIX. Paisaje cultural y puesta en valor*» (HAR2009-11737)(subprograma Arte)(2009-2012) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, así como la acción complementaria de proyectos de investigación fundamental no orientada «*El Patrimonio cultural en las Misiones de la Baja California (México). Estado de la cuestión y perspectivas de futuro* (HAR2009-08337-E)(2010-11), ambos dirigidos por el Dr. Miguel Ángel Sorroche Cuerva, profesor del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Granada.

2. Director del LABPATC-Laboratorio de Patrimonio, Creatividad y Turismo Cultural, Universitat de Barcelona/Red IBERTUR, Facultat de Geografia e Historia, Montalegre 6, Desp.1010 E-08001-Barcelona, Cataluña, España. Correo-e: jjuan@ub.edu

3. Coordinador del LABPATC-Laboratorio de Patrimonio, Creatividad y Turismo Cultural, Universitat de Barcelona/Red IBERTUR, Facultat de Geografia e Historia, Montalegre 6, Desp.1010 E-08001-Barcelona, Cataluña, España. Correo-e: jcmatamala@ub.edu

In memoriam

Miguel Mathes

(Los Ángeles, CA 15 abril 1936 - Lubbock, Texas 13 de agosto de 2012)

University of San Francisco

Promotor del Camino Real de las Californias 1533-1848

INTRODUCCIÓN

En el marco del proyecto de estudio sobre la gestión actual del legado patrimonial de la Compañía de Jesús se presenta un estudio preliminar sobre las misiones jesuíticas de la península de California y su gestión y valorización cultural y turística vinculada a la Rutas de las Misiones en los estados de Baja California y Baja California Sur y al proyecto binacional mexicano-estadounidense del Camino Real Misionero o Camino Real de las Californias.

La zona objeto de nuestro estudio corresponde al área de las antiguas misiones jesuíticas de California, ubicadas en la actualidad en seis municipios sudcalifornianos: Comundú, La Paz, Loreto, Los Cabos y Mulegé, en el estado de Baja California Sur, así como en Ensenada, en el estado de Baja California.

Es importante destacar que desde las primeras fundaciones en el siglo XVII hasta finales del siglo XX las congregaciones religiosas han estado a cargo de las misiones fundadas por la Compañía de Jesús desde su expulsión por la pragmática sanción de Carlos III que fue comunicada en Loreto en 1678. A partir de ese momento la responsabilidad de su gestión recayó sucesivamente en las órdenes mendicantes de San Francisco y Santo Domingo y, a pesar de la secularización, desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad estuvieron a cargo del Estado como bienes nacionales y en lo religioso de los misioneros del Seminario de San Pedro y San Pablo de Roma, del Espíritu Santo y finalmente, del Instituto de los Misioneros Combonianos hasta la consolidación de la Arquidiócesis de Tijuana y las diócesis de Ensenada y la Paz.

La desamortización vinculada a las Leyes de Reforma, los embates del anticlericalismo y episodios históricos como la Guerra de Independencia, la guerra entre México y Estados Unidos, la invasión filibustera y la Revolución Mexicana tuvieron su efecto sobre las misiones que sufrieron saqueos, espolios y abandono en muchos casos. Muchas de ellas habían sido construidas

en arquitectura de mampostería de adobe y sufrieron el deterioro, quedando en algunos casos testimonios en zonas arqueológicas. Otras, construidas en cantera, gracias a la acción de custodios de la comunidad local han llegado hasta nuestros días o se construyeron *exnovo* siguiendo las mismas advocaciones o retomando denominaciones fundacionales, como fue el caso de la iglesia de La Paz, hoy Catedral. Se mantuvo asociado un rico patrimonio cultural inmaterial por valorizar vinculado especialmente con las fiestas patronales y fundacionales.

A partir de los años 70 del pasado siglo XX se empezó a promover la conservación y puesta en valor de las misiones, en buena medida gracias a la acción del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), del desarrollo de políticas culturales y turísticas articuladas por las administraciones públicas sudcalifornianas y de la concienciación ciudadana. Las misiones eran unidades articuladas con las zonas de producción configuradas por paisajes culturales productivos aprovechando los oasis y con una red de rancherías ganaderas y comunicadas entre sí a través de una red de caminos que seguían antiguas vías prehispánicas.

En este estudio se revisa de forma diacrónica la gestión de este legado hasta la actualidad y su vinculación con las recientes políticas culturales y turísticas asociadas con el desarrollo local y regional donde es clave fortalecer una alianza estratégica entre todos los agentes implicados. Se advierte especialmente sobre la importancia de impulsar una estrategia de participación comunitaria frente a los riesgos de la turistificación del patrimonio cultural tangible e intangible vinculado a las antiguas misiones jesuíticas.

Es posible establecer varios periodos:

Propiedad eclesiástica

- Periodo jesuítico (1683-85 y 1697-1768).
- Periodo franciscano (1768-1772)
- Periodo dominico virreinal (1773-1822) y republicano (1822-1855)

Propiedad del estado

- Vicariato Apostólico (1855-2007) con la dependencia secular y de los misioneros del Seminario de San Pedro y San Pablo de Roma (1895-1921), los Misioneros del Espíritu Santo (1939-1947) y los Padres Combonianos (desde 1947 hasta la articulación del Arzobispado)

- Arzobispado de Baja California (2007-actualidad)

LA CONVULSA RELACIÓN IGLESIA-ESTADO MARCA DOSCIENTOS AÑOS DE INDEPENDENCIA Y UN LITIGIO POR LA PROPIEDAD Y USO DE LOS BIENES ECLESIASTICOS

La Revolución Mexicana y los gobiernos de Francisco Ignacio Madero González (1911-13) y el General Victoriano Huerta (1913-16) muestran como Baja California vivía aislada hasta de los grandes conflictos que se sucedían en el resto de México. En ese momento las actividades económicas estaban centradas en las explotaciones de materias primas concesionadas a empresas extranjeras. González Cruz (2000) señala que si bien se produce la llegada de refugiados de Sinaloa y con ellos revolucionarios, éstos últimos se concentran en San Ignacio, con reticencias de la población local que los tienen a su cargo hasta que deponen las armas en agosto de 1914 tras escasas escaramuzas en la explotación francesa de El Boleo en Mulegé. Los misioneros del Colegio de San Pedro y San Pablo continúan en la zona aunque en ese grado de aislamiento solicitan ayuda frente a la llegada al poder del general Venustiano Carranza Garza (1914-1920) que retoma la persecución contra la iglesia y, mediante la Constitución de 1917, procede a la expropiación de los bienes de la iglesia que pasan a ser propiedad del Estado y prohíbe cualquier tipo de manifestación pública de fe, educación religiosa y la prohibición del ejercicio del sacerdocio de ningún tipo de credo a personas que no sean mexicanas por nacimiento. Las peticiones de ayuda del padre Rossi no pueden ser atendidas por la propia persecución del obispado de Sinaloa cuyos miembros se refugian mayoritariamente en Estados Unidos. Ante tal situación la Sagrada Congregación de Propaganda Fide decide reubicar a los sacerdotes italianos que dejan oficialmente su responsabilidad en el vicariato en 1921 y se trasladan a inicios del siguiente año al norte de Baja California repartiéndose entre Ensenada, Mexicali y Tijuana ya que el gobernador no aplicaba con rigor el artículo 130 (Loy, 2006).

El Vicariato dependió del Arzobispado de México hasta 1874 que fue transferido al Arzobispado de Guadalajara que lo dividió en dos distritos en 1877 que corresponden a los actuales estados de Baja California y Baja California Sur y traslada su gestión a la diócesis de Sonora en 1884 una vez reto-

mada la actividad diocesana, pero renuncia a ella diez años más tarde por la incapacidad de cubrir las necesidades del territorio sudcaliforniano. En mayo de 1879, un fuerte terremoto y sus réplicas afectan la Baja California en especial a Loreto, cediendo el campanario de la Misión de Nuestra Señora de Loreto. En este contexto, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide⁴ encomienda el 8 de noviembre de 1895 la administración del vicariato a los misioneros del Seminario de San Pedro y San Pablo de Roma⁵, Luis Petinelli y Giovanni Rossi, que mantuvieron su presencia en Baja California hasta su expulsión en 1921.

Uno de los objetivos de los misioneros italianos fue la recuperación de las antiguas misiones jesuíticas abandonadas y las viejas parroquias, distribuyéndose entre la Paz, sede cabecera, así como Ensenada de Todos Santos, San José del Cabo y Santa Rosalía. Según Enríquez Licón (2008), a inicios del siglo XX el vicariato contaba con seis iglesias con sacerdote residente y diez sin sacerdote, así como con veinte capillas.

Como expone De Giuseppe (2011) existe un vacío de conocimiento sobre este proceso de intento de recuperación de las misiones y la asistencia a los feligreses de las zonas urbanas y mineras y de las comunidades indígenas del interior serrano. Las cartas muestran un gran estado de abandono y extrema pobreza entorno a las antiguas misiones e inician un proceso de reconsagración de templos y cementerios. Se interesan por el patrimonio cultural y proceden a la recuperación de espacios y bienes muebles como el caso del clavecín de Santa Rosalía de Mulegé recuperado por el padre Ignazio Salvatori (De Giuseppe, 2011).

Tijuana, por su cercanía con San Diego, se desarrolló a comienzos del siglo XX como centro turístico gracias especialmente a la permisividad del juego y las apuestas, el consumo de alcohol y la prostitución que dependiendo de las olas de moralidad y de la flexibilidad de los pasos entre México y los Estados Unidos generaron un turismo fronterizo (Bringas, 1991).

4. Congregación fundada por el Papa Gregorio XV en 1622 con el objetivo de evangelizar a pueblos no católicos. En 1982 fue renombrada por el Papa Juan Pablo II como Congregación para la Evangelización de los Pueblos

5. Este colegio pontificio fue establecido en 1867 por Pietro Avanzani y estuvo en funcionamiento hasta la creación en 1926 del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras.

Desde julio de 1917, Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, es nombrado administrador apostólico de Baja California. En enero de 1920, Silvino Ramírez, asume desde La Paz como delegado episcopal, muriendo en extrañas circunstancias en septiembre de 1922 sin llegar a implementar un plan de recuperación de sus parroquias. Los padres Alejandro Ramírez, sobrino del anterior, y Modesto Sánchez, Severo Alloero y César Castaldi sobreviven soportando la hostilidad del régimen callista manteniendo vivo el culto.

El gobierno de Plutarco Elías García que dio inicio a la llamada Guerra Cristera (1926-29) y a la implementación de la nueva Ley Reglamentaria de Cultos de 1932 que limitaba el ministerio a los sacerdotes católicos también se dejó sentir en Baja California. En este periodo es cuando se dinamita Santa Rosalía de Mulagé, caso en el que existe controversia porque se constatan dos versiones, su destrucción porque el lugar amenazaba ruina y otra que argumenta un caso de radicalismo anticlerical. El padre Modesto Sánchez Mayón estaba asignado en Santa Rosalía y por la situación de inestabilidad tuvo que trasladarse a Ensenada y Tecate y pasar a La Paz y al refugio de la Isla de Espíritu Santo en los momentos de mayor agresión.

Ante esta situación se produce el quinto mandato misional. Los Misioneros del Espíritu Santo asumen el Vicariato de la Baja California en La Paz en diciembre de 1939, con Felipe Torres Hurtado MSpS, como administrador. El gobierno de Ávila Camacho (1940-46) puso fin a los conflictos religiosos al declararse creyente aunque no realiza modificación alguna de la legislación vigente. En este periodo, en 1944, el vicariato traslada la sede de La Paz a Ensenada y dos años después a Tijuana. El desarrollo de la frontera norte frente al sur sudcaliforniano y la falta de vías de comunicación entre ambas zonas separadas por el desierto central plantearon en 1947 la separación del vicariato que fue aceptada por el papa Pío XII. Así mientras el norte consolidó una iglesia diocesana el distrito sur, siguiendo su carácter misional fue encomendado a los Misioneros Combonianos del Sagrado Corazón de Jesús, con sede central de Verona (Véneto, Italia), la sexta congregación misional. La reorganización de la iglesia sudcaliforniana conllevó la creación de la prefectura apostólica de La Paz el 13 de abril de 1957 articulada en parroquias. El padre Modesto Sánchez Mayón pide su traslado a Loreto y aunque pertenecía al clero diocesano se compenetró con el proyecto de los misioneros combonianos. La llegada de éstos a Baja California se produjo el 15 de febrero de 1948. Por la legislación vigente tuvieron que ingresar en el país con el nombre de Misión Cultural de

Italianos A.C., aunque el gobierno estaba informado que eran religiosos. Su llegada no pasó desapercibida ya que cuando se trasladaban a la parroquia de La Paz, hoy Catedral, fueron detenidos Monseñor Felipe Torres Hurtado y el párroco Agustín Alvares por ir con sotana cuando estaba prohibida en la vía pública. Se produjo una protesta que agrupó unas 500 personas liderada por Julián Rivera, excombatiente cristero y se produjo su liberación inmediata.

La inauguración de la carretera transpeninsular en diciembre de 1973 y la creación del Estado de Baja California Sur el 24 de septiembre de 1974 comportaron la creación de un nuevo vicariato con sede en la Paz en 1976. Los combonianos permanecieron al cargo del territorio hasta ese momento entregando progresivamente los templos a su cargo. Finalmente, el 21 de marzo de 1988 se constituyó la diócesis de La Paz mediante la Bula Papal *Quandoquidem Consilium* de Juan Pablo II.

Tras los acuerdos de relación entre México y la Santa Sede de septiembre de 1992, el gobierno concedió a la Iglesia un precario reconocimiento legal como asociación religiosa, y reestableció sus relaciones diplomáticas. Se inició así un proceso de reorganización por parte de la Conferencia Episcopal Mexicana, que obtuvo la autorización del papa Benedicto XVI para crear en enero de 2007 cuatro provincias eclesiales y la nueva estructura de arquidiócesis y diócesis. El vicariato apostólico de la Baja California pasó a ser Provincia Eclesiástica de Baja California, con sede arzobispal metropolitana en Tijuana que se articulaba en cuatro diócesis: Tijuana (creada en 1964), Mexicali (creada en 1966), la nueva de Ensenada (creada en 2007), que se agrupan en el Vicariato de Baja California, y La Paz (creada en 1988) que se convierte en sede del vicariato de Baja California Sur.

LA CONSERVACIÓN, GESTIÓN Y VALORIZACIÓN DE LAS ANTIGUAS MISIONES JESUÍTICAS DE BAJA CALIFORNIA

Tras su cierre a mediados del siglo XIX, las exmisiones jesuíticas como el resto de misiones sudcalifornianas habían estado abandonadas tanto por las autoridades eclesiales como por el gobierno. A pesar de ello la población local había mantenido la custodia de los templos, en el contexto de la precariedad regional, especialmente en el caso de las comunidades de zonas rurales caracterizadas por el aislamiento.

En relación al expolio y a los saqueos de los templos misionales Antonio Ponce Aguilar (2002) transcribe una carta fechada el 5 de agosto de 1940 enviada por el Teniente Bruce A. de Borbón Condé, de la Harding Military Academy en Glendora, California, al Coronel Rodolfo Sánchez Taboada, Gobernador del Territorio Norte de Baja California, denunciando uno de los múltiples robos que se hicieron a las misiones:

«Excmo. Sr. Gobernador: Ignoro si el Gobierno al digno cargo de V.E. haya dado permiso a un grupo de ciudadanos mexicanos y americanos para llevarse de la ex misión de San Francisco de Borja en la Delegación de Enseñada la biblioteca antigua, objetos de culto, y hasta la campana misional... debo avisarle a V.E. que los dichos objetos, que yo considero propiedad del gobierno, han sido llevados a Ensenada con el objeto de trasladarse oportunamente a Estados Unidos y de venderse en este país, como se ha hecho ya con uno de los mencionados libros raros, el cual se vendió en remate en Nueva York en más de quinientos pesos oro...afortunadamente supe el nombre del comerciante en Ensenada que encabezó la expedición...».

Uno de los hitos claves para México fue la aparición del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), organismo federal fundado en 1939 para garantizar la investigación, conservación, protección y difusión del patrimonio prehistórico, arqueológico, antropológico, histórico y paleontológico. Su creación durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-40) supuso un caso pionero a nivel internacional que sirvió de modelo a otros países para establecer sus organismos de protección del patrimonio cultural. La Ley Federal de monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricos del INAH de 1972 y su reglamentación vigente, obra del gobierno presidencial de Luís Echevarría (1970-76) permitieron desarrollar instrumentos pioneros de gestión del patrimonio cultural que se vieron favorecidos con la creación de los centros regionales de Baja California y Baja California Sur. A nivel regional, en el marco de la implementación de políticas de descentralización se establecieron leyes propias como la Ley de Preservación del Patrimonio Cultural del Estado de Baja California (1995), Ley del Instituto de Cultura de Baja California (1996) y, posteriormente la Ley de creación del Instituto Sudcaliforniano de Cultura (2003).

El desarrollo turístico en Baja California tuvo su origen en dos polos específicos: el turismo transfronterizo en Tijuana y la ciudad de La Paz que, en su calidad de zona libre desde 1939, atrajo al turismo mexicano urbano.

El 20 de septiembre de 1944 se constituyó el Comité Pro-reconstrucción del Templo de Loreto. En julio de 1948 el padre Modesto Sánchez Mayón recibe el reconocimiento de la Secretaría de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa⁶ como responsable de las obras de reconstrucción del templo que aun mostraban los daños del sismo de 1878. Ese mismo año se celebraban los 250 años de la Fundación de la Ciudad de Loreto y los 200 de la construcción de la misión de Nuestra Señora de Loreto. En 1950 se reorganiza el Comité e inician las obras con fondos obtenidos mediante la participación popular a través de quermeses dominicales donde se vendían platillos loretanos servidos por voluntarias para la financiación del proyecto (Castorena Davis, 2007). La iniciativa también contó con el apoyo del gobernador de Baja California Sur, el General Agustín Olachea (1946-56), y del Obispo Alfredo Galindo Mendoza. Las obras terminaron el 25 de agosto de 1957. En 1948 promovió también los trabajos de recuperación y mejora del camino entre Loreto y la misión de san Javier. La intervención tuvo el reconocimiento de la Santa Sede y el Papa Juan XXIII le otorgó el título honorífico de Monseñor en 1960. En esa estancia en Italia viaja a Ancona y decide construir una réplica de la Santa Casa de Loreto, obra póstuma donde se encuentra su tumba.

En Todos Santos, el padre comboniano Mario Franco hizo reformas a la iglesia de Nuestra Señora del Pilar y añadió la nave principal contemporánea al templo que habían construido los frailes dominicos Fernández Salcedo y José Armesto en 1786. La misión jesuítica anterior no se conserva. La última remodelación fue realizada en los años 90 a cargo del padre Juan Gómez Esqueda. La imagen que se muestra en su interior puede proceder de la antigua misión de Nuestra Señora del Pilar Airapí.

En relación con el patrimonio documental y su estudio histórico fue clave la creación del Departamento de Difusión Cultural de la Universidad Autó-

6. Esta institución es la heredera de la gestión de los bienes eclesiásticos nacionalizados con las Leyes de Reforma, antecedente de la Ley de General de Bienes Nacionales. En el sexenio de 1971-1976, fue denominada Secretaría de Patrimonio Nacional y actualmente corresponde a la Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural, adscrita en 1994 a la Secretaría de Educación Pública e integrada al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes en 1997.

noma de Baja California en 1961, cuya dirección recayó en David Piñera. En 1969 se creaba el Archivo Histórico de Baja California Sur, impulsado por Miguel de León Portilla⁷ y unos años después, en 1975, en virtud de un convenio entre la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma de Baja California se constituía el Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC. Este organismo se radicó en Tijuana bajo la dirección de David Piñera y es hoy el Instituto de Investigaciones Históricas de la UABC.

En 1973 el INAH decide fundar en Hermosillo (Sonora), el Centro Regional del Noroeste con competencias en Sinaloa, Sonora y la península de la Baja California que estuvo a cargo de Arturo Oliveros.

En este momento destacan los primeros trabajos de investigación sobre el Camino Real, propuestos por Harry W. Crosby (1974, 1977, 1994, 2008) y Miguel Mathes (1974, 2002, 2009). Mathes (1976) ya advertía en esos años sobre la importancia de la preservación de las misiones peninsulares y los tramos del Camino Real Misionero.

En el sexenio del presidente Luís Echeverría (1971-1976), la Secretaría de Patrimonio Nacional emprendió un programa de salvaguarda y mejora de los centros históricos como efecto del denominado Plan Guanajuato. En este contexto se inician acciones en Loreto (Ortiz Macedo 2007). El INAH inició la restauración de la antigua misión jesuítica de Nuestra Señora de Loreto y los edificios adyacentes. Las intervenciones realizadas en el templo, a pesar de la buena voluntad por el padre Modesto Sánchez Mayón, no habían seguido los criterios profesionales vigentes en ese momento y se procedió a consolidar estructuras y recuperar los volúmenes originales. Uno de los temas más polémicos fueron la torre-campanario y los relojes que habían sido incorporados en las obras anteriores pero que se había integrado en el imaginario y en la identidad de la comunidad local como símbolo de la recuperación del patrimonio loretano. La reacción popular no se hizo esperar y la comunidad se manifestó frente a la iglesia haciendo desistir al INAH que modificó el proyecto.

7. En su obra editada en 1995 sobre *La California Mexicana, ensayos acerca de su historia* se plantea además de una revisión de sus trabajos, una perspectiva historiográfica sobre las investigaciones históricas en la región.

En este proceso se intervino también el edificio del siglo XVIII anexo a la misión, que había sido almacén y cuartel del destacamento militar en época colonial, así como escuela y cárcel en época republicana. La construcción mostraba aún los efectos del terremoto de 1878. Este edificio se destinó a albergar la sede del Museo de las Misiones Jesuíticas, que fue inaugurado el 1 de diciembre de 1973, actualmente Museo de las Misiones de Baja California bajo la dirección de Joaquín Muñoz Rendón. Se incorporó a la Red de Museos del INAH y actualmente también cuenta con el apoyo del Instituto Sudcaliforniano de Cultural del gobierno estatal de Baja California Sur. El museo tiene un acervo compuesto por 272 piezas, la mayor parte en exhibición. La colección está formada por documentos, esculturas, óleos, objetos litúrgicos, vestimenta de misioneros, armas y herramientas, y elementos de la vida cotidiana de los pueblos peninsulares que habitaban en la zona a la llegada de los jesuitas. Destacan en especial la escultura de el Cristo yacente, del siglo XVIII, realizado en madera policromada que representa a Cristo en su sepulcro con un mecanismo que permite que los brazos se extiendan como Cristo crucificado; tres óleos procedentes de la Misión de Nuestra Señora de Loreto (conserva asimismo los otros tres oleos que completan la colección de templo: Santiago el Menor, San Ignacio de Loyola y La entrada de Cristo a Jerusalén) y obras impresas como el Catecismo histórico (1681) y el Libro de comentarios del eclesiástico (1701). Cuenta con seis salas y un espacio de exposiciones temporales, así como un jardín cultural. Fue remodelado en 2010 y recibe un promedio de mil visitantes mensuales.

En ese período también se procede a la restauración de la antigua misión de Santa Rosalía de Mulegé, adecuando al culto la antigua sacristía (Ponce Aguilar, 2002).

A finales de los 60 se desarrolló también el turismo asociado a la pesca deportiva que atrajo principalmente a estadounidenses de la costa oeste.

La península de California se posiciona en esos años en el punto de mira de la creación de los polos de crecimiento o centros integralmente planeados (CIPs), conocidos como el modelo turístico mexicano. A partir de 1974 inicia la implementación del plan maestro de turismo promovido por el Banco de México y la CEPAL por parte del Fondo Nacional de Fomento al Turismo (FONATUR) que contemplaba la creación de cinco CIPs que siguen en marcha: Cancún (Quintana Roo), Ixtapa (Guerrero), Huatulco (Oaxaca) y Loreto-Nopoló y el Corredor de Los Cabos, estos dos últimos en Baja Califor-

nia Sur (Villegas, 2007). Las acciones se centraron inicialmente en la dotación de infraestructuras de comunicación y en el fomento de la inversión de emprendimientos turísticos. Este desarrollo afectó a La Paz como único destino comercial y turístico hasta el momento de la península⁸.

Los CIPs proyectados para la Baja California Sur eran destinos de turismo vacacional dirigidos a turismo extranjero, básicamente estadounidense (California y Nevada) y canadiense, de alto poder adquisitivo. Los Cabos consiguió un posicionamiento destacado y se ha convertido en el principal destino turístico de la región. Fue favorecido por el turismo de cruceros de México, ahora en crisis, por las cancelaciones derivadas de los episodios de violencia en Acapulco y Mazatlán desde 2011 que han afectado a la denominada Riviera Mexicana del Pacífico, a lo que Ganster y Gámez (2012) suman que el rápido crecimiento que no ha generado un modelo sostenible, especialmente en lo social.

El turismo en el polo Loreto-Napoló no se implementó como se esperaba con un bajo impacto en los tres municipios afectados: Comondú, Mulegé y Loreto, a pesar de las importantes inversiones realizadas en los últimos años en obras e infraestructuras básicamente dirigidas al turismo vacacional y segundas residencias para extranjeros (Ganster y Gámez, 2012).

Entre 1984 y 1985 se fundan los Centros Regionales de Baja California Sur y Baja California del INAH con sedes respectivamente en la ciudad de La Paz y Baja California en la ciudad de Mexicali. Este será un hito clave en el proceso de descentralización y la política de proximidad del gobierno federal en relación con las políticas y acciones sobre el patrimonio cultural.

En 1991, en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), se planteó la modernización de las relaciones del Estado con las iglesias y las confesiones, produciéndose a comienzos de 1992 las consecuentes reformas constitucionales. Pocos meses después, el 15 de julio, se expedía la Ley Reglamentaria de Asociaciones Religiosas y Culto Público, mediante la que se otorgaba un

8. Ángeles y Gámez (2004) señalan que también contribuyeron al receso del turismo en La Paz las devaluaciones del peso en 1976 y 1982 y su depreciación frente al dólar, así como la apertura comercial con la firma del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) que comportó la libre circulación de mercancías importadas en todo el país.

marco normativo que abría una nueva etapa en el ámbito de las relaciones entre el poder público y las confesiones religiosas y, en el caso que nos ocupa con la Iglesia Católica. En ese contexto se promovió la reanudación de relaciones diplomáticas entre México y el Vaticano en septiembre de 1992 tras el proceso de reformas antes comentado. Hasta el momento existía un «modus vivendi» no escrito por la ausencia de relaciones bilaterales (Molina Meliá, 1997). Sin duda fue clave el diálogo abierto tras la segunda visita del Papa Juan Pablo II a México en 1990 con el presidente Salinas de Gortari.

La Diócesis de Tijuana, en virtud de los cambios establecidos, recibió la gestión de Santa Gertrudis la Magna no sólo para la práctica de culto sino para realizar su conservación y gestión. El padre Mario Menghini Pecci, misionero comboniano, estuvo a cargo de la conservación del templo entre 1990 y 1997 y fue clave para impulsar un programa de recuperación del patrimonio cultural de las misiones de la Diócesis de Tijuana que incluían también a San Francisco de Borja Adac y San Ignacio de Loyola Kadakaamán (Lazcano, 2011 y Ponce Aguilar, 2002). El Padre Pecci desde 1996 asumió como delegado de las Diócesis Episcopal para Diócesis Episcopal para la Restauración de las Misiones en Baja California, iniciativa que impulsó en colaboración con la asociación civil Mejibó, término cochimí que significa alegría o contento, con sede en Guerrero Negro.

El trabajo del Padre Menghini fue clave para la implicación de la comunidad y la valorización de sus tradiciones. Articuló a las familias de custodios de los sitios y a los ejidatarios de la zona. Se inicia también asimismo un proceso de trabajo en red para concienciar a las autoridades de los tres niveles de diversas instituciones sobre la importancia del patrimonio misional de las Californias.

En los años noventa, el gobierno mexicano, a través del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), inició un proyecto de conservación y activación del patrimonio cultural conformado por las misiones del Noroeste de México en los estados de Baja California, Baja California Sur, Chihuahua, Durango, Sinaloa y Sonora. Las construcciones de adobe eran las más susceptibles del deterioro por la poca valoración frente a las construidas en cantera. Muchas de ellas al perder sus cubiertas y aplanados había quedado expuestas a las inclemencias climáticas que había causado un gran deterioro. A diferencia de los sitios estadounidenses en México la mayor parte de los sitios históricos

misionales estaba desprotegidos, no contaban con cercados ni sistemas de control y vigilancia lo que los exponía al vandalismo y al saqueo.

A comienzos de 1995 tienen lugar las primeras reuniones de expertos para consolidar el programa del Camino Real Misionero de las Californias (CAREM) para establecer un equipo de trabajo y un programa de cooperación entre México y Estados Unidos de América. El 27 de abril de 1996 se firma el convenio binacional estando representados sendos gobiernos por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) de México y la Oficina del Estado de Patrimonio Histórico (State Office of Historic Preservation — OHP) del Departamento de Parques y Recreación del Estado de California⁹. Así, durante los días 27 y 28 de julio del mismo año, se realizó una reunión en Tijuana, Ensenada y San Diego con representantes de patrimonio y turismo de México¹⁰ y Estado Unidos de América¹¹ de instituciones públicas de los tres niveles de gobierno, centros universitarios y entidades del tercer sector que establecería un plan de acciones a medio, corto y largo plazo (Tresserras, 2006).

El Camino Real Misionero de las Californias se concibe como un corredor histórico que unió las Californias (Baja California y Baja California Sur en México y el Estado de California en Estados Unidos de América) para el paso de personas y bienes, fruto de la misión evangelizadora de los jesuitas,

9. La Oficina de Estado para la Preservación del Patrimonio Histórico de California gestiona el proyecto desde su sede de Sacramento. Por su parte el INAH coordina el proyecto desde la delegación del Centro INAH en Baja California en Mexicali. En 1997 se sumó la asociación cultural Corredor Histórico CAREM.

10. Por parte de México se contó con la participación del Gobierno del Estado de Baja California, Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca, Universidad Autónoma de Baja California, El Colegio de la Frontera Norte, Centro Cultural Tijuana, Municipio de Tijuana, Municipio de Ensenada, Secretaría de Turismo del Estado, Secretaría de Educación y Bienestar Social, Instituto de Cultura de Baja California, Unidos por Tijuana, A.C., Sociedad de Historia de Rosarito, Comité Rescate Misional de Ensenada, Oficina de Preservación Histórica del Departamento de Parques y Recreación de California, Consulado de México en San Diego e Instituto Nacional de Antropología e Historia.

11. En la Alta California colaboran activamente con la conservación y valorización de las misiones la Asociación de Estudios de California y la Fundación de Misiones de California.

franciscanos y dominicos para mantener comunicados a los centros misionales y que constituyó la frontera del noroeste de la Nueva España en la época colonial y que linealmente se articula entre la misión de San José del Cabo (Baja California Sur, México) y la de San Francisco Solano en Sonoma (California, Estados Unidos), con Loreto como nodo central (Kiy, McEnany y Monahan, 2006; León-Portilla et al., 2008; Mathes, 2010; Tresserras, 2006). Cabe destacar que si bien el patrimonio histórico es clave a lo largo del itinerario, se ha considerado igualmente el medio ambiente natural que fue modificado por el ser humano, en especial la denominada «oasidad» (Micheline Cariño y Castorena Davis, 2011), por lo que puede analizarse un paisaje cultural lineal, que combina lo cultural con lo natural, que caracteriza a este itinerario cultural.

El objetivo general del programa Camino Real Misionero de las Californias era desarrollar una iniciativa regional de carácter binacional, integral, interdisciplinar y multistitucional para la investigación, conservación, difusión, formación y protección legal del patrimonio cultural de las misiones del noroeste de México y sur de los Estados Unidos articuladas a través del corredor histórico.

Las acciones realizadas en las misiones se han centrado en la investigación arqueológica, histórica y antropológica; el desarrollo de la protección legal; la catalogación de bienes muebles e inmuebles en su condición de monumento histórico; la elaboración de diagnósticos sobre el estado de conservación de los bienes muebles e inmuebles; la realización de trabajos de conservación y restauración; la promoción de la formación comunitaria y técnica especializada para la conservación preventiva y de mantenimiento; la construcción de infraestructuras, adecuación de caminos y señalética; la difusión del patrimonio cultural misional; y el fomento a nivel nacional e internacional del intercambio académico; así como constituir el «Camino Real Misionero» como un eje de programas de desarrollo social y económico de la península al crear y ofrecer alternativas de turismo ecológico y cultural.

Entre los desafíos que enfrenta el Camino Real Misionero se propició la vinculación de los objetivos del programa para con los tres niveles de gobierno; la colaboración nacional e internacional en el desarrollo de los proyectos del programa; la participación de la sociedad civil en la conservación y preservación del patrimonio misional; la integración del expediente de la Ruta de las Misiones como itinerario cultural reconocido por la UNESCO; y, propiciar que las universidades consideren la formación de especialistas en la

conservación del patrimonio cultural asociado a la ruta dentro de sus planes curriculares.

El proyecto del Camino Real Misionero de las Californias¹² se incorporó en el Portafolio Permanente de Programas Consolidados en Cultura de la Unidad de Desarrollo Social, Educación y Cultura de la Organización de Estados Americanos en 2003 y fue actualizado en noviembre de 2006, en el marco de la Declaración y Plan de Acción de Cartagena de Indias en lo referente a los programas de cooperación horizontal entre los ministerios y las altas autoridades de cultura del espacio americano. Se sumó asimismo como uno de los quince casos de buenas prácticas del Plan Nacional de Cultura 2007-2012 en los que se seleccionaron experiencias que vinculaban la cultura con el crecimiento económico, la inclusión social y el desarrollo sostenible.

La Secretaría de Turismo del gobierno federal en el sexenio foxista 2000-06 contribuyó a apoyar la acción del INAH en los años 2003 y 2004 en lo relacionado la investigación y señalización turística de la Ruta de las Misiones en los estados de Baja California y Baja California Sur, siguiendo las acciones que estaba realizando en la Ruta de las Misiones de Sonora y en el proyecto del Camino Real de Tierra Adentro, cuyos trabajos extendían a lo largo de los estados de Aguascalientes, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Querétaro y Zacatecas (SECTUR 2005).

Miguel Mathes impulsó el proyecto para realizar el expediente de inscripción del Camino Real de las Californias (1533-1840) en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO desde la organización Corredor Histórico CAREM A.C. (Mathes, 2010). Esta iniciativa contaba con el apoyo del INAH y la Secretaría de Turismo de Baja California. Su fallecimiento en agosto de 2012 ha sido un duro golpe al proyecto.

Otra gran iniciativa que ha contribuido a dar a conocer el patrimonio misional del noroeste de México fue la exposición *Cicatrices de la fe: el arte de las misiones del norte de la Nueva España, 1600-1821* realizada en 2009 en el Colegio de San Ildefonso de la ciudad de México, que fue la sede de la Compañía. La exposición en su formato itinerante estuvo en el mismo año en el San

12. <http://www.oas.org/oipc/espanol/documentos/MéxicoProgramaCaminoReal-MisioneroCalifornias.doc>.

Antonio Museum of Art (San Antonio, Texas, EUA), en 2010 en el Centro Cultural de Tijuana (Tijuana, Baja California) y en el Museo Amparo (Puebla) y en 2011 en el Oakland Museum of California (Oakland, California, EUA). Era la primera vez que se exploraba de manera global la producción artística creada para y en las misiones nortefías en los siglos XVII y XVIII. Se reunieron alrededor de 130 objetos jesuitas y franciscanos, en técnicas y materiales variados, provenientes de colecciones mexicanas, estadounidenses y europeas, la mayoría de ellas jamás vistas fuera de sus sitios originales (Bargellini y Komanecy, 2009).

En esta línea el Centro de Investigaciones Culturales – Museo de la Universidad Autónoma de Baja California ha organizado la exposición temporal «*Santos patronos misionales. Historia y religión en Baja California. Siglos XVIII y XIX*» inaugurada en marzo de 2013 en su sede de Tijuana y comisariada por Mario Alberto Magaña.

BAJA CALIFORNIA

En 1997 el Centro INAH Baja California inició un Programa de Conservación de Sitios Misionales de Baja California¹³, coordinado por Julia Bendímez Patterson, en convenio con el gobierno del Estado de Baja California tomando medidas inmediatas de conservación correctiva y preventiva, con especial atención para las construcciones en adobe¹⁴, para asegurar su estabilidad a corto plazo. Asimismo planteó diseñar un plan de manejo a largo plazo, que involucrara todos los aspectos necesarios para la conservación y presentación adecuada al público de los sitios históricos misionales. Se estructuró un plan de acción que integró a los tres niveles de gobierno bajo la coordinación del Centro INAH BC. El proceso se inició con la limpieza general de predios y

13. <http://www.icbc.gob.mx/patrimonio-cultural/26-general/85-trabajos-de-proteccion-y-conservacion-en-los-sitios-misionales-de-baja-california> [último acceso: 9/8/2013]

14. Cabe destacar que se instauró una metodología específica consistente en la aplicación de capas protectoras que se elaboran a partir de una mezcla de cal apagada, tierra, arena cernida, estiércol y baba de nopal.

liberación de todos los elementos ajenos a la construcción original; construcción de cercados; diseño de accesos y casetas para custodios; rehabilitación de construcciones contemporáneas dentro de los predios; conservación de vestigios; consolidación en cimientos y base de muros; recubrimientos en muros de adobe; diseño de andadores peatonales, indicando recorrido ordenado dentro del sitio; diseño de sistemas de canalización para desviar el agua producida por lluvias, así como señalamientos y letreros al interior de los sitios misionales. Se realizan también acciones de limpieza y conservación preventiva, así como la dotación y mantenimiento de instalaciones de servicios y la señalización. Cabe destacar también que se han realizado trabajos de arqueología histórica en algunas misiones.

Ese mismo año se creaba el Corredor Histórico Camino Real de las Californias (CAREM) con sede en Tecate y con el apoyo del historiador Miguel Mathes (1936-2012). La entidad se constituyó como asociación cultural en 2003 con la finalidad de conservar y dinamizar este itinerario cultural, especialmente en la Baja California.

La labor vocacional del Padre Menghini, Delegado Episcopal para la Restauración de las Misiones de Santa Gertrudis y San Francisco de Borja-Adac seguía activa en este periodo, entrando en conflicto con el INAH por los criterios de intervención. Este hecho motivó que en octubre de 1997 se enviara un oficio dirigido al Padre Mario Menghini Pecci, en el que se comunicaban las disposiciones legales vigentes y las obligaciones de las asociaciones religiosas y de los organismos públicos responsables de la salvaguarda del Patrimonio Cultural de la Nación. En 1999, el INAH empezó las obras de recuperación de San Francisco de Borja Adac que tampoco quedaron libres de polémica. Para no tensar más la situación y articular a los actores se llega a un acuerdo de colaboración entre el Instituto de Cultura de Baja California que articulará las acciones con los municipios, el INAH que será responsable de las obras y criterios de conservación, la Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes que aportará recursos a través del FOREMOBA¹⁵ y la gestión de fondos y opera-

15. El Fondo de Apoyo a Comunidades para la Restauración de Monumentos y Bienes Artísticos de Propiedad Federal (FOREMOBA) —instaurado en 2002— apoyó

ción de los sitios que pasó a estar a cargo de la asociación cultural Comanjí¹⁶, vinculada a la Delegación Episcopal para la Restauración de las Misiones de Baja California de la Diócesis de Tijuana, que sustituyó a Mejibó A.C. Se destaca asimismo que el patrocinio privado de la Exportadora de Sal S.A. de Guerrero Negro. Comanjí A.C. es la entidad que gestiona ahora las misiones de Santa Gertrudis y San Francisco de Borja Adac.

La Secture-Secretaría de Turismo del Estado de Baja California implementó a comienzos del siglo XXI, la Ruta de las Misiones en el marco de una estrategia de diversificación de la oferta junto con otras propuestas como la creación de la Ruta del Vino, con la que se fortaleció la imagen de los valles centrales, la Ruta Gastronómica, la Ruta de Aventura y Eco-Turismo, la Ruta Rural, la Ruta de Caza y Pesca, la Ruta Bahías de San Quintín, Ruta Valle de los Gigantes, Ruta Bahía de los Ángeles y 4 guías de recorridos peatonales, los walking tours por Tijuana, Playas de Rosarito, Ensenada y Tecate (GEBC 2007). En el nuevo plan de marketing del estado para 2007-13 sigue siendo una de las rutas vinculadas con el segmento de turismo histórico y cultural (SECTURE 2007).

En abril de 2011 la Sociedad de la Antigua California¹⁷ realizó la presentación en Ensenada de una serie de monografías sobre las Misiones de Baja California. La primera de ellas sobre la Misión de Santa Gertrudis La Magna ha sido realizada por Carlos Lazcano (2011). Las siguientes obras están destinadas a las dos misiones jesuíticas de San Francisco de Borja Adac y Santa María y proseguirán con las franciscanas.

las obras de recuperación de San Francisco de Borja Adac (2003-05 y 2008-09) y Santa Gertrudis (2005-07).

16. Fue fundada el 21 de julio de 2003 en Tijuana. Recibe el nombre de Andrés Comanjí Sistiaga, indígena cochimí oriundo del poblado de Mulegé, bautizado por el Padre Sebastián de Sistiaga en el siglo XVIII. Han participado activamente sacerdotes de la Diócesis de Tijuana como los padres Gabriel Álvarez Castro, Antonio Chávez, Gabriel Fierro Nuño y Jorge Echeгойen Flores <http://www.comanji.org>

17. <http://www.antiguacalifornia.org>

BAJA CALIFORNIA SUR

Loreto se encuentra en un polo de desarrollo turístico planificado por el FONATUR que comportó la finalización en 1973 de la carretera transpeninsular que une la península de Baja California de norte a sur, las obras de la Misión de Nuestra Señora de Loreto y el Museo de las Misiones Jesuíticas y, un año después, la operación del Aeropuerto Internacional de Loreto. En 1992 se convirtió en municipio con un proceso de dinamización que se articuló con la celebración del tricentenario de la fundación de la capital histórica de las Californias, Loreto 1697-1997.

Un año después, en 1998, se organizó el Primer Festival Cultural Fundación La Paz con el lema «tu origen, tu historia, tu ciudad» que planteó la conversión de los espacios religiosos en espacios culturales dinamizados a partir de la programación de actividades como los ciclos de conciertos (Sauvage y Gámez, 2013). Este fenómeno se ha podido evidenciar en otros espacios misionales jesuíticos como las Misiones de Chiquitos y Moxos, en el oriente boliviano con la consolidación del Festival de Música Renacentista y Barroca Americana, así como en Córdoba y las estancias jesuíticas, en Argentina con el Festival Internacional de Música Barroca «Camino de las Estancias» (APAC 2008).

Estas dos actividades fueron la simiente para la creación de la Ruta de las Misiones y el Festival de las Misiones Jesuíticas.

En el año 2000, el gobierno de Baja California Sur impulsó la creación de la Oficina de Coordinación Estatal del Programa de la Ruta de las Misiones (CPERM) en colaboración con el INAH. Esta oficina se adscribió a la Coordinación Estatal de Programas de Bienestar Social. Esta iniciativa nació con el propósito de proyectar, en colaboración con la Secretaría de Turismo, el desarrollo turístico del legado de las antiguas misiones jesuitas creando un corredor turístico que llevaría el mismo nombre: «Ruta de las Misiones». En un principio trataba de articular los distritos históricos de Loreto, San Javier y el Triunfo. Se combinó la edición de materiales didácticos y de sensibilización para la comunidad local promovido por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, administrado por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura, así como un spot promocional en inglés y español titulada «*Ruta de las Misiones*», que incorporó fotografías y textos de Miguel Mathes y que se hizo en colaboración con el Fideicomiso Estatal de Turismo y la Coordinación Estatal de Promoción al Turismo de Baja California Sur (GBCS, 2005).

El Festival de las Misiones de la Antigua California que se inició en ese mismo año supuso un hito clave de carácter anual que permite posicionar una actividad dirigida tanto a la comunidad local y regional como a los turistas. Se estructuró un programa de actividades artísticas, culturales y recreativas promovidas por el Instituto Sudcaliforniano de Cultura del Gobierno de Baja California Sur y las direcciones de Cultura Municipal de los ayuntamientos de La Paz y Loreto, con el apoyo de CONACULTA, a través de la Dirección General de Vinculación Cultural y el INAH. Las actividades se programaron durante el mes de octubre, fecha en la que se celebra la festividad de la Virgen de Loreto (8 de septiembre) y las fiestas fundacionales loretananas (19-25 de octubre). El Festival se realiza anualmente en diferentes sedes de Baja California Sur: Loreto, Comondú, La Paz, Loreto, San Antonio y Todos Santos. El ciclo de conciertos, que tienen a la música barroca como uno de los principales atractivos tienen lugar en diferentes templos: la Misión de Nuestra Señora de Loreto y la Catedral de Nuestra Señora del Pilar de La Paz.

El festival, coordinado por José Luis Vázquez Ceja, en ese momento director del Museo de las Misiones Jesuíticas, pretendía dar un uso social contemporáneo de las misiones para hacer visible la urgencia de restauración del patrimonio misional (Sauvage y Gámez, 2013). El festival que viene organizándose regularmente hasta la actualidad puede ser un factor que contribuya a potenciar el patrimonio cultural misional mediante actividades diversas como conferencias, exposiciones y conciertos de música barroca. Según Sauvage A. y Gámez A.E. (2013) se definió como una política que pretendía integrar las misiones al desarrollo del estado e integrarlas como polos de desarrollo local así como potenciar el rescate de los senderos indígenas y jesuíticos, proteger las misiones e identificar actividades tradicionales, en particular la producción de vino y aceitunas.

El interés por generar propuestas de valorización del patrimonio con finalidad turística en el estado se evidenció con el proyecto de la Escalera Náutica del Mar de Cortés impulsado en el sexenio de Vicente Fox (2000-06), formalizado en febrero de 2001. Esta iniciativa planteaba promover un corredor turístico de 5.700 kilómetros de litoral del golfo de California para yates y pequeños veleros, con 28 escalas náuticas, 3 regiones turísticas integrales, compuestas por Rutas y Circuitos terrestres, 22 localidades de la costa y un puente terrestre que servirá para transportar yates y veleros del Océano Pacífico al Golfo de California. El proyecto se extendía a lo largo del litoral de los

estados de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa y Nayarit. La iniciativa fue cancelada en el siguiente gobierno de Felipe Calderón en febrero de 2007 y, a mediados de 2010, salieron a subasta pública las marinas propiedad del gobierno federal y los estados. La cancelación de varios cruceros en el Pacífico y la crisis del puerto de Acapulco han generado un impacto sobre el sector que está en fase de replanteamiento.

Se llegaron a estructurar ocho rutas turísticas¹⁸ que, en correspondencia con el modelo de los corredores, planteaban el desplazamiento entre las escalas y zonas del interior circundantes a cada puerto. FONATUR presentó la iniciativa que pretendía promover un «turismo de bajo impacto» ligado a un segmento de mercado de elevado perfil de gasto. Si bien hubo una reacción sobre el proyecto global por parte del sector conservacionista medioambiental y se realizaron una serie detallada de estudios y contraestudios no sucedió lo mismo en relación a los impactos socio-culturales. No se evaluó el impacto social, las oportunidades para la comunidad ni se estudió la capacidad de carga turística de las misiones y el patrimonio cultural afectado. Las misiones jesuíticas de Baja California Sur se integraron en una de estas rutas: la «*Ruta de misiones y puertos mágicos*» (FONATUR / SINGLAR 2004), que comprende dos circuitos: «*Misiones de la Sierra de la Giganta*» y «*Puertos Mágicos*». El primero es el de nuestro interés y presentaba una ruta circular para realizar en vehículo o cicloturismo que parte de Loreto e incorporaba las misiones jesuíticas de San Francisco Javier y San José de Comondú. La fase de implementación de la ruta contempló el desarrollo de señalética sin un plan de mantenimiento que aún es visible en algunas localidades, como advierten Sauvage y Gámez (2013) sobre las existentes en San José de Comondú que fueron financiadas por FONATUR y el estado de Baja California Sur. La privatización de la Escalera Náutica no supone la paralización del proyecto de inversiones inmobiliarias en la zona y es preciso articular un plan de acción para monitorizar y promover estrategias de desarrollo sostenible vinculado tanto con el turismo náutico como el residencial derivado de las inversiones promovidas en el contexto del megaproyecto inmobiliario.

18. http://www.marinas.fonatur.gob.mx/es/index_rutas.asp

En el año 2002, se crea la Universidad Autónoma de Baja California Sur en el Campus Loreto y dos años después pone en marcha la licenciatura de turismo alternativo, promoviendo segmentos mercado como el turismo cultural, el ecoturismo y el turismo de aventura. Surgió como respuesta frente a los CIPs de Baja California Sur y a la Escalera Náutica del Mar de Cortés. Ganster y Gámez (2012) señalan que si bien FONATUR remarca desde 2007 su compromiso con el turismo sostenible lo cierto es que tienen un bajo desarrollo en segmentos como el turismo de naturaleza y prácticamente inexistente en lo referente al turismo cultural. Cabe señalar que en estos últimos años se han desarrollado reflexiones que permiten contribuir a una planificación turística sostenible (Gámez, 2007; Ganster, Arizpe y Ivanova, 2007; Steinitz *et al.* 2005). Ganster y Gámez (2012) plantean que es necesario fomentar el turismo alternativo en Baja California, entendiendo éste como ecoturismo, turismo de aventura y turismo cultural.

Cabe destacar también el Programa Pueblos Mágicos, una iniciativa regional de la Secretaría de Turismo creada por el gobierno de Vicente Fox (2000-06) en colaboración con diversas instancias gubernamentales y gobiernos estatales y municipales, que pretende revalorar poblaciones singulares de pequeño o medio tamaño con valores que les vinculan a una supuesta identidad e imaginario colectivo de México. Esta iniciativa pretende mejorar la imagen urbana y potenciar el desarrollo a partir del turismo, especialmente por medio de una oferta lo más innovadora y original posible dirigida tanto al turismo nacional como extranjero centrada en una diversificación de segmentos y oferta de actividades que fortalezca su competitividad. En los últimos años se han vinculado tres localidades asociadas al Camino Real Misionero de las Californias: Todos Santos (2006) y Loreto (2012), en Baja California Sur, y Tecate (2012), en Baja California. Pueblos Mágicos pretende constituir una marca de calidad que han seguido otros países, como es el caso de la Red de Ciudades Patrimoniales del Ecuador o la Red de Pueblos Patrimoniales de Colombia. En este intercambio internacional, la Coordinación Nacional de Patrimonio y Turismo del CONACULTA adaptó desde 2012 el programa Vigías del Patrimonio Cultural que funcionaba con éxito en Colombia para el fortalecimiento de la cultura local y para el fomento del turismo cultural en los Pueblos Mágicos, a través de la formación de jóvenes y el diseño y operación del Programa a nivel municipal. Aún no se ha implementado en la península de California.

El programa se incrementó en el último sexenio, entre 2009 y 2012, pasando de 36 a 83 localidades lo que generó que se advirtiera, como señala Madrid Flores (2013) «*el riesgo que la marca perdiera credibilidad ante localidades que pueden ser cuestionables en términos del cumplimiento de los requisitos de participación*». El nuevo gobierno de Enrique Peña Nieto (2012-17) optó dar continuidad al programa pero propuso realizar un giro tomando la implicación y la participación de la comunidad local como eje prioritario y realizando acciones de evaluación y asistencia técnica incidiendo especialmente en la gobernanza y medidas de eficacia y eficiencia mediante la entente público-privada y en la generación de beneficios sociales para la comunidad. Se tendrán que evaluar oportunamente los resultados de esta política y su estrategia asociada.

En relación con nuestro objeto de estudio centrado en las misiones jesuíticas, Todos Santos está articulado mediante el Festival de las Misiones, pero es sobre todo Loreto el que ha apostado en su candidatura para dinamizar la Ruta de las Misiones como nodo articulador. En el año 2010 se realizó la renovación del Museo de las Misiones Jesuíticas y se procedió a la restauración en 2010-11 por parte del INAH de la colección pictórica de la Misión de Nuestra Señora de Loreto¹⁹. En 2011, la candidatura de Loreto a «Pueblo Mágico», centrada en la arquitectura, el paisaje y la gastronomía, impulsó al Ayuntamiento de Loreto a la realización de un catálogo documental y fotográfico del centro histórico que se efectuó en colaboración con la Universidad Autónoma de Baja California Sur – Campus Loreto y el Museo de las Misiones Jesuíticas del INAH. Loreto obtuvo la certificación de «Pueblo Mágico» en junio de 2012, con una propuesta que tiene como objetivo la valorización del

19. La Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural (CNCPC) del INAH intervino en 2010 la serie mariana (*Coronación de la Virgen María, Visita de la Virgen a Santa Isabel, Presentación de la Virgen al Templo, Nacimiento de la Virgen y Virgen de Guadalupe*) y en el siguiente año en obras de santos y arcángeles (*San Pedro Nolasco, San Juan de Mata, San Benito, San Francisco de Asís, San Felipe, San Judas Tadeo, San Bruno, San Bartolomé, San Rafael Arcángel y San Miguel Arcángel*). El Museo de las Misiones Jesuíticas de Loreto, que se encuentra junto a la Misión de Nuestra Señora de Loreto, conserva asimismo los otros tres óleos que completan la colección de templo: *Santiago el Menor, San Ignacio de Loyola y La entrada de Cristo a Jerusalén*, este último también restaurado recientemente.

patrimonio histórico, cultural y gastronómico del municipio. Se ha articulado una alianza estratégica y un compromiso entre el gobierno federal a través de la SECTUR, los gobiernos estatal de Baja California Sur y municipal de Loreto y sus diversas dependencias de estos órdenes de gobierno, el sector privado y la comunidad local para promover el valor cultural y turístico loretoano. Cabe destacar también la colaboración del INAH, el Parque Nacional Bahía de Loreto y organizaciones del tercer sector como Eco-Alianza de Loreto A.C., Sociedad Histórica de Loreto A.C. Cabe considerar la nueva iniciativa impulsada en 2012 de crear el «Festival Todos Santos y Loreto Pueblos Mágicos» que se presentó simultáneamente al XIII Festival de las Misiones Jesuíticas. Es preciso generar sinergias pero es preciso definir la identidad y contenidos diferenciados del nuevo evento.

Loreto presenta en su escudo el lema Capital Histórica de las Californias y en relación con la Ruta de las Misiones fue Cabeza y Madre de la Baja y Alta California. Desde Loreto se articulan dos circuitos entorno a las misiones: el circuito de Loreto y alrededores y el circuito de la Sierra de la Giganta y San Francisco Javier, en la microrregión de San Javier. El circuito de Loreto incluye la iglesia de Nuestra Señora de Loreto y el Museo de las Misiones, la Casa de Piedra²⁰ respectivamente; el sitio de Agua Dulce, lugar del desembarco del padre Juan María de Salvatierra, el sábado 19 de octubre de 1697 donde se construyó el primer real y la capilla provisional de la Virgen de Loreto, denominada *La peregrina*, que llegó el 25 de octubre del mismo año traída en procesión desde la galeota Santa Elvira, declarándose fundada la población; la Casa Santa de Loreto iniciada en 1974 por el padre Modesto Sánchez Mayón; así como las antiguas salinas de la isla del Carmen, cuya explotación se inicia en 1698. El circuito de la Sierra de la Giganta incluye la misión de San Francisco Javier Viggé Biaundó con su huerta, viñedos y olivares alledaños, en lo que fue el primer tramo del Camino Real; y los ranchos coloniales existentes

20. La Sociedad Histórica de Loreto, con apoyo del Centro INAH BCS, quiere valorizar este edificio que albergó el presidio colonial y la casa de gobierno, lugar simbólico para California ya que es donde se jura la Independencia de México y se firma el Acta de Adhesión a la República, respectivamente en 1822 y 1824.

alrededor entre los que destacan el rancho Las Parras en la zona alta de la sierra, que conserva una capilla de la Virgen de Loreto.

Destacan también las acciones realizadas en el marco del Proyecto Estratégico de Desarrollo Sustentable Oasis Sudcalifornianos, impulsado desde 2010 por el GEBCS y el INAH que tiene como objetivo rescatar el patrimonio natural, cultural e histórico de diversos poblados. En estos últimos años han realizado mejoras en edificios históricos y sus colecciones, infraestructuras viarias e imagen urbana en San Francisco Javier, San José²¹ y San Miguel de Comondú y San Luis Gonzaga.

La Ruta de las Misiones es un proyecto de dinamización turística que pretende articular Loreto con los clusters identificados de Comondú y Mulegé.

El nodo de la Ruta de las Misiones en Comondú está integrado por las antiguas misiones de San José de Comondú y San Luis Gonzaga, así como el poblado de San Miguel surgido en una antigua visitación. Frente al potencial del turismo cultural, en la actualidad el desarrollo turístico se concentra especialmente en la zona de Puerto Adolfo López Mateos vinculado a la observación del comportamiento de la ballena gris en su etapa reproductiva.

Con respecto a Mulegé, es el municipio menos beneficiado en relación con la dotación de servicios de apoyo al turismo, no obstante cuenta con importantes recursos culturales como las pinturas rupestres de la Sierra de San Francisco, inscritas en la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO en 1993, que pueden promover un turismo de nicho especializado en el turismo arqueológico (Tresserras, 2009), el antiguo núcleo minero de El Boleo de Mulegé vinculado al turismo industrial, así como en lo referente a las misiones y el paisaje cultural asociado, los conjuntos de Santa Rosalía, San Ignacio de Loyola, Guadalupe y La Purísima.

Sauvage y Gámez (2013) señalan que San Miguel y San José de Comondú son comunidades rurales con un valor patrimonial reconocido pero difusamente articulado. Ese es el principal problema de la Ruta de las Misiones tanto en Baja California como en Baja California Sur.

21. A finales de 2009 el INAH terminó la restauración de los óleos de la misión de San José de Comondú.

Cabe destacar otras iniciativas de sensibilización. El INAH entregó a la comunidad de Santiago la campana de la antigua misión y la imagen del mismo nombre en el marco de las acciones para que la comunidad valore su patrimonio local (SPyDes 2012 – 1er informe). En este sentido Julia Bendímez explicita la importancia de la sociedad civil y la participación comunitaria (2010) en el proceso de gestión y valorización del patrimonio misional.

MUSEOS Y CENTROS CULTURALES

Es importante constatar la existencia de centros culturales, museos y colecciones vinculados al Camino Real Misionero que sería importante articular y fortalecer en una red temática (ver tabla 1), que se podría complementar con centros y/o puntos y/o actividades de interpretación si así se considera para activar el patrimonio cultural en colaboración con la comunidad local.

Tabla 1.

Museos y colecciones de Baja California y Baja California Sur relacionados con las misiones y el Camino Real Misionero de las Californias.

Localidad	Equipamiento cultural	Descripción	Titularidad
Cabo San Lucas, Los Cabos, BCS	Museo de Historia Natural (2006)	Aun siendo un museo de ciencias naturales dedica un espacio a la historia de los pobladores de la zona y a la época misional y republicana	-
Cabo San Lucas, Los Cabos, BCS	Pabellón Cultural de la República (2011)*	Está proyectado un espacio museístico centrado en la biodiversidad y diversidad cultural en Baja California Sur.	Ayuntamiento de Los Cabos

* El Pabellón de la República es un megaequipamiento cultural construido para promover la biodiversidad y la diversidad cultural de la Baja California Sur en el contexto mexicano aprovechando el potencial turístico de Los Cabos como destino vacacional y turismo de cruceros en la denominada Riviera Mexicana del Pacífico. Fue uno de los proyectos del Bicentenario de la Independencia de México y del Centenario de la Revolución Mexicana (1810-2010). En este momento solo se ha inaugurado la primera fase y el proyecto se encuentra en proceso de reformulación.

Localidad	Equipamiento cultural	Descripción	Titularidad
El Triunfo, BCS	Museo de la Música (2003)	Historia de la música en Baja California sur	Casa de la Música, en convenio GBCS
Ensenada, BC	Museo Histórico Regional (1995)	Comunidades indígenas, historia misional y objetos del galeón de Manila, historia republicana. Historia local de la ciudad de Ensenada	INAH
La Paz, BCS	Museo Regional de Antropología e Historia de Baja California Sur (1981)	Comunidades indígenas, historia colonial misiones, perlas y minas	INAH
Loreto, BCS	Museo de las Misiones de Baja California (1973)	Historia de las misiones jesuíticas de Baja California ss. XVII-XVIII	INAH
Mulegé, BCS	Museo Comunitario de Mulegé	Museo de historia y cultura local. Ubicado dentro del Centro Cultural S. XXI «Prof. Néstor Agúndez Martínez».	Museo comunitario
San Ignacio, Mulegé, BCS	Museo de las Pinturas Rupestres de la Sierra de San Francisco (1994)	Unidad de Información y Manejo de la Zona Arqueológica Sierra San Francisco. Ubicada junto a la iglesia de San Ignacio. Una sala de exposición permanente donde se exhibe una réplica de una pequeña parte de la Cueva Pintada y fotografías sobre las misiones de la región	INAH
Tecate, BC	Centro Cultural Corredor Histórico Camino Real Misionero de las Californias – CAREM	Promotores del Proyecto Camino Real Misionero de las Californias	CAREM A.C.
Tijuana, BC	Instituto de Investigaciones Culturales — UABC Museo. Universidad Autónoma de Baja California	Arqueología e historia de las comunidades indígenas naticas, el periodo colonial y republicano, con especial atención a las migraciones	UABC

Localidad	Equipamiento cultural	Descripción	Titularidad
Tijuana, BC	Museo de las Californias – Centro Cultural Tijuana CECUT (2000)	Museo de historia regional con salas referidas al periodo misional	CONACULTA
Todos Santos, La Paz, BCS	Museo Comunitario	Historia precolombina, misional y republicana de Todos Santos	Museo comunitario

LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL INMATERIAL

El patrimonio cultural inmaterial vinculado con las misiones se mantuvo a través de las fiestas patronales y fundacionales, así como en las principales festividades religiosas relacionadas con el calendario litúrgico (ver tabla 2). Es preciso realizar un estudio detallado sobre el tema que ahonde en la memoria histórica, esencial para garantizar la participación de la comunidad en la valorización del patrimonio y en la identificación, si es así considerado, de oportunidades de desarrollo.

México ratificó en abril de 2006 la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial de la UNESCO (2003) y sistematizó el inventario de las principales manifestaciones desde CONACULTA, recopiladas en el Sistema de Información Cultural (SIC).

Destacan de forma especial las fiestas patronales de San Francisco Javier en la Baja California Sur y Santa Gertrudis y San Francisco de Borja en Baja California. Todas ellas conservan las romerías que llegan procedentes de los ranchos y poblaciones en carreta y cabalgatas, con las misas de vigilia, la procesión por el atrio el día del santo y el aspecto festivo que le sigue con feria de productos locales. En el caso de San Francisco Javier se han conservado cantos religiosos como «Los gozos de San Francisco Javier» y «Las doce palabras torneadas», en la lista de patrimonio cultural inmaterial de México en riesgo y en Santa Gertrudis la música de los llamados «Los amarradores» que entonan las tradicionales mañanitas y cánticos dedicados a la santa. En San Francisco de Borja, el día del santo se realiza la escenificación de la llegada de los misioneros y soldados españoles con vestimenta a la usanza. San Javier es una de las más masificadas, con peregrinos que llegan especialmente desde Loreto con dife-

rentes medios de transporte y desde Ciudad Constitución donde se mantiene la tradición de llegar a caballo o en carretas ornamentadas.

Este patrimonio vivo se suma a las celebraciones de Semana Santa, Fiestas Patrias, Todos los Santos y Día de Difuntos, las Fiestas Guadalupanas y Navidad, que se caracterizan por las pastorelas, muy arraigadas en el territorio sudcaliforniano, muy posiblemente originadas también en el periodo misional ya que el teatro misionero con propósito evangelizador y catequizador fue desarrollado especialmente tanto por jesuitas como franciscanos. Este patrimonio sudcaliforniano precisa de la toma de medidas frente al riesgo de caer en la banalización como está ocurriendo por la turistificación progresiva y la globalización por la mercantilización y el oportunismo derivado de la venta de bebidas y comidas (Flores, García y Hernández, 2010).

Tabla 2

Festividades y celebraciones vinculadas con las localidades fundadas en el periodo misional jesuítico. Elaboración propia a partir de Flores, García y Hernández 2010 y el Sistema de Información Cultural de CONACULTA.

	Festividad	Localidad
Enero	-	-
Febrero	-	-
Marzo	19 de marzo – San José	San José del Cabo, San José de Comondú
Abril	-	
Mayo	3 – Fundación de la ciudad de La Paz	La Paz
Junio	21 – San Luis Gonzaga	San Luis Gonzaga
Julio	25 – Santiago Apóstol	Santiago de los Coras
	31 — San Ignacio de Loyola	San Ignacio
Agosto	-	
Septiembre	4 – Santa Rosalía	Santa Rosalía de Mulegé
	8 – Virgen de Loreto	Loreto
	29 – San Miguel	San Miguel de Comondú
Octubre	10 – San Francisco de Borja	San Francisco de Borja Adac
	12 – Virgen del Pilar	Todos Santos
	Fiestas funcionales de Loreto 19 al 25 de octubre	Loreto
	Festival de las Misiones	Comundú, La Paz, Loreto, San Antonio, Todos Santos,

	Festividad	Localidad
Noviembre	-	
Diciembre	3 – San Francisco Javier Desde el 1 al 3	San Francisco Javier
	8 – Purísima Concepción	La Purísima

Es interesante señalar la importancia que ejerce el pasado y las tradiciones vinculadas con las misiones en el imaginario y la identidad de los niños y niñas que escribieron sus cuentos en el marco de la iniciativa «Biblioteca de Pequeños Creadores» de Conaculta (GBCS/ISSC/CONACULTA 2004). Se destaca a modo de ejemplo el cuento realizado por Ana Rosa Espinoza Pérez de 11 años sobre la fiesta de San Luis Gonzaga:

«En la fiesta de San Luis vienen como mil personas; cincuenta vienen a caballo. Cuando termina la misa, toda la gente saca al santo, los hombres lo llevan cargando como un bebé, solo los hombres lo cargan, pero los acompañan también las mujeres; el padre va rezando un rosario, y cuando termina, el hombre que va cargando al santo se lo pasa a otro y así siguen hasta llegar al cerro, allá termina el rosario y regresan a la misión rezando también [...]. Toda la gente que viene a la fiesta pone frente a la misión puestos de comida y venden tamales, sodas, machaca, birria, tortas, tostilocos, menudo, pozole y cerveza. Al medio día llega la cabalgata con guitarras y un carro con los instrumentos. Es entonces cuando empiezan a cantar las mañanitas al santo y otras canciones también. El baile empieza en la noche [...]. A medio baile se corona a la Reina de la Fiesta de San Luis Gonzaga; la reina se busca entre las muchachas más guapas que hayan cumplido sus 15 años [...]. En la fiesta de San Luis toda la población se reúne en el taste; las carreras son después de las 4 de la tarde. Entonces, vienen los caballos de los ranchos o del crucero, los jinetes ya vienen preparados para la carrera, pintan en el suelo una raya de cal que no pueden pasar los caballos, y al grito de ¡Santiago!, que grita un miembro del comité, arrancan bien recio para llegar a la meta, pero nadie sabe por qué se grita Santiago»²².

22. Es interesante señalar que los gritos ¡Santiago!, ¡Santiago y cierra España! O ¡Santiago y a ellos! Son los que empleaban los soldados que se encomendaban a Santiago Apóstol, patrón de España, al entrar en batalla. Es una figura hoy controvertida del Santiago ma-

El INAH BCS en el informe sobre oportunidades y necesidades de arte y cultura de las comunidades de base de Baja California Sur realizado por la International Community Foundation estableció una tipología de sitios misionales vinculados a la Ruta de las Misiones donde se han adaptado e incorporado las tres misiones fundadas por los jesuitas en Baja California: iglesias en buenas condiciones y con núcleo de producción (Nuestra Señora de Loreto²³, San Ignacio de Kadakaamán, San José de Comondú, San Luis Gonzaga Chiriyahuí, Santiago de los Coras, San Javier Viggé Biaundó, Santa Gertrudis, San Francisco de Borja); iglesias en excelentes condiciones y donde no existe núcleo de producción (San José del Cabo Añuití, Nuestra Señora de La Paz), iglesias en buenas condiciones y a punto de perder el núcleo de producción (Santa Rosalía de Mulegé, Santa Rosa de Todos Santos – construida por los dominicos), misiones y sitios misionales en los que no existe edificio ni núcleo de producción (Nuestra Señora de Los Dolores, San Bruno, Santa María) y misiones y sitios misionales en los que no existe edificio pero sí núcleo de producción (La Purísima Concepción de Cadegomó)²⁴ (Kiy, MacEnany y Monahan, 2006). Cabe señalar que las iglesias conservadas hasta hoy de Santa Rosa de Todos Santos, San Ignacio, Santa Gertrudis y San Francisco de Borja Adac fueron construidas por los dominicos y que las de Santiago de los Coras, San

tamoros del medioevo hispano que se trasladó a América en la figura no menos discutible de Santiago mataindios, cuya representación ha sido retirada de varios templos como es el caso de la Catedral de Santiago de Compostela. Los misioneros adaptan la figura del Santiago guerrero y en vez de caballo blanco y la cruz-espada lo representan montado en burro o mula y con una cruz en la mano. La otra representación es la de Santiago peregrino con el báculo en mano (González Galván, 1997; Portilla, 1992). Otro caso más para un estudio más detallado del patrimonio cultural inmaterial sudcaliforniano.

23. El espacio de los antiguos huertos misionales abandonados junto a Nuestra Señora de Loreto y el Museo de las Misiones ha generado una gran polémica recientemente por la concesión municipal a la empresa Soriana para el establecimiento de un centro comercial. El INAH ha suspendido las obras y se estudia actualmente un nuevo emplazamiento para el centro comercial. Sería de gran interés recuperar el espacio que constituiría un recurso cultural, medioambiental y turístico de gran interés para Loreto

24. <http://www.icfdn.org/publications/na2006/documents/ArteCult-FINAL-spanish-Feb2006.doc>.

José del Cabo Añuití, Nuestra Señora de La Paz y son construcciones realizadas posteriormente, ya en el México independiente.

La problemática que se vislumbraba como más acuciante es la necesidad de articular una estructura que fortalezca la gobernanza como factor clave para una planificación integral que contemple lo que fue el espacio misional, por lo que el proyecto iniciado sobre los oasis es fundamental para contemplar un plan del paisaje cultural. El Camino Real es sin duda un eje vertebrador entre los diferentes nodos ofreciendo una visión de conjunto. También es clave el proyecto “Integración Turística de los pueblos fundacionales de la región norte del estado» promovido por la UABC-Campus Loreto, el INAH-Loreto y el Parque Nacional Bahía de Loreto a través de un equipo interdisciplinar que está elaborando un diagnóstico sobre las potencialidades turísticas de Loreto, los Comondús y Mulegé. Esta iniciativa, que cuenta con el apoyo de las corporaciones locales pretende determinar la viabilidad de integrar la región como un destino con productos desarrollados sobre la base de la puesta en valor de sus recursos naturales y culturales. Se han detectado veintiuna comunidades con potencial de desarrollo regional para el turismo alternativo.

Obviamente cuando se identifiquen las principales necesidades y las acciones a seguir con los actores que las tienen que implementar será más fácil abordar cuestiones de índole financiera. Para la conservación es fundamental establecer acciones de conservación preventiva donde la participación e implicación de las comunidades es fundamental (Bendímez, 2010; Chávez, 2009).

CONSIDERACIONES FINALES

A modo de conclusiones es importante señalar en lo referente a las exmisiones jesuíticas que éstas fueron transferidas a los franciscanos y posteriormente a los dominicos hasta su progresivo abandono que culminaría en la primera mitad del siglo XIX. Cabe considerar un discurso integrador en lo referido al proceso colonial integrando las órdenes religiosas a otros actores claves como los soldados y mineros y rancheros, articulando los sitios misionales con los reales minas y ranchos, fundados también en época misional como el Real de Santa Ana (1748), El Triunfo de la Santa Cruz (1751), el Real de San Antonio (1756), Real o Realito del Oro y Las Gallinas (Amao Manríquez, 1997; Bernabéu, 2010).

La preservación de las misiones estuvo a cargo de custodios locales por el abandono tanto de las autoridades públicas como de las religiosas hasta que empezaron a estructurarse propuestas coordinadas entre los tres niveles de gobierno, las organizaciones culturales y religiosas y la comunidad local. En muchos casos por la propia despoblación y la falta de mantenimiento muchas de las misiones construidas en adobe quedaron reducidas a zonas arqueológicas. El expolio y los conflictos que ha vivido la zona también contribuyeron a incrementar el proceso. En los años 70 comienzan propuestas que promueven la conservación de las misiones pero no es hasta mediados de los años 90 que se empieza a consolidar un trabajo en red, vinculado al proyecto del Camino Real Misionero y a las iniciativas estatales de las Ruta de las Misiones en Baja California y en Baja California Sur.

Salvo Loreto y La Paz el resto de poblaciones corresponden a zonas rurales caracterizadas por el aislamiento y patrones de producción tradicionales vinculados a la ganadería, la agricultura, la pesca, y la silvicultura (Gámez y Ángeles, 2010). Por eso es clave la planificación del espacio patrimonial misional como paisaje cultural, integrando las zonas productivas que caracterizan los oasis sudcalifornianos de hoy en día, y vertebrándolos a través del Camino Real como itinerario cultural con un plan de manejo adecuado (López Morales y Vidargas, 2011). Para ello es fundamental consolidar la gobernanza del programa generando una coordinación entre las instituciones públicas federales, estatales y municipales, organismos eclesiales, entidades privadas y organizaciones del tercer sector y, especialmente, la comunidad, para la conservación, gestión y valorización del legado misional californiano.

Es de gran importancia valorizar los productos agroalimentarios de los oasis sudcalifornianos que incorporaron los jesuitas como las frutas secas; los dulces y jaleas —tanto de frutas autóctonas como foráneas—, las aceitunas sajudas y machacadas y el aceite de oliva, los vinos de dátil, uva y granada, el aguardiente y los quesos. Los paisajes culturales vinculados a los oasis con los palmerales y su producción de dátiles como los de San Ignacio, Mulegé, San José de Comondú, San Isidro y La Purísima; los olivares de San Francisco Javier; los viñedos y granados de San José y San Miguel de Comondú. Se sumarían los productos cárnicos donde se incorporaron técnicas de las comunidades indígenas como para la elaboración de la machaca. Un sello común y un trabajo coordinado para su valorización, promoción y comercialización contribuirían además de generar el trabajo en red entre los productores el fortalecimiento del destino turístico.

En lo relacionado al turismo cultural, se percibe en muchos casos la desvinculación de la comunidad local en la planificación y diseño de los programas de desarrollo local, como ya se había evidenciado en el caso de la Escala Náutica del Mar de Cortés, especialmente en lo relacionado con los recursos culturales. Si bien no se dispone de un estudio de público especializado que permita caracterizar el perfil detallado de visitantes, por las entrevistas realizadas es posible señalar que los proyectos de las Rutas de las Misiones Baja California y Baja California Sur, en el marco del Camino Real Misiones de las Californias, son aún iniciativas que precisan ser transformadas en productos de turismo cultural sostenible siguiendo las tendencias del turismo cultural internacional que en México requieren de más atención interinstitucional (Barreneche, 2007; Hiriart Pardo, 2012). No existen mecanismos de comercialización estructurados para el turismo cultural en los destinos ni de forma integral para las Rutas de las Misiones ya sea por estados o en el marco del proyecto binacional Camino Real Misiones. El perfil de público corresponde al turismo de proximidad, formado básicamente por la comunidad local y a turistas de segunda residencia, que es fundamental para consolidar las iniciativas pero que en este caso no son del todo conscientes de ser usuarios de dicha ruta ya que participan de acciones vinculadas como es el caso de las fiestas patronales. Es clave la participación de la comunidad local para evitar los conflictos posteriores derivados de la turistificación sin planificación que puede generar un proceso de banalización y episodios de turismofobia. Las misiones y los equipamientos museísticos reciben de forma desigual grupos escolares de procedencia local y regional y en menor medida turistas nacionales y extranjeros. En relación con los turistas extranjeros cabe diferenciar los que llegan motivados por las misiones y el Camino Real de las Californias, básicamente especialistas mexicanos de los estados de noroeste y estadounidenses procedentes de California y en menor medida Arizona. Es un segmento especializado bien en el tema misional y/o su paisaje cultural productivo asociado o bien por el itinerario cultural en su conjunto. La mayor parte de los turistas extranjeros incorporan la visita a las misiones como elemento complementario a la motivación principal de su visita relacionada con el turismo vacacional de litoral, turismo de pesca, turismo de cruceros y ecoturismo.

La sugerencia de Sauvage y Gámez (2013) para el caso de Los Comundús es aplicable a todo el antiguo territorio sudcaliforniano, la participación comunitaria es fundamental para la definición de modelos de desarrollo en-

dógeno que puedan generar oportunidades para los pobladores y contribuyan a la conservación y promoción del patrimonio cultural y natural. Es preciso tomar medidas de urgencia para la gestión del patrimonio cultural inmaterial, especialmente frágil frente a la turistificación y a la compleja articulación entre la tradición y la contemporaneidad. Los riesgos de la banalización y la transformación globalizadora en fiestas desvinculadas al territorio son evidentes. El desarrollo del turismo cultural puede generar también dualidades en las que la comunidad local se beneficia de pequeños emprendimientos pero queda excluida de las principales acciones, como advierte Guerreiro Marcón (2007) en las misiones guaraníes como São Miguel das Missões, en Rio Grande do Sul (Brasil).

En ese mismo sentido cabe mencionar el proyecto del Camino Real Misionero de las Californias que lideran el INAH, la Secretaria de Turismo de Baja California y CAREM A.C., que está a cargo de elaborar el documento para que el gobierno mexicano inscriba la iniciativa en la Lista Indicativa de Patrimonio Mundial de la UNESCO y puedan plantear elaborar el expediente en un futuro.

Sobre el Camino Real de las Californias, como itinerario cultural, siguiendo el enfoque metodológico del Comité Científico Internacional de Itinerarios Culturales del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), es un tramo del Camino Real Intercontinental español. Formaba parte de un sistema globalizado de comunicación articulada con todos los territorios dependientes de la Corona española. En el programa de valorización realizado a ambos lados de la frontera que separaban California de Nueva California se fortaleció el concepto de Camino Real Misionero ya que fundamentalmente la ruta se consolidó para el abastecimiento y contacto de las misiones, aunque articulaba también los presidios, reales de minas y ranchos. El concepto con el que se trabaja actualmente es el de Camino Real de las Californias acotando incluso cronológicamente su duración, 1533-1848 (León Portilla et al., 2008; Mathes, 2002, 2005, 2010). De todas formas cabe señalar que el Camino Real de las Californias no solo era una red de caminos de herradura ya que estaba articulado marítimamente tanto con Acapulco desde las primeras expediciones y Matanchel (el actual Matanchén junto al puerto de San Blas, Nayarit), desde donde cada mes de abril salía el cargamento que partía de México con abastos producto de las haciendas del Fondo Piadoso. La articulación con la contracosta era fundamental para el sostenimiento de las misiones californias-

nas, en la primera fase con la misión de Belén del Yaqui (hoy Puerto Yaqui, Sonora) y, posteriormente con San José de Guaymas (Sonora). A nivel regional las embarcaciones de los jesuitas mantenían rutas marítimas como la existente entre Loreto y bahía de los Ángeles para abastecer la misión de San Francisco de Borja Adac o las conexiones entre los puertos de Loreto y los puertos de la Alta California en San Diego y Monterrey. Manuel del Ocio también había creado su línea propia entre El Surgidero, en Los Cabos, y Matanchel (López Sarrelangue, 1968; Rodríguez Tomp y Altable, 2002). A través de las crónicas de Baegert (1989) y Clavijero (1986) tenemos números referencias a esta interconectividad que eran imprescindibles en los periodos de carestía cuando acudían a cargar granos, legumbres secas, manteca y ganado a la contracosta o realizaban el abastecimiento de las misiones por mar o con recuas de asnos o mulas. Es fundamental también tener en cuenta que San José del Cabo era escala de otro tramo del Camino Real Intercontinental español: la Ruta del Galeón de Manila o Nao de China (Tresserras, 2006). En este contexto regional, terrestre y marítimo, interconectado con otros espacios es preciso considerar la valorización dado el potencial que plantean las investigaciones realizadas (Bernabéu, 1989, 1992, 1994; Junco, 2011).

En relación con el expediente en curso para la Dirección de Patrimonio Mundial del INAH y el Centro de Patrimonio Mundial de la UNESCO es importante también generar sinergias con sitios ya inscritos del territorio y con experiencias similares como el Camino Real de Tierra Adentro que se inscribió en 2010. Baja California y Baja California Sur cuentan con tres inscripciones en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO, en relación al patrimonio cultural cabe citar las pinturas rupestres (1993) que incluyen la Sierra de San Francisco, La Pintada, San Julio, El Ratón, La Soledad, Las Flechas y La Música en los municipios de Comondú, Mulegé y Los Cabos, todas ellas zonas arqueológicas abiertas al público bajo custodia del INAH; y en relación al patrimonio natural, el santuario de ballenas en Lagunas de Vizcaíno, en Mulegé (1993) y las islas y áreas protegidas del Golfo de California en los estados de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa y Nayarit (2005).

A modo de conclusión es imprescindible tener en cuenta que el concepto de patrimonio es un concepto vivo que evoluciona con la propia humanidad, por lo tanto las normativas asociadas con su conservación y puesta en valor deben ser del mismo modo flexibles para adaptar cambios como los supuestos por la regulación del patrimonio intangible y los paisajes culturales. De todas

formas se han primar el concepto de la subsidiariedad para evitar problemas competenciales y favorecer la cooperación entre los agentes implicados en la tutela, preservación y puesta en valor del patrimonio cultural. La gestión del mismo presenta a su vez nuevos modelos de presentación al público y gestión ya que no basta únicamente con un marco legal adecuado. Es preciso diseñar una estrategia participativa con la comunidad para activar el patrimonio y diseñar las estrategias para su interpretación y presentación a los visitantes de la propia comunidad y a los turistas nacionales e internacionales. En lo referente a la gestión, los modelos mixtos público-privados o la privatización de determinados servicios que puedan ser gestionados por la comunidad local organizada contribuyen en algunos casos a garantizar una acción eficaz. A su vez pueden llegar a generar microempresas que permiten crear empleo y dinamizar otras actividades asociadas. Las misiones jesuíticas y en definitiva la Ruta de las Misiones en los estados de Baja California y Baja California Sur vertebrada en el proyecto binacional del Camino Real Misiones tiene un gran potencial pero es preciso vertebrar una red que se capaz de garantizar la sostenibilidad, sistematizar una oferta con productos atractivos y sobre todo tener en cuenta la rentabilidad para no generar falsas expectativas de desarrollo. La clave está en garantizar la participación social y la coordinación de los agentes locales y regionales. La Ruta de las Misiones es un producto que puede dirigirse a un segmento de público muy diverso según la articulación del segmento de público o nicho de actividad. Para su eficacia será clave generar una alianza estratégica con los agentes específicos del sector cultural y turístico para garantizar el éxito. Es preciso como comenta Barreneche (2007), directora de desarrollo de turismo cultural de la Secretaría de Turismo, que se definan líneas de acción para el fortalecimiento del destino y la oferta de productos y servicios de turismo cultural mediante la coordinación interinstitucional, la inversión en infraestructura y equipamiento, el desarrollo de actividades empresariales, el fortalecimiento de capacidades locales, la animación de los sitios culturales, la investigación y la divulgación, la promoción y la comercialización y, de modo especial, la profesionalización.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar queremos agradecer de forma póstuma a Miguel Mathes, profesor emérito de la University of San Francisco, por su tenacidad y su capa-

cidad de transmitir ese amor y cariño por el proyecto del Camino Real Misionero de las Californias en ese sueño y empeño por verlo inscrito en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO que le guió especialmente en los últimos momentos de su vida. Requiescat in pace.

Del mismo modo a todos aquellos que han contribuido con sus comentarios y opiniones al texto. En especial a Francisco López Morales y Francisco Vidargas de la Dirección de Patrimonio Mundial del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Miguel Ángel Sorroche de la Universidad de Granada, Javier Gaitán Morán de la Universidad Autónoma de Baja California Sur, Mirentxu Barreneche de la Secretaría de Turismo – SECTUR del Gobierno Federal, así como a Pilar Rincón, enlace del Camino Real de Tierra Adentro ante la Conferencia Nacional de Gobernadores – CONAGO.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amao Manríquez, J.L. (1997): *Mineros, misioneros y rancheros de la antigua California*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Editorial Plaza y Valdés.
- Ángeles M. y Gámez, A.E. (2004): «Crecimiento turístico y desarrollo humano en Baja California Sur», *Seminario de Investigación sobre la Cuenca del Pacífico*, Colima, Manzanillo: Facultad de Economía-Centro Universitario de Estudios e Investigaciones sobre la cuenca del Pacífico-Centro de Estudios APEC-Universidad de Colima, Nov 18-20. <http://apec.ucol.mx/Sem04/MesaII/AlbayManuelAngeles.swf> [último acceso: 9/8/2013].
- Asociación Pro Arte y Cultura. (2008): *Estudio de demanda del VII Festival Internacional de Música Renacentista y Barroco Americana Misiones de Chiquitos*, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia.
- Bargellini, C. (2002): «Misión de San Francisco Javier, Baja California, México», en Alcalá L.E. (Ed). *Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica*, Madrid: Fundación Iberdrola-Ediciones El Viso, págs. 383-389.
- (2009): «Asia at the Spanish Missions of Northern New Spain», D. Pierce, D. y Otsuka, R. (Eds.): *Asia and Spanish America: Transpacific Artistic and Cultural Exchanges, 1500-1850*, Denver: Denver Art Museum, págs. 191-199.

- Bargellini, C.; Komanecky, M. (2009): *El arte de las misiones del norte de la Nueva España, 1600-1821. Cicatrices de la fe*, México: UNAM-CONACULTA-Mandato Antiguo Colegio de San Ildefonso.
- Barreneche, M.C. (2007): «Programa de Desarrollo de Turismo Cultural 2007-2012», en *3ª Reunión Nacional de la Red para el Desarrollo de Productos Turísticos*. Ciudad de Guanajuato, México — 20 y 21 de agosto de 2007. SECTUR. <http://www.sectur.gob.mx/work/models/secturing/Resource/14192/TURISMOCULTURAL10.pdf> [último acceso: 17/8/2013].
- Beltrán Quibrera, J.M. (2010): *Baja California Sur*. Colección Historia de las instituciones jurídicas de los estados de la República Mexicana. Comisión especial encargada de los festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana del Senado de la República, México: Instituto de Investigaciones Jurídicas— UNAM-Senado de la República. <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/7/3145/4.pdf> [último acceso: 9/8/2013].
- Bendímez Patterson, J. (2010): «The communities of Baja California and their participation in the defence of their archaeological legacy», *Society for Californian Archaeology — SCA Proceedings*, Volume 24 (2010) <http://www.scahome.org/publications/proceedings/Proceedings.24Bendimez.pdf> [último acceso: 7/8/2013].
- Bernabéu Albert, S. (1989): «Sobre intercambios comerciales entre China y California en el última tercio del siglo XVIII. El oro suave», en *El Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones históricas: metodología y estado de la cuestión*, Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, págs. 471-484.
- (2010): «Velázquez en el Purgatorio: los días y los trabajos de un científico en California», *Revista de Indias*, Vol 70 (248), págs. 213-238.
- Bringas, N.L. (1991): «Diagnóstico de sector turístico en Tijuana», en Bringas, N.L. y Carrillo, J. (Eds.). *Grupos de visitantes y actividades turísticas en Tijuana*, Tijuana: Cuadernos Colef. El Colegio de la Frontera Norte, págs. 17-46.
- Cano Delgado, J.J. (2009): «La recuperación y revalorización del patrimonio y su relación con el desarrollo territorial: el centro histórico de Loreto y el Camino Real Misionero de las Californias (Baja California Sur-México). Un ejemplo para Canarias», en *XII Simposio sobre Centros*

- Históricos y Patrimonio Cultural de Canarias, Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio (CICOP)*, San Cristóbal de La Laguna, 21-23 mayo 2009. <http://www.jjcano.com/wp-content/uploads/Docs/Art%C3%ADculo%20XII%20SIMPOSIUM%20CENTROS%20HIST%C3%93RICOS.pdf> [último acceso: 7/8/2013].
- Cariño Olvera, M. y Castorena Davis, L. (2011): «Las misiones jesuíticas de Baja California Sur (167-1768): cambio cultural/ambiental», en: Sorroche Cuerva, M. A. (2011a) (Ed.). *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California*. Granada: Editorial Atrio, págs. 113-162.
- Castorena Davis, L. (2007): «Un recorrido por la vida social y cultural loreтана, 1900-2000», en Ganster, P., Arizpe, O. y Ivanova, A. (Eds.). *Loreto, the future of the first capital of Californias*. San Diego State University-Universidad Autónoma de Baja California Sur, San Diego: Institute for Regional Studies of Californias. San Diego University Press, págs. 131-152.
- Chávez, C. (2009): «Trabajos de protección y conservación en los sitios misionales de Baja California», en *Camino Real Misionero de las Californias* 6, págs. 31-33.
- Clavijero, Francisco Xavier [1789] (1986): *Historia de la Antigua o Baja California*, México: Universidad Iberoamericana.
- Cortina González Quijano, A. (1982): *El fondo piadoso de las Californias*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Derecho, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Craig H., Russell (2009): *From Serra to Sancho. Music and Pageantry in the California Missions*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Crosby, H.W. (1974): «The King's Highway in Baja California. El Camino Real in Baja California: Loreto to San Diego», *Journal of San Diego History* (1977), Copley Books (Editorial), vol. 23.
- (1977): «El Camino Real in Baja California: Loreto to San Diego», *Journal of San Diego History*, vol. 23, nº 1. <http://www.sandiegohistory.org/journal/77winter/baja.htm> [último acceso: 12/8/2013].
- (1994): *Antigua California. Mission and Colony on the Peninsular Frontier 1697-1768*. Albuquerque: University of Arizona Southwest Center — Southwest Mission Research Center-University of New Mexico Press.
- (2008): «El Camino Real en Baja California», en *El Camino Real y las Misiones de la Península de Baja California*, México: Fundación Manuel

- Arango-Instituto Nacional de Antropología e Historia-Consejo Nacional para las Culturas y las Artes.
- Díaz, M. (1986): *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*, Cuadernos de Historia del Arte 39, México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas.
- Enríquez Licón, D.E. (2008): «La iglesia Católica en Baja California: *Péndulo entre misión y diócesis*», en *Frontera Norte* 20 (39), págs. 7-35 http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-73722008000100001 [último acceso: 12/8/2012].
- Flores Reyes, A., Ildefonso García Lara, I. y Hernández Valdés, N. (Eds.). (2010): *Atlas de infraestructura y patrimonio cultural de México*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- FONATUR (2003). *Escalera Náutica del mar de Cortés*, México: Fonatur—Servicios Editoriales Comparativos.
- FONATUR / SINGLAR (2004): *Mar de Cortés. Misiones y puertos mágicos*, México: Fondo Nacional de Turismo-Plan Maestro Escalas Náuticas Singlar. http://www.fonatur.gob.mx/mar_de_cortes/Escalas_Nauticas/es/pdfs/misiones.pdf [última consulta: 14/8/2013].
- Gaitán Morán, J., Cano Delgado, J.J. y Santiesteban Oliva, H. (2010): «Revalorización del patrimonio geológico y su impronta en el territorio como factor de desarrollo: el Camino Real Misionero de Las Californias», en *Ier Congreso Internacional de Carreteras, Cultura y Territorio*. Colegio de Ingenieros de Caminos Canales y Puertos de Galicia, 3-5 marzo 2010, La Coruña, España. <http://www.jjcano.com/wp-content/uploads/Docs/Comunicaci%C3%B3n%20I%20Congreso%20Internacional%20de%20Carreteras,%20Cultura%20y%20Territorio.pdf> [último acceso: 8/8/2013].
- Gámez, A. (2007): «Turismo tradicional y alternative en Loreto», en Ganster, P., Arizpe, O. y Ivanova, A. (Eds.). *Loreto, the future of the first capital of Californias*, San Diego: San Diego State University-Universidad Autónoma de Baja California Sur-Institute for Regional Studies of Californias. San Diego University Press, págs. 213-232.
- Gámez, A.E. y Ganster P. (2012): «Tradicional Tourism in Los Cabos: Opportunities and Limitations of Economic Growth», en Ganster, P., Arizpe, O. y Ivanova, A. (Eds.). *Los Cabos. Prospective for a Natural and Tourism*

- Paradise*. San Diego: San Diego University Press-Universidad Autónoma de Baja California Sur, págs. 249-269.
- Ganster, P. y Gámez, A. (2012): «Sustainability and the traditional tourism model in Baja California Sur», en Pineda, F.D. y Brebbia, C.A. (Eds.). *Sustainable tourism V*. Southhampton: WIT Press, págs. 127-139.
- GBCS/ISSC/CONACULTA (2004): *Niñas y Niños Creadores de Baja California Sur*, La Paz: Gobierno de Baja California Sur-Instituto Sudcaliforniano de Cultura-CONACULTA.
- Gerber, J. (2007): «Un análisis comparativo de dos polos de desarrollo turístico: Loreto y Los Cabos», en Ganster, P., Arizpe, O. y Ivanova, A. (Eds.). *Loreto, the future of the first capital of Californias*, San Diego: San Diego State University-Universidad Autónoma de Baja California Sur-Institute for Regional Studies of Californias. San Diego University Press, págs. 247-259.
- Giuseppe, M. de (2011): «Missionari e religiosi italiani in Messico tra porfirismo e rivoluzione: documenti dal vicariato apostolico della Baja California», *Rivista dell'Istituto dell'Europa Mediterranea* 7, págs. 193-230.
- Gobierno del Estado de Baja California (2007): *Resultados de gestión 2001-2007. Desarrollo económico con sentido social*. Mexicali, México: COPLADE http://www.bajacalifornia.gob.mx/VI_Informe/resultados_gestion/06%20ECO.pdf [último acceso: 16/8/2013].
- Gobierno del Estado de Baja California Sur (1999): *Plan Estatal de Desarrollo, Baja California Sur 1999-2005*. La Paz.
- Gobierno del Estado de Baja California Sur (2005): *V Informe de Gobierno 2003-2004*, Lic. Leonel Cota Montaña (documento socioeconómico tomo I). La Paz.
- Gobierno del Estado de Baja California Sur (2012): *Primer informe de gobierno, Marcos Covarrubias Villaseñor, Gobernador Constitucional del Estado 2011-2015*. SPyDE. La Paz.
- Gobierno del Estado de Baja California Sur (2012): *Segundo informe de gobierno, Marcos Covarrubias Villaseñor, Gobernador Constitucional del Estado 2011-2015*. SPyDE. La Paz.
- González Cruz, E. (2000): *La compañía El Boleo: su impacto en la municipalidad de Mulegé 1885-1918*. Serie Científica, México: Universidad Autónoma de Baja California Sur-Minería Curator, S.A. de C.V.-Colegio de Bachilleres de BCS. México.

- Guerreiro Marcón, E.M. (2007): «O turismo como agente de desenvolvimento social e a comunidade Guarani nas 'Ruínas Jesuíticas de São Miguel das Missões'», *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural* 5 (3), págs. 343-352. <http://www.pasosonline.org/Publicados/5307/PS060307.pdf> [último acceso: 7/8/2013].
- Guiffords, G.F. (2007): *Sanctuaries of earth, stone, and light: the churches of northern New Spain. 1530-1821*. The Southwest Center Series, Tucson: University of Arizona Press.
- Junco, R. (2011): The archaeology of Manila Galleons. Asia-Pacific Regional Conference on Underwater Cultural Heritage. Manila (Filipinas, 8-12 de noviembre 2011). National Museum of the Philippines-University of the Philippines. Conference Proceedings. The MUA Collection. Underwater Museum of Archaeology. <http://www.themua.org/collections/archive/files/61b274c68e00272c5e50f0af53f5b140.pdf> [último acceso: 10/8/2013].
- Kiy, R., McEnany, A, y Monahan, Ch. (2006): *Baja California Sur's Community-Based opportunities & needs*. International Community Foundation <http://www.icfdn.org/publications/na2006/documents/Icf-community-FULL.pdf> [último acceso: 13/8/2013].
- Lazcano Sahagún, C. (2011): *Misión de Santa Gertrudis La Magna. 1737*. Misiones de la Antigua California 1, Ensenada: Sociedad de la Antigua California.
- Léon Portilla, M. (2000): *La California Mexicana, ensayos acerca de su historia*, México: UNAM-UABC. México-Mexicali: Reimpresión. Primera edición 1995.
- López Moralez, F.J.; Vidargas, F. (2011): *Itinerarios culturales: planes de manejo y turismo sustentable*, San Miguel de Allende, Guanajuato, 13-15 de julio de 2011. México: INAH/CONACULTA/UNESCO.
- Madrid Flores, F. (2013): «El turismo cultural en los albores del siglo XXI», *Cuadernos de Patrimonio y Turismo Cultural* 19, págs. 15-21.
- Matamala, J.C. (2006): «Indicadores de gestión del patrimonio y su impacto en la economía local: los itinerarios culturales», en *VI Jornada sobre Gestión del Patrimonio Sostenible «El patrimonio cultural y sus indicadores de desarrollo»*, Madrid: Fundación Lázaro Galdiano. http://www.fundacionabertis.org/rcs_jor/matamala_2.pdf [último acceso: 14/08/2013].
- Mathes, W.M. (1974): *A Brief History of the Land of Calafia: The Californias, 1533-1795*, Patronato del Estudiante Sud-Californiano. La Paz.

- Mathes, W.M. (1976): «Sugerencias para la preservación de las misiones peninsulares», *Calafia* 3(2): 8-10.
- (1992): «El principio de la arquitectura en las Californias: las misiones del siglo XVIII y la arquitectura civil del siglo XIX», *Calafia* 7(2):8-14.
- (2002): «El Camino Real: la ruta misionera de las Californias» en *CAREM* 2/3:30-45.
- (2005): *Misiones en el camino real misionero del estado de Baja California*, Mexicali: CONACULTA.
- (2010): *El Camino Real de las Californias. La tierra de Calafia. Una historia breve de las Californias (1533-1848)*. Corredor histórico CAREM A.C., Tecate, México. 154 pág.
- Molina Meliá A. (Coord.)(1997): *Las libertades religiosas. Derecho eclesiástico mexicano*, México: Universidad Pontificia.
- Ortiz Macedo L. (2007): «La planificación territorial y urbana durante los últimos cincuenta años en México», *Revista Bitácora Urbano Territorial* 1 (11): 116-126. <http://www.redalyc.org/pdf/748/74811108.pdf>
- Palomera, E.J. (1986): *La obra educativa de los jesuitas en Guadalajara. 1586-1986*. Guadalajara, México: Instituto de Ciencias/Iteso/Universidad Iberoamericana.
- Ponce Aguilar, A. (2002): *De Cueva Pintada a la Modernidad: Historia de Baja California*. Tijuana: Biblioteca Loyola.
- Sauvage, A. y Gámez, A.E. (2013): «Desarrollo, identidad cultural y turismo en los oasis de Baja California Sur, México», *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural* 11(1), págs. 159-172. http://www.pasosonline.org/Publicados/11113/PS0113_12.pdf [último acceso: 7/8/2013].
- SECTUR (2005): *Secretaría de Turismo. Informe de rendición de cuentas de la administración pública federal 2000-2006*. México D.F. http://www.sectur.gob.mx/work/models/sectur/Resource/14967/INFORME_DE_RC_2000_2006_ETAPA_1.pdf [último acceso: 16/8/2013].
- SECTURE (2007): *Baja California. Plan de marketing 2007-2013. Secretaría de Estado de Turismo*. Mexicali, México: SECTURE-Gobierno del Estado de Baja California— Tips Marketing.
- Sorroche Cuerva, M. A. (2011) (Ed.): *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California*, Granada: Atrio Editorial.

- Steinitz C. *et al.* (2005): *Alternative Futures for Loreto, Baja California Sur*. Cambridge: Harvard University. http://www.terrain.org/unsprawl/21/LoretoBay_AlternativeFutures_Report_2005.pdf [último acceso: 9/8/2013].
- Tresserras Juan, J. (2006): «Rutas e itinerarios culturales en Iberoamérica», *Cuadernos de Patrimonio y Turismo Cultural* n° 15, págs. 13-56. México: CONACULTA. <http://www.conaculta.gob.mx/turismocultural/cuadernos/pdf15/articulo1.pdf> [último acceso: 7/8/2013].
- (Coord.) (2009): *Turismo arqueológico no Parque Nacional Serra da Capivara. Estudo da demanda nacional e internacional*. Brasília: IABS-AE-CID —Ministério de Turismo de Brasil. http://www.iabs.org.br/images/documentosIABS/iabs_serra_da_capivara_web1.pdf [último acceso: 7/8/2013].
- Tresserras J.J.; Matamala J.C. (2005): «El turismo cultural en España como fuente de empleo para los profesionales del patrimonio», *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 54, págs. 73-83.
- Villegas A. (2007): «FONATUR and sustainable tourism in Loreto» en Ganster P., Arizpe O. y Ivanova A. (Eds). *Loreto, the future of the first capital of Californias*, San Diego: San Diego State University / Universidad Autónoma de Baja California Sur / Institute for Regional Studies of Californies / San Diego University Press.

ÍNDICE GENERAL

<i>Introducción</i>	
Miguel Ángel SORROCHE CUERVA	7
<i>Herencia e identidad. El patrimonio cultural en Baja California</i>	
Miguel Ángel SORROCHE CUERVA	17
<i>Los grandes murales: un patrimonio de la humanidad en una comunidad serrana</i>	
Albert RUBIO I MORA	63
<i>La tradición cazadora-recolectora como patrimonio histórico de la península californiana</i>	
Rosa Elba RODRÍGUEZ TOMP	91
<i>Los ranchos de la etapa misional y su herencia cultural en Baja California</i>	
Jorge MARTÍNEZ ZEPEDA, Lucila del Carmen LEÓN VELAZCO, Norma de Carmen CRUZ GONZÁLEZ	115
<i>«Saludo a todos los padres» (dos cartas de Ignacio Tirsch sobre ciencia y amistad)</i>	
Salvador BERNABÉU ALBERT	155

<i>Cuando el mapa es el territorio. La imagen de Baja California, patrimonio de una representación</i>	
José María GARCÍA REDONDO.	187
<i>Los programas decorativos en las misiones jesuitas de Baja California en el siglo XVIII. Las artes plásticas en la frontera novohispana</i>	
Ana RUIZ GUTIÉRREZ.	225
<i>Imagen y patrocinio de San José en las misiones californianas</i>	
Francisco MONTES GONZÁLEZ.	253
<i>Arquitectura de raíces hispanas: entre los «estilos californianos» y el neocolonial (1880-1940)</i>	
Rodrigo GUTIÉRREZ VIÑUALES.	281
<i>Entre el arte y la ingeniería. Lozano Vistuer en Baja California</i>	
Yolanda GUASCH MARÍ.	311
<i>Baja California como personaje cinematográfico: el caso de Bajo California. El límite del tiempo de Carlos Bolado</i>	
Manuel Jesús GONZÁLEZ MANRIQUE.	329
<i>La ruta de las misiones jesuíticas en la Baja California desde la óptica de la interpretación comprometida (hot interpretation)</i>	
Manel MIRÓ ALAIX.	353
<i>El compromiso del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Baja California de propiciar la relevancia de la arqueología en la sociedad contemporánea</i>	
Mary Julita BENDÍMEZ PATTERSON.	367
<i>Las misiones jesuíticas de Baja California y el Camino Real: una mirada desde la gestión y valorización del patrimonio cultural y el turismo sostenible</i>	
Jordi TRESSERRAS JUAN y Juan Carlos MATAMALA MELLIN.	379